

trad. Georges Belmont
Robert Laffont, MCMXLVII
40e édition, Robert Lafont, Paris.
No 235.

Penguin, London, 1986

t
rad. de Juan Gabriel Vásquez

trad. de ANA TERESA WEYLAND
Los libros del mirasol, Argentina, 1962
Compañía General Fabril, Editora, S.A.

UN ÉCLAIR SILENCIEUX

I A Noiseless Flash

UN RESPLANDOR SILENCIOSO

EL RELÁMPAGO SILENCIOSO

HUIT HEURES QUINZE exactement (heure japonaise), le 6 août 1945, à l'instant même où la bombe atomique fulgura sur Hiroshima, Mlle Toshiko Sasaki, secrétaire au service du personnel de la East Asia **Tin Works**, venait justement de prendre place à son bureau et tournait la tête pour dire quelques mots à sa voisine. Au même moment, tenant à la main le journal *Asahi*, d'Osaka, qu'il s'appropriait à lire, le docteur Masakazu Fujii allait s'asseoir, jambes croisées sous lui, sur la [7] [8] terrasse de sa clinique privée, surplombant l'un des sept bras du delta, qui divise la ville; Mme Hatsuyo Nakamgaira, la veuve d'un tailleur, regardait de la fenêtre de sa cuisine un voisin occupé à tirer bas sa bicoque qui se trouvait dans le chemin d'une *avenue pare-feu*, trace par la défense passive; le Père Wilhelm Kleinsorge, Allemand et prêtre de la Société de Jésus, reposait, en maillot de corps et caleçon, sur un petit lit au troisième et dernier étage de la maison des missionnaires de son ordre, absorbé dans la lecture d'une revue jésuite, *Stimmen der Zeit*; le docteur Terufumi Sasaki, l'un des jeunes membres du personnel chirurgical du vaste et moderne hôpital municipal de la Croixrouge, parcourait un couloir de cet établissement, entre les doigts une éprouvette contenant un peu de sang d'un malade, en prévision d'une réaction de Wassermann; et le Révérend Kiyoshi Tanimoto, pasteur de l'église méthodiste de Hiroshima, s'arrêtait au seuil d'une villa luxueuse de Koi, faubourg occidental de la ville, et se préparait à décharger une pleine charrette à bras de meubles et d'effets évacués du centre de la cité, dans la crainte du raid massif et dévastateur de B-29 que tout [9] le monde, à Hiroshima, tenait pour imminent. La bombe atomique devait faire cent mille victimes et les six personnes en question furent parmi les survivants. Elles en sont encore à se demander, non sans stupeur, pourquoi elles furent épargnées, quand tant d'autres périrent. Chacune d'elles compte à son actif plus d'un menu hasard, plus d'une infime volonté - démarche faite à temps, décision de rentrer chez soi mise à exécution, fait d'avoir pris un tram au lieu d'attendre le suivant - **auxquels elle dut d'être sauvée**. Et chacune d'elles aussi, sait aujourd'hui que d'avoir échappé au désastre lui valut de vivre, dans l'instant même de son salut, une douzaine de vies et de voir la mort d'infiniment plus près qu'elle ne l'eût jamais cru. Sur le moment, aucune d'elles n'eut conscience de quoi ce fut.

Le Révérend Tanimoto s'était levé, ce matin-là, à cinq heures. Il était seul dans le presbytère; depuis quelque temps, sa femme, avec leur bébé d'un an, s'en allait [10] tous les soirs passer la nuit chez

A EXACTLY fifteen minutes past eight in the morning, on August 6, 1945, Japanese time, at the moment when the atomic bomb flashed above Hiroshima, Miss Toshiko Sasaki, a clerk in the personnel department of the East Asia **Tin Works**, had just sat down at her place in the plant office and was turning her head to speak to the girl at the next desk. At that same moment, Dr. Masakazu Fujii was settling down cross-legged to read the *Osaka Asahi* on the porch of his private hospital, **overhanging** one of the seven deltaic rivers which divide Hiroshima; Mrs. Hatsuyo Nakamura, a tailor's widow, stood by the window of her kitchen, watching a neighbor tearing down his house because it lay in the path of an **air-raid-defense fire**; **X** lane; Father Wilhelm Kleinsorge, a German priest of the Society of Jesus, reclined in his underwear on a cot on the top floor of his order's three-story **ission** [3] house, reading a Jesuit magazine, *Stimmen der Zeit*; Dr. Terufumi Sasaki, a young member of the surgical staff of the city's large, modern Red Cross Hospital, walked along one of the hospital corridors with a blood specimen for a Wassermann test in his hand; and the Reverend Mr. Kiyoshi Tanimoto, pastor of the Hiroshima Methodist Church, paused at the door of a rich man's house in Koi, the city's western suburb, and prepared to unload a handcart full of things he had evacuated from town in fear of the massive B-29 raid which everyone expected Hiroshima to suffer. A hundred thousand people were killed by the atomic bomb, and these six were among the survivors. They still wonder why they lived when so many others died. Each of them counts many small items of chance or volition — a, step taken in time, a decision to go indoors, catching one streetcar instead of the next — **that spared him**. And now each knows that in the act of survival he lived a dozen lives and saw more death than he ever thought he would see. At the time, none of them knew anything.

THE Reverend Mr. Tanimoto got up at five o'clock that morning. He was alone in the parsonage, because for some time his wife had been commuting with their year-old baby to

Exactamente a las ocho y quince minutos de la mañana, hora japonesa, el 6 de agosto de 1945, en el momento en que la bomba atómica relampagueó sobre Hiroshima, la señorita Toshiko Sasaki, empleada del departamento de personal de la Fábrica Oriental de **Estaño**, acababa de ocupar su puesto en la oficina de planta y estaba girando la cabeza para hablar con la chica del escritorio vecino. En ese mismo instante, el doctor Masakazu Fujii se acomodaba con las piernas cruzadas para leer el *Asahi* de Osaka en el porche de su hospital privado, **suspendido** sobre uno de los siete ríos del delta que divide Hiroshima; la señora Hatsuyo Nakamura, viuda de un sastre, estaba de pie junto a la ventana de su cocina observando a un vecino derribar su casa porque obstruía el **el sendero de la defensa de incursiones aéreas**; **X** carril cortafuego; el padre Wilhelm Kleinsorge, sacerdote alemán de la Compañía de Jesús, estaba recostado —en ropa interior y sobre un catre, en el último piso de los tres que tenía la misión de su orden—, leyendo una revista jesuita, *Stimmen der Zeit*; el doctor Terufumi Sasaki, un joven miembro del personal quirúrgico del moderno hospital de la Cruz Roja, caminaba por uno de los corredores del hospital, llevando en la mano una muestra de sangre para un test de Wassermann; y el reverendo Kiyoshi Tanimoto, pastor de la Iglesia Metodista de Hiroshima, se había detenido frente a la casa de un hombre rico en Koi, suburbio occidental de la ciudad, y se preparaba para descargar una carretilla [9] llena de cosas que había evacuado por miedo al bombardeo de los B-29 que, según suponían todos, pronto sufriría Hiroshima. La bomba atómica mató a cien mil personas, y estas seis estuvieron entre los sobrevivientes. Todavía se preguntan por qué sobrevivieron si murieron tantos otros. Cada uno enumera muchos pequeños factores de suerte o voluntad —un paso dado a tiempo, la decisión de entrar, haber tomado un tranvía en vez de otro— **que salvaron su vida**. Y ahora cada uno sabe que en el acto de sobrevivir vivió una docena de vidas y vio más muertes de las que nunca pensó que vería. En aquel momento, ninguno sabía nada.

El reverendo Tanimoto se levantó a las cinco en punto esa mañana. Estaba solo en la parroquia porque hacía un tiempo que su esposa, con su bebé recién nacido, tomaba el tren después del

Exactamente a las ocho y quince de la mañana, el 6 de agosto de 1945, hora japonesa, en el momento en que la bomba atómica fue arrojada sobre Hiroshima, la señorita Toshiko Sasaki, empleada del departamento de personal de la Compañía **Hojalatera** del Asia Oriental, acababa de sentarse ante su escritorio de la oficina y estaba volviendo la cabeza para hablar con la muchacha del escritorio vecino. En el mismo momento, el doctor Masakazu Fujii cruzaba las piernas disponiéndose a leer el *Asahi* de Osaka en el porche de su clínica privada, **a las márgenes de** uno de los siete ríos que dividen Hiroshima; la señora Hatsuyo Nakamura, viuda de un sastre, estaba ante la ventana de su cocina, observando cómo el vecino demolía su casa por estar situada en el sendero del campo de defensa antiaérea; el padre Wilhelm Kleinsorge, sacerdote alemán de la Compañía de Jesús, se recostaba, vestido con ropa interior, en la parte superior del edificio de tres pisos que ocupaba la misión, para leer un periódico jesuita: *Stimmen der Zeit*; el doctor Terufumi Sasaki, joven miembro del cuerpo de cirujanos del amplio y moderno Hospital de la Cruz Roja de la ciudad, atravesaba uno de los corredores del mismo con una muestra de sangre en la mano para hacer una reacción de Wassermann; y el reverendo Kiyoshi Tanimoto, pastor de la Iglesia Metodista de Hiroshima, se detenía ante la puerta de un rico vecino de Koi, el suburbio occidental de la ciudad, para descargar una carretilla llena de cosas que había evacuado de la ciudad, por temor a las inmensas escuadrillas de B-29 que todo el mundo esperaba ver llegar sobre Hiroshima. Cien mil personas murieron como consecuencia de la bomba atómica, y estas seis quedaron entre los sobre [13] vivientes. Todavía se preguntan por qué viven mientras tantos otros murieron. Cada uno de ellos posee una pequeña justificación referida a la suerte o a la voluntad — un paso dado a tiempo, una decisión de entrar en un edificio, haber tomado un vehículo en vez de otro — **que lo salvó**. Y ahora cada uno sabe que en el acto de sobrevivir vivió una docena de vidas y vio más muerte de la que jamás pensó ver. Pero en el momento, ninguno sabía nada.

El reverendo Tanimoto se levantó a las cinco de la mañana. Estaba solo en la rectoría, porque desde hacía un tiempo su esposa y su hijito de un año se alojaban por las noches en casa de unos

une amie, à Ushida, faubourg Nord. De toutes les grandes villes japonaises, deux seulement, Kyoto et Hiroshima, n'avaient pas reçu la visite en force de *B-san* (ou de « Monsieur B ») comme les Japonais, dans un mélange de respect et de familiarité malgré le malheur, appelaient les B-29 et M. Tanimoto, comme tous ses voisins et amis, était presque malade d'anxiété. Il avait entendu, non sans malaise, raconter en détail les raids massifs sur Kuré, Iwanuki, Tokuyama, et autres cités proches; il était sûr que le tour de Hiroshima ne saurait tarder. Il avait passé une mauvaise nuit, la veille : il y avait eu plusieurs alertes. Depuis des semaines, il ne se passait guère de nuit sans que les sirènes retentissent sur Hiroshima; car, à l'époque, les B-29 se servaient du lac Biwa, au Nord-Est de la ville, comme de lieu de rendez-vous aérien, et quelle que fût la cité que les Américains projetassent de frapper, les vagues de superforteresses **déferlaient** et franchissaient la côte non loin de Hiroshima. La fréquence des alertes et l'obstination que mettait « M. B... » à ne pas toucher à Hiroshima, avaient porté à son comble la **neruosité** des habitants ; le [11] bruit courait que les Américains réservaient à la ville une attention particulière.

M. Tanimoto est un homme de petite taille, également prompt à discourir, à rire et à pleurer. Une raie partage par le milieu ses cheveux noirs et plutôt longs ; la saillie de l'os frontal, immédiatement au-dessus des sourcils, la brièveté de la moustache, la petitesse de la bouche et du menton lui donnent un air vieux-jeune, un air d'adolescent plein de sagesse, et d'ardente faiblesse. Ses mouvements sont nerveux et vifs, mais empreints d'une réserve qui suggère la prudence avisée. Et c'est un fait qu'il témoigne précisément de ces qualités au cours des inquiètes journées qui précédèrent l'explosion de la bombe. Non seulement M. Tanimoto envoyait sa femme passer les nuits à Ushida, mais il avait transporté tout ce qu'il avait pu, de sa chapelle, sise dans le quartier surpeuplé de Nagaragawa, dans la demeure d'un **fabricant de rayonne** de Koi, à quelque trois kilomètres et demi du centre. Ce fabricant de rayonne, un M. Matsui, avait ouvert cette propriété, vaste et jusqu'alors inoccupée, à un grand nombre de ses amis et connaissances, pour leur permettre d'évacuer, à distance convenable de l'aire probable des bombardements, [12] les choses qu'ils désiraient mettre à l'abri. M. Tanimoto n'avait eu aucun mal à déménager chaises, hymnaires, Bibles, ornements sacrés et registres de paroisse, en s'attendant lui-même à la **charrette** à bras; mais le buffet d'orgue et le **piano droit** requerraient une aide. Un de ses amis, du nom de Matsuo, lui avait prêté la main, la veille, pour charrier le piano

spend nights with a friend in Ushida, a suburb to the north. Of all the important cities of Japan, only two, Kyoto and Hiroshima, had not been visited in strength by *B-san*, or Mr. B, as the Japanese, with a mixture of respect and unhappy [4] familiarity, called the B-29; and Mr. Tanimoto, like all his neighbors and friends, was almost sick with anxiety. He had heard uncomfortably detailed accounts of mass raids on Kure, Iwakuni, Tokuyama, and other nearby towns; he was sure Hiroshima's turn would come soon. He had slept badly the night before, because there had been several air-raid warnings. Hiroshima had been getting such warnings almost every night for weeks, for at that time the B-29s were using Lake Biwa, northeast of Hiroshima, as a rendezvous point, and no matter what city the Americans planned to hit, the Superfortresses **streamed in** over the coast near Hiroshima. The frequency of the warnings and the continued abstinence of Mr. B with respect to Hiroshima had made its citizens **jittery**; a rumor was going around that the Americans were saving something special for the city.

Mr. Tanimoto was a small man, quick to talk, laugh, and cry. He wore his black hair parted in the middle and rather long; the prominence of the frontal bones just above his eyebrows and the smallness of his mustache, mouth, and chin gave him a strange, old-young look, boyish and yet wise, weak and yet fiery. He moved nervously and fast, but with a **restraint** which suggested that he was a cautious, thoughtful man. He showed, indeed, just those qualities in the uneasy days before the bomb fell. Besides having his wife spend the nights in Ushida, Mr. Tanimoto had been carrying all the **portable** things from his church, in the close-packed residential district called Nagaragawa, to a house that [3] belonged to a **rayon manufacturer** in Koi, two miles from the center of town. The rayon man, a Mr. Matsui, had opened his then unoccupied estate to a large number of his friends and acquaintances, so that they might evacuate whatever they wished to a safe distance from the probable target area. Mr. Tanimoto had had no difficulty in moving chairs, hymnals, Bibles, altar gear, and church records by **pushcart** himself, but the organ console and an **upright piano** required some aid. A friend of his named Matsuo had, the day before, helped him get the piano out to

trabajo hacia Ushida, un suburbio del norte, para pasar la noche en casa de una amiga. De las ciudades importantes de Japón, Kyoto e Hiroshima eran las únicas que no habían sido visitadas por *B-san* —o Señor B, como llamaban los japoneses a los B-29, con una mezcla de respeto y triste familiaridad—; y el señor Tanimoto, como todos sus vecinos y amigos, estaba casi enfermo de ansiedad. Había escuchado versiones incómodamente detalladas de bombardeos masivos a Kure, Iwakuni, Tokuyama y otras ciudades cercanas; estaba seguro de que el turno le llegaría pronto a Hiroshima. Había dormido mal la noche anterior a causa de las repetidas alarmas antiaéreas. Hiroshima había recibido esas alarmas casi cada noche y durante semanas enteras, porque en ese tiempo los B-29 habían comenzado a usar el lago Biwa, al noreste de Hiroshima, como punto de encuentro, y las superfortalezas **llegaban en tropel** a las costas de Hiroshima sin importar qué ciudad fueran a bombardear los norteamericanos. La frecuencia [10] de las alarmas y la continuada abstinencia del Señor B con respecto a Hiroshima habían puesto a la gente **nerviosa**. Corría el rumor de que los norteamericanos estaban reservando algo especial para la ciudad.

El señor Tanimoto era un hombre pequeño, presto a hablar, reír, llorar. Llevaba el pelo negro peinado por la mitad y más bien largo; la prominencia de su hueso frontal, justo encima de sus cejas, y la pequeñez de su bigote, de su boca y de su mentón, le daban un aspecto extraño, entre viejo y mozo, juvenil y sin embargo sabio, débil y sin embargo feroz. Se movía rápida y nerviosamente, pero con un **dominio** que sugería un hombre cuidadoso y reflexivo. De hecho, mostró esas cualidades en los agitados días previos a la bomba. Aparte de decidir que su esposa pasara las noches en Ushida, el señor Tanimoto había estado trasladando todas las cosas **portátiles** de su iglesia, ubicada en el atestado distrito residencial de Nagaragawa, a una casa de propiedad de un **fabricante de telas de rayón** en Koi, a tres kilómetros del centro de la ciudad. El hombre de los rayones, un tal señor Matsui, había abierto su propiedad, hasta entonces desocupada, para que varios amigos y conocidos pudieran evacuar lo que quisieran a una distancia prudente de los probables blancos de los ataques. Al señor Tanimoto no le había resultado difícil empujar él mismo una **carretilla** para mudar sillas, himnarios, Biblias, objetos de culto y discos de la iglesia, pero la consola del órgano y un **piano vertical** le exigían ayuda. El día anterior, un amigo del mencionado Matsuo lo había ayudado a sacar el piano hasta Koi; a

amigos en Ushida, suburbio al norte de Hiroshima. De todas las ciudades importantes del Japón, sólo dos, Kioto e Hiroshima, no habían sido visitadas con asiduidad por los *B-san*, o Señor B, como los japoneses, con una mezcla de respeto y desdichada familiaridad, llamaban a los B-29; el señor Tanimoto, al igual que sus vecinos y amigos, estaba medio enfermo de ansiedad. Había oído relatos detallados acerca de los bombardeos en masa sobre Kure, Iwakuni, Tokuyama, y otras ciudades cercanas; estaba seguro de que pronto le llegaría el turno a Hiroshima. Había dormido muy mal la noche anterior, porque hubo varias alarmas aéreas. Desde semanas atrás, Hiroshima recibía todas las noches tales alarmas porque por esa época los B-29 tomaban Lago Biwa, hacia el nordeste, como punto de reunión, y cualquiera fuese la ciudad que los norteamericanos planeasen atacar, las superfortalezas **volaban por** sobre la costa, cerca de Hiroshima. La frecuencia de las alarmas y la continuada abstinencia de los Señores B con respecto a Hiroshima habían **inquietado** a los ciudadanos; corría el rumor [14] de que los norteamericanos reservaban algo especial para la ciudad.

El señor Tanimoto es un hombre bajo, rápido para hablar, reír y llorar. Lleva el cabello negro partido al medio y bastante largo; la prominencia de los huesos frontales justamente encima de las cejas, y la pequeñez de su bigote, de su boca y de su mentón, le confieren un aspecto extraño de niño viejo, juvenil y a la vez sabio, débil y valiente al mismo tiempo. Sus movimientos son nerviosos y veloces, pero con una **limitación** que sugiere que se trata de un hombre cauto y reflexivo. En realidad son precisamente estas cualidades las que demostró en los días de desasosiego que precedieron a la caída de la bomba. Además de enviar a su mujer a que pasara las noches en Ushida, el señor Tanimoto había llevado todas las cosas **transportables** desde su iglesia, situada en el abigarrado distrito residencial llamado Nagaragawa, hasta la casa de un **fabricante de rayón**, en Koi, a dos millas del centro de la ciudad. Este fabricante, el señor Matsui, había habilitado sus entonces desocupadas posesiones para un gran número de amigos y conocidos, de modo que éstos pudieran evacuar a una distancia que estuviera a salvo de la probable área afectada. El señor Tanimoto no tuvo inconveniente en transportar él mismo, en **carretilla**, sillas, himnarios, Biblias, objetos del altar y registros de la iglesia, pero la consola del órgano y el **piano vertical** requerían alguna ayuda. Un amigo suyo llamado Matsuo le había ayudado el día anterior a llevar el piano hasta Koi; en

jusqu'à Koï ; en échange, il avait promis d'aider ce jour-là M. Matsuo à trimbaler le mobilier d'une de ses filles. Voilà pourquoi il s'était levé de si bonne heure.

M. Tanimoto prépara lui-même son petit déjeuner. Il se sentait affreusement fatigué. La dépense de force que lui avait coûtée, la veille, le déménagement du piano, l'insomnie de la nuit, des semaines de tracas et d'alimentation déréglée, les soucis de sa paroisse, tout concourait à lui donner l'impression de n'être guère à la hauteur des tâches de la journée. A cela s'ajoutait encore que M. Tanimoto avait fait ses études en théologie à Emory Collège, Atlanta, Etat de Géorgie ; que ses diplômes dataient de 1940 ; qu'il parlait un excellent anglais, s'habillait à l'américaine, était resté en correspondance avec de nombreux amis américains jusqu'aux derniers jours [13] de la paix ; et que, au milieu d'un peuple en proie à la peur obsédante de la police hantise qu'il n'était peut-être pas sans éprouver lui-même - il sentait croître en lui un malaise incessant. De fait, la police l'avait interrogé plusieurs fois, et il y avait à peine quelques jours, il avait entendu dire qu'un certain M. Tanaka, homme de sa connaissance, très influent, directeur à la retraite de la compagnie de navigation Toyo Kisen Kaisha, anticristien notoire, célèbre à Hiroshima pour sa philanthropie **tapageuse** et non moins fameux pour sa réputation de tyrannie, avait raconté à des gens qu'il fallait **se méfier** de Tanimoto. En compensation de quoi, et pour témoigner publiquement de son patriotisme, M. Tanimoto avait assumé la présidence du *tonarigumi* (ou Association de Quartier), et à ses autres devoirs et soucis cette position avait ajouté le soin d'organiser la défense passive pour une vingtaine de familles.

Six heures du matin n'étaient pas sonnées que M. Tanimoto se mettait en chemin pour la maison de M. Matsuo. Il arriva chez ce dernier pour trouver que c'était un *tansu*, lourde commode japonaise, pleine de vêtements et d'objets de ménage, qu'il leur faudrait déménager. Les deux hommes s'attelèrent à la charrette et partirent. La matinée était parfaitement claire et si chaude qu'elle promettait une journée pénible. Ils cheminaient depuis quelques minutes, lorsque la sirène retentit, **signal continu**, d'une minute, avertissant la population que des avions approchaient mais n'indiquant aucun danger sérieux et précis pour elle, puisqu'il n'était pas de matin qu'on ne l'entendit : vers cette heure-là, régulièrement, un appareil de reconnaissance météorologique américain venait survoler la côte. Les deux hommes tiraient et poussaient la charrette à travers les rues de la ville. Hiroshima était bâtie en éventail, en majeure partie sur la demi-douzaine d'îles que forment les sept branches de l'estuaire en delta de la rivière Ota ; les principaux quartiers d'affaires et de résidence s'étendant sur un peu plus de dix kilomètres carrés au centre de

Koï ; in return, he had promised this day to assist Mr. Matsuo in hauling out a daughter's belongings. That is why he had risen so early.

Mr. Tanimoto cooked his own breakfast. He felt awfully tired. The effort of moving the piano the day before, a sleepless night, weeks of worry and unbalanced diet, the cares of his parish—all combined to make him feel hardly adequate to the new day's work. There was another thing, too: Mr. Tanimoto had studied theology at Emory College, in Atlanta, Georgia; he had graduated in 1940; he spoke excellent English; he dressed in American clothes; he had corresponded with many American friends right up to the time the war began; and among a people obsessed with a fear of being **spied upon**—perhaps almost obsessed himself—he found himself growing increasingly uneasy. The police had questioned him several times, and just a few days before, he had heard that an influential acquaintance, a Mr. Tanaka, a retired officer [6] of the Toyo Kisen Kaisha steamship line, an anti-Christian, a man famous in Hiroshima for his **showy** philanthropies and notorious for his personal tyrannies, had been telling people that Tanimoto should not **be trusted**. In compensation, to show himself publicly a good Japanese, Mr. Tanimoto had taken on the chairmanship of his local *tonarigumi*, or Neighborhood Association, and to his other duties and concerns this position had added the business of organizing air-raid defense for about twenty families.

Before six o'clock that morning, Mr. Tanimoto started for Mr. Matsuo's house. There he found that their burden was to be a *tansu*, a large Japanese cabinet, full of clothing and household goods. The two men set out. The morning was perfectly clear and so warm that the day promised to be uncomfortable. A few minutes after they started, **the air-raid siren went off**—a minute-long **blast** that warned of approaching planes but indicated to the people of Hiroshima only a slight degree of danger, since it sounded every morning at this time, when an American weather plane came over. The two men pulled and pushed the handcart through the city streets. Hiroshima was a fan-shaped city, lying mostly on the six islands formed by the seven estuarial rivers that branch out from the Ota River; its main commercial and residential districts, covering about four square miles in the center of the city, contained

cambio, él le había prometido al señor Matsuo ayudarlo a llevar las pertenencias de una de sus hijas. Era por eso que se había levantado tan temprano.

El señor Tanimoto preparó su propio desayuno. Se sentía terriblemente cansado. El esfuerzo de mover el piano el día anterior, [11] una noche de insomnio, semanas de preocupación y de dieta desequilibrada, los asuntos de su parroquia: todo se combinaba para que apenas se sintiese capaz del trabajo que le esperaba ese nuevo día. Había algo más: el señor Tanimoto había estudiado teología en Emory College, en Atlanta, Georgia; se había graduado en 1940 y hablaba un inglés excelente; vestía con ropas americanas; había mantenido correspondencia con varios amigos norteamericanos hasta el comienzo mismo de la guerra; y, metido entre gente obsesionada con el miedo de ser **espiada**—y quizás obsesionado él también—, descubrió que se sentía cada vez más incómodo. La policía lo había interrogado varias veces, y apenas unos días antes había escuchado que un conocido, un hombre de influencia llamado Tanaka, oficial retirado de la línea de vapores Tokio Kishen Kaisa, anticristiano y famoso en Hiroshima por sus **ostentosas** filantropías y notorio por sus tiranías personales, había estado diciéndole a la gente que Tanimoto no era **confiable**. En forma de compensación, y para mostrarse públicamente como el buen japonés que era, el señor Tanimoto había asumido la presidencia de su *tonarigumi* local, o Asociación de Vecinos, y esta posición había sumado a sus otras tareas y preocupaciones la de organizar la defensa antiaérea para unas veinte familias.

Esa mañana, antes de las seis, el señor Tanimoto salió hacia la casa del señor Matsuo. Encontró allí la que sería su carga: un *tansu*, gran gabinete japonés lleno de ropas y artículos del hogar. Los dos hombres partieron. Era una mañana perfectamente clara y tan cálida que el día prometía volverse incómodo. Pocos minutos después **se disparó la sirena**: un **estallido** de un minuto de duración que advertía de la presencia de aviones, pero que indicaba a la gente de Hiroshima un peligro apenas leve, puesto que sonaba todos los días, a esta misma hora, cuando se acercaba un avión meteorológico norteamericano. Los dos hombres arrastraban el carrito por las calles de la ciudad. Hiroshima tenía la forma de un ventilador: estaba construida principalmente sobre seis islas separadas por los siete ríos del estuario que se ramificaban hacia fuera desde el río Ota; sus barrios comerciales y residenciales más importantes cubrían más de seis kilómetros cuadrados del centro de

agradecimiento, él había prometido ayudar ese día al señor Matsuo a transportar los bienes de una hija. Esta es la razón por la cual se había levantado tan temprano.

El señor Tanimoto preparó su propio desayuno. Se sentía extraordinariamente cansado. El esfuerzo [15] de mover el piano el día anterior, la noche de insomnio, semanas de preocupación y alimentación irregular, los cuidados de la parroquia... todo se combinaba para hacerlo sentirse apenas apto para el trabajo del nuevo día. Había otra cosa también: el señor Tanimoto había estudiado teología en el Emory College de Atlanta, Georgia; se había graduado en 1940; hablaba un inglés excelente; vestía ropas norteamericanas; había mantenido correspondencia con muchos amigos de los Estados Unidos hasta el comienzo de la guerra; y en medio de un pueblo obsesionado con el temor de ser **espiado**—quizá él mismo tenía esta obsesión sentía cada vez más intranquilo. La policía lo había interrogado varias veces, y sólo unos pocos días antes oyó que un influyente conocido, el señor Tanaka, oficial retirado de la línea naviera Toyo Kisen Kaisha, un anticristiano, hombre famoso en Hiroshima por su **exhibicionista** filantropía y por sus tiranías personales, había estado diciéndole a la gente que no **confiase** en el reverendo Tanimoto. En compensación, para mostrar públicamente que era buen japonés, Tanimoto había tomado a su cargo la presidencia de su *tonarigumi* local (Asociación Vecinal), y a sus otros deberes y preocupaciones había añadido la tarea de organizar defensas antiaéreas para unas veinte familias.

Esa mañana, antes de las seis, el señor Tanimoto se puso en camino hacia la casa del señor Matsuo. Allí se encontró con que su carga iba a ser un *tansu*, o gran baúl japonés, lleno de ropa y de útiles hogareños. Los dos hombres salieron. La mañana era completamente clara y tan cálida que el día prometía ser sofocante. Pocos minutos después de haber salido, **sonó la alarma antiaérea**: un **toque** de un minuto que indicaba la proximidad de aviones, pero que anunciaba a la población de Hiroshima sólo un leve grado de peligro, puesto que sonaba [16] todas las mañanas a la misma hora, cuando el avión meteorológico norteamericano sobrevolaba la ciudad. Los dos hombres empujaron la carretilla a través de las calles. Hiroshima era una ciudad de forma de abanico, edificada en su mayor parte sobre las seis islas formadas por los siete brazos del río Ota; sus distritos comercial y residencial principales, que abarcaban unas cuatro millas cuadradas en el centro de la ciudad,

la cité, renfermaient les trois quarts de la population, que l'exécution de plusieurs plans d'évacuation avait réduite, de son chiffre maximum de temps de guerre - 380.000 à quelque 245.000. Usines, 5 autres quartiers résidentiels ou faubourgs traçaient une frange compacte autour de la ville. Au Sud, [15] couraient les docks, un aérodrome et la mer Intérieure, comme cloutée d'îles. Une crête de montagnes 10 cerne les trois autres côtés du delta. M. Tanimoto et M. Matsuo, ayant traversé successivement le centre et ses rues commerçantes, déjà plein de monde, puis deux bras du delta, gravissaient maintenant les rues en pente de Koi, en direction des quartiers extérieurs et des collines naissantes. Au moment où ils attaquaient une côte, dans une vallée à l'écart de la zone de fort peuplement, la fin d'alerte sonna. (Les 20 opérateurs japonais de radar, ne détectant que trois avions, supposèrent qu'il s'agissait d'une reconnaissance.) Pousser la charrette dans la côte, pour arriver à la maison du fabricant de rayonne, était chose fatigante, et 25 les deux hommes, après s'être engagés avec leur chargement dans l'allée principale et avoir atteint le perron firent halte pour souffler un peu. Entre la ville et eux, se dressait une aile de la maison. Comme la plupart des demeures, dans cette région du Japon, la maison consistait en une charpente en bois et en murs de bois aussi, soutenant un lourd toit de tuiles. Le vestibule d'entrée, 30 bourré de **ballots** de literie et de vêtements, avait l'air d'une grotte fraîche comblée [16] de coussins. En face de la maison, à droite de la porte d'entrée, il y avait un grand jardin en **rocaïlle**, fort **prétentieux**. Pas le moindre bruit d'avion. La matinée était paisible et tranquille ; le lieu, plein d'agréable fraîcheur.

Puis une formidable et fulgurante lueur déchira le ciel. M. Tanimoto se souvint distinctement qu'elle se traça d'Est 45 en Ouest, de la ville vers les collines. On eût dit une nappe de soleil. M. Matsuo et lui eurent une réaction de terreur, et le temps de réagir (car ils se trouvaient à 50 3.300 mètres environ du centre de l'explosion). M. Matsuo franchit d'un bond le perron et le seuil de la maison, pour plonger parmi l'amas de literie et s'y ensevelir littéralement. M. Tanimoto fit 55 quatre ou cinq pas et se jeta entre deux gros rocs du jardin. Il s'aplatit de toutes ses forces sur le ventre, contre l'un d'eux. Face à la pierre, il ne vit rien de ce qui arriva. Il sentit une soudaine pression, 60 puis une pluie de menus éclats, de morceaux de bois et de fragments de tuiles. Il n'entendit nul fracas. (Presque personne, à Hiroshima, ne se souvient d'avoir entendu un bruit de bombe. Seul, 65 un pêcheur à bord de son **sampan**, sur la mer Intérieure à proximité de Tsuzu, et [17] chez qui vivaient la belle-mère et la bellesœur de M. Tanimoto, vit la lueur

three-quarters of its population, which had been reduced by several evacuation programs from a war-time peak of 380,000 to about 245,000. Factories and other [7] residential districts, or suburbs, lay compactly around the edges of the city. To the south were the docks, an airport, and the **island-studded** Inland Sea. A **rim*** of mountains runs around the other three sides of the delta. Mr. Tanimoto and Mr. Matsuo took their way through the **shopping** center, already full of people, and across two of the rivers to the sloping streets of Koi, and up them to the outskirts and foothills. As they started up a valley away from the tight-ranked houses, the **all-clear** sounded. (The Japanese radar operators, detecting only three planes, supposed that they comprised a reconnaissance.) Pushing the **handcart** up to the rayon man's house was tiring, and the men, after they had maneuvered their load into the **driveway** and to the front steps, paused to rest awhile. They stood with a wing of the house between them and the city. Like most homes in this part of Japan, the house consisted of a wooden frame and wooden walls supporting a heavy tile roof. Its **front hall**, packed with **rolls** of bedding and clothing, looked like a cool cave full of fat cushions. Opposite the house, to the right of the **front door**, there was a large, **finicky rock** 40 garden. There was no sound of planes. The morning was still; the place was cool and pleasant.

1 a a raised edge or border. b a margin or verge, esp. of something circular. 2 the part of a pair of spectacles surrounding the lenses. 3 the outer edge of a wheel, on which the tyre is fitted. 4 a boundary line (the rim of the horizon).

Then a tremendous flash of light cut across the sky. Mr. Tanimoto has a distinct recollection that it travelled from east to west, from the city toward the hills. It seemed a **sheet** of sun. Both he and Mr. Matsuo reacted in terror— and both had time to react (for they were 3,500 yards, or two miles, from the center [8] of the explosion). Mr. Matsuo **dashed up** the front steps into the house and dived among the bedrolls and buried himself there. Mr. Tanimoto took four or five steps and threw himself between two big rocks in the garden. He bellied up very hard against one of them. As his face was against the stone, he did not see what happened. He felt a sudden pressure, and then splinters and pieces of board and fragments of tile fell on him. He heard no roar. (Almost no one in Hiroshima recalls hearing any noise of the bomb. But a fisherman in his **sampan** on the Inland Sea near 70 **sampán**, muy cerca de Tsuzu en el mar Interior, el hombre con quien vivían la suegra y la cuñada del señor Tanimoto, X **champán** 1. m. Embarcación grande, de fondo plano, que se emplea en China, el Japón y algunas partes de América del Sur para navegar por los ríos.

la ciudad, y albergaban a tres cuartas partes de su población: diversos programas de evacuación la habían reducido de 380.000, la cifra más alta de la época de guerra, a unos 245.000 habitantes. Las fábricas y otros barrios residenciales, o suburbios, estaban ubicados alrededor de los límites de la ciudad. Al sur estaban los muelles, el aeropuerto y el **mar interior**, **tachonado de islas**. Una **cadena** de montañas recorre los otros tres lados del delta. El señor Tanimoto y el señor Matsuo se abrieron camino a través del centro comercial, ya atestado de gente, y cruzaron dos de los ríos hacia las **inclinadas** calles de Koi, y las remontaron hacia las afueras y las estribaciones. Subían por un valle, lejos ya de las apretadas filas de casas, cuando sonó **la sirena de despeje, la que indicaba el final del peligro**. (Habiendo detectado sólo tres aviones, los operadores de los radares japoneses supusieron que se trataba de una labor de reconocimiento.) Empujar el **carrito** hasta la casa del hombre de los rayones había sido agotador; tras maniobrar su carga sobre la **entrada** y las escaleras del frente, los hombres hicieron una pausa para descansar. Un ala de la casa se interponía entre ellos y la ciudad. Como la mayoría de los hogares en esta parte de Japón, la casa consistía de un techo de tejas pesadas soportado por paredes de madera y un marco de madera. El **zaguán**, abarrotado de **bultos** de ropa de cama y prendas de vestir, parecía una cueva fresca llena de cojines gordos. Frente a la casa, hacia la derecha de la puerta principal, había un jardín amplio y **recargado** [13] de aviones. Era una mañana tranquila; el lugar era fresco y agradable.

Entonces cortó el cielo un resplandor tremendo. El señor Tanimoto recuerda con precisión que viajaba de este a oeste, de la ciudad a las colinas. Parecía una **lámina** de sol. Tanto él como el señor Matsuo reaccionaron con terror, y ambos tuvieron tiempo de reaccionar (pues estaban a 3.200 metros del centro de la explosión). El señor Matsuo **subió corriendo** las escaleras, entró en su casa y se lanzó de cabeza entre los bultos de sábanas. El señor Tanimoto dio cuatro o cinco pasos y se arrojó entre dos rocas grandes del jardín. Se dio un fuerte golpe en el estómago contra una de ellas. Como tenía la cara contra la piedra, no vio lo que sucedió después. Sintió una presión repentina, y entonces le cayeron encima astillas y trozos de tablas y fragmentos de teja. No escuchó rugido alguno. (Casi nadie en Hiroshima recuerda haber oído nada cuando cayó la bomba. Pero un pescador que estaba en su **sampán**, muy cerca de Tsuzu en el **mar Interior**, el hombre con quien vivían la suegra y la cuñada del señor Tanimoto, X **pescador** en su **sampán** en el Mar Interior, cerca de Tsuzu, el hombre con quien estaban viviendo la suegra y la

albergaban a las tres cuartas partes de su población, que, a causa de varias evacuaciones, había sido reducida de la cifra tope de 380.000 almas a unas 245.000. Los demás distritos residenciales e industriales, o suburbios, se abrían en forma compacta alrededor de los extremos de la ciudad. Hacia el sur estaban los muelles, un aeropuerto, y el Mar Interior **acribillado de islas**. Una **cadena** de montañas corre por los otros tres lados del delta. El señor Tanimoto y el señor Matsuo siguieron su camino a través del centro comercial, ya lleno de gente, y cruzaron los dos ríos hacia las **onduladas** calles de Koi; luego ascendieron las faldas de sus colinas. Mientras se adentraban en el valle alejándose de las abigarradas casas, sonó **la sirena que indicaba el cese de peligro**. (Los operadores de radar japoneses, al detectar solamente tres aviones, supusieron que cumplían un vuelo de reconocimiento.) El empujar la **carretilla** barranca arriba hasta la casa del fabricante de rayón era tarea agotadora, y los hombres, después de haber entrado su carga por el **camino para autos** hasta la escalinata frontera, se detuvieron a descansar unos momentos. Tenían un ala de la casa entre ellos y la ciudad. Como la mayoría de las casas en esta parte del Japón, ésta consistía en un marco y paredes de madera que soportaban un pesado techo de tejas. El **vestíbulo** de entrada, lleno de ropa de cama y colchones **hechos rollos**, parecía una fresca cueva abarrotada de [17] cómodos cojines. En sentido opuesto a la casa, hacia la derecha de la puerta de entrada, había un gran jardín, **muy cuidado** y **lleno de rocas**. No se oía rumor de aviones. La mañana era calma; el lugar, fresco y agradable.

En ese instante un tremendo relámpago de luz atravesó el cielo. El señor Tanimoto recuerda claramente que fue en sentido este-oeste, desde la ciudad hacia las colinas. Pareció una **sábana** de luz solar. El y el señor Matsuo reaccionaron aterrorizados (ambos tuvieron tiempo de reaccionar porque estaban a unos 3.500 metros del centro de la explosión). El señor Matsuo **voló** sobre la escalinata de la casa y se arrojó entre la ropa de cama y los colchones, bajo los cuales quedó enterrado. El señor Tanimoto dio cuatro o cinco pasos y aterrizó entre dos grandes rocas del jardín. Se golpeó el vientre con bastante fuerza contra una de ellas. Con la cara contra las piedras, no vio nada de lo que sucedía. Sintió una presión repentina, y luego astillas de madera y trozos de tejas cayeron sobre él. No oyó explosión alguna. (Casi nadie en Hiroshima recuerda haber oído el ruido causado por la bomba. Pero un pescador en su **sampán** en el Mar Interior, cerca de Tsuzu, el hombre con quien estaban viviendo la suegra y la

et entendit une formidable explosion ; il était à près de trente-trois kilomètres de Hiroshima, mais le tonnerre fut plus fort que lors du bombardement d'Iwakuni par les B-29, et Iwakuni n'était qu'à cinq kilomètres de là.)

Quand il osa lever la tête, M. Tanimoto vit que la maison du fabricant de rayonne s'était effondrée. Il crut qu'une bombe était tombée droit dessus. De tels nuages de poussière flottaient dans l'air qu'un crépuscule semblait être descendu sur le quartier. Cédant à la panique, et oubliant sur le moment M. Matsuo enseveli sous les ruines, M. Tanimoto se précipita dans la rue. Il remarqua, tout en courant, que le mur en béton de la propriété s'était écroulé vers la maison plutôt que vers le dehors. Dans la rue, la première chose qui le frappa, ce fut une es-20 couade de soldats employés à creuser une galerie à flanc de colline, en face (un de ces milliers d'abris secrets où les Japonais, apparemment, avaient l'intention de se retrancher pour résister à (invasion, colline par 25 colline, vie pour vie) de ce terrier, où ils auraient dû être en sécurité, les soldats sortaient, tête, poitrine, [18] dos en sang ; muets, abrutis et **titubants**.

Sous l'effet de ce que l'on eût dit être un phénomène local - un nuage de poussière en suspens - le jour s'assombrit de plus en plus.

Peu avant minuit, la veille du jour où 35 fut lancée la bombe, un speaker de la radio de Hiroshima annonça que deux cents B-29 environ approchaient par le sud de Honshu, et conseilla à la population d'évacuer les maisons et de gagner 40 les « zones de sécurité » qui lui étaient désignées. Mme Hatsuyo Nakamura, la veuve du tailleur, qui habitait le quartier dit de Nobori-cho et qui était rompue depuis longtemps à la discipline de 45 l'obéissance, fit lever ses trois enfants - Toshio, garçonnet de dix ans, Yaeko, fillette de huit ans et leur petite sœur, Myeko, cinq ans les habilla et se rendit à pied avec eux dans le secteur militaire 50 connu sous le nom de Terrain de Manoeuvre de l'Est en lisière du nord-est de la ville. Parvenue là, [19] elle déploya quelques nattes qu'elle avait emportées, où se recouchèrent les enfants. Ils dor- 55 mirent jusqu'aux environs de deux heures du matin, où le **fracas** des avions survolant Hiroshima les réveilla.

Dès que les avions se furent éloignés, Mine 60 Nakamura se mit en devoir de prendre avec ses enfants le chemin du retour. Il était un peu plus de deux heures trente lorsqu'ils se retrouvèrent chez eux. Elle tourna aussitôt le bouton de son poste de T.S.F., pour, à sa grande détresse, 65 entendre diffuser un **nouvel avertissement**. Elle regarda ses enfants, vit toute leur fatigue, songea au nombre de fois qu'il avait fallu faire ce trajet depuis des semaines pour

sister-in-law were living, saw the flash and heard a tremendous explosion; he was nearly twenty miles from Hiroshima, but the thunder was greater than when the B-29s hit Iwakuni, only five miles away.)

When he **dared**, Mr. Tanimoto raised his head and saw that the rayon man's house had collapsed. He thought a bomb had fallen directly on it. Such clouds of dust had risen that there was a sort of twilight around. In panic, not thinking for the moment of Mr. Matsuo under the ruins, he dashed out into the street. He noticed as he ran that the concrete wall of the estate had fallen over-toward the house rather than away from it. In the street, the first thing he saw was a squad of soldiers who had been burrowing into the hillside opposite, making one of the thousands of dugouts in which the Japanese apparently intended to resist invasion, hill by hill, life for life; the soldiers were coming out of the hole, where they should have been safe, [9] and blood was running from their heads, chests, and backs. They were silent and **dazed**.

Under what seemed to be a local dust cloud, the day grew darker and darker.

AT NEARLY midnight, the night before the bomb was dropped, an announcer on the city's radio station said that about two hundred B-29s were approaching southern Honshu and advised the population of Hiroshima to evacuate to their designated "safe areas." Mrs. Hatsuyo Nakamura, the tailor's widow, who lived in the section called Nobori-cho and who had long had a habit of doing as she was told, got her three children—a ten-year-old boy, Toshio, an eight-year-old girl, Yaeko, and a five-year-old girl, Myeko—out of bed and dressed them and walked with them to the military area known as the East Parade Ground, on the northeast 60 **edge** of the city. There she unrolled some mats and the children lay down on them. They slept until about two, when they were awakened by the **roar** of the planes going over Hiroshima.

As soon as the planes had passed, Mrs. Nakamura started back with her children. They reached home a little after two-thirty and she immediately turned on the radio, which, to her distress, was just then 65 broadcasting a **fresh warning**. When she looked at the children and saw how tired they were, and when she thought of the number of trips they had made in past weeks,

vio el resplandor y oyó una explosión tremenda. Estaba a treinta y dos kilómetros de Hiroshima, pero el estruendo fue mayor que cuando los B-29 atacaron Iwakuni, a no más de ocho kilómetros de allí.)

Cuando finalmente **se atrevió**, el señor Tanimoto levantó la cabeza y vio que la casa del hombre de los rayones se había derrumbado. Pensó que una bomba había caído directamente sobre ella. Se había levantado una nube de polvo tal que había una especie de crepúsculo alrededor. Aterrorizado, incapaz de pensar por el momento que el señor Matsuo estaba bajo las ruinas, corrió hacia la calle. Se dio cuenta mientras corría de que la pared de la propiedad se había desplomado hacia el interior de la casa y no a la inversa. Lo primero que vio en la calle fue un escuadrón [14] de soldados que habían estado escarbando en la ladera opuesta, haciendo uno de los mil refugios en los cuales los japoneses se proponían resistir la invasión, colina a colina, vida a vida; los soldados salían del hoyo, y la sangre brotaba de sus cabezas, de sus pechos, de sus espaldas. Estaban callados y **aturdidos**.

Bajo lo que parecía ser una nube de polvo del lugar, el día se hizo más y más oscuro.

La noche antes de que cayera la bomba, casi a las doce, un anunciador de la estación de radio de la ciudad dijo que cerca de doscientos B-29 se acercaban al sur de Honshu, y aconsejó a la población de Hiroshima que evacuara hacia las «áreas de refugio» designadas. La señora Hatsuyo Nakamura, la viuda del sastre, que vivía en la sección llamada Nobori-cho y que se había acostumbrado de tiempo atrás a hacer lo que se le decía, sacó de la cama a sus tres niños —Toshio, de diez años, Yaeko, de ocho, y una niña de cinco, Myeko—, los vistió y los llevó caminando a la zona militar conocida como Plaza de Armas del Oriente, al noreste 65 de la ciudad. Allí desenrolló unas esteras para que los niños se acostaran. Durmieron hasta casi las dos, cuando los despertó el **rugido** de los aviones sobre Hiroshima.

Tan pronto como hubieron pasado los aviones, la señora Nakamura emprendió el camino de vuelta con sus niños. Llegaron a casa poco después de las dos y media y de inmediato la señora Nakamura encendió la radio, la cual, para su gran disgusto, ya anunciaba una **nueva alarma**. Cuando miró a los niños y vio lo cansados que estaban, y al pensar en la cantidad de viajes —todos inútiles— que había hecho a la Plaza

cuñada del señor Tanimoto, vio el relámpago y oyó una tremenda explosión; estaba a casi veinte millas de Hiroshima, pero el estruendo fue mayor que cuando los B-29 atacaron Iwakuni, que sólo queda a cinco millas.)

Cuando **se atrevió** a levantar la cabeza, el señor Tanimoto vio que la casa del fabricante de rayón estaba derrumbada. Pensó que alguna bomba habría caído directamente sobre ella. Se habían elevado tales nubes de polvo que todo parecía envuelto en una especie de crepúsculo. Lleno de pánico, sin acordarse por el momento del señor Matsuo, que [18] estaría bajo las ruinas, se lanzó a la calle. Mientras corría notó que la tapia de concreto de la propiedad había caído, pero hacia adentro más bien que hacia la calle. En la calle, lo primero que vio fue un escuadrón de soldados que habían estado cavando túneles hacia la colina de enfrente, haciendo uno de los miles de agujeros en los que aparentemente los japoneses pensaban resistir la invasión, colina por colina, vida por vida; los soldados emergían del agujero que debería haberles servido de seguro refugio; la sangre les corría por las cabezas, los torsos y las espaldas. Estaban silenciosos y **desconcertados**.

Bajo lo que parecía ser una nube de polvo común, oscurecía cada vez más.

Cerca de medianoche, el día anterior al de la bomba, un anunciador de la estación radial de la ciudad dijo que unos doscientos B-29 se acercaban a Honshu del sur, y aconsejó a la población de Hiroshima que evacuase hacia las «áreas de seguridad» indicadas. La señora Hatsuyo Nakamura, viuda de sastre, que vivía en la sección llamada Nobori-chico, y que tenía desde muchísimo tiempo atrás el hábito de hacer lo que le mandaban, tomó a sus tres hijos —Toshio, un varón de diez años, Yaeko, una niña de ocho, y Myeko, otra niña de cinco —, los sacó de la cama y se dirigió con ellos hacia el área militar conocida como Campo de Desfile del Este, en el 65 **extremo** noroeste de la ciudad. Allí desenrolló unas esteras y los niños se acostaron sobre ellas. Durmieron hasta las dos, hora en que fueron despertados por el rugido de los aviones que volaban sobre Hiroshima.

Una vez que los aviones pasaron, la señora Nakamura emprendió el camino de regreso con sus hijos. Llegaron a su casa unos minutos después de las dos y media. Inmediatamente la mujer [19] encendió la radio y oyó, desolada, una **nueva advertencia**. Cuando miró a sus hijos, vio cuán cansados estaban y pensó en la cantidad de veces que habían hecho el trayecto en

rien, et décida qu'en dépit des instructions de la radio, lui était tout simplement impossible d'envisager de recommencer. Elle enroula les enfants dans leurs couvertures, à même le sol, se coucha à son tour sur le coup de trois heures et s'endormit sur-le-champ, si profondément que le passage d'autres avions, un peu plus tard, ne la réveilla pas.

all to no purpose, to the East Parade Ground, she decided that in spite of the instructions on the [10] radio, she simply could not face starting out all over again. She put the children in their **bedrolls on the floor**, and lay down herself at three o'clock, and fell asleep at once, so **soundly** that when planes passed over later, she did not waken to their sound.

10

Le hurlement de la sirène la tira de son sommeil, vers sept heures du matin. Elle se leva, s'habilla rapidement et courut à la maison de M. Nakamoto, chef de son [20] Association de Quartier, lui demandant que faire. Il lui dit de ne pas bouger de chez elle, à 'moins qu'elle entendit sonner le signal d'urgence - série d'appels de sirène intermittents. Elle rentra, alluma le réchaud dans sa cuisine, mit à cuire un peu de riz, et s'assit pour lire le *Chugoku*, quotidien du matin de Hiroshima. A son grand soulagement, elle entendit sonner la fin d'alerte à huit heures. En même temps, elle entendit remuer les enfants et s'interrompit dans sa lecture pour leur distribuer à chacun une poignée de cacahuètes et leur dire de **ne pas se lever** et de se reposer de la fatigue de la nuit. Elle avait espéré qu'ils se rendormiraient, mais le voisin de la première maison en regardant vers le Sud se mit à faire un boucan de tous les diables, à coups de marteau, de hache, de **crochet** et de serpe. L'administration préfectorale, convaincue, comme tout le monde à Hiroshima, que la ville ne tarderait pas à subir son bombardement, s'était prise à multiplier les avertissements et les menaces en vue de l'aménagement de vastes *avenues pare-feu* qui, espérait-on, permettraient, jointes aux bras du delta, de localiser les effets d'un raid incendiaire ; et le voisin s'employait à contre-cœur à sacrifier son foyer au salut [21] de la cité. La veille même, la préfecture avait ordonné que toutes les jeunes filles valides des écoles secondaires passent quelques journées à aider au débaillement de ces avenues, et le travail commença peu après qu'eut résonné la **fin d'alerte**.

The siren **jarred** her awake at about seven. She arose, dressed quickly, and hurried to the house of Mr. Nakamoto, the head of her Neighborhood Association, and asked him what she should do. He said that she should remain at home unless an urgent warning—a series of intermittent **blasts** of the siren—was sounded. She returned home, lit the stove in the kitchen, set some rice to cook, and sat down to read that morning's Hiroshima *Chugoku*. To her relief, the all-clear sounded at eight o'clock. She heard the children stirring, so she went and gave each of them a handful of peanuts and told them to stay on their **bedrolls**, because they were tired from the night's walk. She had hoped that they would go back to sleep, but the man in the house directly to the south began to make a terrible **hullabaloo** of hammering, wedging, **ripping**, and splitting. The prefectural government, convinced, as everyone in Hiroshima was, that the city would be attacked soon, had begun to press with threats and warnings for the completion of wide **fire lanes**, which, it was hoped, might act in conjunction with the rivers to localize any fires started by an incendiary raid; and the neighbor was reluctantly sacrificing his home to the city's safety. Just the day before, the prefecture had ordered all able-bodied girls from the secondary schools to spend [11] a few days helping to clear these lanes, and they started work soon after the **all-clear** sounded.

Mme Nakamura retourna dans la cuisine, donna un coup d'oeil à son riz, et se mit à regarder faire le voisin d'à côté. Elle lui en voulut d'abord de faire tant de bruit, puis elle se sentit prise de pitié jusqu'aux larmes presque. Sa pitié, sans doute, s'adressait plus spécialement à son voisin, qu'elle voyait démolir son foyer, planche par planche, en ces temps de destructions inévitables ; mais sans nul doute aussi elle éprouvait un sentiment de commisération générale, qui allait à la communauté, sans parler de la pitié qu'elle ressentait pour elle-même. Elle n'avait pas eu la vie facile. Son mari, Isawa, était parti pour l'armée peu après la naissance de Myeko, et elle n'avait

Mrs. Nakamura went back to the kitchen, looked at the rice, and began watching the man next door. At first, she was annoyed with him for making so much noise, but then she was moved almost to tears by pity. Her emotion was specifically directed toward her neighbor, tearing down his home, board by board, at a time when there was so much unavoidable destruction, but undoubtedly she also felt a generalized, community pity, to say nothing of self-pity. She had not had an easy time. Her husband, Isawa, had gone into the Army just after Myeko was born, and she had heard nothing

70

de Armas del Oriente en las últimas semanas, decidió que, a pesar de las instrucciones de la radio, no era capaz de comenzar de nuevo. Acostó a los [15] niños en sus **colchones** y a las tres en punto ella misma se recostó, y al instante se quedó dormida, tan **profundamente** que después, cuando pasaron los aviones, no la despertó el ruido.

A eso de las siete la **despertó** el ulular de la sirena. Se levantó, se vistió con rapidez y se apresuró hacia la casa del señor Nakamoto, jefe de la Asociación de Vecinos de su barrio, para preguntarle qué debía hacer. Él le dijo que debía quedarse en casa a menos que sonara una alarma urgente: una serie de **toques** intermitentes de la sirena. Regresó a casa, encendió la estufa en la cocina, puso a cocinar un poco de arroz y se sentó a leer el *Chugoku* de Hiroshima correspondiente a esa mañana. Para su gran alivio, la sirena de despeje sonó a las ocho. Oyó que los niños comenzaban a despertarse, así que les dio a cada uno una manotada de cacahuètes y les dijo, puesto que la caminata de la noche los había agotado, que se quedaran en sus **colchones**. Esperaba que volvieran a dormirse, pero el hombre de la casa que limitaba al sur con la suya empezó a hacer un **escándalo** terrible martillando, poniendo cuñas, **aserrando** y partiendo madera. La prefectura de gobierno, convencida como todo el mundo en Hiroshima de que la ciudad sería atacada pronto, había comenzado a presionar con amenazas y advertencias para que se construyeran amplios **carriles cortafuegos**, los cuales, se esperaba, actuarían en conjunción con los ríos para aislar cualquier incendio consecuencia de un ataque; y el vecino sacrificaba su casa a regañadientes en beneficio de la seguridad ciudadana. El día anterior, la prefectura había ordenado a todas las niñas físicamente capaces de las escuelas secundarias que ayudaran durante algunos días a despejar estos carriles, y ellas comenzaron a trabajar tan pronto como sonó la sirena de **despeje**.

La señora Nakamura regresó a la cocina, vigiló el arroz y empezó a observar a su vecino. Al principio, el ruido que hacía el hombre [16] la irritaba, pero luego se sintió conmovida casi hasta las lágrimas. Sus emociones se dirigían específicamente hacia su vecino, aquel hombre que echaba su propio hogar abajo, tabla por tabla, en momentos en que había tanta destrucción inevitable, pero indudablemente sentía también cierta lástima generalizada y comunitaria, y eso sin mencionar la que sentía por sí misma. No había sido fácil para ella. Su marido, Isawa, había sido reclutado justo después del nacimiento de Myeko, y ella

vano durante las últimas semanas, decidió que no obstante las instrucciones de la radio no volvería a empezar. Puso a los niños sobre sus **esteras en el suelo**, se acostó ella misma a eso de las tres y se durmió en el acto, tan **profundamente** que cuando los aviones volvieron a pasar más tarde el ruido de los motores no la despertó.

La alarma la **sobresaltó** a las siete. Se levantó, se vistió rápidamente y corrió a la casa del señor Nakamoto, presidente de la Asociación Vecinal, para preguntarle qué debía hacer. Elle aconsejó quedarse en casa, a menos que sonase la alarma urgente (una serie de **toques** intermitentes de sirena). La señora Nakamura volvió a su casa, encendió el hornillo de la cocina, puso a cocinar un poco de arroz y se sentó a leer el diario matutino *Chugoku*. Para su alivio, a las ocho sonó la sirena de cese de peligro. Oyó despertarse a los niños, de modo que fue y les dio un puñado de cacahuètes a cada uno y les permitió quedarse en sus **esteras**, pues estaban cansados por la caminata nocturna. Esperaba que se durmieran nuevamente, pero el hombre de la casa que quedaba hacia el sur comenzó a hacer un espantoso ruido de martillo, **serrucho**, **lima** y **raspador**. El gobierno de la prefectura, convencido al igual que todo el mundo de que Hiroshima sería atacada muy pronto, había comenzado a fastidiar con amenazas y advertencias acerca de la construcción de amplios **campos de defensa antiaérea**, los que, según se esperaba, junto con los ríos, localizarían cualquier fuego iniciado por escuadrillas incendiarias; por lo tanto, el vecino estaba sacrificando de mala gana su casa en beneficio de la seguridad de Hiroshima. Justamente el [20] día anterior la prefectura había ordenado a todas las muchachas físicamente aptas de las escuelas secundarias que ayudaran durante unos días a limpiar los campos, y ellas comenzaron a trabajar inmediatamente después de la sirena de **cese de peligro**.

La señora Nakamura retornó a la cocina, miró el arroz y comenzó a observar al hombre de al lado. Al principio se sorprendió de que hiciese tanto ruido, pero pronto la compasión la movió a lagrimear. Su emoción iba específicamente dirigida hacia su vecino, que echaba abajo su hogar, pared por pared, en una época en que la destrucción era inevitable, pero no hay duda de que también sintió una compasión generalizada, común, sin contar la que experimentaba por sí misma y los suyos. Las cosas no habían sido fáciles para ella. Su esposo, Isawa, había ingresado en el ejército apenas después del nacimiento de Myeko, y no tuvo noticias

plus entendu parler de lui pendant longtemps, jusqu'au jour où - le 5 mars 1942 - elle avait reçu un télégramme de cinq mots : « Isawa mort champ d'honneur Singapour. » Plus tard, elle avait appris qu'il était mort le 15 février, le jour de la chute de Singapour, et qu'il était alors [22] caporal. Isawa n'avait jamais été un tailleur **bien** prospère ; son capital se limitait à une machine à coudre Sankoku. Après sa mort, les délégations de solde avaient cessé de venir; Mme Nakamura avait sorti la machine et s'était mise elle-même à travailler comme **apiéceuse** ; depuis, elle avait gagné le pain de ses enfants, très pauvrement, avec ses travaux de couture.

Mme Nakamura, à sa fenêtre, regardait donc faire son voisin, quand tout s'illumina soudain d'une blancheur fulgurante comme elle n'en avait jamais vu. Elle ne remarqua pas ce qu'il advint du voisin d'à côté ; le réflexe maternel la fit se précipiter vers ses enfants. Elle avait eu tout juste le temps de faire un pas (sa maison se trouvait à 1.350 mètres du centre de l'explosion), lorsqu'elle se sentit soulevée par une force et eut l'impression d'être portée par des ailes jusque dans la chambre voisine, par-dessus la plate-forme surélevée où dormaient les enfants, et comme si la suivait, sur ses talons, une partie de la maison.

Une averse de bois de construction retomba autour d'elle en même temps qu'elle touchait le sol, et une grêle de tuiles la martela et la meurtrit ; tout sombra dans le noir, car elle était ensevelie. Les débris [23] ne formaient pas une couche très épaisse. Elle se mit debout, se libéra. Elle entendit un des enfants crier : « Maman, au secours! » et vit la plus jeune des fillettes - Myeko, cinq ans - le buste seul émergeant, incapable de bouger. Cependant que Mme Nakamura grattait des ongles et se frayait frénétiquement un chemin vers sa cadette; pas un cri, pas un signe, ne lui vint de ses autres enfants.

Durant les journées qui précédèrent immédiatement le bombardement de la ville, le docteur Masakazu Fujii, riche, de tempérament épicurien et, à l'époque, nullement pressé par son travail, s'était offert le luxe de dormir jusqu'à neuf heures, neuf heures et demie; mais par bonheur, il avait dû se lever tôt, le matin où la bombe fut lancée, pour accompagner à la gare un invité. S'étant donc levé à six heures, il quittait sa maison en compagnie de cet ami, une demi-heure plus tard, pour se rendre à pied à la gare, assez proche de chez lui l'affaire de deux bras [24] de rivière à traverser). Il était de retour à sept heures environ, au moment précis où la sirène lança son appel continu. Il prit son petit déjeuner, puis, la matinée étant déjà chaude, se déshabilla, ne gardant sur lui que ses sous-vêtements et sortit sur la terrasse pour lire le journal. Cette terrasse - comme, en fait, l'ensemble du bâtiment - était curieusement construite. Le docteur Fujii était propriétaire d'un établissement typiquement japonais : une clinique privée, ne comptant qu'un seul médecin. Le bâtiment, à **cheval** sur la rive et les eaux mêmes de la rivière Kyo, et voisin

from or of him for a long time, until, on March 5, 1942, she received a seven-word telegram: "Isawa died an honorable death at Singapore." She learned later that he had died on February 15th, the day Singapore fell, and that he had been a corporal. Isawa had been a not ^{especialmente} **particularly** prosperous tailor, and his only capital was a Sankoku sewing machine. After his death, when his allotments stopped coming, Mrs. Nakamura got out the machine and began to take **in piecework** herself, and since then had supported the children, but poorly, by sewing.

As Mrs. Nakamura stood watching her neighbor, everything flashed whiter than any white she had ever seen. She did not notice what happened to the man next door; the reflex of a mother set her in motion toward her children. She had taken a single step (the house was 1,350 yards, or three-quarters of a mile, from [12] the center of the explosion) when something picked her up and she seemed to fly into the next room over the raised sleeping platform, pursued by parts of her house.

Timbers fell around her as she landed, and a shower of tiles **pommelled** her; everything became dark, for she was buried. The debris did not cover her deeply. She rose up and freed herself. She heard a child cry, "Mother, help me!" and saw her youngest—Myeko, the five-year-old—buried up to her breast and usable to move. As Mrs. Nakamura started frantically to claw her way toward the baby, she could see or hear nothing of her other children.

IN THE DAYS right before the bombing, Dr. Masakazu Fujii, being prosperous, hedonistic, and at the time not too busy, had been allowing himself the luxury of sleeping until nine or nine-thirty, but fortunately he had to get up early the morning the bomb was dropped to see a house guest off on a train. He rose at six, and half an hour later walked with his friend to the station, not far away, across two of the rivers. He was back home by seven, just as the siren sounded its **sustained** warning. He ate breakfast and then, because the morning was already hot, undressed down to his underwear and went out on the porch to read the paper. This porch—in fact, the whole building—was **curiously** constructed. Dr. Fujii was the proprietor of a ^{singular} **peculiarly** Japanese institution: a private, single-doctor hospital. This building, **perched** beside and over the water of the Kyo River, and next to the

no había tenido noticias suyas hasta el 5 de marzo de 1942, día en que recibió un telegrama de siete palabras: «Isawa tuvo una muerte honorable en Singapur». Supo después que había muerto el 15 de febrero, día de la caída de Singapur, y que era cabo. Isawa no había sido un sastre **particularmente** exitoso, y su único capital era una máquina de coser marca Sankoku. Después de su muerte, cuando su pensión dejó de llegar, la señora Nakamura sacó la máquina y empezó a aceptar trabajos **a destajo**, y desde entonces mantenía a los niños—pobremente, eso sí—mediante la costura.

La señora Nakamura estaba de pie, mirando a su vecino, cuando todo brilló con el blanco más blanco que jamás hubiera visto. No se dio cuenta de lo ocurrido a su vecino; los reflejos de madre empezaron a empujarla hacia sus hijos. Había dado un paso (la casa estaba a 1.234 metros del centro de la explosión) cuando algo la levantó y la mandó como volando al cuarto vecino, sobre la plataforma de dormir, seguida de partes de su casa.

Trozos de madera le llovieron encima cuando cayó al piso, y una lluvia de tejas la **aporró**; todo se volvió oscuro, porque había quedado sepultada. Los escombros no la enterraron profundamente. Se levantó y logró liberarse. Escuchó a un niño que gritaba: «¡Mamá, ayúdame!», y vio a Myeko, la menor—tenía cinco años—enterrada hasta el pecho e incapaz de moverse. Al avanzar hacia ella, abriéndose paso a manotazos frenéticos, la [17] señora Nakamura se dio cuenta de que no veía ni escuchaba a sus otros niños.

Durante los últimos días antes de la bomba, el doctor Masakazu Fujii, un hombre próspero y hedonista que en ese momento no tenía demasiadas ocupaciones, se había dado el lujo de dormir hasta las nueve o nueve y media, pero la mañana de la bomba había tenido que levantarse temprano para despedir a un huésped que se iba en tren. Se levantó a las seis, y media hora después partió con su amigo hacia la estación, que no estaba lejos de su casa, pues sólo había que atravesar dos ríos. Para cuando dieron las siete, ya estaba de vuelta en casa: justo cuando la sirena sonó su alarma **continua**. Desayunó; entonces, puesto que el día comenzaba a calentarse, se desvistió y salió a su porche a leer el diario en calzoncillos. Este porche—todo el edificio, en realidad—estaba **curiosamente** construido. El doctor Fujii era propietario de una institución **peculiarmente** japonesa: un hospital privado, un hospital de un solo doctor. La construcción, **encaramada** sobre la corriente vecina del río Kyo, y jus-

de él por mucho tiempo, hasta que el 5 de marzo de 1942 recibió un lacónico telegrama: «Isawa murió honorablemente en Singapur.» Más tarde se enteró de que había muerto el 15 de febrero, día de la caída de Singapur, ostentando el grado de cabo. Isawa no había sido un sastre **particularmente** próspero y su único capital era una máquina de coser marca Sankoku. Después de su muerte, cuando cesaron sus pagas, la señora Nakamura sacó la máquina y comenzó a tomar ella misma trabajo **de costurera**; desde entonces mantuvo a sus hijos pobremente, con su trabajo.

Mientras la señora Nakamura miraba a su vecino, todo relampagueó con la luz más blanca que hubiera visto nunca. No supo qué pasó con el hombre: su instinto materno la llevó hacia los niños. Había dado un solo paso (la casa estaba a 1.300 metros del centro de la explosión), cuando algo la levantó y la envió volando a la otra habitación, por [21] sobre la plataforma para dormir, seguida de pedazos de la edificación.

Trozos de madera cayeron a su alrededor mientras aterrizaba, y una lluvia de tejas la **ametraló**; todo se puso oscuro, porque estaba bajo los escombros. Estos no la habían cubierto por completo. Se liberó de ellos y se levantó. Oyó que un niño gritaba: «¡Mamá, ayúdame», y vio a la más pequeña—Myeko—, enterrada hasta el pecho y sin poder moverse. Mientras se abría paso frenéticamente hacia la niña, la señora Nakamura no vio ni oyó a sus otros hijos.

Los días precedentes al bombardeo, el doctor Masakazu Fujii, próspero, hedonista, y por el momento no muy ocupado, se había permitido el lujo de dormir hasta las nueve o nueve y media, peroafortunadamente la mañana en que cayó la bomba se había levantado temprano para acompañar a un invitado suyo hasta el tren. Durmió hasta las seis, y media hora después se encaminó con su amigo hacia la estación, que no quedaba lejos, atravesando dos de los ríos. Estuvo de vuelta alrededor de las siete, exactamente cuando la alarma dejaba oír su **persistente** advertencia. Tomó el desayuno, y luego, como la mañana ya era bastante calurosa, se quedó en paños menores y salió al porche a leer el periódico. Este porche—y en realidad el edificio todo—estaba **curiosamente** construido. El doctor Fujii era propietario de una **peculiar** institución japonesa: una clínica privada, atendida por un solo médico. Este edificio, **elevado** al lado y sobre las aguas del río Kyo, y próximo al puente

du pont du même nom, comprenait une trentaine de chambres à l'usage d'un nombre égal de patients, non compris les parents - car, conformément à la coutume japonaise, lorsqu'une personne tombe malade et entre à l'hôpital, un ou plusieurs membres de la famille y vont vivre avec elle, pour lui faire sa cuisine, la baigner, la masser, lui faire la lecture et lui apporter l'incessante sympathie familiale sans laquelle tout patient japonais serait en vérité le plus malheureux des humains. Le docteur Fujii n'avait pas de lits pour ses malades - rien que des nattes de paille. Mais son équipement de toute espèce était moderne: rayons X, diathermie, magnifique laboratoire à carrelage. L'édifice reposait pour deux tiers sur le sol ferme; pour un tiers, sur pilotis, dominant les eaux de la Kyo, où la marée se faisait sentir. Ce surplomb, qui était la partie de la maison où vivait le docteur Fujii, était d'aspect curieux, mais il y faisait bon en été, et de la terrasse, qui tournait le dos au centre de la ville, la vue de la rivière, où se croisaient les bateaux de plaisance, était toujours rafraîchissante. Le docteur Fujii avait eu, à l'occasion, ses heures d'anxiété, lorsque l'Ota et les bras de son delta se gonflaient outre mesure et débordaient; mais les pilotis, apparemment, étaient solides et la maison avait toujours résisté.

Depuis un mois environ, le docteur Fujii était relativement peu occupé depuis qu'en juillet, le nombre des villes épargnées par les raids diminuant sans cesse et Hiroshima voyant s'accroître d'autant ses chances de servir inévitablement de cible, il s'était mis à renvoyer ses malades sous prétexte que, en cas de raid incendiaire, il lui serait impossible de procéder à leur évacuation. Il ne lui restait plus, à l'heure actuelle, que deux patients [26] une femme de Yano, blessée à l'épaule et un jeune homme de vingt-cinq ans, qui achevait de se remettre des brûlures qu'il avait eues lors du bombardement des aciéries proches de Hiroshima où il travaillait. Le docteur Fujii avait six infirmières pour soigner ses malades. Sa femme et ses enfants étaient en sécurité; un de ses fils vivait avec sa mère en dehors d'Osaka; son second fils et ses deux filles étaient à la campagne, dans l'île de Kyushu. Une de ses nièces, une femme de chambre et un domestique habitaient avec lui. Il n'avait pas grand-chose à faire, et s'en souciait peu, ayant économisé une petite fortune. Il avait cinquante ans, se portait bien, était bon vivant, calme, et aimait à passer ses soirées à boire du whisky en compagnie d'amis, modérément toujours et pour le plaisir de converser. Avant la guerre, il affectionnait le scotch et l'américain; maintenant, il se contentait parfaitement de la meilleure marque japonaise, le *suntory*.

Le docteur Fujii, jambes croisées, vêtu de ses seuls sous-vêtements, s'assit donc sur les nattes immaculées de sa terrasse, mit ses lu-

bridge of the same [13] name, contained thirty rooms for thirty patients and their kinfolk—for, according to Japanese custom, when a person falls sick and goes to a hospital, one or more members of his family go and live there with him, to cook for him, bathe, massage, and read to him, and to offer incessant familial sympathy, without which a Japanese patient would be miserable indeed. Dr. Fujii had no beds—only straw mats—for his patients. He did, however, have all sorts of modern equipment: an Xray machine, diathermy apparatus, and a fine tiled laboratory. The structure rested two-thirds on the land, one-third on piles over the tidal waters of the Kyo. This overhang, the part of the building where Dr. Fujii lived, was queer-looking, but it was cool in summer and from the porch, which faced away from the center of the city, the prospect of the river, with pleasure boats drifting up and down it, was always refreshing. Dr. Fujii had occasionally had anxious moments when the Ota and its mouth branches rose to flood, but the piling was apparently firm enough and the house had always held.

Dr. Fujii had been relatively idle for about a month because in July, as the number of untouched cities in Japan dwindled and as Hiroshima seemed more and more inevitably a target, he began turning patients away, on the ground that in case of a fire raid he would not be able to evacuate them. Now he had only two patients left—a woman from Yano, injured in the shoulder, and a young man of twenty-five recovering from burns he had suffered when the steel factory near [14] Hiroshima in which he worked had been hit. Dr. Fujii had six nurses to tend his patients. His wife and children were safe; his wife and one son were living outside Osaka, and another son and two daughters were in the country on Kyushu. A niece was living with him, and a maid and a manservant. He had little to do and did not mind, for he had saved some money. At fifty, he was healthy, convivial, and calm, and he was pleased to pass the evenings drinking whiskey with friends, always sensibly and for the sake of conversation. Before the war, he had affected brands imported from Scotland and America; now he was perfectly satisfied with the best Japanese brand, *Suntory*.

Dr. Fujii sat down cross-legged in his underwear on the spotless matting of the porch, put on his glasses, and

to al lado del puente del mismo nombre, contenía treinta habitaciones para treinta pacientes y sus familiares —ya que, de acuerdo a la tradición japonesa, cuando una persona se enferma y es recluida en un hospital, uno o más miembros de su familia deben ir a vivir con ella, para bañarla, cocinar para ella, darle masajes y leerle, y para ofrecerle la infinita simpatía familiar sin la cual un paciente japonés se sentiría profundamente desgraciado—. El doctor Fujii no tenía camas para sus pacientes, sólo esteras de paja. Sin embargo, tenía todo tipo de equipos modernos: una máquina de rayos X, aparatos de diatermia y un elegante laboratorio en baldosín. Dos tercios de la estructura descansaban sobre la tierra y un tercio [18] sobre pilares, encima de las fuertes corrientes del Kyo. Este alero (la parte en la cual vivía el doctor Fujii) tenía un aspecto extraño; pero era fresco en verano, y desde el porche, que le daba la espalda a la ciudad, la imagen de los botes de turismo llevadas por la corriente del río resultaba siempre refrescante. El doctor Fujii había pasado momentos ocasionales de preocupación cuando el Ota y sus ramales se desbordaban, pero los pilotes eran lo bastante fuertes, al parecer, y la casa siempre había resistido.

Durante cerca de un mes el doctor Fujii se había mantenido relativamente ocioso, puesto que en julio, mientras el número de ciudades japonesas que permanecían intactas era cada vez menor y cada vez más Hiroshima parecía un objetivo probable, había comenzado a rechazar pacientes, alegando que no sería capaz de evacuarlos en caso de un ataque aéreo. Ahora le quedaban sólo dos: una mujer de Yano, lesionada en un hombro, y un joven de veinticinco años que se recuperaba de quemaduras sufridas cuando la metalúrgica en la que trabajaba, cerca de Hiroshima, fue alcanzada por una bomba. El doctor Fujii contaba con seis enfermeras para atender a sus pacientes. Su esposa y sus niños se encontraban a salvo: ella y uno de sus hijos vivían en las afueras de Osaka; su otro hijo y sus dos hijas vivían en el campo, en Kyushu. Una sobrina vivía con él, igual que una mucama y un mayordomo. Tenía poco trabajo y no le importaba, porque había ahorrado algún dinero. A sus cincuenta años, era un hombre sano, cordial y calmado, y le agradaba pasar las tardes con sus amigos, bebiendo whisky —siempre con prudencia—, por el gusto de la conversación. Antes de la guerra había hecho ostentación de marcas importadas de Escocia y los Estados Unidos; ahora lo satisfacía plenamente la mejor marca japonesa, *Suntory*.

El doctor Fujii se sentó sobre la estera immaculada del porche, en calzoncillos y con las piernas cruzadas, se puso los len-

del mismo nombre, se componía de treinta habitaciones para treinta pacientes y sus acompañantes... porque, de acuerdo con la tradición japonesa, cuando alguien se enferma y debe ir al hospital, una o dos personas de su familia van a vivir con él para guisarle la comida, asearlo, [22] darle masaje, leerle y ofrecerle constante cariño familiar, sin lo cual el paciente japonés se siente indudablemente miserable. El doctor Fujii no tenía camas para sus enfermos: sólo esterillas de junco. No obstante, poseía toda suerte de equipos modernos: un aparato para rayos X, otro para diatermia y un laboratorio magníficamente instalado. La estructura descansaba en sus dos terceras partes sobre tierra, y el otro tercio en pilares sobre las aguas sujetas a mareas del Kyo. Este saliente, la parte del edificio en que vivía el doctor Fujii, tenía un aspecto bastante extraño, pero en verano era fresco y desde el porche, que miraba en sentido opuesto al centro de la ciudad, el panorama del río con las barcas de paseo que bogaban era siempre refrescante. De vez en cuando el doctor Fujii se sentía intranquilo cuando el Ota y sus afluentes crecían, pero los pilares eran aparentemente lo bastante fuertes y la casa se mantenía siempre en su lugar.

Desde hacía más o menos un mes, el doctor había estado relativamente desocupado porque en julio, como el número de ciudades indemnes en el Japón disminuía e Hiroshima parecía cada vez más inévitablemente el blanco seguro, comenzó a dar de alta a sus pacientes, pues durante un bombardeo aéreo no podría evacuarlos. Ahora tenía solamente dos: una mujer de Yano, herida en el hombro, y un joven de veinticinco años que se recobraba de las quemaduras sufridas al ser bombardeado el taller metalúrgico cercano a Hiroshima en que trabajaba. El doctor Fujii tenía seis enfermeras para atender a los pacientes. Su esposa y sus hijos estaban a salvo; ella y uno de los niños vivían en las afueras de Osaka, y otro hijo y dos niñas estaban en Kyushu. Con él vivían una sobrina, una mucama y un sirviente. Tenía poco que hacer, y eso no le preocupaba ya que había ahorrado [23] algún dinero. A la edad de cincuenta años era un hombre sano, sociable y tranquilo, y le placía pasar las veladas bebiendo whisky con sus amigos, por cierto que moderadamente y acompañando buena conversación. Antes de la guerra se hacía llevar excelentes bebidas de Escocia y los Estados Unidos; ahora se contentaba perfectamente con el mejor whisky japonés, marca *Suntory*.

El doctor Fujii se sentó en paños menores, con las piernas cruzadas, en el porche pulcramente esterillado, se puso los anteojos

nettes et commença à lire l'Asahi d'Osaka. Il aimait à lire les nouvelles [27] d'Osaka, parce que sa femme se trouvait dans cette ville. 11 vit la lueur fulgurante. De sa place - tournant le dos au centre de la ville et regardant son journal - elle lui parut d'un jaune éclatant. Saisi, il entreprit de se mettre debout. A ce moment (il se trouvait à 1.550 mètres du centre) la clinique tout entière s'inclina derrière lui et dans un terrible **déchirement** bascula dans la rivière. 10 Le docteur, qui n'avait pas fini de se relever, fut précipité la tête la première, roula et passa par-dessus bord ; fut bousculé, souffleté, pris dans un étau ; ne sut plus où il était, tant les choses allaient vite, et sentit l'eau.

Il avait à peine eu le temps de se dire qu'il était mort, qu'il se rendit compte qu'il était en vie, coincé à ne pas pouvoir bouger par deux longues poutrelles se croisant en V sur sa poitrine, tel un fin morceau délicatement tenu en suspens au-dessus du bol par deux énormes baguettes, maintenu à la verticale, sans pouvoir faire un geste, la tête miraculeusement hors de l'eau, torse et jambes baignant dans la rivière. Les débris de sa clinique flottaient à l'entour, dans un mélange insensé de charpentes hachées menu et de matériel destiné à alléger les souffrances humaines. [28] Son épaule gauche lui faisait horriblement mal. Il avait perdu ses lunettes.

Le Père Wilhelm Kleinsorge, de la Société de Jésus, était, le matin de l'explosion, en assez piètre état de santé. Le régime alimentaire japonais du temps de guerre le soutenait insuffisamment, et sa qualité d'étranger perdu au milieu d'un peuple de plus en plus xénophobe affectait à l'extrême la tension de ses nerfs ; il avait beau être allemand : depuis la défaite de la Mère-patrie, (impopularité n'épargnait pas ceux de sa race. Le Père Kleinsorge avait, à trente-huit ans, l'air d'un adolescent dont la croissance se fait trop vite, visage maigre, pomme d'Adam saillante, poitrine creuse, mains ballantes, pieds trop grands. Il avait l'allure lourde et gauche, marchait légèrement penché en avant, comme entraîné et tiré par un poids. Il ressentait une fatigue continue. Pour ne rien arranger, il souffrait depuis deux jours, ainsi qu'un de ses collègues, le Père Cieslik, d'une diarrhée assez pénible et [29] pressante, que tous deux imputaient aux haricots et au pain noir de rationnement qu'ils étaient forcés de manger. Deux autres prêtres, qui logeaient alors dans l'enceinte de la mission, elle-même installée dans le quartier de Nobori-cho, - le Père supérieur La Salle et le Père Schiffer- avaient eu la chance de ne pas être atteints par le mal.

Le Père Kleinsorge s'éveilla vers six heures, le matin où fut lancée la bombe, et une demi-heure plus tard - la maladie l'incitant à quelque nonchalance - il commençait à dire la messe dans la chapelle de la mission, petit édifice en bois de style japonais, sans nul banc d'église, les fidèles s'agenouillant à même le sol couvert de nattes selon

started reading the Osaka *Asahi*. He liked to read the Osaka news because his wife was there. He saw the flash. To him—faced away from the center and looking at his paper—it seemed a brilliant yellow. Startled, he began to rise to his feet. In that moment (he was 1,550 yards from the center), the hospital leaned behind his rising and, with a terrible **ripping** noise, toppled into the river. The Doctor, still in the act of **getting to his feet**, was thrown forward and around and over; he was buffeted and **gripped**; he lost track of everything, because things were so speeded up; he felt the water.

Dr. Fujii hardly had time to think that he was dying before he realized that he was alive, squeezed tightly by two long timbers in a V across his chest, like a morsel suspended between two huge chopsticks—held upright, [15] so that he could not move, with his head miraculously above water and his torso and legs in it. The remains of his hospital were all around him in a mad **assortment** of splintered lumber and materials for the relief of pain. His left shoulder hurt terribly. His glasses were gone.

FATHER WILHELM KLEINSORGE, of the Society of Jesus, was, on the morning of the explosion, in rather frail condition. The Japanese wartime diet had not sustained him, and he felt the strain of being a foreigner in an increasingly xenophobic Japan; even a German, since the defeat of the Fatherland, was unpopular. Father Kleinsorge had, at thirty-eight, the look of a boy growing too fast—thin in the face, with a prominent Adam's apple, a hollow chest, dangling hands, big feet. He walked clumsily, leaning forward a little. He was tired all the time. To make matters worse, he had suffered for two days, along with Father Cieslik, a fellowpriest, from a rather painful and urgent diarrhea, which they blamed on the beans and black ration bread they were obliged to eat. Two other priests then living in the mission compound, which was in the Nobori-cho section—Father Superior LaSalle and Father Schiffer—had happily escaped this affliction.

Father Kleinsorge woke up about six the morning the bomb was dropped, and half an hour later—he was a bit tardy because of his sickness—he began to read **Mass** in the mission chapel, a small Japanese-style wooden building which was without pews, since its [16] worshippers knelt on the usual

tes [19] y comenzó a leer el *Asahi* de Osaka. Le gustaba leer las noticias de Osaka porque allí estaba su esposa. Vio el resplandor. Le pareció —a él, que le daba la espalda al centro y estaba mirando su diario— de un amarillo brillante. Asustado, comenzó a levantarse. En ese instante (se encontraba a 1.416 metros del centro) el hospital se inclinó a sus espaldas y, con un terrible **estruendo** de destrozados, cayó al río. El doctor, todavía en el acto de **ponerse de pie**, fue arrojado hacia adelante, fue sacudido y volteado; fue zarandeado y **oprimido**; perdió noción de todo por la velocidad con que ocurrieron las cosas; entonces sintió el agua.

El doctor Fujii apenas había tenido tiempo de pensar que se moría cuando se percató de que estaba vivo, atrapado entre dos largas vigas que formaban una V sobre su pecho como un bocado suspendido entre dos palillos gigantes, vertical e inmóvil, su cabeza milagrosamente sobre el nivel del agua y su torso y piernas sumergidos. A su alrededor, los restos de su hospital eran un **surtido** desquiciado de trastos rotos y de materiales para aliviar el dolor. Su hombro izquierdo le dolía terriblemente. Sus lentes habían desaparecido.

En la mañana de la explosión, el padre Wilhelm Kleinsorge, de la Compañía de Jesús, se hallaba en condición algo frágil. La dieta japonesa de guerra no lo había alimentado, y sentía la presión de ser extranjero en un Japón cada vez más xenófobo: desde la derrota de la Patria, incluso un alemán era poco popular. A sus treinta y ocho años, el padre Kleinsorge tenía el aspecto de un niño que crece demasiado rápido: delgado de rostro, con una prominente manzana de Adán, un pecho hueco, manos colgantes y pies grandes. Caminaba con torpeza, inclinado un poco hacia delante. Todo el tiempo estaba cansado. Para empeorar [20] las cosas, había sufrido durante dos días, junto al padre Cieslik, una diarrea bastante dolorosa y urgente de la cual culpaban a las judías y a la ración de pan negro que los obligaban a comer. Los otros dos sacerdotes que vivían en la misión de Nobori-cho — el padre superior La Salle y el padre Schiffer— no habían sido afectados por la dolencia.

El padre Kleinsorge se levantó a eso de las seis la mañana en que cayó la bomba, y media hora después —estaba un poco aletargado por su enfermedad— comenzó a **dar misa** en la capilla de la misión, un pequeño edificio de madera estilo japonés que no tenía bancos, puesto que sus feligreses se ponían de rodillas sobre las acostumbradas esteras japone-

y comenzó a leer el *Asahi* de Osaka. Le gustaba leer las noticias de Osaka porque su mujer estaba viviendo allí. Vio el relámpago. Para él —que estaba en dirección contraria al centro, y con la vista en el diario — fue de color amarillo brillante. Estupefacto, comenzó a ponerse de pie. En ese momento (estaba a unos 1.500 metros del centro de la explosión), el edificio de la clínica se ladeó y, con un terrible ruido **de algo que se desgarraba**, se sumergió en el río. El doctor, que todavía estaba poniéndose de pie, se sintió arrojado hacia adelante, revolcado y elevado, golpeado y **pinchado**; perdió el rastro de todo, por la increíble velocidad que llevaban las cosas y sintió el contacto del agua.

No tuvo tiempo de pensar que se moría, antes de darse cuenta de que estaba vivo, fuertemente oprimido por dos largas vigas en forma de V que le sujetaban por el pecho (como un bocado de arroz tomado por dos palillos enormes), que lo mantenían en alto impidiéndole todo movimiento, con la cabeza milagrosamente fuera del agua y el torso y las piernas sumergidos. Los restos de su clínica lo rodeaban en loca confusión de trastos y artefactos que habían servido para aliviar el dolor. Le dolía horriblemente el hombro izquierdo. Había perdido los anteojos. [24]

La mañana de la explosión, el padre Wilhelm Kleinsorge, de la Compañía de Jesús, se sentía más bien débil. La dieta japonesa para tiempos de guerra no le bastaba y sentía la tensión propia de todo extranjero en un Japón cada vez más xenófobo: hasta un alemán, desde la derrota de la Madre Patria, era impopular. El padre Kleinsorge, a la edad de treinta y ocho años, parecía un muchacho que crece con demasiada rapidez: cara delgada, nuez muy prominente, pecho hundido, manos colgantes, pies enormes. Caminaba desmañadamente, un tanto agobiado. Estaba siempre cansado. Para colmo, había sufrido durante dos días, juntamente con su colega el padre Cieslik, una dolorosa y urgente diarrea de la que culpaban a los porotos y el pan negro del racionamiento. Los otros dos sacerdotes que vivían entonces en la Misión de la sección Nobori-chico (el superior LaSalle y el padre Schiffer) habían escapado afortunadamente a este contratiempo.

La mañana en que se arrojó la bomba el padre Kleinsorge se levantó a las seis, y media hora después —algo retrasado a causa de su enfermedad— comenzó a **celebrar** misa en la capilla de la misión, pequeño edificio de estilo japonés desprovisto de, bancos, pues los fieles se arrodillaban como de costumbre sobre las esteras del

l'usage, face à un autel gratifié de soies splendides, de cuivres, d'argents et de lourdes broderies. Ce matin-là, qui était un lundi, les seuls fidèles étaient M. Takemoto, étudiant en théologie qui vivait avec la mission, M. Fukai, secrétaire du diocèse, Mme Murata, femme de charge de la mission et dévote chrétienne, ainsi que les trois autres prêtres. Après la messe, et alors que le Père Kleinsorge lisait les actions de grâces, la sirène retentit. Il interrompit l'office et les missionnaires se retirèrent, à l'autre bout de leur petit [30] domaine, dans le plus grand des deux bâtiments. Là, dans sa chambre, au rez-de-chaussée, à droite de la porte d'entrée, le Père Kleinsorge se changea et revêtit un uniforme militaire qu'il s'était procuré alors qu'il enseignait à l'École Moyenne Rokko, de Kobé, et qu'il portait durant les alertes.

Chaque fois que retentissait la sirène, le Père Kleinsorge sortait regarder le ciel. Cette fois, lorsqu'il sortit, il fut heureux de constater que, seul, tournoyait dans le ciel l'avion de reconnaissance météorologique qui survolait régulièrement tous les jours, vers cette heure-là, Hiroshima. Convaincu que rien ne se passerait, il rentra prendre son petit déjeuner avec les autres religieux, ersatz de café et pain de rationnement qui, dans les circonstances présentes, lui répugna spécialement. Tous demeurèrent assis, à bavarder quelque temps, jusqu'à ce qu'à huit heures sonnât la fin d'alerte. Ils se rendirent alors en divers lieux de la maison. Le Père Schiffer se retira dans sa chambre pour écrire. Le Père Cieslik alla dans la sienne où il s'assit sur une chaise droite, un oreiller sur le ventre pour soulager la souffrance, et prit un livre. Le Père supérieur La Salle resta [31] debout à sa fenêtre, songeant. Le Père Kleinsorge monta dans sa chambre, au troisième étage, ôta tous ses vêtements, à l'exception de ceux de dessous, et s'étendit sur le côté droit sur un petit lit; puis se plongea dans la lecture de son *Stimmen der Zeit*.

Après la terrible lueur - qui, lorsqu'il pensa lucidement à la chose par la suite, rappela au Père Kleinsorge une vague histoire qu'il avait lue, enfant, sur la collision d'un énorme météore avec la terre - il eut le temps (il se trouvait à 1.400 mètres du centre) de se dire : Une bombe nous est tombée en plein dessus. Puis, pour quelques secondes (ou quelques minutes), il perdit complètement la tête.

Le Père Kleinsorge n'a jamais su comment il se retrouva dehors. Quand la conscience de ses actes lui revint, il se rendit compte qu'il errait au hasard, en sous-vêtements, dans le potager de la mission, ayant au flanc gauche quelques légères coupures qui saignaient un peu; que toutes les maisons à l'entour

Japanese matted floor, facing an altar graced with splendid silks, brass, silver, and heavy embroideries. This morning, a Monday, the only worshippers were Mr. Takemoto, a theological student living in the mission house; Mr. Fukai, the secretary of the diocese; Mrs. Murata, the mission's devoutly Christian housekeeper; and his fellow-priests. After Mass, while Father Kleinsorge was reading the Prayers of Thanksgiving, the siren sounded. He stopped the service and the missionaries retired across the compound to the bigger building. There, in his room on the ground floor, to the right of the front door, Father Kleinsorge changed into a military uniform which he had acquired when he was teaching at the Rokko Middle School in Kobe and which he wore during air-raid alerts.

After an alarm, Father Kleinsorge always went out and scanned the sky, and in this instance, when he stepped outside, he was glad to see only the single weather plane that flew over Hiroshima each day about this time. Satisfied that nothing would happen, he went in and breakfasted with the other Fathers on substitute coffee and ration bread, which, under the circumstances, was especially repugnant to him. The Fathers sat and talked awhile, until, at eight, they heard the all-clear. They went then to various parts of the building. Father Schiffer retired to his room to do some writing. Father Cieslik sat in his room in a straight chair with a pillow over his stomach to ease his pain, and read. Father Superior LaSalle stood at the window of [17] his room, thinking. Father Kleinsorge went up to a room on the third floor, took off all his clothes except his underwear, and stretched out on his right side on a cot and began reading his *Stimmen der Zeit*.

After the terrible flash—which, Father Kleinsorge later realized, reminded him of something he had read as a boy about a large meteor colliding with the earth—he had time (since he was 1,400 yards from the center) for one thought: A bomb has fallen directly on us. Then, for a few seconds or minutes, he went out of his mind.

Father Kleinsorge never knew how he got out of the house. The next things he was conscious of were that he was wandering around in the mission's vegetable garden in his underwear, bleeding slightly from small cuts along his left flank; that all the

sas, de cara a un altar adornado con sedas espléndidas, bronce, plata, bordados finos. Esta mañana, lunes, los únicos feligreses eran el señor Takemoto, un estudiante de teología que vivía en la casa de la misión; el señor Fukai, secretario de la diócesis; la señora Murata, ama de llaves de la misión y devotamente cristiana; y sus colegas sacerdotes. Después de la misa, mientras el padre Kleinsorge leía las oraciones de Acción de Gracias, sonó la sirena. Suspendió el servicio y los misioneros se retiraron cruzando el complejo de la misión hacia el edificio más grande. Allí, en su habitación de la planta baja, a la derecha de la puerta principal, el padre Kleinsorge se cambió a un uniforme militar que había adquirido cuando fue profesor de la escuela intermedia Rokko, en Kobe, un uniforme que le gustaba llevar puesto durante las alarmas de bombardeo.

Después de una alarma, el padre Kleinsorge solía salir y escudriñar el cielo, y al salir esta vez se alegró de no ver más que el solitario avión meteorológico que sobrevolaba Hiroshima todos los días a esta misma hora. Seguro de que nada iba a pasar, regresó adentro y junto a los otros padres desayunó con un sucedáneo de café y su ración de pan, la cual le resultó especialmente [21] repugnante bajo las circunstancias. Los padres conversaron durante un rato, hasta cuando escucharon, a las ocho, la sirena de despeje. Entonces se dirigieron a diversas partes del edificio. El padre superior La Salle se quedó de pie junto a la ventana de su habitación, pensando. El padre Kleinsorge subió a una habitación del tercer piso, se quitó toda la ropa, excepto sus interiores, se acostó en su catre sobre su costado derecho y comenzó a leer su *Stimmen der Zeit*.

Después del terrible relámpago—el padre Kleinsorge se percató más tarde de que el resplandor le había recordado algo leído en su infancia acerca de un meteorito que se estrellaba contra la tierra—tuvo apenas tiempo (puesto que se encontraba a 1.280 metros del centro) para un pensamiento: una bomba nos ha caído encima. Entonces, durante algunos segundos o quizás minutos, perdió la conciencia.

El padre Kleinsorge nunca supo cómo salió de la casa. Cuando volvió en sí, se encontraba vagabundeando en ropa interior por los jardines de hortalizas de la misión, sangrando levemente por pequeños cortes a lo largo de su flanco izquierdo; se dio cuenta de que todos los edificios de

suelo, mirando hacia un altar ornado con espléndidas sedas, bronce, plata y espesos bordados. Esa mañana, lunes, los únicos fieles asistentes eran el señor Takemoto, estudiante de teología que vivía en la misión; el señor Fukai, secretario de la diócesis; la señora Murata, ama de llaves de la misión y cristiana ferviente, y sus colegas los otros sacerdotes. Después de la misa, mientras el padre Kleinsorge leía las plegarias de Acción de Gracias, sonó la alarma. Interrumpió el servicio y los misioneros se retiraron hacia el edificio mayor. Allí, en la habitación de [25] la planta baja, a la derecha de la puerta principal, el padre Kleinsorge se puso el uniforme militar adquirido mientras enseñaba en la Escuela Secundaria Rokko, de Kobe, y que usaba durante las alarmas antiaéreas.

Después de cada alarma, el padre Kleinsorge salía siempre a inspeccionar el cielo, y esta vez se alegró al ver nada más que el solitario avión meteorológico que volaba sobre Hiroshima todos los días aproximadamente a esa misma hora. Satisfecho de que nada malo sucediese, entró y tomó el desayuno con los otros sacerdotes, consistente en sucedáneo de café y pan, lo cual en las presentes circunstancias le resultaba especialmente repugnante. Los sacerdotes se sentaron y conversaron un rato, hasta que, a las ocho, oyeron la sirena de cese de peligro. Entonces se dirigieron a diferentes partes del edificio. El padre Schiffer se retiró a su habitación para escribir. El padre Cieslik se sentó en su cuarto en una silla de respaldo recto con una almohada sobre el estómago para aliviar el dolor, y se dispuso a leer. El superior LaSalle se paró ante la ventana de su cuarto, pensativo. El padre Kleinsorge se retiró a su habitación del tercer piso, se quitó toda la ropa excepto la interior, se estiró en un catre sobre el costado derecho, y comenzó a leer *Stimmen der Zeit*.

Después del terrible relámpago—que, como recapacité más tarde el padre Kleinsorge, le recordó algo leído de muchacho acerca de un enorme meteoro que chocó con la tierra—, tuvo tiempo (puesto que se encontraba a 1.400 metros del centro) para un solo pensamiento: Una bomba ha caído justamente encima de nosotros. Entonces, por algunos minutos, o segundos, perdió conciencia.

El padre Kleinsorge no supo nunca cómo salió de la casa. Se encontró vagando por la huerta de la misión en paños menores sangrando levemente [26] por algunos pequeños cortes del costado izquierdo; vio que todos los edificios cercanos habían caído, ex-

s'étaient écroulées, à l'exception du bâtiment de la mission qu'un jésuite du nom de Gropper avait, depuis bien longtemps déjà, consolidée et renforcée, dans la terreur des tremblements de terre ; que [32] le jour s'était brusquement changé en nuit ; et que Murata-san, la femme de charge, non loin de lui, pleurait, criant et criant sans fin : « *Shu Jesusu, aswaremi tamai ! Seigneur Jésus, ayez pitié de nous !* »

Dans le train qui, de la campagne où il vivait avec sa mère, le conduisait à Hiroshima, le docteur Terufumi Sasaki, chirurgien à l'hôpital de la Croix-rouge, ruminaut un cauchemar déplaisant qu'il avait fait durant la nuit. La maison de sa mère était à Mukaihara, à quelque quarante kilomètres de la ville et il lui fallait compter deux heures de train et de tram pour arriver à l'hôpital. Toute la nuit, il avait dormi d'un sommeil agité et s'était éveillé une heure plus tôt qu'à l'ordinaire. Se sentant tout alourdi et mou et légèrement fiévreux, il avait presque décidé de ne pas se rendre à l'hôpital ; mais le sentiment du devoir l'avait en définitive emporté, et il avait pris un train plus tôt que d'habitude. Ce rêve qu'il avait [33] fait (avait singulièrement effrayé, par le lien étroit qu'il présentait, du moins en apparence, avec des faits d'une troublante actualité. Le docteur Sasaki n'avait que vingt-cinq ans et venait juste de terminer son stage pratique à l'Université Orientale de Médecine de Tsingtao, en Chine. Quelque peu idéaliste, il ne laissait pas d'éprouver une certaine détresse devant l'insuffisance des moyens médicaux de la petite ville où demeurait sa mère. Il avait pris sur lui, sans autorisation légale, de visiter à domicile quelques malades, le soir, après ses huit heures d'hôpital et ses quatre heures de trajet. On lui avait appris récemment que l'exercice illégal de la médecine était frappé de peines sévères ; un collègue, qu'il avait entretenu de la question, (avait vigoureusement semoncé. Il n'en avait pas moins poursuivi ses visites. Dans son rêve, il était au chevet d'un malade, dans la petite ville, quand la police et le médecin, dont il avait pris l'avis, surgissaient soudain dans la pièce, l'empoignaient, le traînaient dehors et le roussaient cruellement. Dans le train, il décida pratiquement de renoncer à travailler à Mukaihara, dans le sentiment qu'il lui serait impossible d'en obtenir l'autorisation car, officiellement, [34] on ne manquerait pas de prétendre que cette activité était inconciliable avec ses fonctions à l'hôpital de la Croix-rouge.

Au terminus, il sauta aussitôt dans un tram. (Plus tard, il calcula que, s'il avait pris le train qu'il prenait d'habitude et s'il avait dû attendre le tram quelques minutes, comme il arrivait souvent, il eût été tout près du centre au moment de (explosion et y eût certainement trouvé

buildings round about had fallen down except the Jesuits' mission house, which had long before been braced and doublebraced by a priest named Cropper, who was terrified of earthquakes; that the day had turned dark; and that Murata-san, the housekeeper, was nearby, crying over and over, "*Shu Jesusu, awaremi tamai!*"

10 Our Lord Jesus, have pity on us!"

ON THE TRAIN on the way into Hiroshima from the country, where he lived with his mother, Dr. Terufumi Sasaki, the Red Cross Hospital surgeon, thought over an unpleasant nightmare he had had the night before. His mother's home was in Mukaihara, thirty miles from the city, and it took him two hours by train [18] and tram to reach the hospital. He had slept uneasily all night and had wakened an hour earlier than usual, and, feeling sluggish and slightly feverish, had debated whether to go to the hospital at all; his sense of duty finally forced him to go, and he had started out on an earlier train than he took most mornings. The dream had particularly frightened him because it was so closely associated, on the surface at least, with a disturbing actuality. He was only twenty-five years old and had just completed his training at the Eastern Medical University, in Tsingtao, China. He was something of an idealist and was much distressed by the inadequacy of medical facilities in the country town where his mother lived. Quite on his own, and without a permit, he had begun visiting a few sick people out there in the evenings, after his eight hours at the hospital and four hours' commuting. He had recently learned that the penalty for practicing without a permit was severe; a fellow-doctor whom he had asked about it had given him a serious scolding. Nevertheless, he had continued to practice. In his dream, he had been at the bedside of a country patient when the police and the doctor he had consulted burst into the room, seized him, dragged him outside, and beat him up cruelly. On the train, he just about decided to give up the work in Mukaihara, since he felt it would be impossible to get a permit, because the authorities would hold that it would conflict with his duties at the Red Cross Hospital.

At the terminus, he caught a streetcar at once. (He [19] later calculated that if he had taken his customary train that morning, and if he had had to wait a few minutes for the streetcar, as often happened, he would have been close to the center at the time of the

los alrededores se habían caído, excepto la misión de los jesuitas, que tiempo atrás había sido apuntalada y vuelta a apuntalar por un sacerdote llamado Gropper que le tenía pavor a los terremotos; se dio cuenta de que el día se había oscurecido; y de que Murata-san, el ama de llaves, se encontraba cerca, gritando: «*Shu Jesusu, awaremi tamai!* ¡Jesús, señor nuestro, ten piedad de nosotros!».

En el tren que llegaba a Hiroshima desde el campo (donde vivía con su madre), el doctor Terufumi Sasaki, cirujano del hospital de la Cruz Roja, iba recordando una desagradable pesadilla que [22] había tenido la noche anterior. La casa de su madre estaba en Mukaihara, a cincuenta kilómetros de la ciudad, y llegar al hospital le tomó dos horas en tren y tranvía. Había dormido mal toda la noche y se había despertado una hora antes de lo acostumbrado; se sentía lento y levemente afiebrado, y alcanzó a pensar en no ir al hospital. Pero su sentido del deber lo obligó finalmente, así que tomó un tren anterior al que tomaba casi todas las mañanas. El sueño lo había asustado particularmente porque estaba relacionado, por lo menos de manera superficial, con cierta actualidad molesta. El doctor tenía apenas veinticinco años y acababa de completar su entrenamiento en la Universidad Médica de Oriente, en Tsingtao, China. Tenía su lado idealista, y lo preocupaba la insuficiencia de instalaciones médicas de la región en que vivía su madre. Por su propia iniciativa y sin permiso oficial alguno había comenzado a visitar enfermos de la zona durante las tardes, después de sus ocho horas en el hospital y cuatro de trayecto. Recientemente se había enterado de que la multa por ejercer sin permiso era severa; un colega al cual había consultado al respecto le había dado una seria reprimenda. Él, sin embargo, había seguido haciéndolo. En su sueño estaba junto a la cama de un paciente, en el campo, cuando irrumpieron en la habitación la policía y el colega al que había consultado, lo agarraron, lo arrastraron afuera y lo golpearon con saña. En el tren se había casi decidido a abandonar el trabajo en Mukaihara, convencido de que sería imposible obtener un permiso: las autoridades sostendrían que ese trabajo entraba en conflicto con sus labores en el hospital de la Cruz Roja.

Pudo conseguir un tranvía tan pronto como llegó a la terminal. (Después calcularía que si hubiera tomado el tren de siempre esa mañana, y si hubiera debido esperar algunos minutos a que pasara el tranvía, habría estado mucho más cerca del centro al momen-

cepto la Misión de los jesuitas, que hace mucho tiempo había sido reforzada y vuelta a reforzar por un sacerdote llamado Gropper, al que le aterraban los terremotos; que el día había oscurecido; y que Murata-san, el ama de llaves, estaba cerca, repitiendo una y otra vez: *Shu Jesusu, awaremi tamai!* «¡Nuestro Señor Jesucristo, ten piedad de nosotros!»

En el tren que lo llevaba a Hiroshima desde el campo, donde vivía con su madre, el doctor Terufumi Sasaki, cirujano del Hospital de la Cruz Roja, recordó una desagradable pesadilla que había tenido la noche anterior. La casa de su madre estaba en Mukaihara, a treinta millas de la ciudad, y el trayecto hasta el hospital por tren y tranvía le demandaba dos horas. Había dormido mal toda la noche y se despertó una hora más temprano que de costumbre; sintiéndose pesado y algo febril, se preguntó si iría o no al hospital; finalmente su sentido del deber lo obligó a ir, y emprendió la marcha en un tren anterior al que tomaba todos los días. El sueño lo había asustado particularmente porque estaba muy asociado, aparentemente al menos, con la inquietante realidad. Tenía solamente veinticinco años y acababa de terminar su práctica en la Universidad Médica Oriental, de Tsingtao, China. Era un poco idealista y lo afligía mucho la falta de transportes médicos en la zona donde vivía su madre. Por su cuenta, y sin permiso, había comenzado a visitar por las noches, a algunas personas enfermas, después de las ocho horas de hospital y las cuatro de viaje. Hacía poco se había enterado de que la pena para los que practicaban sin permiso era severa; un colega al que le consultó sobre el particular le dio una seria advertencia. A [27] pesar de ello, continuaba practicando. En su sueño, estaba a la cabecera de un paciente de esa zona, cuando la policía y el médico al cual él había hecho la consulta entraron en la habitación, lo aferraron, lo llevaron afuera y lo golpearon con crueldad. En el tren, ya casi había decidido dejar el trabajo en Mukaihara, puesto que sería imposible conseguir un permiso, debido a que las autoridades considerarían que eso iba a interferir en su trabajo en el Hospital de la Cruz Roja.

En la estación terminal tomó inmediatamente el tranvía. (Más tarde calculó que si esa mañana hubiera tomado el tren de costumbre, y si hubiera tenido que esperar al tranvía unos minutos, como le sucedía a menudo, habría estado mucho más cerca del centro en el momento de

la mort.) Il était sept heures quarante lorsqu'il arriva à l'hôpital et se présenta au chirurgien chef. Quelques minutes plus tard, il pénétrait dans une chambre du premier étage, faisait une prise de sang au bras d'un malade, en prévision d'une réaction de Wassermann. Le laboratoire où se tenaient les incubateurs nécessaires à ce test était au troisième étage. Tenant dans sa main gauche l'éprouvette avec le sang et marchant dans cet état d'angoisse et de demi-conscience qui ne l'avait pas quitté de la matinée et qui était du sans doute à son cauchemar et à sa mauvaise nuit, il s'engagea dans le couloir principal qui menait à l'escalier. Il venait de dépasser une fenêtre ouverte, quand la lueur de la bombe se projeta, comme un gigantesque éclair de magnésium, dans le corridor. Il [35] **ploya** un genou et se dit, comme seul pouvait le faire un Japonais « Sasaki, *gambare!* Sois brave ! » Au même instant (le bâtiment était à 1.650 mètres du centre) le **souffle parut éventrer** l'hôpital d'un grand coup de couteau. Les lunettes du docteur s'envolèrent; l'éprouvette de sang s'écrasa contre le mur; les pantoufles japonaises qu'il portait, filèrent de ses pieds en un éclair, mais par ailleurs, grâce à l'endroit où il se tenait, il n'eut rien.

Le docteur Sasaki, criant le nom du chirurgien chef, courut jusqu'au bureau de ce dernier; il le trouva atrocement coupé par des éclats de verre. L'hôpital n'était plus qu'un horrible chaos : de lourdes cloisons, des plafonds s'étaient effondrés sur les patients; des lits s'étaient retournés; des fenêtres avaient volé en éclats, taillant dans les chairs; les murs, les planchers étaient éclaboussés de sang; le sol était jonché d'instruments; nombre de malades couraient çà et là en hurlant; plus nombreux encore étaient les morts. (Un collègue, occupé dans le laboratoire vers lequel se dirigeait le docteur Sasaki, était mort; le malade que Sasaki venait de quitter quelques secondes auparavant et dont il avait [36] redouté qu'il fût atteint de la syphilis, était mort, lui aussi.) Le docteur Sasaki s'aperçut qu'il était le seul membre du personnel médical de l'hôpital qui n'eût rien.

Persuadé que les bombes ennemies n'avaient touché que le bâtiment où il se tenait, le praticien se procura des pansements et se mit à soigner les blessures de ceux qui se trouvaient à l'intérieur de l'hôpital; cependant que, dans tout Hiroshima, une foule de gens atrocement mutilés et d'agonisants se dirigeait en chancelant vers l'hôpital de la Croixrouge, en une invasion qui devait enterrer pour longtemps au fond de la mémoire du docteur Sasaki le souvenir de son cauchemar.

Mlle Toshiko Sasaki, la secrétaire de la East Asia Tin Works (qu'aucun lien de parenté n'unit au docteur Sasaki) s'était levée à trois heures du matin, le jour où fut

explosion and would surely have perished.) He arrived at the hospital at seven-forty and reported to the chief surgeon. A few minutes later, he went to a room on the first floor and **drew blood** from the arm of a man in order to perform a Wassermann test. The laboratory containing the incubators for the test was on the third floor. With the blood specimen in his left hand, walking in a kind of distraction he had felt all morning, probably because of the dream and his restless night, he started along the main corridor on his way toward the stairs. He was one step beyond an open window when the light of the bomb was reflected, like a gigantic photographic flash, in the corridor. He **ducked** down on one knee and said to himself, as only a Japanese would, "Sasaki, *gambare!* Be brave!" Just then (the building was 1,650 yards from the center), the **blast ripped** through the hospital. The glasses he was wearing flew off his face; the bottle-of blood crashed against one wall; his Japanese slippers zipped out from under his feet—but otherwise, thanks to where he stood, he was untouched.

rip 1 *tr.* tear or cut (a thing) quickly or forcibly away or apart (*ripped out the lining (forro); ripped the book up*). 2 *tr.* make (a hole etc.) by ripping. **b** make a long tear or cut in. 3 *intr.* come violently apart; split. 4 *intr.* rush along.

Dr. Sasaki shouted the name of the chief surgeon and rushed around to the man's office and found him terribly cut by glass. The hospital was in horrible confusion: heavy partitions and ceilings had fallen on patients, [20] beds had overturned, windows had blown in and cut people, blood was spattered on the walls and floors, instruments were everywhere, many of the patients were running about screaming, many more lay dead. (A colleague working, in the laboratory to which Dr. Sasaki had been walking was dead; Dr. Sasaki's patient, whom he had just left and who a few moments before had been dreadfully afraid of syphilis, was also dead.) Dr. Sasaki found himself the only doctor in the hospital who was unharmed.

Dr. Sasaki, who believed that the enemy had hit only the building he was in, got bandages and began to bind the wounds of those inside the hospital; while outside, all over Hiroshima, maimed and dying citizens turned their unsteady steps toward the Red Cross Hospital to begin an invasion that was to make Dr. Sasaki forget his private nightmare for a long, long time.

MISS TOSHIKO SASAKI, the East Asia Tin Works clerk, who was not related to Dr. Sasaki, got up at three o'clock in the morning on the day the

to [23] de la explosión, y probablemente estaría muerto.) Llegó al hospital a las siete y cuarenta y se reportó al cirujano jefe. Pocos minutos después subió a una habitación del primer piso y **obtuvo una muestra de sangre** de un hombre para realizar un test de Wassermann. Los incubadores para el test estaban en un laboratorio del tercer piso. Con la muestra en la mano izquierda, sumido en esa especie de distracción que había sentido toda la mañana —acaso debida a la pesadilla y a la mala noche que había pasado—, comenzó a caminar a lo largo del corredor principal hacia las escaleras. Había dado un paso más allá de la ventana cuando el resplandor de la bomba se reflejó en el corredor como un gigantesco flash fotográfico. **Se agachó** sobre una rodilla y se dijo, como sólo un japonés se diría: «Sasaki, *gambare!* ¡Sé valiente!» Justo entonces (el edificio estaba a 1.508 metros del centro) el **estallido irrumpió** en el hospital. Los lentes que llevaba volaron; sus sandalias japonesas salieron disparadas de sus pies. Pero aparte de eso, gracias a donde se encontraba, no sufrió daño alguno.

El doctor Sasaki llamó a gritos al cirujano jefe, corrió a buscarlo en su oficina y lo encontró terriblemente herido por los vidrios. La confusión en el hospital era espantosa: tabiques pesados y trozos del techo habían caído sobre los pacientes, las camas habían sido volteadas, había sangre salpicada en las paredes y en el suelo, los instrumentos estaban por todas partes, los pacientes corrían de aquí para allá, gritando, y otros yacían muertos. (Un colega que trabajaba en el laboratorio al cual se dirigía el doctor Sasaki estaba muerto; un paciente al cual el doctor Sasaki acababa de dejar, que poco antes había tenido un miedo terrible a contraer la sífilis, estaba muerto.) El doctor Sasaki era el único doctor en el hospital que no estaba herido.

El doctor Sasaki, convencido de que el enemigo sólo había alcanzado el edificio en el cual se encontraba, consiguió vendas [24] y comenzó a envolver las heridas de los que estaban dentro del hospital; mientras tanto, afuera, en Hiroshima, ciudadanos mutilados y agonizantes comenzaban a dar pasos vacilantes hacia el hospital de la Cruz Roja, dando inicio a una invasión que haría que el doctor Sasaki se olvidara de su pesadilla por mucho, mucho tiempo.

El día en que cayó la bomba, la señorita Toshiko Sasaki, empleada de la Fábrica Oriental de Estaño (y que no era parienta del doctor Sasaki), se despertó

la explosión, y con toda seguridad hubiese perecido.) Llegó al hospital a las siete y cuarenta y se presentó al jefe de cirujanos. Unos minutos después, se dirigió a una sala del primer piso y extrajo sangre del brazo de un hombre para hacerle una prueba de Wassermann. El laboratorio en que estaban las incubadoras para la prueba se encontraba en el tercer piso. Con la muestra de sangre en la mano izquierda, caminando en ese estado de distracción que había tenido durante todo el día, y que probablemente se debía a la pesadilla y la noche sin descanso, fue por el corredor principal hacia las escaleras. Había llegado un paso más allá de una ventana abierta, cuando la luz de la bomba, como un gigantesco *flash* fotográfico, se reflejó en el corredor. **Cayó** sobre una rodilla y se dijo, como sólo lo haría un japonés: *Sasaki, gambare!* «¡Sé valiente!» Justo entonces (el edificio estaba a 1.650 metros del centro), la **explosión conmovió** el hospital. Los anteojos que usaba el doctor Sasaki volaron de su rostro; el frasco con sangre se estrelló contra una pared; sus zapatillas japonesas escaparon de bajo [28] de sus pies... pero aparte de eso, gracias al lugar en que se encontraba, resultó ileso.

El doctor Sasaki gritó el nombre del jefe de cirujanos y disparó hacia su despacho: lo encontró horriblemente cortado por los vidrios. El hospital estaba sumido en una confusión terrible: pesados trozos de cielo raso habían caído sobre los pacientes; las camas se dieron vuelta; las ventanas se despedazaron e hirieron a la gente; la sangre salpicaba paredes y pisos; los instrumentos estaban diseminados por todas partes; muchos de los pacientes corrían gritando y muchos más estaban muertos. (Un colega que trabajaba en el laboratorio adonde se dirigía el doctor Sasaki estaba muerto; el paciente del doctor, al cual éste había dejado unos momentos antes, y que tenía un miedo atroz de estar enfermo de sífilis, también estaba muerto.) Entonces descubrió que él era el único médico del hospital que no estaba herido.

El doctor Sasaki, que creía que el enemigo había atacado únicamente ese edificio, buscó vendas y comenzó a vendar las heridas de los que estaban en el hospital, mientras afuera, por toda Hiroshima, ciudadanos mutilados y moribundos se arrastraban hacia el Hospital de la Cruz Roja. Comenzaba así una invasión que iba a hacer que el doctor Sasaki olvidase su pesadilla particular por mucho, muchísimo tiempo.

La señorita Toshiko Sasaki, empleada de la Compañía Hojalatera del Asia Oriental, y que no está emparentada con el doctor Sasaki, se levantó a las tres de

lâchée la bombe. Il y avait un supplément de ménage à faire ce jour-là. La [37] veille, son petit frère, Akio, âgé de onze mois, avait eu de sérieux troubles digestifs ; sa mère l'avait conduit à l'hôpital pédiatrique Tamura, où elle était restée avec lui. Mlle Sasaki, . âgée d'une vingtaine d'années, devait préparer le petit déjeuner de son père, de son frère, de sa sœur, en plus du sien; en outre - l'hôpital, par suite de la guerre, ne fournissant plus de repas - il lui fallait cuire les repas de la journée pour sa mère et pour le bébé, à temps pour que son père, qui travaillait dans une fabrique de protège-oreilles en caoutchouc pour l'artillerie, pût déposer les plats ainsi préparés, en se rendant à son travail. Lorsqu'elle eut terminé avec ces occupations, qu'elle eut lavé, nettoyé et rangé les ustensiles, il était près de sept heures. La famille vivait à Koï ; la jeune fille devait compter quarante-cinq minutes pour arriver à son bureau, dans le quartier de la ville connu sous le nom de Kannon-machi. Elle avait la charge du fichier du personnel de l'entreprise. Elle partit de Koï à sept heures et, sitôt arrivée, se rendit, avec quelques autres jeunes employées de son service, dans la salle des fêtes de l'usine. Un éminent officier de marine, précédemment [38] employé par l'entreprise, s'était suicidé la veille en se jetant sous un train - suicide estimé assez honorable pour autoriser un service en mémoire du défunt ; service qui devait avoir lieu à l'usine, à dix heures ce matin-là. Dans la grande salle, Mile Sasaki et ses compagnes procédèrent aux préparatifs appropriés. Ce qui loir prit quelque vingt minutes.

Mlle Sasaki revint ensuite dans son bureau et s'assit devant sa table. Elle était à bonne distance des fenêtres qui se tenaient assez loin, sur sa gauche ; derrière elle, se dressaient deux hautes armoires à livres, contenant tous les volumes de la bibliothèque de l'usine, organisée par les soins du service du personnel. Elle s'installa donc devant sa table, rangea certaines choses dans un tiroir, remua des papiers. Elle se dit que, avant de se mettre à la liste des membres du personnel nouvellement engagés, renvoyés ou mobilisés, elle bavarderait quelques secondes avec sa voisine de droite. Elle venait juste de détourner la tête, cessant de ce fait de regarder dans la direction des fenêtres, quand la pièce s'emplit d'une lueur aveuglante. Paralysée par la peur, elle resta clouée sur sa chaise un bon moment [39] (l'usine était à 1.600 mètres du centre).

Tout s'effondra et Mile Sasaki perdit connaissance. Le plafond s'écrouta brusquement ; le plancher en bois de l'étage supérieur vola en éclats, dégringola avec les gens qu'il supportait, dépendant que le toit, au-dessus, céda, mais surtout et en tout premier, les armoires qui se dressaient derrière la jeune fille, furent balayées en

bomb fell. There was extra housework to do. Her eleven-month-old brother, Akio, had come down the day before with a serious stomach upset; her mother had taken him to the Tamura Pediatric Hospital and was staying there with him. Miss Sasaki, who was about twenty, had to cook breakfast for her father, a brother, a sister, and herself, and—since the hospital, because of the war, was unable to provide food—to prepare a whole day's meals for her [21] mother and the baby, in time for her father, who worked in a factory making rubber earplugs for artillery crews, to take the food by on his way to the plant. When she had finished and had cleaned and put away the cooking things, it was nearly seven. The family lived in Koi, and she had a forty-five-minute trip to the tin works, in the section of town called Kannonmachi. She was in charge of the personnel records in the factory. She left Koi at seven, and as soon as she reached the plant, she went with some of the other girls from the personnel department to the factory auditorium. A prominent local Navy man, a former employee, had committed suicide the day before by throwing himself under a train—a death considered honorable enough to warrant a memorial service, which was to be held at the tin works at ten o'clock that morning. In the large hall, Miss Sasaki and the others made suitable preparations for the meeting. This work took about twenty minutes.

Miss Sasaki went back to her office and sat down at her desk. She was quite far from the windows, which were off to her left, and behind her were a couple of tall bookcases containing all the books of the factory library, which the personnel department had organized. She settled herself at her desk, put some things in a drawer, and shifted papers. She thought that before she began to make entries in her lists of new employees, discharges, and departures for the Army, she would chat for a moment with the girl at her right. Just as she turned her head away from the windows, [22] the room was filled with a blinding light. She was paralyzed by fear, fixed still in her chair for a long moment (the plant was 1,600 yards from the center).

Everything fell, and Miss Sasaki lost consciousness. The ceiling dropped suddenly and the wooden floor above collapsed in splinters and the people up there came down and the roof above them gave way; but principally and first of all, the bookcases right behind her swooped forward and

a las tres de la mañana. Tenía más que hacer de costumbre. Su hermano Akio, de once años, había llegado el día anterior aquejado de serias molestias estomacales; su madre lo había llevado al hospital pediátrico de Tamura y se había quedado a acompañarlo. La señorita Sasaki, de poco más de veinte años, tuvo que preparar desayuno para su padre, un hermano, una hermana y para ella misma; y —puesto que, debido a la guerra, al hospital no le era posible dar comidas— tuvo que preparar las de un día entero para su madre y su hermano menor, y todo eso a tiempo para que su padre, que trabajaba en una fábrica haciendo tapones plásticos para los oídos de los artilleros, le llevara la comida de camino a la planta. Cuando hubo terminado, limpiado y guardado los utensilios de cocina, eran casi las siete. La familia vivía en Koi, y a la señorita Sasaki la esperaba un trayecto de cuarenta y cinco minutos hasta la fábrica de estaño, ubicada en una parte de la ciudad llamada Kannonmachi (ella estaba a cargo de los registros de personal en la fábrica). Salió de Koi a las siete; tan pronto como llegó a la planta, fue con otras chicas al auditorio. Un notable marino local, antiguo empleado, se había suicidado el día anterior arrojándose a las vías del tren —una muerte considerada lo suficientemente honorable [25] como para merecer un servicio funerario que tendría lugar a las diez de la mañana en la fábrica de estaño—. En el amplio zaguán, la señorita Sasaki y las otras arreglaban los preparativos para la reunión. Esta labor les llevó unos veinte minutos.

La señorita Sasaki regresó a su oficina y tomó asiento frente a su escritorio. Estaba bastante lejos de las ventanas a su izquierda; detrás de ella había un par de altas estanterías que contenían todos los libros de la biblioteca de la fábrica: el personal del departamento las había organizado. Ella se acomodó, metió algunas cosas en un cajón y movió unos papeles. Pensó que antes de comenzar a hacer entradas en sus listas de contratos, despidos y reclutamientos en el ejército, conversaría un rato con la chica de su derecha. Justo al girar la cabeza y dar la espalda a la ventana, el salón se llenó de una luz cegadora. Quedó paralizada de miedo, clavada en su silla durante un largo momento (la planta estaba a 1.462 metros del centro).

7 Todo se desplomó, y la señorita Sasaki perdió la conciencia. El cielo raso se derrumbó de repente y el piso de madera se desplomó y cayó la gente de arriba y el techo cedió; pero lo principal y lo más importante fue que las estanterías que estaban justo detrás de ella fueron barridas hacia delante, los libros la derribaron y

la mañana el día que cayó la bomba. Tenía trabajo extra en la casa. Su hermanito Akio, de once meses, se había descompuesto seriamente del estómago el día anterior; la madre lo había llevado al Hospital Pediátrico Tamura, y se quedaba acompañándolo. La señorita Sasaki, que tenía unos [29] veinte años de edad, debió preparar el desayuno para su padre, su hermana, su otro hermano, y para ella misma, y —puesto que el hospital, a causa de la guerra, no podía proveer la comida— preparar los alimentos de todo un día para su madre y el bebé, con tiempo para que el padre, que trabajaba en una fábrica de obturadores de goma para piezas de artillería, pudiese llevarlos de paso para el trabajo. Cuando terminó y limpió y ordenó la vajilla, eran casi las siete. La familia vivía en Koi y la joven debía hacer un viaje de cuarenta y cinco minutos hasta su empleo en la sección de la ciudad llamada Kannonmachi. Ella tenía a su cargo el registro de personal de la fábrica. Salió de Koi a las siete, y, tan pronto como llegó a la fábrica, fue junto con otras compañeras al salón auditorio. Un marino importante, ex empleado de la compañía, se había suicidado el día anterior arrojándose bajo un tren..., muerte considerada lo suficientemente honorable para concederle derecho a un funeral que tendría lugar en la fábrica, a las diez de la mañana. En el amplio salón, la señorita Sasaki y las otras hicieron los preparativos para el acto. Este trabajo demandó unos veinte minutos.

La señorita Sasaki volvió a su oficina y se sentó ante el escritorio. Estaba bastante alejada de las ventanas, que se encontraban a la izquierda, y detrás de ella había un par de estantes grandes que contenían todos los libros con que contaba la biblioteca de la fábrica, organizada por el personal. Se acomodó en su puesto, puso algunas cosas en un cajón y preparó los papeles. Pensó que antes de comenzar a registrar en su lista a los empleados nuevos, empleados despedidos y alistados en el ejército, conversaría un momento con la muchacha de su derecha. Justamente cuando volvió la cabeza hacia el lado opuesto a las ventanas, el salón se inundó de una luz cegadora. El miedo la paralizó y la [30] clavó a su silla durante largo rato (la fábrica estaba a 1.600 metros del centro).

Todo cayó, y la señorita Sasaki perdió el sentido. El cielo raso se vino abajo repentinamente y el piso de madera de arriba se derrumbó en pedazos, y por la brecha abierta cayó la gente del piso superior; pero principalmente, y antes que nada, los estantes con libros que estaban exactamente detrás suyo se incli-

avant, tandis que leur contenu la précipitait à terre, la jambe gauche horriblement tordue et se brisant sous elle. Ainsi, dans une usine d'étain, aux premières secondes de l'âge atomique, un être humain gisait-il, écrasé par des livres.

the contents threw her down, with her left leg horribly twisted and breaking underneath her. There, in the tin factory, in the first moment of the atomic age, a human being was crushed by books. [23]

ella quedó con su pierna izquierda horriblemente retorcida, partiéndose bajo su propio peso. Allí, en la fábrica de estaño, en el primer momento de la era atómica, un ser humano fue aplastado por libros. [26]

naron hacia adelante y la arrojaron al suelo, con la pierna izquierda horriblemente retorcida y quebrada. Allí, en la fábrica de hojalata, en el primer instante de la era atómica, un ser humano fue aplastado por los libros. [31]

10

[41]

L'INCENDIE

II *The Fire*II
EL FUEGO

EL INCENDIO

Aussitôt après l'explosion, le Révérend Kiyoshi Tanimoto, que nous avons laissé se précipitant comme un fou hors de la propriété de M. Matsui et regardant avec stupeur des soldats couverts de sang déboucher de la galerie souterraine qu'ils étaient occupés à creuser, donna tous ses soins apitoyés à une vieille dame qui marchait droit devant elle, **hébété**, se tenant la tête de la main gauche et, de la droite, soutenant un petit garçon de trois ou quatre ans qu'elle portait sur son dos, [42] tout en criant : « Je suis blessée ! Je suis blessée ! Je suis blessée ! » M. Tanimoto transféra l'enfant du dos de la femme sur le sien, puis, la prenant par la main, la conduisit jusqu'au bas de la rue qu'obscurcissait ce que l'on eût dit être une colonne de poussière bien localisée. Ils arrivèrent à une école primaire, non loin de là, désignée auparavant pour servir d'hôpital temporaire en cas de nécessité. D'attention pleine de sollicitude qu'il avait portée à la vieille femme aida M. Tanimoto à se débarasser sur-le-champ de sa terre. Parvenu à l'école, il fut grandement surpris de s'apercevoir que le sol était couvert de débris de verre et que cinquante à soixante blessés attendaient déjà d'être pansés. Il se dit que, bien que la fin d'alerte eût sonné et qu'il n'eût pas entendu d'avions, plusieurs bombes avaient dû tomber. Il se souvint d'un monticule, dans le jardin du fabricant de rayonne, d'où l'on avait vue sur l'ensemble de Koi - et de Hiroshima, pour autant - et il revint en courant à la propriété.

IMMEDIATELY after the explosion, the Reverend Mr. Kiyoshi Tanimoto, having run wildly out of the Matsui estate and having looked in wonderment at the bloody soldiers at the mouth of the dugout they had been digging, attached himself sympathetically to an old lady who was walking along in a **daze**, holding her head with her left hand, supporting a small boy of three or four on her back with her right, and crying, "I'm hurt! I'm hurt! I'm hurt!" Mr. Tanimoto transferred the child to his own back and led the woman by the hand down the street, which was darkened by what seemed to be a local column of dust. He took the woman to a grammar school not far away that had previously been designated for use as a temporary hospital in case of emergency. By this solicitous behavior, Mr. Tanimoto at once got rid of his terror. At the school, [24] he was much surprised to see glass all over the floor and fifty or sixty injured people already waiting to be treated. He reflected that, although the all-clear had sounded and he had heard no planes, several bombs must have been dropped. He thought of a hillock in the rayon man's garden from which he could get a view of the whole of Koi—of the whole of Hiroshima, for that matter—and he ran back up to the estate.

Inmediatamente después de la explosión, tras escapar corriendo de la propiedad de Matsui y de haber visto con asombro los soldados sangrando en la boca del refugio, el reverendo Kiyoshi Tanimoto se unió a una anciana que caminaba, sola y **aturdida**, sosteniéndose la cabeza con la mano izquierda, llevando sobre su espalda a un niño de tres o cuatro años y gritando: «¡Estoy herida! ¡Estoy herida! ¡Estoy herida!». El señor Tanimoto cargó al niño, tomó de la mano a la mujer y la condujo a través de una calle oscurecida por lo que parecía ser una columna de polvo del lugar. Llevó a la mujer a una escuela de gramática no lejos de allí, previamente designada para servir como hospital en caso de emergencia. Mediante esta acción servicial, el señor Tanimoto se liberó del miedo. En la escuela lo sorprendió encontrar vidrios en el suelo y cincuenta o sesenta personas esperando ya para ser atendidas. Pensó que, aunque la sirena de despeje había sonado y no se habían escuchado aviones, varias bombas debieron de ser arrojadas. Recordó un pequeño montículo en el jardín del hombre de los rayones desde el cual se podía ver todo Koi—de hecho, toda Hiroshima—y corrió de vuelta a la propiedad.

Inmediatamente después de la explosión, el reverendo Kiyoshi Tanimoto, una vez que salió corriendo a ciegas de la propiedad de Matsui, y que miró con sorpresa a los sangrantes soldados en la boca del agujero que habían estado cavando, se acercó compasivo a una anciana que caminaba al azar, sosteniéndose la cabeza con la mano izquierda, y llevando sobre la espalda a un niño de tres o cuatro años, al que sujetaba con la derecha,— mientras gritaba: «¡Estoy herida! ¡Estoy herida! ¡Estoy herida!» El señor Tanimoto cargó el chico en su propia espalda y condujo por la mano a la mujer hasta la calle, oscurecida por lo que parecía ser una columna de polvo común. La llevó hasta una escuela primaria cercana, previamente designada como hospital temporario para casos de emergencia. Por medio de esta conducta solícita, el señor Tanimoto se libró en el acto de su terror. En la escuela se sorprendió muchísimo al ver el suelo cubierto de trozos de vidrio y cincuenta o sesenta personas heridas que esperaban ser tratadas. Reflexionó que, aunque había sonado la sirena de cese de peligro y no había oído aviones, debieron arrojarse varias bombas. Recordó que en el jardín del industrial había una loma desde la cual podría echar un vistazo a todo Koi—y a toda Hiroshima, en realidad—y corrió a la propiedad.

De ce monticule, M. Tanimoto découvrit un panorama stupéfiant. Ce n'était pas seulement d'un petit coin de Koi, comme il s'y était attendu - c'était de tout ce [43] qu'il apercevait de Hiroshima, à travers le nuage dont l'air était obscurci, que montait une épaisse et épouvantable colonne d'**atmosphère empoisonnée**. De massives **gerbes** de fumée, proches ou lointaines, s'élevaient déjà, trouant la nappe immense de poussière. Il se demanda comment tant de dégâts, sur une telle surface, avaient pu naître d'un ciel silencieux; ne se fût-il agi que de quelques avions, volant à haute altitude, on n'eût pas manqué de les entendre. Non loin, des maisons brûlaient et lorsque d'énormes gouttes d'eau, grosses comme des billes, se mirent à tomber, il eut comme une idée qu'elles devaient provenir des lances des pompiers luttant contre le feu. (En fait, c'étaient des gouttes résultant de la condensation de l'atmosphère, tombant de la tumultueuse colonne de fumée, d'air chaud et de matière désinté-

From the mound, Mr. Tanimoto saw an astonishing panorama. Not just a **patch** of Koi, as he had expected, but as much of Hiroshima as he could see through the clouded air was giving off a thick, dreadful **miasma**. **Clumps** of smoke, near and far, had begun to push up through the general dust. He wondered how such extensive damage could have been dealt out of a silent sky; even a few planes, far up, would have been audible. Houses nearby were burning, and when huge drops of water the size of marbles began to fall, he half thought that they must be coming from the hoses of firemen fighting the blazes. (They were actually drops of condensed moisture falling from the turbulent tower of dust, heat, and fission frag-

Desde el montículo, el señor Tanimoto vio un panorama que lo dejó estupefacto. No sólo una **zona** de Koi, como había creído, sino también la parte entera de Hiroshima que podía ver a través del aire turbio despedían un **miasma** denso y espantoso. [27] Aquí y allá, **macizos** de humo habían comenzado a abrirse paso a través del polvo. Se preguntó cómo daños semejantes podían haber salido de un cielo silencioso; incluso unos pocos aviones volando alto hubieran sido detectados. Las casas vecinas se quemaban; cuando comenzaron a caer gotas de agua del tamaño de una canica, el señor Tanimoto creyó que venían de las mangueras de los bomberos que luchaban contra el incendio. (En realidad, eran gotas de humedad condensada que caían de la turbulenta torre de polvo, aire caliente y fragmentos

Desde la colina, el señor Tanimoto vio un panorama desolador. No solamente un **sector** de Koi, como él había esperado, sino todo lo que le era posible ver de Hiroshima en medio de ese aire neblinoso, emanaba un **miasma** espeso y pavoroso. **Manchones** de humo, cerca y lejos, comenzaban a surgir de la polvareda general. Se preguntó cómo podía haber resultado un daño tan extenso de un [35] cielo silencioso, aun unos pocos aviones, por alto que volasen, hubiesen sido audibles. Las casas cercanas estaban ardiendo, y cuando comenzaron a caer enormes gotas de agua del tamaño de bolitas, pensó a medias que tendrían de las mangueras de bomberos que luchaban contra las llamas. (En realidad eran gotas de humedad condensada que caían del turbulento hongo de polvo, calor y fragmentos de áto-

70

gré, qui montait déjà à des kilomètres dans le ciel au-dessus de Hiroshima.)

M. Tanimoto se détourna de ce spectacle en entendant M. Matsuo l'appeler et lui demander s'il était indemne. M. Matsuo, à l'intérieur de la maison effondrée, avait bénéficié de la moelleuse protection de la literie accumulée dans le hall d'entre, d'où [44] il avait réussi ensuite à se dépêtrer. M. Tanimoto répondit à peine à ces appels. Pensant à sa femme, à son bébé, à sa chapelle, à son foyer, à ses paroissiens là-bas, tous noyés dans ces affreuses ténèbres—une fois de plus, il s'était repris à courir, en proie à la panique, vers la ville.

Mme Hatsuyo Nakamura, la veuve du tailleur, s'étant relevée tant bien que mal, sous les débris de sa maison, après l'explosion, et voyant Myeko, la plus jeune de ses trois enfants, ensevelie jusqu'au buste et incapable de bouger, rampa parmi les ruines, s'agrippant à des poutres, rejetant des tuiles, dans un effort désespéré pour délivrer ses enfants. Puis, de ce qui lui parut être une profonde caverne dans le sol, elle entendit deux petites voix crier

«*Tasukete! Tasukete!* Au secours! Au secours!» Elle appela son fils et sa fille par leurs noms: «Toshio! Yaeko!»

Au-dessous d'elles, les voix répondirent. [45]

Mme Nakamura, laissant là Myeko qui, du moins, pouvait respirer, se mit frénétiquement à déblayer les débris enchevêtrés qui recouvraient les cris de ses enfants. Elle les avait laissés dormant à quelque trois mètres l'un de l'autre, mais à présent, leurs voix semblaient venir d'un même lieu. Le garçon, Toshio, apparemment, pouvait remuer un peu: elle le sentait gratter et déplacer le monceau de bois et de tuiles, à sa rencontre. Enfin, elle aperçut la tête du garçonnet et, empoignant ce qui en émergeait, se hâta de le hisser dehors. Il avait les pieds pris dans l'entrelacs d'une moustiquaire, comme si on les en eût soigneusement enveloppés. Il raconta qu'il avait été projeté à l'autre bout de la pièce et que, sous les décombres, sa sueur se trouvait prise sous lui. La voix de Yaeko, montait à présent, disant qu'elle ne pouvait bouger, à cause de quelque chose qui lui pesait sur les jambes. Après avoir encore gratté et déblayé quelque peu, Mme Nakamura parvint à faire un trou au-dessus de l'enfant et entreprit de la tirer par un bras. *Itai! Cela fait mal!* criaient Yaeko. Mme Nakamura cria en retour: «Ce n'est pas le moment de dire si cela fait mal ou non» et hala sans ménagement [46] la fillette qui pleurnichait. Puis elle s'occupa de Myeko, qu'elle dégagea à son tour. Les trois enfants étaient couverts de saleté et meurtris, mais pas un d'eux n'avait la moindre coupure ou égratignure.

Mme Nakamura les fit sortir dans la rue.

ments that had already risen miles into the sky above Hiroshima.)

Mr. Tanimoto turned away from the sight when he heard Mr. Matsuo call out to ask whether he was all right. Mr. Matsuo had been safely cushioned within the falling house by the bedding stored in the front hall and had worked his way out. Mr. Tanimoto scarcely answered. He had thought of his wife and baby, his [25] church, his home, his parishioners, all of them down in that awful murk. Once more he began to run in fear—toward the city.

MRS. HATSUYO NAKAMURA, the tailor's widow, having struggled up from under the ruins of her house after the explosion, and seeing Myeko, the youngest of her three children, buried breast-deep and unable to move, crawled across the debris, hauled up timbers, and flung tiles aside, in a hurried effort to free the child. Then, from what seemed to be caverns far below, she heard two small voices crying, «Tasukete! Tasukete! Help! Help!»

She called the names of her ten-year-old son and eight-year-old daughter: «Toshio! Yaeko!»

The voices from below answered.

Mrs. Nakamura abandoned Myeko, who at least could breathe, and in a frenzy made the wreckage fly above the crying voices. The children had been sleeping nearly ten feet apart, but now their voices seemed to come from the same place. Toshio, the boy, apparently had some freedom to move, because she could feel him undermining the pile of wood and tiles as she worked from above. At last she saw his head, and she hastily pulled him out by it. A mosquito net was wound intricately, as if it had been carefully wrapped, around his feet. He said he had been blown right across the room and had been on top of his sister Yaeko under the wreckage. She now said, from underneath, that she could not move, because there was something on her [26] legs. With a bit more digging, Mrs. Nakamura cleared a hole above the child and began to pull her arm. «Itai! It hurts!» Yaeko cried. Mrs. Nakamura shouted, «There's no time now to say whether it hurts or not,» and yanked her whimpering daughter up. Then she freed Myeko. The children were filthy and bruised, but none of them had a single cut or scratch.

yank pull with a jerk, tirar de; they yanked her bag out of her hand, la arrancaron el bolso de la mano; (diente) arrancar

Mrs. Nakamura took the children

de fisión que ya se había elevado varios kilómetros sobre Hiroshima.)

El señor Tanimoto se alejó de la escena cuando escuchó que lo llamaba el señor Matsuo, preguntando si se encontraba bien. El señor Matsuo había permanecido a salvo, protegido por la ropa de cama, dentro de la casa que se caía, y había conseguido abrirse paso hacia fuera. El señor Tanimoto apenas contestó. Pensaba en su esposa y su bebé, su iglesia, su hogar, sus parroquianos, todos hundidos en aquella oscuridad horrible. Unavez más comenzó a correr de miedo: pero esta vez corría hacia la ciudad.

Después de la explosión, la señora Hatsuyo Nakamura, la viuda del sastre, salió con gran esfuerzo de entre las ruinas de su casa, y al ver a Myeko, la menor de sus tres hijos, enterrada hasta el pecho e incapaz de moverse, se arrastró entre los escombros y empezó a tirar de maderos y a arrojar baldosas en un esfuerzo por liberar a la niña. Entonces escuchó dos voces pequeñas que parecían venir de cavernas profundas: «*Tasukete! Tasukete!* ¡Auxilio! ¡Auxilio!». Pronunció los nombres de su hijo de diez años, de su hija de ocho: «¡Toshio! ¡Yaeko!».

Las voces que venían de abajo respondieron. [28]

La señora Nakamura abandonó a Myeko, que al menos podía respirar, y frenéticamente lanzó los destrozos por los aires. Los niños habían estado durmiendo a más de tres metros el uno del otro, pero ahora sus voces parecían provenir del mismo lugar. El niño, Toshio, tenía al parecer cierta libertad de movimiento, porque su madre lo podía escuchar socavando la montaña de madera y baldosas al tiempo que ella trabajaba desde arriba. Cuando por fin lo vio, se apresuró a tomarlo de la cabeza para sacarlo. Un mosquitero se había enredado intrincadamente en sus pies como si alguien los hubiera envuelto con cuidado. Dijo que había saltado por los aires a través de la habitación, y que bajo los escombros había permanecido sobre su hermana Yaeko. Ahora ella decía, desde abajo, que no podía moverse porque había algo sobre sus piernas. Escarbando un poco más, la señora Nakamura abrió un hueco encima de la niña y empezó a tirar de su brazo. *Itai! ¡Duele!*, exclamó Yaeko. La señora Nakamura gritó: «No hay tiempo de ver si duele o no», tirar de una cuerda pero no bruscamente y jaló a la niña entre lloriqueos. Entonces liberó a Myeko. Los niños estaban sucios y magullados, pero no tenían ni una cortada, ni un rasguño.

La señora Nakamura los

mos que ya se había elevado varias millas en el cielo por sobre Hiroshima.)

El señor Tanimoto abandonó la contemplación cuando oyó la voz del señor Matsuo preguntándole si estaba bien. Este había estado bien resguardado en el interior de la casa destrozada gracias a los colchones depositados en el vestíbulo de adelante, y había logrado salir. El señor Tanimoto apenas le respondió. Pensaba en su esposa y en su bebé, en su iglesia, su hogar, sus feligreses, todos ellos sepultados en aquella espantosa lobreguez. Una vez más comenzó a correr lleno de miedo hacia la ciudad.

La señora Hatsuyo Nakamura, viuda del sastre, luego de emerger dificultosamente de las ruinas de su casa después de la explosión y luego de ver a Myeko, la más pequeña de sus tres hijos, enterrada hasta el pecho e incapaz de moverse, reptó a través de los escombros, separó vigas y apartó tejas, en un desesperado esfuerzo para liberar a la niña. Entonces, desde lo que parecían ser cavernas mucho más abajo, oyó dos vocecitas que gritaban: *Tasukete! Tasukete!* «¡Socorro! ¡Socorro!» Llamó los nombres de su hijo y de su hija: «¡Toshio! ¡Yaeko!»

Las voces contestaron desde abajo.

La señora Nakamura abandonó a Myeko, quien al menos podía respirar, y en una especie de frenesí hizo volar los escombros que tapaban las voces. Los chicos habían estado durmiendo a casi [36] tres metros de distancia el uno del otro, pero ahora sus voces parecían venir del mismo lugar. Toshio, el varón, tenía aparentemente alguna libertad de movimientos, ya que la madre podía oírlo removiendo desde abajo la pila de madera y tejas que ella apartaba desde arriba. Finalmente vio su cabeza y la tironeó hacia ella. Un mosquitero le envolvía los pies, como si se lo hubiera ligado cuidadosamente. Dijo que había sido arrojado a través del cuarto y que bajo los escombros había estado encima de su hermana Yaeko. Desde abajo ésta dijo que no podía moverse porque tenía algo en las piernas. Excavando un poco más la señora Nakamura hizo un agujero encima de la niña y empezó a tironearla del brazo. *Itai! ¡Me duele!*, gritó Yaeko. La señora Nakamura contestó:

—No hay tiempo de decir si duele o no —e izó a su hija lloriqueante. Luego liberó a Myeko. Los niños estaban sucios y magullados pero ninguno de ellos tenía una sola lastimadura o raspón.

La señora Nakamura llevó a los chi-

Ils n'avaient sur eux que leurs petites culottes de dessous, et bien que la journée fût très chaude, dans la crainte plutôt déconcertante qu'ils n'eussent froid, elle retourna parmi les décombres, fouilla dans des monceaux de choses et finit par dénicher un **baluchon** [petate] de vêtements qu'elle avait préparé en cas de nécessité ; elle en habilla les enfants - culottes, blouses, chaussures, casques rembourrés de coton (qu'on appelait *bokuzuki*) et même, illogiquement, pardessus. Les petits se taisaient, sauf la fillette de cinq ans, Myeko, qui ne cessait de poser des questions : « Pourquoi est-ce qu'il fait déjà nuit ? Pourquoi est-ce que notre maison est tombée ? Qu'est-ce qui est arrivé ? » Mme Nakamura, qui ne savait pas ce qui était arrivé (la fin d'alerte n'avait-elle pas sonné?) regarda autour d'elle et vit à travers l'obscurité que de toutes les maisons du voisinage, plus une seule n'était debout. La maison d'à côté - celle que son propriétaire s'était employé [47] à démolir pour faire place à l'*avenue pare-feu* -était maintenant bel et bien jetée bas, si le travail était fait sans délicatesse ; et le propriétaire, qui avait entrepris de sacrifier son foyer à la sécurité de la collectivité, gisait, mort. Mme Nakamoto, femme du chef de l'Association de Quartier de défense passive, traversa la rue, la tête en sang et raconta que son bébé souffrait de coupures graves; est-ce que Mme Nakamura avait de quoi le panser ? Non, Mme Nakamura n'avait rien de la sorte, mais elle retourna une fois de plus **en rampant** dans sa demeure écroulée, réussit à tirer des décombres un morceau d'étoffe blanche dont elle s'était servie dans ses travaux de couture, le déchira de façon à en faire des bandes qu'elle donna à Mme Nakamoto. En cherchant l'étoffe, elle avait remarqué sa machine à coudre ; elle revint aux ruines, la dégacha du fouillis et la tira dehors. De toute évidence, elle ne pouvait songer à la charrier avec elle, et, sans penser plus avant, elle poussa ce symbole de son gagne-pain dans le réceptacle qui, depuis des semaines, était pour elle le symbole de toute sécurité : le réservoir d'eau en ciment que tout propriétaire de maison avait reçu l'ordre de construire [48] devant son foyer, en prévision de raids incendiaires.

Une voisine, les nerfs en panique, Mme Hataya, cria à Mme Nakamura de fuir et de se réfugier avec elle dans les bois du parc Asano, domaine situé non loin de là, au bord de la rivière Kyo, et appartenant à la famille des riches Asano, anciens propriétaires de la compagnie de navigation Tokyo Kisen Kaisha. On avait assigné ce parc comme zone d'évacuation à leur quartier. Voyant le feu s'allumer parmi des ruines proches (à l'exception du centre même, où la bombe alluma de son propre chef des foyers d'incendie, la plupart de l'énorme conflagration qui dévora Hiroshima fut le résultat de matériaux inflammables précipités sur des réchauds, des poêles ou des fils dénudés) Mme Nakamura proposa d'aller le combattre. Mme Hataya protesta : « Ne faites pas la

out into the street. They had nothing on but underpants, and although the day was very hot, she worried rather confusedly about their being cold, so she went back into the wreckage and burrowed underneath and found a bundle of clothes she had packed for an emergency, and she dressed them in pants, blouses, shoes, padded cotton air-raid helmets called *bokuzuki*, and even, irrationally, overcoats. The children were silent, except for the five-year-old, Myeko, who kept asking questions: "Why is it night already? Why did our house fall down? What happened?" Mrs. Nakamura, who did not know what had happened (had not the **all-clear** sounded?), looked around and saw through the darkness that all the houses in her neighborhood had collapsed. The house next door, which its owner had been tearing down to make way for a fire lane, was now very thoroughly, if crudely, torn down; its owner, who had been sacrificing his home for the community's safety, lay dead. Mrs. Nakamoto, wife of the head of the local air-raid-defense Neighborhood Association, came across the street with her head all bloody, and said that her baby was badly cut; did Mrs. Nakamura [27] have any bandage? Mrs. Nakamura did not, but she crawled into the remains of her house again and pulled out some white cloth that she had been using in her work as a seamstress, **ripped** it into strips, and gave it to Mrs. Nakamoto. While fetching the cloth, she noticed her sewing machine; she went back in for it and dragged it out. Obviously, she could not carry it with her, so she unthinkingly plunged her symbol of livelihood into the receptacle which for weeks had been her symbol of safety—the cement tank of water in front of her house, of the type every household had been ordered to construct against a possible fire raid.

A nervous neighbor, Mrs. Hataya, called to Mrs. Nakamura to run away with her to the woods in Asano Park—an estate, by the Kyo River not far off, belonging to the wealthy Asano family, who once owned the Toyo Kisen Kaisha steamship line. The park had been designated as an evacuation area for their neighborhood. Seeing fire breaking out in a nearby ruin (except at the very center, where the bomb itself ignited some fires, most of Hiroshima's citywide conflagration was caused by inflammable wreckage falling on cookstoves and live wires), Mrs. Nakamura suggested going over to fight it. Mrs. Hataya said, "Don't be

sacó a la calle. No tenían nada puesto, salvo sus interiores, y, aunque el día era cálido, confusamente se preocupó de que fueran a pasar frío, así que regresó a los destrozos y hurgó en ellos buscando un **atado de ropas** que había empacado para una emergencia, y vistió a los niños con pantalones, camisas, zapatos, cascos de algodón para bombardeos llamados *bokuzuki* e incluso, absurdamente, con abrigos. Los niños estaban callados, salvo Myeko, la de cinco años, que no paraba de hacer preguntas: «¿Por qué se ha hecho de noche tan temprano? ¿Por qué se ha caído nuestra casa? ¿Qué ha pasado?». La señora Nakamura, que ignoraba qué había pasado (¿acaso no había sonado la sirena de **despeje**?), miró a su alrededor y a [29] través de la oscuridad vio que todas las casas de su barrio se habían derrumbado. La casa vecina, la que estaba siendo demolida por su dueño para abrir un carril cortafuegos, había sido completamente demolida (si bien de forma algo rudimentaria); el dueño, que había querido sacrificar su hogar por la comunidad, yacía muerto. La señora Nakamoto, esposa del jefe de la Asociación de Vecinos local, cruzó la calle hacia ella con la cabeza cubierta de sangre, y dijo que su niño tenía cortes graves; ateníala señora Nakamura algún tipo de vendas? La señora Nakamura no tenía vendas, pero volvió a los restos de su casa y sacó de entre los escombros una tela blanca que había utilizado en su trabajo como costurera, la **cortó** en tiras y se la dio a la señora Nakamoto. Al buscar la tela, vio por casualidad su máquina de coser; regresó por ella y la arrastró afuera. Pero, como era evidente, no pudo llevarla consigo, así que arrojó el símbolo de su sustento en el recipiente que durante semanas había sido el símbolo de su seguridad: un tanque de agua enfrente de su casa, el tipo de tanque que se le había ordenado construir a todas las familias en previsión de un probable ataque aéreo.

La señora Hataya, una vecina nerviosa, le propuso a la señora Nakamura escapar hacia los bosques del parque Asano, una propiedad junto al río Kyo perteneciente a la familia Asano, los adinerados dueños de la línea de vapores Kisen Kaisha. El parque había sido señalado como zona de evacuación para su vecindario. Pero la señora Nakamura había visto un incendio en una ruina cercana (excepto en el centro, donde la bomba había causado algunos incendios, casi todas las conflagraciones en Hiroshima fueron causadas por destrozos inflamables que caían sobre estufas y cables eléctricos), y sugirió acudir a apagarlo. La señora Hataya dijo: «No seas tonta. ¿Y si vie-

cos a la calle. Sólo llevaban puestos los calzones, y aunque el día era muy caluroso, la madre pensó confusamente que tendrían frío, de modo que volvió a meterse entre las ruinas, revolvió y encontró un **atado de ropa** preparado de antemano para alguna emergencia; los vistió con pantalones, blusas, zapatos, unos sombreros de algodón acolchado llamados *bokuzuki*, y hasta abrigos. Los niños estaban en silencio, salvo Myeko, la menor, que no cesaba de hacer preguntas:

—¿Por qué ya es de noche? ¿Por qué se cayó nuestra casa? ¿Qué pasó?

La señora Nakamura, que no sabía lo que había pasado (¿acaso no sonó la sirena de cese de peligro?), miró alrededor y vio, por entre la penumbra, que todas las casas de la vecindad habían caído. La de al lado, cuyo dueño había estado derribándola [37] para dar lugar al campo de defensa contra el fuego, estaba ahora destruida del todo; su dueño, el que sacrificaba su hogar a la seguridad común, estaba muerto. La señora Nakamoto, esposa del presidente de la Asociación Vecinal local para defensa antiáerea, cruzó la calle con la cabeza sangrando, y dijo que su hijito estaba gravemente herido; ¿tenía la señora Nakamura algunas vendas? La señora Nakamura no las tenía, pero volvió a abrirse paso entre las ruinas de su casa, y sacó un paño blanco que había estado usando para su tarea de costurera, lo **desgarró** en jirones, y se lo dio a la señora Nakamoto. Mientras buscaba este paño vio su máquina de coser; volvió a entrar y la arrastró hasta afuera. Era obvio que no podría llevarla consigo, de modo que, inconscientemente, sumergió el símbolo de la economía de su vida en el receptáculo que durante semanas había sido el símbolo de su seguridad: el tanque de cemento para agua que había enfrente de su casa, que era igual a los que se había ordenado construir a todo el mundo contra un posible incendio de la ciudad.

Una vecina nerviosa, la señora Hataya, le dijo a la señora Nakamura que huyese con ella a los bosques del parque Asano, propiedad no muy alejada junto al río Kyo y perteneciente a la adinerada familia Asano, en una época dueña de la línea de navegación Toyo Kisen Kaisha. El parque había sido designado zona de evacuación para la comunidad. Al ver que en una ruina de las inmediaciones comenzaba un incendio (salvo en el centro, donde la bomba misma provocó algunos incendios, la mayor parte de los siniestros de Hiroshima fue causada por los escombros inflamables al caer sobre hornillos de cocina o cables eléctricos), la señora Nakamura sugirió ir a combatirlo. La señora Hataya dijo: [38]

—No sea tonta. ¿Y si vienen los avio-

bête! Et si des avions venaient et lâchaient d'autres bombes a » En sorte que Mme Nakamura se mit en route pour le parc Asano avec ses enfants et Mme Hataya, chargée de son sac de tourisme bourré de vêtements de rechange, d'une couverture, d'un parapluie et d'une valise d'objets qu'elle avait mise au secret dans l'abri de [49] défense passive de sa maison. De plus, d'un monceau de ruines, tandis que leur groupe se hâtait, les deux femmes entendirent monter des appels étouffés. Le seul édifice qu'elles virent debout, en chemin, fut la maison de la mission jésuite, adjacente au jardin d'enfants catholique, où Mme Nakamura avait envoyé Myeko quelque temps. En passant devant le bâtiment, elles virent le Père Kleinsorge, en sous-vêtements tachés de sang, sortir en courant de la maison, une mallette à la main.

le moyen autres? » prêtres q maison d Cieslik, ????? 20

Immédiatement après l'explosion, alors que le Père Wilhelm Kleinsorge S. J., errait au hasard, en sous-vêtements, parmi le **potager**, le Père supérieur La Salle déboucha à l'angle de la maison, en pleine obscurité. Il avait le corps, et notamment le dos, couvert de sang ; la fulguration de la bombe l'avait fait se détourner violemment de sa fenêtre et de minuscules éclats de verre, projetés dans sa direction, l'avaient profondément coupé. Le Père [50] Kleinsorge, encore tout abasourdi, trouva de lui demander : « Où sont les autres au même moment, les deux ui vivaient avec eux dans la la mission surgirent, le Père intact, soutenant le Père Schiffer, ce dernier inondé du sang qui ruisselait d'une coupure au-dessus de l'oreille gauche, et très pâle. Le Père Cieslik était assez content de lui : après la lueur de l'explosion, il avait **plongé** dans un renforcement de porte qu'il avait toujours tenu pour l'abri le plus sûr à l'intérieur du bâtiment et, lorsque le souffle était venu, il avait pu s'en tirer indemne. Le Père La Salle dit au Père Cieslik de mener le Père Schiffer chez un médecin sans lui laisser le temps de saigner à blanc et suggéra le docteur Kanda, qui demeurait à l'angle de la rue, avec le docteur Fujii, à quelque six pâtés de maisons plus loin. Les deux hommes, sortant de l'enceinte de la mission, remontèrent la rue.

La fille de M. Hoshijima, le catéchiste de la mission, vint en courant trouver le Père Kleinsorge pour lui dire que sa mère et sa sœur étaient ensevelies sous les ruines de leur maison, derrière l'enceinte de la mission; en même temps, le prêtre [51] s'aperçut que la demeure de l'institutrice du jardin d'enfants catholique, au pied de l'enceinte, s'était effondrée sur sa locataire. Tandis que le Père La Salle et Mme Murata, la femme de charge de la mission, s'employaient à dégager l'institutrice, le Père Kleinsorge se rendit sur les ruines de la maison du catéchiste et entreprit de soulever et de déblayer les premiers décombres. Pas un son ne montait de l'amas ; il avait la certitude que les Hoshijima, mère et fille, avaient

foolish. What if planes come and drop more bombs?" So Mrs. Nakamura started out for Asano Park with her children and Mrs. Hataya, and she carried her rucksack of emergency clothing, a blanket, an umbrella, and a suitcase of things she had **cached** in her air-raid shelter. Under many ruins, as they hurried along, they heard [28] muffled screams for help. The only building they saw standing on their way to Asano Park was the Jesuit mission house, alongside the Catholic kindergarten to which Mrs. Nakamura had sent Myeko for a time. As they passed it, she saw Father Kleinsorge, in bloody underwear, running out of the house with a small suitcase in his hand.

RIGHT AFTER the explosion, while Father Wilhelm Kleinsorge, S.J., was wandering around in his underwear in the **vegetable garden**, Father Superior LaSalle came around the corner of the building in the darkness. His body, especially his back, was bloody; the flash had made him twist away from his window, and tiny pieces of glass had flown at him. Father Kleinsorge, still bewildered, managed to ask, "Where are the rest?" Just then, the two other priests living in the mission house appeared—Father Cieslik, unhurt, supporting Father Schiffer, who was covered with blood that spurted from a cut above his left ear and who was very pale. Father Cieslik was rather pleased with himself, for after the flash he had **dived** into a doorway, which he had previously reckoned to be the safest place inside the building, and when the blast came, he was not injured. Father LaSalle told Father Cieslik to take Father Schiffer to a doctor before he bled to death, and suggested either Dr. Kanda, who lived on the next corner, or Dr. Fujii, about six blocks away. The two men went out of the compound and up the street.

The daughter of Mr. Hoshijima, the mission catechist, [29] ran up to Father Kleinsorge and said that her mother and sister were buried under the ruins of their house, which was at the back of the Jesuit compound, and at the same time the priests noticed that the house of the Catholic-kindergarten teacher at the front of the compound had collapsed on her. While Father LaSalle and Mrs. Murata, the mission housekeeper, dug the teacher out, Father Kleinsorge went to the catechist's fallen house and began lifting things off the top of the pile. There was not a sound underneath; he was sure the Hoshijima

nen más aviones y arrojan más bombas?». Así que la señora Nakamura se dirigió al [30] parque con sus hijos y la señora Hataya, llevando su atado de ropa de emergencia, una sábana, un paraguas y una maleta de cosas que había **escondido** en su refugio antiaéreo. Al pasar junto a varias de las ruinas alcanzaron a escuchar gritos ahogados de auxilio. El único edificio que estaba aún de pie era la casa de la misión jesuita, que quedaba junto al jardín infantil católico al cual la señora Nakamura había enviado a Myeko durante largo tiempo. Al pasar junto al edificio vio al padre Kleinsorge salir corriendo, en calzoncillos cubiertos de sangre y con una maleta pequeña en la mano.

Justo después de la explosión, mientras el padre Wilhelm Kleinsorge, S. J., deambulaba por el **jardín** en ropa interior, el padre superior La Salle apareció desde una esquina del edificio a oscuras. Su cuerpo, y en particular su espalda, sangraban; el resplandor lo había hecho darse la vuelta, y trozos de cristal de su ventana salieron disparados sobre él. El padre Kleinsorge, todavía perplejo, alcanzó a preguntar: «¿Dónde están todos?». Entonces aparecieron los otros dos sacerdotes que vivían en la misión—el padre Cieslik, ileso, sostenía al padre Schiffer, muy pálido y cubierto por la sangre que manaba de un corte en su oreja izquierda—. El padre Cieslik estaba bastante orgulloso de sí mismo: después del resplandor se había **protegido** bajo el marco de una puerta—el lugar que, según había pensado previamente, sería el más seguro del edificio—, y la explosión no le causó heridas. El padre La Salle le dijo al padre Cieslik que llevara al padre Schiffer a un doctor antes de que muriera desangrado, y sugirió dos posibilidades: el doctor Kanda, que vivía en la esquina, o el doctor Fujii, a seis calles de allí. Los dos hombres salieron del complejo y caminaron calle arriba. [31]

La hija del señor Hoshijima, catequista de la misión, corrió a buscar al padre Kleinsorge y le dijo que su madre y su hermana estaban enterradas bajo las ruinas de su casa, detrás del complejo jesuita, y al mismo tiempo los sacerdotes se percataron de que la casa de la profesora del jardín infantil, al frente del complejo, le había caído encima a su propietaria. Mientras el padre La Salle y la señora Murata, el ama de llaves de la misión, sacaban a la profesora de entre los escombros, el padre Kleinsorge se dirigió a la casa del catequista y empezó a quitar cosas de la parte superior de la pila. No salía sonido alguno de debajo; estaba seguro de que las

nes y arrojan más bombas?

De modo que la señora Nakamura emprendió camino hacia el parque Asano con sus hijos y la señora Hataya, llevando su atado de ropa para emergencias, una frazada, un paraguas, y una maleta con cosas que había **escondido** en su refugio antiaéreo. A medida que avanzaban, oyeron gritos ahogados—en demanda de auxilio bajo las ruinas. El único edificio que vieron en pie mientras caminaban hacia el parque Asano, fue la Misión jesuita, al lado del jardín de infantes católico—al que la señora Nakamura había enviado a Myeko por algún tiempo. Mientras pasaban por el frente, vio al padre Kleinsorge, con la ropa interior manchada de sangre, que corría fuera de la casa llevando en la mano una pequeña maleta.

Inmediatamente después de la explosión, mientras el padre Wilhelm Kleinsorge, C. J., vagaba en calzoncillos por la **huerta**, el padre superior LaSalle dobló la esquina del edificio en la oscuridad. El cuerpo, en especial la espalda, le sangraba; el relámpago lo había hecho alejarse de la ventana y fragmentos de vidrio lo acribillaron. El padre Kleinsorge, aún afligido, alcanzó a preguntar:

—¿Dónde están los demás?

En ese instante, aparecieron los otros dos sacerdotes que vivían en la misión: el padre Cieslik, ileso, sostenía al padre Schiffer, quien bañado por la sangre que le brotaba de un tajo encima de la oreja izquierda, aparecía muy pálido. El padre Cieslik estaba más bien complacido consigo mismo, porque después del relámpago se **plantó** en el umbral de una puerta, que, como lo había comprobado previamente, era el lugar más seguro del edificio, y cuando llegó la explosión resultó sin una herida. El padre LaSalle le dijo al padre Cieslik [39] que llevara al padre Schiffer a un médico antes de que muriera desangrado, y sugirió los nombres del doctor Kanda, que vivía en la otra esquina, y del doctor Fujii, a unas seis cuadras de distancia. Los dos hombres salieron de la Misión y comenzaron a caminar.

La hija del señor Hoshijima, catequista de la Misión, corrió hacia el padre Kleinsorge y le dijo que su madre y su hermana estaban enterradas bajo las ruinas de su casa, situada en los fondos del terreno de la misión. Al mismo tiempo, los sacerdotes notaron que la casa de la maestra del jardín de infantes católico situada al frente del terreno de la Misión, se había derrumbado sobre ella. Mientras el padre LaSalle y la señora Murata, el ama de llaves, liberaban a la maestra, el padre Kleinsorge fue a la casa derruida del catequista y comenzó a sacar los escombros, que formaban una inmensa pila. No se oía un solo sonido debajo: estaba seguro de que las mujeres de la familia

été tués. Enfin, sous ce qui avait été l'un des coins de la cuisine, il aperçut la tête de Mme Hoshijima. La croyant morte, il se mit à la haler par les cheveux ; sur quoi elle hurla soudain : « Itai ! Itai ! Vous me faites mal ! Vous me faites mal ! » Il poursuivit le déblaiement et la tira des décombres. Il parvint également à retrouver la fille au milieu de la blocaille et à la dégager. Aucune des deux femmes n'était sérieusement, blessée.

Un établissement de bains publics, adjacent à la mission, avait pris feu, mais le vent, en cet endroit, soufflait du sud et les prêtres pensèrent que leur maison serait épargnée. Néanmoins, par mesure de précaution, le Père Kleinsorge rentra, pour [52] aller chercher certains objets qu'il tenait à mettre à l'abri. Il trouva sa chambre dans un désordre étrange et incohérent. Une musette de pansements et de premiers secours pendait, intacte, à un crochet dans le mur; mais ses vêtements, qu'il avait laissés pendus à d'autres crochets, non loin de là, s'étaient volatilisés. Son bureau avait volé en éclats par toute la pièce, alors qu'une simple mallette en cartonpâte, qu'il avait cachée sous le bureau, était debout, la poignée n'attendant que sa main, sans une trace d'égratignure, bien en évidence près de la porte. Le Père Kleinsorge devait, plus tard, considérer ce fait comme l'indice d'une intervention providentielle, d'autant que la mallette renfermait son bréviaire, les livres de compte de tout le diocèse et une somme considérable de papier-monnaie appartenant à la communauté et dont il avait la responsabilité. Il sortit en courant de la maison et alla déposer la mallette dans l'abri de la mission.

À la même heure environ, le Père Cieslik et le Père Schiffer, qui perdait toujours le sang en abondance, revenaient, disant que la maison du docteur Kanda n'était plus que ruines et que le feu les empêchait de [53] sortir de ce qu'ils croyaient être un périmètre de destructions locales, et de pousser jusqu'à la clinique privée du docteur Fujii, sur la rive de la Kyo.

Il n'y avait plus de clinique du docteur Masakazu Fujii, sur la rive de la Kyo ; il fallait la chercher dans la rivière même. Après avoir chaviré avec son établissement, le docteur Fujii s'était retrouvé si **hébété** et étroitement coincé par l'étau des poutres sur sa poitrine, qu'il lui fut d'abord impossible de remuer et qu'il resta suspendu sans broncher, une vingtaine de minutes, dans le matin-voilé de crêpe. Puis une pensée lui vint que bientôt la marée monterait les bras de l'estuaire et lui recouvrirait la tête, pensée qui l'incita à déployer une activité panique ; il gigota, se tourna et retourna, usant de toute la force dont il pouvait disposer (bien que son bras gauche, à cause de la douleur qu'il ressentait dans l'épaule du même côté, ne lui fût d'aucun secours) et il parvint au bout de peu de temps à se dégager de l'étau. Il souffla [54] quelques instants, puis, escaladant l'amas de planches et de

women had been killed. At last, under what had been a corner of the kitchen, he saw Mrs. Hoshijima's head. Believing her dead, he began to **haul her out** by the hair, but suddenly she screamed, "Itai! Itai! It hurts!" He dug some more and lifted her out. He managed, too, to find her daughter in the rubble and free her. Neither was badly hurt.

A public bath next door to the mission house had caught fire, but since there the wind was southerly, the priests thought their house **would be spared**. Nevertheless, as a precaution, Father Kleinsorge went inside to fetch some things he wanted to save. He found his room in a state of weird and illogical confusion. A first-aid kit was hanging undisturbed on a hook on the wall, but his clothes, which had been on other hooks nearby, were nowhere to be seen. His desk was in splinters all over the room, but a mere papier-mâché suitcase, which he had hidden under the desk, stood handle-side up, without a scratch on it, in the doorway of the room, where he could not miss it. Father Kleinsorge later [30] came to regard this as a bit of Providential interference, inasmuch as the suitcase contained his breviary, the account books for the whole diocese, and a considerable amount of paper money belonging to the mission, for which he was responsible. He ran out of the house and deposited the suitcase in the mission air-raid shelter.

At about this time, Father Cieslik and Father Schiffer, who was still spurting blood, came back and said that Dr. Kanda's house was ruined and that fire blocked them from getting out of what they supposed to be the local circle of destruction to Dr. Fujii's private hospital, on the bank of the Kyo River.

DR. Masakazu Fujii's hospital was no longer on the bank of the Kyo River; it was in the river. After the overturn, Dr. Fujii was so **stupefied** and so tightly squeezed by the beams gripping his chest that he was unable to move at first, and he hung there about twenty minutes in the darkened morning. Then a thought which came to him—that soon the tide would be running in through the estuaries and his head would be submerged—inspired him to fearful activity; he wriggled and turned and exerted what strength he could (though his left arm, because of the pain in his shoulder, was useless), and before long he had freed himself from the **vise**. After a few moments' rest, he climbed onto

Hoshijima estaban muertas. Por fin, bajo lo que había sido una parte de la cocina, vio la cabeza de la señora Hoshijima. Empezó a **tirlarla de los cabellos**, convencido de que estaba muerta, pero de repente ella gritó: «Itai! Itai! ¡Duele! ¡Duele!». Escarbó un poco más y logró sacarla. También logró encontrar a su hija entre los escombros y la liberó. Ninguna de las dos tenía heridas graves.

Junto a la misión, un baño público se había incendiado; pero, puesto que allí el viento soplabá del sur, los sacerdotes confiaron en que la **casa se salvaría**. Como medida de precaución, sin embargo, el padre Kleinsorge entró a buscar algunas cosas que quería rescatar. Su habitación estaba en un estado de extraña, ilógica confusión. Un botiquín de primeros auxilios colgaba de un gancho en la pared, tal cual había estado siempre; pero sus ropas, que colgaban de otros ganchos cercanos, habían desaparecido. Su escritorio estaba roto en pedazos y desparramado por la habitación, pero una simple maleta de *papier-mâché* que había escondido bajo el escritorio estaba al lado de la puerta, donde no hubiera podido no verla, con la manija hacia arriba y sin un rasguño. Después, el padre Kleinsorge empezó a considerar estos hechos como una especie de interferencia divina, en cuanto a que la [32] maleta contenía su breviario, los libros de contabilidad de la diócesis entera y una considerable cantidad de dinero en efectivo perteneciente a la misión y del cual él era responsable. Salió corriendo de la casa y depositó la maleta en el refugio antiaéreo de la misión.

Más o menos al mismo tiempo, el padre Cieslik y el padre Schiffer —de cuya herida todavía salía sangre a borbotones— regresaron diciendo que la casa del doctor Kanda estaba en ruinas y que el fuego les había impedido salir de lo que parecía ser el círculo local de destrucción para llegar al hospital privado del doctor Fujii, sobre la orilla del río Kyo.

El hospital del doctor Masakazu Fujii ya no estaba sobre la orilla del río Kyo; estaba dentro del río. Tras la caída, el doctor Fujii quedó tan **estupefacto** y aprisionado tan firmemente entre las vigas que tenía sobre el pecho que al principio fue incapaz de moverse, y durante veinte minutos se quedó allí, en medio de la mañana oscurificada. Entonces algo se le ocurrió —que muy pronto la corriente entraría por los estuarios y su cabeza quedaría sumergida—, y esto lo llenó de energía temerosa; se volteó, retorció y ejerció tanta fuerza como pudo (aunque su brazo izquierdo, debido al dolor en el hombro, no le servía de nada), y poco después ya se había liberado de la **tenaza**. Tras un rato de descanso escaló la pila

Hoshijima estaban muertas. Finalmente, bajo lo que había sido un rincón de la cocina, vio la cabeza de la señora Horoshima. Creyéndola muerta, comenzó a **tirarde ella por el pelo**, pero repentinamente la mujer gritó:

—Itai! Itai! «¡Me duele! ¡Me duele!»

Excavó un poco más y la sacó. También se las arregló para encontrar a la hija entre los escombros y liberarla. Ninguna estaba gravemente herida.

Un baño público al lado de la Misión había comenzado a arder, pero como el viento soplabá del sur, los sacerdotes pensaron que su casa **no se vería afectada**. No obstante, como precaución, el padre Kleinsorge entró para recoger algunas cosas que quería salvar. Encontró su cuarto en un estado de horrible y tremenda confusión. Un botiquín de . . . primeros auxilios colgaba intacto de un gancho en pared, pero sus ropas, que antes colgaban de [40] otros ganchos cercanos, no se veían por ninguna parte. Su escritorio, hecho astillas, estaba diseminado por todo el cuarto, pero una simple maleta de papel-maché, que había escondido debajo del mismo escritorio, se mantenía derecha, con la manija hacia arriba, sin el más leve deterioro, en el umbral de la habitación, donde no podía él dejar de verla. El padre Kleinsorge pensó más tarde que en esto había intervenido la Providencia, puesto que la maleta contenía su breviario, el libro de cuentas de toda la diócesis, y una cantidad considerable de papel moneda perteneciente a la Misión, de todo lo cual él era responsable. Corrió fuera de la casa y depositó la maleta en el refugio antiaéreo de la Misión.

Casi en el mismo momento, el padre Cieslik y el padre Schiffer, que todavía sangraba, volvieron y dijeron que la casa del doctor Kanda estaba destruida y que el fuego les impedía pasar desde lo que ellos creían el área local de destrucción, hasta el hospital privado del doctor Fujii, sobre la margen del río Kyo.

El hospital del doctor Masakazu Fujii ya no estaba sobre la margen del río Kyo; estaba en el río mismo. Después del revolcón, el doctor Fujii quedó tan **estupefacto** y tan tremendamente oprimido por las vigas que le atrapaban el tórax, que al principio no pudo moverse y permaneció allí como veinte minutos en la mañana oscurificada. Entonces, un pensamiento lo asaltó — que pronto la marea entraría por los estuarios y le taparía la cabeza — y le inspiró una temeraria actividad; onduló, dio vueltas y ejerció toda la fuerza de que era capaz (aunque el brazo izquierdo, a causa del dolor en el hombro, estaba inútil), y antes de mucho se había librado de su **prisión**. Después de unos momentos de descanso, trepó por la pila

poutres et découvrant un madrier jeté comme un pont jusqu'à la rive, le gravit péniblement à calfourchon et parvint à la terre ferme.

L'eau ruisselait de ses sous-vêtements ; il était sale. Son gilet de dessous était déchiré et dégouttait de sang, il avait de fortes entailles au menton et dans le dos. Dans ce désarroi, il alla jusqu'au pont de Kyo, à côté duquel s'élevait naguère sa clinique. Le pont était toujours debout. Le docteur Fujii, sans ses lunettes, ne voyait qu'un monde vague et confus; mais il voyait pourtant assez clair pour se sentir pris de stupeur, au spectacle des maisons écroulées à l'entour. Sur le pont, il fit la rencontre d'un ami, un docteur, du nom de Machii, à qui il demanda, dans son étonnement : «Qu'est-ce qui a pu faire cela, selon vous ? »

« Probablement un *Molotoffano hanakago*, une corbeille de fleurs Molotov », nom délicatement donné par les Japonais à la « corbeille à pain » ou grappe de bombes qui s'éparpillent d'elles-mêmes.

Le docteur Fujii n'avait commencé par discerner que deux foyers d'incendie l'un sur l'autre rive, en face de l'endroit [55] où se dressait naguère sa clinique, l'autre, loin en direction du sud. Mais dans le même temps, son ami et lui remarquèrent quelque chose qui les intrigua également et que, en tant que docteurs, ils se mirent à discuter : bien qu'il n'y eût encore que très peu d'incendies, les blessés se pressaient sur le pont en un défilé interminable de souffrances et nombre d'entre eux montraient de terribles brûlures à la face et aux bras. « A quoi cela tient-il, d'après vous ? » demanda le docteur Fujii. Le simple fait d'émettre une théorie était d'un certain réconfort en un tel jour et le docteur Machii s'en tint à la sienne. « Peut-être est-ce dû, précisément, à la corbeille de fleurs Molotov », dit-il.

La matinée avait débuté sans un souffle d'air, à l'heure où le docteur Fujii avait accompagné son ami jusqu'à la gare du chemin de fer ; mais à présent, des vents vifs et légers souillaient dans toutes les directions ; sur le pont, c'était un vent d'est. De nouveaux foyers d'incendie se déclaraient, les flammes bondissaient et s'étendaient rapidement ; en très peu de temps, de terribles et violentes bouffées d'air brûlant et des averses torrentielles de cendres interdirent de rester sur le pont. [56] Le docteur Machii rejoignit en courant le bord le plus lointain de la rivière et là s'engagea dans une rue encore épargnée par les flammes. Quant au docteur Fujii, il entra dans l'eau et vint s'abriter sous le pont où une vingtaine de personnes avaient déjà cherché refuge, entre autres ses domestiques, qui avaient pu se tirer des décombres. De là, le docteur Fujii aperçut une de ses infirmières, pendue par les jambes parmi l'enchevêtrement des poutres de la clinique, puis une autre, douloureusement clouée parmi les ruines par un madrier qui lui écrasait la poitrine. Il fit appel à l'aide de

the pile of timbers and, finding a long one that slanted up to the riverbank, he painfully shinned up it.

Dr. Fujii, who was in his underwear, was now soaking [31] and dirty. His undershirt was torn, and blood ran down it from bad cuts on his chin and back. In this disarray, he walked out onto Kyo Bridge, beside which his hospital had stood. The bridge had not collapsed. He could see only **fuzzily** without his glasses, but he could see enough to be amazed at the number of houses that were down all around. On the bridge, he encountered a friend, a doctor named Machii, and asked in bewilderment, "What do you think it was?"

Dr. Machii said, "It must have been a *Molotoffano hanakago*"—a Molotov flower basket, the delicate Japanese name for the "bread basket," or self-scattering cluster of bombs.

At first, Dr. Fujii could see only two fires, one across the river from his hospital site and one quite far to the south. But at the same time, he and his friend observed something that puzzled them, and which, as doctors, they discussed: although there were as yet very few fires, wounded people were hurrying across the bridge in an endless parade of **miseria**, and many of them exhibited terrible burns on their faces and arms. "Why do you suppose it is?" Dr. Fujii asked. Even a theory was comforting that day, and Dr. Machii stuck to his. "Perhaps because it was a Molotov flower basket," he said.

There had been no breeze earlier in the morning when Dr. Fujii had walked to the railway station to see his friend off, but now brisk winds were blowing every which way; here on the bridge the wind was easterly. New fires were **leaping up**, and they spread quickly, [32] and in a very short time terrible blasts of hot air and showers of cinders made it impossible to stand on the bridge any more. Dr. Machii ran to the far side of the river and along a still unkindled street. Dr. Fujii went down into the water under the bridge, where a score of people had already taken refuge, among them his servants, who had extricated themselves from the wreckage. From there, Dr. Fujii saw a nurse hanging in the timbers of his hospital by her legs, and then another painfully pinned across the breast. He enlisted the help of

de maderos y, al encontrar uno que se inclinaba hacia la orilla, trepó, adolorido, sobre él.

El doctor Fujii estaba en ropa interior, y ahora se encontraba sucio y empapado. Su camiseta interior estaba rota, y había sangre resbalando desde heridas graves en el mentón y en la espalda. Confundido, salió al puente Kyo, junto al cual había estado su hospital. El puente no se había caído. Sin sus lentes, el doctor [33] **lograba ver poco más que borrones**, pero veía lo suficiente como para sorprenderse de la cantidad de casas caídas que había alrededor. Sobre el puente se encontró con un amigo, un doctor llamado Machii, y le preguntó desconcertado: «¿Qué crees que fue?».

El doctor Machii dijo: «Debió de ser un *Molotoffano hanakago*», una canasta de flores Molotov, delicado nombre japonés para la «canasta de pan» o bomba de dispersión automática.

Al principio el doctor Fujii podía ver dos incendios, uno cruzando el río desde el terreno de su hospital y el otro bastante lejos hacia el sur. Pero al mismo tiempo, el doctor y su amigo observaron algo que los dejó perplejos y que, en tanto que médicos, discutieron: aunque todavía hubiera pocos incendios, gente herida atravesaba el puente en un interminable desfile de **miseria**, y muchos de ellos presentaban quemaduras terribles en la cara y en las manos. «¿A qué crees que se deba?», preguntó el doctor Fujii. Incluso una hipótesis era suficiente ese día para reconfortarlos, y el doctor Machii se apegó a ello. «Quizá fue una canasta Molotov», dijo.

No había soplado la brisa esa madrugada (cuando el doctor Fujii había llegado a la estación a despedir a su amigo) pero ahora soplaban vientos rápidos en todas las direcciones; aquí, en el puente, el viento soplaba del este. **Brotaban** nuevos fuegos y se propagaban con velocidad, y en poco tiempo ráfagas terribles de aire caliente y lluvias de ceniza hicieron que permanecer sobre el puente fuera imposible. El doctor Machii corrió hacia el lado opuesto del río y por una calle que aún no se había encendido. El doctor Fujii descendió al río y se refugió en el agua bajo el puente, donde una veintena de personas —entre ellas sus sirvientes, que habían escapado de los destrozos— ya se habían refugiado. Desde allí, el doctor Fujii vio a una enfermera colgando por las piernas de los maderos de su hospital, y otra inmobilizada [34]dolorosamente por

de maderas y, encontrando [41] una bien larga que se inclinaba hacia la margen del río, se encaramó sobre ella dolorosamente.

El doctor Fujii estaba en paños menores, empapado y sucio. La camiseta estaba destrozada y manchada por la sangre que corría de los tajos del mentón y la espalda. En este estado, atravesó el puente Kyo, al lado del cual antes se levantaba su hospital. El puente no se había destruido. La vista del doctor era muy **defectuosa** sin los anteojos, pero lo bastante clara como para sentirse horrorizado ante el número de casas derrumbadas en las inmediaciones. En el puente se encontró con un amigo, un médico llamado Machii, y le preguntó, lleno de aflicción

—¿Qué cree usted que fue?

El doctor Machii dijo:

—Debe de haber sido un *Molotoffano hanakago* —en alusión al «coctel Molotov», o bombas incendiarias, que los japoneses llaman delicadamente «canastilla de flores Molotov».

Al principio, el doctor Fujii vio solamente dos incendios: uno al otro lado del lugar en que se encontraba su hospital, y el otro hacia el sur, bastantemente lejos. Pero al mismo tiempo, él y su amigo observaron algo que los intrigó y que, como médicos, discutieron: aunque aún se veían muy pocos incendios, a través del puente corría la gente herida en un interminable desfile de **miseria**, y muchos de ellos exhibían horribles quemaduras en la cara y en los brazos.

—¿Qué supone usted que es eso? —preguntó el doctor Fujii. Aun una teoría resultaba confortante en un día como aquél, y el doctor Machii permaneció fiel a la suya:

—Quizá fue provocado por la canastilla de flores Molotov —contestó.

En la mañana temprano no corría brisa alguna [42] cuando el doctor Fujii fue a la estación a despedir a su amigo, pero ahora soplaban por todos lados violentas ráfagas de viento; en ese momento, en el puente provenían del este. Nuevos focos de incendio **estallaban** y se extendían con rapidez; en poco tiempo, terribles bocanadas de aire caliente y lluvias de ceniza impidieron continuar en el puente. El doctor Machii corrió hacia el extremo del río y luego se internó por una calle todavía no incendiada. El doctor Fujii volvió a sumergirse en el agua bajo el puente, donde una veintena de personas habíase ya refugiado, entre ellas sus sirvientes, que lograron salir de los escombros. Desde allí, el doctor Fujii vio a una de sus enfermeras colgando de las piernas en el maderamen del hospital, y a otra dolorosamente atrapada por el pecho. Con la ayuda de al-

quelques-unes des personnes qui étaient avec lui sous le pont, et ensemble, ils dégagèrent les deux femmes. Il crut un instant entendre la voix de sa nièce, mais ne réussit pas à la retrouver ; il ne devait jamais la revoir. Quatre de ses infirmières et les deux patients de la clinique furent également tués. Le docteur Fujii retourna sous le pont, dans l'eau de la rivière, pour attendre que le feu se retirât. [57]

Le sort qui fut réservé aux docteurs Fujii, Kanda et Machii, aussitôt après l'explosion - et ce ne sont là que trois exemples typiques de ce qui arriva à la majorité des médecins et chirurgiens de Hiroshima - le fait que leurs bureaux de consultation, leurs cliniques, furent détruits, leur matériel médical dispersé, leur personne physique même frappée d'incapacité à divers degrés, explique pourquoi tant d'habitants de la ville errèrent sans que l'on prît soin de leurs blessures et pourquoi tant d'êtres qui auraient pu survivre périrent. Sur les cent cinquante médecins que comptait la cité, soixante-cinq étaient déjà morts et presque tous les autres blessés. Sur mille sept cent quatre-vingts infirmières, mille six cent cinquante-quatre étaient mortes ou trop durement touchées pour s'employer activement. Au plus grand hôpital de la ville, celui de la Croix-rouge, six docteurs seulement, sur trente, pouvaient assumer leur fonction et dix infirmières, sur plus de deux cents. Le seul docteur qui n'eût rien, dans ce même hôpital, était le docteur Sasaki. Après l'explosion, celui-ci courut à l'une des réserves chercher des pansements. [58] Cette pièce, comme tout ce qu'il avait vu dans sa course à travers l'hôpital, offrait un invraisemblable désordre fiolles jetées bas des étagères et brisées, onguents écrasés comme des crachats sur les murs, instruments éparés. Il se saisit de quelques pansements et d'une fiole intacte de mercurochrome, revint en courant au bureau du chirurgien chef et banda les coupures de ce dernier. Puis il sortit dans le corridor et entreprit de rafistoler tant bien que mal les malades, médecins et infirmières blessés, qui se trouvaient là. Il se sentait si gauche sans ses lunettes, qu'il s'empara d'une paire que portait une infirmière blessée, et bien qu'elle ne corrigéât que très approximativement les erreurs de sa vue, c'était là mieux que rien. (Il lui fallut s'en contenter durant plus d'un mois.)

Le docteur Sasaki travaillait sans méthode, se bornant à prendre tout d'abord les personnes les plus proches. Bientôt, il remarqua que le corridor semblait s'emplier d'une foule sans cesse croissante. Se mêlant aux abrasions et déchirures de tissus dont souffraient la plupart des gens, à l'intérieur de l'hôpital, d'horribles brûlures commençaient à se montrer. Il se rendit compte [59] alors que les blessés affluaient de l'extérieur. Il y en avait tant, qu'il commença à ne plus s'occuper des plaies sans gravité ; il décida que tout ce qu'il pouvait faire, c'était d'empêcher les gens de saigner à blanc. Avant qu'il fût longtemps, la foule des patients s'allongea ; il y en eut partout, gisants ou accroupis : sur les planchers des salles de mala-

some of the others under the bridge and freed both of them. He thought he heard the voice of his niece for a moment, but he could not find her; he never saw her again. Four of his nurses and the two patients in the hospital died, too. Dr. Fujii went back into the water of the river and waited for the fire to subside.

THE LOT OF Drs. Fujii, Kanda, and Machii right after the explosion—and, as these three were typical, that of the majority of the physicians and surgeons of Hiroshima—with their offices and hospitals destroyed, their equipment scattered, their own bodies incapacitated in varying degrees, explained why so many citizens who were hurt went untended and why so many who might have lived died. Of a hundred and fifty doctors in the city, sixty-five were already dead and most of the rest were wounded. Of 1,780 nurses, 1,654 were dead or too badly hurt to work. In the biggest hospital, that of the Red Cross, only six doctors out of thirty were able to function, and only ten nurses out of more than two [33] hundred. The sole uninjured doctor on the Red Cross Hospital staff was Dr. Sasaki. After the explosion, he hurried to a storeroom to fetch bandages. This room, like everything he had seen as he ran through the hospital, was chaotic—bottles of medicines thrown off shelves and broken, **salves** spattered on the walls, instruments strewn everywhere. He grabbed up some bandages and an unbroken bottle of Mercurochrome, hurried back to the chief surgeon, and bandaged his cuts. Then he went out into the corridor and began **patching up** the wounded patients and the doctors and nurses there. He blundered so without his glasses that he took a pair off the face of a wounded nurse, and although they only approximately compensated for the errors of his vision, they were better than nothing. (He was to depend on them for more than a month.)

Dr. Sasaki worked without method, taking those who were nearest him first, and he noticed soon that the corridor seemed to be getting more and more crowded. Mixed in with the abrasions and lacerations which most people in the hospital had suffered, he began to find dreadful burns. He realized then that casualties were pouring in from outdoors. There were so many that he began to pass up the lightly wounded; he decided that all he could hope to do was to stop people from bleeding to death. Before long, patients lay and crouched on the floors of the wards and the laboratories and

un madero que había sobre su pecho. Reclutó a varios ayudantes y liberó a ambas. Por un momento creyó escuchar la voz de su sobrina, pero no pudo encontrarla; nunca volvió a verla. Cuatro de sus enfermeras y dos de sus pacientes también murieron. El doctor regresó al agua y esperó a que el fuego cediera.

La suerte que corrieron los doctores Fujii, Kanda y Machii —y, puesto que sus casos son típicos, la que corrió la mayoría de los médicos y cirujanos de Hiroshima—, con sus oficinas y hospitales destruidos, sus equipos dispersos, sus cuerpos incapacitados en grados diversos, explicó las razones de que después de la explosión se haya dejado de atender a tantos heridos que hubiesen podido sobrevivir, pero murieron. De ciento cincuenta doctores en la ciudad, sesenta y cinco murieron, y los demás estaban heridos. De 1.780 enfermeras, 1.654 murieron o estaban demasiado heridas para trabajar. En el hospital más grande, el de la Cruz Roja, sólo seis doctores de treinta eran capaces de trabajar, lo mismo que sólo diez enfermeras entre más de doscientas. El único médico ileso del personal de la Cruz Roja era el doctor Sasaki. Tras la explosión, se apresuró a la despensa para buscar vendajes. Como todas las que había visto mientras corría por el hospital, esta habitación estaba en total caos: botellas de medicina despedidas desde las estanterías y rotas, **ungüentos** salpicados sobre las paredes, instrumentos desparramados por todas partes. Cogió varios vendajes y una botella de mercurocromo que no estaba rota, volvió a la sala de cirugía y vendó sus heridas. Entonces salió al corredor y comenzó a **parchar** a los pacientes heridos, a las enfermeras y a los doctores. Pero cometía tantos errores que tomó un par de lentes de la cara de una enfermera herida, y, aunque sólo [35] compensaban parcialmente los defectos de su visión, eran mejor que nada. (Habría de depender de ellos durante más de un mes.)

El doctor Sasaki trabajaba sin método, atendiendo primero a aquellos que tuviera más cerca, y pronto notó que el corredor parecía llenarse más y más. Mezcladas con las excoriaciones y las laceraciones que la mayoría de pacientes había sufrido, el doctor empezó a encontrar quemaduras espantosas. Se percató entonces de que empezaban a llegar del exterior avalanchas de víctimas. Eran tantas que el doctor comenzó a postergar a los heridos más leves; decidió que lo único que podía hacer era evitar que la gente muriera desangrada. Poco después había pacientes acucillados sobre el suelo de la sala, en los laboratorios y en to-

gunas de las personas que estaban bajo el puente las liberó a las dos. Creyó oír la voz de su sobrina por un momento, pero no pudo encontrarla; nunca más la volvió a ver. Cuatro de las enfermeras y los dos pacientes del hospital murieron también. El doctor Fujii volvió al agua, y esperó a que el incendio se extinguiese.

La suerte de los doctores Fujii, Kanda y Machii, inmediatamente después de la explosión — y, como estos tres, la mayoría de los médicos y cirujanos de Hiroshima—, con sus consultorios y hospitales destruidos, sus equipos dispersos, sus propios cuerpos incapacitados en grados diferentes, explicaron por qué tantos ciudadanos heridos quedaron sin asistencia, y por qué murieron tantos que debían haber vivido. De los ciento cincuenta médicos de la ciudad, sesenta y cinco ya habían muerto, y la mayor parte de los restantes estaban heridos. De 1.780 enfermeras, 1.654 estaban muertas o demasiado gravemente heridas como para poder trabajar. En el hospital más grande, el de la [43] Cruz Roja, sólo seis médicos de los treinta estaban en condiciones de trabajar, y sólo diez enfermeras, de más de doscientas. El único médico ileso del personal del Hospital de la Cruz Roja fue el doctor Sasaki. Después de la explosión, corrió hacia el cuarto de suministros a buscar vendas. Este cuarto, como todo lo que había visto al recorrer el hospital, era algo caótico: los frascos de medicamentos cayeron de los estantes y se rompieron; los **ungüentos** ensuciaron las paredes; los instrumentos se diseminaron por todas partes. Tomó algunas vendas y una botella intacta de mercurocromo, corrió hacia el cirujano jefe y le vendó las heridas. Luego salió al corredor y comenzó a **atender** a los pacientes heridos y a los médicos y enfermeras que se encontraban ahí. Vacilaba tanto sin sus anteojos, que le quitó los suyos a una enfermera herida, y aunque compensaban sólo aproximadamente los defectos de su visión, eran mejor que nada. (Iba a depender de ellos durante más de un mes.)

El doctor Sasaki trabajó sin método, atendiendo primero a los que estaban más cerca, y pronto se dio cuenta de que el corredor parecía estar cada vez más concurrido. Mezcladas con las abrasiones y laceraciones sufridas por la mayor parte de la gente en el hospital, comenzó a encontrar horribles quemaduras. Notó que llegaban víctimas de fuera del hospital. Había tantas que comenzó a pasar por alto a los apenas lastimados; decidió que todo lo que podía hacer era impedir que la gente muriera desangrada. Antes de mucho, los pacientes yacían acostados o acucillados en el suelo de las guardias, en los laboratorios y en todas las otras

des, dans les laboratoires et les autres pièces, les corridors, sur les marches d'escalier, dans le hall d'entrée, sous la porte cochère, sur la pierre du perron, dans la grande allée et dans la cour, sur les trottoirs des rues tout à l'entour; à n'en plus finir. Les blessés soutenaient les mutilés et les éclopés; des familles, défigurées, formaient un seul bloc d'êtres agrippés. Beaucoup vomissaient. Un nombre formidable d'élèves des écoles de filles - de celles que l'on avait fait sortir des salles de classe pour les employer dans les rues à débayer les *avenues parefeu* - se traînaient jusqu'à l'intérieur de l'hôpital. Sur les deux cent quarantecinq mille habitants que comptait la ville, près de cent mille avaient été tués ou marqués par le destin sur le coup; une centaine de mille étaient atteints plus ou moins gravement. Dix mille blessés au [60] moins, se dirigèrent automatiquement vers le meilleur hôpital de la ville, qui ne pouvait suffire à une telle invasion puisqu'il n'avait que six cents lits et que ceux-ci étaient, avant même l'explosion, tous occupés. Les gens, dans l'asphyxie de la foule, à l'intérieur de l'hôpital, pleuraient et hurlaient à l'adresse du docteur Sasaki: «Sensei! Docteur!» et les moins sérieusement atteints le tiraient par la manche et le suppliaient de venir en aide aux plus grièvement blessés. En chaussettes, tiré à hue et à dia, abruti par la foule, stupéfié par tant de plaies à vif, le docteur Sasaki finit par perdre tout sens de sa profession et par cesser de travailler en chirurgien consommé et en homme plein d'humanité, pour se changer en automate qui, mécaniquement, étanchait le sang, barbouillait de son pinceau, pensait, étanchait, barbouillait, pensait...

Certains des blessés de Hiroshima ne purent même pas bénéficier du luxe douteux de l'hospitalisation. Dans ce qui avait été le bureau du personnel de la East Asia Tin Works, Mlle Sasaki gisait, repliée sur elle-même, sans connaissance, sous l'effroyable monceau de livres, de plâtras, de bois et de tôle ondulée. Elle demeura sans connaissance (à ce qu'elle estima par la suite) durant environ trois heures. La première sensation qu'elle éprouva fut une douleur atroce dans la jambe gauche. Il faisait une telle nuit sous les bouquins et les débris que la frontière entre la conscience éveillée et l'absence de toute connaissance était des plus ténue; elle la franchit apparemment à plusieurs reprises, à en juger par le fait que la douleur tantôt disparaissait, tantôt revenait. Dans les instants où elle la sentait avec un maximum d'acuité, elle avait l'impression que sa jambe était coupée quelque part au-dessous du genou. Plus tard, elle entendit qu'on marchait au-dessus d'elle sur les décombres et des voix angoissées s'élevèrent, des voix provenant évidemment des ruines où elle-même était ensevelie: «Je vous en prie, au secours! Tirez-nous de là!» [62]

Le Père Kleinsorge arrêta l'hémorragie du Père Schiffer, tant bien que mal, à l'aide de quelques bandes de pansement que le docteur Fujii avait données aux prêtres,

all the other rooms, and in the corridors, and on the stairs, and in the front hall, and under the portecochere, and on the stone front steps, arid in the driveway [34] and courtyard, and for blocks each way in the streets outside. Wounded people supported maimed people; disfigured families leaned together. Many people were vomiting. A tremendous number of schoolgirls—some of those who had been taken from their classrooms to work outdoors, clearing fire lanes—crept into the hospital. In a city of two hundred and fortyfive thousand, nearly a hundred thousand people had been killed or doomed at one blow; a hundred thousand more were hurt. At least ten thousand of the wounded made their way to the best hospital in town, which was altogether unequal to such a trampling, since it had only six hundred beds, and they had all been occupied. The people in the suffocating crowd inside the hospital wept and cried, for Dr. Sasaki to hear, “Sensei! Doctor!” and the less seriously wounded came and pulled at his sleeve and begged him to go to the aid of the worse wounded. Tugged here and there in his stocking feet, bewildered by the numbers, staggered by so much raw flesh, Dr. Sasaki lost all sense of profession and stopped working as a skillful surgeon and a sympathetic man; he became an automaton, mechanically wiping, daubing, winding, **wiping, daubing**, winding.

SOME of the wounded in Hiroshima were unable to enjoy the questionable luxury of hospitalization. In what had been the personnel office of the East Asia Tin Works, Miss Sasaki lay doubled over, unconscious, under the tremendous pile of books and plaster and [35] wood and **corrugated** iron. She was wholly unconscious (she later estimated) for about three hours. Her first sensation was of dreadful pain in her left leg. It was so black under the books and debris that the borderline between awareness and unconsciousness was fine; she apparently crossed it several times, for the pain seemed to come and go. At the moments when it was sharpest, she felt that her leg had been cut off somewhere below the knee. Later, she heard someone walking on top of the wreckage above her, and anguished voices spoke up, evidently from within the mess around her: “Please help! Get us out!”

FATHER KLEINSORGE Stemmed Father Schiffer's spurting cut as well as he could with some bandage that Dr. Fujii had given the priests a few days

das las otras habitaciones, y en los corredores, y en las escaleras, y en el zaguán de entrada, y bajo la puerta cochera, y sobre las escaleras de piedra del frente, y en la entrada y en el patio, y sobre varias manzanas en ambas direcciones de la calle. Los heridos ayudaban a los mutilados; familias desfiguradas se apoyaban entre ellas. Muchos vomitaban. Numerosas alumnas —algunas de aquellas que habían salido de sus clases para trabajar en la apertura de corredores cortafuegos— llegaban al hospital arrastrándose. En una ciudad de doscientos cuarenta y cinco mil, cerca de cien mil personas habían muerto o recibido heridas mortales de un solo golpe; cien mil más estaban heridas. Al menos diez mil de los heridos se las arreglaron para llegar al mejor hospital de la ciudad, que no estaba a la altura de semejante invasión, pues tenía sólo seiscientos camas, y todas estaban ocupadas. En la multitud sofocante del hospital los heridos lloraban y gritaban, buscando ser escuchados por el doctor Sasaki: «¡Sensei! ¡Doctor!» Los más leves se acercaban a él y tiraban de su manga para que fuera a atender a los más graves. **Arrastrado** de aquí para allá sobre sus pies descalzos, **apabullado** por la cantidad de gente, **pasmado** [36] ante tanta carne viva, el doctor Sasaki perdió por completo el sentido del oficio y dejó de comportarse como un cirujano habilidoso y un hombre comprensivo; se transformó en un autómata que mecánicamente limpiaba, untaba, vendaba, **limpiaba, untaba, vendaba**.

Algunos de los heridos de Hiroshima no pudieron disfrutar del cuestionable lujo de la hospitalización. En lo que había sido la oficina de personal de la Fábrica Oriental de **Estaño**, la señorita Sasaki yacía inconsciente, aplastada por la tremenda pila de libros, madera, hierro **corrugado** y yeso. Permaneció completamente inconsciente (según calculó después) durante unas tres horas. Su primera sensación fue de un terrible dolor en la pierna izquierda. Estaba tan oscuro debajo de los libros y los desechos que la frontera entre conciencia e inconsciencia era muy tenue; debió de cruzarla varias veces, porque el dolor parecía ir y venir. En los momentos de dolor más agudo, sentía que le habían cortado la pierna por debajo de la rodilla. Después, escuchó que alguien caminaba sobre los destrozos, encima de ella, y voces de angustia comenzaron a gritar _____ a su alrededor: «¡Auxilio, por favor! ¡Sáquenlos de aquí!»

Con algunas vendas que el doctor Fujii le había dado unos días antes, el padre Kleinsorge paró como pudo el sangrado de la heri-

habitaciones, en los corredores y escaleras, en el vestíbulo del frente y bajo la puerta-cochera, en la escalinata de entrada, en el sendero para autos en el patio y en cuadras y cuadras a cada lado de la calle. Los heridos sostenían a los mutilados; familias [44] enteras desfiguradas se apoyaban entre sí. Mucha gente vomitaba. Un enorme número de jovencitas escolares — algunas de las cuales habían salido de sus aulas para trabajar en la construcción de áreas antiincendio — se arrastraban hacia el hospital. En una ciudad de doscientas cuarenta y cinco mil personas, casi cien mil habían sido muertas o malheridas de un solo golpe; cien mil más estaban lastimadas. Por lo menos diez mil de los heridos concurren al mejor hospital de la ciudad, insuficiente para tal invasión, puesto que poseía sólo seiscientos camas, y todas habían sido ocupadas. Los integrantes de esa sofocante multitud dentro del hospital lloraban y gritaban para que el doctor Sasaki pudiese oír:

—Sensei! ¡Doctor!»

Y los heridos más leves se acercaban, le tiraban del brazo y le rogaban que fuera en ayuda de los más graves. **Arrastrado** aquí y allá en sus pies descalzos, **azorado** por la cantidad de gente, **descompuesto** ante el espectáculo de tanta carne martirizada, el doctor Sasaki perdió todo el sentido de la profesión y dejó de trabajar como diestro cirujano y hombre compasivo: se convirtió en un autómata y comenzó mecánicamente a restañar, untar, vendar, **restañar, untar, vendar**.

Algunos de los heridos de Hiroshima no pudieron disfrutar del indudable lujo de la hospitalización. En lo que había sido la oficina de personal de la Compañía **Hojalateras** del Asia Oriental, la señorita Sasaki yacía doblada, inconsciente, bajo la tremenda pila de libros, yeso, madera y hierros **retorcidos**. Estuvo completamente sin sentido (según estimó más tarde) unas tres horas. Su primera sensación fue la de un horrible dolor en la pierna izquierda. Estaba tan oscuro bajo los libros y los escombros, que la línea que separa la conciencia [45] de la inconsciencia era muy tenue; aparentemente la atravesó varias veces, porque el dolor parecía llegar e irse. En el momento en que fue más agudo, sintió como si su pierna hubiera sido cortada en algún lugar por debajo de la rodilla. Más tarde oyó que alguien caminaba sobre los escombros que la sepultaban, y voces angustiadas se elevaron, evidentemente de gente en la misma situación en que se encontraba ella:

—¡Por favor, ayúdenos! ¡Sáquenlos de aquí!»

El padre Kleinsorge curó lo mejor que pudo la herida del padre Schiffer con unas vendas que el doctor Fujii les había dado a los sacerdotes algu-

quelques jours auparavant. Quand il eut fini, il retourna en courant dans la maison de la mission et finit par retrouver la tunique de son uniforme militaire et une vieille paire de pantalons gris. Il s'en revêtit et sortit dans la rue. Une femme de la maison voisine courut à lui, criant que son mari était enseveli sous sa maison et que celle-ci avait pris feu : le Père Kleinsorge devait venir à tout prix le sauver.

Le Père Kleinsorge, envahi déjà peu à peu par une forme d'apathie et d'hébété, en présence de tant de détresse accumulée, dit : « Il ne nous reste pas beaucoup de temps pour le faire o. Les maisons, tout autour, flambaient, le vent soufflait maintenant avec force. « Savez-vous exactement sous quelle partie de la demeure il se trouve ? » demanda-t-il.

« Oui, oui, dit-elle, dépêchez-vous ! »

Ils allèrent jusqu'à la maison, dont les restes brûlaient furieusement ; mais parvenus sur les lieux, il apparut que la femme n'avait pas la moindre idée de l'endroit où se trouvait enseveli son mari. Le Père [63] Kleinsorge cria à plusieurs reprises : « Y a-t-il quelqu'un, là-dessous ? » N'obtenant pas de réponse, il dit à la femme : « Il faut nous en aller d'ici, ou nous allons tous y rester. » Il revint aux bâtiments de la mission et déclara au Père supérieur que le feu gagnait, poussé par le vent, ce dernier ayant tourné et soufflant maintenant du nord ; il était temps que tout le monde s'éloignât.

A cet instant précis, l'institutrice du jardin d'enfants montra aux prêtres M. Fukai, le secrétaire du diocèse, debout à sa fenêtre, au second étage de la maison de la mission, qui regardait dans la direction où avait eu lieu l'explosion et pleurait. Le Père Cieslik, jugeant l'escalier impraticable, fit en courant le tour du bâtiment, en quête d'une échelle. Passant par derrière, il entendit des appels au secours qui venaient des décombres d'un toit écroulé un loin de là. 11 cria à des passants qui fuyaient dans la rue de l'aider à soulever les débris du toit, mais personne ne voulut s'arrêter et il lui fallut laisser les malheureux ensevelis à leur triste sort. Le Père Kleinsorge, cependant, s'était précipité à l'intérieur de la maison de la mission et, grimant l'escalier qui donnait de la bande, [64] encombré de plâtras et de lattes de bois, appela M. Fukai, du seuil de sa chambre.

M. Fukai, homme de très petite taille et d'une cinquantaine d'années, se tourna lentement vers lui, l'air égaré, et lui dit :
< Laissez-moi. >

Le Père Kleinsorge pénétra dans la pièce et saisit M. Fukai par le col de son veston, en même temps qu'il lui disait : «

before. When he finished, he ran into the mission house again and found the jacket of his military uniform and an old pair of gray trousers. He put them on and went outside. A woman from next door ran up to him and shouted that her husband was buried under her house and the house was on fire; Father Kleinsorge must come and save him.

Father Kleinsorge, already growing apathetic and dazed in the presence of the cumulative distress, said, "We haven't much time." Houses all around were burning, and the wind was now blowing hard. "Do you know exactly which part of the house he is under?" he asked.

"Yes, yes," she said. "Come quickly."
[35]

They went around to the house, the remains of which blazed violently, but when they got there, it turned out that the woman had no idea where her husband was. Father Kleinsorge shouted several times, "Is anyone there?" There was no answer. Father Kleinsorge said to the woman, "We must get away or we will all die." He went back to the Catholic compound and told the Father Superior that the fire was coming closer on the wind, which had swung around and was now from the north; it was time for everybody to go.

Just then, the kindergarten teacher pointed out to the priests Mr. Fukai, the secretary of the diocese, who was standing in his window on the second floor of the mission house, facing in the direction of the explosion, weeping. Father Cieslik, because he thought the stairs unusable, ran around to the back of the mission house to look for a ladder. There he heard people crying for help under a nearby fallen roof. He called to passers-by running away in the street to help him lift it, but nobody paid any attention, and he had to leave the buried ones to die. Father Kleinsorge ran inside the mission house and scrambled up the stairs, which were awry and piled with plaster and lashing, and called to Mr. Fukai from the doorway of his room.

Mr. Fukai, a very short man of about fifty, turned around slowly, with a queer look, and said,
"Leave me here."

Father Kleinsorge went into the room and took Mr. Fukai by the collar of his coat and said,

da del padre Schiffer. Cuando terminó, corrió a la misión y encontró la chaqueta de su uniforme militar y un viejo par de pantalones grises. Se los puso y salió. Una vecina se le acercó corriendo y le dijo que su marido estaba enterrado bajo su casa y su casa se incendiaba; el padre Kleinsorge tenía que venir a salvarlo. [37]

El padre Kleinsorge, que ya comenzaba a sentirse apático y aturrido por los disgustos acumulados, dijo: «No tenemos mucho tiempo». A su alrededor las casas se quemaban, y el viento soplabla con fuerza. «¿Sabe exactamente en qué parte de la casa se encuentra enterrado?», preguntó.

«Sí, sí», dijo ella. «Venga, desprisa.»

Dieron la vuelta a la casa, cuyos restos llameaban con violencia, pero cuando llegaron resultó que la mujer no tenía idea alguna de dónde estaba su marido. El padre Kleinsorge gritó varias veces: «¿Hay alguien ahí?». No hubo respuesta. El padre Kleinsorge dijo a la mujer: «Tenemos que irnos o moriremos todos». Regresó al complejo católico y le dijo al Padre Superior que el fuego se acercaba llevado por un viento que había cambiado de dirección y ahora soplabla del norte; era tiempo de que todos se fueran.

En ese instante, la profesora del jardín infantil señaló al señor Fukai, secretario de la diócesis, que estaba de pie junto a su ventana del segundo piso, de cara al lugar de la explosión, llorando. El padre Cieslik, pensando que las escaleras del edificio habían quedado inservibles, corrió a la parte trasera de la misión para buscar una escalera de mano. Escuchó gritos de ayuda que venían desde abajo de un techo caído. Pidió ayuda para levantarlo a los transeúntes que corrían por la calle, pero nadie le hizo caso, y tuvo que dejar que los enterrados murieran. El padre Kleinsorge entró corriendo a la misión, subió con dificultad por las escaleras torcidas y cubiertas de yeso y madera, y llamó al señor Fukai desde la puerta de su habitación.

El señor Fukai, un hombre pequeño de unos cincuenta años, se volvió lentamente y dijo, con una mirada extraña: «Déjeme aquí.»

El padre Kleinsorge entró en la habitación, tomó al señor Fukai por el cuello de su abrigo y le dijo:

nos días antes. Cuando terminó, entró en el edificio de la Misión y encontró la chaqueta de su uniforme militar y un par de pantalones grises. Se los puso y salió. Una mujer de la casa de al lado corrió hacia él y le gritó que su esposo estaba sepultado bajo las ruinas y que la casa estaba ardiendo; el padre Kleinsorge debía ir y salvarlo.

El padre Kleinsorge, que ya comenzaba a sentirse apático y confuso ante tanta aflicción creciente, dijo:

—No tenemos mucho tiempo.

Las casas de los alrededores ardían, y ahora el viento soplabla con fuerza.

—¿Sabe exactamente bajo qué lugar de la casa está enterrado? — le preguntó.

—Sí, sí —dijo ella—. Venga pronto.

Fueron hasta la casa, cuyos restos ardían violentamente, pero cuando llegaron resultó que la mujer no tenía la menor idea de dónde podía estar su marido. El padre Kleinsorge gritó varias veces:

—¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta. El sacerdote le dijo a la mujer:

—Tenemos que salir o moriremos los dos. [46]

Volvió a la Misión y le dijo al padre superior que el fuego se acercaba a causa del viento, que había variado de rumbo y soplabla ahora del norte; era tiempo de que todos se fuese.

Justo entonces, la maestra del jardín de infantes les mostró a los sacerdotes al señor Fukai, secretario de la diócesis, que estaba parado ante su ventana en el segundo piso del edificio de la Misión, vuelto de cara a la explosión y llorando. El padre Cieslik, que pensó que la escalera del edificio no podría ser utilizada, corrió hacia el cobertizo en busca de una escalera de mano. Allí oyó gente que pedía ayuda desde debajo de un techo derrumbado. Llamó a algunos transeúntes para que lo ayudasen a liberarlos, pero nadie le prestó atención, de modo que tuvo que dejar que los sepultados muriesen. El padre Kleinsorge corrió al interior de la misión y trepó por la escalera _____, cubierta de yeso y listones, y llamó al señor Fukai desde el umbral de su cuarto.

Este, un hombre muy bajo de unos cincuenta años, se dio vuelta lentamente, con mirada extraña, y dijo:

—Déjeme aquí.

El padre Kleinsorge entró en la habitación, tomó al señor Fukai por el cuello de la chaqueta y le dijo:

Suivezmoi, sinon vous allez mourir ici. » “Come with me or you’ll die.” [37]

M. Fukai répondit : « Laissez-moi mourir ici. »

Mr. Fukai said, “Leave me here to die.”

Le Père Kleinsorge entreprit alors de pousser et de tirer M. Fukai hors de la pièce. Puis l’étudiant en théologie arriva à son tour et saisit M. Fukai par les pieds, tandis que le Père Kleinsorge le prenait par les épaules; tous deux le portèrent ainsi jusqu’en bas de l’escalier et ensuite dehors. « Je ne peux pas marcher ! cria M. Fukai, laissez-moi ! » Le Père Kleinsorge alla chercher sa mallette qui renfermait l’argent du diocèse puis chargea M. Fukai sur son dos, cependant que tout le petit groupe prenait le chemin du Champ de Manoeuvre de l’Est, « zone de sécurité » du secteur. Au moment où ils franchissaient la grille d’entrée, M. Fukai, parer à un enfant, à présent, se mit à marteler de ses [65] poings les épaules du Père Kleinsorge, en disant : « Je ne veux pas qu’on m’emmène! Je ne veux pas qu’on m’emmène! » Tout à fait, hors de propos, le Père Kleinsorge se tourna vers le Père La Salle et lui dit : « Nous avons tout perdu, sauf le sens de l’humour. »

Father Kleinsorge began to shove and haul Mr. Fukai out of the room. Then the theological student came up and grabbed Mr. Fukai’s feet, and Father Kleinsorge took his shoulders, and together they carried him downstairs and outdoors. “I can’t walk!” Mr. Fukai cried. “Leave me here!” Father Kleinsorge got his paper suitcase with the money in it and took Mr. Fukai up **pickaback**, and the party started for the East Parade Ground, their district’s “safe area.” As they went out of the gate, Mr. Fukai, quite childlike now, beat on Father Kleinsorge’s shoulders and said, “I won’t leave. I won’t leave.” Irrelevantly, Father Kleinsorge turned to Father LaSalle and said, “We have lost all our possessions but not our sense of humor.”

clutter 1 nombre (de papeles, etc) revoltijo, desorden: can you move your clutter?, ¿puedes quitar tus trastos? 2 verbo transitivo to clutter (up), abarrotar, atestar, estar plagado

his desk is always cluttered, su mesa siempre está desordenada

to be crowded untidily crowded and untidy collection of things, disorganised with a lot of objects scattered about

La rue était **engorgée** de pans de murs éboulés, barrée de poteaux et de fils électriques. Toutes les deux ou trois maisons, on entendait les cris de personnes en sevelies et abandonnées, hurlant invariablement, sans **déroger** aux formes de la politesse : « *Tasukete kure!* Au secours, s’il vous plaît ! » Les prêtres reconnurent dans plusieurs ruines d’où montrait cet appel des maisons amies, mais l’incendie, qui faisait rage, rendait tout secours inutile. Pendant qu’on le portait, M. Fukai ne cessait de gémir, d’une voix minuscule : « Laissez-moi ! » Le petit groupe obliqua sur la droite, s’étant heurté à un pâté de maisons écroulées qui flambaient. Au pont de Sakai, qui devait leur permettre de traverser l’eau pour atteindre le champ de manoeuvre, ils virent que tout le quartier, de l’autre côté de la rivière, n’était plus qu’une immense nappe de flammes ; ils n’osèrent pas traverser et décidèrent de se [66] réfugier dans le parc Asano, sur leur gauche. Le Père Kleinsorge, que sa violente crise de diarrhée avait affaibli depuis deux jours, commençait à chanceler sous son fardeau humain qui protestait. Comme il essayait d’escalader les décombres de plusieurs maisons qui bloquaient la route du parc, il trébucha, lâcha M. Fukai et roula cul par-dessus tête jusqu’au bord de la rivière. S’étant ramassé, il aperçut M. Fukai qui s’enfuyait. Le Père Kleinsorge cria à une douzaine de soldats qui se tenaient près du pont de l’arrêter. Et comme, de son côté, il s’apprêtait à courir pour le rattraper, le Père La Salle lui lança :

The street was **cluttered** with parts of houses that had slid into it, and with fallen telephone poles and wires. From every second or third house came the voices of people buried and abandoned, who invariably screamed, with formal politeness, “*Tasukete kure!* Help, if you please!” The priests recognized several ruins from which these cries came as the homes of friends, but because of the fire it was too late to help. All the way, Mr. Fukai whimpered, “Let me stay.” The party turned right when they came to a block of fallen houses that was one flame. At Sakai Bridge, which would take them across to the East Parade Ground, they saw that the whole community on the opposite side of the river was a **sheet** of fire; they dared not cross and decided to take refuge in Asano Park, off to their [38] left. Father Kleinsorge, who had been weakened for a couple of days by his bad case of diarrhea, began to stagger under his protesting burden, and as he tried to climb up over the wreckage of several houses that blocked their way to the park, he stumbled, dropped Mr. Fukai, and plunged down, head over heels, to the edge of the river. When he picked himself up, he saw Mr. Fukai running away. Father Kleinsorge shouted to a dozen soldiers, who were standing by the bridge, to stop him. As Father Kleinsorge started back to get Mr. Fukai, Father LaSalle called out, “Hurry! Don’t waste time!” So Father Kleinsorge just requested the soldiers to take care of Mr. Fukai. They said they would, but the little, broken man got away from them, and the last the priests could see of him, he was run-

«Venga conmigo o morirá».

«Déjeme morir aquí», dijo el señor Fukai. [38]

El padre Kleinsorge comenzó a empujar y a **arrastrar** al señor Fukai para sacarlo de la habitación. Entonces llegó el estudiante de teología, tomó al señor Fukai por los pies y el padre Kleinsorge lo tomó de los hombros, y juntos lo cargaron escaleras abajo. «¡No puedo caminar!», gritó el señor Fukai. «¡Déjenme aquí!» El padre Kleinsorge tomó su maleta de dinero y llevó al señor Fukai a **cuestas**, y el grupo se dirigió a la Plaza de Armas del Oriente, el «área de refugio» de su barrio. Al cruzar el portón el señor Fukai daba golpes de niño pequeño sobre la espalda del padre Kleinsorge y decía: «No me iré. No me iré». El padre Kleinsorge se dio vuelta hacia el padre La Salle y, sin que viniera al caso, le dijo: «Hemos perdido todo lo que teníamos, salvo el sentido del humor».

La calle estaba **atestada** con partes

de casas, con cables y postes de teléfono caídos. Cada dos o tres casas les llegaban las voces de gente enterrada y abandonada que invariablemente gritaba, con cortesía formal: «*Tasukete kure!* ¡Auxilio, si son tan amables!». Los sacerdotes reconocieron varias ruinas: eran hogares de amigos, pero debido al fuego era ya demasiado tarde para ayudar. Durante todo el camino el señor Fukai se quejaba: «Dejen que me quede». El grupo dobló a la derecha al llegar a una manzana de casas caídas que formaba una gran llamarada. En el puente Sakai, que les permitiría cruzar hacia la Plaza de Armas del Oriente, vieron que la comunidad entera del otro lado del río era una **cortina** de fuego; no se atrevieron a cruzar y decidieron refugiarse en el parque Asano, a su izquierda. El padre Kleinsorge, que en los últimos días se había sentido debilitado por la diarrea, comenzó a trastabillar bajo el peso de su quejumbrosa carga, y, mientras intentaba escalar los destrozados de varias casas que bloqueaban su camino al parque, se tropezó, dejó caer al señor Fukai, y se fue de bruces contra el borde del río. Cuando logró levantarse, [39] vio al señor Fukai escapar corriendo. El padre Kleinsorge llamó a doce soldados que estaban junto al puente para que detuvieran a aquel hombre. Cuando comenzó a regresar para buscar al señor Fukai, lo llamó el padre La Salle: «¡Apúrese! ¡No pierda tiempo!». Así que el padre Kleinsorge se limitó a pedirle a los soldados que cuidaran del señor Fukai. Dijeron que lo harían, pero el destrozado hombrecito logró escapar, y la última vez que los sacerdotes lo vieron estaba

—Venga conmigo o morirá».

El señor Fukai respondió: —Déjeme morir aquí.

El sacerdote comenzó a tironear para arrastrar al señor Fukai fuera de la habitación. Entonces el estudiante de teología subió y tomó al hombre por los pies, mientras el padre Kleinsorge lo agarraba por los hombros y juntos lo llevaron abajo y después afuera.

—¡No puedo caminar! —gritaba el señor Fukai—. ¡Déjeme aquí! [47]

El padre Weinsorge tomó su maleta con el dinero, cargó al señor Fukai a **sus espaldas**, y todos se encaminaron hacia el Campo de Desfile del Este, la «zona de seguridad» correspondiente a su distrito. Mientras atravesaban el portón, el señor Fukai, como si fuera un niño, comenzó a golpear al padre Kleinsorge en los hombros mientras repetía

—No me iré. No me iré.

El padre Kleinsorge se volvió hacia el padre LaSalle y comentó intempestivamente

—Hemos perdido todos nuestros bienes pero nos queda el sentido del humor.

La calle estaba **sembrada** con trozos

de casas que habían saltado hasta ahí, postes telefónicos y cables caídos. Cada dos o tres casas se oían las voces de gentes enterradas y abandonadas, que invariablemente gritaban, con cortesía formal:

—*Tasukete kure!* «¡Auxilio, por favor!»

Los sacerdotes reconocieron que varias de las ruinas de donde partían estos pedidos eran casas de amigos, pero a causa del fuego ya era muy tarde para ayudar. Todo el camino, el señor Fukai gimoteaba

—Déjenme quedarme...

El grupo dobló hacia la derecha al encontrar toda una manzana de casas derrumbadas ardiendo. En el puente Sakai, que los llevaría hasta el Campo de Desfile del Este, vieron que todo el barrio del otro lado del río era una **sábana** de fuego; no se atrevieron a cruzar y decidieron refugiarse en el parque Asano, hacia la izquierda. El padre Kleinsorge, debilitado por dos días de seria diarrea, comenzó a vacilar bajo su gimoteante carga, y cuando intentaba encaramarse a los escombros de un grupo de casas que obstruían su camino hacia el parque, tropezó, dejó caer al señor Fukai, y rodó como un ovillo, a la orilla del río. Cuando pudo [48] levantarse, vio que el señor Fukai huía. El padre Kleinsorge le gritó a un grupo de soldados que había junto al puente para que lo detuviesen. Mientras emprendía el regreso para buscar al señor Fukai, el padre LaSalle le gritó:

—¡Pronto! ¡No pierda tiempo!

De modo que el sacerdote pidió a los soldados que cuidasen del señor Fukai. Dijeron que así lo harían pero el hombrecito vencido se libró de ellos, y lo último que vio el sacerdote fue que corría de vuel-

retournait en courant vers les flammes.
[67]

M. Tanimoto, terrifié à la pensée de sa famille et de sa chapelle, s'était d'abord élancé, dans l'idée de les rejoindre en prenant au plus court, par la grande route d© Koï. Il était le seul à s'enfoncer dans la ville ; les centaines et les centaines de gens qu'il croisait, fuyaient et il n'était pas un des fugitifs qui ne semblât avoir été atteint de quelque manière. Certains avaient les sourcils littéralement calcinés et la peau pendait de leur visage et de leurs mains. D'autres, sous l'effet de la souffrance, avançaient les bras levés, comme portant quelque chose à deux mains. Il en était qui vomissaient en marchant. Beaucoup étaient nus ou n'étaient plus vêtus que de lambeaux de vêtements. Sur certains corps ainsi dénudés, les brûlures s'étaient inscrites en motifs - dessinant les épaulettes d'un gilet de dessous, ou des bretelles ; et sur la peau de certaines femmes (étant donné que l'IP blanc repoussait la chaleur dégagée par la bombe, tandis que le noir l'absorbait et servait de conducteur), les fleurs imprimées sur les kimonos. Beaucoup aussi, blessés eux-mêmes, soutenaient des parents plus grièvement atteints. Presque tous avançaient la tête basse, regardant [68] droit devant eux, se taisant et montrant des visages dénués d'expression.

Après avoir traversé le pont de Koi et le pont de Kannon, sans cesser un instant de courir, M. Tanimoto s'aperçut., à mesure qu'il s'approchait du centre, que toutes les maisons étaient comme écrasées et que beaucoup d'entre elles brûlaient. Les arbres étaient à nu, les troncs carbonisés. Il tenta en plusieurs points de pénétrer parmi les ruines, mais chaque fois fut arrêté par les flammes. Sous les restes de quantité de maisons, les gens appelaient au secours, mais personne ne s'occupait d'eux ; en règle générale, ce jour-là, les survivants ne se portèrent à l'aide que de parents ou de voisins immédiats, car il leur était impossible d'embrasser par l'esprit, voire même simplement de tolérer, l'idée d'un cercle de souffrances plus étendu. Les blessés passaient en boitant devant ces cris ; et M. Tanimoto, lui, passait en courant. En tant que chrétien, il se sentait rempli de compassion pour les malheureux pris au piège ; en tant que Japonais, il combattait sous la honte d'être intact dans son corps et il pria tout en courant : « Dieu vienne en aide aux malheureux et les arrache à ces flammes ! » [69]

Il s'était dit qu'en prenant sur la gauche, il tournerait l'incendie. Il revint, toujours courant, au pont de Kannon et suivit sur une certaine distance le bord de la rivière. Il tenta de s'enfoncer dans plusieurs rues transversales, mais les trouva toutes bloquées ; il finit donc par tourner loin sur sa gauche et courut jusqu'à Yokogawa, gare sur une ligne de chemin de fer qui faisait le tour de la ville en un large demi-cercle et il suivit la voie ferrée jusqu'à ce qu'il tombât sur un train en flammes. L'étendue du désastre l'avait, à ce point de sa course, si impressionné, qu'il remonta en courant vers le nord, jusqu'à Gion, à plus de trois kilomètres de là (Lion étant un fau-

ning back toward the fire.

MR. TANIMOTO, fearful for his family and church, at first ran toward them by the shortest route, along, Koi Highway. He was the only person making his way into the city; he met hundreds and hundreds who were fleeing, and every one of them seemed to be hurt in some way. The eyebrows of some were burned off and skin hung from their faces and hands. Others, because of pain, held their arms up as if carrying something in both hands. Some were vomiting as they walked. Many were naked or in shreds of clothing. On some undressed bodies, the burns had made patterns—of undershirt straps and suspenders and, on the skin of some women (since white repelled the heat from the bomb [39] and dark clothes absorbed it and conducted it to the skin), the shapes of flowers they had had on their kimonos. Many, although injured themselves, supported relatives who were worse off. Almost all had their heads bowed, looked straight ahead, were silent, and showed no expression whatever.

After crossing Koi Bridge and Kannon Bridge, having run the whole way, Mr. Tanimoto saw, as he approached the center, that all the houses had been crushed and many were afire. Here the trees were bare and their trunks were charred. He tried at several points to penetrate the ruins, but the flames always stopped him. Under many houses, people screamed for help, but no one helped; in general, survivors that day assisted only their relatives or immediate neighbors, for they could not comprehend or tolerate a wider circle of misery. The wounded limped past the screams, and Mr. Tanimoto ran past them. As a Christian he was filled with compassion for those who were trapped, and as a Japanese he was overwhelmed by the shame of being unhurt, and he prayed as he ran, "God help them and take them out of the fire."

He thought he would skirt the fire, to the left. He ran back to Kannon Bridge and followed for a distance one of the rivers. He tried several cross streets, but all were blocked, so he turned far left and ran out to Yokogawa, a station on a railroad line that detoured the city in a wide semicircle, and he followed the rails until he came to a burning train. So impressed was he by this time by the extent of the damage that he ran [40] north two miles to Gion, a suburb in

corriendo hacia el fuego.

El señor Tanimoto, temiendo por su familia y su iglesia, corrió hacia ellos por la ruta más corta: la autopista Koi. Era la única persona que entraba a la ciudad; se cruzó con cientos y cientos que escapaban de ella, y cada uno parecía estar herido de alguna forma. Algunos tenían las cejas quemadas y la piel les colgaba de la cara y de las manos. Otros, debido al dolor, llevaban los brazos levantados en el aire, como si cargaran algo en ambas manos. Algunos iban vomitando. Muchos iban desnudos o en harapos. Sobre algunos cuerpos desnudos, las quemaduras habían dibujado patrones: tiras de ropa interior y suspensorios, y, sobre la piel de algunas mujeres — puesto que el blanco reflejaba el calor de la bomba y el negro lo absorbía y lo conducía a la piel— se veían las formas de las flores de sus kimonos. A pesar de sus heridas, muchos ayudaban a los parientes que peor estaban. Casi todos inclinaban la cabeza, mirando al frente y en silencio, sin expresión alguna en el rostro.

Tras cruzar el puente Koi y el puente Kannon, después de haber corrido todo el camino, el señor Tanimoto vio al aproximarse al centro que todas las casas habían sido aplastadas y muchas estaban en llamas. Los árboles no tenían hojas y sus troncos estaban carbonizados. El señor Tanimoto trató en diversos puntos de [40] penetrar las ruinas, pero las llamas siempre lo detuvieron. Bajo muchas casas la gente pedía ayuda a gritos, pero nadie ayudaba; en general, los supervivientes ayudaban a sus familiares o vecinos más próximos, porque no podían ni tolerar ni comprender un círculo de miseria más amplio. Los heridos pasaban cojeando junto a los gritos, y el señor Tanimoto pasó corriendo junto a ellos. Como cristiano, se sintió lleno de compasión por los que estaban atrapados, y como japonés se sintió abrumado por la vergüenza de estar ileso, y rezaba mientras corría: «Dios los ayude y los saque del fuego».

Pensó que bordearía el fuego por la izquierda. Corrió de vuelta al puente Kannon y durante un tramo siguió el recorrido de uno de los ríos. Ensayó varias calles transversales, pero todas estaban bloqueadas; así que dobló a la izquierda y empezó a correr hacia Yokogawa, una estación sobre una línea ferroviaria que le daba la vuelta a la ciudad en un amplio semicírculo, y siguió los rieles hasta llegar a un tren incendiado. Para entonces estaba tan impresionado por la vastedad del daño que corrió más de tres kilóme-

ta hacia el fuego.

El señor Tanimoto, temeroso por su familia y su iglesia, corrió al principio por la ruta más corta, por la carretera de Koi. Era la única persona que se dirigía hacia la ciudad; encontró cientos y cientos que huían de ella, y todos parecían estar heridos de alguna forma. Las cejas de algunos estaban quemadas, y la carne les colgaba de la cara y las manos. Otros, a causa del dolor, tenían los brazos en alto, como si llevaran algo en ambas manos. Algunos vomitaban mientras avanzaban. Muchos estaban desnudos, o en harapos. En algunos cuerpos desnudos, las quemaduras habían dejado huellas de breteles y sostenes, y, en los cuerpos de algunas mujeres (ya que el blanco rechazaba el calor de la bomba mientras que las ropas oscuras lo absorbían y lo conducían hacia la piel), las formas de las flores estampadas en sus quimonos. Muchos, aunque heridos ellos mismos, sostenían a sus parientes que se encontraban peor. Casi todos llevaban las cabezas bajas y miraban fijamente hacia adelante, silenciosos y sin expresión alguna.

Después de cruzar los puentes Koi y Kannon, y habiendo corrido todo el tiempo, el señor Tanimoto vio, al aproximarse al centro, todas las casas destruidas, y muchas de ellas en llamas. Los árboles sin hojas mostraban los troncos chamuscados. En [49] varios puntos trató de penetrar en las ruinas, pero las llamas se lo impidieron siempre. Desde bajo muchas casas, la gente gritaba pidiendo ayuda, pero nadie hacía caso; en general, ese día los sobrevivientes asistieron sólo a sus parientes o a sus vecinos más próximos, porque no podían comprender o tolerar un círculo más amplio de desdicha. Los heridos caminaban cojeando, pasando por alto los gritos, y el señor Tanimoto corría pasándolos a ellos. Como cristiano, se sentía lleno de compasión por los que estaban atrapados, y como japonés lo embargaba la vergüenza de estar ileso, y mientras corría rogaba:

—Dios, ayúdalos y sácalos del fuego.

Pensó que hacia la izquierda evitaría el fuego. Volvió hacia el puente Kannon y siguió durante un trecho el curso de uno de los ríos. Intentó pasar a varias calles transversales pero todas estaban bloqueadas, de modo que dobló a la izquierda y corrió hacia Yokogawa, estación de la línea ferroviaria que rodeaba la ciudad en amplio semicírculo, y siguió las vías hasta llegar a un tren incendiado. Tan impresionado estaba por la extensión del daño, que corrió hacia el norte dos millas hasta Gion, un suburbio al pie de las

bourg situé au pied des collines). Tout le long du chemin, il dépassa des gens affreusement brûlés et déchirés et, tourmenté par son remords patriotique, il se tournait à droite et à gauche, sans s'arrêter, disant à tel ou tel d'entre eux : « Pardonnez-moi de ne pas porter ma part de votre fardeau ». Près de Gion, il commença à rencontrer des gens de la campagne qui faisaient route vers la ville pour porter secours. L'apercevant, ils s'écrièrent : « Regardez ! En voici un qui n'est pas blessé ! » A Gion, il prit en direction de la [70] rive droite de la rivière principale, l'Ota, et courut jusqu'au bord de l'eau, où il retrouva l'incendie. Il n'y avait pas de flammes sur l'autre rive, ce qui fit que, dépouillant sa chemise et ses chaussures, il plongea dans l'eau. Parvenu au milieu de la rivière, où le courant était assez fort, l'épuisement et la peur finirent par avoir le dessus -- il avait fait en courant une douzaine de kilomètres - et perdant tout ressort, il sentit que les eaux l'entraînaient. Il pria : « Je vous supplie, mon Dieu, aidez-moi à toucher l'autre bord. Ce serait trop bête de périr noyé quand je suis le seul à ne pas être blessé. » Il réussit à faire encore quelques brasses et prit pied sur une langue de sable, en aval.

Il escalada la berge et la longea en courant jusqu'au moment où, près d'un temple shintoïste, il se heurta encore à l'incendie. Comme il tournait sur la gauche, dans l'espoir de trouver une issue, il rencontra, par une chance incroyable, sa femme. Elle portait dans ses bras leur bébé. Tanimoto était parvenu à un tel degré d'épuisement émotif, que plus rien ne pouvait le surprendre. Il n'embrassa pas sa femme ; il se borna à dire : « Oh! vous êtes sauve! » Elle lui raconta qu'elle était arrivée chez eux, après avoir passé la nuit à Ushida, juste à temps pour l'explosion, et qu'elle avait été ensevelie sous le presbytère avec l'enfant dans ses bras. Elle lui dit comment les décombres avaient pesé sur elle, comment le bébé avait crié. Elle avait vu une faible crevasse de lumière et, en tendant la main, elle avait réussi à agrandir le trou, petit à petit. Au bout d'une demi-heure, environ, elle avait entendu et reconnu le crépitement du bois qui brûlait. Enfin, l'ouverture avait été assez grande pour qu'elle parvint à y faire passer l'enfant, en le poussant, puis à se hisser en rampant à son tour. Elle ajouta qu'elle retournait maintenant à Ushida. M. Tanimoto lui répondit qu'il voulait voir où en était sa chapelle et s'occuper des gens de son Association de Quartier. Ils se séparèrent aussi fortuitement, aussi hébétés, qu'ils s'étaient retrouvés.

Le chemin qu'avait pris M. Tanimoto pour contourner l'incendie le fit traverser le Champ de Manoeuvre de l'Est qui, zone d'évacuation, était à présent le théâtre d'une horrible parade : blessés ensanglantés et brûlés par files entières. Les brûlés gémissaient : a Mizu, mizu ! A boire, à boire ! » M. Tanimoto, ayant trouvé un [72] baquet dans unie rue proche et repéré un robinet qui fonctionnait encore dans la carcasse écrabouillée

the foothills. All the way, he overtook dreadfully burned and lacerated people, and in his guilt he turned to right and left as he hurried and said to some of them, "Excuse me for having no burden like yours." Near Gion, he began to meet country people going toward the city to help, and when they saw him, several exclaimed, "Look! There is one who is not wounded." At Gion, he bore toward the right bank of the main river, the Ota, and ran down it until he reached fire again. There was no fire on the other side of the river, so he threw off his shirt and shoes and plunged into it. In mid-stream, where the current was fairly strong, exhaustion and fear finally caught up with him—he had run nearly seven miles—and he became limp and drifted in the water. He prayed, "Please, God, help me to cross. It would be nonsense for me to be drowned when I am the only uninjured one." He managed a few more strokes and fetched up on a spit downstream.

Mr. Tanimoto climbed up the bank and ran along it until, near a large Shinto shrine, he came to more fire, and as he turned left to get around it, he met, by incredible luck, his wife. She was carrying their infant daughter. Mr. Tanimoto was now so emotionally worn out that nothing could surprise him. He did not embrace his wife; he simply said, "Oh, you are safe." She told him that she had got home from her night in Ushida just in time for the explosion; she had been buried under the parsonage with the baby in her arms. She told how the wreckage had pressed down on her, [41] how the baby had cried. She saw a **chink** of light, and by reaching up with a hand, she worked the hole bigger, bit by bit. After about half an hour, she heard the crackling noise of wood burning. At last the opening was big enough for her to push the baby out, and afterward she crawled out herself. She said she was now going out to Ushida again. Mr. Tanimoto said he wanted to see his church and take care of the people of his Neighborhood Association. They parted as casually—as bewildered—as they had met.

gruesome horrible, grisly, disgusting, horripilante, tétrico, lúgubre

Mr. Tanimoto's way around the fire took him across the East Parade Ground, which, being an evacuation area, was now the scene of a **gruesome** review: rank on rank of the burned and bleeding. Those who were burned moaned, "Mizu, mizu! Water, water!" Mr. Tanimoto found a basin in a nearby street and located a water tap that still worked in the

tros hacia el norte, hacia Gion, un suburbio al pie de las colinas. Durante todo el camino se cruzó con gente terriblemente quemada y lacerada, y era tanta su culpa que se volteaba a derecha y a izquierda para decirles: «Perdonen que no lleve una carga como la suya». Cerca de Gion empezó a encontrar gente de campo que se dirigía a la ciudad para prestar su ayuda y que al verlo exclamaron: «¡Miren! Uno que no está herido». En Gion, se abrió paso hacia la orilla derecha del río principal, el Ota, y siguió su curso hasta encontrar incendios de nuevo. No había fuego en el otro lado del río, así que se quitó la camisa y los zapatos y se zambulló. A medio camino, donde era más fuerte la corriente, el cansancio y el miedo le dieron alcance —había corrido unos once kilómetros—, y su cuerpo se volvió flácido y se dejó llevar por el agua. «Por [41] favor, Dios, ayúdame a cruzar», rezó. «Sería absurdo que me ahogara, yo que soy el único que no está herido.» Dio unas brazadas más y logró llegar a un banco de arena río abajo.

El señor Tanimoto subió por el banco de arena y lo bordeó hasta que encontró fuego de nuevo, junto a un templo Shinto; al darse vuelta para flanquearlo se topó, en un golpe de suerte increíble, con su esposa. Ella llevaba a su niña en brazos. El señor Tanimoto estaba emocionalmente tan agotado que nada podía sorprenderlo. No abrazó a su esposa; simplemente le dijo: «Ah, estás a salvo». Ella le contó que había regresado de Ushida justo a tiempo para la explosión; había quedado enterrada bajo la parroquia con el bebé en sus brazos. Contó cómo los destrozos la habían aplastado, cómo había llorado la niña. Había visto una **grieta** de luz y con una mano la alcanzó y la fue agrandando poco a poco. Después de una media hora, le llegó el chisporroteo de la madera quemándose. Al fin logró ampliar la apertura lo suficiente para sacar al bebé, y enseguida salió también ella, arrastrándose. Dijo que ahora se dirigía de nuevo a Ushida. El señor Tanimoto dijo que quería ver su iglesia y ayudar a la gente de la Asociación de Vecinos. Se separaron tan casualmente —y tan perplejos— como se habían encontrado.

La ruta que siguió el señor Tanimoto alrededor del fuego lo llevó a la Plaza de Armas del Oriente, la cual, al ser una zona de evacuación, era ahora escenario de una situación **truculenta**: fila tras fila de quemados y ensangrentados. Los quemados gemían: «Mizu, mizu! ¡Agua, agua!». El señor Tanimoto encontró un tazón en una calle vecina y localizó una llave de agua que todavía funcionaba en la estructu-

colinas. Todo el camino se cruzó con gente espantosamente quemada y lacerada, y, lleno de remordimiento, se volvía a derecha e izquierda mientras corría, diciéndoles a algunos de ellos:

—Perdonadme por no tener una carga como la vuestra.

Cerca de Gion, comenzó a encontrar campesinos que iban hacia la ciudad para ayudar, y, al verlo, varios exclamaron:

—¡Miren! Hay uno que no está herido...

En Gion se dirigió a la orilla derecha del río principal, el Ota, y corrió hasta volver a toparse con el fuego. No había incendio del otro lado del [50] río, de modo que se quitó camisa y zapatos y se zambulló en el agua. En la mitad, donde la corriente era regularmente fuerte, el cansancio y el temor —había corrido unas siete millas— hicieron crisis. Debilitado, se abandonó en el agua. Rogó:

—¡Por favor, Dios, ayúdame a cruzar! Sería una tontería que me ahogue puesto que soy el único ileso.

Dio unas cuantas brazadas más y trepó a un banco de arena.

El señor Tanimoto corrió a lo largo de este banco, cerca de un gran templo sintoísta, se enfrentó con más fuego, y al volverse hacia la izquierda para rodearlo encontró, por increíble azar, a su esposa. Esta llevaba al hijo de ambos. Para entonces el señor Tanimoto estaba tan agotado emocionalmente, que nada podía sorprenderlo. No abrazó a su esposa; dijo sencillamente:

—Oh, estás a salvo...

Ella le contó que regresaba de Ushida justamente antes de la explosión. Había quedado enterrada en la rectoría con el niño en brazos. Contó cómo la había aplastado el derrumbe, cómo lloró el bebé. Alcanzó a divisar un **hilo** de luz, y extendiendo una mano logró agrandar el agujero, poco a poco. Después de media hora más o menos, oyó el ruido chirriante de la madera que se quema. Por lo pronto, el agujero ya era lo suficientemente grande como para sacar al niño por él, y después de hacerlo emergió ella misma. Dijo que ahora volvía a Ushida. El señor Tanimoto manifestó que deseaba ver su iglesia y asistir a la gente de su Asociación Vecinal. Se separaron con tanta indiferencia —y azoramiento— como se habían encontrado.

El paso del señor Tanimoto en la zona del incendio lo llevó a través del Campo de Desfile del Este, que, al ser zona de evacuación, era ahora escena [51] río de un **horripilante** espectáculo: masas y masas de gente quemada y sangrante. Los quemados gemían

Mizu, mizu! «¡Agua, agua!»

El señor Tanimoto encontró una palangana en una calle cercana, localizó una espita que aún funcionaba entre las

d'une maison, entreprit d'apporter de l'eau à ces inconnus qui souffraient. Lorsqu'il eut donné à boire à une trentaine d'entre eux, il se rendit compte qu'il perdait trop de temps. « Excusez-moi, dit-il d'une voix forte à ceux qui, tout près, tendaient les mains vers lui et criaient leur soif, nombreux sont ceux qui attendent mes soins. » Puis il s'en fut en courant. Il retourna au bord de la rivière, son baquet à la main et sauta sur un banc de sable. Là, il vit des centaines de gens si mal en point, qu'il leur était impossible de fuir plus loin la cité en flammes. Quand ces gens aperçurent un homme valide et indemne, la même plainte recommença. « *Mizu, mizu, mizu, mizu* ». M. Tanimoto n'y put résister; il alla chercher de l'eau à la rivière, qu'il leur distribuait --- erreur de sa part, l'eau étant saumâtre, du fait de la marée. Deux ou trois petits bateaux traversaient la rivière, transportant les blessés du parc Asano. Quand l'un d'eux accosta au banc de sable, M. Tanimoto réitéra de la même voix forte son petit discours d'excuses et sauta à bord. Il se trouva ainsi atteindre le parc. Là, parmi [73] les broussailles, il retrouva certains des gens de son Association de Quartier, dont il avait la responsabilité et qui s'étaient rendus en cet endroit conformément à ses instructions précédentes; il retrouva aussi de nombreuses connaissances, entre autres le Père Kleinsorge et les autres membres de la communauté catholique. Mais Fukai, qui était un de ses amis intimes, manquait. « Où est Fukai ? » demanda-t-il. »

« Il n'a pas voulu venir avec nous, répondit le Père Kleinsorge. Il s'est sauvé et il retourne là-bas. »

Quand Mlle Sasaki entendit les voix de ceux qui étaient pris avec elle parmi les ruines de la fabrique d'étain, elle se mit à leur parler. Sa plus proche voisine, à ce qu'elle découvrit, était une étudiante requise pour le travail en usine et qui lui déclara avoir la colonne vertébrale brisée. Mlle Sasaki répliqua : « Je suis coincée et je ne peux pas remuer. J'ai la jambe gauche sectionnée. »

Un peu plus tard, elle entendit à nouveau [74] qu'on marchait au-dessus d'elle, puis qu'on allait d'un côté, et enfin que l'inconnu, quel qu'il fût, entreprenait de déblayer. L'homme qui piochait dégagea plusieurs personnes, et quand il eut délivré l'étudiante, elle s'aperçut qu'elle n'avait pas la colonne vertébrale brisée, en fin de compte, et sortit en rampant des décombres. Mlle Sasaki appela le sauveteur et il se mit à l'oeuvre, en direction de l'endroit où elle était. Il débaya un grand nombre de bouquins et parvint à creuser un tunnel jusqu'à elle. Elle vit un visage ruisselant de sueur en même temps que l'homme disait : « Sortez de là, mademoiselle ». Elle essaya. « Je ne peux pas remuer, dit-elle. L'homme creusa encore un peu et lui dit d'essayer à nouveau, de toutes ses forces. Mais les livres pesaient lourdement sur les hanches de la jeune fille; finalement,

crushed shell of a house, and he began carrying water to the suffering strangers. When he had given drink to about thirty of them, he realized he was taking too much time. "Excuse me," he said loudly to those nearby who were reaching out their hands to him and crying their thirst. "I have many people to take care of" Then he ran away. He went to the river again, the basin in his hand, and jumped down onto a sandspit. There he saw hundreds of people so badly wounded that they could not get up to go farther from the burning city. When they saw a man erect and unhurt, the chant began again: "*Mizu, mizu, mizu*." Mr. Tanimoto could not resist them; he carried them water from the river—a mistake, [42] since it was tidal and brackish. Two or three small boats were ferrying hurt people across the river from Asano Park, and when one touched the spit, Mr. Tanimoto again made his loud, apologetic speech and jumped into the boat. It took him across to the park. There, in the underbrush, he found some of his charges of the Neighborhood Association, who had come there by his previous instructions, and saw many acquaintances, among them Father Kleinsorge and the other Catholics. But he missed Fukai, who had been a close friend. "Where is Fukai-san?" he asked.

"He didn't want to come with us," Father Kleinsorge said. "He ran back."

BEN MISS SASAKI heard the voices of the people caught along with her in the dilapidation at the tin factory, she began speaking to them. Her nearest neighbor, she discovered, was a high-school girl who had been drafted for factory work, and who said her back was broken. Miss Sasaki replied, "I am lying here and I can't move. My left leg is cut off."

Some time later, she again heard somebody walk overhead and then move off to one side, and whoever it was began **burrowing**. The digger released several people, and when he had uncovered the high-school girl, she found that her back was not broken, after all, and she crawled out. Miss Sasaki spoke to the rescuer, and he worked toward her. He pulled away a great number of books, until he had made a tunnel to her. She could see his perspiring face as he said, "Come [43] out, Miss." She tried. "I can't move," she said. The man excavated some more and told her to try with all her strength to get out. But books were heavy on her hips, and the

ra aplastada de una casa, y comenzó a llevar agua a los desconocidos. Cuando hubo dado de beber a unos treinta de ellos, se percató de que aquello le tomaba demasiado tiempo. «Discúlpeme», dijo en voz alta a los que ya alargaban [42] la mano hacia él gritando de sed. «Tengo mucha gente que cuidar.» Entonces fue de nuevo al río, con el tazón en la mano, y saltó a un banco de arena. Allí vio a cientos de personas tan gravemente heridas que no podían ponerse de pie para alejarse de la ciudad en llamas. Cuando veían a un hombre ileso y erguido, el canto comenzaba de nuevo: «*Mizu, mizu, mizu*». El señor Tanimoto no podía soportarlo; les llevó agua del río, lo cual fue un error, pues eran aguas turbias y salobres. Dos o tres botes pequeños llevaban a los heridos a través del río desde el parque Asano, y, cuando uno de ellos llegó al banco de arena, el señor Tanimoto pronunció de nuevo su discurso arrepen-tido y se subió al bote. En el parque, entre la maleza, encontró a varios de sus cargos de la Asociación de Vecinos, que habían llegado allí siguiendo sus instrucciones, y vio a muchos conocidos, entre ellos el padre Kleinsorge y los demás católicos. Pero echó en falta a Fukai, que había sido un buen amigo suyo. «¿Dónde está Fukai-san?»

«No ha querido venir con nosotros», dijo el padre Kleinsorge. «Se ha regresado.»

Quando la señorita Sasaki escuchó las voces de quienes estaban atrapados con ella en las ruinas de la fábrica de estaño, empezó a hablarles. Descubrió que su vecino más próximo era una joven estudiante de bachillerato que había sido preparada para trabajos de fábrica, y que decía tener la espalda rota. La señorita Sasaki repuso: «Yo no me puedo mover. Me han amputado la pierna izquierda.»

Poco tiempo después volvió a oír que alguien caminaba por encima, enseguida se movía hacia un lado y —quien quiera que fuese— empezaba a **escarbar**. El excavador liberó a varias personas, y cuando hubo descubierto a la estudiante, ella descubrió [43] que su espalda no estaba rota, y que podía arrastrarse hacia fuera. La señorita Sasaki le habló al socorrista, y él empezó a abrirse paso hacia ella. Quitó una buena cantidad de libros hasta que logró abrir un túnel. Ella vio entonces la cara sudorosa que le dijo: «Salga, señorita». Lo intentó. «No puedo moverme», dijo. El hombre excavó un poco más y le dijo que intentara salir con todas sus fuerzas. Pero los libros sobre sus caderas eran muy pesados, y el hombre acabó por

ruinas de una casa, y se dedicó a llevar agua a los sufrientes desconocidos. Cuando ya había dado de beber a unos treinta de ellos, se dio cuenta de que estaba perdiendo mucho tiempo.

—Discúlpeme —dijo en voz alta a los que estaban cerca y extendían las manos hacia él gritando su sed—. Tengo que atender a mucha gente.

Luego se fue. Se dirigió nuevamente al río, con la palangana en la mano y saltó al banco de arena. Allí vio a cientos de personas tan gravemente heridas que no podían levantarse para alejarse de la ciudad en llamas. Cuando vieron un hombre erguido y sano, el cántico empezó otra vez:

—*Mizu, mizu, mizu*.

El señor Tanimoto no pudo resistirse; les llevó agua del río... lo que era un error, ya que era agua de marea y salobre. Dos o tres botes pequeños trasportaban gente herida a través del río desde el parque Asano, y cuando uno tocó el banco de arena el señor Tanimoto volvió a hacer su discurso apologetico, y saltó al bote. Este lo llevó atravesando el parque. Allí, en las malezas, encontró a algunos de sus protegidos de la Asociación Vecinal que habían venido aquí siguiendo sus propias instrucciones previas y vio a muchos conocidos, entre ellos el padre Kleinsorge y los otros sacerdotes católicos. Pero echó de menos a Fukai, de quien había sido muy amigo.

—¿Dónde está Fukai-san? —preguntó.

—No quiso venir con nosotros —respondió el padre Kleinsorge—. Se volvió. [52]

Quando la señorita Sasaki oyó las voces de la gente atrapada junto con ella en el derrumbe de la fábrica de hojalata, comenzó a hablarles. Su vecina más cercana, según descubrió, era una chica de la escuela secundaria que había sido reclutada para el trabajo de fábrica, y que dijo tener la espalda rota. La señorita Sasaki respondió:

—Yo estoy acostada aquí y no me puedo mover. Tengo la pierna izquierda cortada.

Algún tiempo después volvió a oír que alguien caminaba encima y que luego se movía hacia un lado; quienquiera que fuese, comenzó a **excavar**. Este excavador liberó a varias personas, y cuando destapó a la escolar, ésta comprobó que su espalda no estaba rota después de todo, y reptó hacia afuera. La señorita Sasaki habló al salvador, y él trabajó en dirección a ella. Sacó un gran número de libros, hasta que hizo un túnel. Ella pudo ver su cara transpirada mientras le decía:

—Salga, señorita.

Lo intentó.

—No puedo moverme —expresó—. El hombre continuó excavando y le dijo que tratase con toda sus fuerzas de salir de allí. Pero los libros le pesaban sobre las caderas, y fi-

l'homme se rendit compte qu'une armoire prenait appui sur les bouquins et qu'un gros madrier reposait de tout son poids sur le meuble. « Attendez, dit-il je vais chercher une traverse. »

Il se passa un long temps avant que l'homme revînt, de fort mauvaise humeur, comme si le triste sort de la jeune fille était sa faute à elle. « Il n'y a personne pour [75] vous aider ! cria-t-il par le tunnel. Il faut vous débrouiller toute seule pour sortir. »

« Je ne peux pas, dit-elle. Ma jambe gauche... » L'homme était parti.

Ce fut bien plus tard que plusieurs hommes survinrent, qui tirèrent Mlle Sasaki de sa prison. Sa jambe gauche n'était pas sectionnée ; elle n'était que douloureusement brisée, les chairs tailladées, et pendait **de travers** à partir du genou. Les hommes la portèrent dans la cour. Il pleuvait. On l'assit à même le sol sous la pluie. L'averse croissant en force, quelqu'un dit à tous les blessés de chercher asile dans les abris de l'usine. Venez, dit à la jeune fille une femme qui n'était qu'une déchirure, vous n'avez qu'à sauter à cloche-pied. » Mais Mlle Sasaki ne pouvait bouger, et elle resta sous la pluie, à attendre. Puis un homme **étaya** contre le mur une grande plaque de tôle ondulée de façon à former une sorte d'auvent, à l'abri duquel il porta la jeune fille dans ses bras. Elle en ressentit pour lui de la gratitude jusqu'au moment où l'homme revint avec deux blessés - une femme qui avait un sein complètement arraché et un homme dont le visage brûlé n'était que chair à vif [76] qu'il installa à ses côtés, sous l'abri rudimentaire. Ensuite, plus personne. La pluie cessa ; le ciel restait couvert ; l'après-midi était horriblement chaud. La nuit n'était pas encore tombée, que les trois grotesques, sous leur toit de tôle oblique et tordu, commençaient à exhaler l'infection.

L'ancien chef de l'Association de Quartier de Nobori-cho, à laquelle étaient rattachés les prêtres catholiques, était un homme énergique, du nom de Yoshida. Il s'était vanté, lorsqu'il avait eu la charge de la D. P. du secteur, de ce que le feu pourrait bien dévorer tout Hiroshima, jamais il ne toucherait à Nobori-cho. La bombe jeta bas sa maison, et une solive le cloua lui-même au sol, lui paralysant les jambes, bien en vue de la maison des jésuites, en face, et des gens qui se hâtaient de fuir dans la rue. Dans la confusion de la panique, Mme Nakamura et ses enfants, le Père Kleinsorge, M. Fukai sur le dos, le remarquèrent à peine ; il n'était qu'un des vagues éléments du brouillard de souffrance au milieu [77] duquel tous ces gens se mouvaient. Ses appels au secours restèrent sans réponse ; tant d'êtres appelaient, qu'on ne pouvait les entendre séparément. Comme les autres, Mme

man finally saw that a bookcase was leaning on the books and that a heavy beam pressed down on the bookcase. "Wait," he said. "I'll get a **crowbar**."

The man was gone a long time, and when he came back, he was ill-tempered, as if her plight were all her fault. "We have no men to help you!" he shouted in through the tunnel. "You'll have to get out by yourself."

"That's impossible," she said. "My left leg..." The man went away.

Much later, several men came and dragged Miss Sasaki out. Her left leg was not severed, but it was badly broken and cut and it hung **askew** below the knee. They took her out into a courtyard. It was raining. She sat on the ground in the rain. When the downpour increased, someone directed all the wounded people to take cover in the factory's air-raid shelters. "Come along," a **torn-up** woman said to her. "You can hop." But Miss Sasaki could not move, and she just waited in the rain. Then a man **propped up** a large sheet of **corrugated** iron as a kind of lean-to, and took her in his arms and carried her to it. She was grateful until he brought two horribly wounded people—a woman with a whole breast **sheared off** and a man whose face was all raw from a burn—to share the simple shed with her. No one came back. The rain cleared [44] and the cloudy afternoon was hot; before nightfall the three grotesques under the slanting piece of twisted iron began to smell quite bad.

THE FORMER head of the Nobori-cho Neighborhood Association to which the Catholic priests belonged was an energetic man named Yoshida. He had boasted, when he was in charge of the district air-raid defenses, that fire might eat away all of Hiroshima but it would never come to Nobori-cho. The bomb blew down his house, and a **joist pinned** him by the legs, in full view of the Jesuit mission house across the way and of the people hurrying along the street. In their confusion as they hurried past, Mrs. Nakamura, with her children, and Father Kleinsorge, with Mr. Fukai on his back, hardly saw him; he was just part of the general blur of misery through which they moved. His cries for help brought no response from them; there were so many people shouting for help that they

ver que una estantería se inclinaba sobre los libros y una viga pesada hacía presión sobre la estantería. «Espere», dijo entonces. «Voy a buscar una **palanca**.»

El hombre estuvo ausente un buen tiempo, y estaba de mal humor cuando regresó, como si la situación de la señorita Sasaki fuera culpa de ella. «¡No tenemos personal para ayudarla!», le gritó a través del túnel. «Tendrá que arreglárselas usted misma para salir.»

«Es imposible», dijo ella. «Mi pierna izquierda...» Pero el hombre ya se había ido.

Mucho después, varios hombres llegaron y la arrastraron fuera. Su pierna izquierda no había sido amputada, pero tenía cortes graves y colgaba, **torcida**, de la rodilla hacia abajo. La llevaron a un patio. Llovía. Ella se sentó sobre la tierra, bajo la lluvia. Cuando empezó a llover más fuerte, alguien dio instrucciones a los heridos para que se protegieran en los refugios antiaéreas de la fábrica. «Venga», le dijo una mujer **desgarrada**. «Puede caminar con un solo pie.» Pero la señorita Sasaki no podía moverse, y se limitó a esperar en medio de la lluvia. Entonces un hombre **apoyó** una gran lámina de hierro **corrugado** sobre la pared para utilizarla como cobertizo, y tomó a la señorita Sasaki en brazos y la llevó hasta allí. Ella le estuvo agradecida hasta que el hombre trajo también a dos personas horriblemente heridas —una mujer a la cual le había sido **arrancado un seno** y un hombre [44] cuya cara estaba en carne viva por una quemadura— para que compartieran la cabaña con ella. Nadie regresó. Cesó la lluvia, la tarde nublada era caliente; antes del anochecer, los tres grotescos personajes bajo el trozo de hierro inclinado empezaron a oler bastante mal.

El antiguo jefe de la Asociación de Vecinos de Nobori-cho a la cual pertenecían los sacerdotes católicos era un hombre energético llamado Yoshida. Cuando estaba a cargo de las defensas antiaéreas del barrio, se había jactado de que el fuego podría consumir toda Hiroshima pero no llegaría nunca a Nobori-cho. La bomba echó su casa abajo, y una **viga** sobre sus piernas **lo dejó paralizado** con una vista perfecta hacia la casa de la misión jesuita y hacia la gente que pasaba deprisa por la calle. En medio de la confusión, la señora Nakamura, sus niños y el padre Kleinsorge con el señor Fukai a cuestas, estuvieron a punto de no verlo al pasar; Yoshida era apenas una parte del borroso escenario de miseria a través del cual se movían. Sus gritos de auxilio no obtuvieron respuesta; había tanta gente pidiendo auxilio a gritos, que el grupo no

nalmente el hombre vio que una estantería estaba caída sobre los libros y que sobre la estantería había una pesada viga.

—Espere —le dijo—. Conseguiré una **palanca**.

El hombre tardó un largo rato en volver, y cuando lo hizo estaba de mal humor, como si la situación en que se encontraba la señorita Sasaki fuera exclusivamente culpa de ella.

—¡No tenemos hombres para ayudarla! — gritó por el túnel—. Tendrá que salir por sus propios medios.

—Es imposible —dijo ella—. Mi pierna izquierda...

El hombre se fue. [53]

Mucho tiempo después, vinieron varios hombres y sacaron a la señorita Sasaki. Su pierna izquierda no estaba cortada, pero sí gravemente fracturada y herida y colgaba inerte desde debajo de la rodilla. La llevaron a un patio. Llovía. Se sentó en el suelo bajo la lluvia. Cuando el chaparrón arreciaba, alguien ordenó a todos los heridos que se refugiaban en los cobertizos antiaéreos de la fábrica.

—Venga —le dijo una mujer **herida**—. Puede caminar a saltos.

Pero la señorita Sasaki no podía moverse, y esperó bajo la lluvia. Luego un hombre **enderezó** una gran chapa de hierro _____, formando con ella una especie de cobertizo, la tomó en brazos y la llevó hasta allí. Ella se sintió agradecida hasta que el hombre condujo allí a dos personas horriblemente heridas —una mujer con todo un **pecho cortado** y un hombre con la cara en carne viva a causa de las quemaduras — para que compartiesen con ella el precario refugio. Nadie volvió. La lluvia cesó y la tarde nublada se tornó más cálida; antes del crepúsculo los tres grotescos personajes de bajo la chapa de hierro retorcido comenzaron a oler mal.

El anterior presidente de la Asociación Vecinal de Nobori-chico, a la que pertenecían los sacerdotes católicos, era un hombre energético llamado Yoshida. Se había jactado, cuando estuvo a cargo de las defensas antiaéreas del distrito, de que el fuego podía consumir a toda Hiroshima, pero que nunca llegaría a Nobori-chico. La bomba derrumbó su casa, y una **viga** lo **atrapó** por las piernas; podía ver claramente la casa de la Misión jesuítica al otro lado de la calle, y la gente corriendo para ponerse a salvo. En la confusión, mientras pasaban apurados la señora Nakamura con sus hijos, y el padre Kleinsorge con el señor Fukai a la espalda, apenas lo vieron: formaba parte de la desdicha general a través de la cual se movían. Sus gritos pidiendo auxilio no encontraron respuesta; había tanta gente pidiendo auxilio que era imposible oírlo

Nakamura et le Père Kleinsorge allèrent leur chemin. Nobori-cho devint absolument désert, et l'incendie fit rage. M. Yoshida vit la maison de la mission, qui était en bois - et le seul bâtiment qui demeurât debout dans le quartier flamber comme une boîte d'allumettes, tandis que la chaleur qui le frappait au visage devenait terrifiante. Puis le feu traversa la rue et pénétra dans sa maison. Au comble de la terreur, il trouva la force de se dégager et se mit à courir le long des avenues de Nobori-cho, cerné par le feu dont il avait dit qu'il ne passerait jamais. Du coup, il fut métamorphosé sur-le-champ en vieillard; deux mois plus tard, ses cheveux étaient tout blancs.

Le docteur Fujii se tenait enfoncé dans l'eau de la rivière jusqu'au cou, pour éviter la chaleur torride de (incendie). Cependant, [78] le vent s'était mis à souffler de plus en plus fort; bientôt, et si étroit que fût en ce point le bras du delta, les vagues montèrent si haut que les gens sous le pont eurent du mal à ne pas perdre pied. Le docteur Fujii se rapprocha de la berge, s'accroupit et se cramponna de son bras valide à une grosse pierre. Peu après, il devint impossible de guérir, fût-ce tout près du bord; le docteur Fujii et ses deux infirmières survivantes remontèrent la rive jusqu'à quelque deux cents mètres de là - jusqu'à une étendue de sable non loin du parc Asano. De nombreux blessés étaient couchés là. Il y avait notamment le docteur Machii et sa famille; sa fille, qui était dehors lors de l'explosion de la bombe, avait de fortes brûlures aux mains et aux jambes; mais par bonheur le visage était épargné. Bien que son épaule lui fit alors terriblement mal, le docteur Fujii examina, non sans curiosité, les brûlures de la jeune fille. Puis il se coucha. En dépit de tant de misère qui l'entourait, il avait honte de sa tenue et il fit observer au docteur Machii qu'il avait conscience de ressembler à un mendiant, vêtu qu'il était de ses seuls sous-vêtements en loques et tachés de sang. Tard dans (après-midi, quand le feu commença [79] à diminuer, il décida de pousser jusqu'à la maison de ses parents, dans le faubourg de Nagatsuka. Il demanda au docteur Machii de se joindre à lui, mais le docteur répondit que sa famille et lui passeraient la nuit sur la lagune, à cause des blessures de sa fille. Le docteur Fujii, suivi de ses infirmières, se rendit donc d'abord à pied à Ushida où, dans la demeure en partie détruite de parents à lui, il retrouva du matériel de pansements sommaires qu'il y avait entreposé. Les deux infirmières soignèrent ses blessures, puis lui, soigna les leurs. Ils se remirent en route. La plupart des gens ne marchaient plus dans les rues, maintenant; on les voyait assis ou couchés sur la chaussée, vomissant, attendant la mort, mourant. Le nombre de cadavres que l'on rencontrait sur la route de Nagatsuka tenait d'un mystère qui s'épaississait au fur et à mesure qu'on avançait. Le docteur se demandait: Est-ce que vraiment, une corbeille de

could not hear him separately. They and all the others went along. Nobori-cho became absolutely deserted, and the fire swept through it. Mr. Yoshida saw the wooden mission house—the only erect building in the area—go up in a lick of flame, and the heat was terrific on his face. Then flames came along his side of the street and entered his house. In a paroxysm of terrified strength, he freed himself and ran down the alleys of Nobori-cho, **hemmed in** by the fire he had said would never come. He began at once to behave like an old man; two months later his hair was white. [45]

AS DR. Fujii stood in the river up to his neck to avoid the heat of the fire, the wind blew stronger and stronger, and soon, even though the expanse of water was small, the waves grew so high that the people under the bridge could no longer keep their footing. Dr. Fujii went close to the shore, crouched down, and embraced a large stone with his usable arm. Later it became possible to wade along the very edge of the river, and Dr. Fujii and his two surviving nurses moved about two hundred yards upstream, to a **sandspit** near Asano Park. Many wounded were lying on the sand. Dr. Machii was there with his family; his daughter, who had been outdoors when the bomb burst, was badly burned on her hands and legs but fortunately not on her face. Although Dr. Fujii's shoulder was by now terribly painful, he examined the girl's burns curiously. Then he lay down. In spite of the misery all around, he was ashamed of his appearance, and he remarked to Dr. Machii that he looked like a beggar, dressed as he was in nothing but torn and bloody underwear. Later in the afternoon, when the fire began to subside, he decided to go to his parental house, in the suburb of Nagatsuka. He asked Dr. Machii to join him, but the Doctor answered that he and his family were going to spend the night on the spit, because of his daughter's injuries. Dr. Fujii, together with his nurses, walked first to Ushida, where, in the partially damaged house of some relatives, he found first-aid materials he had stored there. The two nurses bandaged him and he them. They went on. Now not [46] many people walked in the streets, but a great number sat and lay on the pavement, vomited, waited for death, and died. The number of corpses on the way to Nagatsuka was more and more **puzzling**. The Doctor wondered: Could a Molotov flower basket have

pudo escucharlo a él por separado. Igual que ellos, los demás siguieron su camino. Nobori-cho quedó absolutamente desierto, barrido por el fuego. El señor Yoshida vio la misión de madera —el único edificio erguido de la zona— arder en una llamarada, y sintió un calor terrible en la cara. Entonces las llamas llegaron por su lado de la calle y entraron a su casa. En un paroxismo de fuerza aterrorizada se liberó y corrió por los callejones de Nobori-cho, **encerrado** por el fuego que, según había dicho, no llegaría nunca. Comenzó de inmediato a comportarse como un anciano. Dos meses después, su pelo estaba completamente blanco. [45]

Mientras el doctor Fujii permanecía con el agua al cuello para evitar el calor del fuego, el viento empezó a soplar con más y más fuerza, y muy pronto, aunque la extensión de agua no era demasiado amplia, las olas crecieron tanto que a la gente bajo el puente le fue difícil conservar el equilibrio. El doctor Fujii se acercó a la orilla, se agachó y abrazó una piedra grande con su brazo útil. Después fue posible caminar por el borde del río, y el doctor Fujii, con sus dos enfermeras sobrevivientes, se desplazó poco menos de doscientos metros río arriba, hasta un **banco de arena** cerca del parque Asano. Muchos heridos yacían sobre la arena. El doctor Machii y su familia estaban allí; su hija, que estaba fuera de casa cuando estalló la bomba, tenía graves quemaduras en las manos y piernas, pero no en la cara, por fortuna. Aunque el hombro le dolía cada vez más, el doctor Fujii examinó con curiosidad las heridas de la joven. Después se recostó. A pesar de la miseria que lo rodeaba, lo avergonzaba su facha, y le comentó al doctor Machii que vestido así, con su ropa interior rasgada y ensangrentada, parecía un mendigo. Más tarde, cuando el fuego empezó a ceder, decidió ir a casa de sus padres, en el suburbio de Nagatsuka. Le pidió al doctor Machii que lo acompañara, pero éste respondió que su familia y él pasarían la noche en el banco de arena, debido a las heridas de su hija. El doctor Fujii llegó caminando a Ushida junto con sus enfermeras, y encontró materiales de primeros auxilios en la casa, parcialmente dañada, de unos familiares. Las enfermeras lo vendaron; él las vendó a ellas. Continuaron su camino. Ahora no había demasiada gente caminando por las calles, pero muchos aparecían sentados o acostados sobre el pavimento, vomitando, esperando la muerte, muriendo. El número de cadáveres en el camino a Nagatsuka era mayor y más **inquietante**. El doctor se preguntaba: ¿es posible que una canasta Molotov

a él separadamente. Ellos y todos los otros pasaron de largo. Nobori-cho quedó absolutamente desierto, y el fuego reptó a través de sus calles. El señor Yoshida vio la casa de madera de la Misión —único edificio de la zona en pie— inflamarse en una sola llamarada, y el calor fue terrible en su cara. Entonces las llamas llegaron hasta su vereda y entraron en su casa. En el paroxismo del terror, sacó fuerzas y corrió por los callejones de Nobori-cho, **acosado** por el fuego que él había dicho que nunca llegaría. Inmediatamente comenzó a comportarse como un viejo; dos meses más tarde tenía el pelo blanco.

Mientras el doctor Fujii estaba en el río con el agua al cuello para evitar el calor del fuego, el viento sopló cada vez con más fuerza, y pronto, aun cuando el caudal de agua era pequeño, las olas se hicieron tan altas que la gente ya no podía hacer pie bajo el puente. El doctor Fujii se acercó a la playa, se agachó y con el brazo sano se aferró a una gran piedra. Más tarde fue posible vadear la orilla del río, y el doctor Fujii y sus dos enfermeras sobrevivientes se movieron unos doscientos metros aguas arriba, hasta un **banco de arena** cerca del parque Asano. Muchos heridos yacían en la arena. Allí estaba el doctor Machii con su familia: la hija, que se encontraba fuera de la casa cuando estalló la bomba, tenía quemaduras graves en las manos y en las piernas, pero afortunadamente no en la cara. Aunque para entonces al doctor Fujii le dolía terriblemente el hombro, examinó con curiosidad las quemaduras de la chica. Luego se recostó. A pesar del caos que lo rodeaba, estaba avergonzado [55] de su apariencia, y le hizo notar al doctor Machii que parecía un mendigo, vestido como estaba con sólo ropa interior raída y ensangrentada. Más tarde, cuando el fuego comenzó a ceder, decidió dirigirse a casa de sus padres, en el suburbio de Nagatsuka. Le pidió al doctor Machii que lo acompañase, pero éste respondió que él y su familia pensaban quedarse a pasar la noche en el banco de arena, a causa de las heridas de la hija. El doctor Fujii, juntamente con sus enfermeras, caminó hasta Ushida, donde, en la casa dañada a medias de unos parientes, encontró materiales de primeros auxilios guardados allí. El y las enfermeras se vendaron mutuamente. Continuaron camino. Ahora no había mucha gente caminando por las calles, pero un gran número yacía en el pavimento, sentados o acostados, vomitando, esperaban la muerte, y morían. El número de cadáveres en el camino a Nagatsuka era cada vez más **desconcertante**. El doctor se preguntaba si una «canastilla de flores Molotov» podía

fleurs Molotov avait pu faire tant de mal?

Le docteur Fujii atteignit sa demeure familiale dans la soirée. Elle était à huit kilomètres du centre de la ville : le toit s'était écroulé à l'intérieur de la maison, tous les carreaux des fenêtres étaient en miettes. [80]

Tout le jour, les gens ne cessèrent d'affluer dans le parc Asano. Cette propriété privée se trouvait assez loin du centre de l'explosion pour que ses bosquets de bambous, de pins, de lauriers et d'érables fussent encore debout et que cette verdure fût une invite aux réfugiés - en partie parce qu'ils avaient la conviction que si les Américains revenaient, ils ne bombarderaient que les maisons ; en partie parce que le feuillage leur apparaissait comme un pôle de fraîcheur et de vie; et en partie aussi (à en croire certains) à cause d'un instinct irrésistible, d'un atavisme qui les poussait à se mettre à l'abri sous des arbres. Mme Nakamura et ses enfants furent parmi les premiers arrivés et s'installèrent dans le massif de bambous qui bordait la rivière. Tous quatre avaient très soif et burent à même l'eau courante. Ils eurent aussitôt la nausée et se mirent à vomir; la nausée ne les quitta pas de la journée. Il en alla de même pour d'autres ; tous s'imaginèrent (probablement à cause [81] de la forte odeur d'ionisation, de ce cc relent d'électricité » que laissait l'action désintégrant de la bombe) que ce qui les rendait malades, c'était un gaz projeté par les Américains. Quand le Père Kleinsorge et les autres prêtres arrivèrent dans le parc, saluant d'un signe de tête leurs amis en passant. les Nakamura étaient tous malades et prostrés. Une femme, du nom d'Isawaki, voisine de la mission et assise non loin des Nakamura, se leva pour demander aux prêtres si mieux valait rester où elle était ou les suivre. Le Père Kleinsorge lui répondit : cc Je ne sais pas très bien moi-même où l'on est le plus en sûreté. » Elle resta donc où elle était, et plus tard dans la journée, bien qu'elle ne portât aucune trace visible de blessure, mourut. Les prêtres continuèrent quelque temps au bord de la rivière et s'installèrent parmi les fourrés. Le Père La Salle s'étendit et s'endormit aussitôt. L'étudiant en théologie, qui était chaussé de pantoufles, avait emporté avec lui un baluchon de vêtements où il avait emballé deux paires de chaussures en cuir. Lorsqu'il se fut assis avec les autres, il s'aperçut clac le baluchon s'était défait, clac deux chaussures en étaient tombées en route et qu'il ne lui [82] restait plus que deux

done all this?

Dr. Fujii reached his family's house in the evening. It was five miles from the center of town, but its roof had fallen in and the windows were all broken.

ALL DAY, people poured into Asano Park. This private estate was far enough away from the explosion so that its bamboos, pines, laurel, and maples were still alive, and the green place invited refugees—partly because they believed that if the Americans came back, they would bomb only buildings; partly because the foliage seemed a center of coolness and life, and the estate's exquisitely precise rock gardens, with their quiet pools and arching bridges, were very Japanese, normal, secure; and also partly (according to some who were there) because of an irresistible, atavistic urge to hide under leaves. Mrs. Nakamura and her children were among the first to arrive, and they settled in the bamboo grove near the river. They all felt terribly thirsty, and they drank from the river. At once they were nauseated and began vomiting, and they retched the whole day. Others were also nauseated; they all thought (probably because of the strong odor of ionization, an "electric smell" given off by the bomb's fission) that they were sick from a gas [47] the Americans had dropped. When Father Kleinsorge and the other priests came into the park, nodding to their friends as they passed, the Nakamuras were all sick and prostrate. A woman named Iwasaki, who lived in the neighborhood of the mission and who was sitting near the Nakamuras, got up and asked the priests if she should stay where she was or go with them. Father Kleinsorge said, "I hardly know where the safest place is." She stayed there, and later in the day, though she had no visible wounds or burns, she died. The priests went farther along the river and settled down in some underbrush. Father LaSalle lay down and went right to sleep. The theological student, who was wearing slippers, had carried with him a bundle of clothes, in which he had packed two pairs of leather shoes. When he sat down with the others, he found that the bundle had broken open and a couple of shoes had fallen out and now he had only two lefts. He re-

cause todo esto? [46]

El doctor Fujii llegó a la casa de su familia al atardecer. La casa estaba a ocho kilómetros del centro de la ciudad, pero su techo se había caído y todos los cristales estaban rotos.

La gente siguió llegando en tropel al parque Asano durante todo el día. Esta propiedad privada estaba a una buena distancia de la explosión, y sus bambúes, pinos, laureles y arces se habían mantenido con vida, y un lugar verde como ése era una invitación para los refugiados: en parte porque creían que si regresaban los norteamericanos bombardearían sólo edificios; en parte porque el follaje parecía un centro de frescura y vida, y los jardines de piedra, de una precisión exquisita, con sus silenciosas piscinas y sus puentes arqueados, eran muy japoneses, normales, seguros; y en parte debido a una urgencia irresistible y atávica de estar debajo de hojas. La señora Nakamura y sus hijos estuvieron entre los primeros en llegar, y se instalaron en el bosquecillo de bambú cerca del río. Todos estaban sedientos, y bebieron agua del río. De inmediato sintieron náuseas y comenzaron a vomitar, y todo el día sufrieron arcadas. Otros tuvieron náuseas también; pensaron (probablemente debido al fuerte olor de la ionización, un «olor eléctrico» producido por la fisión de la bomba) que era un gas lanzado por los norteamericanos lo que los hacía sentirse enfermos. Cuando el padre Kleinsorge y los otros sacerdotes llegaron al parque, saludando a sus amigos al pasar, los Nakamura estaban enfermos y abatidos. Una mujer llamada Iwasaki, que vivía en la vecindad de la misión y estaba sentada cerca de los Nakamura, se levantó y preguntó a los sacerdotes si debía quedarse donde estaba o ir con ellos. El padre Kleinsorge dijo: «No sé cuál sea el lugar más seguro». Ella se quedó donde estaba; más tarde, aunque no tenía ni heridas ni quemaduras visibles, murió. [47] Los sacerdotes avanzaron junto al río y se acomodaron entre unos arbustos. El padre La Salle se recostó e inmediatamente se quedó dormido. El estudiante de teología, que llevaba sus sandalias puestas, había traído consigo un atado de ropas en el cual había empacado dos pares de zapatos de cuero. Cuando se sentó con los demás, se percató de que el atado se había roto y dos zapatos se habían perdido: ahora sólo le quedaban los dos

haber hecho todo eso.

El doctor Fujii llegó a casa de su familia por la noche. Distaba cinco millas del centro de la ciudad, pero el techo se había hundido y todas las ventanas estaban rotas.

Durante todo el día la gente se volcó en el parque Asano. Esta propiedad privada estaba bastante lejos del lugar de la explosión, de modo que los bambúes, los pinos, los laureles y los plátanos vivían aún, y el verdor del lugar invitaba a los refugiarlos... en parte porque éstos creían que si los norteamericanos regresaban, bombardearían sólo los edificios; en parte porque el follaje parecía un centro de frescura y vida, y los exquisitamente delineados jardines de rocas, con sus quietos estanques y sus puentes curvados, eran muy japoneses, normales, seguros; y también en parte (según [56] algunos de los que estaban allí) a causa de un impulso atávico e irresistible de esconderse bajo el follaje. La señora Nakamura y sus hijos se contaban entre los primeros en llegar, y se afincaron en la enramada de bambúes cercana al río. Todos tenían mucha sed y bebieron del agua del río. En el acto sintieron náuseas, comenzaron a vomitar y tuvieron arcadas todo el día. Había otras personas también presas de náuseas; todos pensaron (probablemente a causa del fuerte olor de ionización, un «olor eléctrico» producido por la fisión de la bomba) que estaban descompuestos a causa de un gas arrojado por los norteamericanos. Cuando el padre Kleinsorge y los otros sacerdotes llegaron al parque, saludando a sus amigos a medida que los encontraban, los Nakamura estaban todos enfermos y postrados. Una mujer llamada Isawaki, que vivía en la cercanía de la misión y que estaba sentada cerca de los Nakamura, se levantó y les preguntó a los sacerdotes si debía quedarse donde estaba o ir con ellos. El padre Kleinsorge contestó:

—Ni siquiera sé cuál es el lugar más seguro.

La mujer se quedó donde estaba, y ese mismo día, aunque no presentaba heridas o quemaduras visibles, murió. Los sacerdotes siguieron remontando—, el río y se detuvieron junto a unas malezas. El padre LaSalle se acostó y quedó dormido. El estudiante de teología, que usaba zapatillas, llevaba consigo un atado de ropa en el cual había incluido dos pares de zapatos de cuero. Cuando se sentó con los otros, descubrió que el atado se había abierto y que habían caídos dos zapatos, quedándole ahora otros dos, ambos del pie izquierdo. Volvió sobre sus

pieds gauches. Il refit une partie du chemin et retrouva un pied droit. A son retour, il dit : « C'est **drôle**, plus rien n'a d'importance. Hier, ces chaussures étaient ce que j'avais de plus précieux. 5 Aujourd'hui cela m'est égal. Je me contente d'une seule paire. »

Le Père Cieslik dit de son côté : a Je sais. J'ai commencé par vouloir emporter mes livres, et puis je me suis dit : Ce n'est pas le moment de penser à ses bouquins. »

Quand M. Tanimoto, son baquet toujours à la main, arriva au parc, celui-ci était encombré d'une grande foule, et il était bien difficile de distinguer les morts des vivants, car la plupart des gens, couchés, ne bougeaient pas, les yeux grands ouverts. Pour le Père Kleinsorge, homme 20 d'Occident, le silence dans ces **bosquets** au bord de la rivière, où des centaines d'êtres atrocement blessés confondaient leurs souffrances, fut l'un des traits les plus effroyables, les plus épouvantables 25 de son expérience. Ceux qui avaient mal, se taisaient; personne ne pleurait, ou ne criait de douleur encore moins; pas une plainte; de tous ceux qui succombèrent, pas un seul ne mourut bruyamment; les 30 enfants mêmes étaient muets; très peu de gens parlaient, [83] simplement. Et quand le Père Kleinsorge donna à boire à certains blessés dont le visage disparaissait presque sous les brûlures, ils burent chacun à leur tour, puis se soulevant légèrement, lui firent une petite révérence pour le remercier.

M. Tanimoto salua les prêtres, puis 40 regarda autour de lui, en quête de visages amis. Il reconnut Mme Matsumoto, la femme du directeur de l'école méthodiste, et lui demanda si elle avait soif. Elle lui dit que oui; il alla donc lui 45 chercher de l'eau dans son baquet à l'un des petits lacs de la rocaille du parc. Puis il décida d'essayer de pousser jusqu'à sa chapelle. Suivant le chemin que les prêtres avaient parcouru dans leur 50 fuie devant l'incendie, il s'engagea dans Nobori-chu; il n'alla pas loin: l'incendie faisait tellement rage dans les rues, qu'il lui fallut **rebrousser** chemin. Il descendit jusqu'à la berge et se mit en quête d'une embarcation qui lui permit de transporter de l'autre côté de la rivière certains des blessés les plus graves, de façon à les éloigner du parc Asano et du feu qui gagnait. Il 60 tomba bientôt sur un bateau de plaisance, à fond plat et de bonne taille, échoué sur la rive; mais à l'intérieur et autour de la barque, un spectacle horrible [84] s'offrit à ses yeux: cinq 65 cadavres d'hommes, presque nus, terriblement brûlés et qui avaient dû expirer là, plus ou moins du même coup, car leurs attitudes suggéraient qu'ils

traced his steps and found one right. When he rejoined the priests, he said, "It's funny, but things don't matter any more. Yesterday, my shoes were my most important possessions. Today, I don't care. One pair is enough."

Father Cieslik said, "I know. I started to bring my books along, and then I thought, 'This is no time for books.'"

When Mr. Tanimoto, with his basin still in his hand, reached the park, it was very crowded, and to distinguish the living from the dead was not easy, for most of the people lay still, with their eyes open. To [48] Father Kleinsorge, an Occidental, the silence in the **grove** by the river, where hundreds of **gruesomely** wounded suffered together, was one of the most **dreadful** and **awesome** phenomena of his whole experience. The hurt ones were quiet; no one wept, much less screamed in pain; no one complained; none of the many who died did so noisily; not even the children cried; very few people even spoke. And when Father Kleinsorge gave water to some whose faces had been almost **blotted out** by flash burns, they took their **share** and then raised themselves a little and bowed to him, in thanks.

Mr. Tanimoto greeted the priests and then looked around for other friends. He saw Mrs. Matsumoto, wife of the director of the Methodist School, and asked her if she was thirsty. She was, so he went to one of the **pools** in the Asano rock gardens and got water for her in his **basin**. Then he decided to try to get back to his church. He went into Nobori-cho by the way the priests had taken as they escaped, but he did not get far; the fire along the streets was so fierce that he had to **turn back**. He walked to the riverbank and began to look for a boat in which he might carry some of the most severely injured across the river from Asano Park and away from the **spreading** fire. Soon he found a good-sized pleasure punt drawn up on the bank, but in and around it was an awful **tableau**—five dead men, nearly naked, badly burned, who must have expired more or less all at once, for they were in attitudes which suggested that they had been working together [49] to push the boat down

izquierdos. Volvió sobre sus pasos y encontró uno derecho. Cuando regresó junto a los sacerdotes, dijo: «Es **gracioso** ver que las cosas ya no importan. Hasta ayer, estos zapatos fueron mis pertenencias más apreciadas. Hoy, ya no me importan. Un par es suficiente».

El padre Cieslik dijo: «Lo sé. Yo empecé a empacar mis libros, y después me dije: 'Éste no es momento para libros'».

Cuando llegó el señor Tanimoto, todavía con su tazón en la mano, el parque estaba repleto de gente y no era fácil distinguir a los vivos de los muertos, pues la mayoría tenían los ojos abiertos y estaban inmóviles. Para un occidental como el padre Kleinsorge, el silencio en el **bosquecillo** junto al río, donde cientos de personas **gravemente** heridas sufrían juntas, fue uno de los fenómenos más **atrocés** e **imponentes** que jamás había vivido. Los heridos guardaban silencio; nadie lloraba, mucho menos gritaba de dolor; nadie se quejaba; de los muchos que murieron, ninguno murió ruidosamente; ni siquiera los niños lloraban; pocos hablaban siquiera. Y cuando el padre Kleinsorge dio a beber agua a algunos cuyas caras **estaban cubiertas** casi por completo por las quemaduras, bebían su **ración** y enseguida se levantaban un poco y hacían una venia de gratitud.

El señor Tanimoto dio la bienvenida a los sacerdotes y miró alrededor, buscando a otros amigos. Vio a la señora Matsumoto, esposa del director de la Escuela Metodista, y le preguntó si tenía sed. Ella dijo que sí, y él le trajo agua en su tazón desde una de [48] las piscinas de los jardines de piedra. Entonces decidió que intentaría regresar a su iglesia. Entró en Nobori-cho por el camino que los sacerdotes habían tomado al escapar, pero no llegó lejos; el fuego en las calles era tan feroz que se vio **obligado a regresar**. Fue a la orilla del río y empezó a buscar un bote en el cual pudiera llevar a los heridos más graves al otro lado, lejos del fuego que seguía **propagándose**. Pronto encontró una batea de buen tamaño arrimada a la arena, pero su interior y sus alrededores formaban una **escena** horrible: allí había cinco hombres casi desnudos y gravemente quemados que debían de haber muerto más o menos al mismo tiempo, porque la posición de sus cuerpos sugería que entre todos habían inten-

pasos y encontró uno del derecho. Cuando se reunió con los sacerdotes, dijo:

—Es **gracioso**, pero los objetos ya no tienen importancia. Ayer, mis zapatos eran mi posesión más [57] preciada. Hoy no me importan. Con un par tengo bastante.

El padre Cieslik replicó:

—Lo sé. Yo empecé a traer conmigo mis libros, y luego pensé: «No hay tiempo para libros.»

Cuando el señor Tanimoto, con la palangana todavía en la mano, llegó al parque, éste estaba muy concurrido y no era fácil distinguir los vivos de los muertos, porque la mayoría de la gente se estaba quieta, con los ojos abiertos. Para el padre Kleinsorge, occidental, el silencio de la **enramada** junto al río, donde cientos de personas **horriblemente** heridas sufrían juntas, fue uno de los más **espantosos** y **desconcertantes** fenómenos de toda su experiencia. Los heridos estaban callados: ninguno lloraba, menos aún gritaban de dolor; nadie se quejaba; ninguno de los hombres que morían lo hacía ruidosamente; ni aun los niños lloraban; muy poca gente hablaba siquiera. Y cuando el padre Kleinsorge les daba agua a algunos cuyos rostros casi **habían perdido** los rasgos por las quemaduras, ellos tomaban su **parte** y luego se incorporaban un poco e inclinaban la cabeza, en agradecimiento.

El señor Tanimoto saludó a los sacerdotes y luego miró alrededor buscando otros amigos. Vio a la señora Matsumoto, esposa del director de la Escuela Metodista, y le preguntó si tenía sed. La señora tenía sed, efectivamente, de modo que el señor Tanimoto fue hasta uno de los estanques de los jardines de Asano y recogió agua para ella en su palangana. Luego decidió volver a su iglesia. Fue a Nobori-chico por el mismo camino tomado por los sacerdotes al escapar, pero no llegó lejos: el incendio en las calles era tan terrible que debió **regresar**. Caminó hasta la orilla del río y comenzó a buscar un bote en el que pudiese llevar algunos de los heridos más graves a través del río desde el parque Asano y lejos del fuego que se **expandía**. Pronto [58] encontró una barca de paseo de buen tamaño encajada en el banco, pero en su interior y alrededores el espectáculo era macabro: cinco hombres muertos, casi desnudos, horriblemente quemados, que debían de haber expirado más o menos juntos, pues su actitud sugería que habían estado trabajando juntos para empujar la barca en el río. El se-

s'étaient employés ensemble à tenter de mettre le bateau à flots. M. Tanimoto enleva les cadavres de la barque, et ce, faisant, il éprouva tant d'horreur à déranger ces morts - à les empêcher, se dit-il, sur le moment, de s'élançer avec leur embarcation pour leur dernier voyage - qu'il dit à voix haute : a Pardonnez-moi de prendre ce bateau. J'en ai absolument besoin pour d'autres, qui sont en vie. » La barque était pesante, mais il parvint tout de même à la pousser dans l'eau. Les rames manquaient ; tout ce qu'il put trouver pour en tenir lieu, ce fut une grosse perche de bambou. Il remonta péniblement le courant jusqu'à la partie la plus encombrée du parc et entreprit de passer les blessés. Il arrivait à les entasser par dix ou douze à chaque passage ; mais la rivière étant trop profonde en son milieu pour qu'il pût naviguer à la perche, il lui fallait pagayer avec son bambou ; ce qui faisait que chaque voyage lui prenait beaucoup de temps. Il peina plusieurs heures de la sorte. [85]

Au début de l'après-midi, le feu gagna les bosquets du parc Asano. Le premier indice qu'en eut M. Tanimoto, ce fut quand, au retour d'un de ses voyages de passeur, il vit qu'un grand nombre de gens s'étaient rapprochés de la rivière. En accostant, il alla se rendre compte sur place, et quand il vit les flammes, il cria : « Que tous les hommes jeunes et valides me suivent ! » Le Père Kleinsorge transporta le Père Schiffer et le Père La Salle tout au bord de l'eau, et, après avoir demandé aux gens qui se trouvaient là de les transférer sur l'autre rive si l'incendie venait trop près, se joignit aux volontaires de M. Tanimoto. Ce dernier dépêcha certains de ses hommes à la recherche de seaux et de baquets, et dit aux autres de battre les fourrés qui brûlaient, de leurs vêtements. Quand seaux et baquets furent là, il organisa la chaîne, à partir de l'un des lacs de la rocaille. Ses gens luttèrent contre le feu durant plus de deux heures, et petit à petit eurent le dessus. Pendant que les hommes de M. Tanimoto s'employaient de la sorte, la foule effrayée se pressait de plus en plus vers la rivière ; finalement, la masse en panique refoula certains des malheureux qui se trouvaient sur le bord [86] jusque dans l'eau. Parmi ceux qui furent ainsi contraints d'entrer dans la rivière et s'y noyèrent, se trouvèrent Mme Matsumoto, de l'école méthodiste, et sa fille.

Quand le Père Kleinsorge revint, après avoir combattu le feu, il trouva que le Père Schiffer perdait toujours du sang et était affreusement pâle. Des Jap-

into the river. Mr. Tanimoto lifted them away from the boat, and as he did so, he experienced such horror at disturbing the dead—preventing them, he momentarily felt, from launching their craft and going on their ghostly way—that he said out loud, “Please forgive me for taking this boat. I must use it for others, who are alive.” The **punt** was heavy, but he managed to slide it into the water. There were no oars, and all he could find for propulsion was a **thick bamboo pole**. He worked the boat upstream to the most crowded part of the park and began to ferry the wounded. He could pack ten or twelve into the boat for each crossing, but as the river was too deep in the center to pole his way across, he had to paddle with the bamboo, and consequently each trip took a very long time. He worked several hours that way.

Early in the afternoon, the fire **swept into** the woods of Asano Park. The first Mr. Tanimoto knew of it was when, returning in his boat, he saw that a great number of people had moved toward the riverside. On touching the bank, he went up to investigate, and when he saw the fire, he shouted, “All the young men who are not badly hurt come with me!” Father Kleinsorge moved Father Schiffer and Father LaSalle close to the edge of the river and asked people there to get them across if the fire came too near, and then joined Tanimoto's volunteers. Mr. Tanimoto sent some to look for buckets and basins and told others to beat the burning underbrush with their clothes; when utensils were at hand, he formed a bucket chain from one of the pools [50] in the rock gardens. The team fought the fire for more than two hours, and gradually defeated the flames. As Mr. Tanimoto's men worked, the frightened people in the park pressed closer and closer to the river, and finally the **mob** began to force some of the unfortunates who were on the very bank into the water. Among those **driven** into the river and **drowned** were Mrs. Matsumoto, of the Methodist School, and her daughter.

When Father Kleinsorge got back after fighting the fire, he found Father Schiffer still bleeding and terribly pale. Some Jap-

tado empujar el bote hacia el río. El señor Tanimoto los alzó y los sacó del bote, y experimentó tal horror por el hecho de molestar a los muertos —impidiéndoles echar su nave al agua y emprender su fantasmal camino que dijo en voz alta: «Por favor, perdonen que me lleve este bote. Lo necesito para ayudar a otros que están vivos». Era una **batea** pesada, pero el señor Tanimoto se las arregló para deslizarla dentro del agua. No tenía remos, y lo único que pudo encontrar para impulsarse fue un **poste seco de bambú**. Llevó el bote río arriba hasta la zona más poblada del parque y empezó a transportar a los heridos. Podía llenar el bote con diez o doce para cada trayecto, pero en el centro el río era demasiado profundo, y el señor Tanimoto se veía obligado a remar con el bambú, por lo cual en cada viaje tardaba mucho tiempo. Así trabajó durante varias horas.

En las primeras horas de la tarde, el fuego **irrumpió** en los bosques del parque Asano. El señor Tanimoto se percató de ello cuando vio desde su bote que mucha gente se había acercado a la orilla. Apenas hubo alcanzado la arena, subió para investigar, y al ver el fuego gritó: «¡Que vengan conmigo todos los hombres que no estén malheridos!». El padre Kleinsorge acercó al [49] padre Schiffer y al padre La Salle a la orilla y le pidió a los demás que los llevaran al otro lado del río si el fuego se acercaba demasiado, y enseguida se unió a los voluntarios de Tanimoto. El señor Tanimoto mandó a algunos en busca de baldes y cuencos y a otros les dijo que golpearan con sus ropas los arbustos incendiados; cuando hubo utensilios a mano, Tanimoto les hizo formar una cadena de baldes desde una de las piscinas del jardín de piedra. El equipo luchó contra el fuego durante más de dos horas, y poco a poco apagaron las llamas. Mientras los hombres del señor Tanimoto trabajaban, en el parque la **gente** atemorizada se acercaba más y más al río, y finalmente la muchedumbre comenzó a empujar al agua a los desafortunados que estaban en la orilla. Entre los que fueron **empujados** al agua y se **ahogaron** estaban la señora Matsumoto, de la Escuela Metodista, y su hija.

Cuando el padre Kleinsorge regresó de apagar el fuego, encontró al padre Schiffer todavía sangrando y terriblemente pálido. Algunos japone-

ñor Tanimoto los alzó y los alejó del bote, y mientras lo hacía experimentó tal horror al molestar a los muertos —al impedirles, sintió momentáneamente continuar su trabajo y seguir de manera fantasmal— que dijo en voz alta:

—Por favor, perdonadme por tomar este bote. Debo utilizarlo para otros que están vivos.

La **embarcación** era pesada, pero se las ingenió para ponerla a flote. No había remos y lo único que pudo encontrar para impulsarla fue una gruesa **pértiga de bambú**. Llevó el bote aguas arriba hasta la parte más concurrida del parque y comenzó a transportar los heridos. En cada cruce podía llevar diez o doce, pero como en su parte media el río era demasiado profundo para usar la pértiga, tenía que remar con ésta, y en consecuencia cada viaje demandaba un tiempo bastante largo. De ese modo trabajó varias horas.

Por la tarde, temprano, el incendio **avanzó** hasta los bosques del parque Asano. La primera noticia que tuvo de ello el señor Tanimoto fue al regresar de una de sus travesías y encontrar un gran número de personas que se había desplazado hacia el río. Al tocar el banco, fue a investigar, y cuando vio el fuego, gritó:

—¡Todos los hombres jóvenes que no estén muy heridos vengan conmigo!

El padre Kleinsorge llevó a los padres Schiffer y LaSalle hasta el río, y les pidió a la gente que los cruzasen si el fuego se acercaba mucho; luego se unió a los voluntarios del señor Tanimoto. Este [59] envió a algunos a buscar cubos y vasijas y ordenó a otros que golpearan las malezas ardientes con sus ropas; cuando los utensilios requeridos estuvieron a mano, formó una cadena de cubos de agua desde uno de los estanques del jardín rocoso. El grupo combatió el fuego durante más de dos horas, y gradualmente venció las llamas. Mientras los hombres del señor Tanimoto trabajaban, la **gente** asustada en el parque se acercaba cada vez más al río, y finalmente la aglomeración comenzó a empujar al agua a algunos de los infortunados que estaban en la misma orilla. Entre los **arrojados** al agua y **ahogados** estaban la señora Matsumoto, esposa del director de la Escuela Metodista, y su hija.

Cuando el padre Kleinsorge volvió después de combatir el fuego encontró al padre Schiffer sangrando todavía y extremadamente pálido. Al-

ponais debout autour de lui le regardaient sans mot dire. Le Père Schiffer murmura à son collègue dans un souffle : « Je ne vaudrais pas mieux que si j'étais mort... - Pas encore, » dit le Père Kleinsorge. Il avait pris avec lui la musette de pansements du docteur Fujii, et il avait remarqué, dans la foule, le docteur Kanda ; il alla trouver ce dernier et lui demanda de bien vouloir soigner les coupures du Père Schiffer. Le docteur Kanda avait vu, parmi les décombres de sa clinique, sa femme et sa fille, mortes ; il était assis la tête entre les mains. « Je ne suis bon à rien, » dit-il. Le Père Kleinsorge renforça le pansement autour de la tête du Père Schiffer, l'aïda à gagner un endroit plus élevé et l'installa de façon qu'il eût la tête haute ; bientôt l'hémorragie diminua.

Ce fut environ à ce moment-là, qu'on entendit le bruit de moteur d'avions qui approchaient. Quelqu'un dans la foule, [87] non loin de la famille Nakamura, cria : « Les voilà qui reviennent nous punir encore ! » Un boulanger, du nom de Nakashima, se dressa et commanda : « Tous ceux qui portent du blanc, ôtez-le ! » Mme Nakamura ôta les blouses de ses enfants, ouvrit son parapluie et fit se rassembler sa petite famille sous lui. Un grand nombre de gens, y compris des brûlés graves, se traînèrent en rampant parmi les buissons où ils restèrent jusqu'à ce que la ronronnement - il s'agissait évidemment d'une reconnaissance, météorologique ou autre se fût éteint.

La pluie commença à tomber. Mme Nakamura garda ses enfants à l'abri du parapluie. Les gouttes devinrent d'une grosseur anormale et quelqu'un cria : « Les Américains nous aspergent de pétrole. Ils vont nous mettre le feu ! » (Ce cri de terreur s'inspirait d'une des théories que l'on se chuchotait de groupe en groupe dans le parc, sur l'étendue du sinistre, savoir : qu'un seul avion, survolant la ville, avait pulvérisé de l'essence et, de façon ou d'autre, y avait mis le feu d'un seul coup, en une seconde.) Mais les gouttes étaient évidemment de l'eau, et au fur et à mesure qu'elles tombaient, le vent se fit de plus en plus violent ; [88] puis soudain - probablement par suite de la prodigieuse convection provoquée par la ville en flammes - un cyclone s'abattit sur le parc. D'énormes arbres s'écrasèrent ; les plus petits étaient déracinés et volaient dans les airs. Plus haut dans le ciel, un invraisemblable cortège d'objets plats tournoyait dans la trompe du cyclone : ferrailles, débris de tôle, papiers, portes, morceaux de nattes. Le Père

nese stood around and stared at him, and Father Schiffer whispered, with a weak smile, "It is as if I were already dead." "Not yet," Father Kleinsorge said. He had brought Dr. Fujii's first-aid kit with him, and he had noticed Dr. Kanda in the crowd, so he sought him out and asked him if he would dress Father Schiffer's bad cuts. Dr. Kanda had seen his wife and daughter dead in the ruins of his hospital; he sat now with his head in his hands. "I can't do anything," he said. Father Kleinsorge bound more bandage around Father Schiffer's head, moved him to a steep place, and settled him so that his head was high, and soon the bleeding diminished.

The roar of approaching planes was heard about this time. Someone in the crowd near the Nakamura family shouted, "It's some Grumman coming to strafe us!" A baker named Nakashima stood up and commanded, "Everyone who is wearing anything white, take it off." Mrs. Nakamura took the blouses off her children, and [51] opened her umbrella and made them get under it. A great number of people, even badly burned ones, crawled into bushes and stayed there until the hum, evidently of a reconnaissance or weather run, died away.

It began to rain. Mrs. Nakamura kept her children under the umbrella. The drops grew abnormally large, and someone shouted, "The Americans are dropping gasoline. They're going to set fire to us!" (This alarm stemmed from one of the theories being passed through the park as to why so much of Hiroshima had burned: it was that a single plane had sprayed gasoline on the city and then somehow set fire to it in one flashing moment.) But the drops were palpably water, and as they fell, the wind grew stronger and stronger, and suddenly—probably because of the tremendous convection set up by the blazing city—a whirlwind ripped through the park. Huge trees crashed down; small ones were uprooted and flew into the air. Higher, a wild array of flat things revolved in the twisting funnels of iron roofing, papers, doors, strips of

ses lo rodeaban, mirándolo fijamente, y el padre Schiffer susurró con una débil sonrisa: «Es como si ya me hubiera muerto». «Todavía no», dijo el padre Kleinsorge. Había traído consigo el botiquín de primeros auxilios del doctor Fujii, y había notado que entre la multitud se encontraba el doctor Kanda, así que lo buscó y le pidió que vendara las heridas del padre Schiffer. El doctor Kanda había visto a su mujer y a su hija muertas en las ruinas del hospital; ahora estaba sentado con la cabeza entre las piernas. «No puedo hacer nada», dijo. El padre Kleinsorge envolvió con más vendas la cabeza del padre Schiffer, lo llevó a un lugar empinado y lo acomodó de manera que su cabeza quedara levantada, y pronto disminuyó el sangrado.

Entonces se oyó el rugido de aviones acercándose. Alguien en la multitud que estaba cerca de la familia Nakamura gritó: «¡Son Grumman que vienen a bombardearnos!». Un panadero llamado [50] Nakashima se puso de pie y ordenó: «Todos los que estén vestidos de blanco, quítense la ropa». La señora Nakamura les quitó las camisas a sus niños, abrió su paraguas y los obligó a meterse debajo. Muchas personas, incluso las que tenían quemaduras graves, se arrastraron bajo los arbustos y allí se quedaron hasta que el murmullo, evidentemente producido por una ronda de reconocimiento o de aviones meteorológicos, acabó por extinguirse.

Comenzó a llover. La señora Nakamura mantuvo a sus niños bajo el paraguas. Las gotas se volvieron demasiado grandes para ser normales, y alguien gritó: «Los norteamericanos están arrojando gasolina. ¡Nos van a quemar!». (Esta alarma nació de una de las teorías que circulaban en el parque acerca de las razones por las cuales Hiroshima había ardido de esa manera: un solo avión había rociado gasolina sobre la ciudad y luego, de alguna forma, le había prendido fuego en un instante.) Pero las gotas eran de agua, evidentemente, y mientras caían el viento sopló con más y más fuerza, y de repente —quizá debido a la tremenda convección generada por la ciudad en llamas— un remolino atravesó el parque. Árboles inmensos fueron derribados; otros, más pequeños, fueron arrancados de raíz y volaron por los aires. En las alturas, un despliegue enloquecido de cosas planas se revolvía dentro del embudo serpenteante: pedazos de un tejado de hierro, papeles,

unos japoneses parados a su alrededor lo miraban, y el padre Schiffer susurró, con sonrisa débil:

—Es como si ya estuviera muerto.

—Todavía no —dijo el padre Kleinsorge. Había traído el botiquín de primeros auxilios del doctor Fujii, y en medio de la multitud había divisado al doctor Kanda, de modo que lo buscó y le pidió que vendase las heridas del padre Schiffer. El doctor Kanda había visto a su esposa y a su hija muertas entre las ruinas de su hospital; ahora estaba sentado con la cabeza en las manos.

—No puedo hacer nada —dijo.

El padre Kleinsorge envolvió más vendas alrededor de la cabeza del padre Schiffer, lo trasladó hasta un terreno escabroso, y lo instaló de modo que tuviese la cabeza alta; pronto la hemorragia disminuyó.

En ese momento se oyó el rugido de aviones que se acercaban. Alguien de entre la muchedumbre cerca de la familia Nakamura gritó: [60]

—¡Son los norteamericanos que vienen a liquidarnos!

Un panadero llamado Nakashima se levantó y ordenó:

—Todo el que lleve algo blanco, sáqueselo.

La señora Nakamura les sacó las blusas a sus hijos, abrió el paraguas y los mandó cobijarse debajo. Un gran número de personas, algunas gravemente quemadas, se arrastró debajo de los arbustos y se quedó allí hasta que la escuadrilla, evidentemente de reconocimiento o de aviones meteorológicos, desapareció.

Comenzó a llover. La señora Nakamura mantuvo a sus chicos bajo el paraguas. Las gotas eran anormalmente grandes, y alguien gritó:

—Los americanos están arrojando gasolina. ¡Nos van a prender fuego!

(Esta alarma surgió de una de las teorías que circulaban por el parque en cuanto a por qué había ardido una extensión tan grande de Hiroshima: decía que un solo avión había arrojado gasolina sobre la ciudad, y que luego se le prendió fuego.) Pero las gotas eran palpablemente de agua, y mientras caían, el viento arreció: repentinamente —quizá a causa de la tremenda convección desatada por la explosión en la ciudad— un remolino fortísimo azotó el parque. Enormes árboles cayeron; los más chicos fueron arrancados de raíz y arrojados por el aire. Allá arriba, una aglomeración de objetos chatos giraba en el remolino: trozos de techumbre de hierro,

Kleinsorge couvrit d'un lambeau d'étoffe les yeux du Père Schiffer, de peur que le blessé, affaibli, n'allât s'imaginer qu'il devenait fou. La tempête balaya Mme Murata, la femme de charge de la mission, qui était assise tout près de la rivière, et la fit rouler en bas de la berge, la précipitant sur un endroit rocheux où l'eau était peu profonde et d'où elle sortit, les pieds nus en sang. Le tourbillon se déplaça ensuite vers le milieu de la rivière, où il pompa une colonne d'eau et finit par s'épuiser.

Après le cyclone, M. Tanimoto recommença à panser des blessés et le Père Kleinsorge demanda à l'étudiant là [89] vissent avec du secours chercher les Pères Schiffer et La Salle. L'étudiant prit place sur la barque de M. Tanimoto et s'éloigna en même temps que ce dernier. Le Père Kleinsorge demanda à Mme Nakamura si elle n'aimerait pas partir pour Nagatsuka avec les prêtres, quand ils arriveraient. Elle lui dit qu'elle avait avec elle des bagages, que ses enfants étaient malades - ils vomissaient encore de temps à autre, de même qu'elle, aussi bien - et qu'elle avait peur, en conséquence, de se mettre en chemin. Le religieux lui dit qu'il pensait que les prêtres du noviciat pourraient revenir la chercher le lendemain, avec une charrette à bras.

Tard dans l'après-midi, alors qu'il prenait pied sur la berge pour s'arrêter quelque temps, M. Tanimoto, à l'énergie et à l'esprit d'initiative duquel nombre de gens avaient fini par s'en remettre, entendit réclamer à manger. Il consulta le Père Kleinsorge, et tous deux décidèrent de retourner en ville, pour aller chercher du riz stocké dans l'abri de l'Association de Quartier de M. Tanimoto et dans celui de la mission. Le Père Cieslik et deux ou trois autres personnes les accompagnèrent. Tout d'abord, lorsqu'ils se retrouvèrent parmi les rangées de maisons [80] fauchées, ils ne surent plus où ils étaient ; le changement était trop brutal, d'une ville qui, le matin même, bourdonnait de ses deux cent quarante-cinq mille vies humaines, en un simple tracé de ruines, dans l'après-midi. L'asphalte des chaussées était encore mou et brûlant, du fait de l'incendie et le fouler n'était guère agréable. Ils ne rencontrèrent qu'une seule personne, une femme, qui leur dit, alors qu'ils passaient : « Mon mari est sous ce tas de cendres, » A la mission, où M. Tanimoto se sépara du groupe, le Père Kleinsorge fut consterné à la vue du bâtiment, complètement rasé. Dans le

matting. Father Kleinsorge put a piece of cloth over Father Schiffer's eyes, so that the feeble man would not think he was going crazy. The gale blew Mrs. Murata, the mission housekeeper, who was sitting close by the river, down the embankment at a shallow, rocky place, and she came out with her bare feet bloody. The vortex moved out onto the river, where it sucked up a waterspout and eventually spent itself.

After the storm, Mr. Tanimoto began ferrying [52] people again, and Father Kleinsorge asked the theological student to go across and make his way out to the Jesuit Novitiate at Nagatsuka, about three miles from the center of town, and to request the priests there to come with help for Fathers Schiffer and LaSalle. The student got into Mr. Tanimoto's boat and went off with him. Father Kleinsorge asked Mrs. Nakamura if she would like to go out to Nagatsuka with the priests when they came. She said she had some luggage and her children were sick—they were still vomiting from time to time, and so, for that matter, was she—and therefore she feared she could not. He said he thought the fathers from the Novitiate could come back the next day with a pushcart to get her.

Late in the afternoon, when he went ashore for a while, Mr. Tanimoto, upon whose energy and initiative many had come to depend, heard people begging for food. He consulted Father Kleinsorge, and they decided to go back into town to get some rice from Mr. Tanimoto's Neighborhood Association shelter and from the mission shelter. Father Cieslik and two or three others went with them. At first, when they got among the rows of prostrate houses, they did not know where they were; the change was too sudden, from a busy city of two hundred and forty—five thousand that morning to a mere pattern of residue in the afternoon. The asphalt of the streets was still so soft and hot from the fires that walking was uncomfortable. They encountered only one person, a woman, who said to them as they passed, "My husband is in those ashes." [53] At the mission, where Mr. Tanimoto left the party, Father Kleinsorge was dismayed to see the building razed. In the garden, on the way

puertas, trozos de esteras. El padre Kleinsorge cubrió con una tela los ojos del padre Schiffer, para que el pobre hombre no creyera que estaba enloqueciendo. El vendaval arrastró por el terraplén a la señora Murata —el ama de llaves de la misión, que estaba sentada cerca del río—, la llevó contra un lugar pando y rocoso, y ella salió del agua con los pies descalzos cubiertos de sangre. El vórtice se trasladó al río, donde absorbió una tromba y eventualmente se extinguió.

Después de la tormenta, el señor Tanimoto comenzó de nuevo a transportar gente, y el padre Kleinsorge le pidió al estudiante [51] de teología que cruzara el río, fuera hasta el noviciado jesuita en Nagatsuka, a unos cinco kilómetros del centro de la ciudad, y pidiera a los sacerdotes del lugar que trajeran ayuda para el padre Schiffer y el padre La Salle. El estudiante subió al bote del señor Tanimoto y partió con él. El padre Kleinsorge preguntó a la señora Nakamura si le gustaría ir a Nagatsuka con los curas cuando ellos vinieran. Ella dijo que tenía demasiado equipaje y que sus niños estaban enfermos —aún vomitaban de vez en cuando, y, para ser exactos, también ella—, y temía por lo tanto que no sería capaz. Él dijo que quizá los padres del noviciado podrían venir a buscarla al día siguiente con un carrito.

Al final de la tarde, cuando pudo quedarse durante un rato en la orilla, el señor Tanimoto —de cuya energía muchos habían llegado a depender— escuchó que había gente suplicando por algo de comer. Consultó con el padre Kleinsorge, y decidieron regresar a la ciudad para traer arroz del refugio de la misión y también de la Asociación de Vecinos. El padre Cieslik y otros dos o tres los acompañaron. Al principio, cuando se vieron entre las filas de casas postradas, no supieron bien dónde se encontraban; el cambio había sido demasiado repentino: de una ciudad activa de doscientos cincuenta mil habitantes en la mañana, a un mero patrón de residuos en la tarde. El asfalto de las calles estaba aún tan caliente y tan blando debido a los incendios, que caminar sobre él resultaba incómodo. Sólo se toparon con una persona, una mujer que les dijo al pasar: «Mi marido está en esas cenizas». Al llegar a la misión —aquí, el señor Tanimoto se separó del grupo—, el padre Kleinsorge sintió consternación al ver el edificio arrasado: En el

papeles, puertas, trozos de esteras. El padre Kleinsorge cubrió los ojos del padre Schiffer con un trozo de género para que no creyese estar enloqueciendo. El viento arrastró a la señora Murata, el ama de llaves de la misión, que estaba sentada muy cerca del río, a un lugar rocoso y poco profundo de donde salió con un pie desnudo sangrando. El remolino se desplazó hacia [61] el río, donde absorbió mucha agua, y finalmente se disipó.

Después de la tormenta, el señor Tanimoto siguió transportando gente y el padre Kleinsorge le pidió al estudiante de teología que tratara de llegar hasta el Noviciado jesuítico de Nagatsuka, a unas tres millas del centro de la ciudad, para pedirle a los sacerdotes que viniesen a prestar ayuda a los padres Schiffer y LaSalle. El estudiante subió a la embarcación del señor Tanimoto y se fue con él. El padre Kleinsorge le preguntó a la señora Nakamura si le gustaría ir a Nagatsuka con los sacerdotes, cuando éstos viniesen. Ella contestó que tenía algún equipaje y que sus hijos estaban enfermos —todavía vomitaban de vez en cuando, y en realidad ella también — y que por lo tanto temía no poder ir. El dijo que era posible que los sacerdotes del Noviciado volvieran al día siguiente a buscarla con una carreta.

Mucho más tarde, cuando bajó a tierra por un rato, el señor Tanimoto, de cuya energía e iniciativa habían llegado a depender muchas personas, oyó que la gente pedía comida. Consultó con el padre Kleinsorge y ambos decidieron volver a la ciudad para buscar un poco de arroz del refugio de la Asociación Vecinal del señor Tanimoto, y del refugio de la misión. El padre Cieslik y dos o tres más fueron con ellos. Al principio, cuando se internaron entre las filas de casas derrumbadas, no supieron dónde estaban pues el cambio había sido demasiado repentino: de una activa ciudad de 245.000 habitantes que era por la mañana, quedaba una mera huella de residuos por la tarde. El asfalto de las calles estaba todavía tan blando y caliente a causa de los incendios, que era difícil caminar. Se encontraron con una sola persona, una mujer, que les dijo al pasar:

—Mi marido está en esas cenizas. [62]

En la misión, donde el señor Tanimoto se separó de los otros, el padre Kleinsorge se sintió desolado al ver el edificio destruido. En el jar-

jardin, en se dirigeant vers l'abri, il remarqua une citrouille, qui avait rôti sur des sarments de vigne. Le Père Cieslik et lui y goûtèrent et trouvèrent le mets délicieux. Ils s'aperçurent avec surprise qu'ils avaient faim, et mangèrent un bon morceau de la citrouille. Ils tirèrent de l'abri plusieurs sacs de riz, cueillirent plusieurs citrouilles, également cuits, et retournant le sol, ramassèrent des pommes de terre en robe des champs, d'allure fort appétissante ; puis ils se remirent en route. M. Tanimoto les rejoignit peu après. L'un de ceux qui [91] l'accompagnaient portait quelques ustensiles de cuisson. Dans le parc, M. Tanimoto organisa la cuisine en faisant appel aux jeunes femmes légèrement blessées de son quartier. Le Père Kleinsorge offrit à la famille Nakamura un peu de citrouille; Mme Nakamura et ses enfants y goûtèrent, mais ne purent garder ce qu'ils avaient avalé. En tout, il y eut assez de riz pour nourrir une centaine de personnes environ.

Peu avant la nuit, M. Tanimoto fit la rencontre d'une jeune femme de vingt ans, Mme Kamai, sa plus proche voisine. Elle était accroupie sur le sol et tenait dans ses bras le cadavre de sa fillette, un bébé, morte, de toute évidente, depuis le début du jour. Mme Kamai se mit debout d'un bond à la vue de M. Tanimoto et lui dit : « Voudriez-vous, je vous prie, essayer de retrouver mon mari ? »

M. Tanimoto savait que son mari avait été mobilisé la veille même dans l'armée; lui-même et Mme Tanimoto avaient invité chez eux Mme Kamai, l'après-midi de son départ, pour la distraire. Kamai devait répondre à l'appel au quartier général régional de Chugoku - près de l'ancien château, au centre de la ville - où quelque quatre mille hommes étaient encasernés. A en juger au nombre considérable de soldats mutilés qu'il avait vus durant la journée, M. Tanimoto supposait que les casernes avaient subi de graves dégâts, du fait de « la chose », quelle qu'elle fût, qui avait atteint Hiroshima. Il savait qu'il aurait beau se donner tout le mal du monde, il n'avait pas la moindre chance de retrouver le mari de Mme Kamai ; mais il ne voulut pas la contrarier. « J'essaierai », dit-il.

« Il faut que vous le retrouviez, dit-elle; il adorait trop notre enfant. Je voudrais qu'il puisse la revoir encore une fois. »

to the shelter, he noticed a pumpkin roasted on the vine. He and Father Cieslik tasted it and it was good. They were surprised at their hunger, and they ate quite a bit. They got out several bags of rice and gathered up several other cooked pumpkins and dug up some potatoes that were nicely baked under the ground, and started back. Mr. Tanimoto rejoined them on the way. One of the people with him had some cooking utensils. In the park, Mr. Tanimoto organized the lightly wounded women of his neighborhood to cook. Father Kleinsorge offered the Nakamura family some pumpkin, and they tried it, but they could not keep it on their stomachs. Altogether, the rice was enough to feed nearly a hundred people.

Just before dark, Mr. Tanimoto came across a twenty-year-old girl, Mrs. Kamai, the Tanimoto's nextdoor neighbor. She was crouching on the ground with the body of her infant daughter in her arms. The baby had evidently been dead all day. Mrs. Kamai jumped up when she saw Mr. Tanimoto and said, "Would you please try to locate my husband?"

Mr. Tanimoto knew that her husband had been **inducted** into the Army just the day before; he and Mrs. Tanimoto had entertained Mrs. Kamai in the afternoon, to make her forget. Kamai had reported to the Chugoku Regional Army Headquarters—near the ancient castle in the middle of town—where some four [54] thousand troops were stationed. Judging by the many maimed soldiers Mr. Tanimoto had seen during the day, he **surmised** that the barracks had been badly damaged by whatever it was that had hit Hiroshima. He knew he hadn't a chance of finding Mrs. Kamai's husband, even if he searched, but he wanted to humor her. "I'll try," he said.

"You've got to find him," she said. "He loved our baby so much. I want him to see her once more." [55]

jardín, de camino al refugio, se fijó en una calabaza asada sobre la **enredadera**. El padre Cieslik y él mismo la probaron, y sabía bien. Su propia hambre los sorprendió, y se comieron un buen pedazo. Sacaron varias bolsas [52] de arroz y recogieron varias calabazas asadas y excavaron algunas patatas que se habían cocinado bajo tierra. En el camino de regreso los alcanzó el señor Tanimoto. Una de las personas que lo acompañaban llevaba utensilios de cocina. En el parque, el señor Tanimoto organizó a las mujeres con heridas más leves para que se hicieran cargo de la cocina. El padre Kleinsorge le ofreció un poco de calabaza a la familia Nakamura, y ellos la probaron, pero no pudieron evitar vomitarla. El arroz resultó suficiente para alimentar a cien personas.

Antes de que anoheciera el señor Tanimoto se topó con una joven de veinte años, la señora Kamai, vecina de los Tanimoto. Estaba de cuclillas sobre la tierra con el cuerpo de su niña pequeña en los brazos. Era evidente que el bebé había estado muerto todo el día. La señora Kamai se levantó de un brinco al ver al señor Tanimoto y le dijo: «¿Podría usted tratar de ubicar a mi marido, por favor?».

El señor Tanimoto sabía que el marido había sido **reclutado** por el Ejército el día anterior; en la tarde, los Tanimoto habían recibido a la señora Kamai, y habían intentado hacerla olvidar lo sucedido. Kamai se había presentado en los Cuarteles Regionales del Ejército en Chugoku —cerca del antiguo castillo en medio de la ciudad— donde unos cuatro mil soldados habían sido apostados. A juzgar por los muchos soldados mutilados que el señor Tanimoto había visto durante el día, **supuso que** los cuarteles habían sufrido daños graves a causa de lo que fuera que había golpeado a Hiroshima. Supo que no tenía la más mínima posibilidad de encontrar al marido de la señora Kamai, incluso si emprendía su búsqueda. Pero quiso levantarle el ánimo. «Lo intentaré», dijo.

«Tiene que encontrarlo», dijo ella. «Él quería mucho a nuestra niña. Quiero que la vea por última vez.» [53]

dín, camino del refugio, encontró una calabaza asada_____ . El y el padre Cieslik la probaron y les supo bien. Se sorprendieron ante su propia hambre y comieron una buena porción. Sacaron varias bolsas de arroz, juntaron varias otras calabazas asadas y desenterraron algunas papas que se habían horneado bien bajo tierra, y emprendieron el regreso. El señor Tanimoto se les unió en el camino. Una de las personas que iba con ellos llevaba algunos utensilios de cocina. En el parque, el señor Tanimoto organizó a las mujeres de su vecindad que tenían heridas leves para cocinar. El padre Kleinsorge ofreció a la familia Nakamura un poco de zapallo; ellos lo probaron, pero no pudieron mantenerlo en sus estómagos. Así y todo, el arroz alcanzó para alimentar a casi cien personas.

Un poco antes de la noche, el señor Tanimoto se encontró con una joven de veinte años, la señora Kamai, que vivía al lado de su casa. Estaba acucullada. en el suelo con el cadáver de su hijita en los brazos. Evidentemente el bebé estaba muerto desde la mañana. La señora Kamai se levantó de un salto cuando vio al señor Tanimoto, y le dijo:

—¿Quiere hacerme el favor de tratar de encontrar a mi esposo?

El señor Tanimoto sabía que su esposo había sido **llevado** al ejército el día anterior; él y la señora Tanimoto habían entretenido a la señora Kamai por la tarde, para hacerla olvidar. Kamai se había presentado al Cuartel General del Ejército Regional en Chugoku —cerca del viejo castillo, en medio de la ciudad—, donde estaban estacionados unos cuatro mil efectivos. A juzgar por la cantidad de soldados mutilados que el señor Tanimoto había visto durante el día; **dedujo que** las barracas [63] habían sufrido un gran daño a causa de lo que cayó sobre Hiroshima. Sabía que no tenía probabilidades de encontrar al marido de la señora Kamai, aun si lo buscaba, pero como quería animarla, le dijo:

—Lo intentaré.

—Tiene que encontrarlo —dijo ella—. ¡Quería tanto a nuestra hijita! Deseo que la vea una vez más. [64]

Au début de la soirée, le jour de l'ex-
plosion de la bombe, une chaloupe de la
marine japonaise parcourut lentement les
sept bras de rivière, remontant, l'un, re-
descendant l'autre, s'arrêtant çà et là
pour annoncer quelque chose, le long des
lagunes encombrées de foules humaines
et où gisaient les blessés par centaines, à
la hauteur des ponts, où s'entassaient
d'autres foules; et, pour finir, à la tom-
bée du crépuscule, en face du parc Asano.
Un jeune homme se dressa à bord de la
chaloupe et [93] cria dans un porte-voix
: « Patience! Un navire-hôpital arrive
pour s'occuper de vous! » La vue de cette
chaloupe, projetant sa nette silhouette
sur l'arrière-plan de désastre de la rive op-
posée, le spectacle de ce jeune homme
impassible dans son uniforme impeccable,
surtout la promesse d'une aide médica-
le - première parole laissant entrevoir
un secours possible que l'on eût enten-
due depuis près de douze effroyables heu-
res - remontèrent considérablement le
moral des réfugiés du parc. Mme
Nakamura installa sa petite famille pour
la nuit, dans la conviction qu'un docteur
ne tarderait pas à se montrer et à guérir
cette nausée qui n'en finissait plus. M.
Tanimoto reprit son transfert de blessés
d'une rive à l'autre. Le Père Kleinsorge
s'étendit sur le sol, récita à voix basse le
Notre Père et un *Je vous salue, Marie*,
puis s'endormit aussitôt; mais à peine
venait-il de succomber ainsi, que Mme
Murata, la consciencieuse femme de
charge de la mission, le réveillait pour lui
dire : < Mon Père! Vous n'avez pas oublié
de dire vos prières du soir ? > Il répondit
d'un ton plutôt bourru : « Bien sûr que
non » et essaya de se rendormir, sans
parvenir. C'était là, apparemment, exac-
tement [95] ce que voulait Mme Murata.
Elle se mit à bavarder avec le jeune prê-
tre, qui n'en pouvait plus de fatigue.
L'une des questions qu'elle souleva fut
de savoir quand, selon lui, les religieux
du noviciat, auxquels il avait dépêché un
messenger vers le milieu de l'après-midi,
arriveraient, pour évacuer le Père supé-
rieur La Salle et le père Schiffer.

Le messenger du Père Kleinsorge - l'étu-
diant en théologie qui logeait naguère à la
mission - était arrivé au noviciat, à quel-
que cinq kilomètres dans les collines, aux
environs de quatre heures et demie. Les
seize prêtres qui se trouvaient là s'étaient
employés à des travaux de sauvetage dans
les faubourgs de la ville ; ils s'étaient fait
beaucoup de souci pour leurs collègues qui
étaient en ville, mais n'avaient su où ni
comment les retrouver. Ils s'empressèrent
aussitôt de fabriquer deux **civière**s à l'aide
de **perches** et de planches, et une

EARLY IN THE evening of the
day the bomb exploded, a Japanese
naval launch moved slowly up and
down the seven rivers of
Hiroshima. It stopped here and
there to make an announcement—
alongside the crowded sandspits,
on which hundreds of wounded
lay; at the bridges, on which oth-
ers were crowded; and eventually,
as twilight fell, opposite Asano
Park. A young officer stood up in
the **launch** and shouted through a
megaphone, "Be patient! A naval
hospital ship is coming to take
care of you!" The sight of the ship-
shape launch against the back-
ground of the havoc across the
river; the **unruffled** young man in
his neat uniform; above all, the
promise of medical help—the first
word of possible succor anyone
had heard in nearly twelve awful
hours—cheered the people in the
park tremendously. Mrs. Nakamura
settled her family for the night with
the assurance that a doctor would
[56] come and stop their **retching**.
Mr. Tanimoto resumed ferrying the
wounded across the river. Father
Kleinsorge lay down and said the
Lord's Prayer and a Hail Mary to
himself, and fell right asleep; but
no sooner had he dropped off than
Mrs. Murata, the conscientious
mission housekeeper, shook him
and said, "Father Kleinsorge! Did
you remember to repeat your
evening prayers?" He answered
rather **grumpily**, "Of course," and
he tried to go back to sleep but
could not. This, apparently, was
just what Mrs. Murata wanted. She
began to chat with the exhausted
priest. One of the questions she
raised was when he thought the
priests from the Novitiate, for
whom he had sent a messenger in
mid-afternoon, would arrive to
evacuate Father Superior LaSalle
and Father Schiffer.

THE MESSENGER Father
Kleinsorge had sent—the theologi-
cal student who had been living at
the mission house—had arrived at
the Novitiate, in the hills about
three miles out, at half past four.
The sixteen priests there had been
doing rescue work in the outskirts;
they had worried about their col-
leagues in the city but had not
known how or where to look for
them. Now they hastily made two
litters out of poles and boards, and

La mañana en que explotó la
bomba, muy temprano, una lancha
naval japonesa recorría lentamente
y de arriba abajo los siete ríos de
Hiroshima. Se detenía aquí y allá
para anunciar algo: a lo largo de los
atestados bancos de arena, donde
yacían cientos de heridos; en los
puentes, donde otros más se agol-
paban; y eventualmente, al caer la
tarde, enfrente del parque Asano.
Un joven oficial se paraba en la
lancha y gritaba a través de un me-
gáfono: « ¡Paciencia! ¡Un barco
hospital vendrá a hacerse cargo de
ustedes! ». La visión de la lancha
limpia y ordenada sobre el fondo de
estragos; el joven **sereno** en su pul-
cro uniforme; y sobre todo la pro-
mesa de ayuda médica —la prime-
ra palabra de auxilio posible que
habían oído en casi doce horas—,
todo ello levantó tremendamente
los ánimos de la gente del parque.
La señora Nakamura acomodó a su
familia para pasar la noche con la
seguridad de que un doctor vendría
y podría detener sus **arcadas**. El se-
ñor Tanimoto reanudó los transpor-
tes de heridos a través del río. El
padre Kleinsorge se recostó y rezó
un padre nuestro y un ave maría por
él mismo, y se durmió de inmedia-
to; pero en ese mismo instante la
señora Murata, la diligente ama de
llaves, lo sacudió y le dijo: « ¡Pa-
dre Kleinsorge! ¿Se ha acordado de
decir sus oraciones? ». Él respondió
malhumoradamente: « Por supues-
to », y trató de volver a conciliar el
sueño, sin lograrlo. Era como si eso
fuera exactamente lo que quería la
señora Murata, porque comenzó a
con [55] versar con el exhausto sa-
cerdote. Una de las preguntas que
hizo fue cuándo llegarían los pa-
dres del noviciado —a quienes el
padre Kleinsorge había mandado
llamar a media tarde, por medio de
un mensajero— para evacuar al pa-
dre La Salle y al padre Schiffer.

El mensajero del padre Kleinsorge
—el estudiante de teología que había
estado viviendo en la misión— había
llegado a las colinas del noviciado, que
estaban a casi cinco kilómetros de dis-
tancia, a las cuatro y media. Los die-
ciséis sacerdotes del lugar habían es-
tado haciendo trabajos de rescate en
las afueras; se habían preocupado por
sus colegas de la ciudad, pero no ha-
bían sabido cómo ni dónde empezar a
buscarlos. Ahora se dieron prisa en
armar dos **camillas** con postes y ta-

Al anochecer del día en que esta-
lló la bomba, una lancha de la marina
japonesa navegó lentamente, remon-
tando y bajando, por los siete ríos de
Hiroshima. Aquí y allá se detenía para
hacer un anuncio: a lo largo de los
colmados bancos de arena, en que ya-
cían cientos de heridos; en los puen-
tes, sobre los que se apretujaban otros.
Finalmente, al caer la noche, se detu-
vo en el parque Asano. Un joven ofi-
cial se ponía de pie en la **lancha** y gri-
taba por un megáfono:

— ¡Tengan paciencia! ¡ Un buque—hospi-
tal está en camino para ocuparse de ustedes!

La vista de la embarcación con-
tra el fondo de ruinas del otro lado
del río, la **serenidad** del joven con
su pulcro uniforme, y por sobre todo
la promesa de ayuda médica —pri-
mera palabra acerca de un posible
socorro que alguien había oído en
casi doce horribles horas— alegra-
ron tremendamente a la gente del
parque. La señora Nakamura— aco-
modó a su familia para pasar la no-
che, con la seguridad de que un mé-
dico vendría y detendría sus **vómi-
tos**. El señor Tanimoto reanudó el
transporte de heridos a través del
río. El padre Kleinsorge se acostó,
murmuró un Padrenuestro y un Ave
María, y se quedó dormido; pero
apenas lo había hecho, la señora
Murata, la consciente ama de llaves
de la misión, lo sacudió y dijo:

— ¡Padre Kleinsorge! ¿Se acordó de
decir sus plegarias nocturnas?

El sacerdote respondió, algo **malhumorado**:

— Desde luego —y trató de
volver a dormirse, pero no pudo.
Aparentemente era esto lo que
quería la señora Murata. Comen-
zó a darle charla al agotado sa-
cerdote. Una de las preguntas que
hizo fue cuándo creía que
iban a llegar los sacerdotes [67]
del Noviciado, a quienes él ha-
bía mandado buscar, para trans-
portar al padre superior LaSalle
y al padre Schiffer.

El mensajero que envió el padre
Kleinsorge —el estudiante de teo-
logía que vivía en la casa de la
Misión— había llegado al Novicia-
do, situado a unas tres millas, en
las colinas, a las cuatro y media.
Los dieciséis sacerdotes que habi-
taban allí habían efectuado labores
de salvamento en las afueras; se
preocuparon por sus colegas de la
ciudad, pero no sabían cómo o dón-
de buscarlos. Rápidamente hicie-
ron dos **literas** con tablas y cuer-

demi-douzaine d'entre eux partit, conduite par l'étudiant, pour la zone [96] dévastée. Ils se frayèrent péniblement un chemin le long de l'Ota, en amont de la ville; à deux reprises, la chaleur que dégagait l'incendie les força, pour continuer, à marcher dans l'eau. Au pont de Misasa, ils croisèrent une longue file de soldats lancés dans une étrange marche forcée et fuyant le quartier général régional de Chugoku, sis au centre de la ville. Tous étaient grotesquement défigurés par des brûlures; ceux qui ne se soutenaient pas mutuellement s'appuyaient sur des bâtons. Des chevaux malades et couverts, eux aussi, de brûlures, la tête pendante, attendaient sur le pont. Quand le groupe des sauveteurs atteignit le parc., la nuit était déjà tombée, et il devint très difficile d'avancer, à cause de (entrelacs des troncs de toutes tailles que le cyclone avait renversés durant l'après-midi. Enfin, peu de temps après que Mme Murata eut posé la question que l'on sait, les sauveteurs arrivèrent jusqu'à leurs amis, à qui ils distribuèrent du vin et du thé très fort.

Les prêtres discutèrent de la façon de s'y prendre pour transporter le Père Schiffer et le Père La Salle au noviciat. Ils craignaient que, ne voyant pas clair et butant dans le noir, à travers le parc, les deux [97] blessés ne fussent trop secoués, que les plaies ne se rouvrisent et qu'il n'en résultât de trop fortes hémorragies. Le Père Kleinsorge se souvint de M. Tanimoto et de sa barque et l'appela sur la rivière. Lorsque M. Tanimoto eut accosté, il déclara qu'il ne demanderait pas mieux que de transporter les prêtres blessés et leurs porteurs en amont, jusqu'à un endroit où ils trouveraient la voie plus libre. Les sauveteurs chargèrent le Père Schiffer sur une des civières, installèrent celle-ci dans la barque où deux d'entre eux prirent place en même temps. M. Tanimoto, qui n'avait toujours pas de rames, remonta le courant à la perche.

Environ une demi-heure plus tard, M. Tanimoto revint et, très ému, demanda aux prêtres qui restaient de l'aider à sauver deux enfants qu'il avait vus, de l'eau jusqu'aux épaules, dans la rivière. Un groupe s'organisa, qui alla quérir ces enfants - deux fillettes qui avaient perdu leur famille et étaient grièvement brûlées. Les prêtres les couchèrent sur le sol, à proximité du Père Kleinsorge, puis installèrent à bord de la barque le Père La Salle. Le Père Cieslik, estimant qu'il pourrait aller à pied jusqu'au noviciat, prit place, [98] lui aussi. Le Père Kleinsorge était trop faible; il décida d'attendre jusqu'au lendemain dans le parc. Il demanda aux prêtres de revenir avec une char-

the student led half a dozen of them back into the devastated area. They worked their way along the Ota above the city; twice the heat of the fire forced them into the river. At Misasa Bridge, they encountered a long line of soldiers making a bizarre forced march away from the Chugoku Regional Army Headquarters [57] in the center of the town. All were grotesquely burned, and they supported themselves with staves or leaned on one another. Sick, burned horses, hanging their heads, stood on the bridge. When the rescue party reached the park, it was after dark, and progress was made extremely difficult by the **tangle** of fallen trees of all sizes that had been knocked down by the whirlwind that afternoon. At last—not long after Mrs. Murata asked her question—they reached their friends, and gave them wine and strong tea.

The priests discussed how to get Father Schiffer and Father LaSalle out to the Novitiate. They were afraid that **blundering** through the park with them would **jar** them too much on the wooden litters, and that the wounded men would lose too much blood. Father Kleinsorge thought of Mr. Tanimoto and his boat, and called out to him on the river. When Mr. Tanimoto reached the bank, he said he would be glad to take the injured priests and their bearers upstream to where they could find a clear roadway. The rescuers put Father Schiffer onto one of the stretchers and lowered it into the boat, and two of them went aboard with it. Mr. Tanimoto, who still had no oars, poled the punt upstream.

About half an hour later, Mr. Tanimoto came back and excitedly asked the remaining priests to help him rescue two children he had seen standing up to their shoulders in the river. A group went out and picked them up—two young girls who had lost their family [58] and were both badly burned. The priests stretched them on the ground next to Father Kleinsorge and then embarked Father LaSalle. Father Cieslik thought he could **make it out** to the Novitiate on foot, so he went aboard with the others. Father Kleinsorge was too feeble; he decided to wait in the park until the next day. He asked the men to come back with a

blas, y el estudiante condujo a seis de ellos a la zona devastada. Se abrieron paso a lo largo del Ota y a través de la ciudad; dos veces, el calor del fuego los obligó a zambullirse en el río. En el puente Misasa encontraron una fila de soldados que abandonaba los Cuarteles Regionales del Ejército en Chugoku marchando de una manera forzada y estrafalaria. Todos tenían quemaduras graves, y se apoyaban sobre travesaños de sillas o se recostaban sobre el vecino. Sobre el puente había caballos cabizbajos, enfermos y quemados. Cuando el grupo de rescate llegó al parque ya era oscuro, y la tarea se dificultó debido a las **marañas** de árboles que habían sido derribados por el torbellino de esa tarde. Al fin pudieron llegar a donde estaban sus amigos —no mucho después de que la señora Murata había formulado su pregunta— y les dieron vino y té fuerte.

Los sacerdotes discutieron la forma de llevar al padre Schiffer y al padre La Salle al noviciado. Tenían miedo de que **dar tumbos** por el parque los **sacudiera** demasiado sobre las camillas; tenían miedo de que los heridos perdieran demasiada sangre. El padre [56] Kleinsorge pensó en el bote del señor Tanimoto, y lo llamó. Cuando el señor Tanimoto llegó a la orilla, dijo que con gusto llevaría a los heridos y a sus portadores a un lugar río arriba desde donde podrían encontrar un camino más despejado. Los socorristas pusieron al padre Schiffer sobre una de las camillas y lo bajaron hasta el bote, y dos de ellos subieron a bordo para ir con él. El señor Tanimoto, que aún carecía de remos, empujó la batea río arriba.

Regresó una media hora después, y nerviosamente pidió a los demás sacerdotes que lo ayudaran a rescatar a dos niños que había visto hundidos hasta los hombros en el río. Un grupo acudió en su ayuda; eran dos niñas que habían perdido a sus padres y ambas tenían quemaduras graves. Los curas las acostaron sobre el suelo, junto al padre Kleinsorge, y enseguida embarcaron al padre La Salle. El padre Cieslik se creía capaz de **llegar caminando** al noviciado, así que subió a bordo con los demás. El padre Kleinsorge se sentía demasiado débil; decidió esperar en el parque hasta el otro día. Pidió a los hombres que trajeran una carretilla

das, y el estudiante llevó a seis de ellos hasta el área devastada. Se abrieron camino en la ciudad a lo largo del Ota; por dos veces el calor del fuego los obligó a meterse en el río. En el puente Misasa encontraron una larga fila de soldados en extraña marcha forzada hacia el centro de la ciudad desde el Cuartel General del Ejército Regional de Chugoku. Todos estaban grotescamente quemados, y se sostenían con muletas o se apoyaban el uno en el otro. Caballos deshechos, quemados, con las cabezas colgando, estaban amontonados en el puente. Cuando la partida de rescate llegó al parque ya era oscuro, y el avance fue en extremo dificultoso a **causa** de los árboles de todos los tamaños caídos con el huracán de la tarde. Finalmente —no mucho después de que la señora Murata hizo su pregunta— llegaron junto a sus amigos y les dieron vino y té cargado.

Los sacerdotes discutieron la forma en que habrían de llevar al padre Schiffer y al padre LaSalle hasta el Noviciado. Temían que al **atravesar** el parque con ellos fuesen a **sacudirlos** demasiado en las literas de madera y que ambos heridos perdiesen mucha sangre. El padre Kleinsorge pensó en el señor Tanimoto y su barca, y fue a buscarlo. [68]

Cuando el señor Tanimoto llegó al banco de arena, dijo que transportaría con mucho gusto a los sacerdotes heridos y a sus portadores hasta donde pudiesen encontrar un camino llano. Los del Noviciado pusieron al padre Schiffer en una de las literas y lo subieron a la barca; dos de ellos fueron a bordo con él. El señor Tanimoto, que todavía no había conseguido remos, maniobró la pértiga aguas arriba.

Media hora después el señor Tanimoto volvió y, muy excitado, les pidió a los otros sacerdotes que lo ayudasen a rescatar a dos chicos que había visto en el río con el agua hasta el cuello. Un grupo fue y los recogió: eran dos niñas que habían perdido a su familia: ambas estaban muy quemadas. Los sacerdotes las acostaron en el suelo junto al padre Kleinsorge y luego embarcaron al padre LaSalle. El padre Cieslik pensó que él **podría ir** hasta el Noviciado a pie, de modo que subió a bordo con los otros. El padre Kleinsorge estaba demasiado débil; decidió esperar en el parque hasta el día siguiente. Les pidió a los hombres que volviesen en

rette à bras, afin de pouvoir emmener Mme Nakamura et ses enfants au noviciat.

M. Tanimoto recommença à pousser sa barque. Celle-ci, avec les prêtres, avançait lentement, remontant le courant, lorsque les passagers entendirent de faibles appels au secours. Une voix de femme, notamment : « Il y a ici des gens qui vont se noyer! Au secours! L'eau monte! » Les cris venaient d'une lagune et les prêtres de la barque purent voir, à la lueur se reflétant dans l'eau, des maisons qui brûlaient encore, un certain nombre de blessés gisant au bord de la rivière et que recouvrait déjà en partie la marée montante. M. Tanimoto voulait aller à leur aide, mais les prêtres craignirent que le Père Schiffer ne succombât si l'on ne se pressait et ils insistèrent pour que leur passeur continuât. M. Tanimoto les débarqua au même endroit où il avait laissé le Père Schiffer et repartit seul en direction de la lagune.

La nuit était très chaude, paraissait même plus chaude du fait des lueurs d'incendie qui rougeoyaient dans le ciel; mais la plus jeune des deux fillettes que M. Tanimoto et les prêtres avaient sauvées, se plaignait au Père Kleinsorge d'avoir froid. Il ôta sa tunique et l'en couvrit. L'enfant et sa sœur aînée étaient restées deux heures dans l'eau salée avant qu'on vint les en tirer. Le corps de la cadette portait, d'énormes, brûlures à vif; l'eau salée de la rivière avait dû être un terrible supplice pour elle. Elle se prit à trembler de tous ses membres et répéta qu'elle avait froid. Le Père Kleinsorge emprunta une couverture à un voisin et l'en enveloppa; mais elle frissonnait et tremblait de plus en plus, répétant : « J'ai tellement froid », et puis, soudain, elle cessa de trembler, morte.

Sur la lagune, M. Tanimoto trouva quelque vingt hommes et femmes. Il rangea le bateau le long de la rive et leur dit de se dépêcher de monter. Ils ne bougèrent pas et il se rendit compte qu'ils étaient [99] trop faibles pour se soulever. Il se pencha et prit une femme par les mains; la peau céda et vint sous ses doigts, par lambeaux énormes, comme un gant. Cette sensation éveilla en lui une telle nausée, qu'il dut s'asseoir une seconde. Après quoi il sauta dans l'eau et, de si faible stature qu'il fût, porta jusque dans la barque plusieurs hommes et femmes, qui étaient nus. Dos et poitrines étaient visqueux

handcart, so that they could take Mrs. Nakamura and her sick children to the Novitiate.

Mr. Tanimoto shoved off again. As the boatload of priests moved slowly upstream, they heard weak cries for help. A woman's voice stood out especially: "There are people here about to be drowned! Help us! The water is rising!" The sounds came from one of the sandspits, and those in the punt could see, in the reflected light of the still—burning fires, a number of wounded people lying at the edge of the river, already partly covered by the flooding tide. Mr. Tanimoto wanted to help them, but the priests were afraid that Father Schiffer would die if they didn't hurry, and they urged their ferryman along. He dropped them where he had put Father Schiffer down and then started back alone toward the sandspit.

THE NIGHT was hot, and it seemed even hotter because of the fires against the sky, but the younger of the two girls Mr. Tanimoto and the priests had rescued complained to Father Kleinsorge that she was cold. He covered her with his jacket. She and her older [59] sister had been in the salt water of the river for a couple of hours before being rescued. The younger one had huge, raw flash burns on her body; the salt water must have been excruciatingly painful to her. She began to shiver heavily, and again said it was cold. Father Kleinsorge borrowed a blanket from someone nearby and wrapped her up, but she shook more and more, and said again, "I am so cold," and then she suddenly stopped shivering and was dead.

MA. TANIMOTO found about twenty men and women on the sandspit. He drove the boat onto the bank and urged them to get aboard. They did not move and he realized that they were too weak to lift themselves. He reached down and took a woman by the hands, but her skin slipped off in huge, glovelike pieces. He was so sickened by this that he had to sit down for a moment. Then he got out into the water and, though a small man, lifted several of the men and women, who were naked, into his boat. Their backs and breasts were clammy, and he remembered uneasily what

cuando regresaran, para poder llevar a la señora Nakamura y a sus niños enfermos al noviciado.

El señor Tanimoto partió de nuevo. Conforme avanzaba el cargamento de sacerdotes, se escuchaban débiles gritos de auxilio. Sobresalía especialmente la voz de una mujer: «¡Hay gente aquí a punto de ahogarse! ¡Ayúdenos! ¡El nivel del agua está subiendo!». Los sonidos llegaban de uno de los bancos de arena, y los de la batea podían ver, en la luz reflejada de los fuegos todavía encendidos, a varios heridos acostados en la orilla del río y parcialmente cubiertos por la marea. El señor Tanimoto quería prestarles ayuda, pero los sacerdotes tenían miedo de que el padre Schiffer fuera a morir si no se daban prisa, y le pidieron al barquero que avanzara. Éste los dejó donde había dejado al padre Schiffer, y después emprendió solo el camino de regreso. [57]

Era una noche caliente, y parecía aún más caliente por los fuegos recortados sobre el cielo, pero la más joven de las dos niñas que el señor Tanimoto y los curas habían rescatado se quejó de tener frío. El padre Kleinsorge la cubrió con su chaqueta. Ella y su hermana mayor habían estado metidas en el agua salada durante un par de horas antes de ser rescatadas. La pequeña tenía grandes quemaduras en carne viva; el agua salada debió de causarle un dolor espantoso. Comenzó a temblar y a repetir que tenía frío. El padre Kleinsorge tomó prestada la cobija de un vecino y la envolvió con ella, pero la niña se sacudía más y más, diciendo «Tengo tanto frío», y de repente dejó de temblar y murió.

Sobre el banco de arena, el señor Tanimoto encontró unos veinte hombres y mujeres. Acercó el bote a la arena y les pidió que subieran a bordo de inmediato. Pero no se movieron, y él se dio cuenta de que estaban demasiado débiles para levantarse. Se agachó y tomó a una mujer de la mano, pero su piel se desprendió en pedazos grandes, como un guante. Esto lo afectó tanto que tuvo que sentarse un momento. Después regresó al agua; a pesar de ser un hombre pequeño, él solo levantó a varios hombres y mujeres que estaban desnudos y los llevó a su bote. Sus espaldas y sus pechos eran pegajosos,

una carreta para poder llevar a la señora Nakamura y a sus hijos hasta el Noviciado.

El señor Tanimoto emprendió camino otra vez. Mientras la barca llena de sacerdotes remontaba lentamente el río, oyeron débiles pedidos de ayuda. Una voz de mujer gritó:

—¡Aquí hay gente que está por ahogarse! ¡Ayúdenos! ¡El agua está subiendo!

Las voces venían de uno de los bancos de arena, y los de la barca pudieron ver, a la luz de los incendios, un número de personas heridas que yacían al borde del río, parcialmente cubiertas ya por la marea en ascenso. El señor Tanimoto quiso ayudarlos, pero los sacerdotes tuvieron miedo de que el padre Schiffer muriese sino se apuraban, y lo urgieron a continuar. El los hizo bajar en el [69] lugar donde había descendido el padre Schiffer, y luego volvió solo al banco de arena.

Aunque la noche era calurosa, y lo parecía más aún a causa de las llamas que se alzaban hacia el cielo, la menor de las dos chicas rescatadas por el señor Tanimoto y los sacerdotes se quejó al padre Kleinsorge de que tenía frío. El la cubrió con su chaqueta. La niña y su hermana mayor habían estado en el agua salobre del río durante dos horas antes de ser rescatadas. La menor tenía quemaduras enormes y abiertas en todo el cuerpo; el agua salada debía de haber sido horriblemente dolorosa. Comenzó a tiritar con fuerza, y se quejó nuevamente del frío. El padre Kleinsorge pidió prestada una manta a alguien que estaba cerca, y la envolvió; pero la criatura temblaba más y más, y volvió a decir:

—Tengo tanto frío...—Luego, repentinamente, dejó de tiritar y murió.

El señor Tanimoto encontró una veintena de hombres y mujeres en el banco de arena. Llevó su bote hasta allí y los urgió a subir a bordo. Ellos no se movieron, y entonces se dio cuenta de que estaban demasiado débiles para levantarse por sí solos. Bajó y tomó a una mujer por las manos, pero se le salió la piel como si fueran guantes. Esto lo descompuso de tal manera que tuvo que sentarse un momento. Entonces bajó al agua, y aunque era un hombre menudo, alzó a varios hombres y mujeres, que estaban desnudos, y los puso en su embarcación. Tenían el pecho y la espalda viscosos, y Tanimoto recor-

sous la main et il se souvint non sans malaise des grandes brûlures qu'il avait vues durant la journée jaunes d'abord, puis rouges et gonflées, la peau s'en allant en lanières ; et pour finir, sur le soir, suppurantes et répandant une infection. Du fait de la marée montante, son bambou était trop court maintenant, et il lui fallut pagayer presque d'un bout à l'autre du trajet. Sur l'autre rive, près d'une lagune plus haute, il souleva à nouveau les corps, escaladant avec eux la pente pour les mettre à l'abri de la marée. Il devait se répéter lucidement et continuellement : « Ce sont des êtres humains ». Il dut faire trois voyages avant de les avoir tous transportés sur l'autre rive. Quand il eut fini, il décida qu'il lui fallait absolument se reposer et il revint vers le parc.

Alors qu'il gravissait la berge noire, il [101] marcha sur quelqu'un, trébucha, pendant que quelqu'un d'autre disait d'une voix irritée : « Attention ! Vous me marchez sur la main ». M. Tanimoto, tout honteux de faire mal à un blessé, confus d'être valide, se souvint soudain du navire-hôpital qui n'était pas arrivé (et ne devait jamais se montrer), et il fut pris un instant d'une rage aveugle et meurtrière à l'adresse de l'équipage de ce navire, puis des docteurs en général. Pourquoi ne venaient-ils pas au secours de tous ces gens ?

Le docteur Fujii passa la nuit à l'orée de la ville, couché sur le plancher de sa maison familiale, à ciel ouvert (il n'y avait plus de toit), et en proie à d'atroces souffrances. A la lueur d'une lanterne, il s'était examiné et avait trouvé : fracture de la clavicle gauche; abrasions et déchirures multiples de la face et du corps, incluant de profondes coupures au menton, dans le dos et aux jambes ; contusions multiples à la poitrine et au tronc ; fracture possible de deux côtes. N'eût été la gravité de son [102] séat, peut-être se fût-il trouvé dans le parc Asano, en train de soigner les blessés.

A la tombée de la nuit, on pouvait estimer à dix mille le nombre des victimes de l'explosion qui avaient envahi l'hôpital de la Croix-rouge, et le docteur Sasaki, morne, **abattu**, allait, venait, au hasard, par les couloirs empuantis ; dans les mains, des paquets de pansements et des bouteilles de mercurochrome ; sur le nez, la même paire de lunettes qu'il avait empruntée à l'infirmière blessée ; pansant les coupures les plus graves, au fur et à mesure qu'elles se présentaient sur son chemin. D'autres médecins appliquaient des compresses de solution saline sur les brûlures les plus sérieuses. C'était tout ce qu'on pouvait faire. La nuit tombée, on travailla à la lueur des

the great burns he had seen during the day had been like: yellow at first, then red and swollen, with the skin **sloughed off**, and finally, in the evening, suppurated and smelly. With the tide risen, his bamboo pole was now too short and he had to paddle most of the way across with it. On the other side, at a higher spit, he lifted the **slimy** living bodies out and carried them up the slope away from the tide. He had to keep consciously [60] repeating to himself, "These are human beings." It took him three trips to get them all across the river. When he had finished, he decided he had to have a rest, and he went back to the park.

As Mr. Tanimoto stepped up the dark bank, he tripped over someone, and someone else said angrily, "Look out! That's my hand." Mr. Tanimoto, ashamed of hurting wounded people, embarrassed at being able to walk upright, suddenly thought of the naval hospital ship, which had not come (it never did), and he had for a moment a feeling of blind, murderous rage at the crew of the ship, and then at all doctors. Why didn't they come to help these people?

DR. Fujii lay in dreadful pain throughout the night on the floor of his family's roofless house on the edge of the city. By the light of a lantern, he had examined himself and found: left clavicle fractured; multiple abrasions and lacerations of face and body, including deep cuts on the chin, back, and legs; extensive contusions on chest and trunk; a couple of ribs possibly fractured. Had he not been so badly hurt, he might have been at Asano Park, assisting the wounded.

BY NIGHTFALL, ten thousand victims of the explosion had invaded the Red Cross Hospital, and Dr. Sasaki, worn out, was moving aimlessly and **dully** up and down the stinking corridors with wads of bandage and bottles of Mercurochrome, still wearing the glasses he had [61] taken from the wounded nurse, binding up the worst cuts as he came to them. Other doctors were putting compresses of saline solution on the worst burns. That was all they could do. After dark, they worked by the light of the city's fires, and by

y el señor Tanimoto recordó con desazón las quemaduras que había visto a lo largo del día: amarillas primero, luego rojas e hinchadas y la piel **desprendida**, y al final de la tarde supurada, olorosas. Ahora que había subido la marea, su poste de bambú se quedaba corto y tenía que avanzar remando todo el tiempo. Sobre la otra orilla, en un arenal más alto, levantó los cuerpos **viscosos** y aún vivos y los subió por la pendiente para alejarlos del agua. Tenía que hacer un esfuerzo consciente por repetirse: «Son seres humanos». [58] Fueron necesarios tres viajes para llevarlos a todos al otro lado del río. Cuando hubo terminado, decidió que debía descansar un poco, y regresó al parque.

Caminando en la oscuridad, el señor Tanimoto se tropezó con alguien, y alguien más dijo con enojo: «¡Cuidado! Ahí está mi mano». Avergonzado de haber hecho daño a una persona herida, apenado por ser capaz de caminar erguido, el señor Tanimoto pensó de repente en el barco hospital que no llegaba aún (nunca llegaría), y sintió por un instante una ira ciega contra la tripulación del barco y luego contra todos los doctores. ¿Por qué no venían a ayudar a esta gente?

El doctor Fujii pasó la noche acostado, en medio de un terrible dolor, sobre el suelo de la casa destechada de su familia. Con la luz de una linterna había logrado examinarse, y se encontró la clavícula izquierda rota; abrasiones y laceraciones múltiples en la cara y el cuerpo, e incluso cortes profundos sobre el mentón, la espalda y las piernas; extensas contusiones en pecho y torso; un par de costillas posiblemente fracturadas. Si no estuviera tan maltratado, habría podido ir al parque Asano para atender a los heridos.

Para cuando se hizo de noche, diez mil víctimas de la explosión habían invadido el hospital de la Cruz Roja, y el doctor Sasaki, agotado, se movía sin rumbo fijo por los corredores malolientes llevando fajos de vendas y botellas de mercurocromo, y, todavía con los lentes que le había quitado a la enfermera herida, iba vendando las peores heridas a medida que las encontraba. Otros doctores ponían compresas de solución saline sobre [59] las quemaduras más graves. Era todo lo que podían hacer. Cuando se hizo de noche empezaron a trabajar con la luz de los fuegos de la ciudad

con desagrado que las grandes quemaduras que había visto durante el día eran como éstas: amarillas al principio, después rojas e hinchadas; luego la piel se **desprendía** y finalmente, por la noche, supuraban y olían [70] mal. Con la marea alta, su pértiga de bambú resultaba demasiado corta y la mayor parte del trayecto tuvo que remar con ella. Del otro lado, en un banco más alto, alzó los cuerpos _____ vivos y los llevó cuesta arriba lejos del agua. Todo el tiempo tuvo que repetirse a conciencia: —Estos son seres humanos.

Necesitó tres viajes para cruzarlos a todos. Cuando terminó decidió que tenía que descansar, y volvió al parque.

Mientras caminaba por el oscuro banco, pisó sobre alguien, y una voz enojada dijo:

—¡Cuidado! ¡Esa es mi mano

El señor Tanimoto, avergonzado de importunar a gente herida, turbado por poder caminar derecho, pensó de pronto en el buque-hospital, que no había llegado (y que no llegó nunca), y por un momento sintió rabia ciega, asesina, hacia la tripulación del buque y hacia todos los médicos. ¿Por qué no venían a ayudar a esta gente?

Toda la noche, el doctor Fujii yacía terriblemente dolorido en el piso de la casa sin techo de su familia, en las afueras de la ciudad. A la luz de una linterna, se había examinado y encontrado: clavícula izquierda fracturada; abrasiones y laceraciones múltiples en la cara y el cuerpo incluyendo profundos cortes en la barbilla, la espalda y las piernas; contusiones extensas en el tronco; posible fractura de un par de costillas. De no estar tan malherido, estaría en el parque Asano, asistiendo a sus compatriotas.

Al anochecer, diez mil víctimas de la explosión habían invadido el Hospital de la Cruz Roja, y el doctor Sasaki, agotado, se movía sin descanso y **pesadamente** por los nauseabundos corredores con rollos de vendas y frascos de mercurocromo, llevando [71] todavía los anteojos quitados a la enfermera herida, y curando las lastimaduras más graves a medida que las encontraba. Otros médicos ponían compresas de solución saline en las peores quemaduras. Eso era todo lo que podían hacer. A la noche, trabajaron a la luz de los incendios de la ciudad y de bujías

incendies et des bougies que tenaient
vées les dix infirmières qui restaient. De
tout le jour, le docteur Sasaki n'était pas
sorti de l'hôpital; le spectacle à l'inté-
rieur était si terrible et si astreignant,
qu'il ne lui était même pas venu à [103]
l'esprit de demander ce qui s'était passé
de l'autre côté des portes et des fenêtres
du bâtiment. Plafonds et cloisons
s'étaient effondrés; partout ce n'étaient
que plâtras, poussière, sang, vomissures.
Les patients mouraient par centaines; il
n'y avait personne pour enlever les cad-
avres. Certains membres du personnel
de l'hôpital distribuèrent des biscuits et
des boulettes de riz, mais l'odeur de
charnier était si forte, que bien peu de
gens avaient faim. Sur le coup de trois
heures du matin, après dix-neuf heures
de cet horrible travail, le docteur Sasaki
se sentit incapable de panser une bles-
sure de plus. Avec quelques autres sur-
vivants du personnel médical, il alla
chercher une natte, sortit - des milliers
de patients, des centaines de morts s'en-
tassaient dans la cour et dans la grande
allée et s'enfuit derrière l'hôpital, se
cachant pour tenter de dérober un peu
de sommeil, couché à même le sol. Une
heure ne s'était pas écoulée, que des
blessés les découvraient, ses compa-
gnons et lui, et formaient autour d'eux
un cercle de gémissements et de pro-
testations: « Docteurs! Sauveteurs!
Comment pouvez-vous dormir? » Le
docteur Sasaki se leva et se remit au
travail. Comme l'aube du second jour
se [104] levait, il songea pour la pre-
mière fois à sa mère, dans leur maison
de campagne de Mukaihara, à cin-
quante kilomètres de là. Il avait cou-
tume de rentrer tous les soirs. Il eût
peur que sa mère ne le crût mort.

Non loin de l'endroit, en amont de la
rivière, où M. Tanimoto avait déposé les
prêtres, se trouvait une grande caisse
de gâteaux de riz qu'une équipe de
sauveteurs avait évidemment appor-
tée à (intention des blessés du voi-
sinage immédiat, mais avait oublié
de distribuer. Avant d'évacuer leurs
collègues blessés, les autres prêtres
firent passer à l'entour les gâteaux
et se servirent eux-mêmes. Quelques
minutes plus tard, une troupe de sol-
dats survint et un officier, entendant
les prêtres s'exprimer dans une lan-
gue étrangère, tira le sabre et leur
demanda furieusement qui ils
étaient. L'un d'eux parvint à le cal-
mer en lui expliquant qu'il avait à
faire à des Allemands - à des alliés.
L'officier s'excusa et ajouta que le
bruit courait que des [105] parachu-
tistes américains avaient pris pied
dans la région.

candles the ten remaining nurses
held for them. Dr. Sasaki had not
looked outside the hospital all
day; the scene inside was so ter-
rible and so compelling that it
had not occurred to him to ask
any questions about what had
happened beyond the windows
and doors. Ceilings and parti-
tions had fallen; plaster, dust,
blood, and vomit were every-
where. Patients were dying by
the hundreds, but there was no-
body to carry away the corpses.
Some of the hospital staff dis-
tributed biscuits and—rice balls,
but the **charnel-house** smell was
so strong that few were hungry.
By three o'clock the next
morning, after nineteen straight
hours of his **gruesome** work, Dr.
Sasaki was incapable of dressing
another wound. He and some other
survivors of the hospital staff got
straw mats and went outdoors—
thousands of patients and hun-
dreds of dead were in the yard and
on the driveway—and hurried
around behind the hospital and lay
down in hiding to snatch some
sleep. But within an hour
wounded people had found them;
a complaining circle formed
around them: "Doctors! Help us!
How can you sleep?" Dr. Sasaki
got up again and went back to
work. Early in the day, he
thought for the first time of his
mother, at their country home in
Mukaihara, thirty miles from
town. He usually went home ev-
ery night. He was afraid she
would think he was dead. [62]

NEAR THE spot upriver to
which Mr. Tanimoto had trans-
ported the priests, there sat a
large case of rice cakes which a
rescue party had evidently
brought for the wounded lying
thereabouts but hadn't distrib-
uted. Before evacuating the
wounded priests, the others
passed the cakes around and
helped themselves. A few min-
utes later, a band of soldiers
came up, and an officer, hear-
ing the priests speaking a for-
eign language, drew his sword
and hysterically asked who
they were. One of the priests
calmed him down and explained
that they were Germans—al-
lies. The officer apologized
and said that there were reports
going around that American
parachutists had landed.

The priests decided that they

dad y de velas que las enfermeras
sostenían. El doctor Sasaki no ha-
bía echado un vistazo fuera del hos-
pital en todo el día; la escena al in-
terior era tan horrible y tan imperio-
sa que no se le había ocurrido hacer
preguntas acerca de lo sucedido más
allá de esas paredes. Habían caído
techos y tabiques; por todas partes
había yeso, polvo, sangre y vómito.
Cientos y cientos de pacientes mor-
rían, pero no había nadie que lleva-
ra los cadáveres afuera. Parte del
personal del hospital repartía galle-
tas y bolas de arroz, pero el olor a
osario era tan fuerte que muy pocos
conservaban el apetito. Para las tres
de la mañana siguiente, después de
diecinueve horas seguidas de
horripilante trabajo, el doctor
Sasaki se sentía incapaz de tratar
una herida más. Junto a otros so-
brevivientes del personal del hos-
pital, el doctor Sasaki tomó unas
esteras de paja y salió a la calle —
en el patio y en la entrada había
miles de pacientes y cientos de
muertos—, le dio la vuelta al hos-
pital y se escondió donde pudiera
dormir un poco. Pero en menos de
una hora lo habían encontrado; un
círculo de reclamantes se formó al-
rededor de él: «¡Ayúdenos, doctor!
Cómo puede echarse a dormir?». El
doctor Sasaki se puso de pie y re-
gresó al trabajo. Poco antes había
pensado por primera vez en su ma-
dre, que vivía en la casa de campo
de la familia en Mukaihara, a cua-
renta y ocho kilómetros de la ciu-
dad. Él acostumbraba ir a casa cada
noche. Temió que su madre lo cre-
yera muerto.

Cerca del lugar al cual
Tanimoto llevó a los sa-
cerdotes había una gran
caja de pasteles de arroz, que
evidentemente había sido traí-
da por un grupo de rescate pero
que no se había distribuido [60]
entre los heridos. Antes de eva-
cuar a los sacerdotes, los demás
se repartieron los pasteles en-
tre ellos. Pocos minutos des-
pués se acercó un grupo de sol-
dados, y uno de ellos, al escu-
char a los sacerdotes hablar un
idioma extranjero, desenvainó
su espada históricamente y pre-
guntó quiénes eran. Uno de los
sacerdotes lo calmó y explicó
que eran alemanes: es decir,
aliados. El oficial se disculpó y
dijo que tenían noticias de que
paracaidistas norteamericanos
habían aterrizado.

Los sacerdotes decidieron que lle-

que las enfermeras sostenían. El
doctor Sasaki no había echado en
todo el día una sola mirada fuera
del hospital; el espectáculo de
adentro era tan terrible y tan ur-
gente que no se le había ocurrido
hacer ninguna pregunta acerca de
lo ocurrido más allá de esas pare-
des. Habían caído cielos rasos y
tabiques; había yeso, polvo, sangre
y vómitos por todas partes. Los
pacientes morían a cientos, pero no
había nadie que llevase afuera sus
cuerpos. Algún empleado del hos-
pital distribuyó galletas y bolas de
arroz, pero el olor de los heridos
era tan fuerte que muy pocos te-
nían hambre. Hacia las tres de la
mañana siguiente, después de
diecinueve horas de **arduo** traba-
jo, el doctor Sasaki se sintió inca-
paz de vendar una sola herida más.
El y otros sobrevivientes del per-
sonal del hospital tomaron ester-
as y salieron —miles de pacientes y
cientos de muertos yacían en el pa-
tio y en el camino—, se dirigieron
con rapidez a la parte posterior del
hospital y se escondieron para po-
der dormir. Pero una hora después los
heridos los encontraron; un quejoso
círculo se formó alrededor de ellos:

—¡Doctores! ¡Ayúdenos! ¿Cómo
pueden dormir?

El doctor Sasaki se levantó y
volvió a trabajar. Por la mañana
temprano pensó por primera vez
en su madre, que estaba en su
casa de Mukaihara, a treinta mi-
llas de la ciudad. Usualmente él
volvía a su casa todas las noches.
Temió que la madre pensase que
había muerto.

Cerca de donde el señor
Tanimoto había depositado a los
sacerdotes, había un gran cajón
de pasteles de arroz que eviden-
temente alguna partida de salva-
mento había llevado para los he-
ridos de los alrededores pero que
no había distribuido. Antes de
trasladar a los sacerdotes heri-
dos, los otros se repartieron los
pasteles y los comieron. Pocos
minutos después llegó un bata-
llón de soldados y un oficial, al
oír a los padres que hablaban en
una lengua extranjera, sacó la
espada y les preguntó
históricamente quiénes eran. Uno
de los sacerdotes lo calmó y le
explicó que eran alemanes, o sea
aliados. El oficial se excusó y
dijo que circulaba el rumor de
que habían bajado paracaidistas
norteamericanos.

Los sacerdotes decidieron que

Les prêtres décidèrent de commencer

par transporter le Père Schiffer. Ils allaient partir, quand le Père supérieur La Salle se plaignit d'avoir affreusement froid. L'un des jésuites lui céda sa tunique ; un autre, sa chemise; tous deux n'étaient pas mécontents d'être moins vêtus par cette nuit humide et lourde. Les porteurs se mirent en route. L'étudiant en théologie ouvrait la marche et s'efforçait de prévenir les autres des obstacles ; mais l'un des prêtres se prit le pied dans des fils téléphoniques, trébucha et lâcha son côté de la civière. Le Père Schiffer roula sur le sol, perdit connaissance, retrouva ses esprits, vomit. Les porteurs le ramassèrent et poursuivirent jusqu'à la margelle de la ville où il était convenu qu'une autre équipe de prêtres devait les relayer ; ils remirent leur fardeau à cette équipe et revinrent sur leurs pas pour aller chercher leur supérieur.

La civière de bois devait faire souffrir atrocement le Père La Salle : des dizaines atrocement minuscules éclats de verre s'étaient logés dans son dos. Presque à l'orée de la ville, le petit groupe dut contourner une automobile, dont la carcasse calcinée et [106] qu'on eût dit accroupie barrait l'étroite route ; deux des porteurs, du même côté, incapables de se diriger dans le noir, tombèrent dans un fossé profond. Le Père La Salle fut précipité sur le sol et la civière se brisa dans deux. L'un des prêtres poursuivit, dans l'intention d'aller chercher au noviciat une charrette, mais il ne tarda pas à en trouver une près d'une maison abandonnée et revint en la poussant devant lui. Ils mirent alors le Père La Salle sur la charrette et la poussèrent de la sorte, tout le reste du parcours, sur la route cahoteuse. Le recteur du noviciat, qui, avant d'entrer dans les ordres, était médecin, nettoya les plaies des deux prêtres et les fit porter dans des lits aux draps propres ; sur quoi les deux blessés remercièrent Dieu pour les soins qu'ils avaient reçus.

Des milliers de gens étaient privés de soins. Dont mme Sasaki. Abandonnée, frappée d'impuissance, sous sa plaque de tôle ondulée, dans la cour de la fabrique d'étain, à côté de la femme qui avait perdu [107] un sein et de l'homme dont la face brûlée ressemblait à peine encore à un visage, elle souffrit horriblement, cette nuit-là, de sa jambe fracturée. Elle ne ferma pas l'oeil; non plus qu'elle ne conversa avec ses compagnons d'insomnie.

Dans le parc, Mme Murata tint le Père Kleinsorge éveillé toute la nuit par son bavardage. Pas un des membres de la famille Nakamura ne dor-

should take Father Schiffer first. As they prepared to leave, Father Superior LaSalle said he felt awfully cold. One of the Jesuits gave up his coat, another his shirt; they were glad to wear less in the muggy night. The stretcher-bearers started out. The theological student led the way and tried to warn the others of obstacles, but one of the priests got a foot tangled in some telephone wire and tripped and dropped his corner of the litter. Father Schiffer rolled off, lost consciousness, came to, and then vomited. The bearers picked him up and went on with him to the edge of the city, where they had arranged to meet a relay of other priests, left him with them, and turned back and got the Father Superior.

The wooden litter must have been terribly painful for Father LaSalle, in whose back scores of tiny particles of window glass were embedded. Near the edge of [63] town, the group had to walk around an automobile burned and squatting on the narrow road, and the bearers on one side, unable to see their way in the darkness, fell into a deep ditch. Father LaSalle was thrown onto the ground and the litter broke in two. One priest went ahead to get a handcart from the Novitiate, but he soon found one beside an empty house and wheeled it back. The priests lifted Father LaSalle into the cart and pushed him over the bumpy road the rest of the way. The rector of the Novitiate, who had been a doctor before he entered the religious order, cleaned the wounds of the two priests and put them to bed between clean sheets, and they thanked God for the care they had received.

THOUSANDS of people had nobody to help them. Miss Sasaki was one of them. Abandoned and helpless, under the crude lean-to in the courtyard of the tin factory, beside the woman who had lost a breast and the man whose burned face was scarcely a face any more, she suffered awfully that night from the pain in her broken leg. She did not sleep at all; neither did she converse with her sleepless companions.

IN THE PARK, Mrs. Murata kept Father Kleinsorge awake all night by talking to him. None of the Nakamura family were able to

varían al padre Schiffer en primer lugar. Se preparaban para partir cuando el padre La Salle dijo que sentía un frío terrible. Uno de los jesuitas le dio su abrigo, otro le dio su camisa; en el bochorno de la noche, les dio gusto llevar menos ropa encima. Los portadores de la camilla partieron. El estudiante de teología caminaba a la cabeza del grupo, e intentaba prevenirlos si había obstáculos, pero uno de los padres se enredó el pie con un cable de teléfono, se tropezó y soltó su esquina de la camilla. El padre Schiffer cayó al piso, quedó inconsciente, luego despertó y vomitó. Los portadores lo levantaron y lo llevaron hacia las afueras, donde se habían citado con un relevo de sacerdotes; lo dejaron con ellos y regresaron en busca del Padre Superior.

La camilla de madera debió de haber resultado terriblemente dolorosa para el padre La Salle, en cuya espalda se habían incrustado pequeñas partículas de vidrio. Cerca de los límites de la ciudad, el grupo tuvo que pasar junto a un automóvil quemado que estorbaba en la calle angosta, y los portadores de un lado, que en la oscuridad no podían ver por dónde caminaban, cayeron a un hueco profundo. El padre La Salle salió despedido y la camilla se partió en dos. Uno de los curas se adelantó para pedir una carretilla en el noviciado, pero logró encontrar otra, cerca de una casa abandonada, y regresó rodándola. Los curas levantaron [61] al padre La Salle, lo pusieron sobre la carretilla y lo llevaron empujado el resto del trayecto por un camino lleno de baches. El rector del noviciado, que había sido médico antes de tomar los hábitos, limpió las heridas de los dos sacerdotes y los acostó entre sábanas limpias, y ellos agradecieron a Dios el cuidado recibido.

Hubo miles de personas que no contaron con la ayuda de nadie. La señorita Sasaki fue una de ellas. Abandonada y sin recursos bajo el crudo cobertizo del patio de la fábrica, junto a la mujer que había perdido un seno y al hombre cuya cara quemada apenas parecía una cara, pasó la noche sufriendo de dolor por su pierna rota. No durmió ni un instante; tampoco conversó con sus insomnes compañeros.

En el parque, la señora Murata mantuvo al padre Kleinsorge despierto toda la noche, hablándole. Tampoco la familia Nakamura pudo

llevarían primero al padre Schiffer. Mientras se preparaban para irse, el padre LaSalle dijo que tenía mucho frío. Uno de los jesuitas le dio su chaqueta, otro su camisa; les alegró quitarse algo de ropa esa noche sofocante. Los cargadores de las literas echaron a andar. El estudiante de teología iba adelante, conduciéndolos y tratando de despejar el camino de obstáculos, pero uno de los padres se enredó un pie en un cable telefónico caído, vaciló y soltó su esquina de la litera. El padre Schiffer rodó al suelo, perdió el sentido, se recobró y luego vomitó. Los cargadores lo recogieron y lo llevaron al borde de la ciudad, donde habían arreglado para encontrarse con otros sacerdotes; lo dejaron con ellos y volvieron para recoger al padre superior.

La litera de madera debe de haber sido terriblemente dolorosa para el padre LaSalle, en cuya espalda estaban clavadas docenas de minúsculos fragmentos de vidrio. Cerca del borde de la ciudad tuvieron que rodear un automóvil quemado que obstruía el angosto camino, y los cargadores de uno de los extremos, al no poder ver en la oscuridad, [73] cayeron en un profundo bache. El padre LaSalle fue despedido por tierra y la litera se partió en dos. Uno de los sacerdotes se adelantó para buscar una carreta en el Noviciado, pero a poco encontró una al lado de una casa vacía y la llevó. El rector, que había sido médico antes de ingresar en la vida religiosa, limpió las heridas de los dos padres, los puso en cama entre sábanas limpias, y todos agradecieron a Dios por el cuidado que habían recibido. Los sacerdotes levantaron al padre LaSalle, lo pusieron en la carreta y empujaron ésta el resto del camino.

Miles de personas carecieron de alguien que los ayudase. La señorita Sasaki era una de ellas. Abandonada e inútil bajo el precario refugio en el patio de la fábrica, junto a la mujer que había perdido un pecho y al hombre cuya cara quemada apenas era ya un rostro, sufrió horriblemente esa noche el dolor de su pierna rota. No durmió en absoluto; tampoco conversó con sus insomnes compañeros.

En el parque, la señora Murata mantuvo despierto al padre Kleinsorge toda la noche, dándole conversación. Ninguno de los Nakamura pudo dormir

mit non plus ; les enfants, s'ils vommisaient encore, s'intéressaient à tout ce qui se passait. Ils furent ravis quand l'un des gazomètres de la ville explosa dans un formidable jet de flammes. Toshio, le garçon, cria aux autres de venir voir les reflets dans la rivière. M. Tanimoto, après sa longue course et ses non moins longues heures de travaux de sauvetage, sommeillait fiévreusement. Lorsqu'il s'éveilla, aux premières lueurs de l'aube, il regarda en direction de la rivière et s'aperçut qu'il n'avait pas transporté assez haut sur la lagune, la veille, les corps putrescents et trop faibles des blessés. La [108] marée recouvrait l'endroit; ils n'avaient pas eu la force de bouger; ils devaient être noyés à l'heure qu'il était. Il vit des corps qui flottaient au fil de l'eau.

De bonne heure, ce jour-là, 7 août, la radio japonaise diffusa pour la première fois un communiqué succinct que très peu (s'il y en eut) des gens qu'il intéressait au premier chef - à savoir les survivants de Hiroshima - eurent la chance d'entendre : « Hiroshima a subi des dégâts considérables, du fait d'un raid exécuté par quelques B-29. Il semble qu'un nouveau type de bombe ait été utilisé. Des investigations sont en cours » . Il n'est guère plus probable qu'aucun des survivants se trouva même d'entendre la retransmission sur ondes courtes d'une extraordinaire déclaration du Président des États-Unis d'Amérique, qui révélait la véritable identité de la bombe atomique : « Cette bombe avait plus de puissance que vingt mille tonnes de trinitrotoluène. Plus de deux mille fois la puissance de souffle [109] du grand Slam des Anglais, qui est la bombe la plus grosse que l'on ait employée jusqu'ici, dans l'histoire de l'art militaire. » Celles d'entre les victimes qui étaient à même de se soucier tant soit peu de ce qui s'était passé, y pensaient et en parlaient en termes plus primitifs, plus enfantins : du pétrole vaporisé par un avion, peut-être ; un gaz inflammable; un énorme bouquet de bombes incendiaires ; l'oeuvre de parachutistes. Mais eussent-ils connu la vérité, ces gens-là, que la plupart d'entre eux étaient bien trop occupés, ou las, ou blessés, et qu'il leur eût été bien égal de savoir qu'ils avaient servi de cobayes et que l'on avait expérimenté sur eux pour la première fois à une grande échelle l'énergie atomique, énergie que seuls de tous les pays (comme le criait la voix sur les ondes [109] les États-Unis, avec leur savoir-faire industriel, leur puissance financière prête à miser deux billions de dollars sur une issue hasardeuse mais

sleep, either; the children, in spite of being very sick, were interested in everything that happened. They were delighted when one of the city's gas-storage tanks went up in a tremendous burst [64] of flame. Toshio, the boy, shouted to the others to look at the reflection in the river. Mr. Tanimoto, after his long run and his many hours of rescue work, dozed uneasily. When he awoke, in the first light of dawn, he looked across the river and saw that he had not carried the festered, limp bodies high enough on the sandspit the night before. The tide had risen above where he had put them; they had not had the strength to move; they must have drowned. He saw a number of bodies floating in the river.

EARLY THAT day, August 7th, the Japanese radio broadcast for the first time a succinct announcement that very few, if any, of the people most concerned with its content, the survivors in Hiroshima, happened to hear: "Hiroshima suffered considerable damage as the result of an attack by a few B-29s. It is believed that a new type of bomb was used. The details are being investigated." Nor is it probable that any of the survivors happened to be tuned in on a shortwave rebroadcast of an extraordinary announcement by the President of the United States, which identified the new bomb as atomic: "That bomb had more power than twenty thousand tons of TNT. It had more than two thousand times the blast power of the British Grand Slam which is the largest bomb ever yet used in the history of warfare." Those victims who were able to worry at all about what had happened thought of it and discussed it in more primitive, childish terms—gasoline sprinkled from an airplane, maybe, or some combustible [65] gas, or a big cluster of incendiaries, or the work of parachutists; but, even if they had known the truth, most of them were too busy or too weary or too badly hurt to care that they were the objects of the first great experiment in the use of atomic power, which (as the voices on the short-wave shouted) no country except the United States, with its industrial know-how, its willingness to throw two billion gold dollars into an important wartime

dormir; los niños, a pesar de sentirse muy enfermos, se interesaban en todo lo que estaba ocurriendo. Les encantó que uno de los tanques de gas saltara en llamas con un tremendo estallido. Toshio, el niño, llamó a gritos a los demás para que se fijaran en el reflejo sobre el río. El señor Tanimoto, después de su larga carrera y sus muchas horas de trabajos de rescate, dormitaba nerviosamente. Al despertar se dio cuenta, con las primeras luces del alba, de que la noche anterior no había llevado los cuerpos flojos y purulentos tan arriba como era necesario. La marea había subido hasta donde los había puesto; los heridos no habían tenido fuerzas para moverse; seguramente se habían ahogado. Podía ver varios cuerpos flotando en el río. [62]

En la mañana del 7 de agosto, la radio japonesa emitió por primera vez un breve anuncio que llegaron a escuchar muy pocas de las personas interesadas en su contenido: los sobrevivientes de Hiroshima. «Hiroshima sufrió daños considerables como resultado de un ataque realizado por varios B-29. Se cree que un nuevo tipo de bomba fue utilizado. Los detalles están siendo investigados.» Tampoco es probable que ninguno de los sobrevivientes se encontrara en sintonía cuando la onda corta transmitió un anuncio extraordinario del presidente de los Estados Unidos, que identificaba la nueva bomba como atómica. «Esa bomba tenía más potencia que veinte mil toneladas de TNT. Tenía más de dos mil veces la potencia del Grand Slam británico, la bomba más grande jamás usada en la historia de las guerras.» Las víctimas que eran aun capaces de preocuparse acerca de lo sucedido lo veían en términos bastante más primitivos e infantiles: gasolina rociada desde un avión, quizás, o algún gas combustible, o una bomba incendiaria de dispersión, o la labor de un paracaidista; pero incluso si hubieran conocido la verdad, casi todos estaban demasiado ocupados o demasiado cansados o demasiado heridos para que les importara haber sido objetos del primer gran experimento en el uso de la energía atómica, el cual (como lo anunciaba a gritos la onda corta) ningún país, salvo los Estados Unidos, con su saber industrial, su disposición a arrojar dos millones de dólares en una importante

tampoco; los niños, a pesar de estar bastante enfermos, se interesaban muchísimo por todo lo que sucedía. Se sintieron encantados cuando uno de los grandes tanques de gas de la ciudad voló en un tremendo estallido de fuego. Toshio, el varón, les gritó a los otros que mirasen el reflejo en el río. El señor Tanimoto, después de su larga carrera y de las muchas horas de salvamento, dormitó intranquilo. Cuando se despertó, con las primeras luces del alba, miró al otro lado del río y comprobó que no había llevado a los cuerpos heridos y enflaquecidos lo bastante alto en el banco de [74] arena. La marea había subido por encima del lugar donde él los había puesto; no tenían fuerzas suficientes para moverse; debían de haberse ahogado. Vio una cantidad de cadáveres flotando en el río.

Ese día, 7 de agosto, muy temprano, la estación de radio japonesa transmitió por primera vez un sucinto anuncio que muy pocos, o quizá ninguno de los que más tenían que ver con él, o sea los sobrevivientes de Hiroshima, oyeron:

«Hiroshima sufrió un daño considerable como resultado de un ataque por parte de algunos B-29. Se cree que se usó un nuevo tipo «de bomba. Están investigándose los detalles.»

Tampoco es probable que ninguno de los sobrevivientes haya sintonizado la retransmisión en onda corta de un extraordinario anuncio hecho por el presidente de los Estados Unidos, quien identificó la nueva bomba como atómica:

«Esa bomba tiene más poder que veinte mil toneladas de T.N.T. Tiene más de veinte veces la capacidad explosiva que la Gran Bomba Británica, que es la mayor jamás usada hasta hoy en la historia del material de guerra.»

Aquellas víctimas que podían preocuparse acerca de lo que había sucedido pensaban en ello en términos más infantiles, y los discutían de igual manera: gasolina arrojada desde un avión, quizá, o algún gas combustible, o una gruesa de bombas incendiarias, o la obra de paracaidistas; pero, aunque hubieran sabido la verdad, la mayoría de ellos estaban demasiado ocupados o demasiado gravemente heridos para que les interesase saber que [75] habían sido el blanco del primer gran experimento en el uso del poder atómico, que (cómo rugían las voces de la onda corta) ningún país salvo los Estados Unidos, con su poderío industrial, su deseo de arrojar dos mil millones de dólares oro en un importante juego

capitale de la guerre, étaient à même de produire. [110]

M. Tanimoto en voulait toujours furieusement aux médecins. Il décida que rien ne l'empêcherait, personnellement, d'en ramener un au parc Asano, par la **peau du cou**, s'il le fallait. Il traversa la rivière, passa devant le temple shintoïste où il s'était rencontré un bref instant avec sa femme, la veille, et poussa jusqu'au Champ de Manoeuvre de l'Est. L'endroit était désigné depuis longtemps comme zone d'évacuation ; il avait donc toute chance, se disait-il, d'y trouver une ambulance. Il en trouva une, effectivement, où opérait un groupe médical de l'armée, mais eut tôt fait de s'apercevoir aussi que les médecins de ce groupe étaient désespérément surchargés de travail : par milliers les patients gisaient, sur le champ de manoeuvre, devant l'ambulance, mêlés aux cadavres. Il n'en alla pas moins droit à l'un des majors et lui dit, sur le ton de reproche le plus sévère qu'il put : « Comment se fait-il qu'aucun de vous ne soit venu au parc Asano ? On a pourtant terriblement besoin de vous là-bas. »

Sans même lever la tête, sans s'interrompre dans son travail, le major répondit d'une voix exténuée :
- Mon poste est ici. [111]

- Mais il y a des tas de gens qui se meurent sur l'autre rive.

- Notre premier devoir, rétorqua le major, est de prendre soin des blessés légers.

- Pourquoi, quand il est tant de blessés graves au bord de la rivière ? »

Le major passa à un autre patient.
- Dans une catastrophe comme celle-ci, dit-il, et il semblait réciter la théorie, la première tâche est de secourir le plus grand nombre possible de gens, de sauver autant de vies que possible. Il n'y a aucun espoir de sauver les blessés graves. Ils sont condamnés. Nous n'avons que faire d'eux.

- Vous avez peut-être raison du point de vue médical... » commença M. Tanimoto, puis reportant son regard sur le champ de manoeuvre où tant de morts gisaient, intimement mêlés et enchevêtrés à ceux qui respiraient encore, il se détourna sans achever sa phrase, furieux contre lui-même à présent. Il ne savait que faire. Il avait promis à certains des agonisants, dans le parc, de revenir avec un médecin; ces gens, peut-être, mourraient avec le sentiment d'avoir été frustrés. Apercevant une cantine

gamble, could possibly have developed.

MR. TANIMOTO was still angry at doctors. He decided that he would personally bring one to Asano Park—by the **scruff of the neck**, if necessary. He crossed the river, went past the Shinto shrine where he had met his wife for a brief moment the day before, and walked to the East Parade Ground. Since this had long before been designated as an evacuation area, he thought he would find an aid station there. He did find one, operated by an Army medical unit, but he also saw that its doctors were hopelessly overburdened, with thousands of patients sprawled among corpses across the field in front of it. Nevertheless, he went up to one of the Army doctors and said, as reproachfully as he could, "Why have you not come to Asano Park? You are badly needed there."

Without even looking up from his work, the doctor said in a tired voice, "This is my station."

"But there are many dying on the riverbank over there." [66]

"The first duty," the doctor said, "is to take care of the slightly wounded."

"Why—when there are many who are heavily wounded on the riverbank?"

The doctor moved to another patient. "In an emergency like this," he said, as if he were reciting from a manual, "the first task is to help as many as possible—to save as many lives as possible. There is no hope for the heavily wounded. They will die. We can't bother with them."

"That may be right from a medical standpoint—" Mr. Tanimoto began, but then he looked out across the field, where the many dead lay close and intimate with those who were still living, and he turned away without finishing his sentence, angry now with himself. He didn't know what to do; he had promised some of the dying people in the park that he would bring them medical aid. They might die feeling cheated. He saw a ration stand at one side of the field, and

apuesta de guerra, habría podido desarrollar.

El señor Tanimoto todavía estaba enfadado con los doctores. Decidió encargarse personalmente de que alguno viniera al parque Asano, tirándolo del **cuello** si era necesario. Cruzó el río, pasó junto al templo Shinto en el cual se había encontrado brevemente [63] con su esposa el día anterior, y caminó hasta la Plaza de Armas del Oriente. Pensó que aquí podría encontrar una estación de auxilio, puesto que el lugar había sido señalado con mucha anticipación como zona de refugio. Encontró la estación: la operaba una unidad médica del Ejército. Pero también encontró que sus doctores estaban completamente sobrecargados, con miles de pacientes desparrramados a lo largo del campo, entre cuerpos sin vida. Sin embargo, se aproximó a uno de los médicos militares y le dijo, en tono enfático de reproche: «Por qué no han venido ustedes al parque Asano? Los necesitan con urgencia».

Sin siquiera levantar la cabeza de su trabajo, el doctor dijo, con voz cansada: «Mi estación esta aquí».

«Pero la gente se está muriendo en la orilla del río.»

«La primera obligación», dijo el doctor, «es ocuparse de los heridos más leves».

«¿Por qué los más leves, cuando hay muchos gravemente heridos en la orilla?»

El doctor avanzó hacia otro paciente. «En una emergencia como ésta», dijo como si recitara de un manual, «la primera tarea es ayudar al mayor número posible, salvar tantas vidas como sea posible. Para los heridos graves no hay esperanzas. Morirán. No podemos preocuparnos por ellos».

«Eso puede ser cierto, desde un punto de vista médico», comenzó el señor Tanimoto. Pero entonces miró hacia el campo, donde los muchos muertos yacían en una especie de intimidad junto a los que aún vivían, y se dio la vuelta sin siquiera terminar su frase, enfadado consigo mismo. No sabía qué hacer; había prometido a algunos moribundos del parque que les llevaría ayuda médica. Tal vez morirían sintiéndose engañados. Vio un puesto de racionamiento a un

de azar guerrero, podía haber llevado a cabo.

El señor Tanimoto estaba todavía enojado con los médicos. Decidió traer uno personalmente al parque Asano... arrastrándolo por el **cuello**, si era necesario. Cruzó el río, pasó el templo sintoísta donde el día anterior se había encontrado con su esposa por breves instantes, y caminó hacia el Campo de Desfile del Este. Puesto que tiempo atrás éste había sido designado zona de evacuación, pensó encontrar allí una estación sanitaria. Encontró una, efectivamente, atendida por un cuerpo médico del ejército, pero vio también que los doctores estaban terriblemente sobrecargados de trabajo, con miles de pacientes mezclados a los cadáveres que yacían en el campo frente a la estación. No obstante, se acercó a uno de los médicos militares, y le dijo, con el tono de reproche más convincente que pudo:

—¿Por qué no han venido al parque Asano? Allí se los necesitan muchísimo.

Sin siquiera levantar la vista de su tarea, el doctor dijo, con voz cansada:
—Este es mi puesto.

—Pero allá hay muchos que están muriéndose a la orilla del río...

—El primer deber —dijo el médico— es cuidar de los heridos leves.

—¿Por qué, puesto que junto al río hay tantos gravemente heridos?

El doctor fue junto a otro paciente.
—En una emergencia como ésta —contestó, [76] como si estuviera recitando la lección de un manual — la primera tarea es atender a la mayor cantidad posible... salvar la mayor cantidad posible de vidas. No hay esperanzas para los heridos graves. Morirán. No podemos molestarnos por ellos.

—Eso será desde un punto de vista estrictamente médico... —comenzó el señor Tanimoto, pero luego miró al campo, donde los muchos muertos yacían en íntima proximidad con los que aún vivían, y se fue sin terminar la frase, enojado esta vez consigo mismo. No sabía qué hacer; les había prometido a algunos de los moribundos del parque que les llevaría ayuda médica. Podían morir sintiéndose engañados. A un costado del campo vio un puesto de víveres; fue hacia

improvisée, à un bout dû champ, il y alla, réclama des gâteaux de riz et des biscuits [112] qu'il ramena, au lieu de médecins, aux gens du parc.

L'air, ce matin-là, était aussi brûlant que la veille. Le Père Kleinsorge se mit en quête d'eau pour les blessés, armé d'une bouteille et d'une théière qu'il avait empruntées. Il avait entendu dire qu'on pouvait trouver de l'eau de robinet, fraîche, à l'extérieur du parc Asano. Traversant le jardin en rocaille, il lui fallut escalader et enjamber les troncs d'arbres gisants, ou ramper sous leur enchevêtrement ; il s'aperçut qu'il était faible. Il y avait de nombreux morts dans le jardin. Près d'un fort beau pont en demi-lune, il passa devant le corps nu d'une femme qui vivait encore : elle semblait n'être qu'une brûlure, de la tête aux pieds, une seule plaie vive, rouge. Près de l'entrée du parc, un major de l'armée était à l'oeuvre ; mais il n'avait pour tout médicament que de la teinture d'iode, dont il barbouillait, indifféremment, coupures, meurtrissures, brûlures visqueuses, n'importe quoi et déjà les plaies barbouillées [113] de la sorte se recouvraient de puy. Hors de la grille du parc, le Père Kleinsorge dénicha un robinet qui fonctionnait encore - parmi la plomberie de ce qui avait été une maison - remplit bouteille et théière et retourna sur, ses pas. Ayant distribué toute son eau aux blessés, il fit un second voyage. Il se rendit compte cette fois que la femme nue, près du pont, était morte. Revenant avec sa nouvelle provision d'eau, il se perdit par la faute d'un détour que lui imposa le tronc d'un arbre abattu. Alors qu'il cherchait à se retrouver parmi les bosquets, il entendit une voix montant des broussailles, qui demandait : « Avez-vous quelque chose à boire ? » Il vit un uniforme. Croyant ne trouver là qu'un seul soldat, il s'approcha avec son eau. Lorsqu'il eut pénétré dans les broussailles, il vit qu'ils étaient une vingtaine, tous exactement dans le même état de cauchemar : le visage entièrement brûlé, les orbites vides, les yeux fondus se répandant en humeur sur les joues. (Ils avaient dû se tenir le visage levé vers le ciel, lors de l'explosion de la bombe; peut-être faisaient-ils partie de la D. C. A.) En place de bouche, ils n'avaient qu'une plaie, enflée, couverte de pus, si douloureuse qu'ils n'arrivaient même [114] pas à entrouvrir les lèvres pour y insérer le bec de la théière. Ce qui fit que le Père Kleinsorge, s'étant procuré une forte tige d'herbe, la dépouilla de façon à en faire un chalumeau et leur administra à tous ainsi à boire. L'un d'eux déclara : « Je n'y vois plus du tout. » Le religieux lui répondit, de la voix la plus réconfortante qu'il put : « Il y a un major à l'entrée du parc. Il est très occupé en ce moment, mais il ne tardera pas à venir vous soigner les yeux, j'espère ».

he went to it and begged some rice cakes and biscuits, and he took them back, in lieu of doctors, to the people in the park.

THE MORNING, again, was hot. Father Kleinsorge went to fetch water for the wounded in a bottle and a teapot he had borrowed. He had heard that it was possible to get fresh tap water outside Asano Park. Going through the **rock** gardens, he had to climb over and crawl under the trunks of fallen pine trees; he found he was weak. There were many dead in the gardens. At a beautiful [67] moon bridge, he passed a naked, living woman who seemed to have been burned from head to toe and was red all over. Near the entrance to the park, an Army doctor was working, but the only medicine he had was iodine, which he painted over cuts, bruises, slimy burns, everything—and by now everything that he painted had pus on it. Outside the gate of the park, Father Kleinsorge found a faucet that still worked—part of the plumbing of a vanished house—and he filled his **vessels** and returned. When he had given the wounded the water, he made a second trip. This time the woman by the bridge was dead. On his way back with the water, he got lost on a detour around a fallen tree, and as he looked for his way through the woods, he heard a voice ask from the underbrush, “Have you anything to drink?” He saw a uniform. Thinking there was just one soldier, he approached with the water. When he had penetrated the bushes, he saw there were about twenty men, and they were all in exactly the same nightmarish state: their faces were wholly burned, their eyesockets were hollow, the fluid from their melted eyes had run down their cheeks. (They must have had their faces **upturned** when the bomb went off; perhaps they were anti-aircraft personnel.) Their mouths were mere swollen, pus-covered wounds, which they could not bear to stretch enough to admit the spout of the teapot. So Father Kleinsorge got a large piece of grass and drew out the stem so as to make a straw, and gave them all water to drink that way. One [68] of them said, “I can't see anything.” Father Kleinsorge answered, as cheerfully as he could, “There's a doctor at the entrance to the park. He's busy now, but he'll come soon and fix your eyes, I hope.”

lado del campo, y fue a pedir pasteles de arroz y galletas, y los llevó al parque en vez de doctores. [64]

De nuevo era una mañana caliente. El padre Kleinsorge fue a buscar agua para los heridos con una botella y una tetera que había tomado prestadas. Había escuchado que era posible conseguir agua fresca fuera del parque Asano. Al atravesar los jardines _____, tuvo que escalar por encima y gatear por debajo de los pinos caídos; se sintió débil. Había muchos muertos en los jardines. Cerca de un hermoso puente de mediana luna encontró a una mujer desnuda que parecía estar quemada de la cabeza a los pies, y todo su cuerpo estaba colorado. Un médico militar estaba trabajando cerca de la entrada del parque, pero no tenía más que yodo, y lo aplicaba sobre heridas, raspaduras, quemaduras pegajosas; y ahora todo lo que había cubierto con yodo aparecía lleno de pus. Del otro lado de las puertas del parque el padre Kleinsorge encontró un grifo que aún funcionaba —parte de la tubería de una casa desaparecida—, llenó sus **recipientes** y regresó. Cuando hubo dado agua a los heridos, hizo un segundo viaje. Esta vez encontró a la mujer del puente muerta. Regresando con el agua se perdió en un desvío alrededor de un tronco caído, y al buscar el camino entre los árboles escuchó una voz que venía desde los arbustos y le preguntaba: «¿Tiene algo de beber?». El padre Kleinsorge vio un uniforme. Pensando que se trataba de solamente un soldado, se acercó con el agua. Cuando entró en los arbustos se dio cuenta de que había unos veinte hombres, todos en el mismo estado de pesadilla: sus caras completamente quemadas, las cuencas de sus ojos huecas, y el fluido de los ojos derretidos resbalando por sus mejillas. (Debieron de estar **mirando hacia arriba** cuando estalló la bomba; tal vez fueran personal antiaéreo.) Sus bocas no eran más que heridas hinchadas y cubiertas de pus, que no soportaban abrir lo necesario para recibir el pico de la tetera. Así que el padre Kleinsorge tomó una gruesa hoja de hierba y le sacó el tallo para hacer una pajita, y en esa [65] forma les dio de beber. «No puedo ver», dijo uno de ellos. El padre Kleinsorge repuso tan alegremente como pudo: «Hay un doctor a la entrada del parque. Ahora está ocupado, pero pronto vendrá, y sin duda podrá ocuparse de sus ojos».

él y pidió algunos pasteles de arroz y bizcochos y se los llevó, en lugar del auxilio médico prometido, a la gente del parque.

La mañana era cálida otra vez. El padre Kleinsorge fue a buscar agua para los heridos en una botella y una tetera que había pedido prestadas. Había oído que era posible conseguir agua fresca fuera del parque Asano. Atravesando los jardines **rocosos**, tuvo que saltar o arrastrarse por debajo de los troncos de árboles caídos; se dio cuenta de que estaba débil. Había muchos muertos en los jardines. En un bonito puente curvado se encontró con una mujer viva, desnuda, que parecía quemada de la cabeza a los pies, y que estaba toda roja. Cerca de la entrada del parque estaba trabajando un médico militar, pero la única medicina que tenía era iodina, con la que pintaba las cortaduras, los raspones, las heridas superficiales, etcétera; y para entonces, todo lo que pintaba estaba con pus. Fuera del portón del parque el padre Kleinsorge encontró una canilla que funcionaba —parte de [77] la instalación de una casa desaparecida —, llenó sus **trastos** y regresó. Cuando hubo dado el agua a los heridos hizo un segundo viaje. Esta vez, la mujer del puente estaba muerta. Cuando volvía con el agua se extravió al rodear un gran árbol caído, y mientras buscaba su camino entre los bosques oyó una voz que le preguntaba desde la maleza: —¿Tiene algo para beber?

Vio un uniforme. Pensando que había allí solamente un soldado, se acercó con el agua. Cuando penetró entre los arbustos, distinguió a una veintena de hombres, y todos estaban en idéntica condición, como salidos de una pesadilla: las caras totalmente quemadas, las cuencas vacías, y el líquido de sus ojos derretidos les corría por las mejillas. (Debían de haber tenido las caras vueltas _____ 'hacia arriba al estallar la bomba; quizá eran personal de defensa antiaérea.) Las bocas eran sólo heridas cubiertas de pus, y no podían abrirlas lo bastante para atrapar el pico de la tetera. De modo que el padre Kleinsorge cortó una larga brizna de hierba, le quitó el tallo para hacer con él un tubito, y les dio agua en esa forma. Uno de ellos dijo: —No veo nada.

El padre Kleinsorge respondió, lo más animosamente que pudo

—Hay un médico a la entrada del parque. Ahora está ocupado, pero pronto vendrá y les curará los ojos, espero.

Depuis ce jour, le Père Kleinsorge s'est plus d'une fois rappelé combien, auparavant, la simple vue de la souffrance agissait sur ses nerfs, lui donnait la nausée, combien de fois il avait été près de s'évanouir devant une coupure au doigt d'un étranger. Et pourtant, dans ce parc, il avait à ce point perdu toute sensibilité, qu'à peine avait-il laissé derrière lui cet horrible spectacle, il s'arrêta dans une petite allée, près d'un des lacs, et entama avec un homme légèrement blessé une discussion, tous deux se demandant si l'on pourrait en toute sécurité manger l'énorme carpe de soixante centimètres qui flottait, ventre en l'air, à la surface de l'eau, pour décider, après mûre considération, que ce ne serait pas sage. [115]

Le Père Kleinsorge remplit pour la troisième fois ses récipients, puis retourna au bord de la rivière. Là, parmi morts et mourants, il vit une jeune femme, armée d'une aiguille et de fil, occupée à réparer son kimono, légèrement déchiré. Le Père Kleinsorge la plaisanta en passant : « Eh bien, eh bien, en voilà une coquette ! » Elle rit.

Se sentant fatigué, il s'étendit sur le sol. Il se mit à bavarder avec deux enfants charmants dont il avait fait la connaissance au cours de J'après-midi de la veille. Il apprit qu'ils s'appelaient Kataoka, que la fille avait treize ans, le garçon cinq. La fille s'apprenait à aller chez le coiffeur quand la bombe avait explosé. Alors que la famille se mettait en route pour le parc Asano, la mère avait décidé de retourner chercher de quoi manger et se changer ; ils l'avaient perdue dans la foule en panique et ne l'avaient pas revue depuis. Occasionnellement, ils s'arrêtèrent brusquement de jouer, oublièrent leur parfaite bonne humeur et se mirent à pleurer en appelant leur mère.

On ne pouvait s'attendre à voir tous les enfants qui se trouvaient dans le parc entretenir en eux le sens de la tragédie. [116] Toshio Nakamura fut pris d'une vive surexcitation en voyant son ami Seichi Sato remonter la rivière à bord d'une barque, en compagnie de sa famille; il courut au bord de l'eau, faisant signe de la main et criant : « Sato ! Sato ! »

Le jeune garçon tourna la tête et cria en retour :
- Qui est-ce a
- Nakamura.
- O-ho, Toshio !
- Vous n'avez rien, vous autres ?
- Non. Et vous ?
- Oh! nous, ça va. Mes sœurs vomissent, mais moi, je suis en

Since that day, Father Kleinsorge has thought back to how queasy he had once been at the sight of pain, how someone else's cut finger used to make him turn faint. Yet there in the park he was so **benumbed** that immediately after leaving this horrible sight he stopped on a path by one of the pools and discussed with a lightly wounded man whether it would be safe to eat the fat, two-foot carp that floated dead on the surface of the water. They decided, after some consideration, that it would be unwise.

Father Kleinsorge filled the containers a third time and went back to the riverbank. There, amid the dead and dying, he saw a young woman with a needle and thread mending her kimono, which had been slightly torn. Father Kleinsorge **joshed** her. "My, but you're a dandy!" he said. She laughed.

He felt tired and lay down. He began to talk with two engaging children whose acquaintance he had made the afternoon before. He learned that their name was Kataoka; the girl was thirteen, the boy five. The girl had been just about to set out for a barbershop when the bomb fell. As the family started for Asano Park, their mother decided to turn back for some food and extra clothing; they became separated from her in the crowd of **fleeing** people, and they had not seen her [69] since. Occasionally they stopped suddenly in their perfectly cheerful playing and began to cry for their mother.

It was difficult for all the children in the park to sustain the sense of tragedy. Toshio Nakamura got quite excited when he saw his friend Seichi Sato riding up the river in a boat with his family, and he ran to the bank and waved and shouted, "Sato! Sato!"

The boy turned his head and shouted, "Who's that?"
"Nakamura."
"Hello, Toshio!"
"Are you all safe?"
"Yes. What about you?"
"Yes, we're all right. My sisters are vomiting, but I'm

Desde ese día, el padre Kleinsorge ha recordado los mareos que sentía en presencia del dolor, la forma en que un corte en el dedo de otra persona solía provocarle desmayos. Y sin embargo allí, en el parque, estaba tan **anestesiado** que inmediatamente después de aquella horrible escena se detuvo en un sendero, cerca de una de las piscinas, y discutió con un hombre levemente herido acerca de la conveniencia de comerse una gruesa carpa de casi un metro de largo que flotaba muerta sobre el agua. Decidieron, después de ciertas consideraciones, que sería poco prudente.

El padre Kleinsorge llenó por tercera vez los contenedores y regresó a la orilla del río. Allí, entre muertos y moribundos, vio a una joven que intentaba arreglar con aguja e hilo su kimono rasgado. El padre Kleinsorge **bromeó** con ella. «Pero si eres una dandi», le dijo. Ella rió.

Se sintió cansado y se recostó un instante. Comenzó a hablar con dos niños encantadores a quienes había conocido la tarde anterior. Su apellido era Kataoka; la niña tenía trece años, el niño cinco. La niña había estado a punto de partir hacia una barbería cuando cayó la bomba. Cuando la familia empezó a caminar hacia el parque Asano, la madre decidió devolverse a buscar algo de comida y ropa de recambio; en medio de la multitud **que huía**, los niños quedaron separados de su madre, y no la habían visto desde entonces. De vez en cuando se detenían, en medio de un juego perfectamente alegre, y se ponían a llorar por ella.

A todos los niños del parque les resultaba difícil mantener el sentido de tragedia. Toshio Nakamura se emocionó cuando vio [66] a su amigo Seichi Sato montado en un bote con su familia, y corrió a la orilla y lo saludó y gritó: «¡Sato! ¡Sato!».

El otro niño se dio vuelta y preguntó: «¿Quién está ahí?».
«Nakamura.»
«¡Hola, Toshio!»
«¿Estáis todos a salvo?»
«Sí. ¿Y vosotros?»
«Sí, estamos bien. Mis hermanas vomitan todo el tiempo, pero yo estoy

Desde ese día, el padre Kleinsorge pensó muchas veces cuán débil había sido una vez a la vista del sufrimiento, cómo una simple cortadura en el dedo de alguien lo hacía vacilar. Y sin embargo en el parque estaba ya tan **endurecido**, que inmediatamente después de apartarse de ese horrible espectáculo se detuvo en un sendero junto a uno de los estanques y con un hombre que estaba levemente herido discutió acerca de si sería o no prudente [78] comerse una carpa gorda, de más de medio metro de largo, que flotaba en la superficie del agua. Después de algunas consideraciones, decidieron que sería arriesgado.

El padre Kleinsorge llenó sus recipientes por tercera vez y se dirigió a la orilla del río. Allí, en medio de los muertos y moribundos, vio una mujer joven que, con una aguja e hilo, remendaba su quimono, que tenía una pequeña desgarradura. El padre Kleinsorge **bromeó** con ella
— ¡Vaya, qué elegante! —le dijo. La mujer rió.

Se sintió cansado y se acostó. Comenzó a conversar con dos simpáticos chicos que había conocido la tarde anterior. Supo que se llamaban Kataoka; la niña tenía trece años; el varón, cinco. Ella estaba a punto de salir rumbo a una barbería cuando cayó la bomba. Cuando la familia emprendió camino hacia el parque Asano, la madre decidió volverse en busca de comida y ropa; se separaron de ella en la multitud de **gente que huía**, y no habían vuelto a verla. Ocasionalmente, se detenían de golpe en medio de sus juegos alegres y lloraban reclamando a su madre.

Era difícil que todos los niños que estaban en el parque pudiesen captar la dimensión de la tragedia. Toshio Nakamura se excitó mucho cuando vio a su amigo Seichi Sato remontando el río en un bote con su familia, corrió a la orilla, agitó la mano y gritó:
— ¡Sato! ¡Sato!

El otro muchachito volvió la cabeza y preguntó:
— ¿Quién me llama?
— Nakamura.
— ¡Hola, Toshio !
— ¿Están bien todos ustedes?
— Sí. ¿Y ustedes?
— Estamos bien. Mis hermanas vomitan, pero yo estoy muy

forme. »

Le Père Kleinsorge se prit à avoir soif, dans la grande chaleur, en même temps qu'il ne se sentait plus la force de retourner chercher de l'eau. Peu avant midi, il aperçut une Japonaise qui tendait aux gens quelque chose. Bientôt, elle arriva devant lui et dit, d'une voix pleine de bonté : « Prenez ces feuilles de thé; mâchez-les bien, 10 jeune homme, et vous ne sentirez plus la soif. » La douceur de cette femme donna subitement au Père Kleinsorge envie de pleurer. Depuis des semaines, il avait senti peser sur lui, comme un énorme poids, la haine que les Japonais semblaient professer de [117] plus en plus pour les étrangers ; il en avait conçu une gêne, même à l'égard de ses amis japonais. Le geste de cette inconnue fit vibrer à l'extrême ses nerfs à vif 20 et tendus.

Aux environs de midi, les prêtres arrivèrent du noviciat, avec la charrette à bras. Ils étaient passés par l'endroit 25 où s'était tenue la mission, en ville, et avaient récupéré quelques valises, déposées dans l'abri, avant l'explosion, en même temps que recueilli ce qui restait des vases saints, fondus parmi les 30 cendres de la chapelle. Ils eurent tôt fait de charger sur la charrette la mallette en carton-pâte du Père Kleinsorge et les effets et objets appartenant à Mme Murata et aux Nakamura, puis 35 s'apprêtèrent à se mettre en chemin, ayant installé à bord les deux fillettes Nakamura. Mais un des jésuites, homme d'esprit pratique, se souvint qu'on leur avait notifié, peu de temps auparavant, 40 qu'au cas où ils viendraient à subir des dommages de guerre du fait de l'ennemi, ils seraient en droit de formuler une demande de compensation auprès de l'autorité préfectorale. Les saints hommes débattirent la question sur place, dans le parc, au milieu des blessés et des morts, également muets, et décidèrent [118] que le Père Kleinsorge, en qualité d'ancien résident de la mission 50 détruite, était celui à qui il appartenait d'introduire la demande. En sorte que, pendant que ses collègues s'éloignaient avec la charrette, le Père Kleinsorge dit au revoir aux enfants Kataoka et se mit 55 en route à pas pesants, à destination du poste de police le plus proche. Des agents de police immaculés, venus en renfort d'une autre ville, occupaient le poste ; autour d'eux se pressait une 60 foule sale de citoyens en désarroi, s'enquérant, pour la plupart, de parents disparus. Le Père Kleinsorge remplit une formule et se remit en marche, à travers le centre de la ville, en direction de 65 Nagatsuka. Ce fut à ce moment qu'il se rendit compte pour la première fois de l'étendue du désastre: de pâté en pâté de maisons, ce n'étaient que ruines;

fine.”

Father Kleinsorge began to be thirsty in the dreadful heat, and he did not feel strong enough to go for water again. A little before noon; he saw a Japanese woman handing something out. Soon she came to him and said in a kindly voice, 10 “These are tea leaves. Chew them, young man, and you won't feel thirsty.” The woman's gentleness made Father Kleinsorge suddenly want to cry. For weeks, he had been feeling oppressed by the hatred of foreigners that the Japanese seemed increasingly to show, and he had been uneasy even with his Japanese friends. This stranger's gesture made him a little hysterical.

* palabras como estas palabras dan caracter humano y a la pertenencia de las cosas vinculadas a las personas

Around noon, the priests arrived from the Novitiate with the handcart. They had been to the site of the [70] mission house in the city and had retrieved some suitcases that had been stored in the air-raid shelter and had also 30 picked up the remains of melted holy vessels in the ashes of the chapel. They now packed Father Kleinsorge's **papier-mâché*** suitcase and the things belonging to Mrs. Murata and the Nakamuras into the cart, put the two Nakamura girls aboard, and prepared to start out. Then one of the Jesuits who had a practical turn of mind remembered that they had been notified some time before that if they suffered property damage at the hands of the enemy, they could enter a claim 45 for compensation with the prefectural police. The holy men discussed this matter there in the park, with the wounded as silent as the dead around them, and decided that Father Kleinsorge, as a former resident of the destroyed mission, was the one to enter the claim. So, as the others went off with the handcart, Father Kleinsorge said goodbye to the Kataoka children and trudged to a police station. Fresh, clean-uniformed policemen from another town were in charge, and a crowd of dirty and disarrayed 60 citizens crowded around them, mostly asking after lost relatives. Father Kleinsorge filled out a claim form and started walking through the center of the town on his way to Nagatsuka. It was then that he first realized the extent of the damage; he passed block after block of ruins, and even after

bien.»

En aquel calor terrible, el padre Kleinsorge comenzó a sentir sed, y no tenía ánimos para ir a buscar agua de nuevo. Poco antes del mediodía vio que una mujer japonesa repartía algo. Pronto llegó a donde él estaba y le dijo con voz amable: «Son hojas de té. Mastíquelas, joven, y se le pasará la sed». La gentileza de la mujer hizo que al padre Kleinsorge le dieran ganas de llorar. Durante semanas se había sentido oprimido por el odio que, cada vez más, los japoneses mostraban hacia los extranjeros, e incluso en compañía de sus amigos japoneses se había sentido incómodo. El gesto de la extraña lo hizo sentirse un poco nervioso.

Alrededor de las doce del día los sacerdotes del noviciado llegaron con la carretilla. Habían ido al terreno de la misión y recuperado algunas maletas que estaban guardadas en el refugio antiaéreo, y habían recogido también los restos de cálices derretidos de entre las cenizas de la capilla. Ahora apilaron sobre la carretilla la malleta _____ del padre Kleinsorge, las pertenencias de la señora Murata y las de los Nakamuras, pusieron a las dos niñas Nakamura encima y se prepararon para partir. Entonces uno de los jesuitas, un hombre muy práctico, recordó que un tiempo atrás les habían notificado que si sufrían daños a la propiedad a manos del enemigo podían presentar una solicitud de compensación a la prefectura de policía. Los religiosos discutieron [67] el asunto allí mismo, en medio del silencio de los heridos, y decidieron que sería el padre Kleinsorge, como antiguo residente de la misión destruida, quien presentaría la solicitud. Así que mientras los demás se iban con la carretilla el padre Kleinsorge se despidió de los niños Kataoka y empezó a caminar hacia una estación de policía. Los policías que estaban a cargo venían de otra ciudad, llevaban un uniforme impecable y tenían aspecto descansado. Una multitud de ciudadanos sucios y desesperados se agolpaba a su alrededor, la mayoría preguntando por familiares desaparecidos. El padre Kleinsorge llenó un formulario y empezó a caminar a través del centro de la ciudad, hacia Nagatsuka. Entonces se percató por primera vez de la magnitud del daño; pasaba junto a manzana tras

bien. [79]

El padre Kleinsorge comenzó a sentir sed en medio del terrible calor, pero no tenía fuerzas suficientes para ir de nuevo en busca de agua. Un poco antes de mediodía, vio a una japonesa que distribuía algo. Pronto estuvo junto a él, y le dijo, con una vocecita amable:

—Estas son hojas de té. Mastíquelas, joven, le quitarán la sed.

La gentileza de la mujer hizo que el padre Kleinsorge sintiese repentinamente deseos de llorar. Durante semanas había estado oprimido por el odio a los extranjeros que los japoneses parecían demostrar en forma creciente, y hasta se había sentido incómodo con sus amigos japoneses. El gesto de esta extranjera lo puso un poco histérico.

Alrededor del mediodía llegaron los sacerdotes del Noviciado con la carreta. Habían estado en las minas de la misión en la ciudad rescatando algunos baúles escondidos en el refugio antiaéreo; también habían recogido los restos de algunas hostias consagradas quemadas de entre las cenizas de la capilla. Ahora colocaron en la carreta la maleta de **cartón** del padre Kleinsorge, las pertenencias de la señora Murata, y a los Nakamura; pusieron a las dos niñas de Nakamura a bordo y se prepararon para partir. Entonces, uno de los jesuitas, que tenía una mentalidad práctica, recordó que algún tiempo antes se les había notificado que si sus bienes sufrían daño a manos del enemigo, podían reclamar compensaciones ante la prefectura de policía. Los sacerdotes discutieron el asunto en el parque, teniendo a los heridos, silenciosos como muertos, a su alrededor, y decidieron que el padre Kleinsorge, como antiguo residente de la destruida misión, era el indicado para presentar la reclamación. Así, mientras los otros se iban con la carreta, el padre Kleinsorge dijo adiós a los niños Kataoka y se encaminó al puesto de [80] policía. Agentes nuevos, con uniformes limpios, provenientes de otra ciudad, estaban a cargo del puesto, y una multitud de ciudadanos sucios y desharrapados se agrupaba a su alrededor, la mayoría preguntando por sus parientes desaparecidos. El padre Kleinsorge puso su reclamo por escrito y comenzó a caminar por el centro de la ciudad con rumbo a Nagatsuka. Fue entonces cuando se dio cuenta de la magnitud del daño; vio manzanas y manzanas en ruinas, y después de todo

même après tout ce qu'il avait vu dans le parc, il en eut le souille coupé. Lorsque enfin il atteignit le noviciat, il n'en pouvait plus de fatigue. Sa dernière pensée, avant de se laisser tomber sur un lit, fut pour les deux petits qui avaient perdu leur mère et qu'il pria quelqu'un d'aller chercher. [119]

L'un dans l'autre, Mlle Sasaki passa deux jours et deux nuits sous son toit de tôle improvisé, seule, avec sa jambe écrasée et ses deux compagnons peu ragoûtants. Pour toute distraction, elle voyait de temps à autre, par une échappée d'angle, de son abri, des hommes entrer et sortir des caves de l'usine et en hisser des cadavres, à l'aide de cordes. Sa jambe perdit toute couleur, enfla, putride... Elle fut tout ce temps-là sans manger ni boire. Le troisième jour, le 8 août, des amis à elle, la croyant morte, vinrent à la recherche de son corps et la trouvèrent. Ils lui racontèrent que sa mère, son père et son petit frère, qui étaient à l'heure de l'explosion à l'hôpital pédiatrique Tamura, où l'on soignait le bébé, étaient tenus pour certainement morts et qu'on avait renoncé à toutes recherches, l'hôpital ayant été totalement détruit. Sur quoi, la laissant méditer cette nouvelle, ses amis s'en allèrent. Plus tard, des hommes l'empoignèrent par les bras et les jambes et la charrièrent ainsi un bon bout de chemin. [120] jusqu'à un camion. Pendant près d'une heure, le camion roula en sautant sur une route défoncée et Mlle Sasaki, qui s'était crue insensibilisée à la douleur, s'aperçut qu'il n'en était rien. Les hommes la descendirent du camion, à un poste de secours du quartier d'Inokuchi, où deux majors de l'armée l'examinèrent. Dès que l'un d'eux s'avisait de toucher sa blessure, elle s'évanouit. Elle reprit connaissance à temps pour les entendre discuter de l'opportunité d'une amputation ; l'un affirmait que la gangrène gazeuse s'était mise dans les lèvres de la plaie et prédisait la mort si l'on ne procédait à l'amputation ; l'autre protestait que ce n'était vraiment pas de chance, mais que les instruments chirurgicaux manquaient pour pratiquer l'opération. Elle s'évanouit à nouveau. Quand elle revint à elle, on l'emportait quelque part sur une civière. On la déposa à bord d'une chaloupe qui la conduisit à l'île, proche, de Ninoshima, où on la remit à un hôpital de l'armée. Un autre major l'examina, déclara qu'il n'y avait pas de trace de gangrène gazeuse, bien qu'elle souffrît évidemment d'une fracture multiple qui avait assez mauvaise mine. Il ajouta, le plus froidement du monde, qu'il était désolé, mais

all he had seen in the park, his breath was taken away. By the time he reached the Novitiate, he was sick with exhaustion. The last thing he did as he fell into bed was request that someone go back for the motherless Kataoka children. [71]

ALTOGETHER, Miss Sasaki was left two days and two nights under the piece of propped-up roofing with her crushed leg and her two unpleasant comrades. Her only diversion was when men came to the factory air-raid shelters, which she could see from under one corner of her shelter, and hauled corpses up out of them with ropes. Her leg became discolored, swollen, and putrid. All that time, she went without food and water. On the third day, August 8th, some friends who supposed she was dead came to look for her body and found her. They told her that her mother, father, and baby brother, who at the time of the explosion were in the Tamura Pediatric Hospital, where the baby was a patient, had all been given up as certainly dead, since the hospital was totally destroyed. Her friends then left her to think that piece of news over. Later, some men picked her up by the arms and legs and carried her quite a distance to a truck. For about an hour, the truck moved over a bumpy road, and Miss Sasaki, who had become convinced that she was dulled to pain, discovered that she was not. The men lifted her out at a relief station in the section of Inokuchi, where two Army doctors looked at her. The moment one of them touched her wound, she fainted. She came in time to hear them discuss whether or not to cut off her leg; one said there was gas gangrene in the lips of the wound and predicted she would die unless they amputated, and the other said that was too bad, because they had no equipment with which to do the job. She fainted again. When she recovered consciousness, she was being carried [72] somewhere on a **stretcher**. She was put aboard a launch, which went to the nearby island of Ninoshima, and she was taken to a military hospital there. Another doctor examined her and said that she did not have **gas gangrene**, though she did have a fairly ugly compound fracture. He said quite coldly that he was sorry, but this

manzana de ruinas, y, a pesar de todo lo que había visto en el parque, la escena le quitó el aliento. Para cuando llegó al noviciado se sentía exhausto. Lo último que hizo al desplomarse sobre la cama fue pedir que alguien fuera en busca de los huérfanos Kataoka.

En total, la señorita Sasaki permaneció dos días y dos noches bajo el trozo de tejado con la pierna rota y los dos desagradables acompañantes. Sólo lograba distraerse cuando grupos de hombres llegaban a los refugios antiaéreos de la fábrica —que ella alcanzaba a ver por debajo de una esquina de su refugio— y sacaban cuerpos de allí, arriándolos con sogas. Su pierna se puso descolorida, hinchada y pútrida. Todo este tiempo estuvo sin comida y sin agua. Al tercer día, 8 de agosto, unos amigos que la creyeron muerta vinieron a buscar su cuerpo, y la encontraron a ella. Le dijeron que su madre, su padre y su hermano pequeño, que al momento de la explosión se encontraban en el Hospital Pediátrico Tamura (en el cual el bebé estaba internado entonces), habían sido dados [68] por muertos, puesto que el hospital había quedado completamente destruido. Sus amigos la dejaron para que reflexionara sobre la noticia. Más tarde unos hombres la tomaron de brazos y piernas y la cargaron durante una distancia considerable para llevarla a un camión. El camión se movió sobre un camino lleno de baches durante cerca de una hora, y la señorita Sasaki, que había llegado a convencerse de haber quedado completamente insensible al dolor, descubrió lo contrario. Los hombres la sacaron del camión en una estación de ayuda de la sección de Inokuchi, donde dos médicos militares la examinaron. En cuanto uno de ellos le tocó la herida, se desmayó. Se despertó a tiempo para escucharlos discutir si debían o no cortarle la pierna; uno dijo que había gangrena gaseosa en los labios de la herida y predijo que la paciente moriría si no amputaban, y el otro dijo que mala suerte, porque carecían de los instrumentos adecuados para la operación. Ella se desmayó de nuevo. Cuando recuperó la conciencia la llevaban a alguna parte sobre una **camilla**. La pusieron a bordo de una lancha en dirección de la isla vecina de Ninoshima, y allí la llevaron a un hospital militar. Otro doctor la examinó y dijo que ése no era un caso de **gangrena gaseosa**, aunque sí había una fractura múltiple de mucho cuidado. Dijo con frialdad que lo sentía mucho, pero aquél era un hospital para

lo que vio en el parque, se quedó sin aliento. Cuando llegó al Noviciado estaba rendido por el agotamiento. Lo último que hizo antes de caer en la cama fue pedir que alguien fuera en busca de los niños Kataoka, que estaban sin madre.

Mientras tanto, a la señorita Sasaki se la dejó dos días con sus noches bajo la chapa retorcida que le servía de techo, con la pierna quebrada y sus dos desagradables compañeros. Su única diversión era cuando venían los hombres de los refugios antiaéreos de la fábrica, a los que podía ver por una esquina de su cobijo, y que izaban los cadáveres con una cuerda. Su pierna se puso descolorida, hinchada y pútrida. Todo ese tiempo careció de comida y de agua. El tercer día, ocho de agosto, algunos amigos que la suponían muerta vinieron a retirar su cuerpo y la encontraron. Le contaron que su madre, su padre y su hermanito, que en el momento de la explosión estaban en el Hospital Pediátrico de Tamura donde el bebé se atendía, eran dados por muertos con toda certeza, ya que el hospital fue completamente destruido. Luego sus amigos la dejaron sola para que meditase esa noticia. Más tarde, unos hombres la tomaron por los brazos y las piernas, y la cargaron durante un largo tramo hasta llegar a un camión. Durante una hora, éste se movió en una carretera irregular, y la [81] señorita Sasaki, que estaba convencida de que ya era inmune al dolor, descubrió que no era así. Los hombres la dejaron en una estación sanitaria en la sección de Inokuchi, donde la examinaron dos médicos del ejército. Cuando uno de los doctores le tocó la herida, se desmayó. Volvió en sí a tiempo para escuchar cómo discutían acerca de si le cortarían o no la pierna; uno dijo que había gangrena en los labios de la herida, y predijo que la señorita moriría a menos que se le amputase el miembro; el otro respondió que lo lamentaba, porque no tenían instrumental con que hacer el trabajo. Ella volvió a desmayarse. Cuando se recobró, la llevaban a algún lado en **camilla**. La pusieron a bordo de una lancha, que fue hasta la cercana isla de Ninoshima, y allí se la llevó a un hospital militar. Otro médico la examinó y dijo que no tenía gangrena, aunque sí una fractura compuesta bastante fea. Dijo con frialdad que lo sentía, pero que ése era un hospital para casos ex-

que l'hôpital ne [121] j'occupait que des cas qui nécessitaient une intervention chirurgicale, et que, n'étant pas menacée de gangrène, elle devrait regagner Hiroshima le soir même. Pourtant, lui ayant pris sa température, ce qu'il lut sur le thermomètre le décida à la garder.

Ce même 8 août, le Père Cieslik retourna en ville pour tâcher de retrouver M. Fukai, le secrétaire japonais du diocèse, qui, malgré qu'il en eût, était sorti de la ville en flammes sur le dos du Père Kleinsorge, pour s'échapper ensuite et revenir en courant, tel un dément, au coeur de l'incendie. Le Père Cieslik commença ses recherches dans le voisinage du pont de Sakai, où les jésuites avaient vu M. Fukai pour la dernière fois ; il poussa jusqu'au Champ de Manoeuvre de l'Est, zone d'évacuation, où le malheureux secrétaire avait pu se réfugier, et le chercha parmi les blessés et les morts qui gisaient là; enfin il alla aux renseignements à la préfecture de police. Il ne put trouver la moindre trace de [122] l'homme. De retour au noviciat, ce soir-là, l'étudiant en théologie, qui partageait à la mission la chambre de M. Fukai, raconta aux prêtres que le secrétaire lui avait déclaré, au cours d'une alerte, un des jours qui avaient précédé immédiatement le bombardement: « Le Japon se meurt. S'il y a un véritable raid sur Hiroshima, mon seul désir sera de mourir avec mon pays. » Les prêtres en conclurent que M. Fukai s'était échappé pour courir s'immoler dans les flammes. Jamais aucun d'eux ne devait le revoir.

A l'hôpital de la Croix-rouge, le docteur Sasaki travailla trois jours d'affilée sans prendre une seule heure de sommeil. Le second jour, il entreprit de recoudre les coupures les plus graves, et au cours de la nuit et du jour qui suivirent, il fit des points de suture, sans interruption. Nombre de plaies étaient **envenimées**. Par bonheur, quelqu'un avait retrouvé intacte une provision de *narucopon*, sorte de calmant japonais, qu'il administra à ceux qui souffraient [123] le plus. Le bruit courait parmi le personnel que la bombe, en plus de sa puissance, devait présenter certains caractères spéciaux, car le sous-directeur de l'hôpital, qui, le second jour, était descendu au sous-sol, dans la chambre forte où l'on tenait la réserve de plaques à rayons X, avait trouvé ces dernières toutes voilées, sans exception, telles quelles. Le même jour, un médecin et dix infirmières arrivèrent en renfort de la ville de Yamaguchi, en même temps qu'une provision de pansements et d'antiseptiques ; et le troisième jour, un second médecin et une autre douzaine d'infirmières débarquèrent de Matsue — ce qui n'empêchait qu'il n'y eût toujours

was a hospital for operative surgical cases only, and because she had no gangrene, she would have to return to Hiroshima that night. But then the doctor took her temperature, and what he saw on the thermometer made him decide to let her stay.

THAT DAY, August 8th, Father Cieslik went into the city to look for Mr. Fukai, the Japanese secretary of the diocese, who had ridden unwillingly out of the flaming city on Father Kleinsorge's back and then had run back crazily into it. Father Cieslik started hunting in the neighborhood of Sakai Bridge, where the Jesuits had last seen Mr. Fukai; he went to the East Parade Ground, the evacuation area to which the secretary might have gone, and looked for him among the wounded and dead there; he went to the prefectural police and made inquiries. He could not find any trace of the man. Back at the Novitiate that evening, the theological student, who had been rooming with Mr. Fukai at the mission house, told the priests that the secretary had remarked to him, during an air-raid alarm one day not long before the bombing, "Japan is dying. If there is a real air raid here in Hiroshima, I want to die with our country." The priests concluded that Mr. Fukai had run [73] back to immolate himself in the flames. They never saw him again.

AT THE Red Cross Hospital, Dr. Sasaki worked for three straight days with only one hour's sleep. On the second day, he began to sew up the worst cuts, and right through the following night and all the next day he stitched. Many of the wounds were **festered**. Fortunately, someone had found intact a supply of *narucopon*, a Japanese sedative, and he gave it to many who were in pain. Word went around among the staff that there must have been something peculiar about the great bomb, because on the second day the vice-chief of the hospital went down in the basement to the vault where the X-ray plates were stored and found the whole stock exposed as they lay. That day, a fresh doctor and ten nurses came in from the city of Yamaguchi with extra bandages and antiseptics, and the third day another physician and a dozen more nurses arrived from Matsue—yet there were still only

casos de cirugía exclusivamente, y, puesto que la paciente no tenía gangrena, tendría que regresar a Hiroshima esa misma noche. Pero entonces el doctor le tomó la temperatura, y lo que vio en el termómetro le hizo permitir que la paciente se quedara.

Ese día, 8 de agosto, el padre Cieslik fue a la ciudad para buscar al señor Fukai, el secretario japonés de la diócesis, que cuando la ciudad se quemaba había salido contra su voluntad sobre [69] la espalda del padre Kleinsorge, y luego, en un acto de locura, había decidido regresar. El padre Cieslik comenzó la búsqueda en los alrededores del puente Sakai, donde los jesuitas habían visto al señor Fukai por última vez; fue a la Plaza de Armas del Oriente, la zona de evacuación a la cual habría podido dirigirse el secretario, y lo buscó entre los heridos y entre los muertos; fue a la prefectura de policía e indagó al respecto. No encontró rastro alguno del hombre. En la tarde, de regreso al noviciado, el estudiante de teología, que había compartido habitación con el señor Fukai en la misión, le dijo a los sacerdotes que poco antes de la bomba, durante una alarma de ataque aéreo, el secretario le había comentado: «El Japón se muere. Si llega a haber un bombardeo de verdad en Hiroshima, quiero morir con nuestra patria». Los sacerdotes concluyeron que el secretario había regresado a la ciudad para inmolarsse entre sus llamas. Nunca lo volvieron a ver.

En el hospital de la Cruz Roja, el doctor Sasaki trabajó durante tres días seguidos con sólo una hora de sueño. El segundo día lo dedicó a coser las heridas más graves, y a través de la noche y durante el día siguiente las suturó. Muchas de las heridas se habían **enconado**. Afortunadamente, alguien había encontrado una provisión intacta de *narucopon*, un sedante japonés, y el doctor pudo repartirlo entre los más adoloridos. Empezó a correr el rumor dentro del personal del hospital de que había algo muy particular acerca de la gran bomba, porque al segundo día el subdirector del hospital bajó a la bóveda del sótano en la cual se conservaban las láminas de rayos X, y las encontró en su lugar, pero ya expuestas. Ese día, un nuevo doctor y tres enfermeras llegaron desde la ciudad de Yamaguchi trayendo vendajes de repuesto [70] y antisépticos, y al tercer día otro médico y una docena de enfermeras llegaron desde Matsue, y aun así había solamente ocho

clusivamente quirúrgicos, y como no había gangrena, la señorita Sasaki tendría que regresar a Hiroshima esa misma noche. Pero cuando le tomó la temperatura, lo que vio en el termómetro hizo que se decidiera a dejarla quedarse.

Ese día, 8 de agosto, el padre Cieslik fue a la ciudad para buscar al señor Fukai, el secretario japonés de la diócesis, que sobre las espaldas del padre Kleinsorge, había salido de mala gana de la ciudad en llamas, para volver locamente a ella después. El padre Cieslik comenzó sus indagaciones en las proximidades del puente Sakai, que era donde los jesuitas habían visto por última vez al señor Fukai; fue hasta el Campo de Desfile del Este, área de evacuación a la cual era posible que hubiese ido el secretario, y lo buscó entre los heridos y los muertos de ese lugar; luego fue a la Prefectura [82] de policía e hizo averiguaciones. No pudo hallar una sola huella del hombre. Esa noche, de vuelta en el Noviciado, el estudiante de teología que en la casa de la misión había compartido su dormitorio con el señor Fukai les dijo a los sacerdotes que el secretario le había confiado, durante una alarma antiaérea no mucho antes de la bomba: —Japón está muriendo. Si llega a haber un verdadero bombardeo sobre Hiroshima, yo quiero morir junto con mi patria. Los sacerdotes sacaron en conclusión que el señor Fukai había regresado a inmolarsse en las llamas. Nunca más lo volvieron a ver.

En el Hospital de la Cruz Roja, el doctor Sasaki trabajó tres días seguidos con sólo una hora de sueño. Al segundo día comenzó a suturar las cortaduras más graves, y toda la noche y el día siguientes continuó haciendo lo mismo. Muchas de las heridas estaban **ulceradas**. Afortunadamente, alguien encontró intacta una provisión de *narucopon*, sedante japonés, y el doctor se lo administró a muchos de los atenaceados por el dolor. Entre el personal del hospital comenzó a circular el rumor de que la gran bomba debía de tener algo muy particular, puesto que al segundo día el vicedirector del hospital bajó al sótano, a la sala donde estaban almacenadas las placas de rayos X, y se encontró con que todas las películas estaban expuestas, en el mismo lugar en que se las había guardado. Ese día llegaron desde la ciudad de Yamaguchi un doctor nuevo y diez enfermeras, con más vendajes y antisépticos, y el tercer día llegaron de Matsue otro médico y otra docena de enfermeras: no obstante, había sólo

que huit docteurs pour dix mille patients. Dans l'après-midi du troisième jour, épuisé par ses horribles travaux de suture, le docteur Sasaki sentit croître en lui, comme une hantise, l'idée que sa mère le croyait mort. Il obtint l'autorisation de faire un saut à Mukaijara. Il se rendit à pied jusqu'aux premiers faubourgs; au delà, les trains électriques continuaient à fonctionner; il arriva chez lui tard, le même soir. Sa mère lui dit qu'elle avait su tout le temps qu'il était sain et sauf : une infirmière blessée s'était arrêtée en [124] passant pour l'en prévenir. Le docteur Sasaki alla se coucher et dormit dix-sept heures de suite.

L'aube du 8 août n'était pas encore levée, que quelqu'un, entrant dans la chambre du noviciat où reposait le Père Kleinsorge, alluma la lampe électrique suspendue au plafond. Le brusque flot de lumière qui se déversa ainsi sur le demi-sommeil du Père Kleinsorge fit bondir ce dernier hors du lit, ramassé sur lui-même et prêt à une nouvelle commotion. Quand il se rendit compte de ce qui était arrivé, il rit, plein de honte, et se remit au lit, qu'il ne quitta pas de la journée.

Le 9 août, le Père Kleinsorge était toujours aussi fatigué. Le recteur vint examiner ses coupures et déclara qu'elles ne valaient même pas la peine d'un pansement et que, si le prêtre les nettoyait bien, elles seraient cicatrisées dans trois ou quatre jours. Le Père Kleinsorge éprouvait une sorte de malaise. Il n'arrivait pas encore à bien [125] comprendre tout, ce par quoi il était passé ; comme s'il eût commis quelque affreux péché, il avait le sentiment qu'il lui fallait revenir sur le théâtre des violences qu'il avait traversées. Il se leva donc et partit pour la ville. Il s'arrêta un moment pour gratter çà et là parmi les ruines de la mission, mais ne trouva rien. Il poussa jusqu'à l'emplacement où s'étaient tenues autrefois deux écoles, et s'enquit de personnes de sa connaissance. Il chercha à retrouver les traces de certaines de ses ouailles japonaises, mais ne rencontra que maisons écroulées. Il revint à pied au noviciat, stupéfié, toujours sans avoir rien compris.

A onze heures dix, le matin du 9 août, la seconde bombe atomique était lâchée sur Nagasaki. Plusieurs jours se passèrent avant que les survivants de Hiroshima apprissent qu'ils comptaient *désormais* des compagnons de souffrance ; la radio et la presse japonaises observaient une extrême [126] prudence sur le chapitre de cette arme inconnue.

Le 9 août aussi, M. Tanimoto se dépensait encore dans le parc. Il fit un

eight doctors for ten thousand patients. In the afternoon of the third day, exhausted from his **foul** tailoring, Dr. Sasaki became obsessed with the idea that his mother thought he was dead. He got permission to go to Mukaijara. He walked out to the first suburbs, beyond which the electric train service was still functioning, and reached home late in the evening. His mother said she had known he was all right all along; a wounded nurse had stopped by to tell her. He went to bed and slept for seventeen hours. [74]

Before dawn on August 8th, someone entered the room at the Novitiate where Father Kleinsorge was in bed, reached up to the hanging light bulb, and switched it on. The sudden flood of light, pouring in on Father Kleinsorge's half sleep, brought him leaping out of bed, **braced** for a new concussion. When he realized what had happened, he laughed confusedly and went back to bed. He stayed there all day.

On August 9th, Father Kleinsorge was still tired. The rector looked at his cuts and said they were not even worth dressing, and if Father Kleinsorge kept them clean, they would heal in three or four days. Father Kleinsorge felt uneasy; he could not yet comprehend what he had been through; as if he were guilty of something awful, he felt he had to go back to the scene of the violence he had experienced. He got up out of bed and walked into the city. He scratched for a while in the ruins of the mission house, but he found nothing. He went to the sites of a couple of schools and asked after people he knew. He looked for some of the city's Japanese Catholics, but he found only fallen houses. He walked back to the Novitiate, stupefied and without any new understanding.

AT Two minutes after eleven o'clock on the morning of August 9th, the second atomic bomb was dropped, on Nagasaki. It was several days before the survivors of Hiroshima knew they had company, because the Japanese radio and newspapers were being extremely cautious on the subject of the strange weapon. [75]

ON AUGUST 9TH, Mr. Tanimoto was still working in the

doctores para diez mil pacientes. En la tarde del tercer día, agotado por su **repugnante** labor de costura, el doctor Sasaki se obsesionó con la idea de que su madre lo creía muerto. Obtuvo permiso para ir a Mukaijara. Caminó hasta los primeros suburbios, donde el servicio de tren eléctrico todavía funcionaba, y llegó a casa tarde en la noche. Su madre dijo que durante todo el tiempo había sabido que él se encontraba bien; una enfermera herida la había visitado para contárselo. El doctor se acostó y durmió diecisiete horas.

Antes del amanecer del 8 de agosto, alguien entró en la habitación del noviciado donde el padre Kleinsorge descansaba, buscó la bombilla colgante y la encendió. La repentina ola de luz que se derramó sobre el padre Kleinsorge lo hizo saltar de la cama, **listo** para un nuevo estrépito. Cuando se dio cuenta de lo ocurrido, soltó una risa confusa y volvió a dormir. Se quedó en cama el resto del día.

El 9 de agosto el padre Kleinsorge aún estaba cansado. El rector le dio una mirada a sus heridas y dijo que ni siquiera valía la pena vendarlas, y que sanarían en tres o cuatro días si el padre Kleinsorge las mantenía limpias. El padre Kleinsorge se sentía incómodo; todavía no lograba comprender aquello por lo que había pasado; como si fuera culpable de algo terrible, sintió que debía regresar a la escena de la violencia que había experimentado. Salió de la cama y caminó hacia la ciudad. Estuvo un rato excavando en las ruinas de la misión, pero no encontró nada. Fue a los terrenos donde antes había dos escuelas y preguntó por gente que conocía. Buscó a algunos de los japoneses católicos de la [71] ciudad, pero sólo encontró casas caídas. Regresó al noviciado, estupefacto y sin comprender nada nuevo.

Dos minutos después de las once de la mañana del 9 de agosto, la segunda bomba atómica cayó, esta vez sobre Nagasaki. Pasaron varios días antes de que los sobrevivientes de Hiroshima se enteraran de que tenían compañía, porque la radio y los diarios japoneses eran extremadamente cautelosos en lo tocante a aquella extraña arma.

El 9 de agosto, el señor Tanimoto estaba todavía trabajan-

ocho médicos para diez mil pacientes. En la tarde de ese día, exhausto por _____ tanto coser heridas, al doctor Sasaki comenzó a obsesionarlo la idea de que su madre lo creía muerto. [83] Consiguió permiso para ir a Mukaijara. Caminó hasta los primeros suburbios, más allá de los cuales seguía funcionando el servicio de trenes eléctricos, y llegó a su casa tarde por la noche. Su madre le dijo que todo el tiempo supo que se encontraba bien; una enfermera herida se había detenido para anunciárselo. El doctor Sasaki se acostó y durmió diecisiete horas seguidas.

Antes del amanecer del 8 de agosto, alguien entró en la habitación del Noviciado donde dormía el padre Meinsorge, se estiró para alcanzar la bombilla eléctrica y la encendió. El repentino baño de luz, al penetrar el duermevela del padre Kleinsorge, lo hizo saltar de la cama, **preparado** para una nueva explosión. Cuando se dio cuenta de lo que había pasado, rió confusamente y volvió a acostarse. Se quedó en cama todo el día.

El 9 de agosto, el padre Kleinsorge se sentía todavía cansado. El rector examinó sus cortaduras y dijo que ni siquiera valía la pena vendarlas, y que si se las mantenía limpias, cicatrizarían en tres o cuatro días. El sacerdote se sentía incómodo; aún no podía comprender la experiencia por la cual había pasado; como si fuera culpable de algo horroroso, sentía la necesidad de volver a la escena de la violencia que había experimentado. Se levantó de la cama y caminó por la ciudad. Escarbó un poco en las ruinas de la casa de la misión, pero no encontró nada. Fue hasta el sitio en que habían estado un par de escuelas y preguntó por gente conocida. Buscó a algunos de los japoneses católicos, pero sólo encontró casas destruidas. Volvió al Noviciado, estupefacto y sin haber hallado nuevo entendimiento. [84]

A las once y dos minutos de la mañana del 9 de agosto, la segunda bomba atómica fue arrojada sobre Nagasaki. Pasaron varios días antes de que los sobrevivientes de Hiroshima supiesen que tenían compañía, porque la radio y los periódicos japoneses eran en extremo cautos en lo que se refería a la extraña arma.

El 9 de agosto, el señor Tanimoto todavía estaba trabajando en el par-

saut jusqu'au faubourg d'Ushida, où sa femme demeurait chez des amis, et en revint avec une tente qu'ils y avaient entreposée avant le bombardement. Il installa la tente dans le parc et y abrita certains blessés immobilisés et intransportables. Où qu'il allât, quoi qu'il fit dans le parc, il trouvait partout, le suivant, le regard de la jeune femme de vingt ans, Mme Kamai, son ancienne voisine, qu'il avait vue le jour de l'explosion, tenant dans ses bras le cadavre de sa fillette. Quatre jours durant elle garda ainsi contre elle le corps du bébé, bien qu'une puanteur eût commencé à s'en dégager dès le second jour. Une fois, M. Tanimoto passa quelques instants assis sur le sol en compagnie de la jeune femme; elle lui raconta que la bombe l'avait ensevelie avec l'enfant attachée sur son dos, et que, s'étant dégagée, elle avait découvert [127] que le bébé suffoquait, la bouche pleine de détrit. Du petit doigt, elle avait soigneusement nettoyé la bouche de la fillette et l'enfant avait paru quelque temps revenir à une respiration et à un état normal; puis elle était morte subitement. Mme Kamai lui parla aussi de son mari, lui dit quel homme splendide c'était, et se reprit à presser M. Tanimoto d'essayer de le retrouver. Celui-ci, qui avait parcouru la ville entière durant la première journée et vu un peu partout des soldats terriblement brûlés, venant de la caserne où était affecté Kamai - le Q. G. régional de Chugoku - savait parfaitement qu'il lui serait impossible de retrouver cet homme, fût-il en vie, mais, bien entendu, il n'en dit rien à la jeune femme. Chaque fois qu'elle le rencontrait, elle lui demandait s'il avait des nouvelles. Une autre fois, il essaya de suggérer que le moment était peut-être venu d'incinérer l'enfant; mais Mme Kamai n'en serra que plus fort le petit cadavre dans ses bras. Il se prit à l'éviter; mais chaque fois qu'il regardait dans sa direction, il la voyait qui le fixait de ses grands yeux et lui posait la même question muette. Il [128] s'efforça de fuir ces yeux en tournant le dos le plus possible à la jeune femme.

Les jésuites installèrent environ cinquante réfugiés dans l'exquise chapelle du noviciat. Le recteur leur dispensa les soins médicaux dont il était capable, c'est-à-dire, essentiellement, veilla à la propreté des plaies, nettoyant le pus. Chacun des Nakamura reçut une couverture et une moustiquaire. Mme Nakamura et sa fille cadette étaient sans appétit et ne mangeaient pas; le fils et l'autre fille mangeaient et rendaient tous les repas qu'on leur offrait. Le 10 août,

park. He went to the suburb of Ushida, where his wife was staying with friends, and got a tent which he had stored there before the bombing. He now took it to the park and set it up as a shelter for some of the wounded who could not move or be moved. Whatever he did in the park, he felt he was being watched by the twenty-year-old girl, Mrs. Kamai, his former neighbor, whom he had seen on the day the bomb exploded, with her dead baby daughter in her arms. She kept the small corpse in her arms for four days, even though it began smelling bad on the second day. Once, Mr. Tanimoto sat with her for a while, and she told him that the bomb had buried her under their house with the baby strapped to her back, and that when she had dug herself free, she had discovered that the baby was choking, its mouth full of dirt. With her little finger, she had carefully cleaned out the infant's mouth, and for a time the child had breathed normally and seemed all right; then suddenly it had died. Mrs. Kamai also talked about what a fine man her husband was, and again urged Mr. Tanimoto to search for him. Since Mr. Tanimoto had been all through the city the first day and had seen terribly burned soldiers from Kamai's post, the Chugoku Regional Army Headquarters, everywhere, he knew it would be impossible to find Kamai, even if he were living, but of course he didn't tell her that. Every time she saw Mr. Tanimoto, she asked whether he had found her husband. Once, he tried to suggest that perhaps it was time to cremate the baby, but Mrs. Kamai [76] only held it tighter. He began to keep away from her, but whenever he looked at her, she was staring at him and her eyes asked the same question. He tried to escape her glance by keeping his back turned to her as much as possible.

THE JESUITS took about fifty refugees into the exquisite chapel of the Novitiate. The rector gave them what medical care he could—mostly just the cleaning away of pus. Each of the Nakamuras was provided with a blanket and a mosquito net. Mrs. Nakamura and her younger daughter had no appetite and ate nothing; her son and other daughter ate, and lost, each meal they were offered. On August 10th, a friend,

do en el parque. Fue al suburbio de Ushida, donde su esposa se estaba quedando en casa de amigos, y tomó una tienda de campaña que había guardado allí antes de los bombardeos. La llevó al parque y la usó como refugio para los heridos que no podían ni desplazarse ni ser desplazados. Hiciera lo que hiciera en el parque, no dejaba de sentirse observado por la señora Kamai, la muchacha de veinte años que había sido su vecina y a quien había visto el día de la explosión de la bomba con su niño muerto en brazos. La señora Kamai había conservado el cuerpo muerto durante cuatro días, aunque al segundo día comenzara a oler mal. Una vez, el señor Tanimoto se sentó con ella, y ella le dijo que la bomba la había enterrado bajo su casa con el niño amarrado a su espalda con una correa, y cuando ella logró liberarse descubrió que el bebé tenía la boca llena de tierra y se ahogaba. Con su dedo pequeño limpió cuidadosamente la boca del niño, y logró que respirara bien durante un tiempo; entonces, de repente, el niño murió. La señora Kamai hablaba también del buen hombre que había sido su marido, y le rogaba al [72] señor Tanimoto que fuera en su búsqueda. Puesto que el señor Tanimoto había recorrido toda la ciudad el primer día y había visto a soldados del cuartel de Kamai con quemaduras terribles, sabía que sería imposible encontrarlo, incluso si viviera; pero, por supuesto, no se lo dijo. Y cada vez que la mujer veía a Tanimoto le preguntaba si había encontrado a su marido. Una vez él trató de sugerir que quizá fuera tiempo de cremar al bebé, pero sólo logró que la señora Kamai se agarrara a él con más fuerza. Él empezó a alejarse de ella, pero cada vez que la miraba, ella lo estaba mirando a él, y sus ojos repetían la misma pregunta. Él intentó evitar su mirada dándole la espalda el mayor tiempo posible.

Los jesuitas llevaron a unos cincuenta refugiados a la exquisita capilla del noviciado. El rector les ofreció todo el cuidado médico de que era capaz, que consistía simplemente, en la mayoría de los casos, en limpiar el pus de las heridas. A cada uno de los Nakamura se le entregó una cobija y un mosquitero. La señora Nakamura y su hija más joven no tenían apetito, y no comieron nada; el hijo y la otra hija comieron —y vomitaron— todo lo que se les dio. El 10 de agosto, una

que. Fue hasta el suburbio de Ushida, donde su esposa vivía con unos amigos, y rescató una tienda que había guardado allí antes del bombardeo. La llevó al parque y la armó como refugio para algunos de los heridos que no podían moverse ni ser trasladados. Hiciera lo que hiciera en el parque, siempre se sentía vigilado por la joven señora Kamai, su antigua vecina, aquella a la que había visto el día que explotó la bomba, con la hijita muerta en los brazos. Tuvo consigo el pequeño cadáver durante cuatro días, a pesar de que al segundo ya había comenzado a oler mal. Una vez, el señor Tanimoto se sentó a su lado por un rato, y ella le contó que el estallido de la bomba la había sepultado bajo la casa con la criatura amarrada a sus espaldas, y que cuando logró salir a la luz vio que la niña estaba asfixiándose, con la boca llena de tierra. Con el dedo meñique había limpiado cuidadosamente la boca del bebé; durante un rato, éste respiró normalmente y pareció encontrarse bien; luego, repentinamente, murió. La señora Kamai dijo también qué buen hombre era su marido, y volvió a urgir al señor Tanimoto para que lo buscara. Como éste había recorrido la ciudad entera el primer día, y había visto soldados del destacamento de Kamai horriblemente quemados, al igual que los del Cuartel General del Ejército Regional de Chugoku, sabía que era imposible encontrar a Kamai, aun en el caso de que estuviese vivo, [85] pero, desde luego, esto no se lo dijo a ella. Cada vez que veía al señor Tanimoto, la joven le preguntaba si había encontrado a su esposo. En una oportunidad él le sugirió que tal vez ya fuera tiempo de cremar al bebé, pero la señora Kamai, por el contrario, lo aferró con más fuerza. Tanimoto trató de alejarse de ella, pero siempre que la miraba, los ojos de la mujer estaban fijos en él, con la misma pregunta. Trató de distraerse a su mirada dándole la espalda todo lo posible.

Los jesuitas llevaron alrededor de cincuenta refugiados a la hermosa capilla del Noviciado. El rector les dispensó toda la ayuda médica posible, y que en su mayor parte se redujo a limpiar el pus. A cada uno de los Nakamura se les dio una manta y un mosquitero. La señora Nakamura y su hija menor no tenían hambre y no comían nada; su hijo y su otra hija comían y luego vomitaban cada alimento que se les ofrecía. El 10

mine Osaki, une amie, vint leur rendre visite et leur raconta que son fils Hideo était mort, brûlé vif, dans l'usine où il travaillait. Toshio, qui était souvent allé le voir diriger sa machine, avait pour Hideo un véritable culte. Cette nuit-là, le jeune garçon s'éveilla en hurlant. Il avait rêvé qu'il voyait Mme Osaki sortir d'une crevasse dans le sol avec toute sa famille, puis, qu'il voyait Hideo devant sa machine [129] une énorme machine, avec une courroie de transmission - cependant que lui-même se tenait debout à côté du jeune homme ; et pour quelque raison, c'était là un spectacle terrifiant.

Le 10 août, le Père Kleinsorge, ayant appris par quelqu'un que le docteur Fujii avait été blessé et qu'il avait fini par se rendre dans la résidence d'été d'un de ses amis, du nom d'Okuma, dans le village de Fukawa, demanda au Père Cieslik de bien vouloir aller prendre des nouvelles du médecin. Le Père Cieslik alla jusqu'à la gare extérieure de Misasa, fit un trajet de vingt minutes en train électrique, et une marche d'une heure et demie sous un soleil brûlant pour arriver enfin chez M. Okuma, sur les bords de l'Ota, au pied d'une colline. Il trouva le docteur Fujii en kimono, assis dans un fauteuil et occupé à soigner à coups de compresses sa fracture de la clavicule. Le docteur Fujii raconta au Père Cieslik comment il avait perdu ses lunettes et ajouta que ses yeux lui causaient [130] des ennuis. Il montra au prêtre d'énormes traces bleues et vertes, aux endroits où les poutres l'avaient meurtri. Il offrit au jésuite, pour commencer, une cigarette, puis un verre de whisky, bien qu'il ne fût que onze heures du matin. Le Père Cieslik, se disant qu'il ferait plaisir au docteur Fujii s'il acceptait une goutte de liqueur, acquiesça. Un domestique apporta du suntory, et le jésuite, le docteur et son hôte passèrent quelques instants agréables à bavarder. M. Okuma avait vécu à Hawaï et raconta des anecdotes sur les Américains. Le docteur Fujii dit quelques phrases sur le désastre. Il raconta que M. **Okuma** et une infirmière étaient retournés sur les ruines de sa clinique et en avaient rapporté un petit coffre-fort qu'il avait lui-même rangé dans son abri. Ce coffre-fort contenait quelques instruments de chirurgie, et le docteur Fujii fit cadeau au Père Cieslik, à (intention du recteur, de quelques paires de ciseaux et de pinces. Le Père Cieslik brûlait de faire une annonce sensationnelle ; mais il attendit que la conversation vint naturellement au mystère de la bombe. Alors, il dit qu'il savait de quelle sorte de bombe il retournait ; il tenait d'excellente source

Mrs. Osaki, came to see them and told them that her son Hideo had been burned alive in the factory where he worked. This Hideo had been a kind of hero to Toshio, who had often gone to the plant to watch him run his machine. That night, Toshio woke up screaming. He had dreamed that he had seen Mrs. Osaki coming out of an opening in the ground with her family, and then he saw Hideo at his machine, a big one with a revolving belt, and he himself was standing beside Hideo, and for some reason this was terrifying.

ON AUGUST 10TH, Father Kleinsorge, having heard from someone that Dr. Fujii had been injured and that he had eventually gone to the summer house of a friend of his named Okuma, in the village of Fukawa, asked Father Cieslik if he would go and see how Dr. Fujii was. Father Cieslik went to Misasa station, outside Hiroshima, rode for twenty minutes on an electric train, and then walked for an hour and a half in a terribly hot sun to Mr. Okuma's house, which was beside the Ota River at the foot of a mountain. He found Dr. Fujii sitting in a chair in a kimono, applying compresses to his broken collarbone. The Doctor told Father Cieslik about having lost his glasses and said that his eyes bothered him. He showed the priest huge blue and green stripes where beams had bruised him. He offered the Jesuit first a cigarette and then whiskey, though it was only eleven in the morning. Father Cieslik thought it would please Dr. Fujii if he took a little, so he said yes. A servant brought some Suntory whiskey, and the Jesuit, the Doctor, and the host had a very pleasant chat. Mr. Okuma had lived in Hawaii, and he told some things about Americans. Dr. Fujii talked a bit about the disaster. He said that Mr. **Okuma** and a nurse had gone into the ruins of his hospital and brought back a small safe which he had moved into his air-raid shelter. This contained some surgical instruments, and Dr. Fujii gave Father Cieslik a few pairs of scissors and **tweezers** for the rector at the Novitiate. Father Cieslik was bursting with some inside dope he had, but he waited until the conversation turned naturally to the mystery of the bomb. Then he said he knew what kind of bomb it was; he had the secret on

amiga, la señora Osaki, vino a verlos para decirles que su hijo Hideo se había quemado vivo en la fábrica donde trabajaba. Hideo había sido una especie de héroe para Toshio, que lo había acompañado a la planta varias veces para verlo manipular su máquina. Esa noche, Toshio despertó gritando. Había soñado que veía a la señora Osaki salir con su familia de una abertura en la tierra, y luego vio a Hideo en su máquina, un aparato grande con un cinturón giratorio; él mismo se encontraba junto a Hideo y esto, por alguna razón, lo aterrizzaba. [73]

Alguien le contó al padre Kleinsorge que el doctor Fujii había resultado herido, y había acabado por irse a la casa de verano de un amigo de nombre Okuma, en el pueblo de Fukawa. El 10 de agosto, el padre Kleinsorge pidió al padre Cieslik que fuese a ver cómo estaba el doctor Fujii. El padre Cieslik fue a la estación de Misasa, en las afueras de Hiroshima, viajó durante veinte minutos en un tren eléctrico y luego caminó una hora y media bajo un sol terrible hasta llegar a la casa del señor Okuma, que estaba al pie de una montaña, junto al río Ota. Encontró al doctor Fujii en kimono, sentado en una silla y aplicándose compresas en la clavicula rota. El doctor le contó al padre Cieslik acerca de la pérdida de sus lentes y dijo que los ojos empezaban a molestarle. Le mostró al cura las franjas azules y verdes de las partes de su cuerpo donde las vigas lo habían magullado. Le ofreció al jesuita un cigarrillo primero y un whisky después, aunque fueran tan sólo las once de la mañana. El padre Cieslik aceptó, porque pensó que eso satisfaría al doctor Fujii. Un sirviente trajo un poco de whisky Suntory, y el jesuita, el doctor y el anfitrión tuvieron una agradable conversación. El señor Okuma había vivido en Hawaï y contó algunas cosas acerca de los norteamericanos. El doctor Fujii habló un poco del desastre. Dijo que el señor **Okuma** y una enfermera habían traído de las ruinas del hospital una caja fuerte que el doctor había guardado en su refugio. La caja contenía instrumentos de cirugía, y el doctor Fujii le dio al padre Cieslik un par de tijeras y unas **pinzas** para el rector del noviciado. El padre Cieslik se moría por hablar de una información que tenía, pero esperó a que la conversación llegara naturalmente al tema misterioso de la bomba. Entonces dijo saber de qué tipo de bomba se trataba; había recibido el dato de la mejor fuente:

de agosto, una amiga, la señora Osaki, vino a visitarlos y les dijo que su hijo Hideo se había quemado vivo en la fábrica donde trabajaba. Este Hideo había sido una especie de héroe a los ojos de Toshio, quien había ido muchas veces a la fábrica a verlo manejar su máquina. Esa noche, Toshio se despertó gritando. Soñó que veía a la señora Osaki emergiendo de una abertura en la tierra junto con su familia, y luego a Hideo ante su máquina, un enorme artefacto con una correa sinfín, y él mismo estaba de pie junto a Hideo, y por alguna razón este sueño fue aterrador.

El 10 de agosto, el padre Kleinsorge, habiéndole oído decir a alguien que el doctor Fujii estaba herido, y que había ido a vivir a la casa de verano de un amigo llamado Okuma, en la aldea de Fukawa, le pidió al padre Cieslik que fuese a ver comer [86] estaba. El padre Cieslik fue a la estación de Misasa, en las afueras de Hiroshima, viajó veinte minutos en tren eléctrico y luego caminó una hora y media bajo el ardoroso sol estival hasta la casa del señor Okuma, situada al pie de una montaña y junto al río Ota. Encontró al doctor Fujii en kimono, sentado en una silla y aplicándose compresas en la clavicula rota. El doctor le contó al padre Cieslik que había perdido los anteojos, y dijo que los ojos le molestaban. Le mostró al sacerdote grandes líneas azules y verdes donde los rayos lo habían quemado. Le ofreció primero un cigarrillo y luego whisky, aunque eran solamente las once de la mañana. El padre Cieslik pensó que aceptando complacería al doctor Fujii, de modo que aceptó. Un sirviente trajo Whisky Suntory, y el jesuita, el médico y el dueño de casa mantuvieron una conversación muy agradable. El señor Okuma había vivido en Hawaï, y contó algunas cosas acerca de los norteamericanos. El doctor Fujii se refirió al desastre. Dijo que el señor **Okuma** y una enfermera habían ido a las ruinas de su hospital y trajeron consigo una caja pequeña que él había escondido en el refugio antiaéreo. Esta caja contenía algunos instrumentos de cirugía, y el doctor Fujii le dio al padre Cieslik un par de **tijeras** y pinzas para el rector del Noviciado. El padre Cieslik ardía por hablar de algo que llevaba adentro, pero esperó hasta que la conversación cayó naturalmente en el misterio de la bomba. Entonces dijo que él sabía de qué clase de bomba se trataba; el secreto se

le secret d'un journaliste japonais qui était [131] passé au noviciat. La bombe n'était pas le moins du monde une bombe; c'était une fine poussière de magnésium pulvérisée dans l'air au-dessus de la ville par un seul appareil, et qui avait fait explosion au contact des fils à nu de la centrale électrique. cc Ce qui signifie, dit le docteur Fujii, parfaitement satisfait de l'explication puisque après tout l'information venait d'un journaliste, que c'est une arme qui n'est bonne que contre les grandes villes et en plein jour seulement, quand les lignes de trams et autres choses du même genre fonctionnent. »

Après avoir, cinq jours durant, soigné les blessés du parc, M. Tanimoto revint, le 11 août, sur l'emplacement de son presbytère et se mit à fouiller dans les décombres. Il récupéra certaines archives personnelles et paroissiales qu'il avait tenues à jour dans de gros registres et dont les flammes n'avaient rongé que les bords, en même temps que quelques ustensiles de cuisine et un peu de vaisselle. Alors qu'il [132] s'employait de la sorte, une certaine Mlle Tanaka vint lui dire que son père avait demandé à le voir. M. Tanimoto avait de bonnes raisons de détester le père de cette jeune personne, l'ancien directeur de compagnie de navigation qui, s'il faisait grand étalage de charité, était connu de notoriété publique pour son égoïsme et sa cruauté, et qui, quelques jours avant le bombardement, avait déclaré ouvertement à plusieurs personnes que M. Tanimoto était un espion à la solde des Américains. Souvent, il avait raillé le christianisme, affirmant que c'était une croyance indigne des vrais Japonais. Au moment de l'explosion, M. Tanaka se trouvait dans la rue, devant la centrale de T.S.F. de la ville. Grièvement brûlé par l'éclair de la bombe, il avait pu cependant rentrer à pied chez lui. Il s'était réfugié dans l'abri de son Association de Quartier, et de là, avait fait l'impossible pour s'assurer une aide médicale quelconque. Il s'était attendu à voir tous les médecins de Hiroshima se précipiter à son chevet, tant était vaste sa renommée d'homme riche et généreux. Quand nul docteur ne se présenta, furieux, il décida d'aller en chercher un lui-même. S'appuyant sur le bras de sa fille, il fit à pied le tour [133] des cliniques de la ville : toutes n'étaient plus que ruines. Il revint à l'abri où il se recoucha. A présent, il était extrêmement faible et savait sa mort proche. Il était prêt à accepter le réconfort de n'importe quelle religion.

M. Tanimoto lui apporta les secours de la sienne. Il descendit dans l'abri sépulcral où, lorsque ses yeux se furent faits à (obscurité, il vit M. Tanaka,

the best authority—that of a Japanese newspaperman who had dropped in at the Novitiate. The bomb was not a bomb at all; it was a kind of fine [78] magnesium powder sprayed over the whole city by a single plane, and it exploded when it came into contact with the live wires of the city power system. “That means,” said Dr. Fujii, perfectly satisfied, since after all the information came from a newspaperman, “that it can only be dropped on big cities and only in the daytime, when the tram lines and so forth are in operation.”

AFTER FIVE days of ministering to the wounded in the park, Mr. Tanimoto returned, on August 11th, to his parsonage and dug around in the ruins. He retrieved some diaries and church records that had been kept in books and were only charred around the edges, as well as some cooking utensils and pottery. While he was at work, a Miss Tanaka came and said that her father had been asking for him. Mr. Tanimoto had reason to hate her father, the retired shippingcompany official who, though he made a great show of his charity, was notoriously selfish and cruel, and who, just a few days before the bombing, had said openly to several people that Mr. Tanimoto was a spy for the Americans. Several times he had derided Christianity and called it un Japanese. At the moment of the bombing, Mr. Tanaka had been walking in the street in front of the city's radio station. He received serious flash burns, but he was able to walk home. He took refuge in his Neighborhood Association shelter and from there tried hard to get medical aid. He expected all the doctors of Hiroshima to come to him, because [79] he was so rich and so famous for giving his money away. When none of them came, he angrily set out to look for them; leaning on his daughter's arm, he walked from private hospital to private hospital, but all were in ruins, and he went back and lay down in the shelter again. Now he was very weak and knew he was going to die. He was willing to be comforted by any religion.

Mr. Tanimoto went to help him. He descended into the tomblike shelter and, when his eyes were adjusted to the darkness, saw Mr.

un periodista japonés que había llegado al noviciado. La bomba, dijo, no era para nada una bomba; era una especie de fino polvo de magnesio que habían rociado sobre la ciudad entera, y [74] que explotaba al entrar en contacto con los cables de alta tensión del sistema eléctrico de la ciudad. «Eso quiere decir», dijo el doctor Fujii —perfectamente satisfecho, pues la información venía de un periodista—, «que sólo puede ser usada contra ciudades grandes y sólo durante el día, cuando las líneas del tranvía y esas cosas están funcionando».

El 11 de agosto, después de cinco días de ocuparse de los heridos en el parque, el señor Tanimoto regresó a su parroquia y se puso a escarbar en las ruinas. Recuperó algunos diarios y registros de la iglesia que se llevaban en libros y que apenas se habían quemado levemente en los bordes, y también algunos utensilios de cocina y piezas de cerámica. Mientras trabajaba se le acercó una señora Tanaka cuyo padre había estado preguntando por él. El señor Tanimoto tenía buenas razones para odiar a ese hombre: era un oficial retirado de una compañía transportadora que solía hacer ostentación de su caridad al tiempo que se comportaba de forma notoriamente egoísta y cruel, y que días antes de la bomba había acusado en público al señor Tanimoto de ser un espía de los norteamericanos. Varias veces había ridiculizado el cristianismo y lo había llamado antijaponés. Cuando cayó la bomba, el señor Tanaka se encontraba caminando frente a la estación de radio de la ciudad. Recibió serias quemaduras, pero fue capaz de llegar andando a su casa. Se refugió en la Asociación de Vecinos y una vez allí trató de obtener ayuda médica. Estaba seguro de que todos los doctores de Hiroshima vendrían a verlo: después de todo, él era un hombre rico, y famoso por regalar su dinero a diestra y siniestra. Cuando no vino nadie, él mismo salió a buscar ayuda; apoyado en el brazo de su hija, caminó de hospital privado en hospital privado, pero todos estaban en ruinas, y tuvo que [75] regresar al refugio. Ahora estaba muy débil, sabía que iba a morir. Estaba dispuesto a que cualquier religión lo consolara.

El señor Tanimoto acudió en su ayuda. Bajó a aquel refugio parecido a una tumba y, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad

lo había confiado una autoridad: un periodista japonés que había llegado al Noviciado. La bomba no era ni por asomos una bomba: era una especie de fino polvo de magnesio desparado sobre toda la ciudad por un solo aeroplano, y que estalló al tomar contacto con los cables del sistema eléctrico de Hiroshima. [87]

—Eso significa —dijo el doctor Fujii, perfectamente satisfecho, pues la información provenía de un periodista que sólo puede ser arrojado en las grandes ciudades y nada más que durante las horas del día, cuando las líneas de tranvías y demás están en funcionamiento.

Después de cinco días de asistencia a los heridos del parque, el señor Tanimoto regresó, el 11 de agosto, a su parroquia, y excavó entre las ruinas. Rescató algunos diarios y registros de la iglesia que habían quedado guardados entre los libros, y que sólo estaban chamuscados en los bordes; también recogió utensilios de cocina y cacharros de loza. Mientras estaba trabajando, una cierta señorita Tanaka entró y le dijo que su padre había estado preguntando por él. El señor Tanimoto tenía buenas razones para odiar al padre de la señorita, el oficial retirado de la compañía de navegación, quien a pesar de la gran exhibición que hacía de su caridad era notoriamente egoísta y cruel, y que unos pocos días antes del bombardeo había dicho abiertamente a quien quisiera escucharlo que el señor Tanimoto era un espía de los norteamericanos. Varias veces había ridiculizado al cristianismo, llamándolo «no japonés». En el momento de la explosión, el señor Tanaka había estado caminando por la calle, enfrente de la estación radiodifusora de la ciudad. Recibió quemaduras serias, pero pudo regresar caminando a su casa. Se refugió en la Asociación Vecinal, y desde allí trató de conseguir ayuda médica. Esperaba que todos los médicos de Hiroshima acudirían a él, porque era rico y se había hecho famoso al regalar su dinero. Cuando ninguno de ellos vino, se encolerizó y salió a buscarlos. Apoyado en el brazo de su hija, anduvo de clínica privada en clínica privada, pero todas estaban en ruinas, de modo que volvió nuevamente [88] a su refugio y se acostó. Ahora estaba muy débil y sabía que iba a morir. Estaba ansioso por recibir el consuelo de cualquier religión.

El señor Tanimoto fue a ayudarlo. Descendió al refugio, que más parecía una tumba, y cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad

le visage et les bras comme soufflés, couvert de pus et de sang, les yeux fermés par l'enflure. Le vieillard dégageait une affreuse odeur et ne cessait pas de gémir. Il parut reconnaître la voix de M. Tanimoto. Debout à l'entrée de l'escalier de l'abri, afin d'y voir un tant soit peu, M. Tanimoto lut à haute voix dans sa petite Bible de poche en japonais : « Car mille ans à Tes yeux ne sont pas plus qu'hier lorsqu'il est en allé; pas plus qu'une veillée dans la nuit écoulée. Comme par un grand flot, les enfants des humains sont par Toi emportés; tel un sommeil ils sont; comme l'herbe au matin qui pousse dans les prés: elle fleurit et pousse, et dans le soir, coupée, elle est bientôt passée. Car Ta colère nous consume et Ta fureur nous plonge aux noires afflictions. Tu as par devant Toi [134] dressé tableau de nos iniquités, et Ton visage éclaire nos intimes péchés. Car Ta fureur a fait que nos jours comme l'herbe ont flétri et passé; et nos années bientôt, comme une fable dite et sitôt oubliée, sont par nous dissipées... »

M. Tanaka mourut pendant que M. Tanimoto lisait le psaume.

Le 11 août, l'hôpital militaire de Ninoshima fut avisé qu'un fort contingent de soldats blessés du Q. G. régional de Chugoku débarquerait dans (île ce jour même, et qu'il était en conséquence absolument nécessaire d'évacuer tous les civils hospitalisés. Mlle Sasaki, dont la forte fièvre ne laissait toujours pas d'être alarmante, fut embarquée à bord d'un grand navire. On la coucha sur le pont, un oreiller sous la jambe. Des bâches protégeaient le pont; mais du fait de (orientation du navire, la jeune fille se trouva exposée en plein soleil. Elle avait la sensation de recevoir les rayons à travers une loupe géante. Le pus **suintait** de sa blessure ; [135] l'oreiller en fut bientôt inondé. On la débarqua à Hatsukaichi, ville située à plusieurs kilomètres au sud-ouest de Hiroshima, où on la transporta à l'école primaire de la Déesse Pitié, changée en hôpital. Elle passa là, couchée, quelques jours, avant qu'un spécialiste des fractures arrivât de Kobé. Ce qui laissa à sa jambe le temps de virer au rouge et d'enfler jusqu'à la hanche. Le docteur décida qu'il lui était impossible de réduire les fractures. Il pratiqua une incision et posa un drain, pour permettre l'écoulement du pus.

Au noviciat, les enfants Kataoka, privés de leur mère, étaient inconsolables. Le Père Cieslik s'employait de toutes ses forces à les distraire. Il jouait aux devin-

Tanaka, his face and arms puffed up and covered with pus and blood, and his eyes swollen shut. The old man smelled very bad, and he moaned constantly. He seemed to recognize Mr. Tanimoto's voice. Standing at the shelter stairway to get light, Mr. Tanimoto read loudly from a Japanese language pocket Bible: "For a thousand years in Thy sight are but as yesterday when it is past, and as a watch in the night. Thou carriest the children of men away as with a flood; they are as a sleep; in the morning they are like grass which groweth up. In the morning it flourisheth and groweth up; in the evening it is cut down, and withereth. For we are consumed by Throe anger and by Thy wrath are we troubled. Thou hast set our iniquities before Thee, our secret sins in the light of Thy countenance. For all our days are passed away in Thy wrath: we spend our years as a tale that is told"

Mr. Tanaka died as Mr. Tanimoto read the psalm. [80]

ON AUGUST 11th, word came to the Ninoshima Military Hospital that a large number of military casualties from the Chugoku Regional Army Headquarters were to arrive on the island that day, and it was deemed necessary to evacuate all civilian patients. Miss Sasaki, still running an alarmingly high fever, was put on a large ship. She lay out on deck, with a pillow under her leg. There were awnings over the deck, but the vessel's course put her in the sunlight. She felt as if she were under a magnifying glass in the sun. Pus **oozed out** of her wound, and soon the whole pillow was covered with it. She was taken ashore at Hatsukaichi, a town several miles to the southwest of Hiroshima, and put in the Goddess of Mercy Primary School, which had been turned into a hospital. She lay there for several days before a specialist on fractures came from Kobe. By then her leg was red and swollen up to her hip. The doctor decided he could not set the breaks. He made an incision and put in a rubber pipe to drain off the **putrescence**.

AT THE Novitiate, the motherless Kataoka children were inconsolable. Father Cieslik worked hard to keep them distracted. He

vio al señor Tanaka, su cara y sus brazos inflados y cubiertos de sangre y pus, y sus ojos cerrados por la hinchazón. El viejo olía muy mal y se quejaba constantemente. Pareció reconocer la voz del señor Tanimoto. De pie en las escaleras del refugio, donde había un poco de luz, el señor Tanimoto leyó en voz alta un pasaje de una Biblia de bolsillo en japonés: «Pues mil años en Tu presencia son como el ayer cuando han pasado, como un centinela en la noche. Te llevas a los hijos de los hombres como un diluvio; ellos son como el sueño; en la mañana son como la verde hierba que crece. En la mañana florece y crece; en la tarde es cortada, y se marchita. Pues Tu ira nos consume y por Tu ira nos inquietamos. Ante Ti has llevado nuestras iniquidades; ante la luz de Tu rostro, nuestros pecados secretos. Pues en Tu ira pasan nuestros días todos: vivimos nuestros años como un cuento...».

El señor Tanaka murió mientras Tanimoto leía el salmo.

El 11 de agosto corrió un rumor en el Hospital Militar de Ninoshima. En el curso del día, un gran número de heridos militares llegaría a la isla desde los Cuarteles Generales del Ejército Regional en Chugoku, y se sería preciso desalojar a todos los pacientes civiles. A la señorita Sasaki la pusieron en un barco aunque tuviera todavía una fiebre alarmante, y ahora yacía sobre la cubierta con una almohada bajo la pierna. Había toldos en la cubierta, pero el curso de la nave la puso de cara al sol. Sintió como si hubiera, entre ella y el sol, una lente de aumento. Su herida **rezumaba** pus, y pronto la almohada entera quedó cubierta. Desembarcó en Hatsukaichi, [76] un pueblo varios kilómetros al sureste de Hiroshima, y fue llevada a la Escuela Primaria de Nuestra Señora de la Caridad, que había sido transformada en hospital. Allí se quedó durante varios días, hasta que un especialista en fracturas vino a verla desde Kobe. Para entonces, su pierna estaba roja e hinchada hasta la cadera. El doctor decidió que era imposible inmovilizarla. Hizo una incisión e instaló un tubo de caucho para drenar la **infección**.

En el noviciado no había quién consolara a los huérfanos Kataoka. El padre Cieslik se esforzaba en distraerlos.

vio al señor Tanaka, con la cara y los brazos hinchados y cubiertos de pus y sangre, y con los ojos tan inflamados que no podía abrirlos. El anciano olía muy mal y gemía constantemente. Pareció reconocer la voz del señor Tanimoto. Parado en la escalera del refugio, para obtener un poco de luz, el señor Tanimoto leyó en alta voz de una Biblia de bolsillo en idioma japonés:

—»Porque mil años, ante Tus ojos, son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigiliadas de la noche. Tú te llevas a los hijos de los hombres como arrastrados por un río. Es como un sueño; como la hierba que crece en la mañana; en la mañana florece y crece; a la tarde es cortada y se seca. Porque con Tu furor somos consumidos, y con Tu ira somos conturbados. Pusiste nuestras maldades delante de Ti, nuestros yerros a la luz de Tu rostro. Porque todos nuestros días declinan a causa de Tu ira; acabamos. nuestros años como un pensamiento. . . .»

El señor Tanaka murió mientras el señor Tanimoto leía el salmo.

El 11 de agosto llegó al Hospital Militar de Ninoshima la promesa de que un gran número de efectivos militares del Cuartel General del Ejército Regional de Chugoku llegaría a la isla ese día, y que se consideraba absolutamente necesario que todos los pacientes civiles fuesen evacuados. La señorita Sasaki, todavía con fiebre muy alta, fue subida a bordo de un gran buque. La acostaron en cubierta, con una almohada bajo la pierna. En cubierta [89] había entoldados, pero el rumbo que tomó el barco la colocó al sol. Sentía como si la hubieran puesto bajo un vidrio de aumento. El pus **salía** continuamente de su herida y pronto toda la almohada estuvo sucia. La desembarcaron en Hatsukaishi, ciudad varias millas al sudoeste de Hiroshima, y la dejaron en la Escuela Primaria Diosa de la Misericordia, transformada en hospital. Allí quedó varios días antes de que llegara de Kobe un especialista en fracturas. Para entonces su pierna estaba roja e hinchada hasta la cadera. El doctor decidió que no podía acomodar las fracturas. Hizo una incisión y puso un caño de goma para drenar la **putridéz**.

En el Noviciado, los niños Kataoka, aquellos que no encontraban a su madre, estaban inconsolables. El padre Cieslik hizo lo posible por tenerlos dis-

nettes avec eux. Il leur demanda : « Quel est l'animal le plus malin du monde? » Et après que la fillette de treize ans se fut ingénie à trouver le singe, l'éléphant, le cheval, il dit : a Non, ça doit être (hippopotame », parce qu'en japonais (hippopotame s'appelle *kaba*, qui est *baka* renversé, [136] lequel veut dire : stupide. Il leur raconta des histoires de la Bible, en commençant dans l'ordre des choses par la Genèse. Il leur montra un album de photos prises en Europe. Rien n'y fit : ils passaient la plupart du temps à pleurer en réclamant leur mère.

Au bout de plusieurs jours, le Père Cieslik se mit en quête de la famille des deux enfants. La première chose qu'il apprit, par la police, fut qu'un de leurs oncles s'était adressé aux autorités de Kuré, ville voisine, pour savoir ce qu'ils étaient devenus. Ensuite, il apprit qu'un frère aîné avait essayé de retrouver leur trace par l'intermédiaire du bureau de poste d'Ujina, faubourg de Hiroshima. Peu après encore, il apprit que la mère était en vie et se trouvait dans l'île de Goto, au large de Nagasaki. Enfin, à force d'insister auprès de la poste d'Ujina, il parvint à établir le contact avec le frère et à rendre les enfants à leur mère.

Environ une semaine après l'explosion [137] de la bombe, une vague et incompréhensible rumeur parvint jusqu'à Hiroshima, savoir : que la ville avait été anéantie par l'énergie qui se dégage des atomes lorsque, en quelque sorte, on les fait se briser en deux. . Ceux qui se chuchotaient cette rumeur, de bouche à oreille, faisaient allusion à l'arme nouvelle sous le nom de *genshi bakudan*, ce qui, selon les racines étymologiques de ces deux mots, peut se traduire : « enfant-bombe originale ». Personne ne comprenait rien à la chose ou n'y ajoutait foi pas plus qu'aux histoires de poudre de magnésium et autres. Il arrivait des journaux des villes voisines, mais ils se bornaient toujours à des déclarations d'ordre extrêmement général, telle cette assertion de l'agence Domei, en date du 12 août : « Tout ce que l'on peut faire, c'est de reconnaître la formidable puissance de cet engin inhumain. » Déjà, cependant, des savants japonais étaient entrés dans la ville, armés d'électroscopes de Lauritsen et d'électromètres de Neher; eux, ne comprenaient que trop bien. [138]

Le 12 août, les Nakamura, tous en assez piètre forme encore, se rendirent dans la ville voisine de Kabé, où ils s'installèrent chez la belle-sœur de Mme Nakamura. Le lendemain, Mme Nakamura, bien qu'elle fût trop malade pour soutenir une longue marche, repartit seule pour Hiroshima, par train

put riddles to them. He asked, "What is the cleverest animal in the world?," and after the thirteen-year-old girl had guessed the ape, the elephant, the horse, he said, "No, it must be the hippopotamus," because in Japanese that animal is *kaba*, the reverse of *baka*, stupid. He told Bible stories, beginning, in the order of things, with the Creation. He [81] showed them a scrapbook of snapshots taken in Europe. Nevertheless, they cried most of the time for their mother.

Several days later, Father Cieslik started hunting for the children's family. First, he learned through the police that an uncle had been to the authorities in Kure, a city not far away, to inquire for the children. After that, he heard that an older brother had been trying to trace them through the post office in Ujina, a suburb of Hiroshima. Still later, he heard that the mother was alive and was on Goto Island, off Nagasaki. And at last, by keeping a check on the Ujina post office, he got in touch with the brother and returned the children to their mother.

ABOUT a week after the bomb dropped, a vague, incomprehensible rumor reached Hiroshima—that the city had been destroyed by the energy released when atoms were somehow split in two. The weapon was referred to in this word-of-mouth report as *genshi bakudan*—the root characters of which can be translated as "original child bomb." No one understood the idea or put any more credence in it than in the powdered magnesium and such things. Newspapers were being brought in from other cities, but they were still confining themselves to extremely general statements, such as Domei's assertion on August 12th: "There is nothing to do but admit the tremendous power of this inhuman bomb." Already, Japanese physicists had entered the city with Lauritsen electroscopes [82] and Neher electrometers; they understood the idea all too well.

ON AUGUST 12TH, the Nakamuras, all of them still rather sick, went to the nearby town of Kabé and moved in with Mrs. Nakamura's sister-in-law. The next day, Mrs. Nakamura, although she was too ill to walk much, returned to Hiroshima alone, by electric car

Les hacía adivinanzas: «¿Cuál es el animal más listo del mundo?», y después de que la niña de trece años hubiera dicho el mono, el elefante y el caballo, el padre decía: «No, es el hipopótamo», puesto que en japonés su nombre es *kaba*, que al revés es *baka*, «estúpido». Les contó historias de la Biblia, comenzando con la Creación. Les mostró un álbum de recortes con fotos tomadas en Europa. Y sin embargo los niños no dejaban de llorar por su madre.

Varios días después, el padre Cieslik comenzó a buscar a la familia de los niños. Se enteró por la policía de que un tío había estado averiguando su paradero en Kure, una ciudad no lejos de allí. Después supo que un hermano mayor los había estado rastreando a través de la oficina de correos en Ujina, un suburbio de Hiroshima. Más tarde escuchó que la madre vivía y estaba en la isla de Goto, cerca de Nagasaki. Y por último, consultando periódicamente con la oficina de correos de Ujina, pudo contactar al hermano y devolver los niños a su madre.

Cerca de una semana después de que cayera la bomba, un rumor vago e incomprensible llegó a Hiroshima: la ciudad había sido [77] destruida por la energía que se libera cuando los átomos, de alguna manera, se parten en dos. Estos informes, transmitidos de boca en boca, se referían al arma con el término *genshi bakudan*, cuyas raíces pueden describirse como «bomba primogénita». Nadie entendió la idea, ni le dio más crédito del que se le daba al polvo de magnesio, por ejemplo. Los diarios que se traían de otras ciudades seguían ateniéndose a declaraciones extremadamente generales como la que hizo Domei el 12 de agosto: «No podemos más que reconocer el tremendo poder de esta bomba inhumana». Para este momento, físicos japoneses habían entrado en la ciudad con electroscopios Lauritsen y electrómetros Neher; habían entendido la idea perfectamente.

El 12 de agosto los Nakamura, aún bastante enfermos, viajaron al pueblo vecino de Kobe, y se alojaron en casa de la cuñada de la señora Nakamura. Al día siguiente la señora Nakamura regresó a Hiroshima, a pesar de encontrarse demasiado enferma para caminar; llegó en tran-

traídos. Les dijo charadas:

—¿Cuál es el animal más inteligente del mundo?

Y después que la niña hubo contestado «el mono»; «el elefante»; «el caballo», les dijo:

—No; debe de ser el hipopótamo —porque en japonés ese animal se llama *kaba*, al revés de *baka*, que quiere decir estúpido. Les contó relatos de la Biblia, comenzando, en el orden de las cosas, por la Creación. Les enseñó además un álbum con instantáneas tomadas en Europa. No obstante, la mayor parte del tiempo los chicos lloraban llamando a su madre.

Siete días más tarde, el padre Cieslik comenzó a buscar a la familia de los chicos Xataoka. Primero, se enteró por la policía de que un tío se había presentado ante las autoridades de Kure, una ciudad cercana, preguntando por los chicos. Después de eso, oyó que un hermano mayor había estado tratando de localizarlos por medio de la oficina de correos de Ujina, un suburbio de Hiroshima. [90] Más tarde aún, supo que la madre estaba viva en la isla Goto, enfrente de Nagasaki. Finalmente, manteniendo contacto con el correo de Ujina, se comunicó con el hermano, y los niños fueron devueltos a su madre.

Una semana después de caer la bomba, un vago e incomprensible rumor circuló por Hiroshima: que la ciudad había sido destruida por la energía liberada por la fisión de los átomos, conseguida de algún modo. En este informe oral, el arma era llamada *genshi bakudan* (las raíces de esta expresión pueden traducirse como «la bomba bebé original»).

Nadie comprendía la idea ni se inclinaba a creer más en la pulverización de magnesio o cosas así. Ya circulaban por la ciudad periódicos traídos de otras ciudades, pero seguían limitándose a publicar declaraciones extremadamente generalizadas, como la aseveración de Domei de fecha 12 de agosto: «Lo único que puede hacerse es admitir el tremendo poder de esta bomba inhumana.» Pero ya algunos físicos japoneses entraron en la ciudad con electroscopios de Lauritsen y electrómetros de Neher: ellos sí que captaron la idea demasiado bien.

El 12 de agosto, los Nakamura, todos ellos todavía algo enfermos, fueron a la ciudad vecina de Kabé y se quedaron a vivir con la cuñada de la señora Nakamura. Al día siguiente, la señora, aunque se sentía demasiado débil para andar mucho, volvió sola a Hiroshima por

électrique jusqu'aux faubourgs, à pied ensuite. Toute la semaine, au noviciat, elle s'était tracassée au sujet de sa mère, de son frère, de sa sœur aînée, qui vivaient dans le quartier dit de Fukuro ; de plus, tout comme le Père Kleinsorge, elle se sentait attirée vers la ville par une sorte de fascination. Elle apprit que tous les membres de sa famille étaient morts. Elle rentra à Kabé, dans un tel état de stupeur et de dépression, à la suite de ce qu'elle avait vu, qu'elle ne put dire un mot de la soirée.

L'esprit d'ordre et de méthode commençait à prendre relativement le dessus, à l'hôpital de la Croix-rouge. Le docteur Sasaki, rentré de son bref congé, entreprit [139] de mettre en fiches et de classer ses patients (qu'on retrouvait encore un peu partout, jusque dans les escaliers). Le personnel achevait peu à peu de balayer en tas les débris. Surtout, les infirmières et les aides entreprirent d'enlever les cadavres. Les soins que l'on apporte à disposer des corps des défunts - honorable incinération et conservation non moins honorable des cendres - constituent pour les Japonais une responsabilité morale plus grande qu'un traitement approprié des vivants. La plupart des morts qui gisaient, le premier jour, à l'intérieur ou dans le voisinage immédiat de l'hôpital, furent identifiés aussitôt par des parents. Dès le deuxième jour, chaque fois qu'un patient semblait destiné à ne pas survivre, on épingla sur ses vêtements une feuille de papier portant son nom. La corvée de cadavres charriait les corps jusqu'à un espace libre, au dehors, les couchait sur des bûchers érigés avec du bois récupéré dans les décombres, procédait à l'incinération, recueillait une pincée de cendres dans une enveloppe à clichés radioscopiques, y inscrivait le nom du défunt et réunissait les enveloppes en petits tas bien nets et respectueux, dans le bureau de la direction... En quelques jours, [140] les enveloppes remplirent de leurs piles tout un côté de ce temple improvisé.

A Kabé, le matin du 15 août, Toshio Nakamura (dix ans) entendit un avion dans le ciel. Il se précipita dans la rue et son œil de connaisseur identifia un B-29. « Voilà M. B ! » cria-t-il.

Quelqu'un de sa parente lui cria à son tour : « Tu n'en as pas eu assez de ton M. B ? »

Cette question avait en soi une sorte de valeur symbolique. Presque au même moment, la voix morne, molle et lasse de Hirohito, l'Empereur Tenno, se faisait entendre pour la première fois dans l'histoire, à la radio : a Après avoir longuement et mûrement réfléchi sur la marche générale du monde et sur les conditions de fait prévalant aujourd'hui

to the outskirts, by foot from there. All week, at the Novitiate, she had worried about her mother, brother, and older sister, who had lived in the part of town called Fukuro, and besides, she felt drawn by some fascination, just as Father Kleinsorge had been. She discovered that her family were all dead. She went back to Kabe so amazed and depressed by what she had seen and learned in the city that she could not speak that evening.

A COMPARATIVE orderliness, at least, began to be established at the Red Cross Hospital. Dr. Sasaki, back from his rest, undertook to classify his patients (who were still scattered everywhere, even on the stairways). The staff gradually swept up the debris. Best of all, the nurses and attendants started to remove the corpses. Disposal of the dead, by decent cremation and enshrinement, is a greater moral responsibility to the Japanese than adequate care of the living. Relatives identified most of the first day's dead in and around the hospital. Beginning on the second day, whenever a patient appeared to be moribund, a piece of paper [83] with his name on it was fastened to his clothing. The corpse detail carried the bodies to a clearing outside, placed them on pyres of wood from ruined houses, burned them, put some of the ashes in envelopes intended for exposed X-ray plates, marked the envelopes with the names of the deceased, and piled them, neatly and respectfully, in stacks in the main office. In a few days, the envelopes filled one whole side of the impromptu shrine.

IN Kabe, on the morning of August 15th, ten-year-old Toshio Nakamura heard an airplane overhead. He ran outdoors and identified it with a professional eye as a B-29. "There goes Mr. B!" he shouted.

One of his relatives called out to him, "Haven't you had enough of Mr. B?"

The question had a kind of symbolism. At almost that very moment, the dull, dispirited voice of Hirohito, the Emperor Tenno, was speaking for the first time in history over the radio: "After pondering deeply the general trends of the world and the actual conditions obtaining in Our

vía a los alrededores; desde ahí, continuó a pie. Durante la semana en el noviciado no había dejado de preocuparse por su madre, su hermano y su hermana mayor, que vivían en la parte de la ciudad llamada Fukuro; además sentía una especie de fascinación, tal como la había sentido el padre Kleinsorge. Descubrió que toda su familia había muerto. Regresó a Kabe tan asombrada y deprimida por lo que había visto y oído en la ciudad, que no dijo ni una palabra esa tarde.

Un orden relativo se fue estableciendo en el hospital de la Cruz Roja. El doctor Sasaki regresó de su descanso y empezó a clasificar a sus pacientes (que todavía se encontraban dispersos por [78] todas partes, incluso en las escaleras). Poco a poco el personal del hospital barrió los escombros. Lo mejor de todo fue que las enfermeras y los ayudantes empezaron a retirar los cadáveres. El problema de los muertos, de darles una cremación decente y de su conservación ritual, es para un japonés una responsabilidad moral más importante que el cuidado de los vivos. La mayoría de los muertos del primer día fueron identificados por sus familiares dentro del hospital y en los alrededores. A partir del segundo día, cuando un paciente se encontraba moribundo se le ataba a la ropa una etiqueta con su nombre. La cuadrilla encargada de los cadáveres los llevaba a un claro de las afueras, los ponía sobre piras hechas con la madera de las casas destruidas, los quemaba, repartía las cenizas en sobres para placas de rayos X, marcaba los sobres con el nombre del muerto y los apilaba, ordenada y respetuosamente, en la oficina principal. En pocos días, las columnas de sobres cubrieron un lado entero del improvisado templo.

En Kabe, la mañana del 15 de agosto, el niño Toshio Nakamura escuchó que un avión se acercaba. Salió corriendo y con ojo experto lo identificó: era un B-29. « ¡Ahí va el señor B! », exclamó.

Uno de sus parientes le gritó: « ¿Es que no te cansas de señores B? ».

En la pregunta había un cierto simbolismo. En ese mismo instante, la voz sosa y desanimada de Hirohito, el emperador Tenno, hablaba a través de la radio por primera vez en la historia. « Tras considerar profundamente las tendencias generales de este mundo y las condiciones actuales

tren eléctrico hasta las afueras, y desde allí siguió a pie. Toda la semana, en el Noviciado, había estado preocupada por su madre, su hermano y su hermana mayor, que vivían en la parte de la ciudad llamada Fukuro, y por otro lado sentía una especie de fascinación, como el padre Kleinsorge. Descubrió que todos sus parientes estaban muertos. Volvió a Kabe tan perpleja y [91] deprimida por lo que había visto y sabido en la ciudad que esa noche no pudo hablar.

Al cabo, un cierto orden comenzó a establecerse en el Hospital de la Cruz Roja. El doctor Sasaki, de vuelta de su descanso, se dedicó a clasificar a sus pacientes (que todavía estaban diseminados por todas partes, aun en las escaleras). Poco a poco, el personal barrió los escombros. Y lo que era mejor, las enfermeras y los ayudantes comenzaron a retirar los cadáveres. Las disposiciones para los muertos, o sea la cremación honrosa y la colocación de las cenizas en urnas, es una responsabilidad moral más grande para los japoneses que el cuidado adecuado de los vivos. La mayoría de los muertos del primer día fueron identificados por sus familiares en el hospital y sus alrededores. Al comenzar el segundo día, cada vez que un paciente daba signos de agonía, se le prendía en la ropa un trozo de papel con su nombre. El destacamento encargado de los cadáveres los llevaba afuera, a un lugar especialmente destinado a ellos, los disponían en piras de madera tomadas de las casas derrumbadas, los quemaban, ponían parte de las cenizas en los sobres en que usualmente se colocaban las placas de rayos X, clasificaban los sobres con los nombres de los muertos y cuidadosa y respetuosamente los apilaban en estantes en la oficina principal. En pocos días, los sobres llenaron uno de los lados del improvisado templo.

En Kabe, la mañana del 15 de agosto, Toshio Nakamura, de diez años de edad, oyó el rugido de un avión. Corrió a la calle y lo identificó con ojo de profesional como un B-29.

— ¡Allá va el Señor B ! — gritó.

Uno de sus parientes le respondió [92]: — ¿No has tenido bastante ya con los Señores B? ».

La pregunta encerraba cierto simbolismo. Casi en ese mismo momento, la voz monótona y fría de Hirohito, el Emperador Tenno, hablaba por la radio por primera vez en la historia:

« Después de meditar profundamente sobre « las tendencias generales del mundo, y sobre « las verdaderas condiciones

dans Notre Empire, Nous avons décidé d'atteindre à un règlement de la situation présente en recourant à une mesure extraordinaire... n

Empire today, We have decided to effect a settlement of the present situation by resorting to an extraordinary measure"

de nuestro imperio, hemos decidido liquidar la presente situación recurriendo a una medida extraordinaria...» [79]

en que se halla «hoy Nuestro Imperio, hemos decidido efectuar «un arreglo de la presente situación, recurriendo a una medida extraordinaria...»

Mme Nakamura était retournée en ville, pour déterrer une petite provision de riz qu'elle avait déposée dans l'abri de son Association de Quartier. L'ayant retrouvée, [141] elle reprit le chemin de Kabé. Dans le tram, par le plus grand hasard, elle se retrouva face à face avec sa plus jeune sœur, qui était absente de Hiroshima le jour de la bombe. « Vous connaissez la nouvelle? » lui demanda sa sœur.

Mrs. Nakamura had gone to the city again, to dig up some rice she had buried in her Neighborhood Association air-raid shelter. She got it and started back for Kabe. On the electric car, quite by chance, she ran into her younger sister, who had not been in Hiroshima [84] the day of the bombing. "Have you heard the news?" her sister asked.

La señora Nakamura había vuelto a la ciudad para recuperar un poco de arroz que había enterrado en el refugio de su Asociación de Vecinos. Lo encontró y emprendió el camino de vuelta a Kabe. En el tranvía se topó, por casualidad, con su hermana menor, que el día de la bomba estaba fuera de Hiroshima. «Has oído las noticias?», preguntó su hermana.

La señora Nakamura había ido otra vez a la ciudad, para desenterrar un poco de arroz escondido en el refugio antiaéreo de la Asociación Vecinal. Lo tomó y volvió a tomar el camino de Kabe. En el tren eléctrico se encontró, por pura casualidad, con su hermana menor, que no estuvo en Hiroshima el día del bombardeo. —¿Has oído la noticia? —le preguntó la hermana.

- Quelle nouvelle ?

"What news?"

«Qué noticias?»

—¿Qué noticia?

- La guerre est terminée.

20 "The war is over."

«La guerra ha terminado.»

—La guerra ha terminado.

- Ne dites donc pas de bêtises, ma sœur.

"Don't say such a foolish thing, sister."

«No digas tonterías.»

—No digas disparates, hermana.

-Mais je l'ai entendue moi-même à la radio. Puis, dans un souffle :
- C'était la voix de l'Empereur.

25 "But I heard it over the radio myself." And then, in a whisper, "It was the Emperor's voice."

«Pero si yo misma lo escuché en la radio.» Y luego, en susurros: «Era la voz del Emperador».

—Lo oí yo misma por la radio. —Y luego, en un susurro—: Era la voz del Emperador...

- Oh! dit Mme Nakamura (car c'en était assez pour qu'elle cessât aussitôt de songer, comme elle l'avait fait jusqu'alors, en dépit de la bombe atomique, que le Japon gardait encore une chance de gagner la guerre), dans ce cas...

30 "Oh," Mrs. Nakamura said (she needed nothing more to make her give up thinking, in spite of the atomic bomb, that Japan still had a chance to win the war), "in that case. . . ."

«Ah», dijo la señora Nakamura (nada más necesitaba para renunciar a la posibilidad de que Japón ganara la guerra, a pesar de la bomba atómica), «en ese caso...».

—Ah —dijo la señora Nakamura (no necesitaba nada más para abandonar la idea, a pesar de la bomba atómica, de que el Japón tenía aún probabilidades de ganar la guerra) —, en ese caso...

Peu de temps après, dans une lettre à un ami américain, M. Tanimoto donna, des événements de ce matin-là, la description suivante : « A l'heure d'après-guerre, se produisit un miracle de notre histoire. Notre Empereur nous fit entendre sa voix [142] sur les ondes, directement, à nous, petites gens, ses humbles sujets. Le 15 août, on nous dit que nous allions entendre une nouvelle de la plus haute importance, et que nous devions tous être à l'écoute. Je me rendis donc à la gare de Hiroshima. Un haut-parleur, là, se dressait parmi les ruines de la gare. Beaucoup de civils, dont tous étaient liés de bandages, certains s'aidant de l'épaule de leur fille, d'autres soutenant leurs pieds blessés à l'aide de cannes, écoutèrent la voix à la radio et quand ils purent se rendre compte que c'était l'Empereur, ils s'écrièrent, des larmes plein les yeux : « Félicité sublime - c'est Tenno lui-même qui nous parle, nous exhorte et c'est sa voix qu'il nous est donné d'entendre en personne. Grand et parfait est notre contentement, d'un si grand sacrifice. » Quand enfin ils apprirent que la guerre était terminée, c'est-à-dire que le Japon était battu, bien entendu, ils furent profondément déçus, mais ne s'en plurent pas moins aux ordres de leur Empereur, avec calme et courage, sacrifiant de tout coeur à la paix éternelle du monde, et

35 SOME time later, in a letter to an American, Mr. Tanimoto described the events of that morning. "At the time of the Post-War, the marvelous thing in our history happened. Our Emperor broadcasted his own voice through radio directly to us, common people of Japan. Aug. 15th we were told that some news of great importance could be heard & all of us should hear it. So I went to Hiroshima railway station. There set a loud-speaker in the ruins of the station. Many civilians, all of them were in bondage, some being helped by shoulder of their daughters, some sustaining their injured feet by sticks, they listened to the broadcast and when they came to realize the fact that it was the Emperor, they cried with full tears in their eyes, 'What a wonderful blessing it is that Tenno himself call on us and we can hear his own voice in person. We are thoroughly satisfied in such a great sacrifice.' When [85] they came to know the war was ended—that is, Japan was defeated, they, of course, were deeply disappointed, but followed after their Emperor's commandment in calm spirit, making wholehearted sacrifice for the everlast-

Poco después, en carta a un norteamericano, el señor Tanimoto describió los eventos de esa mañana. «Al momento de después de la guerra, ocurrió la cosa más maravillosa en nuestra historia. Nuestro Emperador transmitió su propia voz por radio, para que la escucháramos nosotros, la gente común y corriente de Japón. El 15 de agosto nos dijeron que escucharíamos una noticia de gran importancia y que todos deberíamos escucharla. Entonces fui a la estación de trenes de Hiroshima. Allí habían puesto un altavoz en las ruinas de la estación. Muchos civiles, todos ellos estaban con vendados, algunos de ellos ayudados por hombros de hijas, algunos sostienen pies heridos con palos, escucharon la transmisión y cuando se dieron cuenta de que era el Emperador, lloraron con los ojos llenos de lágrimas. 'Qué bendición es que Tenno en persona nos hable y oigamos su propia voz. Nos sentimos plenamente satisfechos en tal sacrificio.' Cuando [80] supieron que la guerra había terminado, o sea que Japón había sido derrotado, ellos, por supuesto, sintieron desilusión profunda, pero siguieron los preceptos de su emperador con el espíritu en calma, haciendo sacrificios de todo corazón

Algún tiempo después, en una carta a un norteamericano, el señor Tanimoto describía los sucesos de esa mañana. «En la época de la posguerra, ocurrió la cosa más maravillosa de nuestra historia. Nuestro Emperador transmitió por la radio su propia voz para nosotros, la gente sencilla del Japón. El 15 de agosto [91] se nos dijo que se podían oír noticias de gran importancia, y que todos deberíamos escucharlas. De modo que fui a la estación ferroviaria de Hiroshima. Allí, entre las ruinas de la estación, se había colocado un altavoz. Muchos civiles, todos ellos vendados, algunos apoyándose en los hombros de sus hijas, otros sosteniéndose en bastones a causa de sus pies lastimados, oían la radio, y cuando llegaron a darse cuenta de que esa era la voz del Emperador, gritaron, con los ojos llenos de lágrimas: 'Qué bendición maravillosa es el hecho de que el mismo Tenno nos hable y que podamos oír su propia voz. Estamos ampliamente compensados en nuestro gran sacrificio.' Cuando se enteraron de que la guerra había terminado, es decir, que el Japón estaba derrotado, desde luego sintieron una desilusión muy grande, pero inmediatamente acataron la orden del Emperador con los espíritus en calma, y se dispusieron a hacer cualquier sacrificio para la eter-

le Japon se remit en marche sur de nouvelles voies. »

ing peace of the world—and Japan started her new way.” [86]

para la paz del mundo, y Japón comenzó un camino nuevo.» [81]

na paz del mundo... Y así el Japón comenzó su nueva era.» [94]

[143]

5

* ¿por qué unas veces en cursiva y otras no o ausente?

IV

IV

IV

PANICS ET PYRÈTHRES

Panic Grass and Feverfew

MATRICARIA Y MIJO SALVAJE

IV. MIJO Y MATRICARIA

LE 18 août, douze jours après l'explosion de la bombe, le Père Kleinsorge partit à pied du noviciat pour Hiroshima, sa mallette en carton-pâte à la main. Il commençait à penser que cette petite valise, où il gardait ses choses de valeur, avait une vertu talismanique, à cause de la façon dont il l'avait retrouvée après l'explosion, près de l'entrée de sa chambre, la poignée n'attendant, pour ainsi dire, que sa main, alors que le bureau sous lequel il l'avait laissée avait volé en [144] éclats sur le plancher. Ce jour-là, il l'avait prise avec lui pour transporter les yens de la mission jusqu'à la Yokohama Specie Bank, qui venait déjà de rouvrir dans son immeuble à demi détruit. Dans l'ensemble, il se sentait en bonne forme, ce matin. Evidemment, les légères blessures qu'il avait reçues ne s'étaient pas refermées au bout de trois ou quatre jours contrairement à ce que le recteur du noviciat, après les avoir examinées, avait formellement promis; mais le Père Kleinsorge s'était bien reposé toute une bonne semaine et considérait qu'il était prêt à reprendre le harnais. Le terrible décor qu'il lui fallait traverser pour arriver à la ville ne l'effrayait plus à présent, du vaste champ de riz, voisin du noviciat, rayé de grandes **trainées** brunes, aux maisons des faubourgs; debout mais chenues, fenêtres brisées et tuiles échevelées; puis, brusquement, à cette frontière où commençait l'énorme cicatrice brun rougeâtre, de dix kilomètres carrés, où plus rien, pratiquement, ne restait debout après le souffle et l'incendie rangée sur rangée de pâtés de maisons écroulées, avec çà et là, fichée dans les ruines, une rudimentaire indication sur un amas de cendres et de tuiles (« Soeur, où [145] êtes-vous ? » ou « Sains et saufs, tous, et sommes à Toyosaka »); arbres dénudés et poteaux téléphoniques chavirés; les quel ques édifices encore valides nefaisant qu'accentuer par leur silhouetenoircie l'horizontalité de tout ce qui les entourait (Musée des Sciences et de l'Industrie, dôme réduit à sa charpente d'acier, comme pour une autopsie; modernes bâtiments de la Chambre de Commerce, tour surplombante aussi froide, rigide et inébranlable aujourd'hui qu'avant la catastrophe; masse énorme et tapie, camouflée, de l'Hôtel de Ville; alignement de banques **délabrées**, caricature d'un système économique ébranlé dans

ON AUGUST 18TH, twelve days after the bomb burst, Father Kleinsorge set out on foot for Hiroshima from the Novitiate with his papier-mâché suitcase in his hand. He had begun to think that this bag, in which he kept his valuables, had a talismanic quality, because of the way he had found it after the explosion, standing handle-side up in the doorway of his room, while the desk under which he had previously hidden it was in **splinters** all over the floor. Now he was using it to carry the yen belonging to the Society of Jesus to the Hiroshima branch of the Yokohama Specie Bank, already reopened in its half-ruined building. On the whole, he felt quite well that morning. It is true that the minor cuts he had received had not healed in three or four days, as the rector of the Novitiate, who had examined them, had positively promised they would, but Father Kleinsorge had rested well for a week and considered that he was again ready for hard work. By [87] now he was accustomed to the terrible scene through which he walked on his way into the city: the large rice field near the Novitiate, **streaked** with brown; the houses on the outskirts of the city, standing but decrepit, with broken windows and dishevelled tiles; and then, quite suddenly, the beginning of the four square miles of reddish-brown scar, where nearly everything had been buffeted down and **burned**; range on range of collapsed city blocks, with here and there a crude sign erected on a pile of ashes and tiles (“Sister, where are you?” or “All safe and we live at Toyosaka”); naked trees and canted telephone poles; the few standing, **guttled** [despanzurrados] buildings only accentuating the horizontality of everything else (the Museum of Science and Industry, with its dome stripped to its steel frame, as if for an autopsy; the modern Chamber of Commerce Building, its tower as cold, rigid, and unassailable after the blow as before; the huge, low-lying, camouflaged city hall; the row of **dowdy** banks, caricaturing a shaken economic system); and

El 18 de agosto, doce días después de que estalló la bomba, el padre Kleinsorge partió a pie desde el noviciado hacia Hiroshima, con su maleta de **papier-mâché*** en la mano. Había llegado a pensar que esta maleta, en la cual había guardado sus objetos de valor, tenía cualidades de talismán debido a la forma en que la había encontrado el día de la explosión: con la manija hacia arriba y como parada en la entrada de su habitación, mientras el escritorio bajo el cual la había escondido estaba hecho **astillas** y desparramado por el piso. Ahora la usaba para llevar los yenes de la Compañía de Jesús a la sucursal en Hiroshima del Banco de la Moneda de Yokohama, que ya había vuelto a abrir las puertas de su derruido edificio. Era cierto que los cortes menores que había sufrido no sanaron en tres o cuatro días, como tan decididamente había prometido, después de examinarlas, el rector del noviciado, pero el padre Kleinsorge se había tomado una semana de descanso y consideraba que ya estaba de nuevo listo para trabajar duro. Ya se había acostumbrado a las escenas terribles que tenía que atravesar de camino a la ciudad: las **franjas** marrones sobre el gran campo de arroz cerca del noviciado; las casas de las afueras, todavía en pie pero decrepitas, sus ventanas rotas y sus baldosas alborotadas; y luego, de repente, el comienzo de los seis kilómetros cuadrados de cicatriz entre rojiza y marrón donde casi todo había sido [83] **quemado** o destruido: línea tras línea de manzanas destruidas con crudos letreros puestos aquí y allá, sobre pilas de ladrillo y cenizas («Hermana, ¿dónde estás?», o «Todos a salvo y viviendo en Toyosaka»); árboles desnudos y postes de teléfono inclinados; escasos edificios, de pie pero **destripados**, que acentuaban la horizontalidad de lo demás (el Museo de la Ciencia y de la Industria, con su domo reducido a su marco de acero, como dispuesto para una autopsia; el moderno edificio de la Cámara de Comercio, cuya torre permanecía, después de la explosión, tan fría, rígida e inexpugnable como antes; el Ayuntamiento, inmenso, bajo y camuflado; la hilera de bancos **desagraciados**, caricatura de una economía

El 18 de agosto, doce días después de la explosión de la bomba, el padre Kleinsorge salió a pie para Hiroshima desde el Noviciado, con su maleta de papel maché en la mano. Había comenzado a pensar que esta valija, en la que guardaba sus cosas de valor, poseía cualidad de talismán por la forma en que la había encontrado después de la explosión parada con la manija hacia arriba en el umbral de su cuarto, mientras que el escritorio bajo el cual él la había colocado previamente, estaba hecho **astillas** en el suelo. Ahora la usaba para llevar el dinero perteneciente a la Compañía de Jesús hasta la sucursal de Hiroshima del Banco de Especies de Yokohama, que ya había vuelto a abrirse en el mismo edificio semiderruido. En general, se sentía muy bien esa mañana. Es verdad que las cortaduras que había recibido no se habían cicatrizado en tres o cuatro días como prometió positivamente el rector del Noviciado, pero el padre Kleinsorge había descansado bien durante una semana, y se consideraba listo otra vez para trabajar fuerte. A estas alturas estaba habituado a las terribles escenas que veía al ir a la ciudad: el gran campo de arroz cercano al Noviciado, con **manchones** castaños; las casas de las afueras de la ciudad, de pie pero decrepitas, con ventanas rotas y tejas saltadas; y luego, de repente, el comienzo de las cuatro millas cuadradas que formaban una cicatriz castaño rojiza, donde casi todo había sido derrumbado y **quemado**; fila tras fila de cuerdas de la ciudad destruidas, y aquí y allá algún crudo cartel erigido sobre una pila de cenizas y tejas («Hermana, ¿dónde estás?», o «Todos bien y vivimos en Toyosaka»); árboles desnudos y postes telefónicos tumbados; los pocos edificios que estaban de pie sólo acentuaban [97] la horizontalidad de todo lo demás (el Museo de Ciencia e Industria, de cuya cúpula sólo quedaba el esqueleto de acero, como para una autopsia; el moderno edificio de la Cámara de Comercio, su torre tan fría, rígida e inaccesible después de la explosión como antes; la enorme, baja y camuflada Municipalidad; la fila de **sucios** Bancos, caricaturas de un sistema eco-

ses fondements) ; et dans les rues, tout un trafic macabre, bicyclettes tordues par centaines, carapaces de trams et d'autos, surprises et arrêtees en plein mouvement. Tout le long du chemin, le Père Kleinsorge sentit peser sur lui la pensée oppressante que tout ce désastre qu'il voyait s'étaler ainsi était l'oeuvre d'une seconde, d'une seule bombe. Lorsqu'il arriva au centre de la ville, la journée était déjà très chaude. A pied, il se rendit à la Yokohama Bank, qui avait rouvert un comptoir provisoire, en bois, au rez-de-chaussée de son édifice ; il y déposa l'argent, fit un tour jusqu'aux lieux où s'était dressée la mission, pour jeter encore un coup d'oeil sur les ruines, puis se remit en route pour le noviciat. A mi-chemin, environ, il commença à éprouver d'étranges sensations. La fa- meuse mallette, plus ou moins magique, vide en tout cas maintenant, lui parut soudain terriblement lourde. Ses genoux se dérobaient, faiblissaient de plus en plus. Il se sentait à ce point fatigué que c'était un supplice. Il dut faire des prodiges de courage pour arriver jusqu'au noviciat. Il jugea cependant que cela ne valait pas la peine d'en parler aux autres jésuites. Mais un ou deux jours plus tard, alors qu'il essayait de dire la messe, il fut pris de faiblesse, s'évanouit et, après trois tentatives vaines, dut renoncer à officier jusqu'au bout. Le lendemain matin, le recteur, qui n'avait cessé d'examiner tous les jours ses coupures apparemment insignifiantes, mais qui refusait de guérir, s'exclama, surpris : « Qu'est-ce que vous avez pu faire à vos blessures ? » Elles s'étaient soudain ouvertes, enflées, enflammées.

[147]

Alors qu'elle s'habillait, le matin du 20 août, dans la maison de sa belle-sœur, à Kabé, non loin de Nagatsuka, Mme Nakamura (qui n'avait eu ni la moindre coupure, ni la moindre brûlure, durant la semaine qu'elle avait passée avec ses enfants au noviciat en qualité d'invitée du Père Kleinsorge et des autres catholiques, mais avait été sujette à de constantes nausées) Mme Nakamura, donc, s'habillant ce matin-là, entreprit de se coiffer et remarqua, au premier coup de peigne, qu'elle emportait une pleine poignée de cheveux; puis de même au second; ce qui fit qu'elle renonça aussitôt à se peigner plus avant. Mais, durant les trois ou quatre journées qui suivirent, ses cheveux continuèrent à tomber de leur propre initiative, tant qu'elle finit par être complètement chauve. Elle s'enferma dans la maison, se cachant presque. Le 26 août, la plus jeune de ses filles, Myeko, et elle, s'éveillèrent se sentant extrêmement faibles, lasses et restèrent couchées. Son fils et son autre fille, qui, pendant et après le bombardement étaient passés par la même expérience qu'elle, se sentaient en bonne

in the streets a macabre traffic — hundreds of crumpled bicycles, shells of streetcars and automobiles, all halted in mid-motion. The whole way, Father Kleinsorge was oppressed by the thought that all the damage he saw had been done in one instant by one bomb. By the time he reached the center of town, the day had become very hot. He walked to the Yokohama Bank, which was doing business in a temporary wooden stall on the ground floor of its building, deposited the money, went by the mission compound just to have another look at the wreckage, [88] and then started back to the Novitiate. About halfway there, he began to have peculiar sensations. The more or less magical suitcase, now empty, suddenly seemed terribly heavy. His knees grew weak. He felt excruciatingly tired. With a considerable expenditure of spirit, he managed to reach the Novitiate. He did not think his weakness was worth mentioning to the other Jesuits. But a couple of days later, while attempting to say Mass, he had an onset of faintness and even after three attempts was unable to go through with the service, and the next morning the rector, who had examined Father Kleinsorge's apparently negligible but unhealed cuts daily, asked in surprise, "What have you done to your wounds?" They had suddenly opened wider and were swollen and inflamed.

As she dressed on the morning of August 20th, in the home of her sister-in-law in Kabe, **not far from Nagatsuka**, Mrs. Nakamura, who had suffered no cuts or burns at all, though she had been rather nauseated all through the week she and her children had spent as guests of Father Kleinsorge and the other Catholics at the Novitiate, began fixing her hair and noticed, after one stroke, that her comb carried with it a whole handful of hair; the second time, the same thing happened, so she stopped combing at once. But in the next three or four days, her hair kept falling out of its own accord, until she was quite bald. She began living indoors, practically in hiding. On August 26th, both she and her younger daughter, Myeko, woke up feeling extremely weak and tired, and they stayed on their [89] **bedrolls**. Her son and other daughter, who had shared every experience with her during and after the bombing, felt

conmocionada); y en las calles, un tráfico macabro: cientos de bicicletas abolladas, carrocerías de tranvías y automóviles, todos detenidos en pleno movimiento. Durante el camino el padre Kleinsorge pensó que todo aquel daño había sido causado en un instante y por una bomba. Para cuando llegó al centro de la ciudad, el día se había calentado mucho. Se dirigió al banco Yokohama, que funcionaba temporalmente en una cabaña de madera en la planta baja del edificio, depositó el dinero, pasó por la misión sólo para ver los destrozos de nuevo, y luego regresó al noviciado. A medio camino empezó a tener sensaciones curiosas. La maleta más o menos mágica ahora estaba vacía, pero parecía más pesada. El padre sentía debilidad en las rodillas. Estaba terriblemente cansado. Alcanzó a llegar al noviciado haciendo un gasto de energía considerable. No pensó que valiera la pena mencionar su debilidad a los demás jesuitas. Pero un par de días después, mientras intentaba dar la misa, sufrió un _____ desmayo; e incluso después de tres intentos se sintió incapaz de continuar el servicio. A la mañana siguiente el rector, que había examinado cada día los cortes aparentemente desdeñables (pero que todavía no sanaban) del padre Kleinsorge, [84] le dijo: «¿Qué se ha hecho en sus heridas?» De repente, se habían abierto y estaban inflamadas.

La mañana del 20 de agosto, mientras se vestía en casa de su cuñada en Kabe, _____ la señora Nakamura —que no había sufrido corte ni quemadura alguno, aunque había sentido náuseas durante toda la semana en que ella y sus niños fueron huéspedes del padre Kleinsorge y los otros católicos del noviciado— notó al peinarse que el cepillo se llevaba un manojo entero de pelo; la segunda vez, ocurrió lo mismo, así que de inmediato dejó de peinarse. Pero durante los tres o cuatro días que siguieron, su pelo siguió cayéndose solo, hasta que se quedó casi calva. Comenzó a vivir dentro de la casa, prácticamente escondida. El 26 de agosto, tanto ella como su hija Myeko se despertaron sintiéndose débiles y muy cansadas, y se quedaron en **cama**. Su hijo y su otra hija, que habían compartido con ella todo lo ocurrido durante y después de la bomba, se sentían perfecta-

nómico (tambaleante) ; y en las calles un tránsito macabro: cientos de bicicletas destrozadas, carrocerías de tranvías y automóviles, todos detenidos en mitad del movimiento. El padre Kleinsorge hizo el trayecto oprimido por el pensamiento de que todo el daño que veía había sido hecho en un instante por una bomba. Cuando llegó al centro de la ciudad ya hacía mucho calor. Caminó hasta el Banco de Yokohama, que estaba funcionando en un mostrador provisional de madera en la planta baja de su edificio, depositó el dinero, fue hasta el lugar en que se alzaba la Misión para echar otro vistazo a las ruinas, y después emprendió el camino al Noviciado. Cuando estaba a la mitad comenzó a experimentar extrañas sensaciones. La maleta más o menos mágica, que ahora estaba vacía, de repente pareció terriblemente pesada. Se le debilitaron las rodillas. Sintió un cansancio que lo mortificaba. Con considerable fortaleza de ánimo, alcanzó a llegar al Noviciado. Pensó que no valía la pena mencionar esta debilidad a los otros jesuitas. Pero un par de días después, mientras trataba de decir misa, tuvo un _____ desvanecimiento, y después de tres intentos no pudo continuar con el servicio. A la mañana siguiente, el rector, que había examinado a diario las heridas aparentemente inofensivas pero sin cicatrizar _____, le preguntó sorprendido:

—¿Qué ha hecho con sus heridas? — Repentinamente éstas se habían abierto más y estaban hinchadas e inflamadas. [98]

En la mañana del 20 de agosto, en casa de su cuñada en Kabe, cerca de Nagatsuka, la señora Nakamura, que no había sufrido heridas ni quemaduras, aunque había estado descompuesta durante la semana que ella y sus hijos pasaron como huéspedes del padre Yleinsorge y los otros católicos en el Noviciado, comenzó a arreglarse el pelo y notó que el peine llevaba consigo todo un mechón; la segunda vez que pasó el peine ocurrió lo mismo, de modo que dejó de peinarse inmediatamente. Pero en los tres o cuatro días siguientes, el pelo siguió cayendo por su cuenta, hasta quedar completamente calva. Dejó de salir, y vivió prácticamente escondida. El 26 de agosto, ella y su hija menor, Myeko, se despertaron sintiéndose en extremo débiles y cansadas, por lo que permanecieron en sus **esteras**. Su hijo y su otra hija, que habían compartido con ella todas las experiencias durante y después del estallido de la bomba, estaban

forme.

A la même époque - il ne comptait plus les jours, tant il travaillait dur à installer [148] un coin où exercer provisoirement le culte, dans une maison privée qu'il avait louée dans les faubourg - M. Tanimoto tomba soudain malade : malaise vague et général, lassitude, état fiévreux. Lui aussi se coucha dans ses couvertures, sur le sol de la maison à demi détruite d'un ami, dans le faubourg d'Ushida.

Bien qu'ils ne s'en rendissent pas compte, tous quatre succombaient à ce mal étrange et capricieux que l'on devait connaître un peu plus tard sous le nom de maladie de la radio-activité.

Mile Sasaki gisait, en compagnie constante de la souffrance, dans l'école primaire de la Déesse Pitié, à Hatsukaichi, quatrième gare au sud-ouest de Hiroshima, sur la ligne du train électrique. L'infection interne de la plaie empêchait toujours une réduction convenable de la fracture multiple dont était affligée sa jambe gauche. Un jeune homme qui se trouvait hospitalisé avec elle et qui semblait l'avoir prise en affection, bien qu'elle n'eût d'autre préoccupation [149] que sa souffrance et ne parlât que d'elle, ou peut-être parce qu'il en concevait précisément une certaine pitié, lui prêta une traduction de Maupassant en japonais; elle essaya de lire les nouvelles de cet auteur, mais ne parvint guère à se concentrer plus de quatre ou cinq minutes d'affilée.

Les hôpitaux et postes de secours des environs de Hiroshima furent si encombrés pendant les premières semaines qui suivirent le bombardement, et leur personnel varia tant d'un jour à l'autre, selon la santé de ses membres et les imprévisibles arrivées de renforts de l'extérieur, que l'on fut contraint de transporter sans cesse les patients ici et là. Mlle Sasaki, qui avait déjà subi trois transferts, dont deux en bateau, fut évacuée, fin août, sur une école d'ingénieurs, toujours à Hatsukaichi. L'état de sa jambe ne s'améliorant pas, l'enflure augmentant au contraire, les médecins de l'école entourèrent le membre malade d'un grossier coffrage en bois et conduisirent la jeune fille en voiture, le 9 septembre, à l'hôpital de la Croix-rouge de Hiroshima. Ce fut la première occasion qu'elle eut de voir les ruines de la ville ; la dernière fois qu'on l'avait transportée à travers les rues de la cité, elle flottait à la [150] limite de l'évanouissement. On avait eu beau lui décrire le désastre, elle avait beau souffrir, la vue de ce spectacle l'horrifia et la stupéfia. Un détail, surtout, qu'elle remarqua, lui donna la chair

fine.

At about the same time—he lost track of the days, so hard was he working to set up a temporary place of worship in a private house he had rented in the outskirts—Mr. Tanimoto fell suddenly ill with a general malaise, weariness, and feverishness, and he, too, took to his bedroll on the floor of the half-wrecked house of a friend in the suburb of Ushida.

These four did not realize it, but they were coming down with the strange, capricious disease which came later to be known as radiation sickness.

Miss SASAKI lay in steady pain in the Goddess of Mercy Primary School, at Hatsukaichi, the fourth station to the southwest of Hiroshima on the electric train. An internal infection still prevented the proper setting of the compound fracture of her lower left leg. A young man who was in the same hospital and who seemed to have grown fond of her in spite of her unremitting preoccupation with her suffering, or else just pitied her because of it, lent her a Japanese translation of Maupassant, and she tried to read the stories, but she could concentrate for only four or five minutes at a time.

The hospitals and aid stations around Hiroshima were so crowded in the first weeks after the bombing, and their staffs were so variable, depending on their health and on the unpredictable arrival of outside help, [90] that patients had to be constantly shifted from place to place. Miss Sasaki, who had already been moved three times, twice by ship, was taken at the end of August to an engineering school, also at Hatsukaichi. Because her leg did not improve but swelled more and more, the doctors at the school bound it with crude splints and took her by car, on September 9th, to the Red Cross Hospital in Hiroshima. This was the first chance she had had to look at the ruins of Hiroshima; the last time she had been carried through the city's streets, she had been hovering on the edge of unconsciousness. Even though the wreckage had been described to her, and though she was still in pain, the sight horrified and amazed her, and there was

mente.

Casi al mismo tiempo —había trabajado tan duro para construir un lugar temporal de culto en una casa alquilada de las afueras, que había perdido por completo la noción de los días—, el señor Tanimoto cayó repentinamente enfermo: sentía malestar general, cansancio y fiebre; y también él prefirió quedarse en su estera, sobre el suelo de la casa semidestruida de un amigo en el suburbio de Ushida.

Ninguno de los cuatro lo sabía entonces, pero comenzaba a afectarlos la extraña y caprichosa enfermedad que después sería conocida como radiotoxemia.

La señorita Sasaki yacía en medio de constantes dolores en la Escuela Primaria de Nuestra Señora de la Caridad, en Hatsukaichi, la cuarta estación en tren eléctrico al suroeste de Hiroshima. [85] Una infección interna impedía aún la debida manipulación de la fractura múltiple de su pierna izquierda. Un joven que estaba en el mismo hospital y que parecía haberse encariñado con ella a pesar de su **incesante** preocupación con su propio sufrimiento —o era simplemente que le tenía lástima—, le prestó una traducción japonesa de Maupassant, y ella trató de leer los relatos, pero sólo lograba concentrarse durante cuatro o cinco minutos seguidos.

Durante las primeras semanas después de la bomba, los hospitales y las estaciones de ayuda alrededor de Hiroshima estuvieron tan atestados —y su personal, dependiendo de su salud y de la llegada imprevisible de ayuda externa, cambió con tanta frecuencia—, que los pacientes eran trasladados constantemente de un lado al otro. La señorita Sasaki, que ya había sido trasladada tres veces —dos de ellas por barco—, fue llevada a finales de agosto a una escuela de ingeniería, también en Hatsukaichi. Puesto que su pierna no mejoraba, sino que se inflamaba más y más, los doctores de la escuela la envolvieron con tablillas ordinarias, y el 9 de septiembre la llevaron en coche al hospital de la Cruz Roja en Hiroshima. Por primera vez podía ver las ruinas de Hiroshima; la última vez que la habían llevado por las calles de la ciudad, la señorita Sasaki había estado al borde de la inconsciencia. Aunque le habían descrito los destrozos, y aunque todavía la atormentaba el dolor, la vista la sor-

bien.

Aproximadamente en esta misma fecha —había perdido la noción del tiempo, tan duramente trabajaba para levantar una iglesia transitoria en una casa particular que alquiló en las afueras— el señor Tanimoto se sintió repentinamente enfermo, con un desgano general, cansancio y estado febril, por lo que él también extendió su estera en el piso de la semiderruida casa de un amigo en el suburbio de Ushida.

Estos cuatro no lo sabían, pero estaban sufriendo la extraña, caprichosa enfermedad que iba a conocerse más tarde como mal de la radiación.

La señorita Sasaki, constantemente dolorida, yacía en la Escuela Primaria Diosa de la Misericordia, en Hatsukaichi, la cuarta estación de tren eléctrico al sudoeste de Hiroshima. La infección interna impedía todavía la adecuada curación de [99] la fractura compuesta de su pierna izquierda. Un joven que estaba en el mismo hospital y que parecía haberse encariñado con ella a pesar de su **incesante** preocupación por su propio sufrimiento, o que quizá la compadecía precisamente por eso, le prestó una traducción japonesa de Maupassant y ella trató de leer los cuentos, pero sólo le era posible concentrarse cuatro o cinco minutos por vez.

Los hospitales y puestos de socorro de los alrededores de Hiroshima estaban tan atestados las primeras semanas después del bombardeo, y su personal variaba tanto, ya que dependía de su propia salud y del imprevisible arribo de ayuda exterior, que los pacientes debían ser trasladados constantemente de un lado a otro. La señorita Sasaki, a la que ya habían movido tres veces, dos de ellas por barco, fue llevada a fines de agosto a la escuela de Ingeniería de Hatsukaichi. Como su pierna no mejoraba, sino que se hinchaba cada vez más, los doctores de la escuela se la entablillaron fuertemente y la llevaron en auto, el 9 de setiembre, al Hospital de la Cruz Roja en Hiroshima. Esta fue la primera oportunidad que tuvo de ver las ruinas de Hiroshima; la última vez que la habían llevado por las calles de la ciudad, había estado vacilando al borde de la inconsciencia. Aunque le habían descrito el daño, y aunque todavía estaba dolorida, el espectáculo la horrorizó y la dejó perpleja,

de poule. Partout, perçant, escaladant, recouvrant les décombres, dans les caniveaux, sur les berges du delta, s'agrippant et se mêlant aux tuiles et à la tôle des toitures, grim pant le long des troncs d'arbre carbonisés, s'étendait un tapis de verdure fraîche, vivace, luxuriantes optimiste ; il n'était jusqu'aux fondations des maisons en ruines qui ne vissent cette verdure s'élan cer et monter. L'herbe folle dissimulait déjà les cendres ; les fleurs des champs s'épanouissaient sur la carcasse de la ville. La bombe n'avait pas seulement laissé intacts les organes souterrains des plantes ; elle les avait stimulés. Partout, ce n'étaient que bleuets et glaïeuls, ansérines, volubilis et belles d'un jour, pois à cosses velues, pourpiers, clotbur, sésames, panics et pyrèthres. Notamment, dans une certaine périphérie, à proximité du centre de la ville, le séné (*sickle senna*) renaissait avec une vigueur extraordinaire : non seulement ses tiges se dressaient parmi les cendres des anciennes pousses consumées, mais elles jaillissaient [151] en de nouveaux endroits, au milieu des briques, par les crevasses de l'asphalte. De fait, on eût dit qu'une cargaison de graines de cette plante s'était déversée sur la ville en même temps que la bombe.

A l'hôpital de la Croix-rouge, Mlle Sasaki fut confiée aux soins du docteur Sasaki. A l'époque, un mois après l'explosion, un semblant d'ordre régnait à nouveau dans l'hôpital : autrement dit, les patients qui étaient encore couchés dans les couloirs reposaient du moins sur des nattes, et la provision de médicaments, épuisée au cours des premiers jours, avait été renouvelée, incomplètement sans doute, grâce aux contributions des villes voisines. Le docteur Sasaki, hormis les dix-sept heures de sommeil qu'havait prises chez lui, la troisième nuit ; n'avait guère dormi plus de six heures par nuit, depuis, sur une natte, dans les locaux de l'hôpital. Il n'avait jamais été très gras, mais il avait cependant perdu neuf kilos. Il portait toujours les lunettes, mal ajustées à sa vue, qu'il avait empruntées à une infirmière blessée.

Parce que Mlle Sasaki était du sexe faible et parce que son cas était grave (peut-être aussi, comme il le reconnut par la suite, un peu parce qu'elle portait le [152] même nom que lui), le docteur Sasaki (installa sur une natte dans une chambre semi-privée, qui, à l'époque, ne comptait que huit malades. Il la questionna et fit ensuite une fiche à son nom dans cet allemand correct et serré dans lequel il rédigeait toutes ces fiches : « *Mittelgrosse Patientin in gutem Ernährungszustand. Fraktur am linken Unterschenkelknochen mit Wunde; Anschwellung in der linken Unterschenkelgegend. Haut und sichtbare*

something she noticed about it that particularly gave her the creeps. Over everything—up through the wreckage of the city, in gutters, along the riverbanks, tangled among tiles and tin roofing, climbing on charred tree trunks—was a blanket of fresh, vivid, lush, optimistic green; the verdancy rose even from the foundations of ruined houses. Weeds already hid the ashes, and wild flowers were in bloom among the city's bones. The bomb had not only left the underground organs of plants intact; it had stimulated them. Everywhere were bluets and Spanish bayonets, **goosefoot**, **morning glories** and day lilies, the hairy-fruited bean, purslane and **clotbur** and sesame and panic grass and feverfew. Especially in a circle at the center, sickle senna grew in extraordinary regeneration, not only standing among the charred remnants of the same plant but pushing up [91] in new places, among bricks and through cracks in the asphalt. It actually seemed as if a load of **sickle-senna seed** had been dropped along with the bomb.

At the Red Cross Hospital, Miss Sasaki was put under the care of Dr. Sasaki. Now, a month after the explosion, something like order had been reestablished in the hospital; which is to say that the patients who still lay in the corridors at least had mats to sleep on and that the supply of medicines, which had given out in the first few days, had been replaced, though inadequately, by contributions from other cities. Dr. Sasaki, who had had one seventeen-hour sleep at his home on the third night, had ever since then rested only about six hours a night, on a mat at the hospital; he had lost twenty pounds from his very small body; he still wore the borrowed glasses.

Since Miss Sasaki was a woman and was so sick (and perhaps, he afterward admitted, just a little bit because she was named Sasaki), Dr. Sasaki put her on a mat in a semi-private room, which at that time had only eight people in it. He questioned her and put down on her record card, in the correct, scrunched-up German in which he wrote all his records: "*Mittelgrosse Patientin in gutem Ernährungszustand. Fraktur am linken Unterschenkelknochen mit Wunde; Anschwellung in der*

prendió y la aterrorizó, y en particular notó algo que le causó escalofríos. Cubriéndolo todo —sobre los restos de la ciudad, las alcantarillas y las orillas de los ríos, enredado con baldosas y tejas de estaño, sobre los troncos carbonizados de los árboles— había una cobija de un verde fresco, vívido, lozano, optimista; el verdor se levantaba incluso de los cimientos de casas en ruinas. La hierba ya escondía las cenizas, y entre los huesos de la ciudad florecían [86] flores silvestres. La **bomba** no sólo había dejado intactos los órganos subterráneos de las plantas; los había estimulado. Por todas partes había violetas y bayonetas, sarrión, campanillas y lirios, flores de soya, verdolagas y **bardanas** y sésamo y matricaria y mijo salvaje. En un círculo del centro, especialmente, había un caso extraordinario de regeneración: la brusquilla no sólo florecía entre los restos carbonizados de la misma planta sino que se abría paso en nuevos lugares, entre ladrillos y a través de las grietas del asfalto. Parecía como si una carga de **semillas de brusquilla** hubiera sido arrojada junto con la bomba.

En el hospital de la Cruz Roja, la señorita Sasaki fue puesta al cuidado del doctor Sasaki. Ahora que había pasado un mes después de la explosión, un cierto orden se había restablecido en el hospital: los pacientes que todavía yacían en el corredor tenían ahora esterillas para dormir, y el suministro de medicamentos, que se había agotado en los primeros días, había sido reemplazado —si bien de forma inadecuada— por contribuciones de otras ciudades. El doctor Sasaki, que la tercera noche había dormido diecisiete horas en su casa, había descansado desde entonces seis horas por noche, y eso sobre una estera y en el hospital; su pequeño cuerpo había perdido nueve kilos; todavía usaba las gafas prestadas.

Puesto que la señorita Sasaki era una dama y además estaba tan enferma (y, según aceptó después el doctor, puesto que su apellido era Sasaki), el doctor Sasaki la acomodó sobre una estera en una habitación semiprivada que en ese momento sólo albergaba a ocho personas más. La entrevistó y escribió su informe con el alemán correcto y apretado en que lo escribía todos: «*Mittelgrosse Patientin in gutem Ernährungszustand. Fraktur am linken Unterschenkelknochen mit Wunde; Anschwellung in der linken Unterschenkelgegend. Haut und*

pero algo que notó en todo ello fue lo que la impresionó más profundamente. Sobre todas las cosas — a través de las ruinas de la ciudad, en las zanjas de la calle, a lo largo de las orillas de los ríos, asomando entre las tejas y los techados de estaño, trepando por los troncos de árboles quemados— había una sábana de verde fresco, vívido, lozano, optimista; el verdor se levantaba de los mismos cimientos de las casas destruidas. Las hierbas ya tapaban las cenizas, y las flores silvestres [100] se abrían entre los huesos de la ciudad. La **bomba** no sólo había dejado intactos los órganos subterráneos de las plantas: los había estimulado. Por todas partes había **campanillas** y yucas, narcisos y tréboles, lilas y arvejillas, verdolagas y sésamo, mijo y matricaria. Especialmente en un círculo en el centro, la planta del sen crecía extraordinariamente regenerada, no sólo levantándose entre sus propios restos quemados, sino surgiendo en nuevos lugares, entre ladrillos y a través de las grietas del asfalto. En verdad parecía como si junto con la bomba se hubiesen arrojado **semillas de sen**.

En el Hospital de la Cruz Roja, la señorita Sasaki fue puesta al cuidado del doctor Sasaki. Ahora, un mes después de la explosión, se había restablecido una especie de orden en el hospital; es decir que los pacientes que aún yacían en los corredores tenían por lo menos esteras sobre las cuales dormir, y que la reserva de medicamentos, agotada en los primeros días, había sido repuesta, aunque inadecuadamente, por la contribución de otras ciudades. El doctor Sasaki, que la tercera noche había dormido diecisiete horas en su casa, desde entonces había descansado sólo unas seis horas por día sobre una estera en el hospital; su cuerpo menudo había perdido diez kilos; todavía usaba los anteojos prestados.

Puesto que la señorita Sasaki era una mujer y estaba tan enferma (y tal vez, como él mismo admitió más tarde, un poco porque se llamaba Sasaki), el doctor la puso en una estera en una habitación semiprivada, que en ese momento tenía sólo ocho pacientes. La interrogó, y escribió en su historia clínica, en ese alemán correcto en que escribía todas sus historias: «*Mittelgrosse Patientin in gutem Ernährungszustand. Fraktur am linken Untersehenkelknochen mit Wunde; Anschwellung [101] in der linken Untersehenkelgegend. Haut und*

Schleimhäute mässig durchblutet und kein Oedema. » Il nota ainsi qu'il s'agissait d'un cas du sexe féminin, de taille moyenne et d'état de santé général satisfaisant ; que la patiente avait une fracture multiple du tibia gauche, avec enflure de la partie inférieure de la jambe du même côté; que la peau et les muqueuses extérieures étaient fortement marquées de *petechiae*, qui sont de petites hémorragies, de la taille approximative d'un grain de riz, allant même jusqu'à la grosseur d'une graine de soja ; que, de plus, la tête, les yeux, la gorge, les poumons et le cœur étaient apparemment normaux ; et que la patiente faisait de la température. Il eût voulu réduire la fracture et mettre la jambe dans le plâtre, mais il y avait beau temps que le plâtre [153] manquait ; il se contenta de faire allonger Mlle Sasaki sur une natte, et ordonna de l'aspirine pour la fièvre, et pour l'état de sous-alimentation (qu'il n'avait pas noté sur la fiche, parce que tout le monde en était au même point) des injections intraveineuses de glucose et l'absorption par voie buccale de diastases. Mlle Sasaki n'offrait qu'un seul des symptômes curieux qu'il relevait dans le cas de la plupart de ses patients d'alors, les taches hémorragiques.

La malchance poursuivait toujours le docteur Fujii, en rapport persistant avec les rivières. Il était l'hôte à présent, dans sa maison d'été, de son ami, M. Okuma, à Fukawa. La villa s'accrochait aux berges abruptes de l'Ota. Dans ce lieu favorable, les blessures du docteur Fujii n'avaient pas tardé à progresser sur la voie de la guérison; il s'était même mis à soigner les réfugiés, qui venaient le voir du voisinage, se servant à cet effet de médicaments qu'il avait récupérés dans une réserve secrète des faubourgs. Il remarqua chez [154] certains de ses patients un curieux syndrome de symptômes, foisonnant au cours des troisième et quatrième semaines, mais ne put rien faire de plus, pratiquement, que d'emballoter coupures et brûlures. Dans les premiers jours de septembre, il se mit à pleuvoir à verse et sans répit. Le 17 septembre, l'averse tourna au déluge, puis au typhon, et les eaux escaladèrent de plus en plus haut les berges. M. Okuma et le docteur Fujii prirent peur et se réfugièrent tant bien que mal dans la montagne chez un paysan. (Dans la vallée, à Hiroshima, l'inondation paracheva l'ouvrage de la bombe, balayant les ponts qui avaient résisté à l'explosion, nettoyant les rues, sapant les fondations des bâtiments qui tenaient encore debout; à un peu plus de quinze kilomètres de là, vers l'Ouest, l'hôpital militaire d'Ono, où une équipe d'experts de l'Université Impériale de Kyoto étudiait les effets tardifs de l'explosion sur les blessés, glissa

linker Unterschenkelgegend. Haut and sichtbare Schleimhäute mässig durchblutet and kein Oedema," noting that she was a medium-sized female patient in good general health; that she had a compound fracture [92] of the left tibia, with swelling of the left lower leg; that her skin and visible mucous membranes were heavily spotted with *petechiae*, which are hemorrhages about the size of grains of rice, or even as big as soybeans; and, in addition, that her head, eyes, throat, lungs, and heart were apparently normal; and that she had a fever. He wanted to set her fracture and put her leg in a cast, but he had run out of plaster of Paris long since, so he just stretched her out on a mat and prescribed aspirin for her fever, and glucose intravenously and diastase orally for her undernourishment (which he had not entered on her record because everyone suffered from it). She exhibited only one of the queer symptoms so many of his patients were just then beginning to show—the spot hemorrhages.

DR. Fujii was still pursued by bad luck, which still was connected with rivers. Now he was living in the summer house of Mr. Okuma, in Fukawa. This house clung to the steep banks of the Ota River. Here his injuries seemed to make good progress, and he even began to treat refugees who came to him from the neighborhood, using medical supplies he had retrieved from a *cache* in the suburbs. He noticed in some of his patients a curious syndrome of symptoms that cropped out in the third and fourth weeks, but he was not able to do much more than swathe cuts and burns. Early in September, it began to rain, steadily and heavily. The river rose. On September 17th, there came a cloud [93] burst and then a typhoon, and the water crept higher and higher up the bank. Mr. Okuma and Dr. Fujii became alarmed and scrambled up the mountain to a peasant's house. (Down in Hiroshima, the flood took up where the bomb had left off—swept away bridges that had survived the blast, washed out streets, undermined foundations of buildings that still stood—and ten miles to the west, the Ono Army Hospital, where a team of experts from Kyoto Imperial University was studying the delayed

sichtbare Schleimhäute mässig durchblutet und [87] kein Oedema», anotando que se trataba de una paciente de talla mediana en buena condición general; que tenía una fractura múltiple en la tibia izquierda con inflamación de la parte inferior de la pierna izquierda; que su piel y sus membranas mucosas visibles estaban bastante afectadas de *petechiae*, hemorragias del tamaño de un grano de arroz o incluso tan grandes como uno de soya; que su cabeza, ojos, garganta, pulmones y corazón se encontraban en estado normal; y que tenía fiebre. Quería acomodar su fractura y enyesar su pierna, pero el yeso de París se le había acabado tiempo atrás, así que simplemente la acostó sobre una estera y le recetó aspirina para la fiebre, y glucosa intravenosa y diastasa oral para su desnutrición (que el doctor no anotó en el registro médico porque todo el mundo la sufría). La señorita Sasaki exhibía solamente uno de los síntomas extraños que tantos de sus pacientes comenzaban a mostrar: las manchas de hemorragia.

Al doctor Fujii aún lo perseguía la mala suerte, y esa mala suerte aún estaba relacionada con los ríos. Ahora vivía en la casa de verano del señor Okuma, en Fukawa. Esta casa se aferraba a los empinados bancos del río Ota. Aquí, sus heridas parecieron mejorar, y llegó incluso a tratar a refugiados del vecindario con provisiones médicas que había rescatado de un *alijo* suburbano. Notó en sus pacientes un curioso síndrome que surgió durante la tercera y la cuarta semana, pero poco pudo hacer más que vendar cortes y quemaduras. A principios de septiembre comenzó a llover constante, copiosamente. El río creció. El 17 de septiembre cayó un aguacero y luego hubo un tifón, y el agua subía más y más sobre el banco del río. El señor Okuma y el doctor Fujii se preocuparon y escalaron la montaña hasta llegar a la casa de un [88] campesino. (Abajo, en Hiroshima, la inundación continuó el trabajo que la bomba había comenzado —barrió con puentes que habían sobrevivido a la explosión, minó los cimientos de los edificios que se mantuvieron en pie— y dieciséis kilómetros al oeste, el Hospital Militar Ono, donde un equipo de expertos de la Universidad Imperial de Kyoto estudiaba las afecciones retardadas

und sichtbare Schleimhäute mässig durchblutet und kein Oedema»; todo lo cual quiere decir que era una paciente de sexo femenino en buena salud general; que tenía una fractura compuesta en la tibia izquierda, con engrosamiento de la parte inferior de la pierna izquierda; que la piel y las membranas mucosas visibles presentaban gran cantidad de *petechiae*, que son hemorragias del tamaño aproximado de granos de arroz, y a veces de semillas de soya y que, además, su cabeza, ojos, garganta, pulmones y corazón eran aparentemente normales; y que tenía fiebre. Quiso ver la fractura y enyesarle la pierna, pero como tiempo atrás se le había terminado el yeso de París, se limitó a extenderla en una estera y prescribirle aspirina para la fiebre y glucosa endovenosa y diastasa por vía oral para la desnutrición (esto no lo incluyó en la historia, pues todo el mundo sufría de ello). La señorita Sasaki mostraba solamente uno de los extraños síntomas que tantos de los pacientes estaban comenzando a sentir: las hemorragias localizadas.

Al doctor Fujii continuaba persiguiéndolo la mala suerte, que todavía estaba vinculada con los ríos. Ahora vivía en la casa de verano del señor Okuma, en Fukawa. Esta casa se asentaba en las escarpadas márgenes del río Ota. Allí, su convalecencia pareció hacer rápidos progresos, y hasta comenzó a atender a refugiados de la vecindad que acudían a él. Para esto usaba los instrumentos médicos rescatados de un *escondite* en los suburbios. Notó en sus pacientes un curioso síndrome de síntomas que aparecieron durante la tercera y cuarta semanas, pero no pudo hacer mucho más que curar tajos y quemaduras. A principios de septiembre, comenzó a llover tenaz y densamente. El río creció. El 17 de [102] setiembre hubo una tormenta eléctrica, y luego un tifón, y el agua trepó cada vez más alto en la ribera. El señor Okuma y el doctor Fujii, alarmados, se refugiaron en la casa de un campesino, en la montaña. (En Hiroshima, la inundación se llevó lo poco que había dejado la bomba: barrió puentes que resistieron el estallido, lavó calles, minó cimientos de edificios que aún estaban en pie, y diez millas al oeste, el Hospital Militar Ono, donde un equipo de expertos de la Universidad Imperial de Kioto estaba estudiando la larga

soudain le long de la pente de la montagne aux magnifiques et sombres ombres de pins, pour venir s'engloutir dans la mer Intérieure, où se noyèrent du même coup la plupart des savants et de leurs patients avec leurs maladies mystérieuses.) La tempête passée, [155] le docteur Fujii et M. Okuma revinrent au bord de la rivière, pour constater que les eaux avaient emporté sans rémission la demeure de M. Okuma.

Tant de gens se sentirent pris de maux soudains, près d'un mois après l'explosion de la bombe atomique, qu'une rumeur peu rassurante se mit à circuler, qui finit par atteindre la demeure de Kabé où gisait, chauve et malade, Mme Nakamura. Selon cette rumeur, la bombe atomique avait inondé Hiroshima d'une sorte de poison qui ne cesserait d'émettre des émanations mortelles durant une période de sept ans; et de tout ce temps, personne ne pourrait aller dans la ville. La nouvelle bouleversa particulièrement Mme Nakamura, qui se rappelait que dans un moment de panique, le matin de l'explosion, elle avait littéralement englouti son seul gagne-pain, sa machine à coudre Sankoku, dans le petit réservoir en ciment devant ce qui restait de sa maison; personne, à présent, ne pourrait aller repêcher la machine. Jusqu'alors, [156] Mme Nakamura et ses parents avaient témoigné d'une résignation et d'une passivité certaines à l'égard du problème moral posé par la bombe atomique; mais la rumeur en question alluma subitement en eux plus de haine et de ressentiment pour l'Amérique qu'ils n'en avaient éprouvé de toute la guerre.

Les savants japonais, qui étaient loin d'être ignares en matière de désintégration de l'atome (l'un d'eux possédait même un cyclotron), s'inquiétaient beaucoup de la persistance de la radio-activité à Hiroshima, et à la mi-août, peu de jours après que le président Truman eut révélé (identité de la bombe, ils pénétrèrent dans la ville pour procéder à leurs investigations. Leur premier soin fut de déterminer en gros un centre d'explosion, en observant de quel côté les poteaux téléphoniques, dans le voisinage immédiat du cœur de la cité, portaient des traces de brûlure. Ils se mirent d'accord pour retenir le porche à torii du temple de Gokoku, directement à droite du champ de parade du Q. G. régional de Chugoku. De là, ils se mirent à l'oeuvre, en directions Nord et Sud, s'aidant d'électroscopes de Lauritsen, qui sont sensibles également aux rayons bêta et gamma. Ces appareils leur indiquèrent que la radio [157] activité, à son maximum d'intensité, près des torii était quatre, deux fois plus forte que ne (était en

affliction of the patients, suddenly slid down a beautiful, pine-dark mountainside into the Inland Sea and drowned most of the investigators and their mysteriously diseased patients alike.) After the storm, Dr. Fujii and Mr. Okuma went down to the river and found that the Okuma house had been washed altogether away.

BECAUSE so many people were suddenly feeling sick nearly a month after the atomic bomb was dropped, an unpleasant rumor began to move around, and eventually it made its way to the house in Kabe where Mrs. Nakamura lay bald and ill. It was that the atomic bomb had deposited some sort of poison on Hiroshima which would give off deadly emanations for seven years; nobody could go there all that time. This especially upset Mrs. Nakamura, who remembered that in a moment of confusion on the morning of the explosion she had literally sunk her entire means of livelihood, her Sankoku sewing machine, in the small [94] cement water tank in front of what was left of her house; now no one would be able to go and fish it out. Up to this time, Mrs. Nakamura and her relatives had been quite resigned and passive about the moral issue of the atomic bomb, but this rumor suddenly aroused them to more hatred and resentment of America than they had felt all through the war.

Japanese physicists, who knew a great deal about atomic fission (one of them owned a cyclotron), worried about **lingering** radiation at Hiroshima, and in mid-August, not many days after President Truman's disclosure of the type of bomb that had been dropped, they entered the city to make investigations. The first thing they did was roughly to determine a center by observing the side on which telephone poles all around the heart of the town were scorched; they settled on the torii gateway of the Gokoku Shrine, right next to the parade ground of the Chugoku Regional Army Headquarters. From there, they worked north and south with Lauritsen electroscopes, which are sensitive to both beta particles and gamma rays. These indicated that the highest intensity of radioactivity, near the torii, was 4.2 times the average natural "leak"

de los pacientes, resbaló de repente por una hermosa ladera cubierta de pinos y fue a caer al mar Interior, y la mayoría de los investigadores se ahogaron junto con aquellos pacientes misteriosamente enfermos.) Tras la tormenta, el doctor Fujii y el señor Okuma bajaron al río y encontraron que la casa de los Okuma había desaparecido por completo.

A causa de los repentinos males que habían comenzado a afectar a la gente casi un mes después de la bomba, un rumor desagradable comenzó a circular, y no tardó en llegar a la casa de Kabe donde la señora Nakamura yacía calva y enferma. El rumor decía que la bomba atómica había depositado en Hiroshima una especie de veneno que despediría emanaciones mortíferas durante siete años; en ese tiempo, nadie debía acercarse al lugar. Esto disgustó particularmente a la señora Nakamura: recordó que la mañana de la bomba, en un momento de confusión, había hundido el que era su único medio de subsistencia, su máquina de coser Sankoku, en un pequeño tanque de cemento frente a los restos de su casa; ahora nadie podría ir a pescarla. Hasta este momento, la señora Nakamura y sus familiares habían mantenido una posición resignada y pasiva frente a la cuestión moral de la bomba, pero este rumor despertó en ellos más odio, más resentimiento contra los Estados Unidos del que habían sentido durante la guerra. [89]

Físicos japoneses que conocían bien el tema de la fisión atómica (uno de ellos tenía un ciclotrón propio) se mostraban muy preocupados acerca de la radiación **persistente** en Hiroshima, y a mediados de agosto, poco después de que el presidente Truman reveló el tipo de bomba que se había arrojado, entraron a la ciudad para investigar. Lo primero que hicieron fue determinar grandes rasgos un centro de impacto, con base en la inclinación de los postes de teléfono alrededor del corazón de la ciudad. Se decidieron por la puerta torii del templo Gokoku, justo al lado de la plaza de armas de los Cuarteles Generales del Ejército Regional de Chugoku. Desde allí recorrieron la ciudad de norte a sur con electroscopios Lauritsen, que son sensibles tanto a partículas beta como a rayos gamma. Los electroscopios indicaban que la mayor intensidad de radioactividad se

afección de los pacientes, repentinamente se deslizó por la ladera llena de pinos de una soberbia montaña, cayó al Mar Interior, y la mayoría de los investigadores, juntamente con sus pacientes, se ahogaron.) Después de la tormenta, el doctor Fujii y el señor Okuma bajaron al río y se encontraron con que la casa de Okuma había sido también arrastrada.

Como tanta gente se sintió repentinamente enferma casi un mes después de arrojarse la bomba atómica, comenzó a circular un desagradable rumor, que eventualmente llegó a oídos de la señora Nakamura, que yacía en la casa de Kabe, calva y enferma. Este rumor decía que la bomba atómica había depositado una especie de veneno en Hiroshima, que produciría emanaciones mortíferas durante siete años; nadie podría acercarse a la ciudad en este tiempo. Esto alteró especialmente a la señora Nakamura pues recordó que en un momento de confusión, la mañana del estallido, había hundido literalmente todos sus medios de subsistencia (la máquina de coser Sankoku) en el tanquecillo de cemento al frente de lo que quedaba de su casa; ahora no habría nadie que fuera a sacarla. Hasta entonces, la señora Nakamura y sus parientes habían permanecido muy resignados y pasivos sobre los resultados morales de la bomba atómica, [103] pero este rumor despertó en ellos, de golpe, más odio y resentimiento hacia los Estados Unidos que todo lo sentido a lo largo de la guerra.

Los físicos japoneses, que sabían mucho acerca de la fisión atómica (uno de ellos poseía un ciclotrón), se preocuparon acerca de la radiación _____ en Hiroshima, y a mediados de agosto, pocos días después de la explicación del presidente Truman acerca del tipo de bomba usada, entraron en la ciudad para hacer investigaciones. Lo primero que hicieron fue determinar aproximadamente un centro, observando el lado en que estaban quemados los postes telefónicos todo alrededor del corazón de la ciudad. Partieron del portón de la pagoda de Gokoku, exactamente al lado del campo de desfiles del Cuartel General del Ejército Regional de Chugoku. Desde aquí trabajaron hacia el norte y hacia el sur con electroscopios Lauritsen, que son sensibles a la vez a los rayos gamma y a las partículas beta: Los aparatos indicaron que la mayor intensidad radiactiva, cerca

moyenne, pour le sol en cet endroit, la « fuite » naturelle d'ondes ultra-courtes. Les savants remarquèrent que l'éclair de la bombe avait changé la couleur du béton en une teinte légèrement rougeâtre, écaillé la surface du granit, et roussi certaines autres espèces de matériaux de construction ; et que, en conséquence, la bombe avait, en certains lieux, laissé l'empreinte d'ombres projetées par sa lumière fulgurante. Les experts relevèrent, par exemple, la présence d'une ombre permanente sur le toit du bâtiment de la Chambre du Commerce (à 220 mètres du centre approximatif), ombre qui était celle de la tour rectangulaire de cet édifice ; la présence de plusieurs autres ombres du même type sur le poste de guet installé au sommet de la Banque des Hypothèques (à 2.050 mètres du centre) ; la présence d'une autre encore sur la tour de la Centrale Electrique de Chugoku (800 mètres) ; de même, l'ombre de la pompe d'un poste à essence (2.630 mètres) ; et plusieurs autres encore sur des tombes de granit, sises dans l'enceinte du temple de Gokoku (385 mètres). Par des calculs de triangulation, [158] reliant ces ombres et d'autres du même genre aux objets dont elles étaient la projection, les savants situèrent le centre exact de l'explosion à cent cinquante mètres au sud des torii et à quelques mètres au sud-est du monceau de ruines qui était autrefois l'hôpital Shima. (Quelques vagues silhouettes humaines furent aussi trouvées, qui donnèrent naissance à toutes sortes de fables où se mêlèrent finalement imagination pure et détails précis. Selon l'une d'elles, un peintre en bâtiment, sur son échelle, se trouva métamorphosé en une espèce de bas-relief monumental sur la façade en pierre d'une banque, où l'explosion le surprit en plein travail, dans l'acte de tremper son pinceau dans son seau de peinture ; selon une autre, un homme et sa charrette, qui se trouvaient sur le pont proche du Musée des Sciences et de l'Industrie, presque sous le point central de l'explosion, furent projetés et moulés en une sorte d'ombre repoussée qui montrait clairement que (homme allait fouetter son cheval quand la bombe explosa.) Remontant vers l'Est et vers l'Ouest, à partir du centre véritable, les savants, au début de septembre, firent de nouveaux relevés, et la plus forte radio-activité qu'ils [159] enregistrèrent, cette fois, fut de 3,9 fois supérieure à la « fuite » naturelle. Etant donné qu'il eût fallu une radioactivité de mille fois supérieure, au moins, à la dite u

fuite u, pour avoir de sérieux effets sur (organisme humain, les savants annoncèrent que les gens pouvaient rentrer à Hiroshima sans le moindre risque.

of ultra-short waves for the earth of that area. The scientists noticed that the flash of the bomb had discolored concrete to a light reddish tint, had scaled off the surface of granite, and had scorched certain other types of building material, and that consequently the bomb had, in some places, left prints of the shadows that had been cast [95] by its light. The experts found, for instance, a permanent shadow thrown on the roof of the Chamber of Commerce Building (220 yards from the rough center) by the structure's rectangular tower; several others in the lookout post on top of the Hypothec Bank (2,050 yards); another in the tower of the Chugoku Electric Supply Building (800 yards); another projected by the handle of a gas pump (2,630 yards); and several on granite tombstones in the Gokoku Shrine (385 yards). By triangulating these and other such shadows with the objects that formed them, the scientists determined that the exact center was a spot a hundred and fifty yards south of the torii and a few yards southeast of the pile of ruins that had once been the Shima Hospital. (A few vague human silhouettes were found, and these gave rise to stories that eventually included fancy and precise details. One story told how a painter on a ladder was monumentalized in a kind of bas-relief on the stone facade of a bank building on which he was at work, in the act of dipping his brush into his paint can; another, how a man and his cart on the bridge near the Museum of Science and Industry, almost under the center of the explosion, were cast down in an embossed shadow which made it clear that the man was about to whip his horse.) Starting east and west from the actual center, the scientists, in early September, made new measurements, and the highest radiation they found this time was 3.9 times the natural "leak." Since radiation of at least a thousand times the natural "leak" would be required to cause serious [96] effects on the human body, the scientists announced that people could enter Hiroshima without any peril at all.

As soon as this reassurance reached the household in which Mrs. Nakamura was concealing herself—or, at any rate, within a

daba cerca del torii, y era 4.2 veces mayor que el «escape» promedio de ondas ultracortas en la tierra de esa zona. Los científicos notaron que el resplandor de la bomba había decolorado el concreto hasta dejarlo de un rojo claro, había escamado la superficie del granito y chamuscado otros tipos de material de construcción, y en algunos lugares la bomba había dejado marcas correspondientes a las sombras de las formas que su luz había iluminado. Los expertos encontraron, por ejemplo, una sombra permanente proyectada sobre el techo de la Cámara de Comercio (a 200 metros del centro aproximado) por la torre rectangular de esa misma estructura; encontraron varias otras en el puesto de observación, en el último piso del edificio de la Electrificadora Chugoku (800 metros); otra más proyectada por la manija de una bomba de gas (2.400 metros); y varias más sobre tumbas de granito en el templo Gokoku (385 metros). Triangulando éstas y otras sombras con respecto a los objetos que las causaron, los científicos determinaron que el centro exacto era un punto ciento cincuenta metros al sur del torii y pocos metros al sureste de la [90] pila de ruinas que alguna vez había sido el Hospital Shima. (Algunas siluetas vagamente humanas fueron encontradas, y esto dio origen a leyendas que eventualmente llegaron a incluir detalles imaginativos y precisos. Una de las historias contaba que un pintor subido en su escalera había sido perpetuado, como monumento de bajorrelieve, en el acto de mojar su brocha en el bote de pintura, sobre la fachada de piedra del banco que pintaba; otra, que en el centro de la explosión, sobre el puente que hay cerca del Museo de la Ciencia y la Industria, un hombre y su carruaje habían sido proyectados en forma de una sombra repujada que revelaba que el hombre había estado a punto de azotar a su caballo.) Partiendo desde el centro hacia este y oeste, los científicos realizaron nuevas mediciones a principios de septiembre, y la radiación más alta que descubrieron esta vez era 3.9 veces superior al «escape» natural. Puesto que sería necesaria una radiación mil veces superior al «escape» natural para afectar seriamente al cuerpo humano, los científicos anunciaron que la gente podía regresar a Hiroshima sin peligro de ningún tipo.

Tan pronto como estas palabras tranquilizadoras llegaron a la casa en que se escondía la señora Nakamura (o en cualquier caso poco después de

del portón, era 4,2 veces la «pérdida» natural promedio de ondas ultracortas de la tierra en ese área. Los científicos observaron que el relámpago de la bomba había decolorado el concreto hasta un tono rojizo débil, había descascarado la superficie del granito, y había chamuscado cierto tipo de material de edificación, y que, en consecuencia, en algunos lugares la bomba había dejado impresadas las huellas de las sombras arrojadas por su luz. Los expertos encontraron, por ejemplo, una sombra permanente arrojada sobre el techo de la Cámara de Comercio (a 200 metros del centro aproximado) por la torre rectangular de la estructura; varias otras en el mirador encima del Banco Hipotecario (2.000 metros) ; otra en la torre de la Usina Eléctrica de Chugoku (800 metros) ; otra proyectada por la manija de un surtidor de gas (2.500 metros,) ; y varias sobre [104] lápidas de granito en la pagoda de Gokoku (380 metros). Triangulando estas y otras sombras semejantes con los objetos que las formaban, los científicos determinaron que el centro exacto era un lugar a ciento cincuenta metros del portón de la pagoda, y unos cuantos metros al sudeste de la pila de ruinas que una vez fue el Hospital Shima. (Se encontraron algunas vagas siluetas humanas, y esto dio origen a historias que eventualmente incluyeron la fantasía y detalles precisos. Una de ellas contaba cómo un pintor trepado a una escalera fue monumentalizado en una especie de bajorrelieve sobre la fachada de piedra del banco en que estaba trabajando, en el momento de sumergir su pincel en la lata de pintura; otra, cómo un hombre y su carreta en el puente cerca del Museo de Ciencia e Industria, casi bajo el centro de la explosión, dejaron una sombra en relieve, que mostraba al hombre en actitud de azotar a su caballo.) Hacía el este y el oeste del verdadero centro, los científicos hicieron nuevas mediciones a principios de septiembre, y la radiación más alta que encontraron esta vez era 3,9 veces mayor que la «pérdida» natural. Puesto que para causar serios efectos en el cuerpo humano haría falta por lo menos mil veces más que la «pérdida» natural, los científicos anunciaron que se podía entrar en Hiroshima sin ningún peligro en absoluto.

En cuanto esta seguridad llegó a la vecindad de la casa en que se escondía la señora Nakamura —o, por lo menos, un tiempo después, cuan-

eurent commencé à repousser - toute la famille sentit se relâcher sa haine pour (Amérique, et Mme Nakamura envoya son beau-frère s'enquérir de la machine à coudre. Elle était toujours immergée dans la petite citerne, et quand le beau-frère la ramena avec lui, Mme Nakamura s'aperçut, à sa grande détresse, qu'elle était toute rouillée et inutilisable.

Au noviciat, vers la fin de la première semaine de septembre, le Père Kleinsorge dut se mettre au lit avec une fièvre de [160] 38,3 1/2 et comme son état avait l'air d'empirer, ses collègues décidèrent de l'envoyer à l'hôpital catholique international de Tokyo. Le Père Cieslik et le recteur l'accompagnèrent jusqu'à Kobé, où un jésuite de cette ville le prit en charge pour le reste du trajet, avec le message suivant d'un médecin de Kobé à l'adresse de la Mère supérieure de l'hôpital catholique: « Regardez-y à deux fois avant de pratiquer une transfusion du sang sur ce malade, parce que, dans le cas de patients du fait de la bombe atomique, nous sommes loin d'être sûrs qu'une piqûre n'entraînera pas une hémorragie continue. »

Quand le Père Kleinsorge arriva à (hôpital, il était affreusement pâle et tenait à peine sur ses jambes. Il se plaignait de ce que la bombe avait mis sens dessus dessous sa digestion et lui avait causé des maux de ventre. Son compte de globules blancs était de trois mille (la normale est de cinq à sept mille), il était atteint d'anémie grave, et sa température était montée à 39. Un docteur qui ne savait guère à quoi s'en tenir sur ce genre de symptômes étranges - le Père Kleinsorge était un des rares « malades atomiques » que l'on eût envoyés à Tokyo - vint l'examiner et devant le patient se montra des plus encourageant. « Vous sortirez d'ici dans une quinzaine », dit-il. Mais dans le couloir il déclara à la Mère supérieure: « Il ne survivra pas. Tous ces gens de la bombe n'y résistent pas, vous verrez. Ils tiennent le coup une, deux semaines, puis ils meurent. »

Il ordonna un traitement de suralimentation. Toutes les trois heures, on bourra l'organisme du Père Kleinsorge d'oeufs ou de jus de viande de boeuf, et on le gava d'autant de sucre qu'il en pouvait tolérer. On y ajouta des vitamines, du fer, de l'arsenic (solution de Fowler) pour l'anémie. Il réagit, à la confusion de l'une et l'autre prédications du médecin: il ne mourut pas plus qu'il ne fut debout au bout de quinze jours. Si le message du médecin de Kobé le priva d'une transfusion du sang, qui eût

short time, after her hair had started growing back again—her whole family relaxed their extreme hatred of America, and Mrs. Nakamura sent her brother-in-law to look for the sewing machine. It was still submerged in the water tank, and when he brought it home, she saw, to her dismay, that it was all rusted and useless.

BY THE END Of the first week in September, Father Kleinsorge was in bed at the Novitiate with a fever of 102.2, and since he seemed to be getting worse, his colleagues decided to send him to the Catholic International Hospital in Tokyo. Father Cieslik and the rector took him as far as Kobe and a Jesuit from that city took him the rest of the way, with a message from a Kobe doctor to the Mother Superior of the International Hospital: "Think twice before you give this man blood transfusions, because with atomic-bomb patients we aren't at all sure that if you stick needles in them, they'll stop bleeding."

When Father Kleinsorge arrived at the hospital, he was terribly pale and very shaky. He complained that the bomb had upset his digestion and given him abdominal pains. His white blood count was three thousand (five to seven thousand is normal), he was [97] seriously anemic, and his temperature was 104. A doctor who did not know much about these strange manifestations—Father Kleinsorge was one of a handful of atomic patients who had reached Tokyo—came to see him, and to the patient's face he was most encouraging. "You'll be out of here in two weeks," he said. But when the doctor got out in the corridor, he said to the Mother Superior, "He'll die. All these bomb people die you'll see. They go along for a couple of weeks and then they die."

The doctor prescribed suralimentation for Father Kleinsorge. Every three hours, they forced some eggs or beef juice into him, and they fed him all the sugar he could stand. They gave him vitamins, and iron pills and arsenic (in Fowler's solution) for his anemia. He confounded both the doctor's predictions; he neither died nor got up in a fortnight. Despite the fact that the message from the Kobe doctor deprived him of transfu-

que su pelo comenzó a crecer de nuevo) su familia redujo su odio extremo contra los Estados Unidos, y la señora Nakamura mandó a su cuñado a buscar la máquina de coser. La encontró sumergida aún en el tanque de agua, y cuando la trajo a casa la señora Nakamura vio, para su gran disgusto, que estaba completamente oxidada e inservible.

Hacia fines de la primera semana de septiembre, el padre Kleinsorge se encontraba en cama en el noviciado, afectado por una fiebre de 39°, y, puesto que parecía estar empeorando, sus colegas [91] decidieron mandarlo al Hospital Católico Internacional de Tokio. El padre Cieslik y el rector lo llevaron hasta Kobe y un jesuita de la localidad lo acompañó el resto del camino con un mensaje de un doctor de Kobe para la Madre Superior del Hospital Internacional: «Piénselo bien antes de darle a este hombre transfusiones sanguíneas, porque no tenemos ninguna certeza de que los pacientes de la bomba atómica dejen de sangrar después de ser pinchados con una jeringa».

Cuando el padre Kleinsorge llegó al hospital, estaba pálido y terriblemente tembloroso. Se quejaba de que la bomba había alterado su digestión y le había provocado dolores abdominales. Su cuenta de glóbulos blancos era tres mil (lo normal es tener de cinco a siete mil), estaba seriamente anémico y la temperatura le había subido a 40°—Vino a verlo un doctor que no sabía demasiado acerca de estas extrañas manifestaciones —el padre Kleinsorge era apenas uno entre un puñado de pacientes de la bomba atómica que habían llegado hasta Tokio—, y frente al paciente se mostró muy optimista: «En dos semanas saldrá de aquí», dijo. Pero al salir al corredor, le dijo a la madre superiora: «Morirá. Toda esta gente de la bomba muere, ya verá. Resisten un par de semanas y luego mueren».

El doctor prescribió sobrealimentación para el padre Kleinsorge. Cada tres horas lo obligaban a recibir huevos o carne en líquido, y le daban toda el azúcar que pudiera soportar. Le dieron vitaminas, pastillas de hierro y arsénico (en solución de Fowler) para la anemia. El padre contrarió las dos predicciones del médico: ni murió ni salió en dos semanas. A pesar de que el mensaje del doctor de Kobe lo privó de transfusiones —que hubieran sido la

do empezó a crecerle nuevamente el pelo—, toda la familia atemperó su extremado odio hacia los Estados Unidos, y la señora Nakamura envió a su cuñado a rescatar la máquina de coser. Estaba todavía sumergida en el tanque de agua. Cuando se la trajo a casa, vio, con gran dolor, que estaba oxidada e inútil. [105]

Hacia el final de la primera semana de setiembre, el padre Kleinsorge estaba en cama en el Noviciado con una fiebre de 39° C, y como parecía empeorar, sus colegas decidieron enviarlo al Hospital Católico Internacional de Tokio. El padre Cieslik y el rector lo llevaron hasta Kobe, y un jesuita de esa ciudad lo acompañó el resto del camino, con un mensaje de un médico de Kobe a la madre superiora del Hospital Internacional: «Piensen dos veces antes de darle a este hombre una transfusión de sangre, porque con los pacientes atómicos no estamos seguros de que, si le pinchamos agujas, los pinchazos dejarán de sangrar.»

Cuando el padre Kleinsorge llegó al hospital estaba terriblemente pálido y tembloroso. Se quejó de que la bomba le había alterado la digestión y le había producido dolores abdominales. Su recuento de glóbulos blancos dio tres mil (lo normal es de cinco a siete mil); tenía una fuerte anemia y su temperatura era de 40° C. Un médico que no entendía mucho acerca de estos extraños síntomas — el padre Kleinsorge era uno de los muchos pacientes atómicos llegados a Tokio — vino a verlo y ante él se mostró muy alentador.

—Usted saldrá de aquí en dos semanas — le dijo. Pero cuando salió al corredor, el mismo médico le dijo a la madre superiora: «Morirá. Toda esta gente bombardeada muere... Ya verá. Andan bien un par de semanas y después se mueren.»

El médico prescribió sobrealimentación al padre Kleinsorge. Cada tres horas le hacían comer a la fuerza algunos huevos o jugo de carne, y lo alimentaban con toda el azúcar que podía soportar. Le dieron vitaminas, píldoras de hierro y arsénico (en la solución de Fowler) para la anemia. Desmintió las dos predicciones del médico: ni —murió ni se mejoró en dos semanas. A pesar del hecho de que el mensaje del médico de Kobe lo había privado [106] de las

été le meilleur de tous les remèdes, la fièvre et les troubles digestifs n'en disparurent pas moins assez rapidement. Le compte de globules blancs augmenta quelque temps, mais au début d'octobre, 5 retomba à 3.600 ; puis en dix jours grimpa brusquement plus haut que la normale, à 8.800 et finit par se stabiliser à 5.800. Ses égratignures ridicules intriguaient tout le monde. Au bout de 10 quelques jours, elles [162] semblaient vouloir guérir ; puis, sitôt qu'il se mettait à s'agiter un peu, elles se rouvraient. Dès qu'il commença à se sentir mieux, il se prit à s'amuser énormément. A Hiroshima, il était perdu dans la masse des souffrances, à Tokyo il devenait une curiosité. De jeunes majors de l'armée américaine vinrent à la douzaine l'observer. Les experts japonais le question- 20 naient. Un journal l'interviewa. Et un jour, le docteur dont il avait confondu les prédictions lui rendit visite, secoua la tête et dit : « A n'y rien comprendre, ces gens de la bombe. »

Mme Nakamura et sa fille Myeko ne sortaient pas, toujours couchées. Toutes deux continuaient à être malades et nau- 30 séuses, et bien que Mme Nakamura eût vaguement le sentiment que leurs ennuis venaient de la bombe, elle était trop pauvre pour voir un docteur et ne sut donc jamais exactement ce qu'elle eut. Sans le moindre traitement, simplement à 35 force de repos, les deux malades petit à petit se sentirent [163] mieux. Myeko perdit un peu de ses cheveux et elle avait au bras une brûlure minuscule qui mit des mois à guérir. Toshio, le garçon, et 40 la fille aînée, Yaeko, avaient l'air en assez bonne forme, ce qui n'empêcha que tous deux, de leur côté, perdirent un peu de leurs cheveux et qu'il leur arriva de souffrir de maux de tête. Toshio avait 45 toujours des cauchemars où il revoyait régulièrement Hideo Osaki, le jeune mécano de dix-huit ans, son héros, qui avait péri dans le bombardement.

Alité, avec 39 de fièvre, M. Tanimoto se faisait du mauvais sang en pensant à tous les services funèbres 55 qu'il aurait dû célébrer pour les trépassés de sa paroisse. Il croyait être victime, simplement, du surmenage auquel il s'était astreint depuis le bombardement, mais la fièvre persistant, au bout de quelques jours, il envoya chercher un médecin. Celui-ci avait trop à faire 60 pour se rendre jusqu'à Ushida, mais dépêcha une infirmière qui reconnut les symptômes d'une légère atteinte de maladie [164] de la radio-activité et revint de temps à autre faire au malade 65 des injections de vitamine B.1. Un prêtre bouddhiste que connaissait M. Tanimoto lui rendit visite et lui suggéra d'essayer de la moxibustion. Le

sions, which would have been the most useful therapy of all, his fever and his digestive troubles cleared up fairly quickly. His white count went up for a while, but early in October it dropped again, to 3,600; then, in ten days, it suddenly climbed above normal, to 8,800; and it finally settled at 5,800. His ridiculous scratches puzzled everyone. For a few days, they would mend, and then, when he moved around, they would open up again. As soon as he began to feel well, he enjoyed himself tremendously. In Hiroshima he had been one of thousands of sufferers; in Tokyo he was a curiosity. American Army doctors [98] came by the dozen to observe him. Japanese experts questioned him. A newspaper interviewed him. And once, the confused doctor came and shook his head and said, "Baffling cases, 25 these atomic-bomb people."

MRS. NAKAMURA lay indoors with Myeko. They both continued sick, and though Mrs. Nakamura vaguely sensed that their trouble was caused by the bomb, she was too poor to see a doctor and so never knew exactly what the matter was. Without any treatment at all, but merely resting, they began gradually to feel better. Some of Myeko's hair fell out, and she had a tiny burn on her arm which took months to heal. The boy, Toshio, and the older girl, Yaeko, seemed well enough, though they, too, lost some hair and occasionally had bad headaches. Toshio was still having nightmares, always about the nineteen-year-old mechanic, Hideo Osaki, his hero, who had been killed by the bomb.

ON HIS BACK with a fever of 104, Mr. Tanimoto worried about all the funerals he ought to be conducting for the deceased of his church. He thought he was just overtired from the hard work he had done since the bombing, but after the fever had persisted for a few days, he sent for a doctor. The doctor was too busy to visit him in Ushida, but he dispatched a nurse, who recognized his symptoms as those of mild radiation disease and came back from time to time to give him injections of Vitamin B1. A Buddhist priest with whom Mr. Tanimoto was acquainted called on him and suggested [99] that moxibustion

terapia más útil de todas—, la fiebre y los problemas digestivos sanaron rápidamente. Su cuenta de glóbulos blancos subió durante un tiempo, pero a principios de octubre volvió a bajar [92] a 3.600; entonces, en espacio de diez días, subió a más de lo normal, 8.800, para establecerse después en 5.800. Sus ridículos rasguños seguían desconcertando a todo el mundo. Sababan durante unos días, y luego, cuando el padre se movía un poco, volvían a abrirse. Tan pronto como comenzó a sentirse un poco mejor, el padre disfrutó inmensamente. En Hiroshima no había sido más que uno entre miles de afectados; en Tokio era una curiosidad. Médicos del Ejército norteamericano venían por docenas para verlo. Expertos japoneses lo interrogaban. Un diario lo entrevistó. Y una vez vino a verlo el doctor que se había equivocado, le dio un apretón de manos y dijo: «Es desconcertante, esta gente de la bomba atómica».

La señora Nakamura se mantenía con Myeko dentro de su casa. Las dos seguían enfermas, y aunque la señora Nakamura vagamente intuía que su malestar era consecuencia de la bomba, era demasiado pobre para consultar a un doctor, y nunca llegó a saber cuál era exactamente el problema. Sin recibir tratamiento de ningún tipo, simplemente descansando, poco a poco se empezaron a sentir mejor. Myeko perdió un poco de pelo y una herida pequeña que tenía en el brazo tardó meses en sanar. El niño, Toshio, y la niña mayor, Yaeko, parecían encontrarse bastante bien, aunque también ellos habían perdido un poco de pelo y sufrían de vez en cuando de fuertes dolores de cabeza. Toshio todavía tenía pesadillas: soñaba siempre con Hideo Osaki, el mecánico de diecinueve años, su héroe, a quien la bomba había matado.

Acostado y con 40° de fiebre, el señor Tanimoto no dejaba de preocuparse por todos los funerales que debería estar celebrando para [93] los difuntos de su iglesia. Había pensado que lo suyo era un simple cansancio por el demasiado trabajo que había llevado a cabo desde la bomba, pero después de que la fiebre persistiera durante varios días, hizo venir a un doctor. El doctor estaba demasiado ocupado para visitarlo en Ushida; envió a una enfermera que reconoció los síntomas de una radiotoxemia leve y regresó de vez en cuando para darle inyecciones de vitamina B1. Un monje budista, conocido del señor Tanimoto, lo llamó para decirle que una

transfusiones, que hubiera sido la mejor terapia, su fiebre y sus malestares digestivos desaparecieron rápido. La cantidad de glóbulos blancos subió un poco, pero a principios de octubre volvió a bajar a tres mil seiscientos; luego en diez días, subió hasta sobrepasar la normal: ocho mil ochocientos; finalmente se regularizó en cinco mil ochocientos. Sus ridículos rasguños intrigaban a todo el mundo. Se cerraban por unos días y luego, cuando se movía, volvían a abrirse. En cuanto comenzó a sentirse bien se entretuvo enormemente. En Hiroshima había sido uno de los miles de víctimas: en Tokio era una curiosidad. Los médicos del ejército norteamericano iban por docenas a observarlo. Los expertos japoneses lo interrogaban. Un periódico le hizo un reportaje. Y una vez, el desconcertado doctor entró, movió la cabeza, y dijo:

—Casos extravagantes, esta gente de la bomba atómica.

La señora Nakamura estaba acostada dentro de la casa con Myeko. Ambas continuaban enfermas, y aunque la señora Nakamura intuía vagamente que su malestar se debía a la bomba, era demasiado pobre para ver a un médico y entonces nunca supo exactamente qué tenía. Sin ninguna clase de tratamiento, con mero reposo, gradualmente comenzó a sentirse mejor. Myeko perdió algo de pelo, y además tenía en el brazo una minúscula que madura que tardó meses en cicatrizar. El varón, Toshio, y Yaeko, la hija mayor, parecían bastante bien, aunque perdieron también algo de pelo, y ocasionalmente sufrían fuertes jaquecas. Toshio continuaba con sus pesadillas, siempre relacionadas con su héroe, el joven Hideo Osaki, muerto por la bomba. [107]

Con una fiebre de 40° C a cuestas, el señor Tanimoto se preocupó por los funerales que debía estar llevando a cabo para los muertos de su parroquia. Pensó que sólo estaba agotado por el trabajo que realizó desde el bombardeo, pero cuando comprobó que la fiebre persistía después de unos cuantos días, envió por un médico. Este estaba demasiado ocupado para ir a visitarlo en Ushida, pero mandó una enfermera, que reconoció sus síntomas como el mal de la radiación, aunque leve, y comenzó a ir cada tanto a darle inyecciones de vitamina B1. Un sacerdote budista amigo del señor Tanimoto lo llamó para decirle que mejoraría si practicaba la

prêtre montra au pasteur comment se servir lui-même de ce vieux remède japonais, en faisant brûler sur le poignet, à l'endroit du pouls, quelques brins tressés de moxa, plante médicinale à vertus stimulantes. M. Tanimoto découvrit que chaque traitement de moxa faisait tomber momentanément la fièvre d'un degré. L'infirmière lui avait conseillé de manger le plus possible. Sa belle-mère, qui vivait à Tsuzu, à quelque trente kilomètres de là, lui apportait régulièrement des légumes et du poisson frais. Il passa un mois au lit, et puis fit dix heures de train pour aller chez son père, à Shikoku où il se repose un autre mois.

Le docteur Sasaki et ses collègues de (hôpital de la Croix-rouge suivaient l'évolution de cette maladie sans précédent et, [165] finirent par aboutir à une théorie sur sa nature. Elle comportait, décidèrent-ils, trois stades. Le premier était déjà passé, que les médecins étaient encore loin de se douter qu'ils avaient à faire à un mal d'une espèce nouvelle; il s'agit, à ce stade, de la réaction immédiate des victimes au bombardement de l'organisme, à l'instant de l'explosion, par les neutrons, les particules bêta et les rayons gamma. Les personnes, apparemment indemnes, qui succombèrent si mystérieusement au cours des premières heures et journées, furent les victimes de cette première phase du mal. Quatre-vingt-quinze pour cent des gens qui se trouvaient à moins de 800 mètres du centre d'explosion, et des milliers d'autres, plus éloignés, périrent de la sorte. Retrospectivement, les docteurs se rendirent compte que, quelle que fût l'étendue des brûlures et des effets du souffle pour ces gens, ils avaient absorbé assez de radiations pour en périr. Les rayons détruisirent purement et simplement les cellules de l'organisme, provoquant la dégénérescence des noyaux, et faisant éclater les parois. Bien des gens, qui ne succombèrent pas sur le coup, furent pendant plusieurs jours, de nausées, de maux de tête, de [166] malaises accompagnés de fièvre, sans que les docteurs pussent affirmer si certains de ces symptômes étaient le résultat de la radio-activité ou d'une commotion nerveuse. Le second stade fit son apparition dix ou quinze jours après l'explosion. Le principal symptôme en fut la chute des cheveux; vinrent ensuite diarrhée et fièvre (celle-ci montant jusqu'à une température de 39,6 1 /2). Vingt-cinq ou trente jours après la bombe, ce fut au tour de désordres du système sanguin de se montrer: saignement de gencives, diminution brutale du nombre de globules blancs, *petechiae* se déclarant sur la peau et les muqueuses.

might give him relief; the priest showed the pastor how to give himself the ancient Japanese treatment, by setting fire to a twist of the stimulant herb moxa placed on the wrist pulse. Mr. Tanimoto found that each moxa treatment temporarily reduced his fever one degree. The nurse had told him to eat as much as possible, and every few days his mother-in-law brought him **vegetables** and fish from Tsuzu, twenty miles away, where she lived. He spent a month in bed, and then went ten hours by train to his father's home in Shikoku. There he rested another month.

DR. SASAKI and his colleagues at the Red Cross Hospital watched the unprecedented disease unfold and at last evolved a theory about its nature. It had, they decided, three stages. The first stage had been all over before the doctors even knew they were dealing with a new sickness; it was the direct reaction to the bombardment of the body, at the moment when the bomb went off, by neutrons, beta particles, and gamma rays. The apparently uninjured people who had died so mysteriously in the first few hours or days had succumbed in this first stage. It killed ninety-five per cent of the people within a half mile of the center, and many thousands who were farther away. The doctors realized in retrospect that even though most of these dead had also suffered from burns and blast effects, they had absorbed enough radiation to kill them. The rays simply destroyed body cells—caused their nuclei to degenerate [100] and broke their walls. Many people who did not die right away came down with nausea, headache, diarrhea, malaise, and fever, which lasted several days. Doctors could not be certain whether some of these symptoms were the result of radiation or nervous shock. The second stage set in ten or fifteen days after the bombing. Its first symptom was falling hair. Diarrhea and fever, which in some cases went as high as 106 came next. Twenty-five to thirty days after the explosion, blood disorders appeared: gums bled, the white-blood-cell count dropped sharply, and *petechiae* appeared on the skin and mucous membranes. The drop in the number

moxibustión podría aliviarlo, y le mostró cómo podía aplicarse a sí mismo el antiguo tratamiento japonés en el cual una ramita de moxa, la hierba estimulante, se ataba a la muñeca y se le prendía fuego. El señor Tanimoto comprobó que cada tratamiento con moxa reducía en un grado su fiebre. La enfermera le había recomendado comer todo lo que pudiera, y cada cierto tiempo su suegra le traía **vegetales** y pescado de Tsuzu, el lugar donde vivía, a treinta kilómetros de allí. El señor Tanimoto guardó cama durante un mes, y luego hizo un viaje de diez horas en tren para llegar al hogar de su padre en Shikoku. Allí se quedó un mes más.

El doctor Sasaki y sus colegas del hospital de la Cruz Roja observaron el despliegue de aquella enfermedad sin precedentes y luego desarrollaron una teoría sobre su naturaleza. Según decidieron, tenía tres etapas. La primera etapa ya había terminado para cuando los doctores se dieron cuenta de que se encontraban frente a una nueva enfermedad; era la reacción directa del cuerpo al ser bombardeado, en el momento de la explosión de la bomba, por neutrones, partículas beta y rayos gamma. Las personas aparentemente ilesas, pero que habían muerto tan misteriosamente en los primeros días después de la bomba, sucumbieron a esta primera etapa. En ella murió el noventa y cinco por ciento [94] de la gente que se encontraba a un kilómetro del centro, y muchos miles de los que se encontraban más lejos. Retrospectivamente, los doctores se percataron de que, aunque estas víctimas probablemente habían sufrido quemaduras y efectos del impacto, habían absorbido suficiente radiación para matarlas. Los rayos, simplemente, destruían las células: causaban la degeneración de su núcleo y rompían sus membranas. Muchos de quienes no murieron de inmediato enfermaron de náuseas, jaquecas, diarrea, malestar general y fiebre, síntomas que duraban varios días. Los doctores nunca pudieron confirmar si estos síntomas eran consecuencia de la radiación o bien de una crisis nerviosa. La segunda etapa comenzaba diez o quince días después de la bomba. Su primer síntoma era la caída del pelo. Enseguida había diarrea y una fiebre que en ocasiones llegaba a los 41° grados. Veinticinco a treinta días después de la explosión, aparecían desórdenes sanguíneos: la encías sangraban, la cantidad de glóbulos blancos caía dramáticamente, y aparecían *petechiae* sobre

moxibustión; el sacerdote enseñó al pastor cómo aplicarse el antiguo tratamiento japonés, pegando fuego a un manojo de la estimulante hierba de moxa sujeta en la muñeca. El señor Tanimoto descubrió que cada tratamiento con moxa sujeta reducía temporariamente su fiebre en un grado. La enfermera le había recomendado comer lo más posible, por lo cual cada tantos días su suegra le llevaba desde Tsuzu, a veinte millas, donde ella vivía, **hortalizas** y pescado. Pasó un mes en cama y luego hizo un viaje de diez horas en tren hasta la casa de su padre, en Shikoku. Allí descansó otro mes.

El doctor Sasaki y sus colegas del Hospital de la Cruz Roja observaron el desarrollo de esa enfermedad sin precedentes, y finalmente forjaron una teoría acerca de su naturaleza. Decidieron que tenía tres etapas. La primera fue superada aún antes de que los médicos supiesen que estaban viéndoselas con una enfermedad nueva: era la reacción directa del cuerpo hacia el bombardeo, en el momento en que la bomba emitió, por medio de los neutrones, rayos gamma y partículas beta. La gente aparentemente ilesa que había muerto tan [108] misteriosamente en las primeras horas o días, sucumbió a esta etapa. Mató al noventa y cinco por ciento de la gente a media milla a la redonda del centro de la explosión, y a muchos miles que estaban más lejos. Los médicos se dieron cuenta retrospectivamente que, aunque la mayoría de estos muertos habían sufrido también quemaduras y heridas, habían absorbido radiactividad en cantidad suficiente para matarlos. Los rayos destruyeron las células del cuerpo: o sea que su núcleo se degeneró y rompió las paredes. Mucha gente que no murió en el acto sufrió náuseas, jaqueca, diarrea, cansancio y fiebre, durante varios días. Los médicos no podían asegurar si algunos de estos síntomas eran el resultado de la radiación o un *shock* nervioso. La segunda etapa apareció diez o quince días después del bombardeo. Su primer síntoma fue la caída del pelo. Después diarrea y fiebre, que en algunos casos alcanzaba a 41,10 C. De veinticinco a treinta días después de la explosión, aparecieron desórdenes de la sangre: las encías sangraban, la cantidad de glóbulos blancos disminuía rápidamente, y en la piel y en las membranas mucosas aparecían *petechiae*. La reducción en el número de glóbu-

La baisse massive du nombre de globules blancs réduisait la capacité de résistance du patient à l'infection; d'où la lenteur que mettaient les plaies ouvertes à se refermer, et les maux de gorge, les maladies buccales dont souffrirent de nombreux hospitalisés. Les deux symptômes fondamentaux qui finirent par servir de base aux pronostics des médecins furent : la fièvre et la diminution du nombre de globules blancs. Si la fièvre persistait à plafonner, le patient n'avait que peu de chances de s'en tirer. Le compte de globules tombait presque toujours au-dessous de [167] quatre mille ; au-dessous de mille, le malade n'avait que peu d'espoir de survivre. Vers la fin de ce second stade, si le patient parvenait à le franchir, l'anémie ou diminution du nombre de globules rouges se mettait de la partie. Le troisième stade était la réaction qui survenait avec la lutte de l'organisme pour compenser le mal, lorsque, par exemple, le nombre de globules blancs non seulement revenait à la normale, mais dépassait considérablement celle-ci. A ce stade, nombre de patients moururent de complications, par exemple : infection de la cavité pulmonaire. La plupart des brûlures guérissaient en présentant d'épaisses couches de tissu cicatrisé, rose et d'apparence caoutchouteuse, connu sous le nom de *tumeurs keloïdes*. La durée de la maladie était variable, selon la constitution du patient et la quantité de radiations qu'il avait absorbées. Certains entraient en convalescence au bout d'une semaine ; d'autres ne s'en remirent qu'après plusieurs mois.

Au fur et à mesure que se révélaient les symptômes, il devint évident qu'ils ressemblaient en grande partie aux effets d'une application excessive de rayons X, et les docteurs partirent de cette ressemblance [168] pour traiter les malades. Ils administrèrent aux victimes des extraits de foie, des vitamines (B1, notamment) et pratiquèrent des transfusions du sang. La pénurie de médicaments et d'instruments chirurgicaux gênait grandement. Les médecins des forces alliées, qui intervinrent après la reddition, trouvèrent que le plasma et la pénicilline avaient une action très efficace. Les désordres du système sanguin étant, à la longue, le facteur prédominant de la maladie, certains médecins japonais échauffèrent une théorie sur le siège de ces interminables malaises. Ils en vinrent à penser que, peut-être, sous l'effet des rayons gamma pénétrant dans l'organisme au moment de l'explosion, le phosphore du tissu osseux devenait radio-actif et émettait à son tour des particules bêta qui, si elles ne pouvaient pénétrer profondément dans les chairs, pouvaient s'infiltrer dans la moelle, créatrice de sang, et peu à peu

70

of white blood corpuscles reduced the patient's capacity to resist infection, so open wounds were unusually slow in healing and many of the sick developed sore throats and mouths. The two key symptoms, on which the doctors came to base their prognosis, were fever and the lowered white corpuscle count. If fever remained steady and high, the patient's chances for survival were poor. The white count almost always dropped below four thousand; a patient whose count fell below one thousand had little hope of living. Toward the end of the second stage, if the patient survived, anemia, or a drop in the red blood count, also set in. The third stage was the reaction that came when the body struggled to compensate for its ills—when, for instance, the white count not only returned to normal but increased to much higher than normal levels. In this stage, many patients died of complications, such as infections in the chest cavity. [101] Most burns healed with deep layers of pink, rubbery scar tissue, known as keloid tumors. The duration of the disease varied, depending on the patient's constitution and the amount of radiation he had received. Some victims recovered in a week; with others the disease dragged on for months.

As the symptoms revealed themselves, it became clear that many of them resembled the effects of overdoses of X-ray, and the doctors based their therapy on that likeness. They gave victims liver extract, blood transfusions, and vitamins, especially B1. The shortage of supplies and instruments hampered them. Allied doctors who came in after the surrender found plasma and penicillin very effective. Since the blood disorders were, in the long run, the predominant factor in the disease, some of the Japanese doctors evolved a theory as to the seat of the delayed sickness. They thought that perhaps gamma rays, entering the body at the time of the explosion, made the phosphorus in the victims' bones radioactive, and that they in turn emitted beta particles, which, though they could not penetrate far through flesh, could enter the bone marrow,

la piel y las mucosas. La disminución de glóbulos blancos reducía la capacidad del paciente para resistir las infecciones; las heridas tardaban mucho en sanar, y muchos de los pacientes desarrollaban infecciones de garganta y de boca. Los dos síntomas clave en los cuales los doctores llegaron a basar su prognosis fueron la fiebre y la baja cantidad de glóbulos blancos. Si la fiebre se mantenía alta y constante, la posibilidad de supervivencia del paciente era poca. La cuenta de glóbulos blancos casi siempre bajaba a menos de cuatro mil; un paciente cuya cuenta bajara a menos de mil tenía poca esperanza de vida. Hacia el final de la segunda etapa —si sobrevivía el paciente— surgía una anemia, o baja cantidad de glóbulos rojos. La tercera etapa era la reacción que se desarrollaba cuando el cuerpo intentaba compensar sus males: por ejemplo, la cuenta de glóbulos blancos [95] no sólo regresaba a la normalidad sino que la sobrepasaba. En esta etapa, muchos pacientes morían de complicaciones como infecciones en la cavidad pulmonar. La mayor parte de las quemaduras dejaban al sanar capas profundas de tejido cicatrizado de color rosa y de textura gomosa conocidas como tumores queloïdes. La duración de la enfermedad variaba dependiendo de la constitución del paciente y de la cantidad de radiación recibida. Algunas víctimas se recuperaban en una semana; para otras, la enfermedad tardaba meses en sanar.

A medida que se revelaban los síntomas iba quedando claro que muchos de ellos eran similares a los efectos de las sobredosis de rayos X, y los doctores basaron sus terapias en ese parecido. Le daban a las víctimas aceite de hígado, transfusiones de sangre y vitaminas, especialmente B1. La escasez de suministros y de instrumentos obstaculizó las terapias. Los doctores aliados que llegaron después de la rendición comprobaron la eficacia del plasma y de la penicilina. Puesto que los desórdenes sanguíneos eran, a largo plazo, el factor predominante de la enfermedad, algunos de los doctores japoneses desarrollaron una teoría con respecto a la razón de la enfermedad postergada. Pensaban que los rayos gamma, al penetrar el cuerpo en el momento de la explosión, volvían radioactivo el fósforo de los huesos de las víctimas, y que los huesos, a su turno, emitían partículas beta, las cuales, aunque no podían penetrar la carne, podían entrar en la médula ósea, donde la sangre se fabrica, y arruinar-

los blancos disminuía la capacidad del paciente para resistir la infección, de manera que las heridas abiertas usualmente demoraban en cerrarse, y muchos de los enfermos incubaban enfermedades en la boca y en la garganta. Los dos síntomas clave sobre los cuales los médicos basaron su diagnóstico fueron la fiebre y la disminución de glóbulos blancos. Si la fiebre se mantenía alta mucho tiempo, las probabilidades de supervivencia del enfermo eran pocas. Los glóbulos blancos casi siempre bajaban a menos de cuatro mil; el paciente cuyo recuento daba menos de mil tenía pocas esperanzas de vivir. Hacia el fin de la segunda etapa, si el paciente sobrevivía, también se [109] notaba anemia, o disminución de los glóbulos rojos. La tercera etapa era la reacción del cuerpo al luchar contra la enfermedad: por ejemplo, los glóbulos blancos no sólo volvían a la normalidad, sino que su nivel subía mucho. En esta etapa, muchos pacientes murieron a causa de las complicaciones, tales como infecciones en la cavidad torácica. La mayoría de las quemaduras se cicatrizaban con profundas capas de un tejido gomoso y rosado, llamadas tumores queloïdes. La duración de la enfermedad variaba de acuerdo con la constitución del paciente y con la cantidad de radiación que había recibido. Algunas víctimas se recuperaron en una semana; otras arrastraron la enfermedad durante meses.

Mientras los síntomas iban revelándose, se hizo claro que muchos de ellos se parecían a los efectos de la prolongada exposición a los rayos X, y los médicos basaron su terapia en esa similitud. Les dieron a las víctimas extracto de hígado, transfusiones de sangre, y vitaminas, especialmente B1. La escasez de remedios e instrumentos era un inconveniente. Los médicos aliados que entraron después de la rendición encontraron que el plasma y la penicilina eran muy efectivos. Puesto que los desórdenes sanguíneos eran, a la larga, el factor predominante de la enfermedad, algunos de los médicos japoneses desarrollaron una teoría en cuánto a su asiento. Pensaron que quizá los rayos gamma, al entrar al cuerpo en el momento de la explosión, hacían radiactivo el fósforo de los huesos de las víctimas, y que éstos a su vez emitían partículas beta, las cuales, a pesar de no poder penetrar profundamente en la carne, podían atravesar la médula ósea, donde se elabora la san-

l'épuiser. Quelle que fût son origine, la maladie offrait plus d'un caractère subtil. Les symptômes fondamentaux ne se présentaient pas chez tous les patients. Les gens qui avaient enduré des brûlures du fait de l'éclair de la bombe étaient [169] protégés dans une mesure considérable des atteintes de la radio-activité. Ceux qui s'étaient reposés tranquillement plusieurs jours, ou même simplement plusieurs heures après le bombardement, étaient beaucoup moins sujets au mal que ceux qui s'étaient dépensés. Les cheveux gris tombaient rarement. Et, comme si la nature avait voulu protéger l'homme contre les effets de sa candeur généreuse, les fonctions de reproduction se trouvaient affectées pour un temps : les hommes étaient frappés de stérilité ; les femmes étaient sujettes aux fausses couches et cessaient de menstruer.

Durant les dix jours qui suivirent les inondations, le docteur Fujii demeura chez le paysan qui l'avait recueilli, sur la montagne dominant l'Ota. Puis il entendit parler d'une clinique privée qui cherchait acquéreur, à Kaitaichi, faubourg situé à l'est de Hiroshima. Il s'empressa de l'acheter, s'y installa et [170] fit poser une plaque en anglais (en l'honneur des conquérants)

M. FUJII

Docteur en médecine

Affections courantes et maladies vénériennes.

Entièrement remis de ses blessures, il ne tarda pas à se faire une forte clientèle ; et il ne manquait pas d'être ravi, le soir, de recevoir chez lui des membres de l'armée d'occupation, auxquels il prodiguait le whisky en échange de la pratique bénévole de leur langue.

Après avoir pratiqué l'anesthésie locale à la procaine, le docteur Sasaki fit une incision dans la jambe de Mlle Sasaki, le 23 octobre, afin de drainer l'infection qui, onze semaines après la date où avait été infligée la blessure, persistait toujours. Les jours suivants, il se forma tant de pus que le jeune médecin dut renouveler lui-même matin et soir les pansements. Au bout d'une semaine, la patiente se plaignit de souffrir beaucoup ; le docteur Sasaki fit alors une [171] seconde incision ; puis une troisième, le 9 novembre, qu'il agrandit le 26 du même mois. Pendant tout ce temps, Mlle Sasaki ne cessait pas de s'affaiblir, en même temps que son moral baissait. Un jour, le jeune homme qui lui avait prêté une traduction de Maupassant à Hatsukaichi, vint lui rendre visite ; il lui dit qu'il allait partir pour Kyushu, mais qu'à son retour, il aimerait bien la revoir. Ce vœu laissa la jeune fille parfaitement indifférente. Sa jambe n'ayant jamais cessé d'enfler et de lui faire mal, le docteur

where blood is manufactured, and gradually tear it down. Whatever its source, the disease had some baffling quirks. Not all the patients exhibited all the main symptoms. People who suffered flash burns were protected, to a considerable extent, from radiation sickness. Those who had lain quietly for days or even hours after the bombing were much less liable to get sick than [102] those who had been active. Gray hair seldom fell out. And, as if nature were protecting man against his own ingenuity, the reproductive processes were affected for a time; men became sterile, women had miscarriages, menstruation stopped.

FOR TEN days after the flood, Dr. Fujii lived in the peasant's house on the mountain above the Ota. Then he heard about a vacant private clinic in Kaitaichi, a suburb to the east of Hiroshima. He bought it at once, moved there, and hung out a sign inscribed in English, in honor of the conquerors:

M. FUJII, M.D.

MEDICAL & VENEREAL

Quite recovered from his wounds, he soon built up a strong practice, and he was delighted, in the evenings, to receive members of the occupying forces, on whom he lavished whiskey and practiced English.

GIVING Miss Sasaki a local anaesthetic of procaine, Dr. Sasaki made an incision in her leg on October 23rd, to drain the infection, which still lingered on eleven weeks after the injury. In the following days, so much pus formed that he had to dress the opening each morning and evening. A week later, she complained of great pain, so he made another incision; he cut still a third, on November 9th, and enlarged it on the twenty-sixth. All this time, Miss Sasaki grew weaker and weaker, and [103] her spirits fell low. One day, the young man who had lent her his translation of de Maupassant at Hatsukaichi came to visit her; he told her that he was going to Kyushu but that when he came back, he would like to see her again. She didn't care. Her leg had been so swollen and painful all along that the doctor had not

la gradualmente. Sea cual fuere su origen, la enfermedad tenía caprichos desconcertantes. No todos los pacientes exhibían los mismos síntomas básicos. Quienes habían sufrido quemaduras debido a la irradiación quedaron hasta cierto punto protegidos de la radiotoxemia. Los que mantuvieron cierto reposo durante los días (e incluso las horas) que siguieron a la explosión tenían menos posibilidades [96] de enfermar que los más activos. El pelo gris rara vez se caía. Y, como si la naturaleza estuviera protegiendo al hombre de su propia inventiva, los procesos reproductivos quedaron afectados durante un tiempo; los hombres quedaron estériles, las mujeres sufrieron abortos y la menstruación se detuvo.

Durante los diez días siguientes a la inundación el doctor Fujii vivió en la casa del campesino, en la falda de la montaña sobre el río Ota. Fue entonces que oyó hablar de una clínica privada que estaba vacante en Kaitaichi, un suburbio al este de Hiroshima. La compró de inmediato, se mudó allí y colgó un letrero escrito en inglés en honor de los conquistadores:

M. FUJII, M. D.

Medical & Venereal

Bastante recuperado de sus heridas, el doctor Fujii llegó muy pronto a levantar un consultorio sólido, y en las tardes le encantaba recibir a miembros de las fuerzas de ocupación, con quienes practicaba el inglés y no escatimaba el whisky.

El 23 de octubre, tras ponerle a la señorita Sasaki una dosis de procaina como anestesia local, el doctor Sasaki hizo una incisión en su pierna para drenar la infección, que persistía aún once semanas después de la herida. Durante los días que siguieron se formó tanto pus que el doctor tuvo que vendar la herida cada mañana y nuevamente en la tarde. Una semana después la señorita se quejó de que le dolía mucho, así que el doctor [97] hizo una nueva incisión; cortó por tercera vez el 9 de noviembre y el 26 amplió este corte. Mientras tanto, la señorita Sasaki se debilitaba más y más, y su ánimo decaía. Un día vino a visitarla el joven que le había prestado su copia de Maupassant en Hatsukaichi; le dijo que estaba a punto de viajar a Kyushu pero que le gustaría verla de nuevo cuando regresara. Ella no se inmutó. Su pierna había estado tan hinchada y dolorosa que el doctor ni siquiera había intentado acomodar la fractura y, aunque unos rayos X to-

gru, y destruirla gradualmente. Cualquiera fuese su origen, la enfermedad tenía algunas bromas extrañas. No todos los pacientes exhibían todos los síntomas principales. [110] La gente que sufrió quemaduras estuvo considerablemente protegida del mal de la radiación. Aquellos que se habían quedado quietos durante días o aun horas después del bombardeo, tuvieron muchas menos probabilidades de enfermarse que los que estuvieron en actividad. El pelo blanco caía muy rara vez. Y, como si la naturaleza protegiera al hombre contra su propia ingenuidad, los procesos reproductivos se vieron afectados durante algún tiempo: los hombres quedaron estériles, las mujeres tuvieron desórdenes, la menstruación se detuvo.

Durante diez días después de la inundación, el doctor Fujii vivió en la casa del campesino, en la montaña sobre el río Ota. Luego oyó decir que en Kaitaichi, suburbio al este de Hiroshima, había una clínica privada vacante. La compró en seguida, fue a vivir ahí, y colgó afuera un cartel escrito en inglés en honor de los conquistadores:

M. FUJII, D. EN M.

Clínicas y venéreas

Completamente recuperado de sus heridas, pronto ganó gran renombre, y le deleitaba, por las noches, recibir a miembros de las fuerzas de ocupación, con los cuales tomaba whisky y practicaba inglés.

Después de dar a la señorita Sasaki anestesia local de procaina, el doctor Sasaki le hizo una incisión en la pierna el 23 de octubre, para drenar la infección que aún duraba, en la décimoprimera semana después de producirse la herida. Los días siguientes se formó tanto pus que tuvo que vendar la abertura todas las mañanas y las noches. Una semana más tarde la paciente se quejó de tan gran dolor, que el médico tuvo que practicar otra incisión; [111] aun hizo una tercera, el 9 de noviembre, y la agrandó el veintiséis. Para entonces, la señorita Sasaki se puso cada vez más débil, y su ánimo decayó. Un día, el joven que le había 'prestado su traducción de Maupassant en Hatsukaichi, vino a visitarla; le dijo que se iba a Nyushu, pero que le gustaría volver a verla a su regreso. A ella no le importó. Todo el tiempo había estado su pierna tan hinchada y dolorosa que el doctor ni siquiera había intentado ver sus fracturas, y

n'avait même pas essayé de réduire la fracture, et bien que les rayons X eussent montré, en novembre, que les os se ressoudaient, la malade pouvait voir, sous le drap, que sa jambe gauche était de près de six centimètres plus courte que l'autre et que son pied gauche se tournait vers l'intérieur. Elle songeait souvent à celui avec qui elle s'était autrefois fiancée. Quelqu'un lui avait dit qu'il était rentré d'au delà des mers. Elle se demandait ce qu'on avait bien pu lui dire de ses blessures, pour qu'il ne vint pas la voir. [172]

Le Père Kleinsorge sortit de l'hôpital de Tokyo le 19 décembre et prit le train pour rentrer à Hiroshima. En chemin, deux jours plus tard, à Yokogawa, dernière station avant Hiroshima, il vit monter dans son wagon le docteur Fujii. C'était la première fois que ces deux hommes se revoyaient depuis le bombardement. Ils firent ensemble le reste du voyage. Le docteur Fujii raconta au jésuite qu'il se rendait à une réunion de famille, pour commémorer, comme tous les ans, la mort de son père. Quand ils en vinrent à parler de leurs expériences respectives, le docteur fit beaucoup rire le Père Kleinsorge en lui relatant comment ses résidences successives avaient toutes témoigné d'un même penchant à s'engloutir dans les rivières. Puis il demanda au jésuite comment il allait et le Père Kleinsorge lui parla de son séjour à l'hôpital. cc Les docteurs m'ont recommandé de faire très attention, dit-il. Ils m'ont prescrit de faire une sieste de deux heures tous les après-midi. »

Le docteur Fujii répondit : « Il n'est pas si facile que cela de se ménager, à Hiroshima par les temps qui courent. Tout le monde a l'air bien affairé. » [173]

Une nouvelle municipalité, mise en place sous le contrôle du gouvernement militaire allié, était enfin entrée en fonction à l'hôtel de ville. Ceux des habitants qui s'étaient remis des effets de la radioactivité, à ses divers degrés, reentraient maintenant par milliers - à la date, du 1^{er} novembre, la population, vivant surtout entassée dans les faubourgs, atteignait déjà 137.000 âmes, plus d'un tiers du maximum de temps de guerre -et la municipalité mit en oeuvre toutes sortes de projets et de plans afin d'entamer la reconstruction de la cité. Elle engagea des hommes pour débayer les rues, d'autres pour ramasser la ferraille, qu'on tria et entassa en montagnes en face de (hôtel de ville. Certains citoyens dressèrent d'eux-mêmes des hunes, des cabanes et semèrent tout autour de petits carrés de blé d'hiver; mais la ville patronna aussi et construisit quatre cents baraquements » destinés à abriter chacun une famille. Les services publics furent

even tried to set the fractures, and though an X-ray taken in November showed that the bones were mending, she could see under the sheet that her left leg was nearly three inches shorter than her right and that her left foot was turning inward. She thought often of the man to whom she had been engaged. Someone told her he was back from overseas. She wondered what he had heard about her injuries that made him stay away.

FATHER KLEINSORGE was discharged from the hospital in Tokyo on December 19th and took a train home. On the way, two days later, at Yokogawa, a stop just before Hiroshima, Dr. Fujii boarded the train. It was the first time the two men had met since before the bombing. They sat together. Dr. Fujii said he was going to the annual gathering of his family, on the anniversary of his father's death. When they started talking about their experiences, the Doctor was quite entertaining as he told how his places of residence kept falling into rivers. Then he asked Father Kleinsorge how he was, and the Jesuit talked about his stay in the hospital. "The doctors told me to be cautious," he said. "They ordered me to have a two-hour nap every afternoon." [104]

Dr. Fujii said, "It's hard to be cautious in Hiroshima these days. Everyone seems to be so busy."

ANEW municipal government, set up under Allied Military Government direction, had gone to work at last in the city hall. Citizens who had recovered from various degrees of radiation sickness were coming back by the thousand—by November 1st, the population, mostly crowded into the outskirts, was already 137,000, more than a third of the wartime peak—and the government set in motion all kinds of projects to put them to work rebuilding the city. It hired men to clear the streets, and others to gather scrap iron, which they sorted and piled in mountains opposite the city hall. Some returning residents were putting up their own shanties and huts, and planting small squares of winter wheat beside them, but the city also

mados en noviembre mostraban que el hueso comenzaba a sanar, por debajo de la sábana la señorita Sasaki podía ver que su pierna izquierda era casi diez centímetros más corta que la derecha y que su pie izquierdo se estaba volteando hacia adentro. A menudo pensaba en el hombre con quien se había comprometido. Alguien le dijo que había regresado del extranjero, y ella se preguntaba qué le habrían dicho sobre sus heridas para mantenerlo alejado de esa forma.

El padre Kleinsorge fue dado de alta en el hospital de Tokio el 19 de diciembre, y tomó un tren hacia su casa. Dos días después, en Yokogawa, la última estación de la ruta antes de Hiroshima, el doctor Fujii abordó ese tren. Era la primera vez que los dos hombres se veían después del bombardeo. Se sentaron juntos. El doctor Fujii dijo que se dirigía a la reunión anual de su familia en el aniversario de la muerte de su padre. Cuando comenzaron a hablar de sus experiencias, el doctor explicó con mucha gracia cómo todos los lugares en que había vivido insistían en caerse a ríos. Entonces le preguntó al padre Kleinsorge cómo se encontraba, y el jesuita habló de su estadía en el hospital. «Los doctores me ordenaron prudencia», dijo. «Me ordenaron tomar una siesta de dos horas cada tarde.» [98]

El doctor Fujii dijo: «Es difícil ser prudente en Hiroshima estos días. Todo el mundo parece estar tan ocupado».

Un nuevo gobierno municipal, conformado bajo dirección de un gobierno militar aliado, comenzó por fin a trabajar en el ayuntamiento. Miles y miles de ciudadanos que se habían recuperado de diversos grados de radiotoxemia comenzaban a regresar —para el 1 de noviembre, la población, agolpada principalmente en las calles, era de 137.000, más de un tercio de la cantidad máxima de tiempos de guerra— y el gobierno diseñó todo tipo de proyectos para ponerlos a trabajar en la reconstrucción de la ciudad. Se contrató a hombres que limpiaran las calles, otros que recogieran los trozos de hierro, los clasificaran y apilaran frente al ayuntamiento. Algunos residentes que regresaban se ocuparon de construir sus propias chabolas y cabañas y de plantar junto a ellas pequeños jardines de trigo invernal, pero la ciudad tam-

unque una radiografía tomada en noviembre mostraba que los huesos estaban soldándose, la señorita Sasaki podía ver que, bajo las sábanas, su pierna izquierda era unos siete centímetros más corta que la derecha, y que el pie estaba volviéndose hacia adentro. Pensaba a menudo en el hombre con el cual había estado comprometida. Alguien le dijo que había vuelto de ultramar. Se preguntó qué habría oído acerca de sus heridas, que lo hizo permanecer alejado de ella.

El padre Kleinsorge fue dado de alta en el Hospital de Tokio el 19 de diciembre, y tomó el tren de vuelta. En el camino, dos días más tarde, el doctor Fujii subió al tren en Yokogawa, una parada antes de Hiroshima. Era la primera vez que los dos hombres se encontraban desde antes del bombardeo. Se sentaron juntos. El doctor Fujii dijo que iba a la reunión anual de su familia, en el aniversario de la muerte de su padre. Cuando comenzaron a hablar de sus experiencias, el médico divirtió mucho al sacerdote al contarle cómo todos sus lugares de residencia tomaron la costumbre de caerse a los ríos. Luego le preguntó al padre Kleinsorge cómo se encontraba él, y el jesuita habló de su estadía en el hospital.

—Los doctores me recomendaron ser prudente [112] —dijo—. Me ordenaron dormir una siesta de dos horas todas las tardes.

El doctor Fujii dijo:

—Es difícil ser prudente en Hiroshima estos días. Todo el mundo parece estar ocupadísimo.

Un nuevo gobierno municipal, establecido bajo la dirección del Gobierno Militar Aliado, fue a trabajar finalmente a la municipalidad. Ciudadanos que se habían recuperado de las variadas formas de la enfermedad radiactiva volvían por cientos —alrededor del 1^o de noviembre, la población, en su mayoría acumulada en los suburbios, ya era de 137.000 personas; más de la tercera parte de la cifra máxima alcanzada en tiempo de guerra— y el gobierno puso en movimiento toda clase de proyectos para abocarlos a la reconstrucción de la ciudad. Contrató hombres para despejar las calles, y para juntar toda la chatarra, que amontonaron en pilas enormes como montañas frente a la municipalidad. Algunos de los que regresaban estaban levantando sus propios refugios y chozas, y plantando delante de ellas pequeños canteros de trigo invernal, pero la

remis en train, les lampes électriques [174] recommencèrent à briller, les trams à circuler et les employés de l'eau réparèrent 70.000 fuites dans les conduites principales et les tuyauteries 5 privées. Une conférence du plan, con- seillée par un jeune et très actif officier du gouvernement militaire, le lieutenant John D. Montgomery, de Kalamazoo, entreprit de considérer 10 quel genre de ville serait la nouvelle Hiroshima. L'ancienne cité devait sa prospérité - comme l'attrait qu'elle avait exercé en qualité de cible - principalement au fait qu'elle était l'un 15 des centres de commandement militaire et l'un des noeuds de communications les plus importants du Japon elle était destinée à devenir le Quartier général impérial, en cas d'invasion des îles par 20 les Alliés et de chute de Tokyo. Désor- mais, elle ne pourrait plus compter, pour l'aider à se remonter, sur de vastes établissements militaires. La Confé- 25 férence du Plan, n'arrivant pas très bien à débrouiller le rôle à venir de Hiroshima, se rabattit sur d'assez vagues projets où l'ordre culturel le disputait à la voirie. Elle tira les plans d'une ville dotée d'avenues spacieuses, lar- 30 ges d'une centaine de mètres et songea sérieusement à conserver tel quel le Musée des Sciences et de l'Industrie, dans son [175] état de demi-ruines, en guise de monument commémoratif du 35 désastre, que l'on eût appelé Institut des Amitiés Internationales. Les statis- ticiens rassemblèrent tous les chiffres qu'ils purent, sur les effets de la bombe. A les en croire, 78.150 person- 40 nes avaient péri ; il y avait 13.983 disparus et 37.425 blessés. L'administra- tion municipale ne garantit pas l'exac- titude de ces chiffres - ce qui n'empê- cha pas les Américains de les tenir 45 pour officiels - et comme, au fur et à mesure que les mois passaient, des centaines et des centaines de nouveaux cadavres étaient retirés des ruines ; comme le nombre des urnes funéraires 50 non réclamées, au temple de Zempoji, à Koï, finissait par se compter par mil- liers, les statisticiens commencèrent à dire que c'était cent mille personnes au moins qui avaient perdu la vie au cours 55 du bombardement. Comme, d'autre part, nombre de gens moururent des suites combinées de plusieurs effets de la bombe, on fut dans l'incapacité d'at- tribuer à 'chacun de ces effets un nom- 60 bre exact de victimes, mais les statis- ticiens, toujours, estimèrent à environ vingt-cinq pour cent la proportion de ceux qui avaient péri, brûlés par la bombe même, à environ cinquante pour 65 [176] cent ceux qui avaient succombé à d'autres blessures et à quelque vingt pour cent, les victimes de la radio-activité. Les chiffres fournis par

authorized and built four hun- dred one-family "barracks." Utilities were repaired—elec- tric lights shone again, trams started running, and employees of the waterworks fixed seventy thousand leaks in mains and plumbing. A Planning Confer- ence, with an enthusiastic young Military Government of- ficer, Lieutenant John D. Mont- gomery, of Kalamazoo, as its adviser, began to consider what sort of city the new Hiroshima should be. The ruined city had flourished—and had been an in- viting target—mainly because it had been one of the most impor- tant military-command and communications centers in Ja- pan, and would have become the Imperial headquarters had the islands been invaded and Tokyo been [105] captured. Now there would be no huge military es- tablishments to help revive the city. The Planning Conference, at a loss as to just what impor- tance Hiroshima could have, fell back on rather vague cul- tural and paving projects. It drew maps with avenues a hun- dred yards wide and thought se- riously of erecting a group of buildings as a monument to the disaster, and naming them the Institute of International Amity. Statistical workers gathered what figures they could on the effects of the bomb. They re- ported that 78, 150 people had been killed, 13,983 were miss- ing, and 37,425 had been in- jured. No one in the city gov- ernment pretended that these figures were accurate—though the Americans accepted them as official—and as the months went by and more and more hun- dreds of corpses were dug up from the ruins, and as the num- ber of unclaimed urns of ashes at the Zempoji Temple in Koi rose into the thousands, the statisticians began to say that at least a hundred thousand people had lost their lives in the bomb- ing. Since many people died of a combination of causes, it was impossible to figure exactly how many were killed by each cause, but the statisticians cal- culated that about twenty-five per cent had died of direct burns from the bomb, about fifty per cent from other injuries, and about twenty per cent as a result of radiation effects. The statis- ticians' figures on property

bién autorizó y construyó cuatro- cientos «barracones» unifamiliares. Los servicios fueron reparados: brillaron de nuevo las luces eléctricas, los tranvías com-enzaron a circular y los emplea- dos del acueducto arreglaron setenta mil escapes de agua en la red principal y en las tuberías. Bajo el consejo de un joven y entusiasta oficial del gobierno militar, el teniente John D. Montgomery de Kalamazoo, una Conferencia de Planificación empezó a considerar qué tipo de ciudad debería ser la nueva Hiroshima. La ciudad en ruinas había florecido —y se había vuelto un atractivo blanco mil- itar— básicamente porque se había transformado en uno de los centros de comunicación y de man- do militar de Japón, y habría sido cuartel general del Imperio en caso de que las islas hubieran sido in- vadidas y Tokio tomado. Ahora no habría grandes establecimientos militares para ayudar a revivir la ciudad. La [99] Conferencia de Planificación, sin saber muy bien qué importancia podría ser asigna- da a Hiroshima, se apoyó en pro- yectos más bien vagos de pavimentación y de cultura. Se di- bujaron mapas con avenidas de 90 metros de ancho y se pensó seria- mente en erigir un grupo de edifi- cios como monumento al desastre y en bautizarlos como Instituto In- ternacional de Concordia. Los ex- pertos de la estadística recopilaron cuantas cifras pudieron acerca de los efectos de la bomba. Informa- ron que 78.150 personas habían muerto, 13.983 habían desaparecido y 37.425 habían sido heridas. Nadie en el gobierno municipal pretendía que esas cifras fueran exactas —aunque los norteamer- icanos las aceptaran como oficia- les— y a medida que pasaban los meses, y más y más cuerpos eran encontrados bajo las ruinas, y a medida que el número de urnas sin dueño en el templo Zempoji de Koi llegaba al millar, los encargados de las estadísticas comenzaron a decir que al menos cien mil perso- nas habían muerto durante el bom- bardeo. Puesto que muchos murie- ron debido a una combinación de causas, era imposible saber cuántos habían muerto debido a cada causa, pero se calculó que alrede- dor de un veinticinco por ciento murió debido a quemaduras direc- tas provocadas por la bomba, y un veinte por ciento debido a efectos de la radiación. Las estadísticas relacionadas con los daños a la

ciudad autorizó también, y constru- yó, cuatrocientas barracas con' ca- pacidad para una familia. Los ser- vicios públicos fueron reparados: la luz eléctrica volvió a brillar, los tranvías comenzaron a rodar, y los empleados de las usinas de agua em- mendaron setenta mil pérdidas en las cañerías. Una Conferencia de Proyectos, que tenía como conseje- ro a un entusiasta oficial joven del Gobierno Militar, el teniente John D. Montgomery, de Kalamazoo, com-enzó a considerar qué clase de ciudad sería la nueva Hiroshima. La ciudad en ruinas floreció —y fue un blanco tentador principalmente por- que había sido uno de los centros de comando militar y comunicacio- nes más importantes del Japón, y hubiera llegado a ser el cuartel [113] general del Imperio si las is- las hubieran sido invadidas y Tokio tomada. Ahora no habría enormes establecimientos militares que ayu- dasen a la ciudad a revivir. La Con- ferencia de Proyectos, sin tener idea de la importancia que podía tener Hiroshima, cayó en la conside- ración de vagos planes de cultura y pavimentación. Dibujó mapas con avenidas de cien metros de ancho y pensó seriamente en erigir una se- rie de edificios como monumento al desastre, y llamarlos Instituto de la Amistad Internacional. Los estadís- ticos juntaron cuantas cifras les fue posible acerca de los efectos de la bomba. Anunciaron que habían muerto 78.150 personas, que 13.983 habían desaparecido, y 37.425 recibido heridas. Nadie en el gobier- no de la ciudad pretendió que las ci- fras fuesen exactas —aunque los norteamericanos las aceptaron como oficiales—, y a medida que pasaban los meses y se desenterra- ban de las ruinas más cientos de cadáveres, y cuando el número de urnas funerarias sin reclamar del Templo Zempoji de Koi se elevó a varios miles, los estadísticos comenzaron a decir que por lo menos cien mil personas habían muerto en el bombardeo. Puesto que muchas personas murieron por una combinación de causas, fue imposible determinar exacta- mente cuántos murieron por cada una de ellas, pero los estadísticos calcularon que un veinticinco por ciento murió como resultado de quemaduras directas de la bomba, un cincuenta por ciento por otras heridas, y un veinte por ciento por efectos de la radiactividad. Las cifras de los estadísticos acerca de los daños de propie- dades eran más de fiar: de no-

les experts sur les dommages matériels présentèrent un caractère plus certain : sur quatre-vingtdix mille édifices, soixante-deux mille étaient anéantis et six mille autres n'offraient aucun espoir de restauration. Au centre même de la ville, on ne trouva que cinq bâtiments modernes utilisables sans avoir à subir d'importants travaux de réfection. Ce chiffre infime ne doit nullement être attribué à la légèreté des constructions japonaises. De fait, depuis le tremblement de terre de 1923, les lois sur le bâtiment, au Japon, exigeaient que tout édifice d'une certaine taille fût nanti d'un toit capable de supporter une pression minima de trente kilos par pied carré, alors que les lois américaines s'arrêtent normalement à une pression de quelque dix-huit kilos pour la même surface.

Un essaim [enjambre] de savants s'abattit sur la cité. Certains d'entre eux s'attachèrent à mesurer la force qui avait été capable de déplacer les dalles en marbre des cimetières, de renverser vingt-deux des quarante-sept wagons qui se trouvaient garés [177] dans la station de Hiroshima, de soulever et remuer le tablier de béton de l'un des ponts et de se livrer à d'autres performances remarquables du même genre; leur conclusion fut que la pression exercée par l'explosion varia de 5 tonnes, 3 à 8 tonnes par mètre carré. D'autres découvrirent que le mica, dont le point de fusion se situe à 900 centigrades, avait fondu sur des blocs funéraires de granit, à trois cent quatre-vingts mètres du centre de l'explosion; que les poteaux téléphoniques en bois de *cryptomeria japonica*, dont la température de carbonisation se fixe à 240 centigrades, avaient charbonné à 4.400 mètres du centre et que les tuiles d'argile grise, du type en usage à Hiroshima dont le point de fusion se situe à 1.500 Centigrades, avaient fondu superficiellement à six cents mètres du centre. Bref, après avoir examiné d'autres espèces de cendres significatives et de matériaux fondus, les savants conclurent que la chaleur dégagée par la bombe, au centre de l'explosion, avait dû atteindre au sol 6.000 centigrades. Poussant plus avant la mesure des radiations - ce qui impliqua, entre autres, que l'on gratta et recueillit, sur les chéneaux des toits, dans les gouttières et conduits [178] d'écoulement, des fragments provenant de l'éclatement même de l'engin, au cours de recherches qui se poursuivirent jusqu'au faubourg de Takasu, à trois mille trois cents mètres du centre, les mêmes savants apprirent d'autres faits infiniment plus importants sur la nature de la bombe. Le Quartier général du général Mac Arthur censura systématiquement toute allusion à l'arme atomique dans les publications scientifi-

damage were more reliable: sixty-two thousand out of ninety thousand buildings destroyed, and six thousand more damaged beyond repair. In the heart of the city, they found only five modern buildings that could be used again [106] without major repairs. This small number was by no means the fault of flimsy Japanese construction. In fact, since the 1923 earthquake, Japanese building regulations had required that the roof of each large building be able to bear a minimum load of seventy pounds per square foot, whereas American regulations do not normally specify more than forty pounds per square foot.

Scientists swarmed into the city. Some of them measured the force that had been necessary to shift marble gravestones in the cemeteries, to knock over twenty-two of the forty-seven railroad cars in the yards at Hiroshima station, to lift and move the concrete roadway on one of the bridges, and to perform other noteworthy acts of strength, and concluded that the pressure exerted by the explosion varied from 5.8 to 8.0 tons per square yard. Others found that mica, of which the melting point is 900° C, had fused on granite gravestones three hundred and eighty yards from the center; that telephone poles of *Cryptomeria japonica*, whose carbonization temperature is 240° C., had been charred at forty-four hundred yards from the center; and that the surface of gray clay tiles of the type used in Hiroshima, whose melting point is 1,800° C., had dissolved at six hundred yards; and, after examining other significant ashes and melted bits, they concluded that the bomb's heat on the ground at the center must have been 6,000° C. And from further measurements of radiation, which involved, among other things, the scraping up of fission fragments from roof troughs and drainpipes as far away [107] as the suburb of Takasu, thirty-three hundred yards from the center, they learned some far more important facts about the nature of the bomb. General MacArthur's headquarters systematically censured all mention of the bomb in Japanese scientific publications, but soon the fruit of the scientists'

propiedad eran más confiables: de noventa mil edificios, sesenta mil fueron destruidos, y seis mil más recibieron daños irreparables. En el corazón de la ciudad se encontraron sólo cinco edificios que pudieran ser utilizados de nuevo sin reparaciones mayores. La cifra no era en absoluto responsabilidad de defectos en la construcción japonesa. De hecho, desde el terremoto de 1923 las normas de construcción japonesas requerían que el techo de cada gran edificio fuese capaz de soportar una carga mínima de aproximadamente treinta y dos kilos por cien metros cuadrados, mientras [100] que las normas norteamericanas no especifican más que dieciocho kilos por cada cien metros cuadrados.

La ciudad fue invadida por los científicos. Algunos medían la fuerza que había sido necesaria para desplazar lápidas de mármol en los cementerios, para tumbar veintidós de los cuarenta y siete vagones de tren que había en los patios de la estación de Hiroshima, para levantar y mover la calzada de concreto de uno de los puentes y para llevar a cabo otros notables actos de fuerza, y concluyó que la presión ejercida por la explosión varió entre 5.3 y 8 toneladas por metro cuadrado. Otros encontraron que la mica (cuya temperatura de fundición es 900°C) se había fundido con lápidas de granito a 350 metros del centro; que postes de teléfono fabricados en *Cryptomeria japonica*, cuya temperatura de carbonización es de 240° C, se habían carbonizado a 4.000 metros del centro; y que la superficie de las baldosas de cerámica gris que se usaban en Hiroshima, cuya temperatura de fundición es de 1.300°C, se había derretido a 600 yardas; y, tras examinar otros restos de cenizas significativos, concluyeron que el calor despedido por la bomba a nivel de la tierra y en el centro del impacto debió de ser de 6.000°C. Otras mediciones de la radiación —que incluyeron el raspado de desagües y abrevaderos de los techos, en lugares tan apartados como el suburbio de Tasaku, a poco más de 3.000 metros del centro, para obtener fragmentos de fisión— dieron informaciones mucho más importantes acerca de la naturaleza de la bomba. Los cuarteles centrales del General MacArthur censuraron sistemáticamente toda mención de la bomba en publicaciones científicas japonesas, pero el fruto de los cálculos de los científicos pronto

venta mil edificios, sesenta y dos mil fueron destruidos, y seis mil más dañados sin posibilidad de reparación. En el corazón de la ciudad encontraron sólo cinco edificios modernos que podían ser usados nuevamente sin mayores reparaciones. Este pequeño número no se debía en absoluto [114] a la débil construcción japonesa. En realidad, desde el terremoto de 1923, los edificios japoneses se ajustaban a una orden que requería que el techo de cada construcción grande pudiera soportar una carga mínima de setenta libras por pie cuadrado, mientras que las disposiciones norteamericanas normalmente no especifican más de cuarenta libras por pie cuadrado.

Los científicos pululaban en la ciudad. Algunos de ellos midieron la fuerza que había sido necesaria para quebrar las lápidas de mármol de los cementerios, para destruir veintidós de los cuarenta y siete vagones de ferrocarril en los depósitos de la estación de Hiroshima, para elevar y mover el piso de concreto de uno de los puentes, y para llevar a cabo otros notables actos de fuerza; concluyeron que la presión ejercida por la explosión variaba de las 5,3 alas 8 toneladas por metro cuadrado. Otros descubrieron que la mica, cuyo punto de fusión es de 900° C, se había fundido en las lápidas de granito a 380 metros del centro; que los polos telefónicos de *Cryptomeria japonica*, cuya temperatura de carbonización son los 240° C, se habían quemado a 4.000 metros del centro; y que la superficie de las tejas grises del tipo usado en Hiroshima, cuyo punto de fusión es 1.3009 C, se habían derretido a 600 metros. Después de examinar otras cenizas y objetos fundidos significativos, decidieron que el calor de la bomba sobre la tierra, en el centro, debía de haber sido de 6.000° C. De posteriores mediciones de la radiación, que incluían, entre otras cosas, el raspaje de fragmentos de material de fisión en las canaletas de los techos y las tuberías, a una distancia de 3.000 metros del centro, que era lo que distaba el suburbio de Takasu, sacaron en conclusión algunos hechos mucho más importantes acerca de la naturaleza de la bomba. El estado mayor del general MacArthur censuraba [115] sistemáticamente toda mención de la bomba en las publicaciones científicas japonesas, pero pronto el

ques japonaises ; ce qui n'empêcha que le fruit des calculs des experts ne tarda pas à être couramment connu des physiciens, docteurs, chimistes, journalistes, professeurs du Japon, sans compter, cela va de soi, ceux des hommes d'État et des membres de l'armée qui circulaient encore librement. Bien avant que le public américain en eût connaissance, la plupart des savants japonais et bon nombre de leurs compatriotes, qui n'étaient pas des savants, savaient, d'après les calculs des experts nippons en physique nucléaire, qu'une bombe d'uranium avait explosé à Hiroshima et qu'une autre, plus puissante, de plutonium, avait été lâchée dans le ciel de Nagasaki. Ils savaient aussi que, théoriquement, un engin dix ou vingt fois plus puissant pouvait être fabriqué. Les japonais [179] croyaient connaître l'altitude exacte à laquelle la bombe de Hiroshima avait explosé, ainsi que le poids approximatif d'uranium que l'on avait utilisé. Ils estimaient que, même dans le cas de l'engin primitif utilisé à Hiroshima, il faudrait un abri de béton de plus d'un mètre d'épaisseur pour protéger l'organisme humain des radiations mortelles. Tous ces détails et bien d'autres furent imprimés et miméographés, sous forme de petites brochures, par les soins des savants nippons, alors qu'aux États-Unis, les lois de sécurité interdisaient toujours qu'on en parlât. L'existence de ces petites brochures n'était pas inconnue des Américains ; mais il eût fallu, pour les rechercher et veiller à ce qu'elles ne tombent pas en mauvaises mains, que les autorités d'occupation couvrisent le Japon entier, à cette seule fin, d'un énorme réseau policier. Dans l'ensemble, les savants japonais ne laissèrent pas de sourire des efforts déployés par leurs conquérants pour garder le secret de la désintégration atomique.

[180]

Tard dans le courant de février 1946, une amie de mile Sasaki se présenta chez le Père Kleinsorge et lui demanda de rendre visite à la jeune fille à l'hôpital. Son état de dépression mentale et de neurasthénie s'était aggravé ; elle semblait avoir perdu tout intérêt dans la vie. Le Père Kleinsorge lui rendit plusieurs visites. La première fois, il s'en tint à une conversation d'ordre général, polie, qui n'excluait toutefois pas une vague sympathie ; il ne fit aucune allusion à la religion. Ce fut Mlle Sasaki, elle-même, qui souleva la question lors de la seconde visite. Il était évident qu'elle avait eu déjà des entretiens avec une personne catholique. Elle demanda au jésuite, de but en blanc : « Puisque votre Dieu est si bon et si charitable, comment se peut-il qu'il permette que les gens souffrent ainsi ? » Et du geste, elle embrassa sa jambe gauche, plus courte que l'autre, les autres patients autour d'elle et Hiroshima en général.

calculations became common knowledge among Japanese physicists, doctors, chemists, journalists, professors, and, no doubt, those statesmen and military men who were still in circulation. Long before the American public had been told, most of the scientists and lots of non-scientists in Japan knew—from the calculations of Japanese nuclear physicists—that a uranium bomb had exploded at Hiroshima and a more powerful one, of plutonium, at Nagasaki. They also knew that theoretically one ten times as powerful—or twenty—could be developed. The Japanese scientists thought they knew the exact height at which the bomb at Hiroshima was exploded and the approximate weight of the uranium used. They estimated that, even with the primitive bomb used at Hiroshima, it would require a shelter of concrete fifty inches thick to protect a human being entirely from radiation sickness. The scientists had these and other details which remained subject to security in the United States printed and mimeographed and bound into little books. The Americans knew of the existence of these, but tracing them and seeing that they did not fall into the wrong hands would have obliged the occupying authorities to set up, for this one purpose alone, an enormous police system in Japan. Altogether, the [108] Japanese scientists were somewhat amused at the efforts of their conquerors to keep security on atomic fission.

LATE IN February, 1946, a friend of Miss Sasaki's called on Father Kleinsorge and asked him to visit her in the hospital. She had been growing more and more depressed and morbid; she seemed little interested in living. Father Kleinsorge went to see her several times. On his first visit, he kept the conversation general, formal, and yet vaguely sympathetic, and did not mention religion. Miss Sasaki herself brought it up the second time he dropped in on her. Evidently she had had some talks with a Catholic. She asked bluntly, "If your God is so good and kind, how can he let people suffer like this?" She made a gesture which took in her shrunken leg, the other patients in her room, and Hiroshima as a whole.

fue del dominio público entre los físicos japoneses, y también entre doctores, químicos, periodistas, profesores y, sin duda, entre los militares y hombres de Estado que estaban aún en actividad. Mucho antes de que se informara [101] al público norteamericano, la mayor parte de los científicos y muchos de los no científicos del Japón sabían —a partir de los cálculos de los físicos nucleares japoneses— que una bomba de uranio había explotado en Hiroshima y otra más poderosa, de plutonio, en Nagasaki. También sabían que una bomba diez o veinte veces más poderosa podía ser desarrollada, por lo menos en teoría. Los científicos japoneses creían saber exactamente a qué altura había explotado la bomba de Hiroshima y el peso aproximado del uranio usado. Calculaban que, incluso en el caso de la bomba primitiva de Hiroshima, para proteger por completo a un ser humano de la radiotoxicidad se necesitaba un refugio de concreto de ciento treinta centímetros de grosor. Los científicos consiguieron éste y otros detalles que inmediatamente quedaron bajo seguridad en los Estados Unidos, impresos, mimeografiados y encuadernados en libros pequeños. Los norteamericanos sabían de su existencia, pero rastrearlos y asegurarse de que no cayeran en las manos equivocadas obligaría a las autoridades de la ocupación a montar un enorme sistema de policía en Japón, sólo para este propósito. A los científicos japoneses en general les divertió, de alguna manera, el esfuerzo de sus conquistadores para mantener la seguridad sobre la fisión atómica.

A finales de febrero de 1946, un amigo de la señorita Sasaki buscó al padre Kleinsorge y le pidió que fuera al hospital a visitarla. Ella se estaba sintiendo cada vez más deprimida y moribunda; parecía tener poco interés en la vida. El padre Kleinsorge fue varias veces a verla. En su primera visita mantuvo la conversación a un nivel general, formal y vagamente comprensivo, y no tocó el tema de la religión. Fue la señorita Sasaki quien lo trajo a colación durante la segunda visita. Era evidente que había tenido charlas [102] con un católico. No se anduvo con rodeos para preguntar: «Si su Dios es tan bueno y generoso, ¿cómo puede permitir que la gente sufra de este modo?». Su gesto incluyó a su pie encogido, a los otros pacientes de la sala y al resto de Hiroshima.

fruto de los cálculos de los físicos fueron conocimiento corriente entre los físicos, médicos, químicos, periodistas, profesores, y, sin duda, aquellos estadistas y militares japoneses que todavía tenían cargos oficiales. Mucho antes de que lo supiese el público norteamericano, la mayoría de los científicos y muchísimos legos en el Japón sabían —por los cálculos de los físicos nucleares japoneses— que en Hiroshima había explotado una bomba de uranio, y otra más poderosa aún, de plutonio, en Nagasaki. Sabían también que, teóricamente, podía hacerse unas diez veces —o veinte— más poderosa. Los científicos japoneses creyeron saber la altura exacta a la cual había estallado la bomba de Hiroshima, y el peso aproximado del uranio utilizado. Estimaron que, aun con la bomba primitiva usada en Hiroshima, haría falta un refugio de concreto de 1,25 metros de grueso para proteger enteramente a un ser humano de la enfermedad de la radiación. Estos y otros detalles, que en los Estados Unidos eran objeto de cuidadoso secreto, los tenían los científicos en pequeños folletos impresos y mimeografiados. Los norteamericanos sabían de la existencia de estos folletos, pero buscarlos y evitar que cayesen en las manos que no debían hubiese obligado a las autoridades de ocupación a establecer, para este solo propósito, una enorme máquina policial en el Japón. A su vez, los científicos japoneses se divertían bastante contemplando los esfuerzos de sus conquistadores para guardar el secreto de la fisión atómica.

A fines de febrero de 1946, una amiga de la señorita Sasaki pidió al padre Kleinsorge que fuese a visitar a la muchacha en el hospital. Estaba cada vez más deprimida y moribunda; parecía apenas interesada en vivir. El padre Kleinsorge fue a visitarla varias veces. En su primera visita, él mantuvo la conversación en términos generales, formal y a la vez levemente conmisericordioso, y no mencionó la religión en absoluto. La señorita Sasaki fue la que trajo el tema a colación la segunda vez que el sacerdote fue a verla. Evidentemente, había conversado alguna vez con personas católicas. Preguntó brusca y llanamente:

—Si vuestro Dios es tan bondadoso y amable, ¿cómo deja que la gente sufra de esta manera? — E hizo un gesto que abarcaba su pierna encogida, a los otros pacientes de la sala, y toda Hiroshima a la vez.

« Mon enfant, répliqua le Père Kleinsorge, l'homme, par sa faute, est loin, aujourd'hui, de la condition à laquelle Dieu l'avait destiné. Il a perdu la grâce, à force de pécher. » Et il poursuivit, lui expliquant les raisons de toutes choses.

[181]

Il vint à la connaissance de Mme Nakamura qu'un charpentier de Kabé construisait un certain nombre de bi-coques en bois à Hiroshima, qu'il louait à raison de cinquante yen par mois, soit entre sept et huit cents francs au taux fixe du change. Mme Nakamura avait perdu les certificats des bons de la Défense et autres placements de guerre qu'elle avait faits, mais en avait, par bonheur, relevé les numéros, quelques jours précisément avant le bombardement; elle avait cette liste avec elle, à Kabé. Ce qui fit que, lorsque ses cheveux eurent repoussé de façon présentable, elle se rendit à sa banque à Hiroshima, où un employé lui dit que, dès qu'on aurait contrôlé les numéros, la banque lui reverserait son argent. Sitôt qu'elle fut en possession de ce dernier, elle loua une des cahutes du charpentier. Sa nouvelle demeure se dressait à Nobori-cho, non loin de l'emplacement de sa maison détruite, et bien qu'elle n'eût que la terre nue pour plancher et qu'il fût sombre à l'intérieur, elle eut le sentiment [182] d'avoir retrouvé un foyer à Hiroshima et de ne plus dépendre de ses gendres. Au printemps, elle débaya quelques décombres à l'entour et sema ou planta à leur place un **potager**. Elle faisait sa cuisine dans des ustensiles, mangeait dans des assiettes, récupérés, les uns comme les autres, parmi les ruines environnantes. Elle envoya Myeko au jardin d'enfants rouvert par les jésuites, pendant que les deux autres enfants suivaient les cours de l'école primaire de Nobori-cho, qui, faute de bâtiment, fonctionnait en plein air. Toshio voulait devenir mécanicien, comme son héros, Hideo Osaki. La vie était chère; vers la mi-été, Mme Nakamura s'aperçut qu'elle avait épuisé ses économies. Elle vendit des vêtements pour acheter de quoi manger. Jadis, elle avait eu plusieurs kimonos de prix, mais durant la guerre, on lui en avait volé un; elle en avait donné un second à l'une de ses sœurs, sinistrée lors du bombardement de Tokuyama; et elle en avait perdu une paire durant le désastre de Hiroshima. Elle vendit le dernier qui lui restait. Elle en tira tout juste cent yen, qui ne lui firent pas longtemps. En juin, elle alla trouver le Père Kleinsorge pour lui demander conseil. Au début d'août, elle hésitait [183] encore entre les deux termes de l'alternative qu'il lui avait suggérée : travailler comme do-

"My child," Father Kleinsorge said, "man is not now in the condition God intended. He has fallen from grace through sin." And he went on to explain all the reasons for everything.

IT CAME to Mrs. Nakamura's attention that a carpenter from Kabé was building a number of wooden shanties in Hiroshima which he rented for fifty yen a month—about fifty cents, at the fixed rate of exchange. Mrs. Nakamura had lost the certificates for her bonds and other wartime savings, but fortunately she had copied off all the numbers just a few days before the bombing and had [109] taken the list to Kabé, and so, when her hair had grown in enough for her to be presentable, she went to her bank in Hiroshima, and a clerk there told her that after checking her numbers against the records the bank would give her her money. As soon as she got it, she rented one of the carpenter's shacks. It was in Nobori-cho, near the site of her former house, and though its floor was dirt and it was dark inside, it was at least a home in Hiroshima, and she was no longer dependent on the charity of her in-laws. During the spring, she cleared away some nearby wreckage and planted a **vegetable garden**. She cooked with utensils and ate off plates she scavenged from the debris. She sent Myeko to the kindergarten which the Jesuits reopened, and the two older children attended Noboricho Primary School, which, for want of buildings, held classes out of doors. Toshio wanted to study to be a mechanic, like his hero, Hideo Osaki. Prices were high; by mid-summer Mrs. Nakamura's savings were gone. She sold some of her clothes to get food. She had once had several expensive kimonos, but during the war one had been stolen, she had given one to a sister who had been bombed out in Tokuyama, she had lost a couple in the Hiroshima bombing, and now she sold her last one. It brought only a hundred yen, which did not last long. In June, she went to Father Kleinsorge for advice about how to get along, and in early August, she was still considering the two alternatives he suggested—taking work as a domestic for some of the Allied occupation forces, or borrowing

«Hija mía», dijo el padre Kleinsorge, «el hombre de ahora no está en la condición que Dios deseaba. Ha caído en desgracia a través del pecado». Y comenzó a explicar las razones de todo.

La señora Nakamura se enteró de que un carpintero de Kabe estaba construyendo una cantidad de chabolas de madera en Hiroshima, y arrendándolas por cincuenta yenes al mes: unos cincuenta centavos de dólar al cambio del momento. La señora Nakamura había perdido los certificados de sus bonos y otros ahorros que había hecho durante la guerra, pero afortunadamente había copiado todos los números días antes de la bomba y había llevado la lista a Kabe, y así, cuando su pelo había crecido lo suficiente para que se sintiera presentable, la señora Nakamura fue a su banco en Hiroshima, y un empleado le dijo que el banco le daría su dinero después de comparar sus números con los registros. Tan pronto como lo recibió, arrendó una de las cabañas del carpintero. Quedaba en Nabori-cho, cerca del emplazamiento de su antigua casa, y aunque su suelo fuera de tierra y estuviera oscuro adentro, la cabaña era al menos un hogar en Hiroshima, y ella no tendría que seguir dependiendo de la caridad de sus suegros. Durante el verano limpió unos destrozos cercanos y sembró un **jardín de hortalizas**. Cocinaba con utensilios y comía en platos que había escarbado de entre los escombros. Mandó a Myeko al jardín infantil que los jesuitas habían reabierto, y los dos niños mayores asistían a la Escuela Primaria de Nobori-cho, en la cual, a falta de construcciones, las clases se daban al aire libre. Toshio quería [103] ser mecánico, como Hideo Osaki, su héroe. Pero los precios subían; para mitad del verano, los ahorros de la señora Nakamura habían desaparecido. Vendió algunas de sus prendas para comprar comida. Hubo un tiempo en que la señora Nakamura había tenido varios kimonos muy costosos, pero uno fue robado durante la guerra, otro se lo regaló a una hermana que había sido expulsada de Tokuyama por los bombardeos, otros dos los perdió con la bomba de Hiroshima, y ahora tuvo que vender el último. En junio buscó consejo del padre Kleinsorge acerca de cómo sobrevivir, y a principios de agosto todavía estaba considerando las dos posibilidades sugeridas por él: trabajar como empleada doméstica para las fuerzas aliadas de la

—Hija mía —dijo el padre Kleinsorge—, el hombre no está ahora en la condición que Dios quería. Perdió la gracia a través del pecado. —Y se puso a explicarle las razones de todo.

Llegó a oídos de la señora Nakamura que un carpintero de Kabe estaba construyendo en Hiroshima una cantidad de casuchas, que alquilaba por 50 yen al mes, o sea 3,33 dólares, al cambio de entonces. La señora Nakamura había perdido sus certificados de ahorro y otras formas de economía de guerra, pero afortunadamente había copiado todos los números unos pocos días antes del bombardeo, y había llevado la lista a Kabe, de modo que, cuando el pelo le creció lo bastante como para estar presentable, fue a su banco en Hiroshima, y un empleado le dijo que le daría su dinero después de verificar sus números con los del registro. Tan pronto como lo tuvo en su poder, alquiló una de las viviendas del carpintero. Estaba en Nobori-cho, cerca del lugar de su antigua casa, y aunque el piso era de tierra y el interior bastante oscuro, por lo menos era un hogar en Hiroshima y ya no iba a depender [117] de la caridad de su familia política. Durante la primavera despejó una porción de terreno de escombros restantes y plantó algunas **hortalizas**. Cocinaba y comía con utensilios y platos rescatados del desmoronamiento. Envío a Myeko al jardín de infantes que los jesuitas habían vuelto a abrir y los otros dos fueron a la escuela primaria de Nobori-cho, que, por falta de edificio, dictaba sus clases al aire libre. Toshio quería estudiar para ser mecánico, como su héroe, Hideo Osaki. Los precios estaban altos; a mediados del verano la señora Nakamura se encontró con que se le habían acabado los ahorros. Vendió algunas ropas para comprar alimentos. Una vez había poseído varios quimonos caros, pero durante la guerra le robaron uno, dio otro a una hermana que sufrió el bombardeo de Tokuyama, perdió un par durante el bombardeo de Hiroshima, y ahora vendió el último que le quedaba. Obtuvo por él sólo cien *yen*, que no duraron mucho. En junio, fue a ver al padre Kleinsorge para que le aconsejase cómo salir adelante y a principios de agosto estaba todavía considerando las dos alternativas que le sugirió el sacerdote: tomar trabajo como criada para alguien de las fuerzas de ocupación,

mestique pour les forces alliées d'occupation, ou emprunter à ses parents assez d'argent, soit environ cinq cents yen (un peu plus de six mille francs) pour faire réparer sa machine à coudre rouillée et se remettre à la couture.

A son retour de Shikoku, M. Tanimoto tendit une toile de tente dont il était propriétaire par-dessus le toit de la maison sérieusement endommagée qu'il avait louée à Ushida. La pluie continua à passer, mais il n'en tint pas moins les services du culte dans le living-room ruisselant d'humidité. Il commença à songer qu'il lui faudrait se mettre sérieusement en quête d'argent pour restaurer son ancienne chapelle en ville. Il se lia d'amitié avec le Père Kleinsorge et fit de fréquentes visites aux jésuites. Il leur envoyait la richesse de leur église ; ils avaient l'air de faire tout ce qu'ils voulaient. Lui, n'avait d'autre instrument de travail que son énergie et celle-ci n'était plus ce qu'elle avait été. [184] la maison s'amoncellassent en un tas bien

La Société de Jésus fut, de toutes les institutions, la première à bâtir un baraquement qui, relativement, ne fût pas provisoire, sur les ruines de Hiroshima. C'était chose faite lorsque le Père Kleinsorge sortit de l'hôpital. Dès son retour, il s'y installa, et avec un autre prêtre, le Père Lederman, qui s'était joint à lui à la mission, prit toutes dispositions pour acheter trois « baraques » standard que la municipalité vendait à raison de sept mille yen pièce. Ils en installèrent deux bout à bout, dont ils firent une coquette chapelle ; la troisième leur servit de rectoire. Lorsqu'on recommença à trouver des matériaux de construction, ils chargèrent un entrepreneur de reconstruire une maison à trois étages, exactement semblable à celle qu'avait détruite l'incendie. Dans l'enceinte de la mission, les charpentiers se mirent à l'oeuvre : sciant les poutres, gougeant les mortaises, façonnant les tenons, taillant les chevilles par dizaines et forant le bois, jusqu'à ce que tous les éléments de régulier ; puis, en trois jours, ils assemblèrent le tout, comme un de ces puzzles orientaux, sans l'usage d'un seul clou. Le Père Kleinsorge avait du mal, ainsi que le docteur Fujii l'en avait prévenu, à ne pas se fatiguer outre mesure et à bien observer ses siestes quotidiennes. Chaque jour, il allait rendre visite à des Japonais catholiques et à d'éventuels convertis. Les mois passèrent, la fatigue alla croissant. En juin, il lut un article dans le *Chugoku* de Hiroshima, où l'on mettait en garde les survivants de la catastrophe contre le surmenage, mais qu'y pouvait-il faire ? Quand vint le mois de juillet, il était à bout de forces et au début d'août, pour l'anniver-

from her relatives enough [110] money, about five hundred yen, or a bit more than thirty dollars, to repair her rusty sewing machine and resume the work of a seamstress.

WHEN Mr. Tanimoto returned from Shikoku, he **draped** a tent he owned over the roof of the badly damaged house he had rented in Ushida. The roof still leaked, but he conducted services in the damp living room. He began thinking about raising money to restore his church in the city. He became quite friendly with Father Kleinsorge and saw the Jesuits often. He envied them their Church's wealth; they seemed to be able to do anything they wanted. He had nothing to work with except his own energy, and that was not what it had been.

THE Society of Jesus had been the first institution to build a relatively permanent shanty in the ruins of Hiroshima. That had been while Father Kleinsorge was in the hospital. As soon as he got back, he began living in the shack, and he and another priest, Father Lederman, who had joined him in the mission, arranged for the purchase of three of the standardized "barracks," which the city was selling at seven thousand yen apiece. They put two together, end to end, and made a pretty chapel of them; they ate in the third. When materials were available, they commissioned a contractor to build a three-story mission house exactly like the one that had been destroyed in the fire. In the compound, carpenters cut timbers, **gouged** mortises, [111] shaped tenons, **whittled** scores of wooden pegs and bored holes for them, until all the parts for the house were in a neat pile; then, in three days, they put the whole thing together, like an Oriental puzzle, without any nails at all. Father Kleinsorge was finding it hard, as Dr. Fujii had suggested he would, to be cautious and to take his naps. He went out every day on foot to call on Japanese Catholics and prospective converts. As the months went by, he grew more and more tired. In June, he read an article in the *Hiroshima Chugoku* warning survivors against working too hard—but what could he do? By July, he was worn out, and early in August, almost exactly on the anni-

ocupación o tomar prestada de sus familiares cierta cantidad de dinero, unos quinientos yenes —poco más de treinta dólares— para reparar su oxidada máquina de coser y reiniciar su trabajo como costurera.

Cuando el señor Tanimoto regresó de Shikoku, **extendió** una tienda sobre el techo dañado de la casa que había arrendado en Ushida. Todavía había goteras en el techo, pero el señor Tanimoto realizaba los servicios en medio del húmedo salón. Comenzó a pensar en recolectar fondos para reparar su iglesia de la ciudad. Se hizo muy amigo del padre Kleinsorge y visitaba con frecuencia a los jesuitas. Envidiaba la riqueza de su iglesia; los jesuitas parecían capaces de hacer lo que quisieran. En cambio, su único material de trabajo era su propia energía, que ya no era la que antes había sido.

La Compañía de Jesús había sido la primera institución en construir una cabaña relativamente permanente sobre las ruinas de [104] Hiroshima. Se había llevado a cabo mientras el padre Kleinsorge estaba en el hospital; tan pronto como regresó comenzó a vivir en la chabola, y en compañía de otro sacerdote, el padre Lederman (que se había unido a la misión), coordinó la compra de tres de los «barracones» estandarizados que la ciudad estaba vendiendo a siete mil yenes la unidad. Hicieron una bonita capilla juntando dos de ellos, y comían en el tercero. Cuando hubo materiales disponibles, encargaron a un contratista que construyera una casa misión de tres pisos exactamente como la que había sido destruida por el fuego. En el complejo los carpinteros cortaban madera, **abrían boquetes** para las entalladuras, daban forma a los espaldones, tallaban montones de estacas de madera y abrían huecos para ellas, hasta que todas las partes de la casa formaron una pila bien ordenada; entonces, en tres días, armaron la casa entera, como un rompecabezas oriental, sin utilizar ni una puntilla. Al padre Kleinsorge le estaba costando mucho trabajo tomar sus siestas, tal y como lo había previsto el doctor Fujii. Todos los días salía caminando en busca de católicos japoneses y de posibles conversos. A medida que pasaban los meses, empezó a sentirse más y más cansado. En junio leyó un artículo en el *Chugoku* de Hiroshima que recomendaba a los supervivientes no trabajar demasiado duro, pero ¿qué podía hacer él? En julio ya se sentía agotado, y a principios de agosto, casi

o pedir prestado dinero a alguno de sus parientes: unos quinientos yen, o sea poco más de treinta dólares, para hacer reparar la máquina de coser oxidada y reanudar su trabajo de costurera.

Cuando el señor Tanimoto regresó de Shikoku, **extendió** una tienda que poseía sobre el techo de la casa dañada que alquiló en Ushida. El techo filtraba agua todavía, pero siguió efectuando los servicios religiosos en la sala húmeda. Comenzó a pensar en recolectar dinero para restaurar su iglesia de la ciudad. Se hizo muy amigo del padre Kleinsorge y veía a menudo a los jesuitas. Envidiaba la [118] riqueza de la Iglesia de éstos: parecían capacitados para hacer cuanto quisieran. El no tenía nada con qué trabajar, salvo su energía, y ni siquiera ésta era ya lo que había sido.

La Compañía de Jesús fue la primera institución que construyó una vivienda relativamente permanente en las ruinas de Hiroshima. Eso fue mientras el padre Kleinsorge estaba en el hospital. Apenas volvió, comenzó a vivir en ese refugio y él y otro sacerdote, el padre Lederman, que se le había unido en la misión, arreglaron por la compra de tres de las barracas estandarizadas que la ciudad vendía a 7.000 yen cada una. Pusieron dos juntas, extremo con extremo, e hicieron de ella una bonita capilla; en la tercera comían. Cuando pudieron conseguir materiales, comisionaron a un contratista para que les comprase una casa de tres pisos exactamente como la que había sido destruida por el fuego. En el terreno de la Misión, los carpinteros cortaron vigas, **hicieron** muescas, moldearon espigas, aguzaron docenas de tacos de madera e hicieron agujeros para colocarlos, hasta que todas las partes de la casa formaron una pila ordenada; luego, en tres días, unieron todo, como si fuera un rompecabezas oriental, sin usar un solo clavo. El padre Kleinsorge hallaba razón al doctor Fujii en cuanto a la dificultad de ser prudente y dormir su siesta diaria de dos horas. Salía todos los días a pie a visitar japoneses católicos y probables conversos. A medida que pasaban los meses, se cansaba cada vez más. En junio leyó un artículo en el *Chugoku* de Hiroshima, en que se prevenía a los sobrevivientes contra el trabajo demasiado duro... pero, ¿qué remedio le quedaba? En julio ya estaba agotado, y a principios de agosto, casi exactamente el

saire, à peu de jours près, du bombardement, il retourna prendre un mois de repos à l'hôpital catholique international de Tokyo.

Que les réponses du Père Kleinsorge aux questions de Mlle Sasaki sur la vie eussent ou non la valeur de vérités définitives et [186] absolues, le fait est que la jeune fille parut y puiser un nouveau de force physique. Le docteur Sasaki ne fut pas sans le remarquer et en félicita le religieux. Le 15 avril, la malade n'avait plus de fièvre et son compte de globules blancs était redevenu normal; l'infection de la blessure commençait à se résorber. Le 20 du même mois, le pus avait presque disparu, et pour la première fois, on la vit sautiller dans le couloir en s'aidant de béquilles. Cinq jours plus tard, la blessure commençait à se cicatriser. Le 30, on la renvoya de l'hôpital.

Elle passa le début de l'été à préparer sa conversion au catholicisme. Elle connut, durant cette période, des hauts et des bas. Elle eut de profondes crises de dépression. Elle savait qu'elle demeurerait infirme pour la vie. Son fiancé n'avait plus donné signe de vie. Elle n'avait rien à faire, sauf de lire et de regarder au loin, par la fenêtre de sa maison sise au flanc de la colline de Koi, les ruines de la ville où ses parents et son petit frère avaient trouvé la mort. Elle restait nerveuse; le moindre bruit un peu soudain la faisait porter vivement les mains à la gorge. Sa jambe lui faisait toujours mal; elle la frottait souvent et la caressait, comme pour la consoler.

[187]

Il fallut compter six mois avant que l'hôpital de la Croix-rouge, et plus longtemps encore avant que le docteur Sasaki, retrouvât un rythme de vie normal. Tant que la ville n'eut pas rétabli la force électrique, l'hôpital dut se contenter de fonctionner tant bien que mal, à cloche-pied, pour ainsi dire, grâce à un générateur de l'armée japonaise, installé dans la cour de derrière. Tables d'opération, appareils à rayons X, chaises de dentiste, tout ce que peut contenir un hôpital d'essentiel et de compliqué, arriva au compte-gouttes, des autres villes. Au Japon, l'extérieur et la face sont très importants, même pour les institutions publiques; et bien avant que l'hôpital de la Croix-rouge fût à nouveau doté d'un équipement médical de base, la direction avait déjà fait reconstruire une façade neuve en brique jaune, mince comme une feuille, mais qui faisait de l'établissement - vu de la rue - le plus beau bâtiment de Hiroshima. Durant les quatre premiers mois qui suivirent l'explosion, le docteur Sasaki demeura seul chirurgien du personnel médical et ne sortit pratiquement pas de l'hôpital. Puis, graduellement, il recommença à

versary of the bombing, he went back to the Catholic International Hospital, in Tokyo, for a month's rest.

WHETHER Or not Father Kleinsorge's answers to Miss Sasaki's questions about life were final and absolute truths, she seemed quickly to draw physical strength from them. Dr. Sasaki noticed it and congratulated Father Kleinsorge. By April 15th, her temperature and white count were normal and the infection in the wound was beginning to clear up. On the twentieth, there was almost no pus, and for the first time she jerked along a corridor on crutches. Five days later, the wound had begun to heal, and on the last day of the month she was discharged.

During the early summer, she prepared herself for conversion to Catholicism. In that period she had ups and downs. Her depressions were deep. She knew she [112] would always be a cripple. Her fiancé never came to see her. There was nothing for her to do except read and look out, from her house on a hillside in Koi, across the ruins of the city where her parents and brother died. She was nervous, and any sudden noise made her put her hands quickly to her throat. Her leg still hurt; she rubbed it often and patted it, as if to console it.

IT TOOK six months for the Red Cross Hospital, and even longer for Dr. Sasaki, to get back to normal. Until the city restored electric power, the hospital had to limp along with the aid of a Japanese Army generator in its backyard. Operating tables, X-ray machines, dentist chairs, everything complicated and essential came in a trickle of charity from other cities. In Japan, face is important even to institutions, and long before the Red Cross Hospital was back to par on basic medical equipment, its directors put up a new yellow brick veneer facade, so the hospital became the handsomest building in Hiroshima—from the street. For the first four months, Dr. Sasaki was the only surgeon on the staff and he almost never left the building; then, gradually, he began to take an interest in his own life

exactamente el día del aniversario de la bomba, regresó al Hospital Internacional Católico, en Tokio, para tomarse un mes de descanso.

Las respuestas del padre Kleinsorge a las preguntas de la señorita Sasaki podían ser o no verdades absolutas y definitivas, pero lo cierto fue que parecieron llenarla de fortaleza física. El doctor Sasaki lo notó y felicitó al padre Kleinsorge. Para el 15 de abril [105] la temperatura y la cuenta de glóbulos blancos habían vuelto a la normalidad y la infección de la herida comenzaba a desaparecer; para el 20 casi no había pus, y por primera vez la señorita salió al corredor y dio algunos pasos torpes sobre muletas. Cinco días después, la herida comenzó a sanar, y el último día del mes la señorita fue dada de alta.

A principios del verano se preparó para su conversión al catolicismo. Durante ese tiempo tuvo buenos y malos días. Sufría de depresiones profundas. Sabía que había quedado lisiada para toda la vida. Su prometido nunca vino a verla. No tenía nada que hacer excepto leer y divisar, desde la colina de Koi donde estaba su casa, las ruinas de la ciudad en la que su hermano y sus padres habían muerto. Estaba alterada, y cualquier sonido repentino la hacía llevarse las manos a la garganta. Todavía le dolía la pierna; la señorita Sasaki se la frotaba con frecuencia y le daba palmaditas como consolándola.

Al hospital de la Cruz Roja, volver a la normalidad le tomó seis meses; al doctor Sasaki le tomó incluso más tiempo. Hasta que la energía eléctrica fue reparada en la ciudad, el hospital tuvo que arreglárselas con la ayuda de un generador del ejército japonés instalado en el patio. Todo lo que fuera complicado y esencial—las mesas de operación, las máquinas de rayos X, las sillas de odontología—llegaba de otras ciudades en pequeñas dosis de caridad. En Japón la apariencia es importante, incluso para las instituciones, y mucho antes de que el hospital de la Cruz Roja hubiera recuperado el equipó médico básico, sus directores mandaron levantar una nueva fachada revestida de ladrillo amarillo, así que el hospital se transformó en el edificio más bello de Hiroshima—visto desde afuera, eso sí—. Durante los primeros cuatro [106] meses, el doctor Sasaki fue el único cirujano del hospital, y casi nunca salió del edificio; después, poco a poco, comenzó a recuperar el

primer aniversario del bombardeo, volvió [119] al Hospital Católico Internacional de Tokio para hacer reposo durante un mes.

Fueran o no verdades absolutas las respuestas del padre Kleinsorge a las preguntas de la señorita Sasaki sobre la vida, ésta pareció extraer de ellas fuerza física. El doctor Sasaki lo advirtió y felicitó al sacerdote. Alrededor del 15 de abril, su temperatura y sus glóbulos blancos habían vuelto a la normalidad, y la infección de la herida comenzó a desaparecer. El día veinte casi no había pus, y por primera vez pudo andar por los corredores apoyada en muletas. Cinco días después la herida comenzó a cerrarse, y el último día del mes la enferma fue dada de alta.

Durante los comienzos del verano se preparó para su conversión al catolicismo. En este período sufrió altibajos. Su depresión era profunda. Sabía que siempre sería una lisiada. Su prometido jamás volvió a verla. No le quedaba nada por hacer, salvo leer y mirar desde su casa sobre el flanco de una colina en Koi, las ruinas de la ciudad donde habían muerto sus padres y su hermano. Estaba nerviosa y cualquier ruido súbito le hacía llevar las manos rápidamente ala garganta. La pierna le dolía aún: a menudo se la acariciaba y le daba palmaditas como para consolarla.

Al Hospital de la Cruz Roja le fueron necesarios seis meses, y al doctor Sasaki más aún, para normalizarse. Hasta la restauración de los servicios eléctricos de la ciudad, el hospital tuvo que arreglarse con la ayuda de un generador del ejército japonés colocado en el patio trasero. Mesas de operación, cámaras radiográficas, sillones de dentista, todo lo complicado y esencial vino en un arranque de caridad de otras ciudades. En el Japón, la cara es importante aun en lo referente a las instituciones, [120] y mucho antes de que el Hospital de la Cruz Roja estuviese normalizado en cuanto a equipo médico, sus directores le colocaron una nueva fachada revestida de ladrillo amarillo, de modo que el hospital llegó a ser el edificio más hermoso de Hiroshima... por fuera. Durante los cuatro primeros meses, el doctor Sasaki fue el único cirujano del grupo de médicos y casi nunca se retiró del edificio; luego, gradualmente, comenzó a retomar el interés

se rappeler qu'il était un homme et qu'il avait une vie. Il se maria en mars. Il reprit un peu du poids qu'il avait perdu, mais son appétit demeura modeste ; avant le bombardement, il quatre boulettes de mangeait d'ordinaire riz par repas; une année après, il ne pouvait en avaler que deux. Il éprouvait une lassitude générale qui ne le quittait pas. « Mais je ne dois pas oublier, disait-il, que cette lassitude, toute notre communauté la ressent ».

Un an après la chute de la bombe, Mlle Sasaki était estropiée ; Mme Nakamura, indigente; le Père Kleinsorge, hospitalisé ; le docteur Sasaki, incapable de fournir le même effort qu'autrefois ; le docteur Fujii avait perdu la clinique de trente chambres qu'il avait mis des années à acquérir et ne voyait guère comment la reconstruire ; [189] M. Tanimoto n'avait plus de chapelle et ne parvenait pas à retrouver son extraordinaire vitalité d'autrefois. Ces six personnes, qui comptaient parmi les plus chanceuses de Hiroshima, ne connaîtraient plus jamais la même vie que naguère. L'opinion qu'ils pouvaient avoir tous les six, de leurs expériences respectives et de l'utilisation de la bombe atomique, était, bien entendu, loin d'être unanime. Il est un sentiment, pourtant, qu'ils semblaient avoir en commun, une sorte de curieux enthousiasme collectif, ressemblant un peu à l'état d'esprit des Londoniens après l'offensive-éclair de, la Luftwaffe sur leur ville : sentiment d'orgueil, né de la façon dont eux-mêmes et les autres survivants avaient résisté à cette épreuve épouvantable. Quelques jours avant l'anniversaire du bombardement, M. Tanimoto, dans une lettre à un Américain, écrivait ces mots révélateurs : a Quel spectacle déchirant que cette première nuit! Vers minuit, je pris pied sur la berge. Tant de blessés gisaient sur le sol, que je dus, pour me frayer un chemin, les enjamber. Répétant sans cesse : « Excusez-moi n, je poursuivis maroute et, portant un baquet plein d'eau, tendis à tour de rôle une tasse à chacun [190] d'eux. Je les voyais soulever lentement le haut de leur corps, accepter ma tasse d'eau avec une petite révérence, boire tranquillement et, égouttant le fond, s'il en restait, me la rendre en m'exprimant de tout coeur leur gratitude et dire : « Je n'ai pas pu aller au secours de ma sueur, qui était ensevelie sous notre maison, parce que j'ai dû m'occuper de ma mère qui avait une plaie profonde à l'oeil et que notre maison n'a pas tardé à prendre feu, et que nous nous sommes échappés à grand-peine. Ainsi, vous le voyez, j'ai perdu ma maison, ma famille et moi-même, enfin, je suis cruellement blessé. Mais je n'ai qu'une seule pensée, c'est de dédier tout ce qui me reste et de terminer la guerre pour l'amour de mon pays. » Ainsi faisaient-ils solennellement serment devant moi ; même les femmes et

again. He got married in March. He gained back some of the weight he lost, but his appetite remained only fair; before the bombing, he used to eat four rice balls at every meal, but a year after it he could manage only two. He felt tired all the time. "But I have to realize," he said, "that the whole community is tired." [113]

A YEAR after the bomb was dropped, Miss Sasaki was a cripple; Mrs. Nakamura was destitute; Father Kleinsorge was back in the hospital; Dr. Sasaki was not capable of the work he once could do; Dr. Fujii had lost the thirty-room hospital it took him many years to acquire, and had no prospects of rebuilding it; Mr. Tanimoto's church had been ruined and he no longer had his exceptional vitality. The lives of these six people, who were among the luckiest in Hiroshima, would never be the same. What they thought of their experiences and of the use of the atomic bomb was, of course, not unanimous. One feeling they did seem to share, however, was a curious kind of elated community spirit, something like that of the Londoners after their blitz—a pride in the way they and their fellow-survivors had stood up to a dreadful ordeal. Just before the anniversary, Mr. Tanimoto wrote in a letter to an American some words which expressed this feeling: "What a heartbreaking scene this was the first night! About midnight I landed on the riverbank. So many injured people lied on the ground that I made my way by striding over them. Repeating 'Excuse me,' I forwarded and gave a cup of water to each one of them. They raised their upper bodies slowly and accepted a cup of water with a bow and drunk quietly and, spilling any remnant, gave back a cup with hearty expression of their thankfulness, and said, 'I couldn't help my sister, who was buried under the house, because I had to take care of my mother who got a deep wound on her eye and our house soon set fire and we hardly escaped. Look, I lost my home, my family, and at last my-self bitterly injured. But now I have gotted my mind to dedicate what I have and to complete the war for our country's sake.' Thus they pledged to me,

interés por su propia vida. Se casó en marzo. Recuperó el peso que había perdido, pero su apetito seguía siendo modesto; antes del bombardeo solía comer cuatro bolas de arroz con cada comida, pero un año después sólo era capaz de comer dos. Se sentía cansado constantemente. «Pero tengo que darme cuenta», decía, «de que la comunidad entera se siente cansada».

Un año después de la bomba, la señorita Sasaki había quedado lisiada; la señora Nakamura se encontraba en la indigencia; el padre Kleinsorge estaba de nuevo en el hospital; el doctor Sasaki era incapaz de hacer el trabajo que antes hacía; el doctor Fujii había perdido el hospital de treinta habitaciones que tantos años le costó adquirir, y no tenía planes de reconstruirlo; la iglesia del señor Tanimoto estaba en ruinas, y él ya no contaba con su excepcional vitalidad. Las vidas de estas seis personas, que se contaban entre las más afortunadas de Hiroshima, habían cambiado para siempre. La opinión que cada uno tenía de la experiencia y del uso de bombas atómicas no era la misma, por supuesto. Sin embargo, parecían compartir una forma curiosa y eufórica de espíritu comunitario, algo así como el de los londinenses después del bombardeo de su ciudad: un orgullo por la forma en que ellos y sus conciudadanos habían hecho frente a una dura prueba. Poco antes del aniversario, el señor Tanimoto escribió, en carta a un norteamericano, algunas palabras que expresaban este sentimiento: ¡Qué escena tan desgarradora aquella de la primera noche! A la medianoche llegué a la ribera. Había tanta gente herida en el suelo que me abrí paso caminando sobre [107] ellos. Repitiendo «Disculpe», avancé con una jarra de agua y le daba un vaso de agua a cada uno de ellos. Los heridos levantaban la parte superior del cuerpo y aceptaban el vaso de agua con una venia y bebían en silencio, derramaban los restos y me devolvían la copa con sentida expresión de gratitud, y decían: «Yo no pude ayudar a mi hermana enterrada bajo la casa porque tuve que ocuparme de mi madre que tenía una herida profunda en el ojo y nuestra casa se incendió muy pronto y a duras penas logramos escapar. Mire, he perdido mi hogar, mi familia, y al final yo mismo herido gravemente. Pero ahora yo pongo mi mente a dedicar lo que tengo a completar la guerra por amor de nuestra patria». Así me juraban, incluso las

por su propia vida. Se casó en marzo. Recuperó nuevamente el peso que había perdido, pero su apetito continuó siendo regular: antes del bombardeo solía comer cuatro bolas de arroz con cada comida, pero un año después apenas lograba tragar dos. Se sentía constantemente cansado.

—Pero debo darme cuenta — decía — de que toda la comunidad está cansada.

Un año después de haber sido arrojada la bomba, la señorita Sasaki era una lisiada; la señora Nakamura carecía de todo; el padre Kleinsorge había vuelto al hospital; el doctor Sasaki no era capaz de trabajar como antes; el doctor Fujii había perdido su clínica de treinta habitaciones que tantos años tardó en adquirir, y no tenía probabilidades de reconstruirla; la iglesia del señor Tanimoto había sido destruida, y él mismo no tenía ya su antigua excepcional vitalidad. Las vidas de estas seis personas, que se contaban entre las más afortunadas de Hiroshima, ya nunca serían como antes. Desde luego, lo que pensaban de sus experiencias y del uso de la bomba atómica, no era unánime. Sin embargo, parecían compartir un sentimiento: una extraña. especie de exaltado espíritu de comunidad, algo parecido al de los londinenses después de su bombardeo: un orgullo de la forma en que ellos y sus compañeros de supervivencia se habían enfrentado con un horrible destino. Poco [121] antes del primer aniversario, el señor Tanimoto escribió, en una carta a un estadounidense, algunas palabras que expresaban este sentimiento:

«¡Qué escena desgarradora ofreció esto la primera noche! Hacia medianoche, llegué a la orilla del río. En el suelo había tanta gente herida, que tenía que saltar sobre ellos para abrirme paso. Repitiendo 'Disculpe', avancé y llevé un recipiente con agua del que di un vaso a cada uno de ellos. Levantaban la parte superior de sus cuerpos lentamente y aceptaban el vaso de agua con una inclinación de cabeza, bebían en silencio, y arrojando el sorbo restante, devolvían el vaso con una expresión sincera de su agradecimiento, diciendo: 'No pude ayudar a mi hermana, que estaba sepultada bajo la casa, porque debía cuidar de mi madre, que tenía una profunda herida en un ojo, y nuestra casa se incendió en seguida y apenas logramos escapar. Mire, perdí mi casa, mi familia, y yo mismo estoy gravemente herido. Pero ahora tengo intención de dedicar lo que poseo, y de terminar la guerra, para la gloria de nuestra patria.' Así me decían, aun las

les enfants se conduisaient de la sorte. Étant entièrement épuisé, je me couchai parmi eux, mais je n'arrivai pas à dormir. Le lendemain matin, je trouvai nombre d'hommes et de femmes morts, à qui j'avais donné de l'eau la nuit dernière. Mais, à ma grande surprise, je n'en ai pas entendu un seul crier en désordre, même si ses souffrances étaient une véritable agonie. Ils mouraient tous en silence, [191] sans en vouloir à personne, serrant les dents pour supporter la douleur. Et tout cela pour leur pays !

« Le docteur Y. Hiraiwa, professeur à (Université des Lettres et Sciences de Hiroshima, et l'un des membres de ma congrégation, fut enseveli par la bombe sous sa maison à deux étages, avec son fils, étudiant à l'Université de Tokyo. Tous les deux ne pouvaient remuer d'un pouce, sous la terrible pression qui les accablait. Et la maison commençait déjà à brûler. Le fils dit : « Père, il ne nous reste rien d'autre à faire que de nous décider à consacrer nos vies à la patrie. Chantons *Banzai* pour l'Empereur ». Et alors, le père entonna après le fils : *Tenno-heika, Banzai, Banzai, Banzai!* Après coup, le docteur Hiraiwa raconta : « C'est étrange, mais je me sentais le cœur plein de calme, de paix et de courage, en entonnant le *Banzai* en l'honneur de Tenno. » Par la suite, son fils parvint à se dégager, à déblayer et à retirer son père, et ainsi tous deux furent sauvés. Se rappelant leur expérience de ce moment, le docteur Hiraiwa répétait : « Quelle fortune pour nous, que d'être japonais! C'est la première fois qu'il me fut donné de goûter à tant de beauté spirituelle, cet [192] instant où je décidai de mourir pour notre Empereur ».

« Mlle Kayoko Nobutoki, élève au lycée de filles, le Hiroshima Jazabuin, et fille de mon paroissien du même nom, se reposait avec des amis, près de la lourde grille du temple bouddhiste. Au moment où la bombe atomique fut lancée, la grille tomba sur elles. Elles ne pouvaient pas bouger sous une grille si lourde, et voilà même que, par une crevasse, de la fumée se mit à entrer, leur suffoquant le souffle. L'une des jeunes filles se mit à chanter *Kimi gayo*, hymne national et d'autres suivirent en chœur et mouraient. Pendant ce temps, l'une d'elles parvint à trouver une fissure et à sortir, après s'être débattue de toutes ses forces. Quand on la conduisit à l'hôpital de la Croix-rouge, elle raconta comment étaient mortes ses amies, remontant dans sa mémoire jusqu'au moment où elles avaient chanté notre hymne national. Elles avaient tout juste treize ans.

even women and children did the same. Being entirely tired I lied down on the ground among them, but couldn't sleep at all. Next morning I found many men and women dead, whom I gave water last night. But, to my great surprise, I never heard any one cried in disorder, even though they suffered in great agony. They died in silence, with no **grudge**, setting their teeth to bear it. All for the country!

“Dr. Y. Hiraiwa, professor of Hiroshima University of Literature and Science, and one of my church members, was buried by the bomb under the two storied house with his son, a student of Tokyo University. Both of them could not move an inch under tremendously heavy pressure. And the house already caught fire. His son said, ‘Father, we can do nothing except make our mind up to consecrate our lives for the country. Let us give *Banzai* to our Emperor.’ Then the father followed after his son, ‘*Tenno-heika, Banzai, Banzai, Banzai!*’ In the result, Dr. Hiraiwa said, ‘Strange to say, I felt calm and bright and peaceful spirit in my heart, when I chanted *Banzai* to Tenno.’ Afterward his son got out and digged down and pulled out his father and thus they were saved. In thinking of their experience of that time Dr. Hiraiwa repeated, ‘What a fortunate that we are Japanese! It was my first [115] time I ever tasted such a beautiful spirit when I decided to die for our Emperor.’

“Miss Kayoko Nobutoki, a student of girl's high school, Hiroshima Jazabuin, and a daughter of my church member, was taking rest with her friends beside the heavy fence of the Buddhist Temple. At the moment the atomic bomb was dropped, the fence fell upon them. They could not move a bit under such a heavy fence and then smoke entered into even a crack and choked their breath. One of the girls begun to sing *Kimi ga yo*, national anthem, and others followed in chorus and died. Meanwhile one of them found a crack and struggled hard to get out. When she was taken in the Red Cross Hospital she told how her friends died, tracing back in her memory to singing in chorus our national anthem. They were just 13 years old.

mujeres y los niños hacían lo mismo. Me sentía completamente cansado y me recosté en el suelo entre ellos pero no pude dormir. A la mañana siguiente encontré a muchos de los hombres y mujeres muertos, a quienes había dado agua la noche anterior. Pero, para mi gran sorpresa, nunca escuché que nadie grita, aunque sufrieran tan grande agonía. Murieron en silencio, **sin rencor**, apretando los dientes para soportarlo. ¡Todo por la patria!

El doctor Y. Hiraiwa, profesor de la Universidad de Literatura y Ciencia de Hiroshima, y uno de los miembros de mi iglesia, fue sepultado por la bomba bajo los dos pisos de su casa, junto con su hijo, un estudiante de la Universidad de Tokio. Para ambos era imposible moverse bajo la presión del terrible peso. Y la casa se incendió en ese mismo instante. Su hijo le decía: «Padre, poco podemos hacer excepto decidirnos ya y consagrar nuestras vidas a la patria. Cantemos *Banzai* para el Emperador». Entonces el padre siguió al hijo, «*Tenno heika, Banzai, Banzai, Banzai!*» En el [108] resultado, según dijo el doctor Hiraiwa, «es extraño decirlo, pero me sentí calmado y lúcido y en espíritu de paz en mi corazón, cuando canté *Banzai* para Tenno». Después su hijo salió y escarbó y sacó a su padre y así se salvaron. Pensando en su experiencia de ese momento el doctor Hiraiwa repetía: «¡Qué fortunados que somos japoneses! Fue la primera vez que probé el gusto de un espíritu tan bello, cuando decidí morir por nuestro Emperador».

Banzai: Exclamación con la cual los japoneses vitorean y glorifican a su emperador. (N. de la T.)

La señorita Kayoko Nobutoki, estudiante de una escuela para chicas, Hiroshima Jazabuin, y además hija de un miembro de mi iglesia, estaba descansando con sus amigas junto a la pesada cancela del templo budista. Cuando cayó la bomba atómica, la cancela cayó sobre ellas. No podían moverse ni un poco bajo esa cancela tan pesada y entonces entró el humo incluso por las grietas y ahogaba su respiración. Una de las chicas comenzó a cantar *Kimi ga yo*, himno nacional, y otras le hicieron coro y murieron. Mientras tanto una de ellas encontró una grieta y se esforzó por salir. Cuando la llevaron al hospital de la Cruz Roja contó cómo habían muerto sus compañeras, rastreando con su memoria el canto en coro del himno nacional. Tenían sólo 13 años de edad.

mujeres y los niños. Completamente agotado, me acosté en el suelo entre ellos, pero no pude dormir absolutamente nada. A la mañana siguiente, encontré muertos a muchos de los hombres y mujeres a los que había dado agua la noche anterior. Pero, para mi gran sorpresa, en ningún momento oí grito alguno, ni llanto, a pesar de que sufrieron una atroz agonía. Morían en silencio, **sin reproches**, apretando los dientes para poder soportarlo. ¡Todo por la patria!

«El doctor Y. Hiraiwa, profesor de Literatura y Ciencia de la Universidad de Hiroshima, y miembro de mi iglesia, fue enterrado por la bomba bajo la casa de dos pisos, junto con su hijo, estudiante de la Universidad de Tokio. Ninguno de ellos se podía mover un centímetro bajo la tremenda [122] presión que soportaban. Y la casa casi se incendió. El hijo dijo: ‘Padre, no podemos hacer nada excepto forjarnos el propósito de consagrar nuestras vidas a la patria. Digamos *Banzai* (1) a nuestro Emperador.’ Entonces el padre dijo junto con su hijo: ‘*Tenno-heika, Banzai, Banzai, Banzai!*’ ‘El resultado, me dijo el doctor Hiraiwa, fue que me sentí tranquilo, lúcido y calmo, en el fondo del corazón, cuando canté *Banzai* a Tenno.’ Más tarde su hijo salió y logró excavar y sacar a su padre, y de ese modo se salvaron. Al pensar en esa experiencia, el doctor Hiraiwa repetía: ‘¡Qué suerte que seamos japoneses! Esa fue la primera vez que sentía una paz tan grande en mi espíritu, cuando decidí morir por nuestro Emperador.’

«La señorita Kayoko Nobutoki, estudiante de la escuela secundaria Hiroshima Jazabuin, e hija de un miembro de mi iglesia, estaba con sus compañeras junto a la pesada tapia del Templo Budista. En el instante en que cayó la bomba atómica, la tapia cayó sobre ellas. No podían hacer el más mínimo movimiento bajo semejante peso, y luego comenzó a entrar humo por todas las grietas, y a ahogar su respiración. Una de las niñas comenzó a cantar *Kimi ga yo*, el himno nacional, y las otras la siguieron en coro y murieron. Mientras tanto, una de ellas encontró una abertura, y después de mucho esforzarse logró salir. Cuando la llevaban al Hospital de la Cruz Roja, contó cómo habían muerto sus amigas, cantando en coro nuestro himno nacional. Tenían trece años de edad.

« Oui, les gens de Hiroshima sont morts virilement dans le bombardement atomique, convaincus que c'était pour leur Empereur. » [193]

Un nombre surprenant d'habitants de Hiroshima maintinrent, sur le problème moral que posait l'utilisation de la bombe atomique, une attitude plus ou moins indifférente. Peut-être étaient-ils encore trop terrifiés pour avoir la moindre envie d'y penser. Rares même furent ceux qui se souciaient beaucoup de savoir simplement à quoi la bombe ressemblait. L'idée - la conception quasi religieuse et horrifiée que s'en faisait mine Nakamura, était typique. « La bombe atome », disait-elle quand on l'interrogeait à ce propos, a la bombe atome est de la taille d'une boîte d'allumettes. La chaleur qu'elle a faite était six mille fois celle du soleil. Elle a explosé en l'air. Il y a du radium dedans. Je ne sais pas au juste comment ça fonctionne, mais quand on rapproche le radium, ça explose ». Quant à l'emploi de la bombe, elle ajoutait : « C'était la guerre, et il fallait s'y attendre ». Et puis elle concluait : « *Shikata ga nai* », expression japonaise aussi courante que le russe *nichevo*, à [194] quoi elle correspond : « On n'y peut rien. Que voulez-vous! Tant pis! » Le docteur Fujii dit à peu près la même chose au Père Kleinsorge, un soir, sur l'emploi de la bombe; il le dit en allemand : « *Das ist nichts zu machen*. Il n'y a rien à y faire. »

Nombre de citoyens de Hiroshima n'en continuèrent pas moins à haïr les Américains, d'une haine que rien ne pouvait effacer. Je vois, dit un jour le docteur Sasaki, qu'ils font un procès à Tokyo, en ce moment même, de criminels de guerre. Je trouve qu'ils devraient faire passer en jugement les hommes qui ont décidé d'employer la bombe et les pendre tous. »

Le Père Kleinsorge et les autres jésuites allemands, que l'on pouvait s'attendre à voir adopter, en qualité d'étrangers, une façon de voir relativement impartiale, discutaient souvent entre eux de l'usage de la bombe, d'un point de vue moral. L'un d'eux, le Père Siemes, qui se trouvait à Nagatsuka, en dehors de la ville, lors du raid, écrivit, dans un rapport au Saint-Siège, à Rome : « Certains d'entre nous rangent la bombe dans la même catégorie que les gaz et condamnent son emploi entre les populations civiles. D'autres sont d'avis que dans la guerre totale, telle que [195] la pratiquait le Japon, il n'y avait plus de différence entre civils et soldats, et que la bombe même fut une force efficace tendant à mettre fin à l'effusion de sang, un avertissement au Japon, l'invitant à se rendre et à éviter ainsi

“Yes, people of Hiroshima died manly in the atomic bombing, believing that it was for Emperor's sake.”

A surprising number of the people of Hiroshima remained more or less indifferent about the ethics of using the bomb. Possibly they were too terrified by it to want to think about it at all. Not many of them even bothered to find out much about what it was like. Mrs. Nakamura's conception of it—and awe of it—was typical. “The atom bomb,” she would say when asked about it, “is the size of a matchbox. The heat of it is six thousand times that of the sun. It exploded in the air. There is some radium in it. I don't know just how it works, but when the radium is put together, it explodes.” [116] As for the use of the bomb, she would say, “It was war and we had to expect it.” And then she would add, “*Shikata ga nai*,” a Japanese expression as common as, and corresponding to, the Russian word “*nichevo*”: “It can't be helped. Oh, well. Too bad.” Dr. Fujii said approximately the same thing about the use of the bomb to Father Kleinsorge one evening, in German: “*Das ist nichts zu machen*. There's nothing to be done about it.”

Many citizens of Hiroshima, however, continued to feel a hatred for Americans which nothing could possibly erase. “I see,” Dr. Sasaki once said, “that they are holding a trial for war criminals in Tokyo just now. I think they ought to try the men who decided to use the bomb and they should hang them all.”

Father Kleinsorge and the other German Jesuit priests, who, as foreigners, could be expected to take a relatively detached view, often discussed the ethics of using the bomb. One of them, Father Siemes, who was out at Nagatsuka at the time of the attack, wrote in a report to the Holy See in Rome: “Some of us consider the bomb in the same category as poison gas and were against its use on a civilian population. Others were of the opinion that in total war, as carried on in Japan, there was no difference between civilians and soldiers, and that the bomb itself was an effective force tending to end the bloodshed, warning Japan to surrender and thus to

Sí, la gente de Hiroshima murió valientemente en el bombardeo atómico, confiando en que lo hacían por amor del Emperador.

Una cantidad sorprendente de habitantes de Hiroshima mantuvo una cierta indiferencia frente a la ética del uso de la bomba. Era posible que se sintieran demasiado aterrorizados incluso para pensar en ella. No fueron muchos los que se molestaron en averiguar siquiera cuál era su aspecto. Era típica la concepción [109] — y el respetuoso miedo— que la señora Nakamura tenía de ella. «La bomba atómica», decía cuando se le preguntaba al respecto, «es del tamaño de una cajetilla de fósforos. El calor que desprende es seis mil veces mayor que el del sol. Explotó en el aire. Dentro de ella hay algo de radio. No sé bien cómo funciona, pero cuando el radio se une, la bomba explota». En cuanto al uso de la bomba, decía: «Estábamos en guerra y teníamos que estar preparados». Y añadía: «*Shikata ga nai*», una expresión japonesa equivalente a la palabra rusa *nichevo*, «Nada que hacer, mala suerte», y tan común como ella. Una tarde, el doctor Fujii dijo al padre Kleinsorge aproximadamente lo mismo, y en alemán: «*Das ist nichts zu machen*. No hay nada que hacer al respecto».

Y sin embargo muchos ciudadanos de Hiroshima continuaron sintiendo hacia los norteamericanos un odio imborrable. «Veo», dijo una vez el doctor Sasaki, «que están llevando a cabo un juicio contra los criminales de guerra en Tokio. Me parece que deberían juzgar a quienes decidieron que la bomba fuera arrojada, y deberían ahorcarlos a todos».

El padre Kleinsorge y los otros jesuitas alemanes, de quienes se esperaba que, como extranjeros, tuvieran un punto de vista relativamente imparcial, discutían a menudo la ética implícita en el uso de la bomba. Uno de ellos, el padre Siemes, que se encontraba en Nagatsuka en el momento del ataque, escribió en un informe para la Santa Sede en Roma: «Para algunos de nosotros, la bomba tiene la misma categoría que el gas venenoso, y nos oponíamos a su utilización contra la población civil. Otros opinaban que en una guerra total, como la que estaba llevando a cabo Japón, no había diferencia entre civiles y soldados, y que la bomba en sí misma era una fuerza efectiva capaz de terminar con el derramamiento de sangre al advertir a Japón que debía

«Sí, el pueblo de Hiroshima murió durante el bombardeo de Hiroshima, en su mayor parte creyendo que moría por el Emperador.»

Un número sorprendente de personas en Hiroshima permaneció más o menos indiferente acerca [123] de la ética del uso de la bomba atómica. Posiblemente ésta los aterrorizaba demasiado como para pensar nada. Muy pocos de ellos se molestaron en saber siquiera cómo era. La concepción de la señora Nakamura era típica:

—La bomba atómica — decía cuando se la interrogaba sobre ella — es del tamaño de una caja de fósforos. Su calor es seis mil veces el del sol. Tiene un poco de radio. No sé cómo funciona, pero cuando se junta todo el radio, explota. — En cuanto al uso de la bomba, decía —: Era la guerra, y cabía esperarlo. — Y luego agregaba —: *Shikata ga nai* — expresión japonesa tan común como la palabra rusa *nichevo*, y con el mismo significado: «Paciencia, qué le vamos a hacer.»

El doctor Fujii le dijo aproximadamente lo mismo una noche al padre Kleinsorge, acerca del uso de la bomba, pero lo dijo en alemán:

—*Das ist nichts zu machen*. «No hay nada que hacer.»

Muchos ciudadanos de Hiroshima, sin embargo, continuaron odiando a los norteamericanos, con un odio que nada podía aplacar.

—Entiendo —dijo una vez el doctor Sasaki que en estos momentos está trabajando un tribunal criminal en Tokio. Creo que deberían juzgar a los hombres que decidieron usar la bomba, y colgarlos a todos.

El padre Kleinsorge y los otros jesuitas alemanes que, como extranjeros, podían tomar una posición estrictamente neutral, discutían a menudo la ética del uso de la bomba. Uno de ellos, el padre Siemes, que en el momento del ataque estaba en Nagatsuka, escribió en una memoria a la Santa Sede de Roma: «Algunos de nosotros consideramos la bomba como de la misma categoría que el gas venenoso, y estamos en contra de su uso sobre una [124] población civil. Otros opinan que en la guerra total, como se llevaba a cabo en el Japón, no hay diferencias entre civiles y militares, y que la bomba en sí fue una fuerza efectiva tendiente a finalizar el derramamiento de sangre, advirtiendo al Japón que se rindiese para evitar así

l'anéantissement. Il semble logique qu'un pays qui défend le principe de la guerre totale n'ait, pas le droit de se plaindre lorsque la guerre frappe ses populations civiles. Toute la question est de savoir si la guerre totale, sous sa forme présente, se justifie, même lorsqu'elle est au service de la justice et du droit. N'a-t-elle pas pour conséquence des maux, matériels et spirituels, qui excèdent de beaucoup le bien, quel qu'il soit, qui peut en résulter ? Quand nos moralistes se décideront-ils à répondre clairement à cette question ? o

15

Il serait impossible de dire de quel sceau d'horreur fut, dans son tréfonds, marquée la conscience des enfants qui vécurent la journée du bombardement de Hiroshima. Superficiellement, des mois après le désastre, leurs souvenirs étaient ceux d'une aventure extrêmement réjouissante. Toshio Nakamura, qui avait dix ans à l'époque du raid, ne tarda pas à parler librement, gaîment même, de l'expérience qu'il avait [196] traversée et, quelques semaines avant l'anniversaire de l'explosion, il écrivit la narration suivante, des plus réalistes, pour son maître à l'école primaire de Nobori-cho : « Le jour avant la bombe, je suis allé me baigner. Le lendemain matin, j'étais en train de manger des cacahuètes. Je vis une lumière. Je fus renversé et jeté à l'endroit où dormait ma petite sœur. Après qu'on nous eut sauvés, je ne pus pas voir plus loin que le tram. Ma mère et moi, nous avons commencé à faire des paquets de nos affaires. Les voisins marchaient autour de nous, brûlés et pleins de sang. Hatayasan me dit de me sauver avec elle. Je lui dis que je voulais attendre ma mère. Nous sommes allés dans le parc. Le vent s'est mis à souiller très fort, en tournant. A la nuit, un réservoir à gaz a brûlé et j'ai vu le reflet dans la rivière. Nous sommes restés dans le parc, toute la nuit. Le lendemain, je suis allé jusqu'au pont de Taiko et j'ai rencontré mes petites amies Kikuki et Murakami. Elles cherchaient leur mère. Mais la mère de Kikuki était blessée et celle de Murakami, hélas! était morte ».

55

60

65

70

avoid total destruction. It seems logical that he who supports total war in principle cannot complain of a war against civilians. The crux [117] of the matter is whether total war in its present form is justifiable, even when it serves a just purpose. Does it not have material and spiritual evil as its consequences which far exceed whatever good might result? When will our moralists give us a clear answer to this question?"

It would be impossible to say what horrors were embedded in the minds of the children who lived through the day of the bombing in Hiroshima. On the surface, their recollections, months after the disaster, were of an exhilarating adventure. Toshio Nakamura, who was ten at the time of the bombing, was soon able to talk freely, even gaily, about the experience, and a few weeks before the anniversary he wrote the following matter-of-fact essay for his teacher at Nobori-cho Primary School: "The day before the bomb, I went for a swim. In the morning, I was eating peanuts. I saw a light. I was knocked to little sister's sleeping place. When we were saved, I could only see as far as the tram. My mother and I started to pack our things. The neighbors were walking around burned and bleeding. Hataya-san told me to run away with her. I said I wanted to wait for my mother. We went to the park. A whirlwind came. At night a gas tank burned and I saw the reflection in the river. We stayed in the park one night. Next day I went to Taiko Bridge and met my girl friends Kikuki and Murakami. They were looking for their mothers. But Kikuki's mother was wounded and Murakami's mother, alas was dead." [118]

rendirse y evitar así la destrucción total. Parece lógico que aquel [110] que apoya los principios de una guerra total no puede quejarse de una guerra contra los civiles. El meollo del asunto es si resulta justificable una guerra total en su forma presente, aun cuando sirve a un propósito justo. ¿Acaso no tiene como consecuencia un mal material y espiritual que por mucho excede cualquier bien que se logre? ¿Cuándo nos darán nuestros moralistas una clara respuesta al respecto?».

Sería imposible saber qué horrores quedaron grabados en la memoria de los niños que vivieron el día del bombardeo de Hiroshima. Superficialmente, sus recuerdos, meses después del desastre, parecían ser los de una excitante aventura. Toshio Nakamura, que tenía diez años en el momento de la bomba, fue capaz muy pronto de hablar con libertad, incluso con desparpajo, acerca de la experiencia, y algunas semanas antes del aniversario escribió, para su profesor de la Escuela Primaria de Nobori-cho, un ensayo en el cual se ceñía a los hechos: «El día antes de la bomba fui a nadar un rato. En la mañana estaba comiendo cacahuètes. Vi una luz. Caí sobre el lugar donde dormía mi hermana pequeña. Cuando nos salvaron, yo sólo alcanzaba a ver hasta el tranvía. Mi madre y yo comenzamos a empacar nuestras cosas. Los vecinos caminaban por ahí heridos y sangrando. Hatayasan me dijo que huyera con ella. Dije que quería esperar a mi madre. Fuimos al parque. Hubo un torbellino. En la noche se quemó un tanque de gas y yo vi el reflejo en el río. Pasamos una noche en el parque. Al día siguiente fui al puente Taiko y me encontré con mis amigas Kikuki y Murakami. Buscaban a sus madres. Pero la madre de Kikuki estaba herida y la madre de Murakami, lamentablemente, estaba muerta». [111]

la destrucción total. Parece lógico que el que sustente la guerra total no pueda en principio quejarse de una guerra contra los civiles. El *quid* del asunto es saber si la guerra total en su forma presente es justificable, aun cuando esté al servicio de un propósito justo. ¿No tiene como consecuencias un daño material y espiritual que excede con mucho a cualquier bien que de ella pueda resultar? ¿Cuándo nos darán nuestros moralistas una respuesta clara a este interrogante?

Sería imposible decir qué horrores se clavaron en las mentes de los niños que vivieron el día del bombardeo de Hiroshima. Superficialmente, sus recuerdos, meses después del desastre, eran los de una divertida aventura. Toshio Nakamura, que en la época del bombardeo tenía diez años, pronto pudo hablar libre, y hasta alegremente del acontecimiento. Pocas semanas antes del aniversario de la catástrofe escribió la siguiente composición realista para su maestra de la escuela primaria de Nobori-chico:

«El día antes de la bomba fui a nadar. Esa mañana, mientras estaba comiendo cacahuètes, vi una luz. Algo me arrojó al lugar donde dormía mi hermanita. Cuando estuvimos a salvo, sólo podía ver hasta el tranvía. Mi madre y yo comenzamos a empacar las cosas. Los vecinos caminaban alrededor quemados y sangrando. Hatayasan me dijo que huyera con ella. Yo dije que quería esperar a mi madre. Fuimos al parque. Vino un ciclón. Por la noche explotó un tanque de gas y vi su reflejo en el río. Nos quedamos una noche en el parque. Al día [125] siguiente fui al puente Taiko y encontré a mis amigas Kikuki y Murakami. Estaban buscando a sus madres. Pero la madre de Kikuki estaba herida, y la madre de Murakami, ay, había muerto.» [126]

V *The Aftermath*

V LAS SECUELAS DEL DESASTRE

1 HATSUYO NAKAMURA

Hatsuyo Nakamura

5 HATSUYO NAKAMURA, weak and destitute, began a courageous struggle, which would last for many years, to keep her children and herself alive.

Hatsuyo Nakamura, débil y desposeída, emprendió una lucha valerosa que duraría muchos años por mantener vivos a sus niños, y por mantenerse viva ella misma.

10 She had her rusted Sankoku machine repaired and began to take in some sewing, and she did cleaning and laundry and washed dishes
15 for neighbors who were somewhat better off than she was. But she got so tired that she had to take two days' rest for every three days she worked, and if she was obliged for
20 some reason to work for a whole week, she had then to rest for three or four days. She earned barely enough for food.

Hizo reparar su oxidada máquina Sankoku y comenzó a aceptar trabajos de costurera: limpiaba la casa, lavaba la ropa y los platos de vecinos que se encontraban en mejor posición que ella. Pero el trabajo la agotaba tanto que tenía que tomarse dos días de descanso por cada tres de labores, y si por alguna razón se veía obligada a trabajar la semana entera, tenía entonces que descansar durante tres o cuatro días. Apenas ganaba lo suficiente para comer.

25 At this precarious time she fell ill. Her belly began to swell up, and she had diarrhea and so much pain she could no longer work at all.
30 A doctor, who lived nearby, [119] came to see her and told her she had roundworm, and he said, incorrectly, "If it bites your intestine, you'll die." In
35 those days, there was a shortage of chemical fertilizers in Japan, so farmers were using night soil, and as a consequence many people began to harbor parasites,
40 which were not fatal in themselves but were seriously debilitating to those who had had radiation sickness. The doctor treated Nakamura-san (as he
45 would have addressed her) with santonin, a somewhat dangerous medicine derived from certain varieties of artemisia. To pay the doctor, she was forced to sell
50 her last valuable possession, her husband's sewing machine. She came to think of that act as marking the lowest and saddest moment of her whole life.

Entonces, precisamente en un momento tan precario, enfermó. Su vientre empezó a hincharse, sufría de diarrea y de tanto dolor que no podía hacer ningún trabajo. Un doctor que vivía cerca vino a verla. Le explicó que tenía lombrices, y le dijo, equivocadamente: «Si le muerden el intestino, morirá». En aquellos días había en Japón escasez de fertilizantes, así que los granjeros usaban estiércol humano, y como consecuencia muchas personas empezaron a sufrir de parásitos que no eran fatales en sí pero que debilitaban seriamente a quienes habían tenido radiotoxemia. El doctor trató a Nakamura-san (como se hubiera dirigido a ella) con santonin, una medicina un tanto peligrosa derivada de ciertas variedades de artemisia. Para pagar al doctor, ella se vio forzada [113] a vender su último objeto de valor, la máquina de coser de su esposo. Después consideraría ese instante como el más triste y bajo de su vida.

55 IN referring to those who went through the Hiroshima and Nagasaki bombings, the Japanese tended to shy away from
60 the term "survivors," because in its focus on being alive it might suggest some slight to the sacred dead. The class of people to which Nakamura-san belonged came, therefore, to be
65 called by a more neutral name, "hibakusha"—literally, "explosion-affected persons." For more than a decade after the

Al referirse a quienes pasaron por la experiencia de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, los japoneses tendían a evitar el término «sobrevivientes», porque concentrarse demasiado en el hecho de estar con vida podía sugerir una ofensa a los sagrados muertos. La clase de personas a la que pertenecía Nakamura-san vino a ser conocida con un nombre más neutral, «hibakusha»: literalmente, «personas afectadas por una explosión». Durante más de una década después

bombings, the hibakusha lived in an economic limbo, apparently because the Japanese government did not want to find itself saddled with anything like moral responsibility for heinous acts of the victorious United States. Although it soon became clear that many hibakusha suffered consequences of their exposure to the bombs which were quite different in nature and degree from those of survivors even of the [120] ghastly fire bombings in Tokyo and elsewhere, the government made no special provision for their relief until, ironically, after the storm of rage that swept across Japan when the twenty-three crewmen of a fishing vessel, the *Lucky Dragon No. 5*, and its cargo of tuna were irradiated by the American test of a hydrogen bomb at Bikini in 1954. It took three years even then for a relief law for the hibakusha to pass the Diet.

Though Nakamura-san could not know it, she thus had a bleak period ahead of her. In Hiroshima, the early postwar years were, besides, a time, especially painful for poor people like her, of disorder, hunger, greed, thievery, black markets. Non-hibakusha employers developed a prejudice against the survivors as word got around that they were prone to all sorts of ailments, and that even those, like Nakamura-san, who were not cruelly maimed and had not developed any serious overt symptoms were unreliable workers, since most of them seemed to suffer, as she did, from the mysterious but real malaise that came to be known as one kind of lasting A-bomb sickness: a nagging weakness and weariness, dizziness now and then, digestive troubles, all aggravated by a feeling of oppression, a sense of doom, for it was said that unspeakable diseases might at any time plant nasty flowers in the bodies of their victims, and even in those of their descendants.

As Nakamura-san struggled to get from day to day, she had no time for attitudinizing about the bomb or anything else. She was sustained, curiously, by a kind of passivity, summed up in a phrase she herself sometimes [121] used—“*Shikata ga nai*,” meaning, loosely, “It can’t be

de las explosiones, los hibakushas vivieron en una especie de limbo económico, aparentemente porque el gobierno japonés no quería aceptar ningún tipo de responsabilidad moral por los hechos horribles cometidos por los victoriosos Estados Unidos. Aunque pronto resultó claro que muchos hibakushas sufrieron, tras su contacto con la bomba, consecuencias radicalmente distintas de las sufridas por los sobrevivientes de bombardeos tan espantosos como los de Tokio y otros lugares, el gobierno nunca tomó medidas especiales para auxiliarlos, hasta que una tormenta de indignación atravesó Japón cuando veintitrés tripulantes de un barco de pescadores —el «Dragón con suerte No. 5»— y su carga de atún fueron alcanzados por las radiaciones de la bomba de hidrógeno que los norteamericanos ensayaban en Bikini, en 1954. Incluso entonces tuvieron que pasar tres años antes de que la ley de auxilio para los hibakushas fuera aprobada en el Diet.

Aunque Nakamura-san no podía saberlo, un oscuro porvenir la esperaba. En Hiroshima, los primeros años después de la guerra fueron un tiempo particularmente doloroso para gente como [114] ella: un tiempo de desorden, hambre, codicia, robos, mercados negros. Los empleados no—hibakushas desarrollaron prejuicios contra los sobrevivientes cuando corrió el rumor de que eran beneficiarios de todo tipo de ayudas, y de que incluso aquellos, como Nakamura-san, que no habían sufrido mutilaciones crueles ni desarrollado síntomas serios y manifiestos, eran trabajadores poco confiables, puesto que la mayoría parecían sufrir, como ella, del malestar misterioso pero real que llegó a ser reconocido como un tipo duradero de la enfermedad de la Bomba A: debilidad persistente, mareos ocasionales, problemas digestivos, todos agravados por un sentimiento de opresión, una sensación de estar condenados a muerte, pues se creía que inefables enfermedades podían en cualquier momento plantar su semilla en el cuerpo de sus víctimas e incluso en el de sus descendientes.

Nakamura-san se esforzaba por vivir el día a día, y no tenía tiempo para adoptar poses acerca de la bomba ni nada parecido. Curiosamente, la sostenía una especie de pasividad resumida en una frase que ella misma solía usar, «*Shikata ga nai*», que significaba: «Nada que hacer». No

helped.” She was not religious, but she lived in a culture long colored by the Buddhist belief that resignation might lead to clear vision; she had shared with other citizens a deep feeling of powerlessness in the face of a state authority that had been divinely strong ever since the Meiji Restoration in 1868; and the hell she had witnessed and the terrible aftermath unfolding around her reached so far beyond human understanding that it was impossible to think of them as the work of resentable human beings, such as the pilot of the *Enola Gay*, or President Truman, or the scientists who had made the bomb—or even, nearer at hand, the Japanese militarists who had helped to bring on the war. The bombing almost seemed a natural disaster—one that it had simply been her bad luck, her fate (which must be accepted), to suffer.

When she had been wormed and felt slightly better, she made an arrangement to deliver bread for a baker named Takahashi, whose bakery was in Nobori-cho. On days when she had the strength to do it, she would take orders for bread from retail shops in her neighborhood, and the next morning she would pick up the requisite number of loaves and carry them in baskets and boxes through the streets to the stores. It was exhausting work, for which she earned the equivalent of about fifty cents a day. She had to take frequent rest days.

After some time, when she was feeling a bit stronger, she took up another kind of peddling. She would get up in the dark and trundle a borrowed two-wheeled pushcart for two hours across the city to a section called Eba, [122] at the mouth of one of the seven estuarial rivers that branch from the Ota River through Hiroshima. There, at daylight, fishermen would cast their leaded skirtlike nets for sardines, and she would help them to gather up the catch when they hauled it in. Then she would push the cart back to Nobori-cho and sell the fish for them from door to door. She earned just enough for food.

A couple of years later, she found work that was better

era una mujer religiosa, pero vivía en una cultura impregnada desde tiempos inmemoriales por la creencia budista de que la resignación lleva a una percepción clara de las cosas; había compartido con otros ciudadanos un profundo sentimiento de impotencia frente a una autoridad estatal que había gozado de una solidez divina desde la Restauración Meiji de 1868; y el infierno que le había tocado presenciar, y las terribles secuelas del desastre que se desarrollaban a su alrededor, trascendieron el entendimiento humano de tal forma que fue imposible considerarlas obra de seres humanos resentidos, como el piloto del «Enola Gay», o el presidente Truman, o los científicos que construyeron la bomba —o incluso, más próximos a ella, los militaristas japoneses que fueron responsables de la entrada [115] en guerra—. La bomba parecía casi un desastre natural: un desastre que era simplemente consecuencia de la mala suerte, parte del destino (que debía ser aceptado).

Después de la purga, cuando comenzó a sentirse mejor, Nakamura-san hizo un acuerdo para repartir el pan de un panadero llamado Takahashi, cuya panadería quedaba en Nobori-cho. Cuando se sentía dispuesta, recibía pedidos de comerciantes al detal de su vecindario, y a la mañana siguiente recogía las barras de pan requeridas y las llevaba por la calle, en canastas y cajas, hasta las tiendas. Era un trabajo agotador por el cual ganaba el equivalente de cincuenta centavos de dólar al día. Luego, tenía que tomarse varios días de descanso.

Después de cierto tiempo, cuando comenzó a sentirse algo más fuerte, se hizo cargo de otro tipo de venta ambulante. Se levantaba cuando aún estaba oscuro, y durante dos horas empujaba una carretilla prestada a través de la ciudad y hasta una sección llamada Eba, sobre la boca de uno de los siete ríos del estuario que, en la desembocadura del Ota, divide Hiroshima. Al amanecer, los pescadores arrojaban allí esas redes que parecían faldas con plomos, y ella los ayudaba cuando había que tirar de la red para recoger la pesca. Entonces empujaba el carrito de vuelta a Nobori-cho y vendía el pescado de puerta a puerta. Ganaba apenas lo suficiente para comer.

Un par de años después pudo encontrar un trabajo que se acomodaba me-

sued to her need for occasional rest, because within certain limits she could do it on her own time. This was a job of collecting money for deliveries of the Hiroshima paper, the *Chugoku Shimbun*, which most people in the city read. She had to cover a big territory, and often her clients were not at home or pleaded that they couldn't pay just then, so she would have to go back again and again. She earned the equivalent of about twenty dollars a month at this job. Every day, her willpower and her weariness seemed to fight to an uneasy draw.

IN 1951, after years of this drudgery, it was Nakamurasan's good luck, her fate (which must be accepted), to become eligible to move into a better house. Two years earlier, a Quaker professor of dendrology from the University of Washington named Floyd W. Schmoe, driven, apparently, by deep urges for expiation and reconciliation, had come to Hiroshima, assembled a team of carpenters, and, with his own hands and theirs, begun building a series of Japanese-style houses for victims of the bomb; in all, his team eventually built twenty-one. It was to one of these houses that Nakamura-san had [123] the good fortune to be assigned. The Japanese measure their houses by multiples of the area of the floor-covering *tsubo* mat, a little less than four square yards, and the Dr. Shum-o houses, as the Hiroshimans called them, had two rooms of six mats each. This was a big step up for the Nakamuras. This home was redolent of new wood and clean matting. The rent, payable to the city government, was the equivalent of about a dollar a month.

Despite the family's poverty, the children seemed to be growing normally. Yaeko and Myeko, the two daughters, were anemic, but all three had so far escaped any of the more serious complications that so many young hibakusha were suffering. Yaeko, now fourteen, and Myeko, eleven, were in middle school. The boy, Toshio, ready to enter high school, was going to have to earn money to attend it, so he took up delivering papers to the places from which his mother was collecting. These were some

for a su ocasional necesidad de descanso, porque podía, dentro de ciertos límites, llevarlo a cabo en su propio tiempo. Se trataba de recolectar dinero para la distribución del diario de Hiroshima, el *Chugoku Shimbun*, que era leído por la mayoría de los habitantes de la ciudad. Tenía que cubrir un territorio extenso, y con frecuencia sus clientes no se encontraban en casa o le aseguraban que en ese instante no podían pagar, así que ella se veía obligada [116] a volver una y otra vez. Con este trabajo ganaba el equivalente a veinte dólares al mes. Cada día su fuerza de voluntad y su cansancio parecían luchar hasta lograr un difícil empate.

En 1951, después de años de esta dura rutina, a Nakamura-san le tocó en suerte —fue su destino, que debía ser aceptado— resultar elegible para mudarse a una mejor casa. Dos años antes, un cuáquero de nombre Floyd W. Schmoe, profesor de dendrografía de la Universidad de Washington, había venido a Hiroshima, llevado aparentemente por profundos afanes de expiación y reconciliación, formado un equipo de carpinteros y, con sus propias manos (y las de ellos), había comenzado a construir una serie de casas estilo japonés para las víctimas de la bomba; en total, el equipo llegó eventualmente a construir veintinueve casas. Una de ellas le fue asignada a Nakamura-san. Los japoneses miden sus casas por múltiplos del área de la estera *tsubo* que cubre el piso, que mide algo más de tres metros cuadrados, y *las casas Doctor Shum-o*, como las llamaban los habitantes de Hiroshima, tenían dos habitaciones de seis esteras cada una. Fue un gran paso adelante para los Nakamura. Esta casa olía a madera nueva y a esteras limpias. La renta debía pagarse al gobierno de la ciudad, y era el equivalente de un dólar mensual.

A pesar de la pobreza de la familia, los niños parecían crecer normalmente. Yaeko y Myeko, las dos hijas, estaban anémicas, pero hasta ese momento ninguno de los tres había sufrido las complicaciones más serias que sufrían tantos jóvenes hibakushas. Yaeko, que ahora tenía catorce años, y Myeko, de once, asistían a la escuela secundaria. El niño, Toshio, listo para entrar a la preparatoria, iba a tener que ganar dinero para pagar su escuela, así que comenzó a repartir diarios en los lugares donde su madre recolectaba dinero. Aquellos sitios quedaban a alguna distancia de la casa

distance from their Dr. Shum-o house, and they had to commute at odd hours by streetcar.

5 The old but in Nobori-cho stood empty for a time, and, while continuing with her newspaper collections, Nakamura-san converted it into
10 a small street shop for children, selling sweet potatoes, which she roasted, and *dagashi*, or little candies and rice cakes, and cheap toys, which she
15 bought from a wholesaler.

All along, she had been collecting for papers from a small company, Suyama Chemical, that made
20 mothballs sold under the trade name Paragen. A friend of hers worked there, and one day the friend suggested to Nakamura-san that she join the company, helping
25 wrap [124] the product in its packages. The owner, Nakamurasan learned, was a passionate man, who did not share the bias of many employers against hibakusha; he
30 had several on his staff of twenty women wrappers. Nakamura-san objected that she couldn't work more than a few days at a time; the friend persuaded her that Mr.
35 Suyama would understand that.

So she began. Dressed in company uniforms, the women stood, somewhat bent over, on either
40 side of a couple of conveyor belts, working as fast as possible to wrap two kinds of Paragen in cellophane. Paragen had a dizzying odor, and at first it made
45 one's eyes smart. Its substance, powdered paradichlorobenzene, had been compressed into lozenge-shaped mothballs and into larger spheres, the size of
50 small oranges, to be hung in Japanese-style toilets, where their rank pseudo-medicinal smell would offset the unpleasantness of non-flushing facilities.
55 ties.

Nakamura-san was paid, as a beginner, a hundred and seventy yen—then less than fifty cents—a
60 day. At first, the work was confusing, terribly tiring, and a bit sickening. Her boss worried about her paleness. She had to take many days off. But little by little she became used to the factory. She
65 made friends. There was a family atmosphere. She got raises. In the two ten-minute breaks, morning and afternoon, when the moving

Doctor Shum-o, y ambos tenían que tomar el tranvía entre la casa y el trabajo a horas difíciles.

La vieja choza de Nobori-cho permaneció desocupada durante un tiempo, y, mientras continuaba con su recaudación para periódicos, Nakamura-san la convirtió en una
pequeña tienda callejera para niños, y vendía patatas dulces —asadas por ella misma—, *dagashi*, o pequeños dulces, pasteles de arroz y juguetes baratos que le compraba a un mayorista.

Durante todo este tiempo había estado recaudando los pagos de una pequeña compañía química, Suyama, fabricante de bolitas de naftalina que se vendían bajo la marca Paragen. Allí trabajaba una amiga suya, y un día la amiga le sugirió que entrara a la compañía y ayudara a envolver el producto en sus paquetes. Nakamura-san supo que el dueño era un hombre compasivo que no compartía el resentimiento de otros empleadores hacia los hibakushas; de hecho, había varias entre las veinte mujeres de su equipo de emparadoras. Nakamura-san objetó que era incapaz de trabajar más de algunos días seguidos; la amiga la persuadió de que el señor Suyama lo entendería.

Así que empezó a trabajar. Vestidas con uniformes de la compañía, las mujeres permanecían de pie, algo inclinadas hacia delante, a ambos lados de un par de correas transportadoras, trabajando tan rápido como fuera posible para empacar en celofán dos tipos distintos de Paragen. El olor del Paragen causaba mareos y al principio hacía arder los ojos. Su principal ingrediente, el paradichlorobenceno en polvo, había sido comprimido en bolas de naftalina con forma de pastillas, y en esferas más grandes, del tamaño de una naranja, que se colgaban en los servicios japoneses donde su repugnante olor pseudomedicinal compensaba la inexistencia de una cisterna. [118]

Como novata, Nakamura-san recibió ciento setenta yenes al día: menos de cincuenta centavos de dólar. Al principio el trabajo era complicado, terriblemente agotador y un poco nauseabundo. Su palidez preocupaba a su jefe. Con frecuencia se tomaba el día libre. Pero poco a poco se acostumbó a la fábrica. Hizo nuevas amigas. Había una atmósfera familiar. Logró aumentos. En las dos pausas de diez minutos, en la mañana y en la tarde, cuando las correas transporta-

belt stopped, there was a birdsong of gossip and laughter, in which she joined. It appeared that all along there had been, deep in her
5 temperament, a core of cheerfulness, which must have fuelled her long fight against A-bomb lassitude, something warmer and more vivifying than mere [125] submission, than saying, "*Shikata ga-nai*." The other women took to her; she was constantly doing them small favors. They began calling her, affectionately, *Oba-san*—
15 roughly, "Auntie."

She worked at Suyama for thirteen years. Though her energy still paid its dues, from time to time,
20 to the Abomb syndrome, the searing experiences of that day in 1945 seemed gradually to be receding from the front of her mind.

25 THE *Lucky Dragon No. 5* episode took place in 1954, the year after Nakamura-san started working for Suyama Chemical. In the ensuing fever of outrage in the
30 country, the provision of adequate medical care for the victims of the Hiroshima and Nagasaki bombs finally became a political issue. Almost every year since 1946, on
35 the anniversary of the Hiroshima bombing a Peace Memorial Meeting had been held in a park that the city planners had set aside, during the city's rebuilding, as a
40 center of remembrance, and on August 6, 1955, delegates from all over the world gathered there for the first World Conference against Atomic and Hydrogen
45 Bombs. On its second day, a number of hibakusha tearfully testified to the government's neglect of their plight. Japanese political parties took up the cause, and in
50 1957 the Diet at last passed the A-Bomb Victims Medical Care Law. This law and its subsequent modifications defined four classes of people who would be eligible
55 for support: those who had been in the city limits on the day of the bombing; those who had entered an area within two kilometres [126] of the hypocenter in the
60 first fourteen days after it; those who had come into physical contact with bomb victims, in administering first aid or in disposing of their bodies; and those who had
65 been embryos in the wombs of women in any of the first three categories. These hibakusha were entitled to receive so-called health books, which would entitle

doras se detenían, había un murmullo de risas y cotilleos al cual ella se sumaba. Parecía que en el fondo de su temperamento hubiera habido, a lo largo de todo este tiempo, un núcleo de alegría que actuara como el combustible de su larga lucha contra la lassitud de la bomba atómica; algo más cordial que la mera sumisión, más vivificante que decir «*Shikata ga-nai*». Las demás mujeres se encariñaron con ella; ella les hacía favores todo el tiempo. Comenzaron a llamarla Obasan, que aproximadamente significa «tía querida».

Trabajó trece años en Suyama. Aunque su energía todavía rendía cuentas de vez en cuando al síndrome de la bomba atómica, las traumáticas experiencias de ese día de 1945 parecían alejarse gradualmente en su memoria.

El episodio del «Dragón con suerte No. 5» ocurrió en 1954, un año después de que Nakamura-san comenzara a trabajar para Suyama. En medio de la fiebre de indignación que hubo a continuación en el país, la provisión de cuidados médicos adecuados para las víctimas de las bombas de Hiroshima y Nagasaki se volvió por fin cuestión política. Casi cada año desde 1946, en el día del aniversario del bombardeo de Hiroshima, un Encuentro Conmemorativo por la Paz había tenido lugar en un parque definido por los urbanistas durante la reconstrucción de la ciudad como [119] lugar de recuerdo; el 6 de agosto de 1955, fue allí donde se reunieron delegados de todo el mundo para la Primera Conferencia contra las Bombas Atómicas y de Hidrógeno. En el segundo día de la conferencia, un grupo de hibakushas dio testimonio, entre lágrimas, de la falta de atención por parte del gobierno hacia sus peticiones. Los partidos políticos japoneses asumieron la causa, y por fin, en 1957, el Diet promulgó la Ley de Cuidados Médicos para las Víctimas de la Bomba Atómica. Esta ley —y sus modificaciones subsiguientes— definió cuatro clases de personas que serían candidatas a ayudas: aquellos que estaban en los límites de la ciudad el día de la bomba; aquellos que entraron en un área de dos kilómetros de radio a partir del hipocentro en los catorce días siguientes al bombardeo; aquellos que entraron en contacto físico con las víctimas, ya fuera administrándoles primeros auxilios o cremando sus cuerpos; y aquellos que fueron embriones en el vientre de una mujer incluida en cualquiera de las tres categorías anteriores. Estos hibakushas tenían derecho a recibir los llamados libros de salud, los

them to free medical treatment. Later revisions of the law provided for monthly allowances to victims suffering from various af-
5 tereffects.

Like a great many hibakusha, Nakamura-san had kept away from all the agitation, and, in fact, also
10 like many other survivors, she did not even bother to get a health book for a couple of years after they were issued. She had been too poor to keep going to doctors, so
15 she had got into the habit of coping alone, as best she could, with whatever ailed her. Besides, she shared with some other survivors a suspicion of ulterior motives on
20 the part of the political-minded people who took part in the annual ceremonies and conferences.

Nakamura-sans son, Toshio, right
25 after his graduation from high school, went to work for the bus division of the Japanese National Railways. He was in the administrative offices, working first on time-
30 tables, later in accounting. When he was in his mid-twenties, a marriage was arranged for him, through a relative who knew the bride's family. He built an addition to the Dr.
35 Shum-o house, moved in, and began to contribute to his mother's support. He made her a present of a new sewing machine.

40 Yaeko, the older daughter, left Hiroshima when she [127] was fifteen, right after graduating from middle school, to help an ailing aunt who ran a *ryokan*, a
45 Japanese-style inn. There, in due course, she fell in love with a man who ate at the inn's restaurant, and she made a love marriage.

50 After graduating from high school, Myeko, the most susceptible of the three children to the A-bomb syndrome, eventually became an expert typist and took up instruct-
55 ing at typing schools. In time, a marriage was arranged for her.

Like their mother, all three children avoided prohibakusha and an-
60 tinuclear agitation.

IN 1966, Nakamura-san, having reached the age of fiftyfive, retired from Suyama Chemical. At the end,
65 she was being paid thirty thousand yen, or about eighty-five dollars, a month. Her children were no longer dependent on her, and Toshio was ready to take on a son's responsi-

cuales les daban, a su vez, derecho a tratamiento médico gratuito. Posteriores revisiones de la ley asignaron mensualidades a víctimas que sufrieran de ciertas secuelas.

Como muchos hibakushas, Nakamura-san se había mantenido lejos de la agitación, y, de hecho, como varios sobrevivientes, ni siquiera se molestó por conseguir un libro de salud hasta un par de años después de que éstos aparecieran. Siempre había sido demasiado pobre para frecuentar a un doctor, y se había acostumbrado a arreglárselas sola y como pudiera, fuera cual fuese su problema. Además compartía con otros sobrevivientes la sospecha de que había motivos ulteriores de parte de esa gente politizada que participaba en las ceremonias y conferencias anuales. [120]

Inmediatamente después de graduarse, Toshio, el hijo de Nakamura-san, fue a trabajar para la división de buses de los Ferrocarriles Nacionales japoneses. Trabajaba en las oficinas administrativas, primero en Horarios, luego en Contabilidad. Tenía unos veinticinco años cuando su matrimonio fue arreglado a través de un pariente que conocía a la familia de la novia. Construyó una ampliación para la casa Doctor Shum-o, se mudó y comenzó a contribuir a la manutención de su madre. Le dio una nueva máquina de coser como regalo.

Yaeko, la hija mayor, se fue de Hiroshima tan pronto como se hubo graduado de la escuela secundaria, a los quince años, para ayudara una tía enferma que administraba un *ryokan*, una hostería al estilo japonés. Allí se enamoró de un hombre que solía comer en el restaurante de la hostería, y celebró un matrimonio por amor.

Tras graduarse del bachillerato, Myeko, la más susceptible de los tres al síndrome de la bomba atómica, se volvió una mecanógrafa experta y tomó cursos en escuelas de mecanografía. Tiempo después, su matrimonio fue arreglado.

Igual que su madre, los tres hijos evitaron todo tipo de agitación prohibakusha o antinuclear.

En 1966, al cumplir cincuenta y cinco años, Nakamura-san se retiró de Suyama. Al final recibía un sueldo de treinta mil yenes al mes, cerca de ochenta y cinco dólares. Sus hijos ya no dependían de ella, y Toshio estaba preparado para asumir su responsabilidad de hijo frente a su madre.

bility for his aging mother. She felt at home in her body now; she rested when she needed to, and she had no worries about the cost of medical care, for she had finally picked up Health Book No. 1023993. It was time for her to enjoy life. For her pleasure in being able to give gifts, she took up embroidery and the dressing of traditional *kimekomi* dolls, which are supposed to bring good luck. Wearing a bright kimono, she went once a week to dance at the Study Group of Japanese Folk Music. In set movements, with expressive gestures, her hands now and then tucking up the long folds of the kimono sleeves, and with head held high, she danced, [128] moving as if floating, with thirty agreeable women to a song of celebration of entrance into a house:

25 May your family flourish For a thousand generations, For eight thousand generations.

About a year after Nakamura-san retired, she was invited by an organization called the Bereaved Families' Association to take a train trip with about a hundred other war widows to visit the Yasukuni Shrine, in Tokyo. This holy place, established in 1869, was dedicated to the spirits of all the Japanese who had died in wars against foreign powers, and could be thought roughly analogous, in terms of its symbolism for the nation, to the Arlington National Cemetery—with the difference that souls, not bodies, were hallowed there. The shrine was considered by many Japanese to be a focus of a still smoldering Japanese militarism, but Nakamura-san, who had never seen her husband's ashes and had held on to a belief that he would return to her someday, was oblivious of all that. She found the visit baffling. Besides the Hiroshima hundred, there were huge crowds of women from other cities on the shrine grounds. It was impossible for her to summon up a sense of her dead husband's presence, and she returned home in an uneasy state of mind.

JAPAN was booming. Things were still rather tight for the Nakamuras, and Toshio had to work very long hours, [129] but the old days of bitter struggle began to seem remote. In 1975, one of the laws providing support to

Ahora se sentía a gusto con su cuerpo; descansaba cuando lo necesitaba, y no tenía preocupaciones acerca del costo de los medicamentos, porque había acabado por recoger la libreta de salud número 1.023.993. Era tiempo [121] de disfrutar la vida. Por el placer de regalar, tomó cursos de bordado y de confección de vestidos para las tradicionales muñecas *kimekomi*, que según se dice dan buena suerte. Una vez a la semana, vestida con un kimono claro, iba a bailar al Grupo de Estudio de la Música Popular japonesa. Con gestos expresivos y en movimientos establecidos, con las manos escondidas en los largos pliegues de las mangas del kimono y la cabeza en alto, Nakamura-san bailaba, moviéndose como si flotara, junto a treinta agradables mujeres, mientras escuchaban una canción que celebraba la entrada a una casa:

Que florezca tu familia Por mil generaciones, Por ocho mil generaciones.

Cerca de un año después de que Nakamura-san se jubilara, una organización llamada Asociación de Familias Afligidas la invitó a hacer un viaje en tren con otras cien viudas de guerra para visitar el Templo Yasukuni, en Tokio. Este lugar sagrado, establecido en 1869, estaba dedicado a las almas de todos los japoneses que habían muerto en las guerras contra las potencias extranjeras, y podía considerarse análogo, en términos de simbolismo nacional, al Cementerio Nacional de Arlington —con la diferencia de que aquí se santificaban almas, no cuerpos—. El templo era considerado por muchos japoneses como foco de un militarismo japonés todavía vivo, pero Nakamura-san, que nunca había visto las cenizas de su esposo y se había aferrado a la creencia de que algún día lo vería regresar a su lado, hizo caso omiso de todo aquello. La visita le pareció desconcertante. Aparte de las cien mujeres de Hiroshima, había en los terrenos del templo [122] una multitud de mujeres de otras ciudades. A Nakamura-san le fue imposible sentirse en compañía de su marido muerto, y regresó a casa con la conciencia intranquila.

Eran momentos de auge para Japón. Los Nakamura todavía sufrían cierta estrechez, y Toshio debía trabajar largas horas, pero los días de luchas amargas comenzaban a parecer remotos. En 1975, una de las leyes que otorgaba apoyo económico

the hibakusha was revised, and Nakamura-san began to receive a so-called health-protection allowance of six thousand yen, then
 5 about twenty dollars, a month; this would gradually be increased to more than twice that amount. She also received a pension, toward which she had contributed at
 10 Suyama, of twenty thousand yen, or about sixty-five dollars, a month; and for several years she had been receiving a war widow's pension of another twenty thousand yen a month. With the economic upswing, prices had, of course, risen steeply (in a few years Tokyo would become the most expensive city in the world),
 20 but Toshio managed to buy a small Mitsubishi car, and occasionally he got up before dawn and rode a train for two hours to play golf with business associates. Yaeko's husband ran a shop for sales and service of air conditioners and heaters, and Myeko's husband ran a newsstand and candy shop near the railroad station.

30

In May each year, around the time of the Emperor's birthday, when the trees along broad Peace Boulevard were at their feathery
 35 best and banked azaleas were everywhere in bloom, Hiroshima celebrated a flower festival. Entertainment **booths** lined the boulevard, and there were long parades,
 40 with floats and bands and thousands of marchers. In the fortieth year after the bombing, Nakamura-san danced with the women of the folk-dance association, six dancers in each of sixty
 45 rows. They danced to *Oimai-Ondo*, a song of happiness, lifting their arms in gestures of joy and clapping in rhythms of threes: [130]

50

Green pine trees, cranes and
 turtles . . .
 You must tell a story of your
 hard times
 55 And laugh twice.

The bombing had been four decades ago. How far away it seemed!

60

The sun blazed that day. The measured steps and the constant lifting of the arms for hours at a time were tiring. In midafternoon,
 65 Nakamura-san suddenly felt woozy. The next thing she knew, she was being lifted, to her great embarrassment and in spite of begging to be let alone, into an ambulance. At the

70

a los hibakushas fue reformada, y Nakamura-san comenzó a recibir una mensualidad, llamada de protección sanitaria, de seis mil yenes, cerca de veinte dólares; gradualmente, esta suma se incrementaría hasta casi el doble. Nakamura-san recibía también una pensión, para la cual había cotizado en Suyama, de veinte mil yenes al mes, o sesenta y cinco dólares; y durante varios años había recibido una pensión mensual como viuda de guerra de veinte mil yenes más. Con la bonanza económica, por supuesto, los precios habían subido abruptamente (en algunos años Tokio se transformó en la ciudad más costosa del mundo), pero Toshio se las arregló para comprar un pequeño coche Mitsubishi, y de vez en cuando se levantaba al amanecer y viajaba dos horas en tren para jugar golf con sus socios. El marido de Yaeko tenía una tienda de venta y servicio de calefactores y aparatos de aire acondicionado, y el marido de Myeko tenía un puesto de dulces y revistas cerca de la estación de trenes.

En mayo de cada año, por la época del cumpleaños del emperador, cuando los árboles de la Avenida de la Paz estaban en su momento más frondoso y las azaleas florecían por todas partes, Hiroshima celebraba un festival de flores. Había **cabinas** de entretenimiento que flanqueaban el bulevar, y largos desfiles con carrozas, bandas y miles de participantes. Cuarenta años [123] después de la bomba, Nakamura-san bailó con las mujeres de la Asociación de Bailes Populares: había seis bailarinas en cada una de las seis filas. Bailaron *Oiwai-Ondo*, una canción de felicidad, levantando los brazos con gestos de alegría y aplaudiendo en ritmos de tres:

Pinos verdes, grullas y
 tortugas...
 Debéis contar la historia de vuestros
 tiempos difíciles
 Y reír dos veces.

El bombardeo había ocurrido cuatro décadas atrás. ¡Qué lejano parecía!

El sol brillaba ese día. Medir los pasos y levantar los brazos durante horas seguidas era agotador. A media tarde, Nakamura-san se sintió de repente atontada. Lo siguiente fue sentir que la levantaban y la metían en una ambulancia, para su gran vergüenza y a pesar de sus ruegos por que la dejaran quieta. En

hospital, she said she was fine; all she wanted was to go home. She was allowed to leave.

el hospital dijo que se encontraba bien; sólo quería volver a casa. Así que la dejaron irse.

5

rack 1 **a** a framework usu. with rails, bars, hooks, etc., for holding or storing things. **b** a frame for holding animal fodder. 2 a cogged or toothed bar or rail engaging with a wheel or pinion etc., or using pegs to adjust the position of something. 3 *hist.* an instrument of torture stretching the victim's joints by the turning of rollers to which the wrists and ankles were tied. 1 (of disease or pain) inflict suffering on. 2 *hist.* torture (a person) on the rack. 3 place in or on a rack. 4 shake violently. 5 injure by straining. 6 oppress (tenants) by exacting excessive rent. 7 exhaust (the land) by excessive use. **on the rack** in distress or under strain. **rack one's brains** make a great mental effort (*rack my brains for something to say*). **rack-railway** a railway with a cogged rail between the bearing rails. **rack-rent** *n.* 1 a high rent, annually equalling the full value of the property to which it relates. 2 an extortionate rent. — *v.tr.* exact this from (a tenant) or for (land). **rack-renter** a tenant paying or a landlord exacting an extortionate rent. **rack-up** *US* achieve (a score etc.). **rack-wheel** a cog-wheel.

2 DR. TERUFUMI SASAKI

Doctor Terufumi Sasaki

DR. TERUFUMI SASAKI Was still **racked** by memories of the appalling days and nights right after the explosion—memories it would be his lifework to distance himself from. Besides his duties as a junior surgeon at the Red Cross Hospital, he now had to spend every Thursday across the city at the University of Hiroshima, to chip away at his doctoral dissertation on appendicial tuberculosis. As 15
20
25
30
35
40
45
50
55
60
65
70
75
80
85
90
95
100
105
110
115
120
125
130
135
140
145
150
155
160
165
170
175
180
185
190
195
200
205
210
215
220
225
230
235
240
245
250
255
260
265
270
275
280
285
290
295
300
305
310
315
320
325
330
335
340
345
350
355
360
365
370
375
380
385
390
395
400
405
410
415
420
425
430
435
440
445
450
455
460
465
470
475
480
485
490
495
500
505
510
515
520
525
530
535
540
545
550
555
560
565
570
575
580
585
590
595
600
605
610
615
620
625
630
635
640
645
650
655
660
665
670
675
680
685
690
695
700
705
710
715
720
725
730
735
740
745
750
755
760
765
770
775
780
785
790
795
800
805
810
815
820
825
830
835
840
845
850
855
860
865
870
875
880
885
890
895
900
905
910
915
920
925
930
935
940
945
950
955
960
965
970
975
980
985
990
995

Al doctor Terufumi Sasaki todavía lo **atormentaban** recuerdos de los días y noches atroces que siguieron a la explosión: distanciarse de ellos sería la labor de su vida. Aparte de sus tareas como cirujano subalterno en el hospital de la Cruz Roja, ahora tenía que pasar todos los jueves, en la Universidad de Hiroshima, al otro lado de la ciudad, para ir trabajando poco a poco en su disertación doctoral sobre la tuberculosis del apéndice. Como era costumbre en Japón, le habían permitido comenzar prácticas tan [124] pronto como se graduara de la universidad. A la mayoría de los jóvenes internos, obtener realmente su diploma doctoral les tomaba cinco años de estudio adicional; por varias razones, al doctor Sasaki le tomaría diez.

He had been commuting during that year from the small town of Mukaihara, where his mother lived, about an hour by train from the city. His family had moneyand, indeed, over the years it turned out (as it did for a great many Japanese doctors) that the most efficacious medicine for whatever ailed him would be cash or credit, the larger the dosage the better. His grandfather had been a landlord and had accumulated wide mountain tracts of valuable woodland. His late father, a doctor, had earned good money in a private clinic. During the turbulent time of hunger and crime after the bombing, thieves had broken into two fortlike storage repositories next to his mother's house and taken many valued heirlooms, including a lacquer box given to the doctor's grandfather by the Emperor, an ancient case for writing brushes and ink blocks, and a classic painting of a tiger, alone worth ten million yen, or more than twenty-five thousand dollars.

Durante ese año, el doctor había estado viajando al trabajo desde el pequeño pueblo de Mukaihara, donde vivía su madre, a una hora en tren de la ciudad. Su familia era adinerada; de hecho, a través de los años resultó (y ocurrió igual para muchos médicos japoneses) que la medicina más eficaz para cualquier enfermedad era el dinero en efectivo o el crédito, y entre más grande fuera la dosis, mejor el resultado. Su abuelo había sido terrateniente y acumulado en las montañas amplias extensiones de tierra maderera muy valiosa. Su difunto padre, médico, había ganado buen dinero en una clínica privada. Durante los tiempos turbulentos de hambre y crimen que siguieron al bombardeo, unos ladrones habían conseguido entrar a dos depósitos tan sólidos como un fuerte que había junto a la casa de su madre, y se llevaron valiosas reliquias familiares, entre ellas una caja de laca que el padre había recibido del Emperador, un antiguo estuche para tinteros y pinceles de escritura, y una pintura clásica de un tigre que valía por sí sola diez millones de yenes, más de veinticinco mil dólares.

His marriage was working out well. He had been able to pick and choose. There had not been many such eligible young men as he in Mukaihara, and numerous marriage brokers had sounded him out. He had followed up some of

Su matrimonio funcionaba bien. Había tenido la oportunidad de escoger. No había en ese momento muchos solteros tan cotizados como él en Mukaihara; varios agentes matrimoniales lo habían tanteado, y él había seguido el rastro de algunos

these feelers. One father of an offered bride had received his agent and turned him down. Perhaps this was because Dr. Sasaki had a reputation of [132] having been a very bad boy, a "tomcat," some said, when he was young; and the father may have known about his illegal treatment of patients in Mukaihara in the evenings after his work at the Red Cross Hospital. But perhaps it was also because the father was overcautious. It was said of him that he not only followed the Japanese saying, "Check an old iron bridge well before crossing," he would not cross even after checking. Dr. Sasaki, never in his life having experienced such a rebuff, had decided that this was the girl for him, and with the help of two persistent go-betweens he had eventually won the wary parent over. Now, married only a few months, he was quickly learning that his wife was wiser and more sensible than he.

MUCH of Dr. Sasaki's work as a surgeon at the Red Cross Hospital in the next five years was in the removal of keloid scars—hideously ugly, thick, itchy, rubbery, copper-red crablike growths that often formed over bad burns that hibakusha had suffered, and particularly those victims who had been exposed to the great heat of the bomb within two kilometres of the hypocenter. In dealing with the keloids, Dr. Sasaki and his colleagues were groping in the dark, because they had no reliable literature to guide them. They found that after the bulbous scars had been removed they often recurred. Some, if they were left unattended, became infected, and others caused underlying muscles to tense up. He and his colleagues eventually came to the reluctant conclusion that they should not have operated on many of the keloids. [133] The scars tended in time to shrink spontaneously, and could then be more easily excised, or be left alone.

IN 1951, Dr. Sasaki decided to quit working for the hospital, with its awful memories, and to set himself up, as his father had done, in a private clinic in Mukaihara. He was ambitious. He had had an older brother, who, according to the custom of Japanese medical

tanteos. El padre de una de las novias ofrecidas había recibido al agente y lo había rechazado. Quizá debido a que el doctor Sasaki había tenido la reputación de haber sido en su juventud un chico malo, un «gato salvaje», según decían algunos; y el padre habría escuchado los rumores de que el doctor atendía ilegalmente [125] a pacientes de Mukaihara después de sus horas de trabajo en el hospital de la Cruz Roja. Pero también era posible que el padre fuera demasiado cuidadoso. De él se decía que no sólo seguía el refrán japonés «Revisa un puente viejo antes de cruzarlo», sino que tampoco cruzaba después de revisarlo. El doctor Sasaki no había experimentado nunca un rechazo semejante, y decidió entonces que ésta era la chica para él, y, con la ayuda de dos persistentes intermediarios, eventualmente ganó la confianza del cauteloso padre. Ahora, tras pocos meses de casado, se daba cuenta de que su esposa era más sabia y más sensata que él mismo.

Gran parte del trabajo que tuvo el doctor Sasaki en el hospital de la Cruz Roja a través de los cinco años siguientes consistió en eliminar las cicatrices queloides, tumores que causaban comezón, horribles, gruesos y gomosos, parecidos al caparazón de un cangrejo, que se formaban a menudo sobre las quemaduras graves que sufrían los hibakushas, y particularmente quienes habían estado expuestos al calor de la bomba a menos de dos kilómetros del hipocentro. En la lucha con los queloides, el doctor Sasaki y sus colegas andaban un poco a ciegas, porque carecían de cualquier tipo de literatura confiable para usar como guía. Encontraron que a menudo las cicatrices bulbosas se reproducían después de haber sido eliminadas. Si no se las trataba, algunas podían infectarse; otras hacían que los músculos subyacentes se tensaran. Eventualmente, el doctor Sasaki y sus colegas llegaron a la reticente conclusión de que en muchos de los casos no hubieran debido operar. Con el tiempo las cicatrices tendían a encogerse espontáneamente, y entonces podían ser extirpadas con más facilidad o dejarse de lado. [126]

En 1951 el doctor Sasaki decidió renunciar a aquel hospital de malos recuerdos, y establecerse en una clínica privada en Mukaihara como lo había hecho su padre. Era un hombre ambicioso. Había tenido un hermano mayor del cual se esperaba que, según la costumbre de las fa-

families, had been expected to succeed to the father's practice; the second son would have to make his own way, and in 1939, urged by the
 5 propaganda of the time to seek a fortune in the vast undeveloped reaches of China, Terufumi Sasaki had gone there and had studied at the Japanese Eastern Medical Uni-
 10 versity, in Tsingtao. He had graduated and returned to Hiroshima shortly before the bombing. His brother had been killed in the war, so the way was clear for him—not
 15 only to start a practice in his father's town but also to withdraw from Hiroshima and, in effect, from being a hibakusha. For the next four decades, he also never
 20 spoke to anyone about the hours and days after the bombing.

His grandfather having deposited large sums in the Bank of
 25 Hiroshima, Dr. Sasaki went to it confidently expecting a big loan to help him get started. But the bank said that a clinic in such a small town could easily fail, and it put a
 30 cap on his credit of three hundred thousand yen, then less than a thousand dollars. So Dr. Sasaki started treating patients in his wife's parents' house. He per-
 35 formed simple surgery—on appendixes, gastric ulcers, compound fractures—but he also rather daringly [134] practiced every other
 40 sort of medicine, too, except gynecology and obstetrics. He did surprisingly well. Before long, he was getting nearly a hundred patients a day. Some came to him
 45 from considerable distances. The bank noticed, and his limit of credit rose to a million yen.

In 1954, he put up a proper clinic building within the compound of his
 50 wife's family; it was a two-story structure with nineteen beds for in-patients and a total floor space of two hundred and eighty mats. He financed the building with a loan of
 55 three hundred thousand yen from the bank and by selling timber from the lands he had inherited from his grandfather. In the new clinic, with a staff of five nurses and three
 60 on-the-job trainees, and working himself without pause six days a week from eight-thirty in the morning till six in the evening, he continued to prosper.

65 LONG before this, doctors in Hiroshima had begun to find that there were much more serious consequences of exposure to the

milias de médicos en Japón, sucediera a su padre en la práctica; el segundo hijo tenía que abrirse su propio camino, y en 1939, llevado por
 la propaganda de la época a buscar fortuna en las zonas más vastas y atrasadas de China, Terufumi Sasaki había viajado y estudiado en la Uni-
 versidad japonesa Oriental de Medicina, en Tsingtao. Se graduó y regresó a Hiroshima poco antes de la bomba. Su hermano había muerto en la guerra, así que el camino estaba libre: no sólo para que el doctor
 Sasaki pusiera una práctica en la ciudad de su padre, sino para retirarse de Hiroshima y dejar de ser un hibakusha. Durante cuatro décadas no le habló a nadie acerca de las
 horas y los días que siguieron al bombardeo.

Su abuelo había depositado grandes sumas de dinero en el Banco de Hiroshima. El doctor Sasaki fue al banco con la seguridad de que le darían un buen préstamo para ayudarlo a
 empezar. Pero el banco dijo que una clínica en una ciudad tan pequeña podía fácilmente fracasar, y le dio un crédito máximo de trescientos mil yenes, menos de mil dólares de la época. Así
 que el doctor Sasaki comenzó a atender pacientes en casa de los padres de su esposa. Realizaba cirugías sencillas—apéndices, úlceras gástricas, fracturas múltiples—pero también practica-
 ba, de forma algo arriesgada, cualquier otro tipo de medicina, excepto ginecología y obstetricia. Le fue sorprendentemente bien. Poco después venían a verlo casi cien pacientes por
 día. Algunos venían de muy lejos. El banco se percató de ello, y el límite del crédito se elevó a un millón de yenes.

En 1954, el doctor Sasaki construyó una clínica adecuada en el terreno de la familia de su esposa; era una estructura de dos [127] pisos con diecinueve camas para pacientes internos y una superficie total de doscientos ochenta
 esteras. Financió el edificio mediante un préstamo de trescientos mil yenes de parte del banco y mediante la venta de madera de las tierras heredadas de su abuelo. En la nueva clínica, con la ayuda de un equipo de cinco enfermeras y tres aprendices de prácticas,
 y trabajando sin descanso seis días a la semana de ocho y media de la mañana a seis de la tarde, el doctor Sasaki siguió prosperando.

Mucho antes de esto, los médicos de Hiroshima habían comenzado a percatarse de que el contacto con la bomba tenía conse-

bomb than the traumatic wounds and keloid scars that had been so dramatically visible in the early days. The violent symptoms of primary radiation sickness wore off in time in most patients, but it soon became clear that hibakusha were liable to deeper and far more dangerous sequels from the enormous doses of radiation dealt them by the bomb. Above all, it was evident by 1950 that the incidence of leukemia in hibakusha was much higher than normal; among those who had been exposed within one kilometre of the hypocenter, the incidence was reported to be between ten [135] and fifty times above the norm. Over the years, the appearance of "purple spots," tiny surface hemorrhages symptomatic of leukemia, came to be dreaded by hibakusha. And, later on, other forms of cancer besides leukemia, with longer periods of latency, were showing up at higher than normal rates: carcinomas of the thyroid, the lungs, the breast, the salivary glands, the stomach, the liver, the urinary tract, and the male and female reproductive organs. Some survivors—even children—were developing what were called A-bomb cataracts. Some exposed children were growing up stunted, and one of the most shocking findings was that some children who had been in their mothers' womb at the time of the bombing were born with heads smaller than normal. Because it was known that radiation affected the genes of laboratory animals, a fear spread among many hibakusha that future descendants of the survivors might be subject to mutations. (It was the late sixties before analyses indeed showed some chromosome aberrations in Hiroshima and Nagasaki survivors, and it would, of course, take much longer to tell what, if any, effects there would be on their progeny.) There were several ailments, less life-threatening than the cancers, that were thought by many doctors—and by most of the people who were subject to them—to have resulted from exposure to the bomb: several sorts of anemia, liver dysfunction, sexual problem, endocrine disorders, accelerated aging, and the not-quite-really-sick yet undeniable debilitation of which so

cuencias mucho más serias que las heridas traumáticas y las cicatrices queloides tan dramáticamente visibles en los primeros días. Para muchos pacientes, los violentos síntomas de la radiotoxemia primaria cesaban con el tiempo, pero pronto fue claro que los hibakushas eran susceptibles a secuelas mucho más peligrosas por las enormes dosis de radiación recibidas de la bomba. Sobre todo fue evidente, hacia 1950, que la incidencia de leucemia en los hibakushas era mucho más alta de lo normal; entre quienes habían estado expuestos a la bomba a menos de un kilómetro del hipocentro, se reportó que la incidencia era entre diez y cincuenta veces superior a la norma. A través de los años, los hibakushas empezaron a temer la aparición de «puntos violetas», diminutas hemorragias superficiales sintomáticas de leucemia. Y después otras formas de cáncer, distintas de la leucemia y con períodos de latencia más largos, empezaron a revelarse a una velocidad mayor que la normal: carcinomas de la tiroides, los pulmones, los senos, las glándulas salivares, el estómago, el hígado, el tracto urinario y los órganos reproductivos, tanto del hombre como de la mujer. Algunos sobrevivientes —niños incluidos— [128] desarrollaban lo que se llamó cataratas de la bomba atómica. Algunos niños afectados por la bomba crecían raquíticos, y uno de los descubrimientos más terribles fue que algunos de los niños que habían estado en el vientre de sus madres al momento de la bomba nacían con cabezas más pequeñas de lo normal. Puesto que se sabía que la radiación afectaba los genes de animales de laboratorio, se esparció entre los hibakushas el temor de que descendientes futuros de los sobrevivientes pudieran ser objeto de mutaciones. (Fue preciso esperar hasta finales de los años sesenta para que los análisis demostraran aberraciones del cromosoma de los sobrevivientes de Hiroshima y Nagasaki, y sería preciso esperar aún más para saber qué efectos, si los hubiera, sufriría su progenie.) Hubo varias enfermedades —menos mortales que los cánceres— que según muchos doctores eran el resultado del contacto con la bomba: varios tipos de anemia, mal funcionamiento del hígado, problemas sexuales, desórdenes endocrinológicos, envejecimiento acelerado y la innegable debilidad acompañada del *no-estar-precisamente-enfermo* de la cual

many complained.

Dr. Sasaki, who had himself suffered nothing but this [136] last, 5 paid little or no attention to any of these revelations. He did not follow them closely in the medical journals. In his town in the hills, he treated few hibakusha. He lived 10 enclosed in the present tense.

IN 1963, wanting to get caught up on the latest developments in anaesthesia, Dr. Sasaki went to the 15 Yokohama Red Cross Hospital to learn about them from its director general, Dr. Tatsutaro Hattori. As chief of surgery at the Hiroshima hospital, Dr. Hattori had been Dr. 20 Sasaki's boss there; he had come down with radiation sickness after the bombing and had moved to Yokohama. Dr. Hattori suggested that Dr. Sasaki might as well have 25 a thorough physical examination, taking advantage of the hospital's up-to-the-minute equipment, while he was there, and Dr. Sasaki agreed. A tomographic scan of his 30 chest showed up a shadow in the left lung. Dr. Sasaki smoked. Without going into what had been learned about the incidence of lung cancer in hibakusha, perhaps sup- 35 posing that Dr. Sasaki would know all about such things, Dr. Hattori recommended a biopsy. It was done, and when Dr. Sasaki came out of the anaesthetic he found that 40 his entire left lung had been removed.

A few hours after the operation, a ligature of one of the blood ves- 45 sels into the lung cavity gave way, and Dr. Sasaki suffered severe hemorrhaging for nearly a week. One day toward the end of that time, as he continued to cough up 50 blood and grew worrisomely feeble, there gathered around him what he **construed** as a death [137] watch: his wife, Dr. Hattori, the hospital matron, several nurses. 55 He thanked them, said goodbye to his wife, and died.

Or, rather, he thought he died. Some time later, he regained con- 60 sciousness and found himself on the mend.

IN later years, Dr. Sasaki came to think of that experience as the 65 most important of his life—more important than the bombing. Haunted by the loneliness he had felt when he thought he was dying, he now did his best to move closer

muchos se quejaban.

El doctor Sasaki, que salvo esta última debilidad no había sufrido problema alguno, se ocupó poco o nada de aquellas revelaciones. No les seguía la pista en los periódicos médicos. En su pueblo de las montañas, trató a muy pocos hibakushas. Vivía encerrado en el presente del indicativo.

En 1963, con la intención de enterarse de los últimos desarrollos en el campo de la anestesia, el doctor Sasaki fue al hospital de la Cruz Roja de Yokohama para aprender de su director general, el doctor Tatsutaro Hattori. En tanto que jefe de cirugía del hospital de Hiroshima, el doctor Hattori había sido superior del [129] doctor Sasaki, había enfermado de radiotoxemia después de la bomba y se había mudado a Yokohama. El doctor Hattori sugirió que, ya que se encontraba allí, el doctor Sasaki se sometiera a un examen médico riguroso, aprovechando el avanzado equipo médico del hospital. El doctor Sasaki estuvo de acuerdo. Una tomografía de su pecho reveló una sombra en el pulmón izquierdo. El doctor Sasaki era fumador. Sin entrar en los descubrimientos acerca de la incidencia de cáncer de pulmón en los hibakushas (suponiendo quizá que el doctor Sasaki lo sabía todo al respecto), el doctor Hattori recomendó una biopsia. Se llevó a cabo, y cuando el doctor Sasaki salió de la anestesia vio que su pulmón izquierdo había sido extirpado entero.

Pocas horas después de la operación, la ligadura de uno de los vasos sanguíneos en la cavidad pulmonar reventó, y el doctor Sasaki sufrió hemorragias severas durante casi una semana. Hacia el final de ese tiempo, puesto que continuaba tosiendo sangre y debilitándose de forma preocupante, se reunió a su alrededor lo que al doctor le parecía ser un cortejo de muerte: su esposa, el doctor Hattori, la matrona del hospital y varias enfermeras. Les agradeció, le dijo adiós a su esposa, y murió.

O, mejor, pensó que moría. Poco tiempo después, recuperó la conciencia y se encontró mejorando poco a poco.

Años después, el doctor Sasaki concluyó que aquella era la experiencia más importante de su vida —más importante que el bombardeo—. Obsesionado por la soledad que había sentido cuando creyó que moría, ahora se esforzaba tanto como fuera po-

construe *v.tr.* 1 interpret (words or actions) (*their decision can be construed in many ways*). 2 (often foll. by *with*) combine (words) grammatically (*'rely' is construed with 'on'*). 3 analyse the syntax of (a sentence). 4 translate word for word. interpretar, inferir, traducir

to his wife and his children—two sons and two daughters. An aunt startled him one day by saying, “You are lucky, Terufumi. After
5 all, *i wa jinjutsu*—medicine is the art of compassion.” He had never thought about the meaning of this saying, which is held up before all young Japanese training to be doc-
10 tors. He determined thenceforth to be calm and composed, and not to leave undone anything he could do for a patient. He would try to be kind to people he detested. He
15 would give up hunting and mah-jongg. His wife said, “You’ve reached maturity in your forties. I grew up when I was in my twenties.”

20

He did not give up cigarettes.

IN 1972, Dr. Sasaki’s wife died of breast cancer—the third crisis
25 of his life. He achieved now another sort of loneliness connected with death, this one nontransient and intense. He threw himself more tirelessly than ever into his
30 work.

His wife’s death and his own near-death, together with [138] his realization that he was no longer
35 young, started him thinking about the elderly, and he decided to build a much larger new clinic, where he would practice geriatric medicine. This branch of the com-
40 passionate art was attracting some of the ablest Japanese doctors, and it also happened to be growing extremely lucrative. As he put it to friends, who laughed at what they
45 considered his overreaching, everyone after sixty had aches and pains, everyone as old as that needed massage, heat therapy, acupuncture, moxa, and comfort
50 from a friendly physician—they would come in flocks.

By 1977, Dr. Sasaki’s credit with the Bank of Hiroshima had
55 soared, and it granted him a loan of nineteen million yen, or about eighty thousand dollars. With this money he put up, on land on the edge of town, an im-
60 posing four-story concrete building, with nineteen beds for in-patients and with extensive facilities for rehabilitation, and also with a splendid apartment
65 for himself. He took on a staff of three acupuncturists, three therapists, eight nurses, and fifteen paramedics and maintenance people. His two sons,

70

sible para acercarse a su esposa y a sus hijos —dos varones y dos mujeres—. Una tía lo asustó un día diciéndole: «Tienes suerte, Terufumi. Después de todo, *i wa jinjutsu*: la medicina es el arte de la [130] compasión». No había meditado nunca acerca del significado de este refrán, transmitido a los jóvenes japoneses que se preparan para ser médicos. El doctor tomó entonces la decisión de guardar la calma y la compostura, y nunca dejar de hacer todo lo posible por un paciente. Trataría de ser amable con gente a la cual detestaba. Abandonaría la cacería y el mah jongg. Su esposa le decía: «Has llegado a la madurez a los cuarenta. Yo crecí a los veinte años».

El doctor Sasaki no dejó el cigarrillo.

En 1972, la mujer del doctor Sasaki murió de cáncer de seno: fue la tercera crisis de su vida. Descubrió entonces un nuevo tipo de soledad relacionado con la muerte, permanente e intenso. Se consagró a su trabajo con más energía que nunca.

La muerte de su esposa y su propia agonía, junto a la revelación de que ya no era joven, lo hicieron comenzar a preocuparse por los ancianos, y decidió construir una clínica mucho más grande en la cual practicaría medicina geriátrica. Esta rama del arte de la compasión atraía a algunos de los más hábiles doctores japoneses, y daba la casualidad de que estaba volviéndose extremadamente lucrativa. Como se lo explicó a algunos amigos, que se rieron ante lo que consideraron ambición excesiva, todo el mundo tenía dolores y achaques después de los sesenta, todo el mundo a esa edad necesitaba masajes, terapia de calor, acupuntura, moxa y el apoyo de un médico amigable. Vendrían en bandadas.

Para 1977, el crédito del doctor Sasaki frente al Banco de Hiroshima se había disparado: el último préstamo había sido de diecinueve millones de yenes, o cerca de ochenta mil dólares. Con este dinero construyó, sobre terrenos de las afueras, un imponente edificio de concreto de cuatro pisos, con diecinueve camas [131] para pacientes internos y amplios servicios de rehabilitación, y también con un espléndido apartamento para él mismo. Contrató a un equipo de tres acupunturistas, tres terapeutas, ocho enfermeras y quince paramédicos, además de personal de mantenimiento. Sus dos hijos, Yoshihisa y Ryuji, que

Yoshihisa and Ryuji, by now both doctors, came to help out in specially busy periods.

para este momento ya eran médicos, venían a ayudarlo en épocas especialmente concurridas.

5 He was right about the flocks. Again he worked from eight-thirty to six, six days a week, and he saw an average of two hundred and fifty patients a day. Some came to
10 him from cities as far away as Kure, Ondo, and Akitsu, on the coast, and others from villages all over the prefecture. Taking advantage of huge tax deductions
15 that Japanese doctors could claim, he saved large sums, and [139] as he returned money on his bank loans the bank kept raising his line of credit. He got the idea of
20 building an old-people's home, which would cost two hundred million yen. It would be necessary to get approval for this project from the Takata County Medical
25 Association. He submitted plans. He was turned down. Soon afterward, a leading member of the association built in the city of Yoshida just such a home as Dr.
30 Sasaki had proposed.

Tenía razón acerca de las bandadas. De nuevo se encontró trabajando de ocho a seis, seis días a la semana, y recibía un promedio de doscientos cincuenta pacientes al día. Algunos venían de ciudades tan alejadas como Kure, Ondo y Akitsu, sobre la costa, y otros de pueblos de toda la prefectura. Aprovechando las gigantescas deducciones fiscales que podían reclamar los doctores japoneses, ahorró grandes sumas de dinero, y a medida que devolvía los préstamos el banco levantaba aún más el límite de su crédito. Tuvo la idea de construir un hogar de ancianos que costaría dos millones de yenes. Sería necesario obtener la aprobación de la Asociación Médica del Condado de Takata. Presentó los planes. Fue rechazado. Poco después, un importante miembro de la asociación construyó, en la ciudad de Yoshida, un hogar exactamente como el propuesto por el doctor Sasaki.

not discouraged or intimidated, intrepid, persevering

Undaunted, Dr. Sasaki, aware that the three foremost pleasures of his elderly patients were family visits,
35 good food, and a relaxed bath time, used the bank's loans to build, on the site of his former clinic, a luxurious
40 bathhouse. This was ostensibly for patients, but he opened it to the townspeople as well, charging more for admission than the usual
45 public bathhouse did; its tubs, after all, were of marble. He spent half a million (deductible) yen a month on its upkeep.

Impertérrito, consciente de que para sus pacientes ancianos los tres placeres principales eran las visitas familiares, la buena comida y los turnos generosos en el baño, el doctor Sasaki utilizó los préstamos del banco para construir, en el lugar de su antigua clínica, una lujosa casa de baños, aparentemente para uso de los pacientes, pero abierta también a los habitantes del pueblo, a quienes se cobraba más del costo habitual de una casa de baños pública; sus albercas, después de todo, eran de mármol. El doctor Sasaki gastaba medio millón de yenes al mes (deducibles) en el mantenimiento del lugar. [132]

50 Every morning, Dr. Sasaki met with the entire staff of the clinic. He had a favorite lecture: Do not work primarily for money; do
55 your duty to patients first and let the money follow; our life is short, we don't live twice; the whirlwind will pick up the leaves and spin them, but then it will
60 drop them and they will form a pile.

Cada mañana, el doctor se reunía con el personal entero de la clínica. Tenía un sermón favorito: no trabajes principalmente por dinero; primero cumple tu deber con los pacientes, y deja que el dinero venga después; la vida es corta, no se vive dos veces; el torbellino alza las hojas y las hace girar, pero luego las deja caer, y las hojas se apilan unas sobre otras.

Dr. Sasaki's own pile grew and grew. His life was insured for a
65 hundred million yen; he was insured against malpractice for three hundred million yen. He drove a white BMW. Rare vases stood on chests in his living room. In spite

La pila del doctor Sasaki crecía y crecía. Su vida estaba asegurada en cien millones de yenes; tenía un seguro contra negligencia profesional por trescientos millones. Conducía un BMW blanco. Sobre los cofres de su salón había jarrones extraordinarios.

of the enormous tax deductions allowed Japanese doctors, he had come to be the payer of the highest income tax in Takata County (population thirty [140] seven thousand), and his tax was among the ten highest in all of Hiroshima Prefecture (twelve cities and sixtyeight towns in fifteen counties; population two million seven hundred thousand).

He had a new idea. He would drill down next to the clinic for subterranean hot water, to fill hot-springs baths. He hired the Tokyo Geological Engineering Company to do a survey, and it assured him that if he drilled down eight hundred metres he would get from sixty to a hundred litres of water a minute, at between 79 and 86 degrees Fahrenheit. He had visions of a hot-springs spa; he calculated that he could supply water for hot baths in three hotels. He started digging in June 1985

DR. SASAKI began to be considered a bit strange by Hiroshima doctors. He was not attracted, as they were, to the exclusive high society of the medical associations. Instead, he went in for such things as sponsoring a Mukaihara contest in gateball, a primitive variant of croquet; he often wore a necktie—which cost him five thousand yen, or twenty dollars—with *Gate Ball* embroidered across it in English script. His principal pleasure, apart from his work, was to take an occasional trip to Hiroshima to eat Chinese food in the basement of the Grand Hotel, lighting up, at the end of the meal, a cigarette of the brand Mild Seven, which had printed on its packet, besides its name in English, this courteous Japanese admonition: “Let’s be careful not to smoke too much, for the sake of our health.”

55

He could face Hiroshima now, because a **gaudy** phoenix [141] had risen from the ruinous desert of 1945: a remarkably beautiful city of more than a million inhabitants—only one in ten of whom was a hibakusha—with tall modern buildings on broad, tree-lined avenues crowded with Japanese cars, all of which had English lettering on them and appeared to be brand-new; a city of strivers and sybarites, with seven hundred and fiftythree bookstores and two

70

A pesar de las enormes deducciones fiscales otorgadas a los doctores japoneses, el doctor había llegado a pagar el impuesto a la renta más alto del condado de Takata (de treinta y siete mil habitantes), y sus impuestos estaban entre los más elevados de toda la prefectura de Hiroshima (doce ciudades y sesenta y ocho pueblos en quince condados; dos millones setecientos mil habitantes).

Tuvo una nueva idea. Perforaría el terreno junto a la clínica en busca de agua caliente para llenar aguas termales. Contrató a la Compañía de Ingeniería Geológica de Tokio para realizar un estudio, y le aseguraron que si perforaba a una profundidad de ochocientos metros, obtendría de sesenta a cien litros de agua por minuto, a una temperatura entre 26 y 80 grados. Tuvo visiones de balnearios de aguas termales; calculó que podría suministrar agua para las termales de tres hoteles. Comenzó en junio de 1985

El doctor Sasaki empezó a ser considerado raro por los doctores de Hiroshima. A diferencia de ellos, no se sentía atraído por la exclusiva sociedad de las asociaciones médicas. En cambio le gustaban cosas como patrocinar un concurso de *gateball*, una variante primitiva del croquet; con frecuencia llevaba una corbata [133]—que le había costado cinco mil yenes, o veinte dólares— con la palabra *Gateball* bordada sobre ella en caracteres ingleses. Su principal satisfacción, aparte de su trabajo, era hacer un viaje ocasional a Hiroshima para comer comida china en el sótano del Gran Hotel, y encender, al final de la comida, un cigarro de la marca Mild Seven, en cuyo paquete, junto al nombre en inglés, se leía esa amable admonición japonesa: «Cuidemos de no fumar demasiado, por el bien de nuestra salud».

Ahora podía enfrentarse a Hiroshima, porque un fénix **chabacano** se había levantado del ruinoso desierto de 1945: una ciudad sorprendentemente bella de más de un millón de habitantes—de los cuales sólo uno de cada diez era hibakusha— con edificios altos y modernos sobre avenidas anchas, flanqueadas por árboles y repletas de coches japoneses que parecían nuevos y llevaban letras inglesas; una ciudad de sibaritas y gente esforzada, con setecientos cincuenta y tres librerías y dos mil trescientos cincuenta y

shamble *v.intr.* walk or run with a shuffling or awkward gait. andar arrastando los pies *n.* a shuffling gait.
shambles matanza, carnicería, caos, confusión, ruina, follón
in shambles haciéndose añicos

arrastrados, empujados, forzados, obligados

thousand three hundred and fifty-six bars. If past memories did stir up in him, Dr. Sasaki had come to be able to live with his one bitter regret: that in the **shambles** of the Red Cross Hospital in those first days after the bombing it had not been possible, beyond a certain point, to keep track of the identities of those whose corpses were **dragged out** to the mass cremations, with the result that nameless souls might still, all these years later, be hovering there, unattended and dissatisfied.

seis bares. Aunque las memorias del pasado regresaban de vez en cuando, el doctor Sasaki había llegado a ser capaz de vivir con un amargo arrepentimiento: que durante los primeros días después de la bomba no hubiera sido posible, más allá de cierto punto, establecer, entre los **destrozados** del hospital de la Cruz Roja, la identidad de aquellos cuyos cuerpos fueron **llevados** a cremaciones masivas, con el resultado de que almas anónimas podrían estar aún flotando por ahí, después de todos estos años, desatendidas e insatisfechas.

3 FATHER WILHELM KLEINSORGE

Padre Wilhelm Kleinsorge

BACK IN THE HOSPITAL In Tokyo for the second time, Father Kleinsorge was suffering from fever, diarrhea, wounds that would not heal, wildly fluctuating blood counts, and utter exhaustion. For the rest of his life, his was to be a classic case history of that vague, borderline form of A-bomb sickness in which a person's body developed [142] a rich repertory of symptoms, few of which could be positively attributed to radiation, but many of which turned up in hibakusha, in various combinations and degrees, so often as to be blamed by some doctors and almost all patients on the bomb.

De vuelta por segunda vez al hospital de Tokio, el padre Wilhelm Kleinsorge sufría fiebres y diarrea, heridas que no sanaban, recuentos [134] sanguíneos terriblemente fluctuantes y agotamiento absoluto. Durante el resto de su vida el padre sería el caso clásico de esa forma vaga y fronteriza de radiotoxemia en la cual el cuerpo de la persona desarrollaba un amplio repertorio de síntomas, pocos de los cuales podían ser atribuidos a la radiación, pero muchos de los cuales aparecían en los hibakushas, en combinaciones y grados diversos, con tanta frecuencia como para que algunos de los doctores y todos los pacientes culparan a la bomba.

Father Kleinsorge lived this life of misery with the most extraordinarily selfless spirit. After his discharge from the hospital, he returned to the tiny Noborimachi chapel he had helped build, and there he continued his self-abnegating pastoral life.

El padre Kleinsorge vivió esta vida miserable con un ánimo extraordinariamente desinteresado. Tras darse de alta en el hospital, regresó a la diminuta capilla de Noborimachi, la misma que había ayudado a construir, y allí continuó con su abnegada vida de pastor.

In 1948, he was named priest of the much grander Misasa church, in another part of town. There were not yet many tall buildings in the city, and neighbors called the big church the Misasa Palace. A convent of Helpers of Holy Souls was attached to the church, and besides his priestly duties of conducting Mass, hearing confessions, and teaching Bible classes he ran eight-day retreats for novices and Sisters of the convent, during which the women, given Communion and instructed by him from day to day, would maintain silence. He still visited Sasakisan and other hibakusha who were sick and wounded, and he would even babysit for young

En 1948 fue nombrado sacerdote de la iglesia Misasa, una iglesia mucho más grande de otra parte de la ciudad. No había aún demasiados edificios altos, y la iglesia era conocida por los vecinos como el Palacio Misasa. Un convento de Ayudantes de Santas Almas existía adjunto a la iglesia, y aparte de su tarea sacerdotal de dar la misa, escuchar las confesiones y enseñar la Biblia, el padre organizaba retiros de ochenta días para novicias y hermanas del convento durante los cuales las mujeres recibían del padre la comunión y las instrucciones para el día a día, y guardaban silencio. El padre Kleinsorge visitaba todavía a Sasakisan y a otros hibakushas que se encontraban heridos o enfermos, e incluso hacía de niño para madres

mothers. He often went to the sanatorium at Saijyo, an hour by train from the city, to comfort tubercular patients.

5 Father Kleinsorge was briefly hospitalized in Tokyo twice more. His German Jesuit colleagues were of the opinion that in all his
10 work he was a little too much concerned for others, and not enough for himself. Beyond his own stubborn sense of mission, he had taken [143] on himself the Japanese spirit of *enryo*—setting the self apart, putting the wishes of others first. They thought he might literally kill himself with kindness to others; he was too
15 *rücksichtsvoll*, they said—too regardful. When gifts of delicacies came from relatives in Germany, he gave them all away. When he got penicillin from an Occupation
20 doctor, he gave it to parishioners who were not as sick as he. (Among his many other complaints, he had syphilis, which he had apparently caught from transfusions in one of his hospital
25 stays; it was cured eventually.) He gave lessons on the catechism when he had a high fever. After he came back from a long hike of
30 pastoral calls, the Misasa housekeeper would see him collapse on the steps of his rectory, head down—a figure, it seemed, of utter defeat. The next day, he would
35 be out in the streets again.

Gradually, over years of this unremitting labor, he gathered his modest harvest: some four hundred
45 baptisms, some forty marriages.

FATHER KLEINSORGE loved the Japanese and their ways. One of his German colleagues, Father
50 Berzikofer, jokingly said that Father Kleinsorge was married to Japan. Shortly after he moved to the Misasa church, he read that a new law on naturalization had been
55 passed by the Diet, with these requirements: that one live in Japan for at least five years, be over twenty years old and mentally sound, be of good character, be
60 able to support oneself, and be able to accept single nationality. He hastened to [144] submit proofs that he met all these, and after some months of review he was ac-
65 cepted. He registered himself as a Japanese citizen under the name he would henceforth bear: Father Makoto Takakura.

jóvenes. Iba con frecuencia al sanatorio de Saijyo, a una hora en tren de la ciudad, para consolar a pacientes tuberculosos.

El padre Kleinsorge fue hospitalizado brevemente dos veces más, en Tokio. Sus colegas jesuitas alemanes opinaban que en su trabajo se preocupaba demasiado por los demás y no lo suficiente por sí mismo. Más allá de su obstinado sentido de la misión, [135] había adoptado para sí mismo el espíritu japonés de *enryo*: apartarse a sí mismo, poner a los demás en primer lugar. Sus colegas pensaban que literalmente se mataría de piedad por los demás; decían que era demasiado *rücksichtsvoll*: demasiado atento. Cuando le llegaban de Alemania comidas finas como obsequio, las regalaba todas. Cuando consiguió que un doctor de la Ocupación le diera penicilina, se la dio a parroquianos que se encontraban tan enfermos como él. (Entre sus muchos achaques, el padre tenía sífilis; aparentemente se la habían contagiado en una transfusión, durante alguna de sus hospitalizaciones; acabó por curarse.) Enseñaba el catecismo aunque tuviera una fiebre alta. Tras regresar de una larga excursión de visitas sacerdotales, el ama de llaves de Misasa solía verlo derrumbarse, cabizbajo, en las escaleras de la rectoría, como una figura de extrema derrota. Y al día siguiente estaba de vuelta en la calle.

Poco a poco, a través de años de trabajo sin descanso, recogió su modesta cosecha: unos cuatrocientos bautismos, unos cuarenta matrimonios.

El padre Kleinsorge amaba a los japoneses y sus costumbres. Uno de sus colegas alemanes, el padre Berzikofer, decía en broma que el padre Kleinsorge estaba casado con Japón. Poco después de mudarse a la iglesia de Misasa, el padre leyó que una nueva ley de naturalización había sido promulgada por el Diet con estos requisitos: que uno hubiera vivido cinco años en Japón, fuera mayor de veinte años y mentalmente sano, de buen carácter, capaz de la propia manutención y capaz de aceptar una única nacionalidad. Se dio prisa en presentar pruebas de que cumplía con todo ello, y después de algunos meses de consideración, fue aceptado. Se registró como ciudadano japonés bajo [136] el nombre de llevaría de ese momento en adelante: padre Makoto Takakura.

FoR a few months in the spring and summer of 1956, his **poor health** declining still further, Father Takakura filled a temporary
 5 vacancy in a small parish in the Noborimachi district. Five years before that, the Reverend Mr. Kiyoshi Tanimoto, whom Father Takakura knew well, had begun
 10 giving Bible classes to a group of girls whose faces had been disfigured by keloids. Later, some of them had been taken, as so-called Hiroshima Maidens, to the United
 15 States for plastic surgery. One of them, Tomoko Nakabayashi, whom Father Takakura had converted and baptized, died on an operating table at Mount Sinai Hospital
 20 in New York. Her ashes were carried to her family when the first group of Maidens returned to Hiroshima that summer of 1956, and it fell to Father Takakura to
 25 preside at her funeral. During it, he nearly fainted.

At Noborimachi, he began instructing the female members, a
 30 mother and two daughters, of a wealthy and cultured family named Naganishi. Feverish or not, he went to them, always on foot, every evening. Sometimes he would arrive
 35 early; he would pace up and down the street outside, then ring the bell at precisely seven o'clock. He would look at himself in a hall mirror, adjust his hair and habit,
 40 and enter the living room. He would [145] teach for an hour; then the Naganishis would serve tea and sweets, and he and they would chat until exactly ten. He felt at home
 45 in that house. The younger daughter, Hisako, became devoted to him, and when, after eighteen months, his various symptoms grew so bad that he was going to have to
 50 be hospitalized she asked him to baptize her, and he did, on the day before he entered the Hiroshima Red Cross Hospital for an entire year's stay.

55 His most disturbing complaint was a weird infection in his fingers, which had become bloated with pus and would not heal. He had fever and flulike symptoms. His white
 60 blood count was seriously low, and he had pain in his knees, particularly the left one, and in other joints. His fingers were operated on and slowly healed. He was treated
 65 for leukopenia. Before his discharge, an ophthalmologist found that he had the beginnings of an A-bomb cataract.

70

Durante algunos meses de primavera y verano de 1956, mientras su **salud** declinaba más todavía, el padre Takakura llenó una ausencia temporal
 en una pequeña parroquia del distrito Noborimachi. Cinco años antes el reverendo Kiyoshi Tanimoto, a quien el padre Takakura conocía bien, había comenzado a enseñar la Biblia a un grupo
 de chicas cuyas caras habían sido desfiguradas por los queloides. Más tarde algunas de ellas fueron llevadas a los Estados Unidos —las llamadas Doncellas de Hiroshima para ser sometidas a cirugía estética. Una de ellas,
 Tomoko Nabakayashi, a quien el padre Takakura había convertido y bautizado, murió en la mesa de operaciones del Hospital Mount Sinai de Nueva York. Sus cenizas fueron llevadas a su familia cuando el primer grupo de doncellas regresó a Hiroshima en el
 verano de 1956, y le correspondió al padre Takakura presidir el funeral, durante el cual estuvo a punto de desmayarse.

En Noborimachi comenzó a educar a las mujeres —la madre y dos hijas— de una familia culta y adinerada de nombre Naganishi. Iba cada tarde a verlas, con o sin fiebre, siempre a pie. Algunas veces llegaba antes de la hora; recorría de arriba abajo la calle, y timbraba a las siete en punto. Se miraba en el espejo del zaguán, se acomodaba el pelo y el hábito, y entraba al salón. Daba una hora de clases; entonces los Naganishi servían té y dulces, y el padre y las mujeres conversaban hasta las diez en punto. El padre se sentía como en casa en ese lugar. La hija más joven, Hisako, sentía devoción por él, y dieciocho meses después, cuando los síntomas del padre se agravaron tanto que iba a ser necesario hospitalizarlo, ella le pidió que la bautizara, y él lo hizo el [137] día antes de entrar al hospital de la Cruz Roja de Hiroshima, donde se quedaría un
 año entero.

Su achaque más molesto era una rara infección en los dedos, que se habían hinchado de pus y se negaban a mejorar. Tenía fiebre y síntomas de gripe. Su cuenta de glóbulos blancos era alarmantemente baja, y le dolían las rodillas, en particular la izquierda, igual que otras articulaciones. Lo operaron de los dedos y sanó poco a poco. Recibió tratamiento para la leucopenia. Antes de ser dado de alta, un oftalmólogo se percató de que el padre tenía comienzos de las cataratas asociadas a la bomba atómica.

He returned to the large Misasa congregation, but it was harder and harder for him to carry the kind of overload he cherished. He developed back pain, which was caused, doctors said, by a kidney stone; he passed it. Dragged down by constant pain and by infections that were **abetted** by his shortage of white cells, he limped through his days, pushing himself beyond his strength.

abet (usu. in **aid and abet**) encourage or assist (an offender or offence). Instigar, incitar, ser cómplice (abetter)

Finally, in 1961, he was mercifully put out to pasture by the diocese, in a tiny church in the country town of Mukaihara—the town where Dr. Sasaki was flourishing in his private clinic. [146]

THE compound of the Mukaihara church, at the crest of a steep rise from the town, enclosed a small chapel, with an oaken table for an altar and with space for a flock of about twenty to kneel, Japanese-fashion, on a spread of tatami matting; and, uphill, a cramped parsonage. Father Takakura chose as his bedroom in the parsonage a room no more than six feet square and as bare as a monk's cell; he ate in another such cell, next to it; and the kitchen and bathroom, beyond, were dark, chilly, sunken rooms, no larger than the others. Across a narrow corridor running the length of the building were an office and a much larger bedroom, which Father Takakura, true to his nature, reserved for guests.

When he first arrived, he felt enterprising, and, on the principle that souls are best caught while unripe, he had builders add two rooms to the chapel and started in them what he called the St. Mary's Kindergarten. So began a bleak life for four Catholics: the priest, two Japanese sisters to teach the babies, and a Japanese woman to cook. Few believers came to church. His parish consisted of four previously converted families, about ten worshippers in all. Some Sundays, no one showed up for Mass.

After its first spurt, Father Takakura's energy rapidly **flagged**. Once each week, he took a train to Hiroshima and went to the Red Cross Hospital for a checkup. At

El padre regresó a la gran congregación de Misasa, pero le resultó más y más difícil soportar el tipo de sobrecarga que le gustaba. Empezó a tener dolores de espalda causados, según los doctores, por cálculos en los riñones; no les prestó atención. Arrastrado por el constante dolor y las infecciones **instigadas** por su escasez de glóbulos blancos, pasaba los días cojeando, esforzándose más allá de sus capacidades.

Finalmente, en 1960, la diócesis decidió misericordiosamente mandarlo a cuarteles de invierno, a una iglesia diminuta en el pueblo campestre de Mukaihara: el pueblo en el cual florecía el doctor Sasaki con su clínica privada.

El complejo de la iglesia de Mukaihara quedaba sobre la cresta de una pendiente que se empinaba desde el pueblo, y comprendía una pequeña capilla con una tabla de roble como altar y con espacio para un grupo de veinte parroquianos arrodillados al estilo japonés sobre un despliegue de esteras tatami; y, arriba de la colina, una parroquia estrecha. El padre Takakura tomó por dormitorio [138] una habitación de mucho menos de dos metros cuadrados y tan desnuda como la celda de un monje; comía junto a ésta, en otra celda similar; y la cocina y el baño, al fondo, eran cuartos oscuros, fríos, hundidos, no más grandes que los otros. Cruzando un estrecho corredor que recorría el edificio había una oficina y una habitación más grande, la cual el padre Takakura, fiel a su naturaleza, reservaba para los invitados.

Cuando llegó la primera vez, se sentía emprendedor, y, bajo el principio de que las almas se capturan mejor cuando no están maduras, hizo que unos albañiles le añadieran dos habitaciones más a la capilla y en ellas abrió lo que llamaba el Jardín Infantil de Santa María. Así comenzó una vida desolada para cuatro católicos: el padre, dos hermanas japonesas que se encargaban de la enseñanza de los bebés y una japonesa que cocinaba para ellos. Pocos creyentes venían a la iglesia. La parroquia consistía de cuatro familias previamente convertidas: unos diez feligreses en total. Había domingos en que nadie venía a misa.

Tras la primera racha, la energía del padre Takakura **flaqueó** rápidamente. Una vez por semana tomaba el tren a Hiroshima e iba al hospital de la Cruz Roja para hacerse un chequeo. En la

flag¹ [flæg]

A noun

[of country] bandera *f*

[nautical] pabellón *m*

[small, as souvenir, also Sport] banderín *m*

flag of convenience pabellón *m* de conveniencia

? IDIOM: **to keep the flag flying** mantener alto el pabellón

? IDIOM: **to show the flag** hacer acto de presencia

? IDIOM: **to wrap oneself or drape oneself in the flag** (esp

US) escudarse en el patriotismo

B transitive verb

(= mark)

[+ path] señalar con banderitas

[+ item, reference] señalar; marcar

(also **flag down**)

[+ taxi] (hacer) parar

C compound

flag day noun (British) día de colecta de una organización

beneficida

Flag Day noun (US) día *m* de la Bandera (14 junio)

flag stop noun (US) parada *f* discrecional

flag² [flæg] intransitive verb

[strength, person] **flaquear**

[enthusiasm] enfriarse; decaer

[conversation] decaer

he soon revived their flagging spirits les levantó el ánimo

rápidamente

flag³ [flæg] noun

(also **flagstone**) losa *f*

Hiroshima station, he picked up what he loved best to read as he travelled—timetables with schedules of trains going all over
 5 Honshu Island. The doctors injected steroids [147] in his painful joints and treated him for the chronic flulike symptoms, and once he reported he had found
 10 traces of blood in his underwear, which the doctors guessed came from new kidney stones.

In the village of Mukaiharu, he tried to be as inconspicuous—as Japanese—as he could. He sometimes wore Japanese clothes. Not wanting to seem high-living, he never
 20 bought meat in the local market, but sometimes he smuggled some out from the city. A Japanese priest who occasionally came to see him,
 25 Father Hasegawa, admired his efforts to carry his naturalization through to perfection but found him in many ways unshakably German. He had a
 30 tendency when he was rebuffed in an undertaking to stubbornly push all the harder straight for it, whereas a Japanese would more tactfully
 35 look for some way around. Father Hasegawa noticed that when Father Takakura was hospitalized, he rigidly respected the hospital's visiting
 40 hours, and if people came, even from far away, to see him, outside proper hours, he refused to receive them. Once, eating with his friend, Father
 45 Hasegawa declined his host's offer of a bowl of rice; he said he was full. But then delicious pickles appeared, which caused a Japanese palate to
 50 cry out for rice, and he decided to have a bowl after all. Father Takakura was outraged (i.e., in his guest's view, German): How could he eat rice
 55 plus pickle when he had been too full to eat rice alone?

DURING this period, Father Takakura was one of many people
 60 whom Dr. Robert J. Lifton interviewed in preparing [148] to write his book *Death in Life: Survivors of Hiroshima*. In one conversation the priest hinted that he realized
 65 he had achieved a truer identity as a hibakusha than as a Japanese:

If a person says to me that he is weary [*durui*], if it is a hibakusha

estación de Hiroshima recogía lo que más le gustaba leer mientras viajaba: los horarios de los trenes que iban por toda la isla Honshu. Los doctores le inyectaban esteroides en sus adoloridas articulaciones y trataban sus síntomas crónicos, parecidos a los de la gripa, y en una ocasión dijo haber encontrado rastros de sangre en su ropa interior, que, supusieron los doctores, venía de nuevos cálculos renales.

En el pueblo de Mukaiharu trató de ser tan inconspicuo —tan japonés como pudiera. Algunas veces usaba ropas japonesas. Por no dar una impresión de buena vida, nunca compraba carne en el supermercado, pero algunas veces la sacaba de la ciudad [139] de contrabando. El padre Hasegawa, un sacerdote japonés que venía a verlo ocasionalmente, admiraba su esfuerzo por naturalizarse hasta la perfección, pero lo encontraba de muchas formas inevitablemente alemán. Cuando una de sus empresas era rechazada, el padre Takakura tenía tendencia a perseguirla tercamente y con más fuerzas, mientras que un japonés, con más tacto, buscaría otra forma de conseguirla. El padre Hasegawa se percató de que cuando el padre Takakura estaba hospitalizado, respetaba con rigidez las horas de visita del hospital, y si venía gente a verlo fuera de esas horas, aunque viniesen de muy lejos, se negaba a recibirlos. Cierta vez, comiendo con su amigo, el padre Hasegawa declinó el plato de arroz que le ofrecía, diciendo que estaba satisfecho. Pero entonces aparecieron unos pepinillos deliciosos frente a los cuales un paladar japonés pedía a gritos un poco de arroz, y el padre Hasegawa decidió servirse un plato, después de todo. El padre Takakura se mostró indignado (desde el punto de vista del huésped, se mostró como un alemán): ¿Cómo podía comer arroz y además pepinillos cuando se había sentido demasiado lleno para comer solamente arroz?

Durante este período, el padre Takakura fue una de las muchas personas entrevistadas por el doctor Roben J. Lifton como parte de la preparación para escribir su libro *Death in Life: Survivors of Hiroshima*. En una conversación el sacerdote sugirió haberse dado cuenta de lograr una identidad más real como hibakusha que como japonés:

Si una persona me dice que se siente agotada [*darui*], me da una

who says it, it gives me a different feeling than if he is an ordinary person. He doesn't have to explain He knows all of the un-

5 easiness—all of the temptation to lose spirit and be depressed—and of then starting again to see if he can do his job If a Japanese hears the words "*tenno heika*"

10 [His Majesty the Emperor], it is different from a Westerner hearing them—a very different feeling in the foreigner's heart from what is felt in the Japanese person's heart.

15 It is a similar question in the case of one who is a victim and one who is not, when they hear about another victim I met a man one time . . . [who] said, "I experi-

20 enced the atomic bomb"—and from then on the conversation changed. We both understood each other's feelings. Nothing had to be said.

25

IN 1966, Father Takakura had to change cooks. A woman named Satsue Yoshiki, who was thirty-five years old, recently

30 cured of tuberculosis, and recently baptized, had been told to report for an interview at the Mukaijara church. Having been given the Japanese name of the

35 priest, she was astonished to be greeted by a big *gaijin*, a foreigner, dressed in a quilted Japanese gown. His face, [149] which was rounded out and **puffy**

(doubtless from medication), struck her as that of a baby. At once, indeed, there commenced a relationship, soon to blossom

45 into one of complete mutual trust, in which her role seemed to be ambiguous: part daughter, part mother. His growing helplessness kept her in subjugation; she tenderly nursed him. Her cooking was primitive, his temper **cranky**. He had said he would eat anything, even Japanese noodles, but he was sharp with her about his food, as he had never been with

55 anyone else. Once, he spoke of "strained baked potatoes" his real mother had cooked. She tried to make them. He said, "These are not like my mother's." He loved

60 fried prawns and ate them when he went to Hiroshima for checkups. She tried to cook them. He said, "These are burned." She stood beside him in the tiny eat-

65 ing room, her hands behind her gripping the doorjamb so tightly that in time its paint was all worn away. Yet he praised her, confided in her, joked with her,

sensación distinta si se trata de un hibakusha que si se trata de una persona ordinaria. No tiene que dar [140] explicaciones... Lo sabe todo acerca del desasosiego —la tentación de perder el ánimo y sentirse deprimido— y acerca de comenzar de nuevo y ver si logra llevar a cabo su trabajo... Si un japonés escucha las palabras «*tenno heika*» [Su Majestad el Emperador], es diferente que si las escucha un occidental: en el corazón del extranjero hay un sentimiento muy distinto del que hay en el corazón del japonés. Sucede igual en el caso de alguien que es una víctima y alguien que no lo es, cuando oyen hablar de otra víctima... Una vez conocí a un hombre... [que] dijo: «Yo viví la bomba atómica». Y a partir de entonces la conversación cambió. Ambos comprendimos los sentimientos del otro. No había que decir nada.

En 1966, el padre Takakura tuvo que cambiar a sus cocineras. Una mujer llamada Satsue Yoshiki, de treinta y cinco años, recientemente curada de tuberculosis y recientemente bautizada, había recibido la orden de presentarse para una entrevista en la iglesia de Mukaijara. La sorprendió, puesto que le habían dado el nombre japonés del sacerdote, encontrarse con este gran *gaijin*, este extranjero, vestido con una bata japonesa acolchada. Su cara, redonda e **hinchada** (sin duda a causa de las medicinas), le pareció la cara de un bebé. De inmediato comenzó una relación que llegaría a ser de confianza mutua y total, en la cual su papel era algo ambiguo: en parte hija, en parte madre. La creciente invalidez del padre Takakura la mantenía subyugada; ella lo atendía con ternura. La cocina de ella era primitiva; el temperamento de él, **caprichoso**. Él se decía capaz de comer cualquier cosa, incluso fideos japoneses; pero, en lo tocante a la comida de ella, se portaba con más dureza de la que nunca había empleado con alguien. Una vez habló de las «patatas al horno coladas» que su [141] verdadera madre solía hacer. Ella trató de hacerlas. «Esto no es como lo que hacía mamá», dijo él. Le gustaban los langostinos fritos y solía comerlos cuando iba a Hiroshima para los chequeos. Ella trató de cocinarlos. «Están quemados», dijo él. Ella se quedaba de pie junto a él en el minúsculo comedor, y las manos detrás de su espalda apretaban la jamba de la puerta con tanta fuerza que poco a poco la pintura fue gastándose. Y sin embargo él se deshacía en elogios con ella, le confiaba sus pro-

puffy 1 swollen, esp. of the face etc. 2 fat. 3 gusty. 4 short-winded; puffed out.

puffy hinchado, abotargado, presuntuoso, orondo, modesto, poco imaginativo

cranky 1 colloq. eccentric, esp. obsessed with a particular theory (*cranky ideas about women*). 2 working badly; shaky. 3 esp. US ill-tempered or crotchety, peevish, irritable.

apologized to her each time he lost his temper. She thought him—under the shortness, which she attributed to pain—gentle,
5 pure, patient, sweet, humorous, and deeply kind.

Once, on a late-spring day, not long after Yoshiki-san arrived,
10 sparrows alighted in a persimmon tree outside his office window. He clapped his hands to drive them away, and soon there appeared on his palms purple spots of the sort
15 that all hibakusha dreaded. The doctors in Hiroshima shook their heads. Who could say what they were? They seemed to be blood bruises, but his blood tests did not
20 suggest leukemia. He had slight hemorrhages [150] in his urinary tract. “What if I get blood in my brains?” he asked once. His joints still hurt. He developed liver dys-
25 function, high blood pressure, back pains, chest pains. An electrocardiogram turned up an anomaly. He was put on a drug to ward off a coronary attack, and on
30 an antihypertensive drug. He was given steroids, hormones, an anti-diabetic drug. “I don’t take medicines, I eat them,” he said to Yoshiki-san. In 1971, he was hos-
35 pitalized for an operation to see whether his liver was cancerous; it was not.

All through this time of de-
40 cline, a stream of visitors came to see him, thanking him for all he had done for them in the past. Hisako Naganishi, the woman he had baptized the day before his
45 long hospitalization, was especially faithful; she brought him open-faced sandwiches on German rye bread, which he loved, and when Yoshiki-san needed a
50 vacation, she would move in and tend him in her absence. Father Berzikofer would come for a few days at a time, and they would talk and drink a great deal of gin,
55 which Father Takakura had also come to love.

ONE winter day at the beginning of 1976, Father Takakura
60 slipped and fell on the steep icy path down to town. The next morning, Yoshiki-san heard him shouting her name. She found him in the bathroom, leaning over the wash-
65 stand, unable to move. With all the strength of her love, she carried him—he weighed a hundred and seventy-five pounds—to his bed, and laid him down. For a month,

blemas, bromeaba con ella, se disculpaba cada vez que se ponía de mal humor. A ella, él le parecía —bajo la brusquedad, que atribuía al dolor— amable,
puro, paciente, dulce, divertido y profundamente bueno.

Una vez, un día de finales de primavera, poco después de que Yoshiki-san llegara, un grupo de gorriones se posó sobre un caqui justo frente a la ventana de la oficina. El padre Takakura aplaudió para espantarlos, y pronto aparecieron en sus palmas puntos violetas del tipo tan temido por los hibakushas. Los doctores de Hiroshima se mostraron impotentes. ¿Quién podía saber de qué se trataba? Parecían moretones, pero los exámenes de sangre no revelaban leucemia. El padre tenía leves hemorragias en el tracto urinario. «¿Y si me da un derrame en el cerebro?», dijo una vez. Todavía le dolían las articulaciones. Desarrolló disfunciones hepáticas, presión alta, dolores de pecho y espalda. Un electrocardiograma dio resultados anormales. El padre comenzó a tomar una droga para prevenir un ataque al corazón y otra contra la hipertensión. Tomaba esteroides, hormonas y drogas antidiabéticas. «No tomo medicinas, me las trago», le dijo a Yoshiki-san. En 1971, fue hospitalizado para una operación que determinarían si su hígado estaba canceroso. No lo estaba.

Durante este tiempo de deterioro vino a verlo un torrente de visitantes que le agradecían las cosas que había hecho por ellos [142] en el pasado. Hisako Naganishi, la mujer a la que había bautizado el día antes de su larga hospitalización, era particularmente devota; le traía emparedados abiertos sobre pan de centeno alemán, que a él le fascinaban, y cuando Yoshiki-san necesitaba vacaciones, ella se mudaba al hospital para atenderlo durante su ausencia. El padre Berzikofer solía venir por temporadas de pocos días, y juntos hablaban y bebían buenas cantidades de ginebra, lo cual también le encantaba al padre Takakura.

Un día de invierno a comienzos de 1976, el padre Takakura resbaló y cayó sobre el sendero empinado y cubierto de hielo que bajaba al pueblo. A la mañana siguiente, Yoshiki-san lo escuchó llamarla a gritos. Lo encontró en el baño, apoyado en el lavamanos, incapaz de moverse. Con toda la fuerza de su amor, lo llevó cargado —el padre pesaba setenta y nueve kilos— hasta la cama. Durante un mes fue incapaz de moverse. Ella

he was unable to move. She improvised a bedpan, [151] and cared for him day and night. Finally, she borrowed a wheelchair from the town office and took him to Dr. Sasaki's clinic. The two men had known each other years before, but now, one living in his monk's cell and the other in his grand apartment in the four-story clinic, they were light-years apart. Dr. Sasaki took an X-ray, saw nothing, diagnosed neuralgia, and advised massage. Father Takakura could not abide the idea of the usual female massager; a man was hired. During the workout, Father Takakura held Yoshiki-san's hand, and his face reddened. The pain was unbearable. Yoshiki-san hired a car and drove Father Takakura to the city, to the Red Cross Hospital. An X-ray on a bigger machine showed fractures of the eleventh and twelfth thoracic vertebrae. He was operated on to relieve pressure on the right sciatic nerve, and he was fitted with a corset.

From then on, he was bedridden. Yoshiki-san fed him, changed diapers that she made for him, and cleaned his body. He read the Bible and time-tables—the only two sorts of texts, he told Yoshiki-san, that never told lies. He could tell you what train to take where, the price of food in the dining car, and how to change trains at such-and-such a station to save three hundred yen. One day, he called Yoshiki-san, greatly excited. He had found an error. Only the Bible told the truth!

His fellow-priests finally persuaded him to go to St. Luke's Hospital in Kobe. Yoshiki-san visited him, and he drew out from a book a copy of his chart, on which was written "A living corpse." He said he wanted to go home with her, and she took him. "Because of you, my [152] soul has been able to get through purgatory," he said to her when he was in his own bed.

He weakened, and his fellow-priests moved him to a two-room house in a hollow just below their Novitiate, in Nagatsuka. Yoshiki-san told him she wanted to sleep in his room with him. No, he said, his vows would not permit that. She lied, saying that the father superior had ordered it. Greatly relieved, he allowed it. After that, he seldom opened his eyes. She fed him

improvisó una bacinilla, y lo cuidó día y noche. Finalmente tomó prestada una silla de ruedas de la municipalidad y lo llevó a la clínica del doctor Sasaki. Los dos hombres se habían conocido años atrás, pero ahora, el uno viviendo en su celda monacal y el otro en el grandioso apartamento de su clínica de cuatro pisos, era como si años luz los separaran. El doctor Sasaki tomó unas radiografías, no vio nada, diagnosticó una neuralgia y aconsejó masajes. El padre Takakura no podía soportar la idea de la masajista habitual; un hombre fue contratado. Durante los ejercicios, el padre Takakura sostenía la mano de Yoshiki-san, y su rostro enrojecía. El dolor era insoportable. Yoshiki-san alquiló un coche y llevó al padre Takakura a la ciudad, al hospital de la Cruz Roja. En radiografías realizadas por una máquina más potente aparecieron fracturas en la undécima y duodécima vértebras torácicas. El [143] padre fue operado para disminuir la presión sobre el nervio ciático derecho, y se le puso un corsé.

Desde entonces se vio postrado en cama. Yoshiki-san le daba de comer, le cambiaba los pañales hechos por ella misma, lo lavaba. El padre leía la Biblia y también horarios de trenes —los dos únicos textos, le dijo a Yoshiki-san, que nunca mentían—. Podía decirle a uno qué tren tomar para ir a un sitio, el precio de la comida en el vagón comedor, y cómo cambiar de tren en tal estación para ahorrar trescientos yenes. Un día llamó a Yoshiki-san, muy excitado. Había encontrado un error. ¡Sólo la Biblia decía la verdad!

Sus compañeros de sacerdocio lo persuadieron finalmente de ir al Hospital de San Lucas, en Kobe. Yoshiki-san lo visitó, y él sacó de entre las páginas de un libro su gráfico médico, en el cual se leía «Un cadáver viviente». Dijo que quería volver con ella a casa, y ella se lo llevó. «Gracias a ti, mi alma ha podido atravesar el purgatorio», le dijo al llegar a su cama.

Se puso débil, y sus compañeros lo mudaron a una casa de dos habitaciones justo debajo del noviciado, en Nagatsuka. Yoshiki-san le dijo que quería dormir con él en su habitación. No, dijo él, sus votos no lo permitirían. Ella mintió diciendo que el padre superior lo había ordenado; más tranquilo, él aceptó. Después de aquello, apenas abría los ojos. Ella no le daba de comer más que helado.

only ice cream. When visitors came, all he could say was "Thank you." He fell into a coma, and on November 1 g, 1977, with a doctor, a priest, 5 and Yoshiki-san at his side, this explosion-affected person took a deep breath and died.

He was buried in a serene pine 10 grove at the top of the hill above the Novitiate.

FATHER WILHELM M. 15 TAKAKURA, S.J.
R.L.P.

The fathers and brothers of the Nagatsuka Novitiate noticed over the years that there were almost 20 always fresh flowers at that grave.

Cuando venían a visitarlo, todo lo que lograba decir era «gracias». Entró en coma, y el 19 de noviembre de 1977, acompañado de un doctor, un sacerdote y Yoshiki-san, este hombre afectado por la explosión respiró profundo y murió.

Fue enterrado en un pinar sereno en la cima de la colina, sobre el noviciado.

PADRE WILHELM M. TAKAKURA, S.J.
Q.E.P.D. [144]

Los padres y los hermanos del noviciado de Nagatsuka notaron, a través de los años, que casi siempre había flores frescas en la tumba.

4 TOSHIKO SASAKI

Toshiko Sasaki

25 IN AUGUST 1946, Toshiko Sasaki was slowly pulling out of the ordeal of pain and low spirits she had undergone during the year since the bombing. Her younger 30 [153] brother, Yasuo, and sister, Yaeko, had escaped injury on the day of the explosion because they had been in the family home in the 35 suburb of Koi. Now, living with them there, she was just beginning to feel alive again, when a new blow came.

40 Three years earlier her parents had entered into marriage negotiations with another family, and she had met the proposed young man. The couple liked each other 45 and decided to accept the arrangement. They rented a house to live in, but Toshiko's fiancé was suddenly drafted to China. She had heard he was back, but for a long 50 time he had not come to see her. When he finally showed up, it seemed clear to both parties that the engagement was doomed. Each time the fiancé appeared, 55 young Yasuo, for whom Toshiko felt responsible, would rush angrily out of the house. There were indications that the fiancé's family had had second thoughts about 60 permitting their son to marry a hibakusha and a cripple. He stopped coming. He wrote letters full of symbolic, abstract images—especially butterflies—evidently trying to express his trembling uncertainty and, probably, 65 guilt.

The only person who gave

En agosto de 1946, Toshiko Sasaki comenzaba lentamente a salir del suplicio de dolor y depresión en que se había visto metida durante el año siguiente a la bomba. Su hermano menor, Yasuo, y su hermana, Yaeko, habían salido indemnes el día de la explosión porque se encontraban en la casa de la familia, en el suburbio de Koi. Ahora, viviendo con ellos, justo cuando comenzaba a sentirse viva otra vez, la sacudió un nuevo golpe.

Tres años atrás, sus padres habían entrado en negociaciones matrimoniales con otra familia, y la señorita Sasaki había conocido al joven que le proponían. Los jóvenes se gustaron mutuamente y decidieron aceptar el arreglo. Alquilaron una casa para vivir, pero el novio de Toshiko fue llamado a filas y repentinamente enviado a China. Ella había sabido de su regreso, pero pasó largo tiempo antes de que él fuera a verla. Cuando al fin lo hizo, fue claro para ambas partes que el compromiso estaba condenado al fracaso. Cada vez que aparecía el novio, el pequeño Yasuo, por quien Toshiko se sentía responsable, escapaba iracundo de la casa. Había indicaciones de que la familia del novio no estaba tan segura de permitir que su hijo se casara con una mujer hibakusha e inválida. El novio dejó de venir. Escribió cartas llenas de imágenes abstractas y simbólicas—en especial mariposas—, tratando, evidentemente, de expresar su tremenda incertidumbre y, quizá, su culpa.

La única persona capaz de recon-

Toshiko any real comfort was Father Kleinsorge, who continued calling on her in Koi. He was clearly bent on converting her. The
5 confident logic of his instruction did little to convince her, for she could not accept the idea that a God who had snatched away her
10 hideous trials was loving and merciful. She was, however, warmed and healed by the priest's faithfulness to her, [154] for it was obvious that he, too, was weak and in
15 pain, yet he walked great distances to see her.

Her house stood by a cliff, on which there was a grove of bamboo. One morning, she stepped out
20 of the house, and the sun's rays glistening on the minnowlike leaves of the bamboo trees took her breath away. She felt an astonishing burst of joy—the first she
25 had experienced in as long as she could remember. She heard herself reciting the Lord's Prayer.

30 In September, she was baptized. Father Kleinsorge was in the hospital in Tokyo, so Father Cieslik officiated.

35 SASAKI-SAN had some modest savings her parents had left, and she took in sewing to help support Yasuo and Yaeko, but she worried about the future. She taught herself
40 to hobble without crutches. One day in the summer of 1947, she took the two for a swim at a beach at nearby Suginoura. There she got to talking with a young man, a Korean Catholic novice who was tending
45 a group of Sunday-school children. After a while, he told her that he did not see how she could possibly go on as she was living, responsible for her brother and sister
50 and so fragile herself. He told her of a good orphanage in Hiroshima called the Garden of Light. She entered the children in the orphanage, and a short time later she applied for a job as an attendant there.
55 She was hired, and after that she had the solace of being with Yasuo and Yaeko.

60 She was good at her work. She seemed to have found [155] a calling, and the next year, convinced that her brother and sister were well cared
65 for, she accepted a transfer to another orphanage, called the White Chrysanthemum Dormitory, in a suburb of Beppu, on the island of Kyushu, where it would be possible

fortar realmente a Toshiko fue el padre Kleinsorge, que siguió visitándola en Koi. El padre estaba [145] claramente dispuesto a convertirla. La confiada lógica de sus lecciones no logró convencerla demasiado, pues ella no podía aceptar la idea de que un Dios que le había quitado a sus padres y la había hecho pasar por pruebas tan horribles fuera un Dios de amor y de misericordia. Sin embargo, sentía que la fidelidad cariñosa del padre la curaba, pues era evidente que también él estaba débil y adolorado, y aun así caminaba grandes distancias para ir a verla.

Su casa daba a un precipicio en el cual había un bosquecillo de bambú. Una mañana salió de casa, y la visión de los rayos del sol, reverberando en las hojas de los árboles como sobre un pez, le quitó el aliento. Sintió un sorprendente estallido de alegría —el primero que había experimentado desde que tenía memoria—. Se oyó a sí misma recitando el padre nuestro.

En septiembre fue bautizada. El padre Kleinsorge se encontraba en el hospital en Tokio, así que fue el padre Cieslik quien llevó a cabo los oficios.

Sasaki-san tenía algunos ahorros modestos que le habían dejado sus padres, y comenzó a coser para sostener a Yasuo y a Yaeko, pero le preocupaba el futuro. Aprendió a caminar sin muletas. Un día del verano de 1947 llevó a sus dos hermanos a nadar a una playa cercana de Suginoura. Allí comenzó a conversar con un joven coreano, un novicio católico que cuidaba a un grupo de niños de la escuela dominical. Después de un rato, el joven le dijo que no comprendía cómo era ella capaz de continuar viviendo así, tan frágil y con la responsabilidad de sus hermanos. Le contó de un buen orfanato de Hiroshima llamado El Jardín de la Luz. Ella ingresó a los niños al orfanato, y poco tiempo después solicitó allí mismo un empleo como dependienta. Fue [146] contratada, y a partir de entonces tuvo la satisfacción de estar con Yasuo y Yaeko.

Era buena en su trabajo. Parecía haber encontrado su llamado, y al año siguiente, convencida de que sus hermanos estaban en buenas manos, aceptó ser transferida a otro orfanato, llamado Dormitorio del Crisantemo Blanco, en un suburbio de Beppu, en la isla de Kyushu, donde podría re-

for her to receive professional child-care training. In the spring of 1949, she began commuting by train, about a half hour each way, to the city of Oita, to take courses at Oita University, and in September she passed an examination that qualified her as a nursery-school teacher. She worked at the White Chrysanthemum for six years.

Her lower left leg was badly bent, its knee was frozen, and its thigh was atrophied by the deep incisions Dr. Sasaki had made. The Sisters in charge of the orphanage arranged for her to enter the National Hospital in Beppu for orthopedic surgery. She was a patient there for fourteen months, during which she underwent three major operations: the first, not very successful, to help restore her thigh; the second to free her knee; and the third to rebreak her tibia and fibula and set them in something like their original alignment. After the hospitalization, she went to a nearby hot-springs therapeutic center for rehabilitation. Her leg would give her pain for the rest of her life, and her knee would never again bend all the way, but her legs were now more or less equal in length, and she could walk almost normally. She went back to work.

The White Chrysanthemum, with space for forty orphans, stood near an American Army base; on one side [156] was an exercise field for the soldiers, and on the other were officers' houses. After the Korean War began, the base and the orphanage were packed. From time to time, a woman would bring in an infant whose father was an American soldier, never saying that she was the mother usually that a friend had asked her to entrust the baby to the orphanage. Often, at night, nervous young soldiers, some white, some black, having sneaked off the base without leave, would come begging to see their offspring. They wanted to stare at the babies' faces. Some of them tracked down the mothers and married them, though they might never again see the children.

Sasaki-san felt compassion both for the mothers, some of whom were prostitutes, and for the fathers. She perceived the latter as confused boys of nineteen

cibir formación profesional como niñera. En el verano de 1949, comenzó a hacer trayectos de media hora en tren hasta la ciudad de Oita para tomar clases en la Universidad de Oita, y en septiembre presentó los exámenes que la titulaban como profesora de guardería. Trabajó seis años en el Crisantemo Blanco.

La parte inferior de su pierna izquierda estaba gravemente doblada, su rodilla paralizada y su muslo atrofiado por las profundas incisiones que el doctor Sasaki había hecho. Las Hermanas responsables del orfanato se encargaron de que la señorita Sasaki fuera admitida para cirugía ortopédica en el Hospital Nacional de Beppu. Estuvo interna en el hospital catorce meses durante los cuales fue sometida a tres operaciones de importancia: la primera, no muy exitosa, para restablecer su muslo; la segunda para liberar el movimiento de su rodilla; y la tercera para romper de nuevo la tibia y el peroné y colocarlos cerca de su posición original. Después de la hospitalización, la señorita Sasaki fue a rehabilitarse a un centro terapéutico de aguas termales cerca de allí. La pierna le dolería por el resto de su vida, y nunca más podría doblar por completo la rodilla, pero sus piernas tenían ahora más o menos la misma longitud, y su caminar era casi normal. La señorita Sasaki regresó al trabajo.

El Crisantemo Blanco, que tenía espacio para cuarenta huérfanos, estaba ubicado cerca de una base militar norteamericana; de un lado había un campo de ejercicio para los soldados, y [147] del otro estaban las casas de los oficiales. Cuando comenzó la guerra de Corea, la base y el orfanato se llenaron de gente. De vez en cuando una mujer traía a un niño cuyo padre era un soldado norteamericano, sin decir que ella era la madre, sino alegando que una amiga le había pedido encomendarle el niño al orfanato. En las noches venían a menudo soldados nerviosos, unos blancos, otros negros, que salían sin permiso de la base para ver a sus hijos. Querían mirar las caras de los bebés. Algunos perseguían a las madres y se casaban con ellas, aunque quizá nunca volvieran a ver a los hijos.

Sasaki-san se compadecía de las madres, algunas de las cuales eran prostitutas, tanto como de los padres. Le parecía que éstos no eran más que muchachos confundidos, de diecinueve

and twenty who as draftees were involved in a war they did not consider theirs, and who felt a rudimentary responsibility—or, at the very least, guilt—as fathers. These thoughts led her to an opinion that was unconventional for a hibakusha: that too much attention was paid to the power of the A-bomb, and not enough to the evil of war. Her rather bitter opinion was that it was the more lightly affected hibakusha and power-hungry politicians who focussed on the A-bomb, and that not enough thought was given to the fact that warfare had indiscriminately made victims of Japanese who had suffered atomic and incendiary bombings, Chinese civilians who had been attacked by the Japanese, reluctant young Japanese and American soldiers who were drafted to be killed or [157] maimed, and, yes, Japanese prostitutes and their mixedblood babies. She had firsthand knowledge of the cruelty of the atomic bomb, but she felt that more notice should be given to the causes than to the instruments of total war.

ABOUT once a year during this time, Sasaki-san travelled from Kyushu to Hiroshima to see her brother and sister, and, always, to call on Father Kleinsorge, now Takakura, at the Misasa church. On one trip, she saw her former fiancé on the street, and she was quite sure he saw her, but they did not speak. Father Takakura asked her, “Is your whole life going to be like this, working so hard? Shouldn’t you be married? Or, if you choose not to marry, shouldn’t you become a nun?” She thought long about his questions.

One day, at the White Chrysanthemum, she got an urgent message that her brother had been in an automobile accident and might die. She hurried to Hiroshima. Yasuo’s car had been hit by a police patrol car; it had been the policeman’s fault. Yasuo survived, but four ribs and both legs had been broken, his nose had been caved in, there was a permanent dent in his forehead, and he had lost the sight of one eye. Sasaki-san thought she was going to have to tend him and support him for good. She began taking accounting courses, and, after a few weeks, qualified as a Third Class Bookkeeper. But Yasuo made a re-

ve o veinte años, que estaban involucrados como reclutas en una guerra que no consideraban suya, y que sentían una responsabilidad rudimentaria —o una culpa, al menos como padres. Estos pensamientos la llevaron a una opinión que no era la convencional de un hibakusha: demasiada atención se le prestaba a la bomba atómica, y no la suficiente a la crueldad de la guerra. Según su amarga opinión, eran los políticos hambrientos de poder y los hibakushas menos afectados quienes se concentraban tanto en la bomba, y nadie pensaba demasiado en el hecho de que la guerra había transformado en víctimas, indiscriminadamente, a los japoneses que sufrieron bombardeos atómicos o incendiarios, a los civiles chinos que fueron atacados por los japoneses, a los jóvenes soldados, japoneses y norteamericanos, que fueron reclutados a pesar de sus renuencias para acabar mutilados o muertos, y, por supuesto, a las prostitutas japonesas y sus bebés mestizos. Sasaki-san había conocido de primera mano la crueldad de la bomba atómica, pero sentía que más atención debía ser prestada a las causas de la guerra, y menos a sus instrumentos. [148]

Durante ese tiempo Sasaki-san viajaba de Kyushu a Hiroshima una vez al año para ver a sus hermanos menores, y para visitar al padre Kleinsorge, ahora Takakura, en la iglesia de Misasa. En uno de sus viajes vio a su antiguo prometido por la calle, y estaba segura de que también él la había visto, pero no se hablaron. El padre Takakura le preguntó: «¿Te vas a pasar toda la vida así, trabajando tan duro? ¿No deberías casarte? O, si decides no casarte, ¿no deberías volverte monja?». Ella meditó largo tiempo sobre estas preguntas.

Un día, en el Crisantemo Blanco, recibió un mensaje urgente: su hermano había sufrido un accidente automovilístico y era posible que no sobreviviera. Viajó deprisa a Hiroshima. El coche de Yasuo había sido chocado por una patrulla policial; la culpa era del policía. Yasuo sobrevivió, pero tenía cuatro costillas y ambas piernas rotas, la nariz aplastada, una abolladura permanente en la frente, y había perdido la vista de un ojo. Sasaki-san pensó que tendría que atenderlo y mantenerlo para siempre. Comenzó a tomar cursos de contabilidad, y después de algunas semanas calificó como contable de tercera clase. Pero Yasuo se recuperó de

markable recovery, and, using the compensation he was paid for the accident, he entered [158] a music school, to study composition.
5 .Sasaki-san went back to the orphanage.

In 1954, Sasaki-san visited Father Takakura and said that she
10 knew now that she would never marry, and she thought the time had come for her to go into a convent. What convent would he recommend? He suggested the French order of Auxiliatrices du Purgatoire,
15 Helpers of Holy Souls, whose convent was right there in Misasa. Sasaki-san said she did not want to enter a society that would make her
20 speak foreign languages. He promised her she could stay with Japanese.

She entered the convent, and in
25 the very first days she found that Father Takakura had lied to her. She was going to have to learn Latin and French. She was told that when the knock of reveille came in
30 the morning, she must cry out, "*Mon Jésus, miséricorde!*" The first night, she wrote the words in ink on the palm of one hand, so she could read them when she heard the
35 knock the next morning, but it turned out to be too dark.

She became afraid she might fail. She had no trouble learning
40 about Eugénie Smet, known as Blessed Mary of Providence, the **founder** of the order, who in 1856 had started programs in Paris for care of the poor and for
45 home nursing and had eventually sent to China twelve Sisters she had trained. But, at thirty, Sasaki-san felt too old to be a schoolgirl learning Latin. She
50 was confined to the convent building except for occasional walks—two hours each way, painful for her bad leg—to Mitaki, a mountain where there
55 were three beautiful waterfalls. [159] In time, she discovered she had surprising hardihood and tenacity, which she credited to all she had learned about herself in
60 the hours and weeks after the bombing. When Mother Superior, Marie Saint Jean de Kenti, asked her one day what she would do if she were told she had failed and
65 would have to leave, she said, "I would take hold of that beam there and hold on with all my strength." She did hold on, and in 1957 she took vows of poverty,

manera extraordinaria, y, con la indemnización que le pagaron por el accidente, se inscribió en una escuela de música para estudiar composición. Sasaki-san regresó al orfanato.

En 1954 Sasaki-san visitó al padre Takakura y le dijo que ahora estaba segura de que no se casaría nunca, y pensaba que era tiempo de entrar en un convento. ¿Qué convento le recomendaba él? El padre sugirió la orden francesa de las Auxiliatrices du Purgatoire (Auxiliadoras del Purgatorio), cuyo convento estaba allí mismo, en Misasa. Sasaki-san dijo que no quería entrar en una sociedad que la obligara a hablar en lenguas extranjeras. Él le prometió que podría seguir hablando japonés. [149]

Sasaki-san entró al convento, y los primeros días se dio cuenta de que el padre Takakura le había mentado. Iba a verse obligada a aprender latín y francés. Le dijeron que cuando escuchara el llamado de diana en las mañanas, debía gritar: «*Mon Jésus, miséricorde!*». La primera noche se escribió las palabras sobre la palma de una mano, con tinta, para poder leerlas cuando escuchara el llamado a la mañana siguiente, pero resultó que estaba demasiado oscuro.

Comenzó a tener miedo de fracasar. No tenía problemas para aprender acerca de Eugénie Smet, conocida como María Bendita de la Providencia, la **fundadora** de la orden, que en 1856 había instaurado en París programas para el cuidado de los pobres y de enfermería doméstica, y eventualmente había enviado doce hermanas a China, entrenadas por ella misma. Pero a sus treinta años, Sasaki-san se sentía demasiado vieja para ser una niña de escuela estudiando latín. Fue recluida en el edificio del convento, pero podía hacer caminatas ocasionales—dos horas de ida y dos de vuelta, lo cual era doloroso para su pierna enferma— a Mitaki, una montaña donde había tres hermosas cascadas. Con el tiempo descubrió que era capaz de sorprendentes audacias y tenacidades, y lo atribuyó a todo lo que había aprendido de sí misma durante las horas y las semanas que siguieron a la bomba. Cuando la Madre Superiora, Marie Saint Jean de Kenti, le preguntó un día qué haría si le dijeran que había fracasado y debía irse, Sasaki-san repuso: «Me agarraría de esa viga con todas mis fuerzas». Se agarró, en efecto; y en 1957 tomó los votos de pobreza, castidad

founder 1 fundador 2. ir a pique, fallar, fracasar, hundirse, sumergirse, naufragar

chastity, and obedience and became Sister Dominique Sasaki.

By now, the Society of Helpers knew her strength, and it assigned her, straight from the novitiate, to the post of director of a home for seventy old people near Kurosaki, on Kyushu, named the Garden of St. Joseph. She was only thirty-three, and she was the first Japanese director of the home—in command of a staff of fifteen, five of whom were French and Belgian nuns. She had to plunge straight into negotiations with local and national bureaucrats. She had no books to read on care of the aged. She inherited a decrepit wooden building—a former temple—and an institution that had had difficulty even feeding its enfeebled inmates, some of whom had had to be sent out foraging for firewood. Most of the old men were former coal miners from the notoriously cruel Kyushu mines. Some of the foreign nuns were crusty, and their modes of speech, unlike those of the Japanese, were blunt, harsh, and hurtful to Sister Sasaki. [160]

Her hard-earned doggedness told, and she remained fully in charge of the Garden of St. Joseph for twenty years. Thanks to her schooling as an accountant, she was able to introduce a rational system of bookkeeping. Eventually, the Society of Helpers, with support from branches in the United States, raised money for a new building, and Sister Sasaki supervised the construction of a concrete-block structure cut into the brow of a hill. A few years later, a subterranean waterway began to undermine it, and she saw to its replacement with a more modern building, of reinforced concrete, with single and double rooms fitted with Western-style washbasins and toilets.

Her greatest gift, she found, was her ability to help inmates to die in peace. She had seen so much death in Hiroshima after the bombing, and had seen what strange things so many people did when they were cornered by death, that nothing now surprised or frightened her. The first time she stood watch by a dying inmate, she vividly remembered a night soon after the bombing when she had lain out in the

y obediencia, y se transformó en la hermana Dominique Sasaki.

Para ese momento, la Sociedad de Auxiliadoras ya sabía de su fortaleza, y apenas hubo salido del noviciado fue nombrada directora de un hogar de setenta ancianos cerca de Kurosaki, Kyushu, [150] llamado jardín de San José. Tenía sólo treinta y tres años, y era la primera japonesa en ser directora del hogar: estaba al mando de un equipo de quince personas, cinco de las cuales eran monjas francesas y belgas. De inmediato tuvo que enfrentarse a negociaciones con burócratas locales y nacionales. Carecía de libros acerca del cuidado de los ancianos. Recibió un decrepito edificio de madera —un antiguo templo— y una institución que había tenido problemas incluso para dar de comer a sus debilitados internos, algunos de los cuales habían tenido que ser enviados en busca de leños para la chimenea. La mayoría de los ancianos eran antiguos mineros de las notoriamente crueles minas de carbón de Kyushu. Algunas de las monjas extranjeras eran malhumoradas, y su manera de hablar, al contrario de la de los japoneses, le parecía a la hermana Sasaki burda, dura, hiriente.

Su merecida obstinación dio resultado, y la hermana Sasaki permaneció veinte años a la cabeza del jardín de San José. Gracias a sus estudios como contable, fue capaz de introducir un sistema racional de contabilidad. Eventualmente la Sociedad de Auxiliadoras, con la ayuda de varias ramas de los Estados Unidos, consiguió dinero suficiente para un nuevo edificio, y la hermana Sasaki supervisó la construcción de una estructura de bloques de concreto tallada en la cima de una colina. Pocos años después, un canal subterráneo comenzó a minar la estructura, y la hermana Sasaki se ocupó de reemplazarla por un moderno edificio de concreto reforzado con habitaciones simples y dobles provistas de lavamanos e inodoros estilo occidental.

Pero se dio cuenta de que su don más grande era su habilidad para ayudar a los internos a morir en paz. Tras la bomba había visto tantas muertes en Hiroshima, y había visto tantas de las cosas extrañas que suele hacer la gente cuando se ve arrinconada por la muerte, que ya nada la sorprendía ni la asustaba. La primera [151] vez que veló a un interno moribundo recordó vívidamente una noche después de la bomba en que yacía al aire libre, sin

open, uncared for, in dreadful pain, beside a young man who was dying. She had talked with him all night, and had become aware, above all, 5 of his fearful loneliness. She had watched him die in the morning. At deathbeds in the home, she was always mindful of this terrible solitude. She would speak little to the 10 dying person but would hold a hand or touch an arm, as an assertion, simply, that she was there.

Once, an old man revealed to 15 her on his deathbed, [161] with such vividness she felt she was witnessing the act, that he had stabbed another man in the back and had watched him bleed to 20 death. Though the murderer was not a Christian, Sister Sasaki told him that God forgave him, and he died in comfort. Another old man had, like many Kyushu miners, 25 been a drunkard. He had had a sordid reputation; his family had abandoned him. In the home, he tried with pathetic eagerness to please everyone. He volunteered 30 to carry coal from storage bins, and he stoked the building's boiler. He had cirrhosis of the liver, and had been warned not to accept the daily ration of five 35 ounces of distilled spirits that the Garden of St. Joseph mercifully issued to the former miners. But he continued to drink it. Vomiting at the supper table one night, 40 he ruptured a blood vessel. It took him three days to die. Sister Sasaki stayed beside him all that time, holding his hand, so that he might die knowing that, 45 living, he had pleased her.

IN 1970, Sister Sasaki attended an international conference of 50 working nuns in Rome and, after it, inspected welfare facilities in Italy, Switzerland, France, Belgium, and England. She retired from the Garden of St. Joseph at the age of fifty-five, in 1978, and 55 was awarded a vacation trip to the Holy See. Unable to be idle, she installed herself at a table outside St. Peter's to give advice to Japanese tourists; later, she became a 60 tourist herself, in Florence, Padua, Assisi, Venice, Milan, and Paris.

Back in Japan, she did volunteer work for two years at the To- 65 kyo headquarters of the Society of Helpers, [162] then spent two years as Mother Superior of the convent at Misasa, where she had taken her training. After that, she

nadie que la cuidara, con un dolor terrible, junto a un joven que se estaba muriendo. Había hablado con él toda la noche y se había dado cuenta, sobre todo, de su temerosa soledad. Lo había visto morir en la mañana. En el hogar, junto a los lechos de muerte, siempre tenía presente esta terrible soledad. Le hablaba poco al moribundo, pero podía darle la mano o sostener su brazo, reafirmando simplemente su presencia.

Cierta vez un hombre le reveló en su lecho de muerte —con descripciones tan vívidas que a ella le parecía estar presenciando el acto— que había acuchillado a otro por la espalda y lo había visto desangrarse. Aunque el asesino no era cristiano, la hermana Sasaki le dijo que Dios lo perdonaba, y el hombre murió consolado. Otro anciano había sido un borracho, como tantos mineros de Kyushu. Había tenido una sórdida reputación; su familia lo había abandonado. En el hogar intentaba, con patético entusiasmo, complacer a todo el mundo. Se ofrecía como voluntario para llevar el carbón desde los botes de almacenaje y alimentar la caldera del edificio. Tenía cirrosis del hígado, y le habían advertido que no aceptara la ración diaria de cinco onzas de alcohol destilado que el Jardín de San José regalaba misericordiosamente a los antiguos mineros. Pero él siguió bebiéndola. Una noche, mientras vomitaba sobre la mesa de la cena, sufrió la ruptura de un vaso sanguíneo. Tardó tres días en morir. La hermana Sasaki permaneció a su lado todo ese tiempo, sosteniendo su mano para que muriera con la certeza de que, en vida, la había complacido.

En 1970, la hermana Sasaki asistió a una conferencia internacional de monjas trabajadoras en Roma y después inspeccionó las [152] instalaciones de la seguridad social en Italia, Suiza, Francia, Bélgica e Inglaterra. Se retiró del Jardín de San José a la edad de cincuenta y cinco años, en 1978, y fue premiada con un viaje de vacaciones a la Santa Sede. Incapaz de quedarse ociosa, se instaló en una mesa fuera de San Pedro para dar consejos a los turistas japoneses; más tarde ella misma se transformó en turista por Florencia, Padua, Asís, Venecia, Milán y París.

De vuelta al Japón se presentó como voluntaria por dos años en las oficinas de la Sociedad de Auxiliadoras en Tokio, y luego pasó otros dos años como Madre Superiora en el convento de Misasa, donde había recibido su capacitación. Des-

led a tranquil life as superintendent of the women's dormitory at the music school where her brother had studied; it had been
5 taken over by the Church and was now called the Elizabeth College of Music. After finishing at the school, Yasuo had become qualified as a schoolteacher, and now
10 he taught composition and mathematics in a high school in Kochi, on the island of Shikoku. Yaeko was married to a doctor who owned his own clinic in
15 Hiroshima, and Sister Sasaki could go to him if she needed a doctor. Besides continuing difficulties with her leg, she had endured for some years a pattern of
20 ailments which—as with so many hibakusha—might or might not have been attributable to the bomb: liver dysfunction, night
sweats and morning fevers, borderline angina, blood spots on her
25 legs, and signs in blood tests of a rheumatoid factor.

One of the happiest moments in
30 her life came in 1980, while she was stationed at the society's headquarters in Tokyo: she was honored at a dinner to celebrate the twenty-fifth anniversary of
35 her becoming a nun. By chance, a second guest of honor that night was the head of the society in Paris, Mother General France Delcourt, who, it happened, had
40 also reached her twenty-fifth year in the order. Mother Delcourt gave Sister Sasaki a present of a picture of the Virgin Mary. Sister Sasaki made a speech: "I shall not
45 dwell on the past. It is as if I had been given a spare life when I survived the A-bomb. But I prefer not to look back. I shall keep moving forward." [163]

50

5 DR. MASAKAZU FUJII

A CONVIVIAL MAN, fifty
55 years old, Dr. Fujii enjoyed the company of foreigners, and as his practice in the Kaitaichi clinic rolled comfortably along, it was his pleasure, in the evenings, to
60 ply members of the occupying forces with a seemingly endless supply of Suntory whiskey that he somehow laid hands on. For years he had had a hobby of
65 studying foreign languages, English among them. Father Kleinsorge had long been a friend, and he used to visit in the evenings to teach Dr. Fujii to

pués de aquello llevó una vida tranquila como superintendente del dormitorio de mujeres en la escuela de música donde su hermano había estudiado; la escuela había sido tomada por la iglesia, y ahora se llamaba Elizabeth College of Music. Tras terminar sus estudios, Yasuo se había titulado como profesor, y ahora enseñaba composición y matemáticas en una secundaria de Kochi, en la isla de Shikoku. Yaeko estaba casada con un doctor que era dueño de su propia clínica en Hiroshima, y la hermana Sasaki podía ir a verlo si necesitaba atención médica. A pesar de las continuas dificultades con su pierna, había soportado durante varios años un patrón de dolencias que—como les sucedía a tantos hibakusha—podía o no ser consecuencia de la bomba: disfunciones hepáticas, sudores nocturnos y fiebres matinales, dudosas anginas, manchas sanguíneas en las piernas y señales de un factor reumatoide en los análisis de sangre.

En 1980, mientras se encontraba emplazada en las oficinas de la Sociedad en Tokio, llegó uno de los momentos más felices de su vida: se celebró una cena en su honor para conmemorar sus veinticinco años como monja. Por casualidad, una segunda invitada de honor esa noche era la directora de la sociedad en París, [53] la Madre General France Delcourt, y sucedió que también ella celebraba su vigésimo quinto año en la orden. La Madre Delcourt le dio a la hermana Sasaki un cuadro de la Virgen María como regalo. La hermana Sasaki pronunció un discurso: «No pensaré demasiado en el pasado. Cuando sobreviví a la bomba, fue como si me dieran una vida de repuesto. Pero preferiría no mirar atrás. Seguiré moviéndome hacia adelante».

Doctor Masakazu Fujii

El doctor Fujii, un hombre ameno que había cumplido ya los cincuenta años, disfrutaba de la compañía de los extranjeros, y en las tardes le gustaba, puesto que su práctica en la clínica Kaitaichi prosperaba casi sin su ayuda, **invitar** a los miembros de las fuerzas de ocupación y servirles cantidades aparentemente interminables de whisky Suntory que conseguía de alguna manera. Durante años se había entretenido aprendiendo lenguas extranjeras como pasatiempo, entre ellas el inglés. El padre Kleinsorge era ya un viejo amigo, y lo visitaba en las tardes para ense-

ply 1 a: to use or wield diligently <busily *plying* his pen> **b**: to practice or perform diligently <*ply* a trade> **2**: to keep furnishing or supplying something to <*plied* us with liquor>
3 a: to make a practice of rowing or sailing over or on <the boat *plies* the river> **b**: to go or travel regularly over, on, or through <jets *plying* the skies>
1: to apply oneself steadily **2**: to go or travel regularly
ply: 1 [+ *needle, tool*] manejar; emplear [+ *ours*] emplear [+ *river, route*] navegar por **to ply one's trade** ejercer su profesión **2 to ply somebody with questions** acosar a alguien con preguntas
to ply somebody with drink no parar de ofrecer de beber a alguien
to ply between ir y venir de

70

speak German. The doctor had
 also taken up Esperanto. During
 the war the Japanese secret po-
 lice had got it into their heads
 5 that the Russians used Esperanto
 for their spying codes, and Dr.
 Fujii had more than once been
 questioned closely about whether
 he was getting messages from the
 10 Comintern. He was now eager to
 make friends with Americans.

In 1948, he built a new clinic,
 in Hiroshima, on the site of the
 15 one that had been ruined by the
 bomb. The new one was a modest
 wooden building with half a dozen
 bedrooms for in-patients. He had
 trained as an orthopedic surgeon,
 20 but after the war that craft was
 becoming subdivided into various
 specialties. He had earlier had as
 a special interest prenatal hip dis-
 locations, but he now thought
 25 himself too old to go very far with
 that or [164] any other specialty;
 besides, he lacked the sophisti-
 cated equipment needed for spe-
 cialization. He performed opera-
 30 tions on keloids, did appendecto-
 mies, and treated wounds; he also
 took medical (and, occasionally,
 venereal) cases. Through his Oc-
 cupation friends, he was able to
 35 get penicillin. He treated about
 eighty patients a day.

He had five grown children,
 and, in the Japanese tradition, they
 40 followed in their father's foot-
 steps. The oldest and youngest
 were daughters, Myeko and
 Chieko, and both married doctors.
 The oldest son, Masatoshi, a doc-
 45 tor, inherited the Kaitaichi clinic
 and its practice; the second son,
 Keiji, did not go to medical school
 but became an X-ray technician;
 and the third son, Shigeyuki, was
 50 a young doctor on the staff of the
 Nihon University Hospital in To-
 kyō. Keiji lived with his parents,
 in a house that Dr. Fujii had built
 next to the Hiroshima clinic.

55 DR. Fujii suffered from none of
 the effects of radiation overdose,
 and he evidently felt that for any
 psychological damage the horrors
 60 of the bombing may have done him
 the best therapy was to follow the
 pleasure principle. Indeed, he rec-
 ommended to hibakusha who did
 have radiation symptoms that they
 65 take a regular dosage of alcohol.
 He enjoyed himself. He was com-
 passionate toward his patients, but
 he did not believe in working too
 hard. He had a dance floor in-

ñarle a hablar alemán. El doctor tam-
 bién había empezado a aprender
 esperanto. Durante la guerra, a la po-
 licía secreta se le había metido en la
 cabeza que los rusos usaban el
 esperanto para sus códigos de espio-
 naje, y el doctor Fujii fue interroga-
 do más de una vez acerca de si reci-
 bía mensajes del Comintern. Ahora
 lo entusiasmaba hacerse amigo de los
 norteamericanos.

En 1948 construyó una nueva clí-
 nica en Hiroshima, sobre el lote de la
 que había sido destruida por la bom-
 ba. La nueva era un modesto edificio
 de madera con media docena de ha-
 bitaciones para los internos. El doc-
 tor había recibido entrenamiento
 como cirujano ortopédico, pero des-
 pués de la guerra ese oficio [154] es-
 taba dividiéndose en varias especia-
 lizaciones. Al principio lo interesa-
 ron las dislocaciones prenatales de la
 cadera, pero ahora se sentía demasia-
 do viejo para avanzar con ésa u otras
 especializaciones; además, carecía de
 los sofisticados equipos necesarios
 para especializarse. Realizó operacio-
 nes sobre queloides, realizó
 apendicetomías y trató heridas varias;
 también aceptó casos médicos (y, en
 ocasiones, venéreos). A través de sus
 amigos de la Ocupación logró obte-
 ner penicilina. Llegó a tratar a unos
 ochenta pacientes diarios.

Tenía cinco hijos adultos que,
 en la tradición japonesa, siguie-
 ron su camino. Sus hijas Myeko
 y Chieko, la mayor y la menor, se
 casaron con doctores. El hijo ma-
 yor, Masatoshi, doctor, heredó la
 clínica de Kaitaichi y su práctica;
 el segundo hijo, Keiji, no estudió
 medicina, pero se hizo técnico en
 rayos X; y el tercer hijo,
 Shigeyuki, era uno de los jóvenes
 médicos del Hospital de la Uni-
 versidad Nihon en Tokio. Keiji
 vivía con sus padres en una casa
 que el doctor Fujii había cons-
 truido junto a la clínica de
 Hiroshima.

El doctor Fujii no sufría ninguno
 de los efectos de la sobredosis radio-
 activa, y sentía evidentemente que a
 pesar de todo el daño psicológico que
 le pudieron haber causado las—efec-
 tos de la bomba, la mejor terapia era
 seguir el principio del placer. De he-
 cho, les recomendaba a los
 hibakushas que sí tenían síntomas
 radioactivos que tomaran dosis regu-
 lares de alcohol. Se divertía mucho.
 Era compasivo con sus pacientes,
 pero no creía en el trabajo demasia-
 do duro. Tenía un salón de baile ins-

stalled in his house. He bought a billiard table. He enjoyed photography and built himself a dark-room. He played mah-jongg. He loved having foreign houseguests. At bedtime, his nurses gave him massages and, sometimes, therapeutic injections. [165]

10 He took up golf, and built a sand bunker and set up a driving net in his garden. In 1955, he paid the entrance fee of a hundred and fifty thousand yen, then a little more
15 than four hundred dollars, to join the exclusive Hiroshima Country Club. He did not play much golf, but, to the eventual great joy of his children, he kept the family mem-
20 bership. Thirty years later, it would cost fifteen million yen, or sixty thousand dollars, to join the club.

25 He succumbed to the Japanese baseball mania. The Hiroshima players were at first called, in English, the Carps, until he pointed out to the public that the plural for that fish,
30 and for those ballplayers, had no "s." He went often to watch games at the huge new stadium, not far from the A-Bomb
35 Dome—the ruins of the Hiroshima Industrial Promotion Hall, which the city had kept as its only direct physical reminder of the bomb. In their
40 early seasons, the Carp had dismal records, yet they had a fanatical following, something like those of the Brooklyn Dodgers and the New York
45 Mets in their lean years. But Dr. Fujii rather mischievously rooted for the Tokyo Swallows; he wore a Swallows button on the lapel of his jacket.

50 Hiroshima, in its regeneration as a brand-new city after the bombing, turned up with one of the gaudiest entertainment districts in
55 all Japan—an area where, at night, vast neon signs of many colors winked and beckoned to potential customers of bars, geisha houses, coffee shops, dance halls, and li-
60 censed houses of prostitution. One night, Dr. Fujii, who had begun to have a reputation [167] as a *purayboy*, or playboy, took his tenderfoot son Shigeyuki, who was
65 twenty years old and home awhile from the grind of his Tokyo medical school, out on the town to show him how to be a man. They went to a building where there was a

talado en su casa. Había comprado una mesa de billar. Le gustaba la fotografía, y se construyó un cuarto oscuro. Jugaba mah jongg. Le encantaba tener huéspedes extranjeros. A la hora de dormir, sus enfermeras le daban masajes y, algunas veces, inyecciones terapéuticas. [155]

Empezó a jugar golf, y se construyó un búnker de arena y puso una red de práctica en su jardín. En 1955 pagó una cuota de entrada de ciento cincuenta mil yenes, que entonces eran poco más de cuatrocientos dólares, para asociarse al exclusivo Country Club de Hiroshima. No llegó a jugar mucho al golf, pero conservó la membresía familiar, para eventual felicidad de sus hijos. Treinta años después, entrar al club costaría quince millones de yenes, o sesenta mil dólares.

Sucumbió al furor japonés por el béisbol. Al principio, a los jugadores de Hiroshima se los llamaba, en inglés, *the Carps*, las Carpas, hasta que el doctor señaló al público que el plural de ese pescado, y de esos jugadores, no llevaba «s». Iba a menudo a ver partidos al gran estadio nuevo, que no estaba lejos del Domo de la Bomba A —las ruinas del Salón de Promoción Industrial de Hiroshima, que la ciudad había decidido mantener como único recordatorio físico de la bomba—. En sus primeras temporadas, las Carpas obtuvieron resultados desalentadores, y sin embargo contaban con seguidores fanáticos, más o menos como tuvieron los Dodgers de Brooklyn y los Mets de Nueva York en sus buenos años. Pero el doctor Fujii se inclinó, maliciosamente, por las Golondrinas de Tokio; y usaba un botón de las Golondrinas en la solapa de su chaqueta.

En su proceso de regeneración como ciudad recién hecha después de los bombardeos, Hiroshima descubrió que tenía uno de los barrios de entretenimiento más chabacanos de todo Japón: un área en la cual vastos anuncios de neón de colores diversos titilaban en la noche como llamando a los clientes potenciales de bares, casas geisha, cafés, salones de baile y prostíbulos registrados. Una noche el doctor Fujii, que había comenzado a tener reputación de *purayboy*, o playboy, llevó a la ciudad a Shigeyuki, su hijo inocente —que tenía veinte años y estaba de regreso en casa descansando de los duros estudios [156] de medicina en Tokio— para enseñarle a hacerse hombre. Fue-

huge dance floor, with girls lined up along one side. Shigeyuki told his father he didn't know what to do; his legs felt weak. Dr. Fujii bought a ticket, picked out an especially beautiful girl, and told Shigeyuki to bow to her and take her out there and do the step that he had taught him on the dance floor at home. He told the girl to be gentle with his son, and he drifted away.

IN 1956, Dr. Fujii had an adventure. At the time the so-called Hiroshima Maidens had gone to the United States for plastic surgery, the year before, they were accompanied by two Hiroshima surgeons. Those two could not stay away for more than a year, and Dr. Fujii was selected to take the place of one of them. He left in February, and for ten months, in and around New York, he played the part of a warm and caring father to twentyfive handicapped daughters. He observed their operations at Mount Sinai Hospital and acted as interpreter between the American doctors and the girls, helping the latter to understand what was happening to them. It pleased him to be able to speak German with the Jewish wives of some of the doctors, and at one reception no less a person than the governor of New York State complimented him on his English.

The girls, staying with American host families who [167] spoke little or no Japanese, were often lonely, and Dr. Fujii **devised** ways to cheer them up. He was playful and considerate. He organized outings for Japanese food, taking two or three girls at a time. Once, a party was to be given by an American doctor and his wife just three days after one of the Maidens, Michiko Yamaoka, had undergone a major operation. Her face had a dressing on it, and her hands were bandaged and strapped to her body. Dr. Fujii didn't want her to miss the party, and he got one of the American doctors to arrange for her to ride through the city to the party in an open red limousine, behind a police escort with a siren. On the way, Dr. Fujii had them stop at a drugstore, where he bought Michiko a toy horse for ten cents; he asked the policeman to take a picture of the presentation of this gift.

Sometimes, he went out alone to have a good time. The other

ron a una construcción donde había un gran salón de baile con chicas alineadas de un lado. Shigeyuki dijo que no sabía qué hacer; las piernas le temblaban. El doctor Fujii compró un tiquete, escogió a una chica especialmente hermosa y le dijo a Shigeyuki que hiciera una venia, la sacara a la pista e hiciera el paso que el padre le había enseñado en casa. Le dijo a la chica que fuera amable con su hijo, y desapareció.

En 1956, el doctor Fujii participó en una aventura. Un año antes, cuando las llamadas Doncellas de Hiroshima se habían ido a los Estados Unidos para su cirugía plástica, dos cirujanos de Hiroshimalas habían acompañado. Aquellos dos no podían estar fuera de la ciudad más de dos años, y el doctor Fujii reemplazó a uno de ellos. Partió en febrero, y durante diez meses, en Nueva York y sus alrededores, jugó el papel de padre cariñoso y comprensivo con sus veinticinco hijas impedidas. Observó sus operaciones en el hospital Mount Sinai e hizo de intérprete entre los doctores norteamericanos y las chicas, ayudando a éstas a entender lo que les ocurría. Le agradó ser capaz de hablar alemán con las esposas judías de algunos doctores; en una recepción, nada menos que el gobernador del estado de Nueva York lo felicitó por su inglés.

A menudo las chicas, hospedadas por familias norteamericanas que hablaban poco o nada de japonés, se sentían solas, y el doctor Fujii **inventó** varias maneras de alegrarlas. Organizó salidas a comer comida japonesa llevando a dos o tres chicas a la vez. Una vez, un médico norteamericano y su esposa iban a dar una fiesta apenas tres días después de que una de las doncellas, Michiko Yamaoka, pasara por una operación de importancia. [157] Su cara estaba cubierta de gasa, y sus manos habían sido vendadas y sujetadas a su cuerpo. El doctor Fujii no quería que ella se perdiera la fiesta, así que hizo arreglos con un doctor norteamericano para que le permitiera asistir en una limusina abierta de color rojo seguida por una escolta policial con sirena. En el camino se detuvieron en una farmacia, y el doctor Fujii le compró a Michiko un caballo de juguete por diez centavos; le pidió al policía que fotografiara la entrega del regalo.

Algunas veces el doctor Fujii salía solo a divertirse. El otro doctor ja-

devise 1 plan or invent by careful thought. 2 Law leave (real estate) by the terms of a will (cf. bequeath). Inventar, concebir, diseñar, fabricar, idear, concebir

Floppy flexible, baldo

flop 1 sway about heavily or loosely (*hair flopped over his face*), 2 move in an ungainly (clumsily) way (*flopped along the beach in flippers*), 3 (often foll. by *down, on, into*) sit, kneel, lie, or fall awkwardly or suddenly (*flopped down on to the bench*). 4 *sl.* (esp. of a play, film, book, etc.) fail; collapse (*flopped on Broadway*). 5 *sl.* sleep. 6 make a dull sound as of a soft body landing, or of a flat thing slapping water.

1 a a flopping movement. b the sound made by it. 2 *sl.* a failure. 3 *sl. esp. US* a bed.

Japanese doctor, named Takahashi, was his hotel roommate. Dr. Takahashi was a light drinker and a light sleeper. Late 5 at night, Dr. Fujii would come in, crash around, **flop down**, and break into a sleepshattering symphony of snores. He was having a wonderful time.

10 WAS he, nine years later, in Hiroshima, still so happy-go-lucky? His daughter Chieko's husband thought not. The 15 son-in-law thought he saw signs of a growing stubbornness and rigidity in him, and a turn toward melancholy. So that Dr. Fujii could ease up in his work, his 20 third son, Shigeyuki, gave up his practice in Tokyo and came to be his assistant, moving into a house that his [168] father had built on a plot of ground about a block 25 from the clinic. One cloud in the father's life was a quarrel in the Hiroshima Lions Club, of which he was president. The fight was over whether the club should try, 30 through its admissions policy, to become an exclusive, high-society organization, like some of the Japanese doctors' associations, or remain essentially a service organiza- 35 tion, open to all. When it appeared that Dr. Fujii might lose out in his fight for the latter view, he abruptly and disappointedly resigned.

40 His relationship with his wife was growing difficult. Ever since his trip to America, he had wanted a house like that of one of the 45 Mount Sinai doctors, and now, to her chagrin, he designed and built, next to the wooden house Shigeyuki was living in, a three-story concrete home for 50 himself alone. On the ground floor it had a living room and an American-style kitchen; his study was on the second floor, lined with bound books, which 55 Shigeyuki eventually found to be volume after volume of meticulous copies he had made in medical school of course notes by a classmate named Iwamoto, who 60 was brighter than he; and on the top floor were an eight-mat Japanese-style bedroom and an American-style bathroom.

65 Toward the end of 1963, he rushed its completion, so it would be ready to house an American couple who had been host parents to some Maidens and were coming

ponés, de nombre Takahashi, era su compañero de habitación en el hotel. El doctor Takahashi bebía poco y tenía el sueño liviano. El doctor Fujii llegaba tarde en las noches, se estre- llaba con todo, **se desplomaba** sobre la cama y estallaba en una sinfonía de ronquidos **que despertaba a cualquiera**. Se divertía en grande.

¿Seguía siendo tan despreocupado nueve años después, en Hiroshima? El marido de su hija Chieko no lo creía así. El yerno creía ver en él señales de creciente terquedad y rigidez, y una cierta inclinación a la melancolía. Para que su padre pudiera relajar- se un poco, Shigeyuki, el tercer hijo, renunció a su práctica en Tokio y regresó para servirle de asistente, mudándose a una casa que su padre había construido sobre un lote baldío a una calle de la clínica. En la vida de su padre había una pequeña man- cha: una trifulca en el Club de Leones de Hiroshima, del cual era presi- dente. En la pelea se había discutido si el club debía intentar, a través de su política de admisión, volverse una organización exclusiva para la alta sociedad, como algunas de las asocia- ciones japonesas de médicos, o seguir siendo esencialmente una organiza- ción de servicio abierta a todo el mun- do. Cuando fue evidente [158] que sería derrotado, el doctor Fujii, que apoyaba este último punto de vista, renunció de forma abrupta y defrau- dada.

Su relación con su esposa se vol- vía difícil. Desde su viaje a los Esta- dos Unidos había querido tener una casa como la de uno de los doctores del Mount Sinai, y ahora, para des- consuelo de ella, había diseñado y construido, junto a la casa de madera en la que vivía Shigeyuki, una resi- dencia de concreto de tres pisos para él solo. En la planta baja había un salón de estar y una cocina estilo americano; su estudio quedaba en el primer piso, flanqueado por libros en- cuadernados que, según descubrió después Shigeyuki, eran volúmenes y volúmenes de copias meticulosas que su padre había hecho, durante la uni- versidad, de los apuntes de Iwamoto, un compañero más inteligente que él; y en el último piso había una habita- ción de estilo japonés, de ocho este- ras de superficie, y un baño estilo americano.

Hacia fines de 1963, el doctor Fujii apuró la terminación del edificio para poder albergar a una pareja de norte- americanos que habían hospedado a algunas doncellas y llegarían de visi-

shattering destrozado, hecho añicos, abruma- dor, arrollador, anonadante, trastornador, de- moledor, tremendo, estremecedor

to visit after the first of the year. He wanted to sleep there for a few nights to try it out. His wife argued against the haste, but he stubbornly moved in, late in December. [169]

NEW YEAR'S EVE, 1963. Dr. Fujii sat cozily on the tatami matting of Shigeyuki's living room with his legs in a *kotatsu*, an electrically heated foot-warming recess in the floor. Also gathered there were Shigeyuki and his wife and another couple, but not Dr. Fujii's wife. The plan was to have some drinks and watch an annual New Year's Eve television program called "Ko-haku Uta-Gassen," a contest between red (female) and white (male) teams of popular singers who had been chosen for the program by a poll of listeners; judges were famous actresses, authors, golfers, baseball players. The program would run from nine to eleven-forty-five, and then there would be bell ringing for the New Year. At about eleven, Shigeyuki noticed that his father, who had not been drinking much, was nodding, and suggested that he go off to bed. And in a few minutes, before the end of the program, he did—this time without the ministrations of a nurse who, most nights, massaged his legs and tucked him in. After a while, worrying about his father, Shigeyuki went out and around to the river side of the new house, where, looking up, he saw a light burning in the bedroom window. He thought all was well.

The family had made a plan to meet the next morning at eleven for drinks and the traditional New Year's breakfast of *ozoni*, a soup, and *mochi*, rice cakes. Chieko and her husband and some other guests arrived and began drinking. At half past eleven, Dr. Fujii had not appeared, and Shigeyuki sent his seven-year-old son, Masatsugu, out to call up to his window. The boy, getting [170] no answer, tried the door. It was locked. He borrowed a ladder from a neighbor's house and climbed to the top of it to call some more, and still there was no response. When he told his parents, they became alarmed and hurried out, broke a window next to the locked door to get it open, and, smelling gas, rushed upstairs.

ta después del primer día del año. Quería pasar allí algunas noches, para ensayar la casa. Su esposa no estuvo de acuerdo con las prisas, pero él se mudó, obstinadamente, a finales de diciembre.

Víspera de año nuevo, 1963. El doctor Fujii estaba cómodamente sentado sobre la estera tatami del salón de Shigeyuki, con las piernas en un *kotatsu*, un recipiente eléctrico abierto en el piso para calentarse los pies. Reunidos allí estaban también Shigeyuki y su esposa y otra pareja, pero no la esposa del doctor Fujii. El plan era beber algo y ver un programa de televisión de Año Nuevo llamado «Ko-haku Uta-Gassen», un concurso entre dos equipos de cantantes populares —uno rojo (femenino) y uno azul (masculino)—, [159] escogidos para el programa por votación de la audiencia; los jurados eran actrices famosas, escritores, golfistas, beisbolistas. El programa se emitía entre las nueve y las once y cuarenta y cinco, y entonces se tocaban las campanas para el Año Nuevo. A eso de las once, Shigeyuki se percató de que su padre, que no había bebido demasiado, estaba cabeceando, y le sugirió que se fuera a dormir. Y así lo hizo él pocos minutos después, antes del final del programa, esta vez sin los cuidados de la enfermera que casi todas las noches masajeaba sus pies y lo metía en la cama. Un rato después, preocupado por su padre, Shigeyuki salió y le dio la vuelta a la casa, y desde el lado del río, mirando hacia arriba, vio una luz encendida en la ventana de la habitación. Pensó que todo estaba bien.

La familia había planeado reunirse a las once de la mañana siguiente para tomar el desayuno tradicional de Año Nuevo, con *ozoni*, una sopa, y *mochi*, pasteles de arroz. Chieko, su esposo y otros invitados llegaron primero, y comenzaron a beber. A las once y media el doctor Fujii no había aparecido todavía, y Shigeyuki mandó a su hijo de siete años, Masatsugu, a que lo llamara desde afuera. El niño, al no obtener respuesta, intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Tomó prestada una escalera de la casa del vecino, subió hasta el último escalón y desde allí llamó de nuevo, y tampoco hubo respuesta. Cuando se lo dijo a sus padres, se alarmaron: corrieron a la casa y rompieron un cristal junto a la puerta para abrirla, y al sentir el olor del gas se apresuraron a subir. Allí encontraron al doctor Fujii

There they found Dr. Fujii unconscious, with a gas heater at the head of his futon turned on but not burning. Strangely, a ventilator fan was also turned on; the draft of fresh air from it had probably kept him alive. He was stretched out on his back, looking serene.

10

There were three doctors present—son, son-in-law, and a guest—and, fetching oxygen and other equipment from the clinic, they did everything they could to revive Dr. Fujii. They called in one of the best doctors they knew, a Professor Myanishi, from Hiroshima University. His first question: “Was this a suicide attempt?” The family thought not. There was nothing to be done until January 4th; everything in Hiroshima would be shut down tight for the three-day New Year’s holiday, and hospital services would be at a minimum. Dr. Fujii remained unconscious, but his life signs seemed not to be critical. On the fourth, an ambulance came. As the bearers were carrying Dr. Fujii downstairs, he stirred. Swimming up toward consciousness, he apparently thought he was being rescued, somehow, after the atomic bombing. “Who are you?” he asked the bearers. “Are you soldiers?”

40

In the university hospital, he began to recover. On January 15th, when the annual sumo wrestling contests [171] began, he asked for the portable television set he had bought in America, and he sat up in bed watching. He could feed himself, though his handling of chopsticks was a bit awkward. He asked for a bottle of *sake*.

50

By now, everyone in the family was off guard. On January 25th, his stool was suddenly watery and bloody, and he became dehydrated and lost consciousness.

For the next eleven years, he lived the life of a **vegetable**. He remained in the hospital, fed through a tube, for two and a half years, and then was taken home, where his wife and a loyal servant cared for him, feeding him through the tube, changing his diapers, bathing him, massaging him, medicating him for urinary infections he developed. At times, he seemed to respond to voices, and sometimes he seemed to be dimly registering pleasure or

70

inconsciente, con un calentador de gas junto a la cabecera de su futón, encendido pero sin llama. Extrañamente, un ventilador también estaba encendido; la corriente de aire fresco que producía probablemente había mantenido con vida al doctor. Estaba acostado de espaldas; tenía una mirada serena. [160]

Tres doctores estaban presentes — hijo, yerno y un invitado—, y, después de traer oxígeno y otros aparatos del hospital, hicieron todo lo que pudieron para revivir al doctor Fujii. Llamaron a uno de los mejores médicos que conocían, un profesor Myanishi, de la Universidad de Hiroshima. Su primera pregunta: «¿Ha sido un intento de suicidio?». La familia creía que no. Pero no había nada que hacer hasta el 4 de enero; en Hiroshima, todo estaría cerrado durante la fiesta de Año Nuevo, que duraba tres días, y los servicios hospitalarios se mantendrían al mínimo. El doctor Fujii permaneció inconsciente, pero sus signos vitales no parecían ser críticos. El 4 de enero llegó una ambulancia. Mientras los portadores lo cargaban escaleras abajo, el doctor Fujii se sacudió. Emergiendo hacia la recuperación de la conciencia creyó aparentemente que lo rescataban después de la explosión de la bomba atómica. «¿Quiénes sois?», preguntó a los portadores. «¿Sois soldados?»

Comenzó a recuperarse en el hospital universitario. El 15 de enero, cuando empezaron los campeonatos anuales de sumo, pidió que le trajeran el televisor portátil que había comprado en los Estados Unidos, y se sentó en la cama a verlos. Podía comer sin ayuda, aunque su manejo de los palillos era un poco torpe. Pidió una botella de *sake*.

Para este momento, la familia había bajado la guardia. El 25 de enero sucedió que sus heces se pusieron de repente acuosas y ensangrentadas, y el doctor se deshidrató y perdió la conciencia.

Llevó la vida de un **vegetal** durante los once años siguientes. Permaneció en el hospital dos años y medio, alimentándose a través de un tubo, y luego fue llevado a casa, donde su esposa y una sirvienta leal cuidaban de él, alimentándolo a través del tubo, cambiando sus pañales, bañándolo, dándole masajes, medicándolo contra infecciones urinarias que desarrollaba a veces. De [161] vez en cuando parecía responder a las voces, y algunas veces parecía vagamente regis-

displeasure.

At ten o'clock on the night of January 11, 1973, Shigeyuki took his son Masatsugu, the boy who had climbed the ladder to call his grandfather on the day of the accident, now a premedical student of sixteen, to Dr. Fujii's bedside. He wanted the boy to see his grandfather with the eye of a doctor. Masatsugu listened to his grandfather's breathing and heartbeat and took his blood pressure; he judged his condition stable, and Shigeyuki agreed.

The next morning, Shigeyuki's mother telephoned him, saying that his father looked funny to her. When Shigeyuki arrived, Dr. Fujii was dead.

The doctor's widow was against having an autopsy done. Shigeyuki wanted one, and he resorted to a ruse. He had the body taken to a crematorium; then, that [172] night, it was taken out a back way and was delivered to the American-run Atomic Bomb Casualty Commission, on top of a hill to the east of the city. When the post mortem had been done, Shigeyuki went for the report. Finding his father's organs distributed in various containers, he had the strangest feeling of a last encounter, and he said, "There you are, *Oto-chan*—there you are, Papa." He was shown that his father's brain had atrophied, his large intestine had become enlarged, and there was a cancer the size of a Ping-Pong ball in his liver.

The remains were cremated and buried in the grounds of the Night of the Lotus Temple, of the Jodo Shinshu sect of Buddhism, near his maternal family home in Nagatsuka.

THEN came a sad ending to this hibakusha's story. His family quarrelled over his property, and a mother sued a son.

60

6 KIYOSHI TANIMOTO

A YEAR AFTER the bombing, Hiroshimans had begun repossessing the plots of rubble where their houses had once stood. Many had built crude wooden huts, having scavenged fallen tiles from ruins to make their roofs. There was no

70

trar gustos o disgustos.

A las diez en punto de la noche del 11 de enero de 1973, Shigeyuki llevó a su hijo Masatsugu —el niño que había subido a la escalera el día del accidente para llamar a su abuelo, que ya era un estudiante de preparatoria médica de dieciséis años— a ver al doctor Fujii. Quería que el muchacho examinara a su abuelo con ojo médico. Masatsugu escuchó la respiración y los latidos del corazón de su abuelo y le tomó la tensión; juzgó que su condición era estable, y Shigeyuki estuvo de acuerdo.

A la mañana siguiente, la madre de Shigeyuki lo llamó diciendo que le parecía que el padre tenía un aspecto raro. Cuando Shigeyuki llegó, el doctor Fujii estaba muerto.

La viuda del doctor se opuso a que se hiciera una autopsia. Shigeyuki quería que se hiciera, y recurrió a una treta. Hizo que el cuerpo fuese llevado a un crematorio; esa misma noche, fue llevado de vuelta a la Comisión de Víctimas de la Bomba Atómica, que quedaba sobre una colina al oriente de la ciudad. Cuando se llevó a cabo el post mortem, Shigeyuki fue a buscar el informe. Al encontrar los órganos de su padre distribuidos en varios contenedores, tuvo la curiosa sensación de un último encuentro, y dijo: «Ahí estás, *Oto-chan*; ahí estás, papá». Le mostraron que el cerebro de su padre estaba atrofiado, su intestino grueso se había dilatado y había un cáncer del tamaño de una bola de ping pong en su hígado.

Los restos del doctor fueron cremados y enterrados en los terrenos del Templo de la Noche del Loto, de la secta budista Jodo Shinshu, cerca de la casa de su familia materna en Nagatsuka.

Esta historia hibakusha terminó de manera triste. La familia se peleó por la propiedad del padre, y una madre demandó a un hijo. [162]

Kiyoshi Tanimoto

Un año después de la bomba, los habitantes de Hiroshima habían comenzado nuevamente a tomar posesión de los lotes de escombros donde una vez habían estado sus casas. Muchos construyeron crudas chozas de madera después de escarbar tejas de entre las ruinas para

electricity to light their shacks, and [173] at dusk each evening, lonely, confused, and disillusioned, they gathered in an open area near the Yokogawa railroad station to deal in the black markets and console each other. Into this zone now trooped, each evening, Kiyoshi Tanimoto and four other Protestant ministers and, with them, a trumpeter and a drummer tooting and thumping "Onward, Christian Soldiers." Taking turns, the ministers stood on a box and preached. With so little to entertain them, a crowd always gathered, even including some *panpan* girls, as prostitutes who catered to GIs came to be called. The anger of many hibakusha, directed at first against the Americans for dropping the bomb, had by now subtly modulated toward their own government, for having involved the country in a rash and doomed aggression. The preachers said that it was no use blaming the government; that the hope of the Japanese people lay in repenting their sinful past and relying on God: "Seek ye first the Kingdom of God, and His righteousness; and all these things shall be added unto you. Take therefore no thought for the morrow: for the morrow shall take thought for the things of itself. Sufficient unto the day is the evil thereof."

Because he had no church into which to lure converts, if there should be any, Kiyoshi Tanimoto soon realized the futility of this evangelism. Parts of the reinforced concrete shell of his Gothic-towered church in the city still stood, and he now turned his mind to trying to find ways to restore the building. He had no money. The building had been insured for a hundred and fifty thousand yen, then less than five hundred dollars, but bank [174] funds had been frozen by the conquerors. Learning that military supplies were being allocated for various kinds of reconstruction, he got requisition slips for "conversion materials" from the prefectural government and began a hunt for things he could use or sell. In that time of widespread thievery and of resentment of the Japanese military, many of the supply depots had been looted. Finally, he found on the island of Kamagari a warehouse of

construirse un techo. No había electricidad para alumbrar las chabolas, y cada tarde, solitarios, confundidos y desilusionados, se reunían en una zona abierta cerca de la estación de trenes de Yokogawa para negociar en el mercado negro y consolarse mutuamente. Allí llegaba cada tarde el grupo de Kiyoshi Tanimoto y otros cuatro pastores protestantes y, con ellos, un trompetista y un tambor con pitos y redobles: «Adelante, soldados cristianos». Los pastores se paraban sobre una caja y predicaban por turnos. Con tan poco para divertirse, la multitud se acercaba siempre, incluidas unas pocas chicas *panpan*, como se llegó a llamar a las prostitutas que se ofrecían a los GI. La ira de muchos hibakushas, dirigida al principio contra los norteamericanos por haber arrojado la bomba, para este momento se había modulado sutilmente hacia su propio gobierno por haber involucrado al país en una agresión precipitada y condenada al fracaso. Los predicadores decían que era inútil culpar al gobierno; que las esperanzas del pueblo japonés consistían en arrepentirse de su pasado de pecadores y confiar en Dios: «Buscad primero el Reino de Dios y su recto camino; y todas estas cosas os serán añadidas. No penséis, por lo tanto, en el mañana: pues el mañana se ocupará de sus cosas. Para el día es suficiente el mal que hay en él».

Puesto que carecía de iglesia hacia la cual atraer a eventuales conversos, si los hubiere, Kiyoshi Tanimoto pronto se dio cuenta de la futilidad de su prédica. Partes de la estructura de concreto reforzado de su iglesia gótica todavía existían en la ciudad, y comenzó [163] a pensar en las formas de reconstruir el edificio. No tenía dinero. El edificio había sido asegurado por ciento cincuenta mil yenes —en esa época, menos de quinientos dólares—, pero los conquistadores habían congelado los fondos bancarios. Tras enterarse de que se estaban distribuyendo provisiones militares para diversas formas de reconstrucción, el señor Tanimoto consiguió del gobierno de la prefectura boletas de requisición para «materiales de conversión», y empezó una cacería de cosas que pudiese usar o vender. En ese tiempo de robos generalizados y de resentimientos hacia el ejército japonés, muchos de los depósitos de provisiones fueron asaltados. El señor Tanimoto terminó por encontrar una bodega de pintura en la isla de

paints. American Occupation personnel had made a mess of the place. Unable to read Japanese labels, they had punctured
 5 many cans and kicked them over, apparently to see what was in them. The minister got hold of a boat and carried a big cargo of empty cans to the
 10 mainland, and he was able to barter them with an outfit named the Toda Construction Company for a tile roof for his church. Little by little, over the
 15 months, he and a few loyal parishioners worked on the carpentry for the building with their own hands, but they lacked the funds to do much.

20
ON July 1, 1946, before the first anniversary of the bombing, the United States had tested an atomic bomb at the Bikini Atoll. On May
 25 *17, 1948, the Americans announced the successful completion of another test.*

IN correspondence with an
 30 Emory University classmate, the Reverend Mr. Marvin Green, who was now pastor of the Park Church in Weehawken, New Jersey, Kiyoshi Tanimoto told of his dif-
 35 ficulties in restoring his church. Green arranged with the Methodist Board of Missions [175] an invitation to Tanimoto to visit the United States to raise money, and
 40 in October, 1948, Tanimoto, leaving his family behind, embarked for San Francisco on an American transport, the U.S.S. *Gordon*.

45 On the sea voyage, an ambitious idea grew in his mind. He would spend his life working for peace. He was becoming convinced that the collective memory of the
 50 hibakusha would be a potent force for peace in the world, and that there ought to be in Hiroshima a center where the experience of the bombing could become the focus
 55 of international studies of means to assure that atomic weapons would never be used again. Eventually, in the States, without thinking to check with Mayor Shinzo
 60 Hamai or anyone else in Hiroshima, he drafted a memorandum sketching this idea.

He lived as a guest in the base-
 65 ment of Marvin Green's Weehawken parsonage. The Reverend Mr. Green, enlisting the help of some volunteers, became his manager and promoter. From a church

Kamagari. El personal de la Ocu-
 pación norteamericana había des-
 trozado el lugar. Incapaces de leer
 etiquetas en japonés, los norteamer-
 5 icanos habían perforado y derri-
 bado los contenedores, aparente-
 mente para ver qué había en ellos. El pastor se hizo de un bote y tra-
 ajo de vuelta un buen cargamento de
 contenedores, y logró cambiarlos
 con un negocio pequeño, la Com-
 pañía de Construcción Toda, por
 un techo de tejas para su iglesia. Poco a poco, a medida que pasa-
 ban los meses, algunos parroquia-
 nos leales y él trabajaron con sus
 propias manos en la carpintería del
 edificio, pero carecían de fondos
 suficientes para hacer gran cosa.

*El 1 de julio de 1946, antes del pri-
 mer aniversario de la bomba, los Es-
 tados Unidos habían probado una
 bomba atómica en el atolón Bikini. El
 y de mayo de 1948, los norteameri-
 canos anunciaron la terminación sa-
 tisfactoria de otra prueba.*

En su correspondencia con un com-
 pañero de clase de la Universidad
 Emory, el reverendo Marvin Green,
 pastor de Park [164] Church en
 Weehawken, Nueva Jersey, Kiyoshi
 Tanimoto mencionó sus dificultades
 para restaurar su iglesia. Green orga-
 nizó, con el Directorio de Misiones
 Metodistas, una invitación para que
 Tanimoto visitara los Estados Unidos
 con el fin de recaudar dinero, y en oc-
 tubre de 1948 Tanimoto se despidió
 de su familia y se embarcó hacia San
 Francisco en un transporte norteamer-
 icano, el «U.S.S. Gordon».

En el mar se le ocurrió una idea
 ambiciosa. Dedicaría su vida entera
 a trabajar por la paz. Poco a poco se
 convencía de que la memoria colec-
 tiva de los hibakushas llegaría a ser
 una poderosa fuerza de paz en el
 mundo, y de que debería haber en
 Hiroshima un centro donde la expe-
 riencia de la bomba pudiera volver-
 se foco de estudios internacionales,
 asegurando así que nunca más vol-
 vieran a usarse armas atómicas. Eventualmente, ya en los Estados
 Unidos, sin pensar siquiera en ha-
 blarlo con el alcalde Shinzo Hamai
 ni con nadie más en Hiroshima, es-
 cribió un memorando haciendo un
 bosquejo de la idea.

Tanimoto vivía como huésped en
 el sótano de la parroquia de Marvin
 Green en Weehawken. El reverendo
 Green, tras reclutar la ayuda de va-
 rios voluntarios, se volvió represen-
 tante y promotor de la idea. Usó un

directory he compiled a list of all the churches in the country with more than two hundred members or with budgets of more than twenty thousand dollars, and to hundreds of these he sent out hand-done broadsides soliciting invitations for Kiyoshi Tanimoto to lecture. He drew up a series of itineraries, and soon Tanimoto was on the road with a set speech, "The Faith That Grew Out of the Ashes." At each church, a collection was taken.

On and between speaking trips, Tanimoto began submitting his peace-center memorandum to people he hoped [176] might be influential. On one visit to New York from Weehawken, he was taken by a Japanese friend of his to meet Pearl Buck, in the office of her husband's publishing firm. She read, and he explained, his memorandum. She said she was impressed by the proposal, but she felt she was too old and too busy to help him. She thought, however, that she knew just the person who might: Norman Cousins, the editor of *The Saturday Review of Literature*. Mr. Tanimoto should send his memo to Mr. Cousins, and she would speak to him about it.

One day not long afterward, while the minister was touring a rural area near Atlanta with his lecture, he got a telephone call from Cousins, who said he was deeply moved by the memorandum—might he put it in the *Saturday Review* as a guest editorial?

On March 5, 1949, the memorandum appeared in the magazine, under the title "Hiroshima's Idea"—an idea that, Cousins' introductory note said, "the editors enthusiastically endorse and with which they will associate themselves":

The people of Hiroshima, aroused from the **daze** that followed the atomic bombing of their city on August 6, 1945, know themselves to have been part of a laboratory experiment which proved the longtime thesis of peacemakers. Almost to a man, they have accepted as a compelling responsibility their mission to help in preventing further similar destruction anywhere in the world [177]

The people of Hiroshima . . .

directorio de la iglesia para compilar una lista de todas las iglesias del país que tuviesen más de doscientos miembros o presupuestos de más de veinticinco mil dólares, y a cientos de ellas envió campañas hechas a mano solicitando que el señor Kiyoshi Tanimoto fuera invitado a dar una conferencia. Éste dibujó una serie de itinerarios, y pronto comenzó a viajar con un discurso armado, «La fe que surgió de las cenizas». En cada iglesia se llevó a cabo una colecta.

Entre viaje y viaje, Tanimoto comenzó a presentar su memorando sobre el centro de paz a personas que podían ser influyentes. Durante una visita que hizo a Nueva York desde Weehawken, [165] un amigo japonés lo llevó a conocer a Pearl Buck a la oficina de la editorial de su marido. Ella leyó, y él explicó, el memorando. Ella dijo que la propuesta le causaba muy buena impresión, pero que se sentía demasiado vieja y ocupada para ayudarlo. En cambio, conocía a la persona que sí podría: Norman Cousins, editor de *The Saturday Review of Literature*. El señor Tanimoto debía enviarle su memo, y ella se encargaría de hablar con Cousins.

Un día, no mucho después, mientras el pastor hacía una gira con su conferencia por una zona rural cerca de Atlanta, recibió una llamada telefónica de Cousins, que dijo sentirse profundamente conmovido por el memorando: podía incluirlo en el *Saturday Review* como editorial invitada?

El 5 de marzo de 1949, el memorando apareció en la revista bajo el título «Idea de Hiroshima», una idea que, según decía la nota introductoria de Cousins, «los editores comparten con entusiasmo y con la cual se asociarán ellos mismos».

Los habitantes de Hiroshima, ya despiertos del **aturdimiento** que siguió al bombardeo atómico de su ciudad el 6 de agosto de 1945, reconocen que han sido parte de un experimento de laboratorio que comprobó las viejas tesis de los conciliadores. Casi cada uno de ellos ha aceptado como imperiosa responsabilidad su misión de ayudar a prevenir otras destrucciones como ésta en cualquier lugar del mundo.

La gente de Hiroshima [...] de-

daze 1 stupefy, bewilder. 2 a state of confusion or bewilderment (*in a daze*).

earnestly desire that out of their experience there may develop some permanent contribution to the cause of world peace. Towards
 5 this end, we propose the establishment of a World Peace Center, international and nonsectarian, which will serve as a laboratory of research and planning for peace
 10 education throughout the world

The people of Hiroshima were in fact, to a man, totally unaware
 15 of Kiyoshi Tanimoto's (and now Norman Cousins') proposal. They were, nonetheless, acutely aware of the special role that the city was destined to play in the
 20 world's memory. On August 6th, the fourth anniversary of the bombing, the national Diet promulgated a law establishing Hiroshima as a Peace Memorial
 25 City, and the final design for the commemorative park by the great Japanese architect Kenzo Tange was revealed to the public. At the heart of the park, there would be,
 30 in memory of those who had died, a solemn cenotaph in the shape of a *haniwa*, an arch of clay, presumably a house for the dead, found in prehistoric tombs in Ja-
 35 pan. A large crowd gathered for the annual Peace Memorial Ceremony. Tanimoto was far away from all this, touring American churches.

40 A few days after the anniversary, Norman Cousins visited Hiroshima. Kiyoshi Tanimoto's idea had been pushed aside in
 45 Cousins' mind by a new one, of his own: that an international petition in support of the United World Federalists—a group urging world government—[178]
 50 should be submitted to President Truman, who had ordered the dropping of the bomb. Within a short time, 107,854 signatures had been gathered in the city. After a
 55 visit to an orphanage, Cousins returned to the States with yet another idea—for "moral adoption" of Hiroshima orphans by Americans, who would send financial
 60 support for the children. Signatures for the World Federalist petition were being gathered in the United States as well, and Cousins thrilled Tanimoto, who until
 65 then had known very little about the organization, by inviting him to be in the delegation that would present the petition to President Truman.

70

sea de corazón que de su experiencia surja alguna contribución permanente a la causa de la paz mundial. Para este fin propo-
 nemos establecer un Centro Mun-
 dial de la Paz, internacional y no
 sectario, que servirá como labo-
 ratorio de investigación y
 planeación para una educación
 hacia la paz en el mundo entero.
 [166]

En realidad, los habitantes de Hiroshima —casi cada uno de ellos— desconocían por completo la propuesta del señor Tanimoto (y ahora de Norman Cousins). Conocían, sin embargo, el rol particular que la ciudad estaba destinada a jugar en la memoria del mundo. El 6 de agosto, cuarto aniversario de la bomba, el Diet nacional promulgó una ley, instituyendo a Hiroshima como Ciudad
 Conmemorativa de la Paz, y el diseño final del parque conmemorativo, realizado por el gran arquitecto japonés Kenzo Tange, fue revelado al público. En el centro del parque habría, en memoria de quienes murieron, un solemne cenotafio en forma de *haniwa*: un arco de arcilla, presumiblemente una casa de los muertos, que podía encontrarse en tumbas prehistóricas de Japón. Una gran multitud se congregó para la Ceremonia Anual en Conmemoración de la Paz. Tanimoto se encontraba lejos de todo esto, en gira por las iglesias norteamericanas.

Pocos días después del aniversario, Norman Cousins visitó Hiroshima. En su mente, la idea de Kiyoshi Tanimoto había sido desplazada por su propia idea: que una petición internacional en apoyo de los Federalistas Unidos del Mundo —un grupo que exigía un gobierno mundial— fuera presentada al presidente Truman, quien había ordenado arrojar la bomba. En poco tiempo 107.854 firmas fueron recogidas en la ciudad. Después de la visita a un orfanato, Cousins regresó a los Estados Unidos con otra idea más: la «adopción moral» de huérfanos de Hiroshima por parte de norteamericanos que enviarían apoyo económico para los niños. También en los Estados Unidos se recogían firmas para la petición de los federalistas, y Cousins logró entusiasmar a Tanimoto, que hasta ese momento sabía muy poco acerca de la organización, invitándolo a formar parte de la delegación que le presentaría la propuesta al presidente Truman. [167]

Unfortunately, Harry Truman declined to receive the petitioners and refused to accept the petition.

Desgraciadamente, Harry Truman se negó a recibir a los peticionarios y se rehusó a aceptar la petición.

5

ON September 23, 1949, Moscow Radio announced that the Soviet Union had developed an atomic bomb.

El 23 de septiembre de 1949, la radio de Moscú anunció que la Unión Soviética había desarrollado una bomba atómica.

10

BY the end of the year, Kiyoshi Tanimoto had visited two hundred and fifty-six cities, in thirty-one states, and had raised about ten thousand dollars for his church. Before he left for home, Marvin Green happened to mention that he was about to give up on his old green Cadillac. His friend Tani asked him to donate it to the church in Hiroshima, and he did. Through a Japanese acquaintance in the shipping business, Tanimoto arranged to have it transported free of charge to Japan.

Para fines de ese año, Kiyoshi Tanimoto había visitado doscientas cincuenta y seis ciudades en treinta y un estados, y había reunido cerca de diez mil dólares para su iglesia. Antes de que viajara de vuelta, Marvin Green mencionó casualmente que estaba a punto de renunciar a su viejo Cadillac verde. Su amigo Tanj le pidió que lo donara a la iglesia de Hiroshima, y así se hizo. A través de un conocido, un japonés del negocio del transporte, Tanimoto logró que el coche fuera llevado sin costo hasta Japón.

Back home at the beginning of 1950, Tanimoto called on Mayor Hamai and the Prefectural Governor, Tsunei Kusunose, asking their official support for his peace [179] center idea. They turned him down. Through a press code and other measures, General Douglas MacArthur, the supreme commander of the occupying forces, had strictly prohibited dissemination of or agitation for any reports on the consequences of the Hiroshima and Nagasaki bombings—including the consequence of a desire for peace—and the officials evidently thought that Tanimoto's peace center might get the local governments in trouble. Tanimoto persevered, calling together a number of leading citizens, and, after Norman Cousins had set up a Hiroshima Peace Center Foundation in New York to receive American funds, these people established the center in Hiroshima, with Tanimoto's church as its base. At first, it found little to do. (Only years later, when a Peace Memorial Museum and Peace Memorial Hall had been built in the park, and lively—and sometimes turbulent—annual international conferences on peace issues were taking place in the city, could Kiyoshi Tanimoto's early planting of seeds for these things, and his courage in ignoring the MacArthur restraints, be acknowledged by at least some Hiroshimans.)

Ya de vuelta en casa, a comienzos de 1950, Tanimoto llamó al alcalde Hamai y al gobernador de la prefectura, Tsunei Kusunose, solicitando su apoyo oficial para la idea del centro de paz. Fue rechazado. A través de un mensaje a la prensa y otras medidas, el general Douglas MacArthur, comandante supremo de las fuerzas de Ocupación, había prohibido estrictamente la diseminación o campaña a favor de cualquier tipo de reportes sobre las consecuencias de las bombas de Hiroshima y Nagasaki —incluida la consecuencia de un deseo de paz—, y los oficiales pensaron evidentemente que el centro de paz de Tanimoto podía meter al gobierno local en problemas. Tanimoto perseveró reuniendo a un grupo de ciudadanos líderes, y, después de que Norman Cousins abriera una Fundación para el Centro de Paz de Hiroshima en Nueva York destinada a recibir fondos [168] norteamericanos, esta gente estableció el centro en Hiroshima, usando como base la iglesia de Tanimoto. Al principio hubo poco que hacer. (Sólo años después, cuando ya se habían construido en el parque un Museo Conmemorativo de la Paz y un Salón Conmemorativo de la Paz, y en la ciudad se llevaban a cabo animadas —y algunas veces turbulentas— conferencias anuales sobre temas de paz, fueron reconocidas, al menos por algunos habitantes de Hiroshima, las semillas plantadas tiempo atrás por Kiyoshi Tanimoto y su valentía al ignorar las restricciones impuestas por MacArthur.)

70

The Cadillac arrived, and the jubilant minister decided to take the gas guzzler for a spin. As he was climbing the heights of Hijiyama, to the east of the city, he was stopped by a policeman and arrested for driving without a license. It happened that he had recently begun serving as chaplain of the police academy, and when the higher-ups at the police station saw him brought in they laughed and let him go. [180]

15

IN midsummer of 1950, Cousins invited Tanimoto to return to the United States for a second tour, to raise money for the World Federalists, for moral adoption, and for the peace center, and late in August Tanimoto was off again. Marvin Green arranged things, as before. This time, Tanimoto visited two hundred and one cities, in twenty-four states, over eight months. The high point of the trip (and possibly of his life) was a visit to Washington, arranged by Cousins, where, on February 5, 1951, after having lunch with members of the House Foreign Affairs Committee, he gave the opening prayer for the afternoon session of the Senate:

Our Heavenly Father, we thank Thee for the great blessing Thou hast granted America in enabling her to build in this last decade the greatest civilization in human history We thank Thee, God, that Japan has been permitted to be one of the fortunate recipients of American generosity. We thank Thee that our people have been given the gift of freedom, enabling them to rise from the ashes of ruin and be reborn God bless all members of this Senate

Virginia's Senator A. Willis Robertson rose and declared himself "dumbfounded yet inspired" that a man "whom we tried to kill with an atomic bomb came to the Senate floor and, offering up thanks to the same God we worship, thanked Him for America's great spiritual [181] heritage, and then asked God to bless every member of the Senate."

THE DAY before the bomb was dropped on Hiroshima, the city, in fear of incendiary raids, had put hundreds of schoolgirls to work helping to tear down houses and

70

El Cadillac llegó, y el jubiloso pastor decidió dar una vuelta en ese tragador de gasolina. Cuando iba subiendo por los cerros de Hijiyama, al este de la ciudad, fue detenido por un policía y arrestado por conducir sin licencia. Pero poco antes Tanimoto había comenzado a servir como capellán para la academia de policía, y cuando los altos mandos de la estación de policía lo vieron llegar, rieron y lo dejaron irse.

A mediados del verano de 1950 Cousins invitó a Tanimoto a regresar a los Estados Unidos y hacer una segunda gira para recaudar fondos a favor de los federalistas, la adopción moral y el centro de paz, y a finales de agosto Tanimoto estaba nuevamente en marcha. Como antes, Marvin Green organizó las cosas. Esta vez Tanimoto visitó doscientos y una ciudades en veinticuatro estados a lo largo de ocho meses. El momento culminante de su viaje (y posiblemente de su vida) fue una visita a Washington, organizada por Cousins, donde, el 5 de febrero de 1951, tras comer con miembros del Comité de Asuntos Extranjeros de la Casa Blanca, Tanimoto pronunció esta oración para abrir la sesión de la tarde en el Senado: [169]

Padre Nuestro que estás en los cielos, te damos gracias por la gran bendición que has dado a América al permitirle construir, en esta última década, la más grande civilización de la historia humana... Te damos gracias, Dios, por haber permitido que Japón sea uno de los afortunados destinatarios de la generosidad norteamericana. Te damos gracias por haber dado a nuestra gente el don de la libertad, que les permite levantarse de las cenizas de la ruina y nacer de nuevo... Dios bendiga a todos los miembros de este Senado.

A. Willis Robertson, senador de Virginia, se puso de pie y se declaró «atónito y sin embargo estimulado» por el hecho de que un hombre «al que intentamos matar con una bomba atómica venga a una asamblea del Senado y, dando gracias al mismo Dios que nosotros adoramos, le agradezca por el gran legado espiritual de América, y luego le pida a Dios bendecir a cada miembro del Senado».

El día antes de que cayera la bomba sobre Hiroshima, la ciudad, temiendo bombardeos incendiarios, había puesto a cientos y cientos de niñas a trabajar ayudando a derribar casas y a

clear fire lanes. They were out in the open when the bomb exploded. Few survived. Of those who did, many suffered bad burns and later developed ugly keloids on their faces, arms, and hands. A month after Tanimoto returned from his second trip to the States, he started, as a project of his peace center, a Bible class for about a dozen of them—the Society of Keloid Girls, he called them. He bought three sewing machines and put the girls to work in a dress-making workshop on the second floor of another of his projects, a warwidows' home he had founded. He asked the city government for funds for plastic surgery for the Keloid Girls. It turned him down. He then applied to the Atomic Bomb Casualty Commission, which had been set up to study the radiation aftereffects of the bomb—aftereffects that those who made the decision to drop the bomb had utterly failed to foresee. The A.B.C.C. reminded him that it carried on research, not treatment. (The A.B.C.C. was keenly resented for this reason by hibakusha; they said that the Americans regarded them as laboratory guinea pigs or rats.)

A woman named Shizue Masugi now visited Hiroshima [182] from Tokyo. She had led a wildly unconventional life for a Japanese woman of her time. A journalist, married and divorced while young, she had later been the mistress, in turn, of two famous novelists and, later still, had married again. She had written short stories about the bitter loves and bitter solitude of women and was now writing a column for lovelorn women in the big Tokyo newspaper *Yomiuri Shimbun*. She would become a Catholic before she died, but she would choose to be buried in the Tokeiji Temple, a Zen center founded in 1285 by a monk who felt sorry for women with cruel husbands and decreed that any of them who took asylum in his temple as nuns could consider themselves divorced. On her trip to Hiroshima, she asked Kiyoshi Tanimoto what most needed to be done for women who were hibakusha. He suggested plastic surgery for the Keloid Girls. She started a campaign for funds in the *Yomiuri*, and soon nine girls were taken to Tokyo for surgery. Later, twelve more were

despejar carriles cortafuegos. Cuando la bomba explotó, estaban a la intemperie. Muy pocas sobrevivieron, y entre ellas muchas sufrieron quemaduras graves y luego desarrollaron queloides de mal aspecto en sus caras, brazos y manos. Un mes después de regresar de su segundo viaje a los Estados Unidos, Tanimoto comenzó, como proyecto de su centro de paz, un curso sobre la Biblia con algunas de ellas —la Sociedad de las Jóvenes Queloides, las llamaba—. Compró tres máquinas de coser y puso a las chicas a trabajar en un taller de confección de vestidos en el segundo [170] piso de otro de sus proyectos, un hogar para viudas de guerra que había fundado. Solicitó fondos al gobierno de la ciudad para la cirugía plástica de las jóvenes queloides. Fue rechazado. Se presentó entonces a la Atomic Bomb Casualty Commission (Comisión para las Víctimas de la Bomba Atómica), que había sido implementada para analizar los efectos secundarios de la radiación —efectos que no habían previsto en absoluto quienes tomaron la decisión de arrojar la bomba—. La ABCC le recordó a Tanimoto que su campo era la investigación, no el tratamiento. (Por esta razón los hibakushas sentían un profundo desprecio hacia la ABCC; decían que los norteamericanos los consideraban ratas de laboratorio.)

Una mujer de nombre Shizue Masugi llegó de visita a Hiroshima desde Tokio. Había llevado una vida muy poco convencional para una japonesa de su tiempo. Periodista, casada y divorciada siendo muy joven, Shizue Masugi había sido la amante sucesiva de dos famosos novelistas, y después se había casado de nuevo. Había escrito relatos sobre los amargos amores y la soledad amarga de las mujeres, y ahora escribía una columna para enamoradas en el gran diario de Tokio *Yomiuri Shimbun*. Antes de morir se convertiría al catolicismo, pero escogería ser enterrada en el Templo Tokeiji, un centro zen fundado en 1285 por un monje que sentía lástima de las mujeres casadas con maridos crueles y decretó que cualquiera de ellas, al tomar asilo como monjas en este templo, podía considerarse divorciada. En su visita a Hiroshima, Shizue Masugi le preguntó a Kiyoshi Tanimoto qué era lo que necesitaban con más urgencia las mujeres hibakushas. Él propuso cirugía plástica para las jóvenes queloides. Ella inició una campaña para buscar fondos en el *Yomiuri*, y muy pronto nueve chicas fueron llevadas a Tokio para ser operadas. Más tarde, doce chicas más fueron lleva-

taken to Osaka. Newspapers called them, to their chagrin, *Genbaku Otome*, a phrase that was translated into English, literally, as A-Bomb Maidens.

IN October 1952, Great Britain conducted its first test of an atomic bomb and the United States its first of a hydrogen bomb. In August 1953, the Soviet Union also tested a hydrogen bomb.

THE Tokyo and Osaka operations on the girls were not altogether successful, and, on a visit to Hiroshima, Kiyoshi [183] Tanimoto's friend Marvin Green wondered whether it might be possible for some of them to be taken to America, where the techniques of plastic surgery were more advanced. In September 1953, Norman Cousins arrived in Hiroshima with his wife to deliver some moral-adoption funds. Tanimoto introduced them to a few of the girls, and spoke of Marvin Green's idea. They liked it.

After their departure, an awkward meeting took place in the Mayor's office, at which distribution to orphans of the moral-adoption funds was discussed. Cousins had brought fifteen hundred dollars, but it turned out that two hundred dollars of this amount had been set aside for six particular children, sixty-five dollars had been allocated to the Maidens, and a hundred and nineteen dollars had been spent by Tanimoto at the Fukuya department store for briefcases to be presented as gifts by Norman Cousins to the directors of six orphanages. This left eleven hundred and sixty-five dollars, or only about two dollars and seventy cents for each of four hundred and ten orphans. The city officials, who thought they were in charge of the project, were furious about the sums Tanimoto had deducted. In a report of this meeting, the Hiroshima paper *Chugoku Shimbun* reported, "Rev. Tanimoto responded, 'I was following Mr. Cousins's instructions in this, not my own wishes.'"

Tanimoto had lately been getting used to criticism. His long absences from his church for trips to America had earned him the nickname of A-bomb minister. Hiroshima [184] doctors had wanted to know why the Maidens

das a Osaka. Para su gran disgusto, los [171] periódicos las llamaban *Genbaku Otome*, frase que fue traducida al inglés, literalmente, como Doncellas de la Bomba A.

En octubre de 1952, Gran Bretaña llenó a cabo su primera prueba de bomba atómica y los Estados Unidos su primera prueba de bomba de hidrógeno. En agosto de 1953, también la Unión Soviética probó una bomba de hidrógeno.

Las operaciones realizadas sobre las chicas en Tokio y Osaka no fueron totalmente exitosas, y, en cierta visita a Hiroshima, Marvin Green, el amigo de Kiyoshi Tanimoto, se preguntó si no sería posible que algunas de ellas fuesen llevadas a los Estados Unidos, donde las técnicas de cirugía estética eran más avanzadas. En septiembre de 1953, Norman Cousins llegó con su esposa a Hiroshima para entregar una cantidad de fondos de adopción moral. Tanimoto lo presentó a algunas de las chicas y habló de la idea de Marvin Green. La idea le gustó a los Cousins.

Tras su partida tuvo lugar en la oficina del alcalde una incómoda reunión en la que se discutió la distribución a los huérfanos de los fondos de adopción moral. Cousins había traído mil quinientos dólares, pero resultó que doscientos dólares de esta suma habían sido apartados para seis niños en particular, sesenta y cinco dólares habían sido repartidos entre las doncellas y ciento diecinueve habían sido gastados por Tanimoto comprando maletines en los almacenes Fukuya para ser entregados como regalo por Norman Cousins a los directores de seis orfanatos. Esto dejaba mil ciento sesenta y cinco dólares, sólo dos dólares y setenta centavos para cada uno de los cuatrocientos diez huérfanos. Los funcionarios de la ciudad, convencidos de que eran ellos quienes [172] dirigían el proyecto, reaccionaron con furia ante las sumas que Tanimoto había deducido. En su crónica de esta reunión, el diario de Hiroshima *Chugoku Shimbun* informó: «El reverendo Tanimoto respondió: 'Sólo seguí las instrucciones del señor Cousins, no mi propia voluntad'».

Tanimoto se había acostumbrado últimamente a las críticas. Sus largas ausencias de su iglesia, debidas a viajes a los Estados Unidos, le habían valido el sobrenombre de Pastor de la Bomba A. Los doctores de Hiroshima querían saber por qué las doncellas no

were not operated on in Hiroshima. And why just girls? Why not boys? Some people thought they saw the Reverend Mr. Tanimoto's name in the paper too often. The enormous Cadillac had not gone down well, even though it had quickly turned out to be a dog and had had to be junked.

10

ON March 1, 1954, the Lucky Dragon No. 5 was showered with radioactive fallout from an American test at Bikini Atoll.

NORMAN Cousins had gone to work in New York on the Maidens idea, and in late 1954 Dr. Arthur Barsky, the chief of plastic surgery at both Mount Sinai and Beth Israel hospitals, and Dr. William Hitzig, an internist on the Mount Sinai staff and Cousins' personal physician, arrived in Hiroshima to **cull** from among the Maidens those whose prospects for transformation by surgery were best. Of the many disfigured girls in the city, only fortythree presented themselves to be examined. The doctors chose twenty-five.

On May 5, 1955, Kiyoshi Tanimoto took off with the girls from Iwakuni Airport in a United States Military Air Transport plane. As the girls were being settled in host homes around New York, he was hustled off to the West Coast for the start of yet another fund-raising tour. Among other appointments on his itinerary was one for the evening of Wednesday, May 11th, at the NBC studios in Los Angeles, for what Cousins gave him to understand [185] would be a local television interview that would be helpful to the project.

That evening, somewhat fuddled, he was seated before bright lights and cameras on a living-room-like set. An American gentleman he had just met, named Ralph Edwards, beamed and, turning to the camera, addressed an estimated forty million Americans he attracted every Wednesday night: "Good evening, ladies and gentlemen, and welcome to 'This Is Your Life.'" The ticking you hear in the background is a clock counting off the seconds to 8: 15 A.M., August 6, 1945. And seated here with me is a gentleman whose life was

70

eran operadas en Hiroshima. ¿Y por qué sólo chicas? ¿Por qué no chicos? A algunos les parecía que el nombre de Tanimoto aparecía con demasiada frecuencia en los periódicos. El enorme Cadillac no había sido bien recibido, aunque rápidamente se hubiera revelado inútil y hubiera tenido que ser convertido en chatarra.

El 1 de marzo de 1954, el «Dragón con Suerte No. 5» fue rociado con lluvia radioactiva producida por pruebas atómicas norteamericanas en el atolón Bikini.

Norman Cousins se había ido a Nueva York a trabajar en la idea de las doncellas, y a finales de 1954 el doctor Arthur Barsky, jefe de cirugía plástica de los hospitales Mount Sinai y Beth Israel, y el doctor William Hitzig, un internista del personal del Mount Sinai y médico personal del doctor Cousins, llegó a Hiroshima para **escoger** de entre las doncellas aquellas que tuvieran mejores posibilidades de transformación quirúrgica. De las muchas chicas desfiguradas de la ciudad, sólo cuarenta y tres se presentaron para ser examinadas. Los doctores escogieron a veinticinco. [173]

El 5 de mayo de 1955, Kiyoshi Tanimoto y las chicas despegaron del aeropuerto de Iwakuni en un avión de la Flota Aérea del Ejército de los Estados Unidos. Mientras que las niñas eran acomodadas en hogares de recibo a lo largo de Nueva York, Tanimoto fue llevado precipitadamente a la costa oeste para una gira más de recolección de fondos. Entre otras citas de su itinerario había una programada para la tarde del miércoles 11 de mayo, en los estudios de la NBC en Los Ángeles, que sería, según dio a entender Cousins, una entrevista de televisión local útil para el proyecto.

Esa tarde, algo embotado, Tanimoto fue conducido a una silla enfrente de cámaras y luces brillantes, y sobre un plató que imitaba un salón de estar. Un caballero norteamericano al que acababa de conocer, de nombre Ralph Edwards, miró a la cámara con una sonrisa, y se dirigió a la audiencia de aproximadamente cuarenta millones de norteamericanos que atraía cada miércoles por la noche: «Buenas noches, damas y caballeros, y bienvenidos a 'Ésta es su vida'». El tictac que escuchan al fondo es el de un reloj que cuenta los segundos que faltan para las 8 a5 de la mañana del 6 de agosto de 1945. Y sentado aquí conmigo está un caballero cuya vida cam-

- changed by the last tick of that clock as it reached eight-fifteen. Good evening, sir. Would you tell us your name?"
- 5 "Kiyoshi Tanimoto." "Kiyoshi Tanimoto."
- "And what is your occupation?" «¿Y a qué se dedica?»
- 10 "I am a minister." «Soy pastor.»
- "And where is your home?" «¿Y dónde es su casa?»
- "Hiroshima, Japan." «En Hiroshima, Japón.»
- 15 "And where were you on August 6, 1945, at eightfifteen in the morning?" «¿Y dónde estaba usted el 6 de agosto de 1945 a las ocho y cuarto de la mañana?»
- 20 Tanimoto had no chance to answer. The ticking grew louder and louder, and there was an uproar from kettledrums. Tanimoto no tuvo tiempo de responder. El tictac se hacía más y más sonoro y hubo un clamor de timbales. [174]
- 25 "*This is Hiroshima*," Edwards said as a mushroom cloud grew on the viewers' screens, "and in that fateful second on August 6, 1945, a new concept of life and death was given its baptism. And tonight's principal subject—you, Reverend Tanimoto!—were an unsuspecting part of that [186] concept We will pick up the threads of your life in a moment, Reverend Tanimoto, after this word from Bob Warren, our announcer, who has something very special to say to the girls in the audience."
- 30 "Esto es Hiroshima», dijo Edwards mientras una nube en forma de hongo crecía en la pantalla de los televidentes, «y en ese segundo fatídico del 6 de agosto de 1945 un nuevo concepto de vida y muerte recibió su bautizo. Y el invitado principal de esta noche —usted, reverendo Tanimoto!— fue parte desprevenida de este concepto... En un momento retomaremos el hilo de su vida, reverendo Tanimoto, después de estas palabras de nuestro anunciador, Bob Warren, que tiene algo muy importante que decirles a todas las chicas de nuestra audiencia».
- 35 The fateful clock of doom, now unheard, ticked off sixty additional seconds as Bob Warren tried to remove Hazel Bishop nail polish from a blonde's fingernails an effort that was unsuccessful, even though he resorted to using a metal scouring pad, with which he had succeeded in removing rust from a frying pan. Sin que se lo escuchara, el fatídico reloj de la muerte siguió su tictac durante otros sesenta segundos mientras que Bob Warren intentaba quitar el esmalte Hazle Bishop de las uñas de una rubia — un esfuerzo que no tuvo éxito, incluso a pesar de la utilización de una esponjilla metálica con la cual había logrado quitar óxido de un sartén—.
- 40 Kiyoshi Tanimoto was totally unprepared for what followed. He sat there, torpid, sweating, and tongue-tied, as, after the manner of the famous program, his life was sketchily reviewed. Through an archway came Miss Berths Sparkey, an elderly Methodist missionary who had taught him in his youth about Christ. Then came his friend Marvin Green, with a joke about life in divinity school. Then Edwards pointed out in the studio audience some parishioners Tanimoto
- 45 Lo que siguió tomó a Kiyoshi Tanimoto totalmente desprevenido. Permaneció sentado allí, aletargado, sudoroso y cohibido, mientras que su vida era repasada a grandes rasgos según la manera de este famoso programa. Atravesando una entrada en forma de arco llegó la señorita Berta Sparkey, una anciana misionaría metodista que en su juventud le había enseñado sobre Cristo. Entonces entró su amigo Marvin Green, bromeando acerca de la vida en la escuela de la divinidad. Entonces Edwards señaló entre el público del estudio a algunos parroquianos que Tanimoto

had had just after his ordination, during a brief temporary pastorate in the Japanese-American Hollywood Independence Church.

Next came the shocker. In walked a tall, fattish American man, whom Edwards introduced as Captain Robert Lewis, copilot of the *Enold Gay* on the Hiroshima mission. In a shaky voice, Lewis told about the flight. Tanimoto sat there with a face of wood. At one point, Lewis broke off, closed his eyes, and rubbed his forehead, and forty million watchers across the land must have thought he was crying. (He was not. He had been drinking. Years [187] later, Marvin Green told a young journalist named Rodney Barker, who was writing a book on the Maidens, that Lewis had panicked the show people by failing to turn up that afternoon for the rehearsal of all the participants except Tanimoto. It seemed that he had expected to be given a fat check for appearing on the show, and when he learned that he would not, he had gone out bar crawling. Green said he had found the copilot in time to get a cup of coffee in him before the show.)

Edwards: "Did you write something in your log at that time?"

Lewis: "I wrote down the words, 'My God, what have we done?'"

After that, Chisa Tanimoto trotted onstage with clipped steps, because she was wearing what she never wore at home—a kimono. In Hiroshima, she had been given two days to uproot herself—and the four children she and her husband now had—and get to Los Angeles. There they had all been incarcerated in a hotel, kept strictly away from their husband and father. For the first time on the show, Tanimoto's expression changed—to surprise; he seemed to have become a stranger to pleasure. Next, two of the Maidens, Toyoko Minowa and Tadako Emori, were presented in silhouette behind a translucent screen, and Edwards made a pitch to the audience for money for the Maidens' operations. And, finally, the four Tanimoto children—daughter Koko, who had

había tenido poco después de ordenarse, durante un breve desempeño como pastor en la Iglesia japonesa—Americana de la Independencia de Hollywood.

Entonces ocurrió el desastre. Entró un norteamericano alto y un poco gordo, a quien Edwards presentó como el capitán Roben Lewis, copiloto del «Enola Gay». Con voz temblorosa, Lewis habló del vuelo. Tanimoto mantenía un rostro de piedra. En un [175] momento Lewis se calló de repente, cerró los ojos y se frotó la frente, y cuarenta millones de televidentes a lo largo del país debieron de pensar que estaba llorando. (No era así. Había estado bebiendo. Años después, Marvin Green le dijo a un joven periodista llamado Rodney Barker, que escribía un libro sobre las doncellas, que Lewis había hecho que la gente del programa entrara en pánico al no presentarse esa tarde para el ensayo de todos los participantes con la excepción de Tanimoto. Se decía que había esperado recibir un cheque jugoso por aparecer en el programa, y al enterarse de que no sería así, se había ido de bar en bar. Green dijo haberse encontrado con el copiloto a tiempo para llevarlo a tomar un café antes del programa.)

Edwards: «¿Escribió usted algo en su bitácora en ese momento?».

Lewis: «Escribí las palabras 'Dios mío, ¿qué hemos hecho?'».

Enseguida, Chisa Tanimoto subió al escenario, caminando con pasitos cortos porque llevaba puesto lo que nunca se ponía en casa: un kimono. En Hiroshima le habían dado dos días para salir de casa junto con los cuatro hijos que tenían ella y su esposo y viajar a Los Ángeles. Allí, los cinco fueron encarcelados en un hotel, estrictamente separados de su esposo y padre. Por primera vez en el programa el rostro de Tanimoto cambió, pero hacia la sorpresa; parecía haberse vuelto inmune a las satisfacciones. Enseguida dos de las doncellas, Toyoko Minowa y Tadako Emori, fueron presentadas como siluetas detrás de una pantalla traslúcida, y Edwards lanzó un discursito al público pidiendo dinero para las cirugías. Finalmente, los cuatro niños Tanimoto —Koko, que era apenas una recién nacida cuando cayó la

been an infant in the bombing,
now ten; son Ken, seven; daugh-
ter Jun, four; and son Shin, two—
came running out into their
5 father's arms. [188]

bomba y ahora había cumplido
diez años; Ken, el niño de siete;
Jun, la niña de cuatro; y Shin, el
niño de dos— corrieron a los bra-
zos de su padre. [176]

INCOMING TELEGRAM: CON-
FIDENTIAL

TELEGRAMA ENTRANTE CONFI-
DENCIAL

10 FROM: TOKYO

DE: TOKIO

TO: SECRETARY OF STATE
MAY 12, 1955
EMBASSY-USIS SHARE
15 WASHINGTON CONCERN
LEST HIROSHIMA GIRLS
PROJECT GENERATE UNFA-
VORABLE PUBLICITY

PARA: SECRETARIO DE ESTADO
FECHA: MAYO 12 DE 1955 SERVICIO
DE INFORMACIÓN DE LA EMBAJADA
COMPARTE PREOCUPACIÓN WAS-
HINGTON RIESGO PROYECTO CHI-
CAS HIROSHIMA GENERE PUBLICI-
DAD DESFAVORABLE...

20 TANIMOTO IS LOOKED UPON
HERE AS SOMETHING OF A PUB-
LICITY SEEKER. MAY WELL TRY
TO TAKE ADVANTAGE OF TRIP
TO RAISE FUNDS FOR
25 HIROSHIMA MEMORIAL PEACE
CENTER, HIS PET PROJECT. DO
NOT BELIEVE HE IS RED OR
RED-SYMPATHIZER, BUT HE CAN
EASILY BECOME SOURCE OF
30 MISCHIEVOUS PUBLICITY

TANIMOTO ES PERCIBIDO AQUÍ
COMO CAZADOR DE PUBLICIDAD.
PUEDE TRATAR DE APROVECHAR SU
VIAJE CONSIGUIENDO FONDOS
PARA CENTRO CONMEMORATIVO
DE PAZ DE HIROSHIMA, SU PROYEC-
TO CONSENTIDO. NO CREEMOS QUE
SEA ROJO O SIMPATIZANTE DE RO-
JOS, PERO PUEDE FÁCILMENTE
VOLVERSE FUENTE DE PUBLICIDAD
MALICIOSA.

By diplomatic pouch:

Por valija diplomática:

SECRET

SECRETO

35 The Reverend Tanimoto is pic-
tured as one who appears to be
anti-Communist and probably sin-
cere in his efforts to assist the girls
40 However, in his desire to en-
hance his own prestige and impor-
tance he might ignorantly, inno-
cently, or purposefully lend him-
self to or pursue a leftist line
45 RALPH J. BLAKE

El reverendo Tanimoto es percibi-
do como un individuo que parece ser
anticomunista y probablemente since-
ro en sus esfuerzos por ayudar a las
chicas... Sin embargo, en su deseo por
aumentar su prestigio e importancia
podría, por ignorancia, inocencia o con
plena conciencia, prestarse a una línea
izquierdista o incluso seguirla ...
RALPH J. BLAKE

AMERICAN CONSUL GEN-
ERAL, KOBE [189]

CÓNSUL GENERAL AMERICA-
NO, KOBE [177]

50 UPON getting back East after
the show, Robert Lewis, who
had resigned from the Air Force
and was working as personnel
manager of Henry Heide, candy
55 makers, in New York, was
called to the Pentagon and given
a heavy chewing out by the De-
fense Department.

Tan pronto como regresó a la cos-
ta este después del programa, Roben
Lewis, que había renunciado a la
Fuerza Aérea y ahora trabajaba como
director de personal de Henry Heide,
fabricantes de golosinas, en Nueva
York, fue llamado al Pentágono y re-
cibió un buen regaño de parte del De-
partamento de Defensa.

60 THE whole Tanimoto family re-
mained in the United States through
the rest of Kiyoshi's speaking tour,
which took him to a total of a hun-
dred and ninety-five cities, in
65 twenty-six states. The television
show had brought in about fifty
thousand dollars, and he raised ten
thousand more. Chisa Tanimoto and
the children stayed through a glo-

La familia Tanimoto permaneció
en los Estados Unidos hasta el final
de la gira de discursos de Kiyoshi,
que lo llevó a un total de ciento no-
venta y cinco ciudades en veintiséis
estados. El programa de televisión
había permitido recaudar cerca de
cincuenta mil dólares, y Kiyoshi con-
siguió diez mil más. Chisa Tanimoto
y los niños pasaron un magnífico

rious summer in a guesthouse on Pearl Buck's farm in Bucks County, Pennsylvania.

verano en la casa de huéspedes de la granja de Pearl Buck en Bucks County, Pensilvania.

5 On August 6th, the tenth anniversary of the Hiroshima bombing, Tanimoto placed a wreath on the Tomb of the Unknown Soldier at Arlington National Cemetery. On that day, in
10 Hiroshima itself, far away from him, a genuine Japanese peace movement, riding the anger over the *Lucky Dragon* incident, got
15 under way. Five thousand delegates attended the first World Conference against Atomic and Hydrogen Bombs.

El 6 de agosto, décimo aniversario del bombardeo de Hiroshima, Tanimoto puso una corona sobre la Tumba del Soldado Desconocido en el Cementerio Nacional de Arlington. Ese día, en Hiroshima misma, lejos de Tanimoto, un genuino movimiento japonés por la paz, motivado por la ira que causó el incidente del «Dragón con Suerte», daba sus primeros pasos. Cinco mil delegados asistieron a la primera Conferencia Mundial contra las Bombas Atómicas y de Hidrógeno.

20 The Tanimotos returned to Japan in December.

Los Tanimoto regresaron a Japón en diciembre.

KIYOSHI TANIMOTO had been swept out of the mainstream
25 into an eddy. On his American speaking tours, he had displayed an energy that was remarkable for a hibakusha, speaking night after night after night on the
30 weary circuits. But the reality was that for some years [190] now he had been hurled along on the white water of Norman Cousins' ferocious energy. Cousins
35 had given him heady experiences that fed his vanity, but he had also now taken out of the minister's hands the control of his own undertakings. Tanimoto
40 had started the whole effort for the Maidens, but he discovered that even though the money raised by "This Is Your Life" would pay the Maidens' ex-
45 penses, all but one thousand dollars of the money he had raised on his tour was also to be controlled by New York Cousins had bypassed the peace center in
50 Hiroshima and dealt with the city government; Tanimoto had begged to have the moral-adoption project put under the center's wing, but his role
55 had turned out to be that of a shopper for briefcases. The crowning blow came when the ashes of the Maiden named Tomoko Nakabayashi, who had
60 died under anaesthesia at Mount Sinai, were returned to her parents in Hiroshima and he was not even invited to the funeral, which was conducted by his old friend
65 Father Kleinsorge. And when all the Maidens had come home and, astonishingly, found themselves the objects not only of public curiosity but also of envy and spite,

Kiyoshi Tanimoto se había dejado llevar por la corriente y acabó cayendo en un remolino. Durante sus giras de discursos por los Estados Unidos había desplegado una energía sorprendente para un hibakusha: pasaba noche tras noche tras noche hablando sin parar en los cansados circuitos. Pero la realidad [178] era que durante varios años se había dejado arrastrar por esa cresta de ola que era la feroz energía de Norman Cousins. Cousins le había proporcionado experiencias embriagadoras que alimentaban su vanidad, pero también le había arrebatado el control de sus propias empresas. Era por las doncellas que Tanimoto había comenzado esta campaña, pero ahora descubría que, aunque el dinero recaudado por «esta es su vida» pagaría los gastos de las doncellas, todo lo que había recogido durante su gira, salvo mil dólares, era controlado por Nueva York. Cousins había pasado por encima del centro de paz en Hiroshima y trataba directamente con el gobierno municipal; Tanimoto había suplicado que el proyecto de adopción moral quedara en manos del centro, pero su papel acabó siendo el de un comprador de maletines. El golpe de gracia llegó cuando las cenizas de la doncella Tomoko Nakabayashi, que había muerto mientras estaba anestesiada en el hospital Mount Sinai, fueron devueltas a los padres, en Hiroshima, y Tanimoto ni siquiera fue invitado al funeral, que fue dirigido por su buen amigo, el padre Kleinsorge. Y cuando todas las doncellas hubieron regresado a casa y, para su sorpresa, se encontraron con que se habían vuelto objeto no sólo de la curiosidad del público sino de su envidia y su lástima, se resis-

they resisted his publicity-minded efforts to form them into a "Zion Club," and fell away from him.

5

Nor did he have any place in the Japanese peace movement, for he had been out of the country at crucial moments in its development, and, besides, his Christian outlook made him suspicious of the radical groups that were on the cutting edge of antinuclear activity. While he was away on this last trip, a national organization [191] called Nihon Gensuikyo, the Japan Council against Atomic and Hydrogen Bombs, had come into being, and there had been a **surge** of activity pushing the Diet for medical care for hibakusha. Like many hibakusha, he was repelled by the growing political coloration of these doings, and he stayed away from the mass meetings in Peace Park on the subsequent anniversaries.

surge 1 [of sea] oleaje m; oleada [of people, sympathy] oleada 2 a power surge (electricity) una subida de tensión 3 [water of sea] swell, levantarse; hincharse, encrespase, agitarse 4 [people, crowd] to surge in/out entrar/salir en tropel 5 the blood surged to her cheeks se le subió la sangre a las mejillas. Sudden forward move, tirón, acometida, arranque, puja, sweeping forward suddenly, sobrevoltaje, subida, incremento, sudden pull forward, arremetida
surge 1: to rise and fall actively: TOSS <a ship surging in heavy seas> 2: to rise and move in waves or billows: SWELL. 3: to slip around a windlass, capstan, or bits — used especially of a rope 4: to rise suddenly to an excessive or abnormal value <the stock market surged to a record high> 5: to move with a surge or in surges <felt the blood surging into his face — Harry Hervey>

surgir 1. intr. Brotar el agua hacia arriba, surgir. 2. Dar fondo la nave. 3. fig. Alzarse, manifestarse, brotar, aparecer. Emerge, spurt (agua), arise, come out

30 *ON May is, 1957, Great Britain conducted its first hydrogenbomb test, on Christmas Island, in the Indian Ocean.*

35 KOKO, the daughter who as an infant had experienced the bombing, had been taken almost every year to the American-run A.B.C.C. for a physical checkup. On the whole, her health had been all right, although, like many hibakusha who had been babies at the time of the bombing, her growth was definitely stunted. Now, an adolescent in junior high school, she went again. As usual, she undressed in a cubicle and put on a white hospital gown. When she had finished going through a battery of tests, this time she was taken into a brightly lit room where there was a low stage, backed by a wall marked with a measurement grid. She was stood against the wall, with lights in her eyes so glaring she could not see beyond them; she could hear Japanese and American voices. One of the former told her to take off the gown. She obeyed, and stood there for what seemed an eternity, with tears streaming down her face.

65

Koko was so frightened and hurt by this experience [192] that she was unable to tell anyone about it for twentyfive years.

70

tieron a los esfuerzos publicitarios de Tanimoto, que quería formar un «Club Zion» con ellas, y terminaron por alejarse de él.

Tampoco en el movimiento japonés por la paz había lugar para Tanimoto: había estado fuera del país en momentos cruciales para el desarrollo del movimiento, y además su actitud cristiana lo volvía sospechoso ante los grupos radicales que ocupaban la vanguardia del activismo antinuclear. Mientras Tanimoto se encontraba lejos, haciendo su último viaje, fue creada una organización nacional llamada Nihon Gensuikyo, Consejo japonés contra las [179] Bombas Atómicas y de Hidrógeno, y le siguió una **oleada** de actividad que exigía al Diet cuidados médicos para los hibakushas. Como a muchos hibakushas, a Tanimoto le repugnaba el creciente color político de estos actos, y permaneció alejado de los encuentros masivos que tuvieron lugar en el Parque de la Paz en los subsiguientes aniversarios.

El 15 de mayo de 1957, Gran Bretaña llenó a cabo su primera prueba con bombas de hidrógeno en la isla de Pascua, en el océano índico.

A Koko, la hija que había experimentado el bombardeo siendo apenas un bebé, la habían llevado casi todos los años al ABCC (dirigido por norteamericanos) para un chequeo físico. En general, se encontraba bien de salud, aunque, igual que muchos hibakushas que al momento de la bomba eran todavía bebés, su crecimiento estaba definitivamente atrofiado. Ahora, siendo ya una adolescente de secundaria, fue de nuevo a hacerse el chequeo. Como de costumbre, se desvistió en un cubículo y se puso una bata blanca de hospital. Tras pasar por una serie de pruebas, esta vez Koko fue llevada a una habitación iluminada donde había un escenario de poca altura respaldado por una pared marcada con una cuadrícula métrica. La hicieron pararse contra la pared, frente a luces tan brillantes que sus ojos no veían lo que había detrás; podía escuchar voces japonesas y también norteamericanas. Una de éstas le dijo que se quitara la bata. Ella obedeció, y se quedó allí parada durante un tiempo que pareció eterno, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Esta experiencia la asustó y la hirió tanto que durante veinticinco años fue incapaz de hablar de ella. [180]

ONE day toward the end of August, 1959, a baby girl was left in a basket in front of the altar of Kiyoshi Tanimoto's church. A note attached to its diaper gave the baby's name, Kanae, and its birth date, April 28th, and went on to say, "I am afraid I can't keep her at the moment. God bless her, and will you look after her in my stead?"

In the summer on Pearl Buck's farm, the Tanimoto children had played with the dozen orphans, mostly Oriental, that the American author had taken under her wing. The family had been impressed by Mrs. Buck's generosity, and now they decided to keep and raise the child who had been entrusted to them.

ON February 13, 1960, France tested a nuclear weapon in the Sahara. On October 16, 1964, China carried out its first nuclear test, and on June 17, 1967, it exploded a hydrogen bomb.

KOKO went to the States with her father in 1968, to enter the Centenary College for Women, in Hackettstown, New Jersey. Tanimoto had previously been back to America in 1964-65, when he visited his alma mater, Emory University, and then travelled home by way of Europe; and in 1966, when he received an honorary degree from Lewis and Clark College. Koko eventually [193] transferred to American University, in Washington, D.C. There she fell in love with a Chinese-American and became engaged to marry him, but her fiancé's father, a doctor, said that because she had been exposed to the atomic bomb she couldn't bear a normal child, and he forbade the marriage.

Back in Japan, Koko took a job in Tokyo, working for an oil-drilling firm, Odeco. She told no one she was a hibakusha. In time, she found someone she could confide in—her boyfriend's best friend. He turned out, in the end, to be the man she married. She had a miscarriage, which she and her family attributed to the bomb. She and her husband went to the A.B.C.C. to have their chromosomes checked, and though nothing abnormal was found they decided not to try again to have a child. In time,

Un día, hacia el final de agosto de 1959, una niña pequeña fue abandonada dentro de una canasta frente al altar de la iglesia de Kiyoshi Tanimoto. Una nota pegada a su pañal daba el nombre de la niña, Kanae, y su fecha de nacimiento, abril 28, y enseguida decía: «Me temo que no puedo conservarla en este momento. Dios la bendiga, y ¿podría usted cuidar de ella en mi lugar?».

Durante el verano que pasaron en la granja de Pearl Buck, los niños Tanimoto habían jugado con la docena de huérfanos, la mayoría orientales, de los que se había hecho cargo la escritora norteamericana. La generosidad de la señora Buck había impresionado a la familia; ahora, la familia decidió conservar y criar a la niña que les había sido confiada.

El 13 de febrero de 1960, Francia probó un arma nuclear en el Sahara. El 16 de octubre de 1964, China llenó a cabo su primera prueba nuclear, y el 17 de junio de 1967 hizo explotar una bomba de hidrógeno.

En 1968 Koko viajó con su padre a los Estados Unidos para ingresar al Centenary College para mujeres en Hackettstown, Nueva Jersey. Tanimoto ya había regresado a los Estados Unidos en 1964-1965 para visitar su alma mater, la Universidad de Emory, tras lo cual volvió a casa vía Europa; y también en 1966, cuando recibió un diploma honorario del Clark College. Koko fue eventualmente transferida a la Universidad Americana, en Washington, D.C. Allí se enamoró de un chino americano y se comprometió con él, pero el padre del prometido, un doctor, dijo que ella no era capaz de dar a luz a un hijo normal, y prohibió el matrimonio. [181]

De regreso a Japón, Koko tomó un empleo en Tokio, con Odeco, una firma de perforaciones petrolíferas. No le dijo a nadie que fuera hibakusha. Con el tiempo conoció a alguien a quien podía confiar estas cosas: el mejor amigo de su novio. Finalmente, fue éste el hombre con el que se casó. Tuvo un aborto, y tanto ella como su familia lo atribuyeron a la bomba. Koko y su marido fueron a la ABCC para hacerse revisar los cromosomas, y aunque no se encontró nada anormal, decidieron no volver a tratar de tener hijos. Con el tiempo, adoptaron

they adopted two babies.

dos bebés.

THE Japanese antinuclear movement had begun to split up in the early sixties. Gensuikyo, the Japan Council, was dominated at first by the Japanese Socialist Party and by Sohyo, the General Council of Trade Unions. In 1960, it had tried to block revision of the United States-Japanese Security Treaty, on the ground that it encouraged a renewed militarism in Japan, whereupon some more conservative groups formed Kakkin Kaigi, the National Council for Peace and against Nuclear Weapons. In 1964, a deeper division came about, when Communist infiltration of Gensuikyo caused the Socialists and the trade unions to pull out and form Gensuikin, the Japan Congress against Atomic and Hydrogen Bombs. For [194] Tanimoto, as for most hibakusha, these quarrels reached the zenith of absurdity when Gensuikin argued that all nations should stop testing, while Gensuikyo argued that the United States was testing to prepare for war and the Soviet Union was testing to insure peace. The division persisted, and year after year the two organizations held separate conferences on August 6th. On June 7, 1973, Kiyoshi Tanimoto wrote the "Evening Essay" column in the *Hiroshima Chugoku Shiyunbun*:

These last few years when August 6th approaches, voices are heard lamenting that this year, once again, the commemorative events will be held by a divided peace movement The sentence inscribed on the memorial Cenotaph—"Rest in peace, for the mistake shall not be repeated"—embodies the passionate hope of the human race. The appeal of Hiroshima . . . has nothing to do with politics. When foreigners come to Hiroshima, you often hear them say, "The politicians of the world should come to Hiroshima and contemplate the world's political problems on their knees before this Cenotaph."

ON May 18, 1974, India conducted its first nuclear test.

As the fortieth anniversary of the

El movimiento antinuclear japonés había comenzado a dividirse a comienzos de los años sesenta. Gensuikyo, el Consejo Japonés, había estado al principio dominado por el Partido Socialista japonés y por Sohyo, el Consejo General de Sindicatos. En 1960, el movimiento había intentado bloquear la revisión del Tratado de Seguridad Americano Japonés, sobre la base de que ello alentaba un renovado militarismo en Japón, ante lo cual grupos más conservadores formaron el Kakkin Kaigi, Consejo Nacional para la Paz y Contra las Armas Nucleares. En 1964 ocurrió una división más profunda, cuando infiltrados comunistas en Gensuikyo provocaron que socialistas y sindicalistas se retiraran y formaran Gensuikin, el Congreso Japonés contra las Bombas Atómicas y de Hidrógeno. Para Tanimoto, como para la mayoría de los hibakusha, estas disputas llegaron al colmo del absurdo cuando Gensuikin argumentó que todas las naciones deberían dejar de hacer pruebas, mientras que Gensuikyo argumentaba que los Estados Unidos hacían pruebas en preparación para la guerra y la Unión Soviética hacia pruebas para asegurar la paz. La división persistió, y año tras año las dos organizaciones realizaron conferencias separadas para el 6 de agosto. El 7 de junio de 1973, Kiyoshi [182] Tanimoto escribió la columna «El ensayo de la tarde» para el *Chugoku Shimbun* de Hiroshima:

Estos últimos años, al acercarse el fi de agosto, escuchamos voces que lamentan que nuevamente este año los eventos conmemorativos sean llevados a cabo por un movimiento de paz dividido... La frase inscrita en el Cenotafio del monumento — «Descansad en paz, pues no se repetirá el error»— encarna la esperanza apasionada de la raza humana. El atractivo de Hiroshima [...] no tiene nada que ver con la política. Cuando vienen extranjeros a Hiroshima, con frecuencia se los oye decir: «Los políticos del mundo deberían venir a Hiroshima y contemplar los problemas políticos del mundo de rodillas ante este Cenotafio».

El 18 de mayo de 1974, India llenó a cabo su primera prueba nuclear.

Al acercarse el cuadragésimo aniversario

bombing approached, the Hiroshima peace center was nominally still in place—now in the Tanimoto home. Its principal project in the seventies had been to arrange a series of adoptions of orphans and abandoned Japanese babies, who [195] had nothing particularly to do with the atomic bomb. The adoptive parents were in Hawaii and the mainland United States. Tanimoto had made three more speaking trips, in the mainland States in 1976 and 1982, and in Hawaii in 1981. He had retired from his pulpit in 1982.

Kiyoshi Tanimoto was over seventy now. The average age of all hibakusha was sixty-two. The surviving hibakusha had been polled by *Chugoku Shimbun* in 1984, and 543 per cent of them said they thought that nuclear weapons would be used again. Tanimoto read in the papers that the United States and the Soviet Union were steadily climbing the steep steps of deterrence. He and Chisa both drew health-maintenance allowances as hibakusha, and he had a modest pension from the United Church of Japan. He lived in a snug little house with a radio and two television sets, a washing machine, an electric oven, and a refrigerator, and he had a compact Mazda automobile; manufactured in Hiroshima. He ate too much. He got up at six every morning and took an hour's walk with his small woolly dog, Chiko. He was slowing down a bit. His memory, like the world's, was getting spotty.

45

50

55

60

65

70

sario de la bomba, el centro de paz de Hiroshima seguía nominalmente operativo, pero en realidad estaba en el hogar de los Tanimoto. Durante los años setenta, su principal proyecto había sido arreglar una serie de adopciones de bebés japoneses huérfanos y abandonados que no habían tenido ninguna relación en particular con la bomba atómica. Los padres adoptivos vivían en Hawai y en los Estados Unidos continentales. Tanimoto había hecho tres giras más como conferencista, en el continente en 1976 y 1982, y en Hawai en 1981. Se retiró de su púlpito en 1982.

Kiyoshi Tanimoto tenía ahora más de setenta años. La edad promedio de los hibakushas era de sesenta y dos. Los hibakushas [183] supervivientes habían sido encuestados por el *Chugoku Shimbun* en 1984, y el 54,3% de ellos creía que las bombas atómicas serían utilizadas de nuevo. Tanimoto leía en los periódicos que los Estados Unidos y la Unión Soviética iban subiendo lentamente por los empinados escalones de la disuasión. Tanto él como Chisa recibían prestaciones para cuidados médicos en su calidad de hibakushas, y él recibía una pensión modesta de la Iglesia Unida de Japón. Tanimoto vivía en una casa pequeña y acogedora con una radio y dos televisores, una lavadora, un horno eléctrico y un refrigerador, y tenía un automóvil compacto Mazda fabricado en Hiroshima. Comía demasiado. Se levantaba a las seis cada mañana y caminaba durante una hora con Chiko, su pequeño perro lanoso. Su memoria, como la del mundo, se volvía desigual. [184]